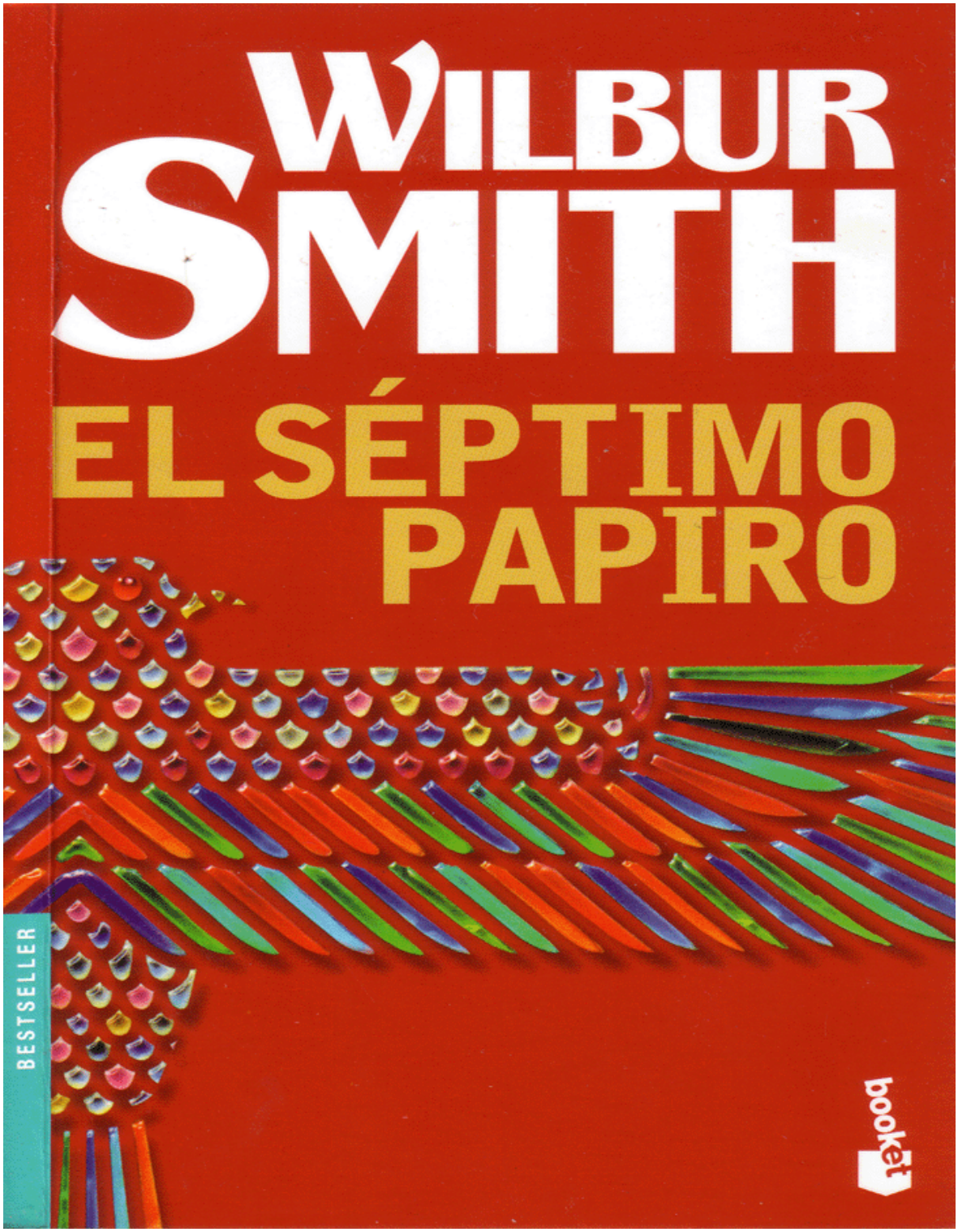
EL SÉPTIMO PAPIRO
WILBUR SMITH



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

El Séptimo Papiro

Biografía

Wilbur Smith nació en África Central en 1933. Estudió en Michaelhouse y en la Universidad de Rodees. En 1964, a partir del éxito de Cuando comen los leones, se transformó en escritor a tiempo completo. Ha publicado veintiséis novelas a veintiséis idiomas y lleva vendidos más de ochenta millones de ejemplares. Todas sus obras se basan en una paciente investigación histórica y la consiguiente exploración geográfica. Smith posee una granja y una reserva de fauna autóctona, y ha demostrado una preocupación muy especial respecto de los pueblos y el medio ambiente de su continente natal.

Wilbur Smith El Séptimo Papiro

Traducción de Daniel Zadunaisky

Una vez más, este libro es para mi esposa Danielle.

A pesar de tantos años felices de amor que hemos pasado juntos,

siento que apenas estamos en el comienzo.

Es mucho más lo que nos aguarda.

El crepúsculo vino del desierto y su sombra púrpura cayó sobre los médanos. Como una gruesa capa de terciopelo, atenuaba todos los sonidos; el atardecer era sereno y silencioso.

Desde la cresta del médano contemplaron el oasis y el conjunto de pequeñas aldeas que lo rodeaban. Las construcciones eran blancas, de techo plano; las palmeras datileras más altas que cualquiera de ellas salvo la mezquita islámica y la iglesia cristiana copta. Las fachadas de los dos bastiones de la fe se enfrentaban desde márgenes opuestas del lago.

Las aguas del lago estaban oscuras. Una bandada de patos que bajó en picada alzó una mancha de espuma blanca cerca de los juncos de la orilla.

El hombre y la mujer formaban una pareja dispareja. Él era alto y levemente encorvado, y los últimos rayos del Sol alzaban destellos en su cabello plateado. Ella era joven, apenas mayor de treinta, esbelta, alerta y palpitante. Llevaba la melena espesa y enrulada atada en la nuca con un cordón de cuero.

-Es hora de bajar. Alia nos espera.

Sonrió con afecto al mirarla. Era su segunda esposa. Cuando murió la primera, él pensó que la luz del Sol se había apagado. No había pensado que aún podía conocer la felicidad en la última época de su vida. Pero la tenía a ella y su trabajo. Era un hombre feliz y satisfecho.

Bruscamente se apartó de él y desató el cordón que le sujetaba el pelo. Sacudió la melena espesa y oscura y rió. Su risa era hermosa. Entonces se lanzó cuesta abajo por la ladera resbaladiza del médano, y su falda se alzó en tomo de sus piernas al correr. Eran hermosas y estaban bronceadas. Conservó el equilibrio hasta la mitad de la ladera, cuando la gravedad la derribó y la llevó rodando hasta la base.

El sonreía afectuosamente. En ocasiones se portaba como una niña. En otras como una mujer seria y decorosa. No sabía a cuál de las dos prefería, pero amaba a ambas. Al llegar a la base, ella se sentó y rió mientras se sacudía la arena del pelo.

-¡Ahora tú! -exclamó.

El bajó lentamente, con la rigidez y la dignidad propias de su edad más avanzada, y llegó de pie a la base. Le ayudó a pararse y tuvo que resistir la fuerte tentación de besarla. Un árabe jamás demuestra afecto en público, ni siquiera a una esposa amada.

Ella se alisó la ropa y se ató la cabellera antes de volver a la aldea. Bordearon los juncales del oasis y cruzaron los desvencijados puentes sobre los canales de riego. Los campesinos que volvían de la labranza lo saludaban con gran respeto.

-Salaam aleikum, doktari! La paz sea contigo, doctor.

Honraban a todos los hombres sabios, pero a ninguno más que a él, que era tan bueno con ellos y sus familias. Muchos habían sido empleados de su padre. La mayoría eran musulmanes, él era cristiano, pero eso no tenía importancia.

En la villa, la vieja ama de llaves los recibió con cara hosca y regaños.

-Tarde, siempre llegan tarde -refunfuñó-. ¿No pueden llegar a horario, como todo el mundo? Tenemos que pensar en nuestra posición.

-Madre, como siempre tienes razón -replicó él con afectuosa ironía-. ¿Qué haríamos sin tus cuidados?

La hizo salir, y la anciana se alejó, ocultando su amor y preocupación por él detrás de una cara ceñuda.

En el patio comieron su cena frugal de dátiles y aceitunas, pan ácimo y queso de cabra. Cuando terminaron de cenar ya había anochecido, pero las estrellas del desierto brillaban como candelas.

-Royan, mi flor. -Extendió el brazo sobre la mesa para tomarle la mano. -Es hora de trabajar. -Se paró y la condujo a su estudio, que daba al patio.

Royan Al Simma fue directamente a la gran caja fuerte de acero junto a la pared del fondo y giró la combinación. La caja fuerte era un anacronismo en esa habitación, entre los viejos libros y los papiros, las antiguas estatuas y objetos funerarios recolectados a lo largo de su vida.

Al abrirse la gran puerta de acero, Royan retrocedió por un instante, embargada por ese temor reverente que jamás dejaba de sentir al contemplar la reliquia milenaria, aun después de un lapso de pocas horas.

-El séptimo papiro -susurró, y tuvo que hacer un esfuerzo para tomarlo. Lo había escrito hacía casi cuatro mil años un genio adelantado a su tiempo, un hombre que era polvo desde hacía milenios, pero a quien había aprendido a conocer y respetar como a su esposo. Sus palabras eran eternas y le llegaban desde más allá de la tumba, desde los prados del paraíso, desde la presencia de la gran trinidad, Osiris, Isis y Horus, en la cual creía con toda devoción. Tanto como creía ella en una Trinidad más reciente.

Llevó el rollo de papiro a la mesa larga donde Duraid, su esposo, ya había empezado a trabajar. El alzó la vista y por un instante ella vio en sus ojos el mismo misticismo que la embargaba. Le gustaba tener el rollo sobre la mesa aunque no lo necesitara. Podía trabajar sobre las fotografías y el microfilm, pero parecía precisar la presencia invisible del autor antiguo para estudiar los textos.

Entonces la sensación se disipó y el volvió a ser el científico sereno y objetivo de siempre.

-Tú ves mejor que yo, mi flor -dijo-. ¿Cómo interpretas este carácter?

Se inclinó sobre su hombro y contempló el jeroglífico que él señalaba en la fotografía del rollo. Lo estudió por un instante antes de tomar la lupa de la mano de Duraid para verlo mejor.

-Diría que Taita ha introducido otro de sus criptogramas sólo para fastidiarnos dijo. Hablaba del autor antiguo como de un amigo querido, aunque irritante, que aún vivía y respiraba y se complacía en despistarlos.

-En ese taso, habrá que descifrarlo -dijo Duraid con evidente placer. Le encantaba el antiguo juego. Era la obra de su vida.

Trabajaron hasta muy avanzada la noche fresca. Eran las mejores horas. En su conversación saltaban del árabe al inglés; hablaban los dos idiomas con la misma fluidez. En ocasiones hablaban francés, su tercer idioma común. Se habían formado en las universidades de Inglaterra y Estados Unidos, tan distantes de este nuestro Egipto. Royan amaba esa expresión "este nuestro Egipto", que Taita utilizaba con frecuencia en sus papiros.

Sentía una singular y plurifacética afinidad con el antiguo egipcio. En realidad, era su descendiente directa. Como cristiana copta, no era de la raza árabe que había conquistado Egipto mucho más recientemente, hacía apenas catorce siglos. Los árabes eran advenedizos en este su Egipto; en cambio, su sangre se remontaba a los faraones y las grandes pirámides.

A las diez, Royan calentó el café en el brasero de carbón que Alia había encendido antes de irse a su casa en la aldea. Bebieron la infusión dulce y fuerte en pocillos delgados, llenos de borra hasta la mitad. Mientras lo sorbían, conversaban como viejos amigos.

Para Royan, su relación era la de viejos amigos. Conocía a Duraid desde su regreso de Inglaterra con su doctorado en arqueología, cuando obtuvo el puesto en el Departamento de Antigüedades que él dirigía.

Lo había acompañado como ayudante durante la apertura de la tumba de la reina Lostris en el Valle de los Nobles, una tumba construida alrededor del año 1780 a.C.

Había compartido su frustración al descubrir que antiguamente habían penetrado ladrones en la tumba, saqueando sus tesoros. Sólo quedaban los maravillosos murales que cubrían las paredes y los techos de las cámaras mortuorias.

Era Royan quien fotografiaba los murales de la pared detrás de la peana donde antes reposaba el sarcófago, cuando, al desprenderse una sección de la mampostería, quedó al descubierto el nicho de los diez jarros de alabastro. Cada jarro contenía un rollo de papiro. Taita, el esclavo de la Reina, los había escrito y colocado allí.

Desde entonces, su vida y la de Duraid parecían girar en torno de esos trozos de papiro. Aunque con algún daño y deterioro, habían sobrevivido a cuatro milenios en un estado llamativamente intacto.

Narraban una historia fascinante, la de una nación atacada por un enemigo superior en

fuerzas, provisto de carros y caballos aún desconocidos por los egipcios de la época. Arrollado por las hordas de hicsos, el pueblo del Nilo se vio forzado a huir. Encabezado por su reina Lostris, la de la tumba, siguió el gran río hacia el Sur, casi hasta sus fuentes en las montañas salvajes del altiplano etíope. En algún lugar de esos montes inhóspitos, Lostris había enterrado el cuerpo momificado de su esposo, el faraón Mamose, muerto en batalla contra los hicsos.

Muchos años después, la reina Lostris encabezaba la marcha de su pueblo hacia el Norte, el retorno a este nuestro Egipto. Armados con sus propios carros y caballos, los guerreros egipcios forjados en la selva africana habían irrumpido a través de las cataratas del gran río para dar batalla al invasor hicso, derrotarlo y arrancar de sus garras la doble corona del Alto y el Bajo Egipto.

La historia la fascinaba hasta la fibra más íntima de su ser a medida que descifraban cada jeroglífico inscrito por el viejo esclavo sobre el papiro.

Al cabo de largos años, noche a noche en su villa del oasis luego de trabajar durante el día en el museo de El Cairo, lograron descifrar los diez rollos... menos el séptimo. Era el enigma, el texto que su autor había disimulado bajo capa tras capa de abreviaturas esotéricas y alusiones abstrusas, indescifrables después de largos años. Algunos de los símbolos que utilizaba no aparecían en ningún otro de los miles de textos que habían estudiado durante sus vidas. Evidentemente, la intención de Taita era que ningún ojo sino el de su amada Reina se posara sobre esos rollos. Habían sido su último obsequio, para que ella se los llevara al reino de ultratumba.

Tras empeñar en ello toda su capacidad, imaginación e ingenio se acercaban al fin de la tarea. Aún quedaban lagunas en la traducción y muchos pasajes cuyo sentido no estaban seguros de haber interpretado correctamente, pero habían dispuesto el esqueleto del manuscrito en un orden tal que les permitía descubrir las formas generales de la criatura representada.

Duraid sorbió el café y una vez más meneó la cabeza.

-Me intimida -dijo-. Tanta responsabilidad. Qué hacer con lo que hemos aprendido. Si estos conocimientos caen en malas manos... -Sorbió y suspiró antes de volver a hablar. -Y aunque los llevemos a quien corresponda, ¿quién creerá en este material de hace casi cuatro mil años?

-¿Por qué habríamos de dar participación a otros? -preguntó Royan con un matiz de exasperación en la voz-. ¿Por qué no podemos llevar a cabo la tarea por nuestra cuenta?

En esos momentos la diferencia de edad era más evidente que nunca. Él demostraba la cautela de la madurez, ella la impetuosidad de la juventud.

-No entiendes nada -señaló él. Esa respuesta siempre la fastidiaba. Le disgustaba que él la tratara como los árabes a sus mujeres en un mundo totalmente masculino. Había conocido el otro mundo, donde las mujeres exigían y ganaban el derecho del trato igualitario. Estaba atrapada entre los dos mundos, el occidental y el árabe.

La madre de Royan era inglesa, empleada de la embajada británica en El Cairo en los años agitados que sucedieron a la Segunda Guerra Mundial. Se había casado con el padre de Royan, un joven oficial egipcio del Estado Mayor del coronel Nasser. Ese matrimonio inverosímil terminó antes que ella llegara a la adolescencia.

Su madre había regresado a su ciudad natal de York antes del parto para que Royan naciera en Inglaterra. Quería que su hijo tuviera la ciudadanía británica. Después de la separación de sus padres, y nuevamente por imposición de la madre, Royan cursó sus estudios en Inglaterra. Pasó las vacaciones en El Cairo con su padre, quien había hecho una excelente carrera hasta ocupar una cartera de ministro en el gobierno de Mubarak. Debido a su amor por él, se consideraba más egipcia que inglesa.

Su padre había dispuesto el casamiento con Duraid Al Simma Fue lo último que hizo por su hija antes de morir. Ella sabía que estaba agonizando, y su amor no le permitió contrariarlo. Su educación moderna la impulsaba a rechazar la antigua tradición copta del matrimonio de conveniencia, pero para ello debía enfrentara su familia y su Iglesia. Se

sometió.

Su matrimonio con Duraid no resultó tan insoportable como había temido. Incluso se habría sentido satisfecha y realizada si no hubiera conocido el amor romántico. Pero había vivido en pareja con David durante sus años universitarios. Él la había arrastrado en el torbellino, en el delirio embriagador, para al final abandonarla en el dolor y desposar a una rubia rosa inglesa del gusto de sus padres.

Respetaba y quería a su esposo, pero a veces, durante las noches, anhelaba sentir el peso de un cuerpo firme y joven como el suyo.

Había dejado de escuchar a Duraid, quien seguía hablando. Volvió a prestarle atención.

-He hablado otra vez con el ministro, pero me parece que no me cree. Diría que Nahoot lo ha convencido de que estoy un poco chiflado. -Sonrió con tristeza. Nahoot Guddabi era su vicedirector, un hombre ambicioso y con amigos influyentes. -Sea como fuere, el ministro dice que no hay fondos oficiales disponibles, así que necesitaré financiamiento privado. He repasado la lista de patrocinadores y la he reducido a cuatro. Desde luego, está el Museo Getty, pero no me gusta trabajar con una gran institución impersonal. Prefiero responder a una sola persona. Así es más fácil tomar decisiones. -Nada de eso era novedad para ella, pero lo escuchaba con actitud sumisa.

- Tenemos a Herr von Schiller. Tiene dinero, le interesa el asunto, pero no lo conozco tanto como para confiar en él.

Hizo una nueva pausa. Royan, que conocía sus meditaciones de memoria por haberlas escuchado tantas veces, pudo anticiparse a lo que vendría.

-¿Qué me dices del norteamericano? Es un coleccionista famoso.

- Peter Walsh es un hombre de trato difícil Su pasión por la acumulación de objetos lo vuelve inescrupuloso. Me asusta.

- Entonces, ¿quién nos queda?

No respondió porque los dos conocían la respuesta. Volvió a concentrarse en el material desparramado sobre la mesa de trabajo.

-Su aspecto es tan inocente, tan prosaico. Un viejo rollo de papiro, unas cuantas fotografías y cuadernos de apuntes. Es increíble lo peligrosos que serían si cayeran en malas manos. -Suspiró otra vez-. Fatalmente peligrosos, diría yo. -Entonces rió: -Me estoy dejando llevar por mis fantasías. Tal vez porque es tan tarde. ¿Volvemos a trabajar? Nos ocuparemos de estos asuntos una vez que hayamos resuelto los enigmas formulados por este viejo tunante Taita y terminado la traducción.

Tomó la primera fotografía de la pila sobre la mesa. Mostraba la sección central del rollo.

-Qué desgracia que el papiro se haya deteriorado justamente ahí.

Tomó sus anteojos de lectura y se los colocó para leer en voz alta:

"Hay muchos escalones que ascender para llegar a la morada de Hapi. Con grandes penurias y esfuerzos ascendimos al segundo escalón y no avanzamos más, porque allí el príncipe recibió una revelación divina. Su padre, el divino faraón muerto, lo visitó en un sueño y le ordenó: `He viajado mucho y estoy fatigado. Descansaré aquí para toda la eternidad.'"

Duraid se quitó los anteojos y miró a Royan:

-"El segundo escalón." Qué descripción tan precisa. Por una vez, Taita se expresa sin rodeos.

-Veamos las fotos satelitales -sugirió Royan, y atrajo hacia sí la hoja brillosa. Duraid se acercó a mirar sobre su hombro.

- En mi opinión, es lógico suponer que el accidente natural que los detuvo en la quebrada fue un tramo de rápidos o una catarata. Si fuera la segunda catarata, sería aquí... - Posó el dedo en un punto de la fotografía satelital donde el río angosto serpenteaba entre los macizos oscuros de las montañas que se, alzaban en ambas márgenes.

En ese momento, algo la distrajo y alzó la cabeza para escuchar mejor.

¡Escucha! -exclamó con voz alterada por el miedo.

-¿Qué pasa? -preguntó Duraid.

-El perro.

-Estoy harto de ese animal -dijo él, asintiendo-. No soporto más sus ladridos durante la noche. He decidido deshacerme de él.

En ese momento se apagaron las luces.

La sorpresa los paralizó en la oscuridad. El golpeteo sordo del decrépito generador diesel en el cobertizo detrás del palmar había cesado. El ruido era un rasgo tan característico del oasis nocturno que sólo lo advertían cuando faltaba.

Sus ojos se adecuaron a la luz tenue de las estrellas que penetraba por la entrada del patio. Duraid cruzó la habitación y tomó la lámpara de querosén que conservaban en un estante junto a la puerta precisamente para esas contingencias. La encendió y miró a Royan con una sonrisa de resignación.

-Tendré que ir...

-¡Duraid! ¡El perro!

Escuchó un instante y la preocupación asomó a su rostro. El perro había dejado de ladrar en la noche.

-Estoy seguro de que no hay motivos para preocuparse. Fue hacia la puerta y ella, sin saber por qué, lo llamó.

-¡Duraid, ten cuidado!

El se encogió de hombros como si los temores fueran infundados y salió al patio.

Al principio ella pensó que lo que se movía era la sombra de la parra en la glorieta, agitada por la brisa nocturna del desierto. Sin embargo, era una noche serena. Entonces descubrió que una silueta humana furtiva y ágil se deslizaba sobre las lajas a espaldas de Duraid, quien bordeaba el estanque en el centro del patio adoquinado.

-¡Duraid! -gritó para advertirle, y él giró rápidamente y alzó la lámpara.

-¿Quién es usted? -gritó-. ¿Qué quiere?

El intruso lo atacó en silencio. La tradicional túnica dishdashá giraba en torno de sus piernas y llevaba la cabeza cubierta por el gutrá, el tocado de tela blanca. A la luz de la lámpara, Duraid vio que se había tapado la cara con una punta de la tela.

El intruso estaba de espaldas a Royan, quien no pudo ver el puñal en su diestra, pero el movimiento ascendiente de su braw hacia el estómago de Duraid era inconfundible. Duraid gruñó de dolor y se dobló en dos. El asaltante retiró el puñal para lanzar otro golpe, pero Duraid soltó la lámpara y le aferró el brazo.

La llama de la lámpara caída chisporroteaba desde el suelo. Los dos hombres forcejeaban en las tinieblas, pero Royan vio la mancha roja que se extendía sobre la camisa blanca de su esposo.

-¡Corre! -aulló él-. ¡Vete! ¡Pide ayuda! ¡No puedo retenerlo!

Su Duraid era una persona benigna, un pacífico hombre dedicado a los libros y el saber. Era evidente que no podía contener a su atacante.

-¡Vete de una vez! ¡Sálvate, mi flor!

Su voz indicaba que sus fuerzas empezaban a flaquear, pero se aferraba desesperadamente al brazo armado del intruso.

El miedo y la indecisión la habían paralizado durante varios segundos cruciales, pero salió del trance y corrió a la puerta. Acicateada por el terror y por la necesidad de buscar ayuda para Duraid, cruzó el patio con la agilidad de una gata mientras él impedía que el intruso la atacara.

Saltó sobre la cerca de piedra al palmar y prácticamente cayó en los brazos del segundo hombre. Chilló y giró para soltarse cuando los dedos rasguñaron su cara, y estuvo a punto de escapar, pero el hombre le aferró la delgada blusa de algodón.

Vio el cuchillo en su mano, el destello de la hoja plateada a la luz de las estrellas, y nuevamente el pánico fue un acicate. La tela se rasgó y ella quedó libre, pero no pudo escapar del todo al cuchillo. Al sentir el tajo en su antebrazo, lanzó una patada con toda la fuerza del pánico y de su cuerpo joven. Su pie se hundió en la blandura del bajo vientre con una

violencia que le causó dolor en el tobillo y bajo la rótula; el atacante chilló y cayó de rodillas.

Entonces se lanzó a la carrera a través del palmar. Al principio corría sin mirar hacia dónde, sólo para alejarse de los asaltantes con toda la rapidez que le permitían sus piernas. Poco a poco dominó el pánico y miró alrededor. No la seguían. Al llegar al borde del lago frenó la carrera para ahorrar fuerzas. Entonces advirtió que la sangre tibia corría por su brazo hasta la punta de los dedos.

Se detuvo y apoyó la espalda contra el tronco áspero de una palmera. Arrancó una tira de algodón de su blusa rasgada para fabricar una venda. Temblaba tanto de miedo y cansancio que aun su mano sana era torpe. Tironeó con los dientes y la mano izquierda para sujetar el vendaje tosco y aminoró la hemorragia.

No sabía hacia dónde correr, pero entonces vio la luz tenue de una lámpara en la choza de Alia al otro lado del canal de riego más cercano. Se apartó de la palmera con esfuerzo para dirigirse hacia allá. A menos de cien pasos oyó una voz que hablaba en árabe a su espalda:

-Yusuf, ¿la mujer no ha pasado por ahí?

Al instante se encendió una linterna en la oscuridad frente a ella y otra voz respondió:

-No, no la he visto.

En pocos segundos más, Royan habría chocado con él. Se agazapó y miró desesperadamente en torno. Otra linterna llegaba por la senda que ella acababa de recorrer. Debía de ser el hombre al que había pateado; por la forma como se desplazaba el haz de su linterna, era evidente que se había recuperado y se acercaba rápidamente.

Bloqueadas dos salidas, giró hacia el borde del lago. Por allí pasaba la ruta. Tal vez, a pesar de la hora, pasaría algún vehículo. Perdió el equilibrio en la tierra poceada y al caer se raspó las rodillas, pero se paró de un salto y siguió adelante. Al tropezar por segunda vez, su mano izquierda cayó sobre una piedra lisa, un canto rodado del tamaño de una naranja. Siguió adelante con la piedra en la mano; armada, sintió un destello de esperanza.

Le dolía la herida del brazo y sentía miedo por Duraid. Había visto la dirección y la fuerza de la puñalada, y sabía que estaba malherido. Debía conseguir ayuda. Detrás de ella, dos hombres con linternas barrían el palmar, y no conseguía alejarse. Al contrario, ya estaban tan cerca que oía sus voces.

Por fin llegó a la ruta y con un gemido de alivio salió de la acequia cloacal a la capa pálida de ripio. Sus piernas temblorosas la sostenían apenas, pero se volvió hacia la aldea.

Antes de llegar a la primera curva, vio entre las palmeras los faros que se acercaban. Se lanzó a correr por el medio de la ruta.

-¡Socorro! -gritó en árabe-. ¡Por favor, ayúdeme!

El auto dobló la curva y antes de que los faros la encandilaran vio la silueta oscura de un pequeño Fiat. Parada en el medio de la ruta, agitó los brazos para detener el auto, iluminada por los faros como un artista en el centro del escenario.

El Fiat se detuvo frente a ella. Corrió a la portezuela del conductor y aferró el picaporte:

-Por favor, tiene que ayudarme...

La portezuela se abrió con una fuerza que la arrojó hacia atrás y le hizo perder el equilibrio. El conductor bajó de un salto y le aferró la muñeca del brazo herido. La arrastró hacia el Fiat y abrió la portezuela trasera.

-¡Yusuf! -gritó hacia el palmar oscuro-. ¡Bacheet! ¡La tengo! Y oyó los gritos de respuesta y vio las antorchas que se acercaban. El conductor trataba de hacerle bajar la cabeza y obligarla a subir al asiento trasero, pero entonces ella advirtió que su mano sana aún aferraba la piedra. Giró levemente, tomó aliento y se la estrelló contra la sien. Sin un gemido, el hombre cayó desmayado sobre el ripio.

Royan soltó la piedra y se lanzó a correr por la ruta, pero advirtió que lo hacía frente a los faros, que iluminaban todos sus movimientos. Los dos hombres gritaron y se lanzaron en su persecución, casi hombro con hombro.

Al mirar hacia atrás vio que se acercaban rápidamente. Sólo podría escapar si salía de la ruta y se hundía en la oscuridad. Saltó hacia la orilla e inmediatamente se hundió en el agua del lago hasta la cintura.

La oscuridad y la confusión la habían desorientado. No se había dado cuenta que se encontraba en el lugar donde el camino iba junto al terraplén del borde del lago. Sí sabía que no tenía tiempo para volver a la ruta y que podía ocultarse entre los juncos y papiros de la orilla.

Caminó hasta que el fondo desapareció bajo sus pies y tuvo que nadar. Lo hizo torpemente, estilo pecho, impedida por su falda y la herida del brazo. Pero sus movimientos lentos y sigilosos casi no agitaban la superficie, y antes que los hombres llegaran al lugar donde ella había bajado de la ruta, alcanzó un denso juncal.

Se introdujo en lo más espeso del juncal y se hundió. Antes que el agua le llegara a la nariz, sus pies tocaron el fondo. Allí permaneció inmóvil, con apenas media cabeza sobre la superficie y la cara vuelta hacia el lago. Sabía que su pelo oscuro no reflejaría la luz de una linterna.

Aunque tenía las orejas bajo el agua, podía oír las voces exaltadas de los hombres. Los haces de sus linternas hurgaban entre los juncos. Cuando uno de los haces se posó en su pelo, tomó aliento para sumergirse, pero la luz siguió de largo: no la habían descubierto.

Alentada por el hecho de ser invisible aun a la luz de la linterna, alzó levemente la cabeza hasta asomar una oreja y escuchar la conversación. Los hombres hablaban en árabe, y el llamado Bacheet parecía ser el jefe porque daba órdenes.

-Adentro, Yusuf, y trae aquí a la puta.

Oyó los ruidos cuando Yusuf se deslizó por el terraplén hasta caer al agua.

-Más adentro -ordenó Bacheef-. Entre los juncos. Mira dónde ilumino con la linterna.

-Es demasiado profundo. Sabes bien que no sé nadar. No hago pie.

-¡Allá! Frente a ti, entre los juncos. Veo su cabeza dijo Bacheef para alentarlo, y Royan temió que la hubieran descubierto. Se hundió lo más que pudo.

Yusuf chapoteaba torpemente hacia el juncal donde ella temblaba de miedo, cuando se produjo una conmoción atronadora que sobresaltó a todos.

-¡Demonios! ¡Dios me proteja! -chilló Yusuf cuando la bandada de patos se alzó del agua con gran estruendo. Volvió rápidamente a la orilla y, a pesar de las amenazas de Bacheet, se negó a volver al agua.

-La mujer es menos importante que el rollo -refunfuñó al subir el terraplén-. Si no hay rollo, no hay plata. Sabemos dónde estará, volveremos por ella más tarde.

Royan giró la cabeza para ver cómo las antorchas volvían por la ruta hacia el Fiat, cuyos faros seguían encendidos. Oyó los portazos y luego el ruido del motor que se alejaba hacia la villa.

Conmocionada, aterrada, no podía abandonar su escondite. Temía que uno de ellos siguiera apostado en la ruta, esperando que saliera. Se paró en puntas de pie, con el agua lamiéndole los labios, temblando de miedo más que de frío, resuelta a no dar un paso hasta que el amanecer le diera seguridad.

Mucho más tarde, el resplandor del fuego en el cielo y el temblor de las llamas entre las palmeras le hizo olvidar su propia seguridad, y se arrastró hacia la orilla.

Arrodillada en el barro de la orilla, estremecida y jadeante, debilitada por la hemorragia, el shock y la reacción al miedo, contempló las llamas entre los mechones de pelo empapado y el agua que chorreaba sobre sus ojos.

¡La villa! -susurró-. ¡Duraid! Dios mío, no lo permitas. Se paró con esfuerzo y se tambaleó hacia su hogar en llamas.

Bacheet apagó los faros y el motor del Fiat antes de tomar el camino de entrada a la villa. Dejó que el auto se deslizara por su propio impulso hasta detenerse debajo de la terraza. Los tres bajaron del Fiat y subieron la escalera de piedra hasta el patio adoquinado. El cuerpo de Duraid seguía

tendido junto al estanque donde lo había dejado Bacheet. Pasaron sin mirarlo y entraron en la oficina oscura.

Bacheet colocó el bolso ordinario de nailon sobre la mesa.

-Hemos perdido demasiado tiempo. A trabajar.

-Yusuf tiene la culpa -dijo el conductor del Fiat-. Dejó escapar a la mujer.

-Tú pudiste hacerlo en la ruta -gruñó Yusuf-. No te fue mejor que a mí.

-¡Basta! -los increpó Bacheet-. Si quieren ganarse su paga, no vuelvan a equivocarse.

El haz de su linterna iluminó el rollo sobre la mesa.

-Es ése -dijo. Estaba seguro, porque le habían mostrado una fotografía para que no hubiera errores. -Quieren todo, los mapas y las fotografías. También los libros y papeles, todo lo que haya sobre la mesa de trabajo. No dejen nada.

Introdujeron todo de cualquier manera en el bolso y Bacheet cerró la cremallera.

-Bien, ahora traigan al doktari.

Los otros dos salieron al patio y se inclinaron sobre el cuerpo. Cada uno tomó un tobillo y arrastraron a Duraid sobre los adoquines del patio hasta el estudio. Su nuca golpeó el umbral de piedra y su sangre dejó una larga franja roja sobre los adoquines que brillaba a la luz de la linterna.

-Traigan la lámpara -ordenó Bacheet. Yusuf fue al patio y volvió con la lámpara de querosén, que halló donde Duraid la había dejado caer. La llama se había apagado. Bacheet la agitó junto a su oreja.

-Está llena -dijo con satisfacción, y desenroscó la tapa del depósito-. Bueno, lleven el bolso al auto.

Mientras salían, Bacheet derramó un poco de querosén sobre la camisa y los pantalones de Duraid y el resto del combustible sobre los anaqueles atestados de libros y papeles.

Dejó la lámpara y buscó una caja de fósforos bajo la falda de su dishdasha. Encendió uno y lo acercó al charco de querosén en un estante. Se encendió al instante, las llamas se alzaron y empezaron a ennegrecer los bordes de los manuscritos. Se volvió hacia el cuerpo de Duraid, encendió otro fósforo y lo dejó caer sobre la camisa empapada de querosén.

Un manto de llamas azules danzó sobre el pecho de Duraid. Las llamas cambiaron de color al alcanzarla tela de algodón y la carne debajo de ésta. Se volvieron anaranjadas, y un humo negro se alzó de sus puntas temblorosas.

Bacheet salió, cruzó el patio a la carrera y bajó los escalones. Subió al asiento trasero del Fiat, el conductor aceleró y el auto se alejó.

El dolor despertó a Duraid. Sólo un dolor intensísimo podía devolverlo desde el borde mismo de la vida al que se había deslizado. Gimió. Lo primero que sintió al recobrar el sentido fue el olor

Ilesa carne al arder, y entonces el dolor brutal se abatió sobre él con toda su violencia. Su cuerpo se estremeció, abrid los ojos y se miró.

Su ropa ardía sin llamas, y jamás en su vida haber experimentado nada parecido a ese dolor. Advirtió vagamente que lo rodeaban las llamas. Las oleadas de humo y calor bañaban su cuerpo y casi no podía ver el marco de la puerta.

El doler era tan terrible que le hacía desear el fin. Quería morir para no sufrir más. Pero recordó a Rayan. Sus labios chamuscados trataron de decir su nombre, pero entre ellos no salió sonido alguno. Sin embargo, al pensar en ella tomó fuerza suficiente para moverse. Rodó una vez, y entonces el calor atacó su espalda, hasta entonces protegida por las piedras Gimió y rodó una vez más hacia la puerta.

Cada movimiento exigía un esfuerzo titánico y provocaba paroxismos de dolor, pero al quedar tendido de espaldas comprendió que una brisa fresca entraba por la puerta para alimentar las llamas. Una bocanada del dulce aire del desierto le dio fuerzas para rodar por el escalón a las piedras frescas del patio.

Su ropa y su cuerpo no dejaban de arder. Se golpeó débilmente el pecho para tratar de extinguir las llamas, pero sus manos eran garras ardientes.

Entonces recordó el estanque. La idea de refrescar su cuerpo atormentado con el agua lo impulsó a hacer un último esfuerzo, y reptó sobre los adoquines como una víbora con la espina quebrada.

El humo penetrante de su carne quemada lo ahogaba y lo hacía toser, pero persistía en su esfuerzo. Siguió adelante hasta el borde de piedra del estanque y dejó trozos de su carne chamuscada al rodar sobre él y caer al agua. Se oyó un siseo, y una nube pálida de vapor oscureció su visión. El dolor del agua fría en su carne viva era tan intenso que nuevamente perdió el sentido.

Cuando despertó entre nubes negras, alzó su cabeza empapada y vio una figura que subía a los tropiezos dude el jardín.

Por un instante pensó que era un fantasma creado por su agonía, pero entonces reconoció a Royan a la luz de las llamas. 8u pelo empapado caía enmarañado sobre su cara, su ropa estaba rota, empapada por el agua del lago, sucia de barro y algas verdes. Su brazo derecho estaba envuelto en trapos sucios de los cuales manaba sangre diluida por el agua fangosa.

Ella no lo vio. Se detuvo en el centro del patio y contempló horrorizada la casa en llamas. ¿Estaba ahí? Trató de acercarse pero el calor era como un muro infranqueable. En ese momento se derrumbó el techo y una gran columna rugiente de chispas y llamas se alzó hacia el cielo. Retrocedió y alzó un brazo para protegerse la cara.

Duraid trató de llamarla, pero ningún sonido salió de su garganta quemada por el humo. Royan se alejó hacia la escalera. Comprendió que partía en busca de ayuda. Duraid hizo un esfuerzo supremo y un graznido como de cuervo salió entre sus labios negros y escoriados.

Royan giró rápidamente, lo miró y lanzó un grito. Esa cabeza no era humana, Había perdido el pelo; de sus mejillas y mentón pendían colgajos de carne. Bajo la máscara negra asomaban trozos de carne viva. Retrocedió como si hubiera visto un monstruo espantoso.

-Royan -graznó. Su voz era apenas reconocible. Alzó una mano suplicante, y ella corrió al estanque y la tomó.

-En el nombre de la Virgen, ¿qué te han hecho? -dijo entre sollozos. Trató de sacarlo del estanque, pero sólo consiguió arrancarle la piel de la mano en una sola pieza, como un horrible guante quirúrgico, dejando una garra sanguinolenta y en carne viva.

Royan cayó de rodillas junto al borde de piedra y se inclinó sobre el estanque para tomarlo en sus brazos. Sabía que no tenía fuerzas para sacarlo sin agravar sus heridas. Sólo podía sostenerlo y reconfortarlo. Sabía que él agonizaba: nadie podía sobrevivir a heridas tan espantosas.

-Vendrán a socorrernos -susurró en árabe-. Verán las llamas. Sé valiente, esposo mío, que ya vendrán a ayudamos.

El se estremecía convulsivamente, torturado por las heridas y por el esfuerzo sobrehumano que debía hacer para hablar.

-¿El rollo? -Su voz era casi ininteligible. Royan miró el holocausto que envolvía su hogar y meneó la cabeza.

-No está. Lo quemaron o lo robaron.

-No abandones -murmuró-. Nuestra obra...

-Se acabó. Nadie nos creerá sin...

-¡No! -Su voz era débil, pero enérgica-. Para mí, mi última...

-No digas eso -imploró-. Te curarás.

-Promete -ordenó-. ¡Prométeme!

-No tenemos patrocinador. Estoy sola. No puedo hacerlo sola.

-¡Harper! -dijo. Royan inclinó la cabeza para que los labios quemados rozaran su oreja. -Harper -repitió-. Fuerte... duro... hombre astuto... -Entonces comprendió. Harper era el cuarto nombre en su lista de patrocinadores. Aunque era el último, ella siempre había sabido que Duraid los había mencionado en orden inverso de preferencia. Nicholas Quenton-Harper era

el primero de su lista. Solía hablar de él con respeto, afecto, incluso con veneración.

-Pero, ¿qué le diré? No me conoce. ¿Cómo habré de convencerlo? El séptimo papiro ha desaparecido.

-Confía en él -susurró-. Buen hombre. Confía...

La terrible súplica de su "prométeme" era imposible de rechazar.

Entonces recordó el cuaderno en su apartamento de Gizeh, en las afueras de El Cairo, y los archivos Taita en el disco rígido de su PC. No habían perdido todo.

-Está bien -dijo-. Te lo prometo, esposo mío. Te lo prometo.

Aunque esos rasgos mutilados no podían mostrar una expresión humana, hubo un leve matiz de satisfacción cuando murmuró, "¡Mi flor!" Entonces dejó caer la cabeza y murió en sus brazos.

Los aldeanos encontraron a Royan arrodillada junto al estanque, acunando su cabeza, susurrándole al oído. Las llamas empezaban a extinguirse, y la tenue luz del amanecer era más fuerte que su resplandor.

Todo el personal superior del museo y del Departamento de Antigüedades asistió al servicio fúnebre en la iglesia del oasis. El mismísimo ministro de Cultura y Turismo, Atalan Abou Sin, el jefe de Duraid, vino de El Cairo en su Mercedes oficial negro con aire acondicionado.

Se paró detrás de Royan y, aunque era musulmán, sumó su voz al responsorio. Nahoot Guddabi se situó junto a su tío. Su madre era la hermana menor del ministro, lo cual, como solía decir Duraid con sorna, compensaba con creces su falta de experiencia y conocimientos de arqueología, así como su ineptitud como administrador.

Era un día bochornoso. Afuera la temperatura superaba los treinta grados, y aun en la penumbra de los claustros de la iglesia copta el calor era agobiante. En medio de la nube densa de incienso, mientras el sacerdote de sotana negra salmodiaba el oficio antiguo, Royan sintió que se ahogaba. Le dolía la herida del brazo derecho y cada vez que miraba el ataúd negro delante del altar cubierto de molduras y dorados, la imagen horrenda de la cabeza calva y chamuscada de Duraid se alzaba ante sus ojos y la obligaba a tomarse de algo para no caer del asiento.

Por fin terminó y pudo salir al aire libre y el sol del desierto. Pero sus deberes no habían concluido. Aún debía encabezar la procesión, marchar detrás del ataúd al cementerio donde los parientes de Duraid aguardaban en el mausoleo familiar.

Antes de volver a El Cairo, Atalan Abou Sin fue a estrecharle la mano y ofrecer sus condolencias.

-Qué cosa horrible, Royan. He hablado con el ministro del Interior. Atraparán a los animales que cometieron este atropello, créame. Tómese el tiempo que necesite antes de volver al museo.

-Iré a mi oficina el lunes -respondió. El ministro tomó una agenda del bolsillo interior de su saco cruzado oscuro, la consultó y anotó algo. Luego la miró otra vez.

-En ese caso, venga a verme al ministerio. La espero a las cuatro en punto -dijo, y se alejó hacia su Mercedes. Nahoot Guddabi se acercó a saludarla. Su tez era cetrina, con manchas oscuras debajo de los ojos, pero era alto y elegante con su cabellera espesa y dentadura muy blanca. Su traje impecable estaba confeccionado a medida y olía a una colonia suave y muy cara. Su expresión era seria y melancólica.

-Era un buen hombre. Sentía la mayor estima por Duraid -manifestó. Royan asintió sin responder a la mentira flagrante. Duraid y su segundo no se profesaban gran estima. Él jamás le permitía trabajar con los rollos de Taita, ni siquiera le había dejado ver el séptimo papiro, lo cual había suscitado un gran encono entre ambos.

-Espero que pida el puesto de director, Royan. Es la persona más calificada.

-Gracias, Nahoot, es muy amable. Todavía no he pensado en el futuro. Pensé que usted

se postularía.

-Claro que lo haré -asintió-. Pero eso no significa que deba ser el único. Tal vez usted se quedará con el puesto que creo tener al alcance de la mano -añadió con una sonrisa condescendiente. Vivían en el mundo árabe, ella era mujer y él era el sobrino del ministro. Su ventaja era enorme. -Seamos rivales amistosos -añadió.

-Al menos seamos amigos. En el futuro necesitaré el apoyo de todos -dijo Royan con una sonrisa triste.

-Usted sabe que tiene muchos amigos, Royan. Todos la quieren en el departamento. -Eso parecía ser la verdad, pensó ella-. ¿Quiere que la lleve a El Cairo? -preguntó amablemente-. Sé que mi tío no se opondrá.

-Gracias, Nahoot. Vine en mi auto y debo pasar la noche aquí para ocuparme del testamento de Duraid. -Eso no era verdad. Royan había decidido dormir en su apartamento de Gizeh, pero por motivos que no terminaba de comprender, prefería ocultarle sus planes.

-Entonces la veremos el lunes en el museo.

Royan dejó el oasis apenas pudo escapar de los parientes, amigos de la familia y los campesinos, muchos de los cuales habían servido a la familia de Duraid durante toda su vida. Se sentía sola y aturdida; las condolencias y las exhortaciones devotas no le traían consuelo.

A pesar de lo avanzado de la hora, había bastante tráfico en ambas direcciones de la ruta asfaltada a través del desierto, ya que el día siguiente era viernes, el sabat. Sacó el brazo herido del cabestrillo para conducir con mayor comodidad. La velocidad del tráfico era razonablemente rápida. No obstante, eran más de las cinco cuando divisó la línea verde sobre la desolación parda del desierto que indicaba el comienzo de la franja estrecha de tierra regada y cultivada a lo largo del Nilo, la gran arteria de Egipto.

Como siempre, a medida que se acercaba a la capital el tráfico se volvía más denso. Era casi de noche cuando llegó al edificio de apartamentos en Gizeh con vista al río y a esos inmensos monumentos de piedra que se perfilaban altos y macizos contra el cielo nocturno, y que para ella simbolizaban el corazón y la historia de su patria.

Dejó el viejo Renault verde de Duraid en la playa de estacionamiento subterránea del edificio y subió en ascensor a su apartamento.

Abrió la puerta y se quedó helada. La sala estaba revuelta: habían arrancado las alfombras del piso y los cuadros de las paredes. Aturdida, se abrió paso entre los escombros de muebles y adornos destruidos. Una mirada al dormitorio bastó para ver que no lo habían pasado por alto. Su ropa y la de Duraid estaban desparramadas en el piso y las puertas de las cómodas estaban abiertas. A una la habían arrancado de su marco. La cama estaba patas arriba y la lencería tirada por todas partes.

Del baño llegaba el olor agrio de frascos de cosméticos y perfumes rotos, pero no quiso entrar. Sabía lo que encontraría allí. Siguió de largo hasta la gran habitación que les servía de estudio y taller.

En medio del caos, lo primero que vio y deploró fue la destrucción del juego de ajedrez antiguo, el regalo de bodas de Duraid. El tablero de ébano y marfil estaba partido en dos, y los trebejos estaban desparramados por la habitación, donde los habían arrojado con violencia innecesaria y vandálica. Se agachó y alzó la dama blanca. Le habían partido la cabeza.

Con la dama en la mano, caminó como una sonámbula a su escritorio bajo la ventana. Su PC estaba destrozada. Habían golpeado el monitor y el CPU con un instrumento contundente, probablemente un hacha. Le bastó una mirada para comprender que no quedaba información rescatable en el disco rígido. El daño era irreparable.

Miró el cajón donde guardaba los disquetes. Éste y todos los demás estaban vacíos y su contenido, desparramado. Desde luego, los disquetes habían desaparecido juntamente con los cuadernos y las fotografías. Los vínculos con el séptimo papiro estaban rotos. Al cabo de tres años de trabajo, ya no tenía la última prueba de su existencia.

Se dejó caer al piso, abatida y exhausta. Le dolía el brazo, estaba más sola y vulnerable que nunca en su vida. Nunca pensó que echaría de menos a Duraid con tanta desesperación. Sus hombros se estremecieron, sintió que las lágrimas subían de lo más profundo de su ser.

Trató de contenerlas, pero le quemaban los párpados y tuvo que dejarlas salir. Sentada entre los escombros de su vida, lloró hasta agotar las lágrimas. Entonces se tendió sobre la alfombra sucia y se hundió en el sueño de la fatiga y la desesperación.

Para el lunes su vida recobraba una semblanza de orden. La policía examinó el apartamento y le tomó declaración. Luego ella aseó el lugar e incluso pegó la cabeza de la dama blanca. Cuando salió del apartamento, el brazo le molestaba mucho menos y aunque su ánimo no era el mejor, se sentía más optimista y estaba segura de sus próximos pasos.

Lo primero que hizo al llegar al museo fue visitar la oficina de Duraid. Descubrió con fastidio que Nahoot se había adelantado, y supervisaba a dos guardias de seguridad que reunían los efectos personales de su marido.

-Esperaba que tuviera la consideración de dejarme hacer a mí -dijo fríamente. El respondió con su sonrisa más seductora.

-Perdóneme, Royan. Sólo quería ayudarla. -Fumaba un grueso cigarrillo turco. Ella detestaba el olor pesado del almizcle.

Fue al escritorio de Duraid y abrió el primer cajón de la derecha.

-Veo que falta la agenda de mi esposo. Él siempre la guardaba aquí. ¿No la han visto?

-No, el cajón estaba vacío. -Nahoot miró a los guardias, quienes confirmaron sus palabras con la vista baja, incómodos. En realidad no tenía importancia. Duraid nunca anotaba la información importante. Esa tarea la confiaba a ella, quien registraba todo en su PC.

-Gracias, Nahoot -dijo a modo de despedida-. Yo me ocuparé. No quiero alejarlo de su trabajo.

-Si necesita ayuda, Royan, estoy a su disposición. -Inclinó levemente la cabeza y salió.

El trabajo en la oficina de Duraid le llevó poco tiempo. Empacó todos los efectos de él en cajas y las hizo transportar a su oficina, donde las apilaron contra una pared. Trabajó durante todo el mediodía, y cuando todo estuvo en orden aún faltaba una hora para la audiencia con Atalan Abou Sin.

Sabía que para cumplir su promesa a Duraid, debería alejarse por bastante tiempo. Por lo tanto bajó al sector abierto al público del gran edificio para despedirse de sus tesoros más queridos.

El lunes era un día de gran ajetreo, y los salones de exhibición del museo estaban atestados de grupos de turistas. Seguían a sus guías como rebaños de ovejas al pastor. Se apiñaban en torno de los objetos más famosos. Escuchaban a los guías, que recitaban sus explicaciones en todas las lenguas de Babel.

Los salones del segundo piso donde se exhibían los tesoros de Tutankamón estaban tan atestados que pasó poco tiempo allí. Llegó hasta la vitrina donde se exhibía la gran máscara mortuoria de oro del faraón niño. Como siempre, su aliento se entrecortó y su corazón latió con fuerza al contemplar tanto esplendor y leyenda. Sin embargo, de pie ante la vitrina, apretada entre dos turistas de mediana edad tetonas y sudorosas, se preguntó por enésima vez que si un rey tan débil e insignificante se fue a la tumba con la cara momificada cubierta por una obra de arte tan maravillosa, ¿en qué estado habrían yacido en sus templos mortuorios los grandes ramésidas? Ramsés II, el más grande de todos, había reinado durante sesenta y siete años; durante esas décadas recolectaba los tesoros para su tumba en los vastos territorios conquistados.

Royan fue a despedirse del viejo rey. Al cabo de treinta siglos, Ramsés II dormía con una expresión absorta y serena en su rostro demacrado. Su piel resplandecía cubierta por una pátina marmórea. Sus cabellos ralos eran rubios y estaban teñidos con henna. Sus manos, igualmente teñidas, eran largas, finas y elegantes. Sin embargo, sólo lo cubría un trapo de hilo. Los profanadores de su tumba habían llegado a desenvolver la momia en busca de los

amuletos y escarabajos entre los vendajes, de manera que su cuerpo estaba casi desnudo. En 1881, cuando se descubrieron esos restos en el depósito de momias reales de la caverna en Deir El Bahari, apenas un trozo de papiro sujeto a su pecho proclamaba su estirpe.

Royan suponía que debía de haber una moraleja en ello, pero al contemplar los patéticos despojos se preguntó, como tantas veces en sus conversaciones con Duraid, si el escriba Taita decía la verdad: si en algún lugar de las montañas remotas e inhóspitas de África otro gran faraón dormiría serenamente, rodeado por sus tesoros. Se estremeció al pensarlo, se le erizó la piel y la fina pelusa en la nuca.

-Te lo he prometido, esposo mío -murmuró en árabe-. Lo haré por ti y en tu memoria, porque fuiste tú quien inició el camino.

Mientras descendía por la escalera principal miró su reloj. Le quedaban quince minutos antes de partir hacia el ministerio y ya había resuelto dónde los pasaría. Fue a un salón lateral poco frecuentado por los turistas. Los guías rara vez se detenían allí, sólo lo cruzaban para llegar a la estatua de Amenhotep.

Royan se detuvo frente a la gran vitrina que cubría toda una pared de la sala estrecha. Estaba repleta de objetos pequeños, herramientas y armas, amuletos, cacharros y utensilios. El más reciente pertenecía a la vigésima dinastía del Imperio Nuevo, 1100 a.C. El más antiguo venía de la era brumosa del Imperio Antiguo, casi cinco mil años atrás. El catálogo del tesoro era rudimentario. Muchos de los objetos ni siquiera estaban descritos.

En el último anaquel del fondo se exhibían joyas, anillos y sellos. Junto a cada sello se había colocado una impresión en cera.

Royan se arrodilló para mirar uno de los sellos, una hermosa y diminuta talla en lapislázuli azul. Para los antiguos, el lapislázuli era un material precioso y raro, que no se encontraba en las tierras del imperio egipcio. La impresión en cera mostraba un halcón con un ala quebrada y una inscripción sencilla, que se leía claramente: "TAITA, EL ESCRIBA DE LA GRAN REINA".

Sabía que era el mismo hombre porque el autógrafo del halcón mutilado también aparecía en los rollos. Se preguntó quién y dónde habría hallado esa baratija. Acaso un campesino la había robado de la tumba del viejo esclavo y escriba, pero jamás lo sabría.

-¿Te burlas de mí, Taita? ¿No será todo esto una rebuscada mistificación? ¿Te ríes de mí en este preciso instante desde tutumba, dondequiera que esté? -Se inclinó hasta apoyar la frente contra el vidrio fresco. -¿Eres mi amigo, Taita, o mi enemigo implacable? -Se paró y se alisó la falda. -Veremos. Seguiré tu juego hasta el fin y ya veremos quién de los dos es más astuto.

El ministro la hizo esperar apenas unos minutos hasta que su secretario la hizo pasar a la oficina. Atalan Abou Sin vestía un traje fino y la recibió sentado detrás de su escritorio. Royan sabía que se sentía más cómodo con una túnica y sentado en un cojín sobre la alfombra. Él advirtió su mirada y sonrió con cierta timidez.

-Espero a unos norteamericanos.

Royan lo estimaba. Siempre había sido muy amable con ella y además le debía su puesto en el museo. La mayoría de los hombres de su jerarquía hubieran rechazado el pedido de Duraid de tener una ayudante mujer, y sobre todo a su mujer.

Preguntó por su salud y ella le mostró el brazo vendado.

-Me quitarán los puntos dentro de diez días.

Conversaron amablemente durante unos minutos. Sólo los occidentales eran tan groseros como para ir derecho al grano. Sin embargo, para ahorrarle molestias, Royan aprovechó la primera oportunidad para decirle:

-Necesito tiempo para ocuparme de mí misma, para recuperarme de mi dolor y decidir

qué haré con mi vida ahora que soy viuda. Por eso quiero pedirle una licencia de seis meses sin goce de sueldo. Quiero ir con mi madre, a Inglaterra.

-Por favor, no nos abandone por tanto tiempo -dijo Atalan con sincera preocupación-. Su trabajo es sumamente valioso. Necesitamos su ayuda para reanudar la tarea de Duraid.

Sin embargo, no pudo ocultar del todo su alivio. Había esperado, y ella lo sabía, que Royan se postulara para la dirección. Seguramente había hablado de ello con su sobrino. Sin embargo, a un hombre tan considerado como él le disgustaba tener que decirle que el puesto no era para ella. Había cambios en Egipto, las mujeres abandonaban los roles tradicionales, pero no tanto ni tan rápidamente. Los dos sabían que Nahoot Guddabi sería el nuevo director.

Atalan la acompañó a la puerta de la oficina y se despidió con un apretón de manos. Al bajar en el ascensor, la embargó una nueva sensación de libertad.

Había estacionado el Renault bajo el sol en la playa del ministerio. El interior estaba caliente como un horno de pan. Abrió las ventanillas y agitó la portezuela varias veces para expulsar el aire caliente, pero al sentarse sintió la quemazón en los muslos.

Apenas salió, la envolvió el tráfico de El Cairo. Avanzó a paso de hombre detrás de un ómnibus atestado de pasajeros que lanzaba nubes de humo azul de gasoil sobre el Renault. El problema del tránsito parecía insoluble. Había tan poco lugar para estacionar que los vehículos se detenían junto a las aceras en hileras de a tres o cuatro en fondo, dejando apenas un desfiladero angosto en el centro.

El ómnibus que la precedía se detuvo y la obligó a frenar bruscamente. Royan sonrió al recordar un viejo chiste: los conductores que estacionaban junto a la acera debían despedirse de sus autos porque no había manera de sacarlos de la maraña. Tal vez había algo de cierto en ello, porque era evidente que algunos vehículos estaban ahí desde hacía varias semanas. Sus parabrisas estaban totalmente cubiertos de polvo y algunos tenían los neumáticos desinflados.

Miró por el espejo retrovisor. Un taxi se había detenido a centímetros de su paragolpes trasero y detrás de la columna ocupaba varias cuadras. Sólo las motos se desplazaban con libertad. Vio en su espejo que una venía zigzagueando por el laberinto con despreocupación suicida. Era una abollada Honda roja, tan cubierta de polvo que apenas se distinguía el color. Llevaba un pasajero en el asiento trasero, y tanto él como el conductor se habían tapado la boca con una punta del tocado para protegerse del humo y el polvo.

La Honda avanzaba a la derecha, por la estrechísima brecha entre el taxi y el auto estacionado junto a la acera, casi rayando a ambos. Con un gesto obsceno del pulgar y el índice, el taxista invocó a Alá como testigo de que el conductor era un idiota y un demente.

La Honda aminoró levemente la marcha y al pasar junto al Renault de Royan el pasajero le arrojó algo por la ventanilla derecha. A continuación el conductor aceleró tan bruscamente que se alzó la rueda delantera. Hizo una curva cerrada y se alejó velozmente por el callejón lateral tras esquivar por centímetros a una anciana que cruzaba.

Cuando el pasajero se volvió para echar una mirada, el viento apartó la tela blanca de algodón que le cubría la cara. Atónita, reconoció al hombre que había visto a la luz de los faros del Fiat en la ruta junto al oasis.

-¡Yusuf!

La Honda desapareció y ella miró el objeto que habían arrojado sobre su asiento. Tenía forma de huevo y lo cubría una segmentada carcaza metálica verde oliva. Lo había visto tantas veces en las viejas películas de guerra que lo reconoció al instante: era una granada de fragmentación y le habían quitado el seguro, de manera que estallaría en pocos segundos.

Sin pensarlo, tomó el picaporte y se arrojó con todas sus fuerzas contra la portezuela, que se abrió para dejarla caer sobre la calle. Al mismo tiempo, al soltarse el embrague, el Renault avanzó hasta estrellarse contra la culata del ómnibus.

Tendida de bruces en la calle entre las ruedas del taxi que la seguía, Royan oyó la explosión de la granada. Por la portezuela abierta salió una llamarada en medio de una nube de humo y escombros. El parabrisas trasero estalló hacia afuera y la regó de añicos, mientras la detonación retumbaba dolorosamente en sus oídos.

Aturdida por la explosión, escuchó el tintineo de los vidrios rotos y, segundos después,

el coro de gritos y gemidos. Royan se sentó y apretó su brazo herido contra el pecho. Había caído sobre él y le dolían los puntos.

El Renault era chatarra, pero vio que su cartera había volado por la puerta y estaba en la calle cerca de ella. Se paró torpemente y se tambaleó hacia allá para recogerla. A su alrededor reinaba la confusión. Algunos de los pasajeros estaban heridos; una esquirla había herido a una niña en la acera. Su madre chillaba mientras le quitaba la sangre de la cara. La niña lloraba y trataba de soltarse.

Nadie le prestaba atención, pero Royan sabía que la policía no tardaría en llegar. Estaban preparados para reaccionar con rapidez ante los atentados terroristas de los grupos fundamentalistas. Sabía que si la descubrían, la demorarían durante varios días para tomarle declaración. Colgó la cartera de su hombro y con toda la rapidez que le permitía su pierna herida se alejó por el mismo callejón por donde había huido la Honda.

En la esquina había un baño público. Se encerró en uno de los cubículos, se apoyó contra la puerta y cerró los ojos para recuperarse del shock y poner orden en sus pensamientos.

En medio del horror y la tristeza por el asesinato de Duraid, no se había detenido a pensar en su propia seguridad. Ahora la realidad la obligaba, de la manera más salvaje, a darse cuenta del peligro. Recordó las palabras que había oído decir a uno de los asesinos en la oscuridad junto al oasis: "¡Sabemos dónde estará, volveremos por ella más tarde!"

El atentado contra su vida había fracasado, pero por muy poco. Debía convencerse de que no sería el último.

-No puedo volver al apartamento -murmuró-. La villa está destruida y además, irían a buscarme allá.

A pesar del olor desagradable, permaneció encerrada en el cubículo durante más de una hora mientras pensaba en los pasos siguientes. Al cabo salió del retrete y fue a uno de los lavabos sucios y agrietados. Se lavó la cara, se peinó, retocó su maquillaje y aliñó su ropa lo mejor que pudo.

Caminó un par de cuadras y volvió sobre sus pasos, mirando constantemente en derredor en busca de posibles perseguidores. Finalmente, tomó un taxi.

Se hizo llevar a la calle detrás del Banco y caminó hasta la entrada. Minutos antes de la hora de cierre, la hicieron pasar a la diminuta oficina de un subcontador. Retiró todos los fondos de su cuenta. Cinco mil libras egipcias no era una gran suma, pero tenía algo más en su cuenta del Banco Lloyds de York y además, su Mastercard.

-Hay que avisar con anticipación para hacer un retiro de la caja de seguridad -la regañó el funcionario del Banco. Se disculpó sumisamente y cumplió tan bien el papel de nena ingenua-perdida-impotente que el hombre acabó por ceder. Le entregó el sobre donde guardaba el pasaporte británico y la chequera de Lloyds.

Duraid tenía muchos parientes y amistades a quienes les hubiera complacido recibirla, pero quería permanecer oculta y alejada de los lugares que frecuentaba. Eligió un hotel de dos estrellas donde esperaba poder confundirse con los contingentes de turistas. Los huéspedes iban y venían constantemente, porque la mayoría permanecía apenas unas noches antes de partir hacia Luxor y Asuán a visitar los monumentos.

A solas en su cuarto, llamó a reservas de British Airways. Pidió un pasaje de ida en clase turista en el vuelo a Londres de las 10:00 de la mañana y dio su número de Mastercard.

Ya eran más de las seis, pero por la diferencia horaria sabía que en Inglaterra aún estaban abiertas las oficinas. Buscó el número en su agenda. Llamó a la Universidad de Leeds, donde había terminado sus estudios. Al tercer timbre tomaron la llamada.

-Departamento de Arqueología. Oficina del profesor Dixon -dijo una voz recatada de maestra inglesa.

-¿Señorita Higgins?

-Soy yo. ¿Con quién hablo?

-Soy Royan. Royan Al Simma, antes Royan Said.

-¡Royan! Hace mucho que no sabemos nada de usted. ¿Cómo está?

Conversaron unos momentos, pero Royan conocía el precio de las llamadas internacionales y cortó la charla:

-¿Está el profe?

El profesor Percival Dixon tenía más de setenta años, pero no quería saber nada con la jubilación.

-Royan, cuánto me alegro. Mi alumna preferida.

Royan sonrió. A pesar de su edad, el viejo pícaro no perdía las mañas. Todas las estudiantes bonitas eran sus alumnas preferidas.

-Llamo del exterior, profe. Sólo quiero saber si la oferta sigue en pie.

-¡Dios mío! ¿Pero no nos dijo que no tenía tiempo para nosotros?

-Un cambio de circunstancias. Le contaré cuando lo vea, si es que me recibe.

-Claro que sí, nos encanta que venga. ¿Cuándo lo haría?

-Viajaré a Inglaterra mañana.

-Dios mío, qué repentino. No sé si podremos hacerlo con tan poca anticipación.

-Estaré en casa de mi madre, cerca de York. Déjeme hablar con la señorita Higgins y le daré el teléfono. -Era uno de los hombres más inteligentes que conocía, pero lo sabía incapaz de anotar un número telefónico. -Lo llamaré en unos días.

Cortó y se tendió de espaldas en la cama. Estaba exhausta, le dolía el brazo, pero trató de trazar planes para todas las contingencias.

Dos meses antes, el profe Dixon la había invitado a dictar un curso sobre el descubrimiento y excavación de la tumba de la reina Lostris y el descubrimiento de los papiros. Desde luego, estaba enterado gracias al libro y en especial la nota final del autor. Su aparición había despertado gran interés. Recibían cartas de egiptólogos aficionados y profesionales de todo el mundo, desde

Tokio hasta Nairobi. Todas preguntaban sobre la autenticidad de la novela y sus bases fácticas.

Ella se había opuesto a entregar las transcripciones a un autor de obras de ficción, sobre todo porque eran incompletas. Pensaba que rebajarían un asunto importante, que debía ser materia de un estudio académico serio, al nivel de una diversión popular. Era un poco lo hecho por Spielberg a la paleontología con su parque de dinosaurios.

Sus objeciones no fueron escuchadas. Duraid mismo había tomado partido en su contra. Desde luego, el motivo era el dinero. El departamento carecía de fondos para sus trabajos poco espectaculares. Cuando se trataba de una obra grandiosa como el traslado del templo de Abu Simbel río arriba de la represa de Asuán, las naciones del mundo aportaban decenas de millones de dólares. Los gastos operativos cotidianos del departamento nunca obtenían tanto apoyo.

Aunque su parte de las regalías de Río sagrado -así se llamaba el libro- les permitió financiar un año de investigaciones y excavaciones, Royan aún sentía cierto recelo. El autor se había tomado demasiadas libertades con los hechos relatados en los rollos; atribuyendo a los personajes personalidades y manías de las que no existía la menor prueba. Sobre todo, deploraba que hubiera retratado al antiguo escriba Taita como un fanfarrón presumido y jactancioso.

En justicia debía reconocer que el autor había tratado de relatar los hechos de la manera más amena para el gran público y admitía con renuencia que había logrado ese propósito. Sin embargo, su formación científica rechazaba semejante vulgarización de un descubrimiento tan singular como maravilloso.

Suspiró y trató de no pensar más en ello. El daño estaba hecho, y esos pensamientos sólo servían para irritarla.

Se puso a pensar en los problemas más apremiantes. Para dictar el curso que le pedía el profe, necesitaba sus diapositivas, que todavía se encontraban en su oficina en el museo. Mientras se preguntaba cuál era la mejor manera de conseguirlas sin ir a buscarlas, la doblegó el cansancio y se durmió vestida y tendida de espaldas sobre la cama.

La solución del problema fue la más sencilla de todas. Llamó a la administración, pidió que un empleado recogiera las diapositivas en su oficina y las llevara en taxi al aeropuerto.

El empleado que la esperaba para entregárselas en el mostrador de British Airways le dijo que esa mañana, los primeros en llegar al museo encontraron que varios agentes de policía aguardaban en la puerta.

-Querían hablar con usted, doctora.

Evidentemente, habían rastreado la patente del Renault destruido. Afortunadamente tenía su pasaporte británico. Si hubiera tratado de salir del país con su documento egipcio, probablemente la hubieran demorado, ya que las autoridades habrían dado la orden de detenerla en los controles de migraciones. Pudo pasar sin dificultad y en la sala de espera de pasajeros fue derecho al kiosco.

Todos los diarios locales informaban sobre el atentado; la mayoría recordaba el asesinato de Duraid y vinculaba los dos sucesos. Uno de ellos aludía a la participación de elementos fundamentalistas. En la primera plana de El Arab aparecía una foto de ella y Duraid tomada un mes antes en una recepción para un grupo de agentes de turismo franceses. Le dolió ver a Duraid tan apuesto y digno, y a ella misma muy sonriente, tomada de su brazo. Compró todos los diarios para leer en vuelo.

Durante el viaje anotó en un cuaderno todo lo que le había dicho Duraid sobre el hombre con quien se iba a encontrar. Como encabezamiento escribió: "Sir Nicholas Quenton-Harper (Bart)". El bisabuelo de Nicholas debía el título de baronet a trabajo como funcionario de carrera del servicio colonial británico. Desde hacía tres generaciones, la familia tenía vínculos estrechos con África, en particular con las colonias y esferas de influencia británicas en el norte del continente: Egipto, Sudán, Uganda y Kenia.

Según Duraid, Sir Nicholas había revistado en regimientos británicos en África y el Golfo. Hablaba bien el árabe y el swahili; era un eminente arqueólogo y zoólogo aficionado. Al igual que su padre, su abuelo y su bisabuelo, había realizado muchas expediciones para recolectar ejemplares y explorar las regiones más remotas del Norte de África y publicado artículos en revistas científicas y dictado conferencias en la Sociedad Geográfica Real.

Tras la muerte de su hermano mayor, que no dejó descendientes, Sir Nicholas heredó el título y los bienes familiares en Quenton Park. Pidió la baja del ejército para ocuparse de las propiedades, especialmente del museo fundado en 1885 por su bisabuelo, el primer baronet. Poseía una de las mayores colecciones privadas de fauna africana; también eran célebres sus colecciones de objetos del antiguo Egipto y el Medio Oriente.

Sin embargo, las consideraciones de Duraid dejaban entrever un rasgo salvaje, incluso inescrupuloso en la personalidad de Sir Nicholas. Evidentemente, no temía correr riesgos extraordinarios para aumentar su colección en Quenton Park.

Duraid lo había conocido años antes cuando, a pedido de Sir Nicholas, actuó como oficial de inteligencia de una expedición clandestina a la Libia de Kadaffi para "liberar" una colección de bronces fundidos cartagineses. Sir Nicholas había vendido algunas piezas para cubrir los gastos de la expedición, pero conservando los mejores para su colección privada.

Posteriormente realizó otra expedición clandestina, esta vez a Irak, para sacar dos frisos de piedra en bajorrelieve bajo las mismas narices de Saddam Hussein. Sir Nicholas vendió uno de los frisos por un monto sideral, algo así como cinco millones de dólares norteamericanos. Había invertido el dinero en mejoras para el museo, pero conservó el otro friso, el más valioso.

Las dos expediciones tuvieron lugar antes que Royan conociera a Duraid, y ella se preguntaba inútilmente qué lo había llevado a unir su suerte a la del inglés. Sir Nicholas debía de poseer singulares dotes persuasivas, porque no cabía duda de que si los hubieran sorprendido in fraganti, los habrían ejecutado sumariamente.

Como dijo Duraid, sólo el ingenio de Nicholas junto con la ayuda de sus muchos amigos y admiradores en el África septentrional y el Medio Oriente los habían sacado de allí con vida.

-Es un demonio -decía Duraid al recordar esos tiempos con evidente nostalgia-. Pero es el hombre a quien acudir cuando las cosas se ponen feas. Todo era muy emocionante, pero tiemblo al recordar los riesgos que corrimos.

Muchas veces había meditado sobre los riesgos que estaba dispuesto a correr el coleccionista auténtico para satisfacer su pasión. Por tratarse sólo de acumular más y más, le parecía que los riesgos eran excesivos, pero entonces sonrió ante sus propios pensamientos virtuosos. La aventura que pensaba proponerle a

Sir Nicholas no carecía de riesgos, y una junta de abogados podía debatir su legalidad hasta el infinito.

Sin dejar de sonreír, se durmió porque la tensión de los últimos días había agotado sus fuerzas. La despertó la azafata con el anuncio de ajustarse los cinturones de seguridad para el descenso en Heathrow.

Royan llamó a su madre desde el aeropuerto. Hola, mami, soy yo.

-Ya me di cuenta, mi amor. ¿Dónde estáis?

-En Heathrow. Vine a pasar unos días contigo. ¿Te parece bien?

-Pensión Familiar Lumley -dijo su madre con una risita-. Prepararé tu habitación. ¿Qué tren tomarás?

-Vi el horario. Hay uno desde King's Cross que llega a York a las diecinueve.

-Te esperaré en la estación. ¿Qué pasó? ¿Una peleíta matrimonial con Duraid? Ese hombre podría ser tu padre. Siempre dije que terminarían mal.

Royan calló un instante. No era el momento para dar explicaciones.

-Te contaré esta noche.

Georgina Lumley, su madre, la esperaba en el andén frío y sombrío en el atardecer otoñal. Era una figura robusta y serena envuelta en un viejo tapado verde; a sus pies estaba su fiel cocker spaniel Magic. Eran una pareja inseparable, incluso cuando no estaban ganando algún campeonato de perros de raza. Para Royan, eran un cuadro reconfortante y familiar del costado inglés de su ascendencia.

Georgina le dio un beso rápido en la mejilla. "Las bobadas sentimentales no van conmigo", solía decir con satisfacción. Tomó una de las valijas de Royan y encabezó la marcha hacia la playa de estacionamiento donde la esperaba su viejo Land Rover embarrado.

Magic husmeó la mano de Royan y meneó la cola para indicar que la había reconocido. Con aire digno, condescendió a que le palmeara la cabeza. Como su dueña, no era dado al sentimentalismo.

Después de varios minutos Georgina encendió un cigarrillo y rompió el silencio:

-Bueno, cuéntame qué pasa con Duraid.

Por un instante no pudo responder, pero entonces se abrieron las compuertas y contó la historia de un tirón durante los veinte minutos del trayecto hasta la aldea de Brandsbury al Norte de York. Georgina se limitó a responder con monosílabos de aliento y pesar, y le palmeó la mano cuando Royan relató entre sollozos los detalles de la muerte y el funeral de Duraid.

Cuando llegaron a la casita en la aldea, todo había pasado. Serena y compuesta, comió la cena preparada por Georgina y puesta a calentar en el horno. Hacía muchísimo que no comía pastel de carne con puré.

-Dime, ¿cuáles son tus planes? -preguntó Georgina al echar el resto de la botella de cerveza negra en su vaso.

-La verdad es que todavía no lo sé -contestó Royan mientras se preguntaba por qué todo

el mundo usaba esa frase lamentable como introducción a una mentira-. Tengo seis meses de licencia del museo y el profe Dixon quiere que dicte un curso en la universidad. Por ahora, nada más.

-Bueno -dijo Georgina al pararse-, puse una bolsa de agua caliente en tu cama, y ahí tienes tu habitación por el tiempo que quieras. -Por venir de quien venía, era una fogosa declaración de amor materno.

Durante los días siguientes, Royan ordenó sus diapositivas y apuntes para las clases. Por las tardes daba largos paseos por el campo con Georgina y Magic.

-¿Conoces Quenton Park? -preguntó durante un paseo.

-¡Ya lo creo! -respondió su madre con entusiasmo-. Magic y yo vamos cuatro o cinco veces por temporada. Un coto de primera. Los mejores faisanes y chochas de Yorkshire. Una de las batidas es famosa. Se llama Alto de los Alerces y los pájaros vuelan tan alto que desafían a los mejores cazadores del país.

-¿Conoces al dueño, Sir Nicholas Quenton-Harper?

-Lo he visto durante las batidas, pero no nos han presentado. Muy buena puntería -comentó Georgina-. En mi juventud conocí a su papá, mucho antes de casarme con tu padre. -Su sonrisa sugestiva sorprendió a Royan. -Bailaba muy bien. Tuvimos bastantes ocasiones de menearnos juntos, y no sólo en la pista de baile.

Royan rió:

-¡Mamá, eres incorregible!

-Lo era -corrigió Georgina-. Últimamente no tengo mucha oportunidad.

-¿Cuándo volverán tú y Magic a Quenton Park?

-En dos semanas.

-¿Puedo ir contigo?

-Claro... siempre andan escasos de batidores. Veinte libras y el almuerzo con cerveza por día. -Se detuvo y echó una mirada curiosa a su hija: -A ver, cuéntame.

-Tengo entendido que tienen un museo privado. La colección egipcia es famosa en todo el mundo. Quiero verla.

-Está cerrada al público. Entrada sólo por invitación. Sir Nicholas es un tipo raro, furtivo, qué sé yo.

-¿No puedes conseguirme una invitación? -preguntó. Georgina meneó la cabeza.

-¿Por qué no le pides al profe Dixon que te la consiga? Suele ir a cazar a Quenton Park. Es uno de los amigotes de Quenton-Harper.

Pasaron diez días antes de que el profesor Dixon pudiera recibirla. Fue a Leeds en el Land Rover de su madre. El profe la abrazó afectuosamente y la invitó a tomar té en su oficina.

El cuarto atestado de libros y papeles y objetos antiguos le recordaba su época de estudiante. Dixon le expresó su pesar por el asesinato de Duraid, pero ella se apresuró a cambiar de tema y le mostró las diapositivas. El profesor se mostró fascinado.

Era casi la hora de partir cuando por fin pudo abordar el tema del museo de Quenton Park. El respondió al instante.

-No puedo creer que nunca lo haya visitado en su época de estudiante. Es una gran colección, iniciada por la familia hace más de un siglo. El jueves próximo iré a cazar allá. Hablaré con Nicholas. Pero le advierto que el pobre muchacho no está muy bien. Hace un año sufrió una tragedia familiar horrible. Su esposa y sus dos hijas murieron en un accidente de autopista. -Meneó la cabeza. -Fue espantoso. Nicholas conducía. Creo que se siente culpable. -La acompañó al Land Rover.

-La espero el veintitrés -dijo al despedirse-. Creo que va a haber una concurrencia de por lo menos cien. También me llamó un periodista del Yorkshire Post. Están enterados del

curso y quieren entrevistarla. Magnífica publicidad para el departamento. Lo hará, claro. ¿Puede venir un par de horas antes para recibirlos?

-En realidad, nos veremos antes del veintitrés -respondió-. Mamá y su perro irán a Quenton Park el jueves. Ella me hará entrar como batidora.

-La buscaré -prometió el profesor, y se quedó agitando la mano mientras ella se alejaba en medio de una nube de humo del escape.

Soplaba un viento gélido del norte. Las pesadas nubes azules y grises se arremolinaban unas sobre otras, tan cerca de la Tierra que rozaban las crestas de las colinas al correr impulsadas por las ráfagas.

Aunque llevaba tres capas de ropa bajo el viejo gabán verde prestado por Georgina, Royan se estremecía de frío al avanzar sobre la cresta con los demás batidores. Su sangre se había vuelto menos espesa en el calor del valle del Nilo. Dos pares de gruesas medias eran insuficientes para impedir que se le entumecieran los dedos de los pies.

Para esa batida, que era la última del día, el guardián principal había sacado a Georgina de su posición habitual detrás de la línea de fuego, donde ella y Magic debían recoger las aves heridas, para que ocupara un lugar en la hilera de batidores.

Batían el Alto de los Alerces, ya que reservaban lo mejor para el final. El guardián necesitaba a toda su gente para expulsar a los faisanes del gran terreno en lo alto de las colinas y hacerlos volar desde la cresta sobre el valle profundo; en el fondo, los aguardaban las escopetas.

A Royan le parecía el colmo de la irracionalidad criar a los faisanes desde que eran polluelos y luego adoptar todas las medidas que el guardián fuera capaz de inventar para que la cacería fuera lo más difícil posible. Pero Georgina le explicó que cuanto más alto era el vuelo de las aves y más difícil era acertarles, más les gustaba a los deportistas, que pagaban mucho dinero por el derecho de cazarlas.

-No tienes idea de lo que están dispuestos a pagar por un día de caza -dijo-. Hoy se recaudarán casi catorce mil libras. Esta temporada habrá veinte días de caza. Si haces la cuenta, verás que la cacería es uno de los rubros más importantes de los ingresos de la propiedad. Y a los de acá, aparte del placer de trabajar con los perros en la batida, nos da la posibilidad de ganar un dinero extra que no viene nada mal.

A esa hora Royan no comprendía dónde estaba el placer de la batida. Debían caminar por un terreno difícil, entre arbustos espinosos, y había tropezado más de una vez. Tenía las rodillas y los codos embarrados. La zanja que cruzaba su camino estaba llena de agua hasta la mitad y cubierta por una capa delgada de hielo. Se acercó cautelosamente, apoyándose en su bastón. Después de cinco batidas, todas tan pesadas como ésa, estaba muy cansada. Le maravillaba que su madre disfrutara tanto de semejante martirio. Sonreía feliz mientras dirigía a Magic con un silbato y gestos de las manos. Miró a Royan:

-Es la última, mi amor. Ya terminamos.

Avergonzada por haber dejado traslucir su agotamiento, se apoyó en el bastón para saltar la zanja. Sin embargo, calculó mal el ancho. Al caer se hundió hasta las rodillas en el agua helada que inmediatamente desbordó sus botas de caucho.

Georgina rió y le tendió la punta de su bastón para ayudarla a salir del barro pegajoso. La fila no podía detenerse a esperar que vaciara sus botas, de manera que siguió adelante, pisando ruidosamente el barro a cada paso.

-¡Alto a la izquierda! -dijo la voz del guardián por el radiotransmisor, y la fila se detuvo al instante.

El arte y la destreza del guardián consistía en levantar las aves de la maleza enmarañada, pero no en una sola bandada sino en un flujo constante para que volaran por encima de los cazadores de a una o dos por vez; así, después de disparar los dos tiros de su

escopeta, el cazador tenía tiempo para recibir su otra arma del cargador antes de que apareciera el siguiente faisán en lo alto. La fama del guardián -y las propinas- dependían de su forma de "mostrar" las aves a las escopetas que las aguardaban.

Royan tuvo un respiro para recuperar el aliento y mirar el paisaje. A través de un espacio entre dos de los alerces que daban su nombre a la batida pudo ver el fondo del valle.

Al pie de las colinas se abría un gran prado. El verde del césped estaba interrumpido por algunas manchas de nieve sucia, restos de la nevada de la semana anterior. En ese prado el guardián había clavado una hilera de postes numerados. Antes de iniciar la cacería se sorteaba el poste que le tocaría a cada deportista.

Cada hombre ocupaba el poste asignado y detrás de él aguardaba un cargador, listo para entregarle la segunda escopeta una vez que vaciaba los dos caños de la primera. Todos tenían la vista clavada en la cresta desde la cual se levantaría el faisán.

-¿Cuál de ellos es Sir Nicholas? -preguntó Royan. Georgina señaló el extremo de la fila:

-El más alto -dijo.

-Despacio por la izquierda -ordenó la voz por el transmisor-. Golpeen. -Los batidores golpearon el suelo con sus bastones. No había gritos en una operación tan rígidamente controlada y delicada. -Adelante despacio. Alto cuando levanten.

Paso a paso avanzaba la hilera. Bajo la maleza y los helechos se agitaban los faisanes, que jamás remontaban vuelo hasta último momento.

Una nueva zanja les cerraba el paso, pero ésta estaba llena de arbustos espinosos que formaban una barrera casi impenetrable. Los perros más grandes, como los labradores, se resistían a penetrar en semejante barrera. Georgina lanzó un silbido agudo y Magic alzó las orejas. Estaba empapado; su pelambre, sucia de barro, abrojos y espinas. Su lengua rosada asomaba por una de las comisuras de su boca sonriente, y su rabo mojado se agitaba alegremente. Era el perro más feliz de toda Inglaterra. Estaba realizando la tarea para la cual lo habían entrenado.

-Vamos, Magic -dijo Georgina-. Adelante. Hazlos salir.

Magic se hundió en el matorral más espeso y espinoso hasta desaparecer de vista. Desde el fondo de la zanja llegaron ruidos del perro que husmeaba y hurgaba con el hocico, seguidos por un cacareo y el agitar de alas.

Una pareja de aves se alzó bruscamente de los arbustos. Primero se alzó la hembra, un ave parda, vulgar, del tamaño de una gallina. La seguía un macho magnífico, de cabeza verde irisada con mejillas y barbas escarlatas. La cola color canela con rayas negras era tan larga como su cuerpo, y su plumaje era abigarrado y brillante.

Resplandecía contra el sombrío cielo gris como una piedra preciosa arrojada al aire por un emperador. Royan contuvo el aliento, sobrecogida por tanta belleza.

-¡Mira cómo vuelan! -dijo Georgina con voz ahogada por la emoción-. Qué pareja magnífica. La mejor de hoy. Apuesto a que no les tocarán una pluma.

Las dos aves se elevaron más y más, la hembra siempre adelante, hasta que el viento que se arremolinaba sobre las montañas como leche hirviente las alcanzó y las arrojó hacia el valle.

Los batidores disfrutaban del espectáculo creado con duro esfuerzo. Con voces agudas alentaban a los dos pájaros. Les encantaba ver a un faisán tan veloz y alto que burlaba a las armas.

-¡Adelante! -gritaban exultantes-. ¡Arriba! -La hilera se detuvo a contemplar a la pareja que revoloteaba en el viento.

En el fondo del valle, las caras alzadas de los cazadores eran motas pálidas contra el telón verde. Con evidente agitación contemplaban a los faisanes que en ese momento alcanzaban su máxima velocidad, tanto que ya no podían batir sus alas y las mantenían rígidamente desplegadas hacia atrás mientras descendían hacia el valle.

Era el blanco más difícil para cualquier cazador. Una pareja de faisanes volando alto, impulsados por un vendaval de través, entrando en la línea de tiro a máxima velocidad, a punto de pasar sobre la hilera a la distancia del máximo alcance de una escopeta calibre doce.

El cazador tenía que hacer un cálculo tridimensional de velocidad y ángulo. El más hábil tal vez derribaría a uno de ellos, pero ¿quién se atrevería a pensar en los dos?

-¡Una libra! -exclamó Georgina-. Apuesto una libra a que se salvan los dos. -Ninguno de los batidores que la oyeron aceptó la apuesta.

El viento empujaba a las aves hacia un costado. Intentaban volar hacia el centro de la línea, pero poco a poco se desplazaban hacia un extremo. A medida que cambiaba el ángulo, Royan veía que cada cazador se preparaba para disparar y luego se relajaba. Era evidente su alivio al verse absueltos de buscar ese blanco imposible a la vista de todos.

Al final, su rumbo los llevaría sobre el hombre alto del extremo de la hilera.

-El ave es suya, señor -dijo uno de los cazadores en tono burlón. Royan descubrió que estaba conteniendo el aliento por la emoción.

Nicholas Quenton-Harper parecía no prestar la menor atención a los faisanes. Totalmente relajado, su cuerpo alto estaba levemente encorvado y sostenía la escopeta bajo el brazo derecho apuntando al suelo.

Sólo se movió en el instante que la hembra alcanzó un punto en el cielo a un ángulo de sesenta grados de él. Con despreocupada elegancia alzó la escopeta en un gran arco. Disparó cuando la culata rozó su mejilla, pero la escopeta no se detuvo sino que describió el resto del arco.

Debido a la distancia, el ruido tardó en llegar a Royan. Vio el retroceso de los caños y la nubecilla de humo azul. Cuando Nicholas bajó la escopeta, la hembra arrojó la cabeza atrás y plegó las alas. No cayeron plumas porque el disparo le había arrancado limpiamente la cabeza, matándola al instante. En el momento en que inició el lento descenso a tierra, Royan oyó el estampido sordo del arma.

En ese momento el macho pasaba sobre la cabeza de Nicholas. Esta vez, al alzar la escopeta con el mismo gesto despreocupado, arqueó la espalda hasta que su cuerpo quedó plegado en la cintura como un arco tenso. Nuevamente, al alcanzar el punto más alto del arco, el arma se sacudió entre sus manos.

¡Erró el tiro!, pensó Royan entre aliviada y decepcionada mientras el macho, aparentemente ileso, continuaba su vuelo. En parte le complacía que la hermosa ave escapara a la muerte, pero al mismo tiempo no quería ver fracasar al hombre. Gradualmente se alteró el perfil del ave, que plegó sus alas y rodó en el aire. Royan no sabía que un proyectil le había atravesado limpiamente el corazón, pero segundos después vio cómo sus alas perdían rigidez al morir el faisán en pleno vuelo.

Ante la caída del macho se alzó un coro espontáneo de aliento de los batidores, débil pero entusiasta en el gélido viento boreal. Entre los cazadores también se alzaron exclamaciones de, "¡Buen tiro, señor!"

Royan no se unió al coro, pero por el momento olvidó la fatiga y el frío. Tenía apenas una vaga idea de la destreza que habían requerido esos disparos, pero se sentía impresionada, incluso sobrecogida. Le había bastado un vistazo del hombre para confirmar todas las expectativas suscitadas por las historias de Duraid.

Anochecía cuando terminó la última batida. Un viejo camión militar bajaba por la senda del bosque donde aguardaban los batidores exhaustos con sus perros. El vehículo pasaba lentamente para que todos pudieran subir. Georgina dio un empujón a Royan para ayudarla antes de trepar de un salto seguida por Magic. Con alivio se sentaron en uno de los bancos de madera. Georgina encendió un cigarrillo y se sumó a la alegre conversación de los batidores y guardianes subalternos.

Sentada en silencio en el extremo del banco, Royan disfrutaba de la sensación de haber llegado al cabo de una jornada tan ardua. Se sentía cansada, relajada y a la vez extrañamente feliz. Durante un día entero no había pensado en el robo del papiro, el asesinato de Duraid ni en el enemigo desconocido e invisible que la acechaba para provocarle una muerte violenta.

Al llegar al pie de la cuesta, el camión aminoró la marcha y se apartó para dejar pasar un Range Rover verde. Cuando los vehículos se encontraban a la par, Royan giró la cabeza y a través de la ventanilla abierta del lujoso vehículo rural miró a los ojos del conductor,

Nicholas Quenton-Harper.

Era la primera vez que podía distinguir sus rasgos, y su juventud la sorprendió. Pensaba que debía de tener la edad de Duraid. Ahora veía que no podía ser mayor de cuarenta, ya que en su pelo espeso y ensortijado aparecían apenas unas pocas hebras plateadas. Tenía la tez bronceada y curtida de un hombre habituado a vivir a la intemperie. Sus ojos eran verdes y penetrantes bajo un par de cejas oscuras y gruesas. Su boca ancha y expresiva sonreía ante una broma lanzada por el conductor del camión en un fuerte acento de Yorkshire, pero los ojos expresaban la tristeza de una tragedia reciente. Royan recordó lo que le había dicho el profesor e instintivamente sintió pena por él. No era la única que lloraba la muerte de un ser querido.

Cuando se miraron a los ojos ella vio que su expresión cambiaba. Se sabía atractiva y se daba cuenta de la impresión que causaba a los hombres. Sin embargo, en ese momento no disfrutó la sensación. El dolor por la muerte de Duraid era demasiado intenso y reciente. Apartó la vista y el Range Rover siguió su camino.

La conferencia en la universidad fue todo un éxito. Royan era una conferencista excelente y dominaba plenamente el tema. Fascinó al auditorio con el relato del hallazgo de la tumba de la reina Lostris y el posterior descubrimiento de los papiros. Muchos de los presentes habían leído el libro y a la hora de las preguntas quisieron saber hasta qué punto era cierto. Tuvo que medir sus palabras para no ofender al autor.

Después el profesor Dixon invitó a Royan y Georgina a cenar. Encantado por el éxito de la conferencia, pidió el clarete más caro de la carta de vinos para festejar. Para su desconcierto, Royan no quiso probarlo.

-Perdóneme, olvidé que era musulmana.

-Copta -dijo ella-. Y no soy abstemia por razones religiosas sino simplemente porque no me gusta el sabor.

-No se preocupe -dijo Georgina-. No tengo los instintos masoquistas de mi hija. Creo que le viene del padre. Lo ayudaré a secar esa linda botella.

Bajo la influencia benigna del vino, el profesor se volvió locuaz y las entretuvo con relatos sobre las excavaciones arqueológicas a las que había asistido a lo largo de varias décadas. Cuando les sirvieron el café se volvió hacia Royan:

-Dios mío, casi me olvido. Me han dicho que podrá visitar el museo de Quenton Park cualquier tarde de la semana. Llame a la señora Street el día anterior para que la espere. Es la secretaria privada de Nicholas.

Royan recordaba el camino a Quenton Park, pero a diferencia del día de caza, esta vez iba sola en el Land Rover. El gran portón principal de entrada a la propiedad era de torneadas rejas de hierro. Después aparecía un poste con carteles indicadores en el punto donde se bifurcaba el camino: "Quenton Hall. Privado", Administración" y "Museo".

El camino al museo atravesaba un parque donde los venados pastaban bajo los robles de ramas desnudas debido al invierno. En medio de la bruma alcanzó a entrever la gran casa. Según la guía que le había prestado el profesor, la casa databa de 1693, diseñada por sir Christopher Wren. Sesenta años después, el maestro paisajista Capability Brown había diseñado los jardines. El resultado era perfecto.

El museo se encontraba en el centro de un bosquecillo de hayas doradas a un kilómetro de la casa. Era un edificio amplio al cual evidentemente le habían agregado anexos a lo largo

de los años. La señora Street la esperaba en una puerta lateral y se presentó al hacerla pasar. Era una mujer madura, canosa y segura de sí.

-Asistí a su conferencia el lunes. ¡Fascinante! Le daré un catálogo, pero verá que todo está debidamente rotulado. Hace casi veinte años que trabajo aquí. No hay otras visitas, así que la casa entera está a su disposición. Deberé dejarla, así que pasee por donde quiera. No me iré hasta las cinco de la tarde. Si puedo ayudarla en algo, mi oficina está en el extremo de este pasillo. Por favor, no deje de avisarme.

Desde el primer momento se sintió cautivada por la muestra de mamíferos africanos. En el salón de los primates se exhibía una colección completa de todas las especies de simios del continente, desde el gran gorila macho de manto plateado hasta el delicado colobus con su capa de piel blanca y negra.

Aunque algunas de las piezas tenían más de cien años, estaban magníficamente conservadas y presentadas en grandes vitrinas entre pinturas que reproducían su hábitat natural. Evidentemente, el museo empleaba a los mejores artistas y taxidermistas. Pudo imaginar el costo de la muestra. Pensó que el ladrón de los frisos había invertido bien los cinco millones de dólares de su venta.

Pasó al salón de los antílopes y contempló maravillada los magníficos animales exhibidos. En una vitrina había un grupo de ejemplares del gigantesco antílope negro de Angola, de la especie extinta Hippotragus niger variani. Al admirar el gran macho negro con el penacho blanco en medio del pecho y largos cuernos volcados hacia atrás, sintió pena de que alguien de la familia Quenton-Harper lo hubiera matado. Pero a continuación pensó que de no haber sido por la extraña obsesión y pasión del cazador y coleccionista, las generaciones futuras tal vez no hubieran conocido su majestuosa presencia.

En otro salón se exhibían ejemplares del elefante africano. En el centro había un par de colmillos de marfil tan grandes que era increíble que alguna vez los llevara un animal vivo. Parecían columnas de mármol de algún templo griego de Diana, la diosa de la caza. Se inclinó a leer la tarjeta impresa:

> *Colmillos del elefante africano Loxodonta africana. Cazado en 1899 en el enclave de Lado por Sir Jonathan Quenton-Harper. Colmillo izquierdo 130 kg. Colmillo derecho 146 kg. Longitud de colmillo mayor, 3,32 m. Circunferencia máxima, 81,28 cm. Los colmillos más grandes jamás cobrados por un cazador europeo.*

Su longitud duplicaba la estatura de Royan, y su circunferencia era una vez y media la de su cintura. Mientras pasaba al salón egipcio, trataba de imaginar el tamaño y la fuerza de la criatura que los llevaba.

Se detuvo bruscamente al ver la figura que ocupaba el centro de la sala. Era una estatua de granito rojo, de unos cinco metros de altura, que mostraba a Ramsés II como el dios Osiris. El emperador-dios estaba parado sobre sus piernas musculosas y vestía solamente sandalias y un faldellín. En la mano izquierda empuñaba los restos de un arco de guerra con los extremos rotos. Era el único daño sufrido por la estatua en miles de años. El resto estaba perfecto: la pedana aún llevaba las marcas del cincel del escultor. En su puño derecho el Faraón llevaba un sello con su cartucho real. Su cabeza majestuosa lucía la gran doble corona del Alto y el Bajo Egipto. Su expresión era serena y enigmática.

Royan reconoció la estatua al instante porque su gemela se encontraba en el salón principal del museo de El Cairo. Todos los días pasaba junto a ella al ir a su oficina.

Sintió que la embargaba la furia. Era uno de los grandes tesoros de ese su Egipto. Lo habían robado de un lugar sagrado de su país. Su lugar no era éste sino la margen del gran río Nilo. Temblaba de emoción al inclinarse para examinar la estatua y leer los jeroglíficos tallados en la base.

El cartucho real ocupaba el centro de la soberbia advertencia: Soy el divino Ramsés, amo de diez mil carros. Temedme, enemigos de Egipto.

Royan no había leído la inscripción en voz alta. Una suave voz masculina la sobresaltó. No había oído los pasos. Se volvió rápidamente: el hombre casi la rozaba.

Tenía las manos hundidas en los bolsillos de un informe cárdigan azul. Estaba tan raído que tenía un agujero en uno de los codos. Llevaba vaqueros azules muy desteñidos y gastadas pantuflas de felpa con sus iniciales. Como muchos ingleses, afectaba un aire de elegante decadencia porque no es cuestión de mostrar excesiva preocupación por el aspecto personal.

-Perdóneme, no quise asustarla. -Su boca abierta en una amplia sonrisa de disculpa dejó entrever una dentadura deslumbrante pero algo torcida. Entonces la reconoció y su expresión cambió: -Ah, es usted.

Lejos de sentirse halagada porque él la hubiese reconocido después de un contacto tan fugaz, se sintió ofendida por el destello que vio en sus ojos. Sin embargo, no podía negarse a estrechar la mano tendida.

-Nick Quenton-Harper -dijo él-. Y usted es la ex alumna de Percival Dixon. Si no me equivoco, la vi el jueves pasado durante la cacería. Estaba con los batidores, ¿no?

Su actitud tan franca y cordial vencía el recelo.

-Sí. Me llamo Royan Al Simma. Creo que conocía a mi esposo, Duraid Al Simma.

-¡Duraid! Claro que lo conozco. Un tipo extraordinario. Pasamos mucho tiempo en el desierto. Uno de los mejores que conozco. ¿Cómo está?

-Ha muerto. -No había querido decírselo de manera tan fría y brutal, pero no se le ocurrió otra respuesta.

-Lo lamento muchísimo. No sabía nada. ¿Cuándo y cómo sucedió?

-Hace apenas tres semanas. Lo asesinaron.

-¡Dios mío, qué horror! -Vio la comprensión en sus ojos y recordó que él también había sufrido una pérdida. -Lo llamé a El Cairo hace apenas cuatro meses. Encantador, como siempre. ¿Han descubierto al culpable?

Ella meneó la cabeza y miró alrededor para ocultar sus ojos llenos de lágrimas.

-Su colección es extraordinaria.

Aceptó al instante el cambio de tema:

-Sobre todo gracias a mi abuelo. Era empleado de Evelyn Baring, a quien sus muchos enemigos llamaban el Prepotente. El representante inglés en El Cairo durante...

-Sí, he oído hablar de Evelyn Baring, primer conde de Cromer, cónsul general británico en Egipto de 1883 a 1907. Como representante plenipotenciario, fue el dictador indiscutido de mi país durante todo ese período. Como usted dijo, tenía muchos enemigos.

Nicholas entrecerró los ojos.

-Percival me dijo que usted fue una de sus mejores estudiantes, pero no me advirtió sobre sus inclinaciones nacionalistas. Es evidente que comprendió la inscripción del Ramsés sin que yo la tradujera.

-Mi padre fue miembro del estado mayor de Camal Abdel Nasser -murmuró-. Nasser había derrocado al rey títere Faruk y finalmente quebró el poder británico en Egipto. Desde la presidencia nacionalizó el canal de Suez a pesar de las protestas británicas.

-Ajá -dijo él, riendo-. Estábamos en distintos lados de la barricada. Pero los tiempos han cambiado. Espero que no seamos enemigos.

-De ninguna manera. Duraid lo tenía en la mayor estima.

-Y yo a él. -Volvió a cambiar de tema: -Estamos muy orgullosos de nuestra colección de ushabtis reales. Son ejemplares de las tumbas de todos los faraones, desde el Imperio Antiguo hasta el último de los Tolomeos. Le mostraré. La condujo a la gran vitrina que cubría toda una pared del salón. En los anaqueles se exhibían esas figuras humanas que se colocaban en las tumbas para que sirvieran a los reyes muertos en el mundo de ultratumba.

Con su llave Nicholas abrió las puertas de vidrio para tomar una de las piezas más interesantes.

-Este es el ushabti de Maya, quien sirvió a tres faraones, Tutankamón, Ay y Horemheb.

Viene de la tumba de Ay, muerto en el 1343 a.C.

Le entregó el muñeco y ella leyó los jeroglíficos de hacía tres mil años como si fueran los titulares del diario de esa mañana:

-"Soy Maya, tesorero de los dos reinos. Responderé por el divino faraón Ay. ¡Que viva por siempre!"

Había hablado en árabe para probarlo. Su respuesta en el mismo idioma fue fluida y coloquial.

-Percival Dixon no mintió cuando dijo que usted fue una alumna brillante.

Atrapados por esos temas de interés común, prosiguieron la conversación alternadamente en inglés y árabe, mientras se disipaba la hostilidad inicial. Recorrieron el salón lentamente, deteniéndose en cada vitrina a tomar y estudiar cuidadosamente cada pieza.

Se sentían transportados a milenios atrás. Frente a semejante antigüedad, las horas y los días perdían todo significado. Por eso los sobresaltó la aparición de la señora Street:

-Me voy, Sir Nicholas. ¿Puedo encargarle que cierre la casa y conecte la alarma? Los guardias de seguridad ya están apostados.

-¿Qué hora es? -Para responder a su propia pregunta echó una rápida mirada al Rolex Submariner de acero inoxidable que llevaba en la muñeca-: ¡Las seis menos veinte! ¿Adónde diablos se fue la tarde? -Suspiró ostensiblemente. -Hasta mañana, señora Street. Perdónenos por demorarla.

-No olvide conectar la alarma -insistió, y se volvió hacia Royan-: ¡Es tan distraído cuando monta su caballito de batalla! -Evidentemente sentía por su patrón el afecto de una tía cariñosa.

-No más órdenes por hoy, por favor. Vaya nomás. -Nicholas sonrió con picardía y miró a Royan: -No puedo dejar que se vaya sin mostrarle algo que conseguí con la complicidad de Duraid. ¿Puede quedarse un poco más?

Ella asintió y él extendió una mano como si fuera a tomarle el brazo, pero la dejó caer. En el mundo árabe se ofende a una mujer al tocarla, aunque sea de manera amistosa. Ella advirtió su cortesía; sus buenos modales y estilo informal lo volvían más atractivo.

Salieron del salón por una puerta con el rótulo, "Prohibida la entrada a personas ajenas a la institución" y recorrieron un largo pasillo hasta el final.

-El santuario del templo -informó al invitarla a pasar-. Disculpe el desorden. Uno año de estos me ocuparé de eso. Mi esposa solía... -Se interrumpió bruscamente y miró la fotografía familiar en su marco de plata sobre la mesa. Nicholas y una mujer hermosa estaban sentados sobre una manta bajo las ramas de un roble. Había dos niñas con ellos, ambas muy parecidas a su madre. La menor estaba sentada sobre las piernas cruzadas de Nicholas; la mayor, parada detrás de ellos y sostenía las riendas de un potrillo de Shetland. Royan lo miró de reojo y vio el dolor indeleble en sus ojos.

Para no incomodarlo, miró alrededor de lo que evidentemente era su estudio y taller. Era un cuarto masculino espacioso y cómodo que ponía de manifiesto las contradicciones de su personalidad: el estudioso de gabinete contra el hombre de acción. Entre los libros y las piezas de museo había carretes y una caña para la pesca del salmón. De un perchero en la pared colgaban un gabán, la funda de lona de una escopeta y una canana de cuero repujada con las iniciales N.Q.H.

Reconoció algunos de los cuadros en las paredes. Había acuarelas del siglo XIX del viajero escocés David Roberts y otras de Vivant Denon, quien había ido a Egipto con el Armée de l'Orient de Napoleón. Eran vistas fascinantes de los monumentos antes de las excavaciones y restauraciones de épocas más recientes.

Nicholas fue al hogar y arrojó un tronco sobre las brasas que empezaban a apagarse. Las atizó hasta obtener una buena llama y luego la invitó a pararse delante de un cortinado que cubría la mitad de una pared del piso al techo. Con gesto de prestidigitador teatral apartó la cortina de un tirón:

-¿Qué le parece? -preguntó con satisfacción.

Estudió el espléndido bajorrelieve montado sobre la pared. Los detalles eran bellísimos

y la ejecución, magnífica. Sin embargo, ocultó su admiración y respondió en tono despreocupado:

-Sexto rey de la dinastía Amorita, Hammurabi, alrededor del 1780 a.C. -dijo mientras fingía estudiar los rasgos finamente tallados del monarca antiguo-. Sí, diría que viene del emplazamiento de su palacio al sudoeste del zigurat de Asur. Debería haber dos frisos. Valen unos cinco millones de dólares cada uno. Si no me equivoco, le fueron robados a Saddam Hussein, ese santo gobernante de la Mesopotamia moderna, por dos pillos sin principios. Tengo entendido que el gemelo de éste se encuentra en la colección de un señor Peter Walsh, de Texas.

La miró atónito y luego soltó una carcajada:

-¡Diablos! Duraid me juró que conservaría el secreto, pero se ve que le habló de nuestras correrías.

Era la primera vez que lo oía reír. Su risa era campechana y sincera, agradable al oído.

-Tiene razón sobre el propietario actual del otro friso -admitió sin dejar de reír-. Pero no pagó cinco sino seis millones.

-Duraid también me contó sobre el viaje al macizo de Tibesti en Chad y el sur de Libia -dijo, y él meneó la cabeza con fingida contrición.

-Parece que no tengo secretos para usted. -Fue a un armario colocado contra la pared opuesta, una magnífica pieza de marquetería, probablemente del siglo XVII francés. Abrió las dos hojas de la puerta: -Vea lo que Duraid y yo trajimos de Libia sin pedir permiso al coronel Muammar al Kadaffi. -Tomó uno de los diminutos bronces exquisitamente forjados y se lo ofreció. La figura de una madre amamantando a su bebé estaba cubierta por una pátina verde de siglos.

-Aníbal, hijo de Amílcar Barca, alrededor del 203 a.C. -dijo-. Los halló una banda de tuaregs en uno de sus viejos emplazamientos sobre el río Bagradas, en el norte de África. Creo que Aníbal los ocultó allí antes de ser derrotado por el general romano Escipión. Había más de doscientos bronces en el depósito. Yo aún conservo cincuenta de los más bellos.

-¿Vendió los demás? -preguntó en tono de reproche mientras estudiaba la estatuilla-. ¿Cómo pudo desprenderse de algo tan hermoso?

-No tuve más remedio -respondió él con un suspiro de tristeza-. Lo lamenté muchísimo, pero la expedición me costó una fortuna. Tuve que vender parte del botín para recuperar los gastos.

De un cajón sacó una botella de whisky de malta Laphroaig y la puso sobre su escritorio junto con dos vasos.

-¿Puedo tentarla? -preguntó, pero ella meneó la cabeza-. La comprendo. Los mismos escoceses dicen que no se debe beber este brebaje sino en temperaturas bajo cero, en medio de un vendaval de cuarenta nudos después de perseguir y cazar a un ciervo macho de diez puntas. ¿Puedo ofrecerle algo más delicado?

-¿Puede ser una Coca?

-Puede ser, pero eso es mucho peor que el Laphroaig. Con tanta azúcar es veneno puro.

Tomó el vaso que le ofrecía y aceptó su brindis:

-¡A la vida! -dijo, y prosiguió-: Tiene razón. Duraid me habló sobre estas piezas. -Dejó el bronce púnico en su lugar en el armario y se volvió para mirarlo de frente-. Duraid me envió a verlo. Fueron sus últimas instrucciones antes de morir.

-¡Ajá! Así que este encuentro no es fruto del azar. Parece que soy víctima de una conspiración inicua. -Señaló la silla frente al escritorio: -¡Siéntese! -ordenó-. La escucho.

Se sentó frente a ella sobre una punta del escritorio, la copa de whisky en la diestra, agitando una pierna enfundada en algodón azul con la misma despreocupación con que un leopardo en reposo menea la cola. Su sonrisa era enigmática y sus ojos verdes la miraban fijamente. "Sería difícil mentirle a este hombre", pensó. Tomó aliento antes de empezar.

-¿Ha oído hablar de una antigua reina egipcia llamada Lostris, del segundo período intermedio, coetánea de las primeras invasiones de hicsos?

Rió con desdén al pararse.

-¡Ah, conque se trataba de Río sagrado! -Tomó un ejemplar del libro de la biblioteca. Aunque evidentemente lo había hojeado mucho, aún llevaba la sobrecubierta, ilustrada con un paisaje onírico surrealista en el cual aparecían las pirámides en tonos pastel de verde y rosa violáceo reflejadas en el agua.

-¿Lo leyó? -preguntó ella.

Asintió:

-Sí, he leído casi todos los libros de Wilbur Smith. Me entretiene. Ha venido un par de veces a cazar en Quenton Park.

-Veo que le gustan las novelas con sexo y violencia -comentó ella con una mueca-. ¿Qué le pareció este libro en particular?

-Confieso que caí. Mientras lo leía, deseaba que estuviera basado en hechos reales. Justamente por eso llamé a Duraid. -Nicholas tomó el libro y lo abrió en una de las últimas páginas-. La nota del autor me pareció convincente, pero sobre todo me obsesionó la última frase. -La leyó en voz alta: -"En alguna parte de las montañas de Abisinia, cerca del nacimiento del Nilo, la momia de Tanus todavía yace en la tumba no violada del faraón Mamose." -Nicholas arrojó el libro sobre el escritorio casi con ira:

-¡Por Dios!, no sabe cuánto deseaba que fuera verdad. Cuánto deseaba ir en busca de la tumba del faraón Mamose. Tenía que hablar con Duraid. Cuando me dijo que eran tonterías me sentí estafado. Tenía tantas expectativas que la desilusión fue tremenda.

-No son tonterías -replicó ella, pero se rectificó-: Bueno, no del todo.

-Comprendo. Quiere decir que Duraid me mintió.

-No le mintió -dijo acaloradamente en su defensa-. Sólo quería demorar un poco la revelación porque no estaba en condiciones de decirle toda la verdad. Sabía que usted haría preguntas que no podría responder. Su nombre encabezaba la lista de auspiciantes posibles.

-Duraid no tenía todas las respuestas, pero usted sí -dijo con una sonrisa escéptica-. Caí una vez. Difícil que me hagan creer las mismas idioteces por segunda vez.

-Los rollos de papiro existen. Nueve están en la caja fuerte del museo en El Cairo. Los descubrí yo en la tumba de la reina Lostris. -Abrió su cartera de cuero y hurgó en ella hasta encontrar un fajo delgado de fotografías color de seis por cuatro. Le ofreció una de ellas: -Es el muro del fondo de la tumba. Apenas se alcanzan a ver los jarros de alabastro en el nicho. Tomamos la foto antes de sacarlos de ahí.

-Muy bonita, pero podrían haberla tomado en cualquier parte.

Le entregó otra fotografía sin hacer caso a su observación: -Ahí se ven los diez rollos en el taller de Duraid en el museo. ¿Reconoce a los dos hombres detrás del banco?

Asintió:

-Duraid y Wilbur Smith. -En su cara, la duda y el interés desplazaban al escepticismo-. ¿Qué diablos trata de decirme?

-Lo que diablos trato de decirle es que, a pesar de la amplia licencia poética que se tomó el autor, todo lo que dice en la novela Lene alguna base de verdad. Sin embargo, el rollo que nos interesa es el séptimo, robado por los hombres que mataron a mi esposo.

Nicholas se paró y fue al hogar. Arrojó otro tronco y lo golpeó salvajemente con el atizador como si desahogara sus emociones.

-¿Cuál es la importancia particular de ese rollo en oposición a los otros nueve? -preguntó sin darse vuelta.

-Relataba el entierro del faraón Mamose y pensamos que contenía indicaciones que nos permitirían llegar al emplazamiento de la tumba.

-¿Lo piensan pero no están seguros? -Giró para mirarla, blandiendo el atizador como si fuera un arma. Su aspecto la atemorizó. Tenía los labios apretados y sus ojos brillaban con dureza.

-Largos pasajes del séptimo papiro están escritos en una especie de código, como una serie de versos crípticos. Duraid y yo habíamos empezado a descifrarlos cuando... -se interrumpió y tomó aliento-, cuando lo asesinaron.

-Seguramente tiene una copia de algo tan valioso -dijo con una mirada agresiva que la

intimidó. Meneó la cabeza.

-Los microfilms, los apuntes, se llevaron todo junto con el rollo original. Los que mataron a Duraid fueron a nuestro apartamento en El Cairo y destrozaron la PC en la que había grabado todos nuestros descubrimientos.

El arrojó el atizador al cubo del carbón y volvió al escritorio.

-Por consiguiente, no tiene pruebas. Nada que demuestre que todo esto es verdad.

-Ninguna -aceptó ella-, salvo lo que tengo aquí adentro. -Se señaló la frente con su índice largo y fino: -Tengo buena memoria.

Frunció el entrecejo y se pasó los dedos por su pelo espeso y ensortijado.

-¿Por qué vino a verme?

-Para darle la oportunidad de buscar la tumba del faraón Mamose -replicó sin vueltas-. ¿Le interesa?

Con un cambio brusco de su estado de ánimo, sonrió como un escolar travieso:

-Nada en el mundo me interesa más.

-En ese caso, usted y yo tendremos que ponernos de acuerdo -dijo, y se inclinó hacia él con aire muy serio-. Para empezar, le diré qué quiero yo y después usted podrá hacer lo mismo.

La negociación fue ardua, y a la una de la mañana Royan estaba exhausta.

-Ya no puedo pensar. ¿Podemos seguir mañana por la mañana? -No se habían puesto de acuerdo.

-Ya es mañana por la mañana. Pero tiene razón. Fue muy descortés de mi parte. Puede dormir aquí, en cualquiera de los veintisiete dormitorios.

-No, gracias. -Se paró-. Prefiero ir a casa.

-Hay hielo en la ruta -advirtió él. Entonces vio su expresión resuelta y alzó las manos en señal de capitulación: -De acuerdo, no insistiré. ¿A qué hora nos veremos? Tengo una reunión con mis abogados a las diez, pero terminaremos al mediodía. ¿Por qué no hacemos un almuerzo de trabajo? Debía ir a cazar en Ganton, pero cancelaré la cita. Así tendremos toda la tarde hasta el anochecer.

A la mañana siguiente, Nicholas se reunió con sus abogados en la biblioteca de Quenton Park. La sesión no fue fácil ni agradable, pero no lo había esperado. Desde el principio del año su mundo empezaba a derrumbarse. Apretó los dientes al recordar cómo había comenzado: con un instante fatal de fatiga y distracción a medianoche en la autopista resbaladiza, mientras el camión que venía de frente lo encandilaba con sus faros.

Aún no se había recuperado cuando sufrió el segundo golpe brutal. Fue el resumen financiero del cartel de seguros Lloyds en el cual Nicholas era un "nombre importante" como lo habían sido su padre y su abuelo. Durante medio siglo la familia había recibido periódicamente una renta considerable de las ganancias del cartel. Desde luego, Nicholas sabía que tenía participación ilimitada en las pérdidas del grupo. Nunca había sentido el peso de esa responsabilidad porque en los últimos cincuenta años el grupo no había sufrido pérdidas importantes.

Pero ese año, con el terremoto de California y los fallos por contaminación ambiental contra una empresa química transnacional, el cartel había perdido veintiséis millones de libras esterlinas. La participación de Nicholas en las pérdidas era de dos millones y medio de libras. Había pagado una parte, pero debía saldar el resto en un lapso de ocho meses... sin contar las sorpresas desagradables que pudiera traer consigo el año si

Poco después, las casi cuarenta hectáreas de remolacha azucarera fueron atacadas por la rhizomania, la demencia de la raíz. Perdieron toda la cosecha.

-Necesitamos por lo menos dos millones y medio -dijo uno de los abogados-. Me parece que no hay problema. Tiene cualquier cantidad de piezas valiosas en la casa y el

museo. ¿Cuánto dejaría la venta de algunas de ellas? Digo, haciendo un cálculo razonable.

Hizo una mueca al pensar en la posibilidad de vender la estatua de Ramsés, los bronces, el friso de Hammurabi o cualquier otra pieza de su amada colección de la mansión o el museo. Debla reconocer que su venta alcanzaría para saldar sus deudas, pero le parecía imposible vivir sin cualquiera de ellas. Cualquier otra salida era mejor.

-¡No, qué diablos! -exclamó, y el abogado lo miró fríamente.

-Bueno, veamos qué otros bienes tenemos -dijo implacablemente-. Las vacas lecheras.

-Eso nos dará cien mil, con suerte -gruñó Nicholas-. Nos quedan apenas dos millones cuatrocientos por conseguir.

-El haras -terció el contador.

-En este momento tengo sólo seis caballos. Doscientos mil más -puntualizó Nicholas con una sonrisa sardónica-. Quedan dos coma dos. Despacito, despacito...

-El yate -sugirió el abogado más joven.

-Es más viejo que yo -objetó Nicholas, meneando la cabeza-. Era de mi padre. Nadie lo aceptaría ni de regalo. Sólo tiene valor sentimental. Mis escopetas valen más.

Los dos abogados se inclinaron sobre los inventarios:

-Ah, sí. Aquí están. Un par de escopetas Purdley con expulsor lateral, en buen estado. Valor estimado, cuarenta mil.

-Tengo algunas medias y calzoncillos usados -ironizó Nicholas-. ¿No los tienen en el inventario?

Pasaron por alto la pulla.

-Está la casa en Londres -dijo el abogado más viejo, imperturbable, inmune, vacunado contra el sufrimiento humano-. Buena ubicación. Valor, un millón y medio.

-Tal como está el mercado financiero, no tanto -replicó Nicholas-. Un millón me parece más realista.

El abogado tomó nota en el margen del documento antes de proseguir:

-Claro que, en lo posible, queremos evitar la venta de la propiedad en su conjunto.

La reunión, larga y ardua, terminó sin haber llegado a conclusión alguna. Nicholas se sentía furioso e impotente.

Acompañó a los abogados hasta la salida, luego subió a sus habitaciones, se bañó y se cambió la camisa. Después, sin saber por qué, se afeitó y se puso loción en las mejillas.

Atravesó el parque en su Range Rover, que dejó en la playa de estacionamiento. La nieve caía mezclada con lluvia y le mojó la cabeza al cruzar la playa.

Royan lo esperaba en la oficina de la señora Street. Las dos parecían congeniar. Antes de entrar se detuvo a escuchar su risa y se sintió un poco mejor.

La cocinera le había enviado un almuerzo caliente desde la casa principal. Parecía creer que una buena comida era el mejor remedio para el mal tiempo. Había una sopera llena de una sabrosa sopa de verduras y un estofado de Lancashire, con media botella de vino borgoña para él y una jarra de jugo de naranjas para ella. Comieron frente al hogar mientras la lluvia azotaba las ventanas.

Mientras comían le pidió que relatara en detalle el asesinato de Duraid. Lo hizo sin omitir nada; habló de sus propias heridas y se arremangó para mostrarle la herida vendada. Escuchó absorto su relato del segundo atentado, en las calles de El Cairo.

-¿Tiene alguna sospecha? ¿No se le ocurre alguna idea sobre quién sería el culpable?

Meneó la cabeza:

-No hubo el menor aviso.

Terminaron de comer en silencio, sumidos en sus pensamientos.

-Bueno, ¿qué le parece si nos ponemos de acuerdo? -dijo él al servir el café.

Discutieron durante casi una hora.

-Es difícil aceptar que se llevará parte del botín si no sé cuál será su aporte -protestó Nicholas al servir más café-. Si debo financiar y dirigir la expedición...

-Tendrá que creer que mi aporte será importante. De lo contrario no habrá botín, como dice usted. En todo caso, le aseguro que no le revelaré nada hasta que nos pongamos de

acuerdo.

-¿No le parece un poco injusto? -objetó, y ella sonrió con malicia.

-Si no le gustan mis condiciones, hay otros tres nombres en la lista de auspiciantes de Duraid -dijo en tono amenazante.

-Está bien, está bien -convino con cara de mártir-. Acepto la propuesta. Pero, ¿cómo calculamos la parte de cada uno?

-Yo elegiré una pieza entre todos los objetos que rescatemos, después elegirá usted y así sucesivamente hasta terminar.

-¿Y si yo elijo primero?

-Tiremos una moneda -sugirió ella. Él sacó una moneda de una libra de su bolsillo.

-¡Cante! -exclamó al tirar la moneda.

-Cara.

-¡Diablos! -exclamó al recoger la moneda. La guardó en su bolsillo. -Usted elige la primera pieza del botín, si es que hay tal cosa. -Extendió el brazo sobre la mesa. -Podrá hacer lo que quiera con ella. Incluso podrá donarla al museo de El Cairo, si ésa es su aberrante preferencia. ¿Es un trato?

-Es un trato -dijo ella al estrecharle la mano. Y añadió: -Socio.

-Bien, a trabajar. Basta de secretos entre nosotros. Cuénteme todos los detalles que ha ocultado.

-Traiga el libro -dijo, señalando el ejemplar de Río sagrado en la biblioteca. Mientras él lo traía, apartó los platos sucios. -Lo primero que debemos hacer es repasar los capítulos alterados por Duraid. -Lo abrió en una de las últimas páginas: -Aquí. Aquí comienza la ofuscación de Duraid.

-Bien dicho -replicó Nicholas con una sonrisa-. Pero no usemos palabras difíciles. Ya me ha ofuscado bastante. Ella no le devolvió la sonrisa:

-Hasta aquí conoce los hechos. Expulsados de Egipto por los hicsos equipados con carros, la reina Lostris y su pueblo navegan Nilo arriba hacia el sur hasta la confluencia del Nilo Blanco con el Nilo Azul. La región que hoy se llama Jartum. Hasta aquí el relato sigue el de los rollos con bastante fidelidad.

-Lo recuerdo. Siga.

-En las bodegas de sus embarcaciones llevan el cuerpo momificado del esposo de la reina Lostris, el faraón Mamose octavo. Doce años antes, mientras él agonizaba con una flecha hicsa clavada en el pulmón, ella juró que lo enterraría en un lugar seguro con todos sus inmensos tesoros. Cuando llegan a Jartum, resuelve que es el momento de cumplir su promesa. Envía a su hijo el príncipe Memnon, de catorce años, a la cabeza de una escuadra de carros, a buscar un emplazamiento para la tumba. Acompaña a Memnon su mentor, el narrador del relato, el incansable Taita.

-Sí, recuerdo esa parte. Memnon y Taita interrogan a los esclavos negros shilluk que han capturado y, siguiendo su consejo, deciden tomar el brazo izquierdo del río, que hoy llamamos el Nilo Azul.

Royan asintió y prosiguió:

-Viajaron hacia el este hasta llegar a unas montañas imponentes, tan altas que las describen como una escarpa azul. Hasta aquí, el libro repite bastante fielmente el relato de los rollos, pero aquí -golpeó la página con el índice- es donde Duraid empieza a despistarnos. Al describir las estribaciones...

Nicholas la interrumpió:

-La primera vez que lo leí, pensé que no describía correctamente la región donde el Nilo Azul sale del altiplano etíope. No hay estribaciones. Sólo está la pelada escarpa occidental del macizo. El río sale de ahí como una víbora de un hoyo. El autor de esa descripción jamás estuvo en el Nilo Azul.

-¿Conoce la región? -preguntó Royan, y él rió al asentir.

-Cuando era más joven y aún más idiota que ahora, tuve la idea grandiosa de navegar la quebrada de Abbay desde el lago Tana hasta la represa de Roseires en el Sudán. Los etíopes

llaman Abbay al Nilo Azul.

-¿Por qué quería hacer eso?

-Porque nadie lo había hecho. El mayor Cheesman, el cónsul británico, lo intentó en 1932 y poco faltó para que muriera ahogado. Yo pensé que podía filmar la travesía, escribir un libro y ganar una fortuna con los derechos. Convencí a mi padre de que financiara la expedición. Le gustaban esas travesuras demenciales. Quería participar de la expedición. Estudié el curso del río Abbay, y no sólo en los mapas. Compré un viejo Cessna 180 y recorrí por aire los setecientos cincuenta kilómetros de la quebrada desde el lago Tana hasta la represa. Como le dije, tenía veintiún años y era loco.

-¿Qué pasó? -preguntó, fascinada. Duraid no se lo había contado, pero era la clase de aventura en la que se embarcaría un hombre como él.

-Convencí a ocho camaradas míos del Colegio Militar de que lo intentáramos durante las vacaciones de Navidad. Fue un fiasco. Aguantamos dos días en esas aguas torrenciales. No conozco en todo el mundo un lugar como esa quebrada infernal. Es e: doble de profunda que el Gran Cañón del Colorado en Arizona e igual de escarpada.

Antes de hacer treinta kilómetros nuestros kayaks estaban destrozados. Para volver a la civilización tuvimos que abandonar el equipo y escalar las paredes de la quebrada. -Por un instante su expresión se volvió muy grave.

-Perdí a dos compañeros. Bobby Palmer se ahogó y Tim Marshall cayó de un precipicio. Ni siquiera pudimos recuperar los cadáveres, que quedaron allá. Tuve que dar la noticia a sus padres... -Se interrumpió al recordar el dolor de ese momento.

-Entonces, ¿nadie ha podido navegar el Nilo Azul por la quebrada? -preguntó para distraerlo.

-Sí, yo lo hice un par de años después. Esta vez no era el jefe sino un oficial muy subalterno de la expedición de las Fuerzas Armadas Británicas. Sólo un esfuerzo conjunto del Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea pudo vencer al río.

Lo miró con admiración. Realmente había navegado el Abbay. Un extraño destino parecía llevarla hacia él. Duraid tenía razón. Probablemente era el hombre más calificado del mundo para emprender la tarea.

-Por consiguiente, usted conoce mejor que nadie la verdadera configuración de la quebrada. Le explicaré en términos generales lo que escribió Taita en el séptimo papiro. Desgraciadamente esa parte del rollo estaba un poco deteriorada. Duraid y yo tuvimos que extrapolar de otros pasajes del texto. Usted dirá en qué medida coincide con su conocimiento del terreno.

-Adelante -dijo él.

-Taita describe la escarpa en términos muy similares a los suyos, como una pared vertical de la que surge el río. Los carros eran inservibles en un terreno tan accidentado y desigual. Tuvieron que dejarlos y avanzar a pie con los caballos de carga. Las sendas de las cabras de montaña eran tan empinadas, que algunos caballos perdieron pie y cayeron al río. Pero esto no los detuvo: siguieron adelante a las órdenes del príncipe Memnon.

-El paisaje es tal cual lo describe él. Un tramo de terreno espantoso.

-A continuación, Taita describe una serie de obstáculos, que él llama escalones. Duraid y yo no pudimos determinar a ciencia cierta qué eran. Supusimos que se refería a unas cataratas.

-Que no faltan en la quebrada del Abbay -dijo Nicholas, asintiendo.

-Esta es la parte más importante del testimonio. Taita dice que al cabo de veinte días de travesía de la quebrada llegaron a lo que llama el segundo escalón. Ahí el príncipe recibió un mensaje fortuito de su padre, quien le dijo en sueños que ése era el emplazamiento de su tumba. Taita dice que se detuvieron allí. Si pudiéramos determinar qué fue lo que los detuvo, sabríamos con precisión hasta dónde penetraron en la quebrada.

-Antes de dar un paso, deberemos consultar mapas y fotos satelitales de las montañas, y yo repasaré mis apuntes y mi diario de la expedición -señaló Nicholas-. Trato de mantener mi biblioteca siempre actualizada, así que seguramente encontraremos las fotografías y los mapas

más recientes en el archivo del museo. Si es así, la señora Street sabrá encontrarlos.

Se paró y se desperezó.

-Esta noche buscaré mis diarios y los leeré. Mi bisabuelo también fue de caza a Etiopía en el siglo pasado. Sé que cruzó el Nilo Azul cerca de Debra Markos en mil ochocientos noventa y pico. Tengo sus apuntes en el archivo. Tal vez el viejo apuntó algo que nos sirva.

La acompañó al viejo Land Rover verde en la playa de estacionamiento y se asomó por la ventanilla cuando ella encendía el motor:

-Me parece que debería alojarse aquí. Tiene una hora y media de aquí a Brandsbury... son tres horas diarias de viaje. Tenemos mucho que hacer antes de pensar en zarpar hacia África.

-¿Qué pensaría la gente? -preguntó ella al soltar el embrague.

-Me importa un comino lo que piense la gente -replicó cuando el auto se ponía en marcha-. ¿A qué hora vendrá mañana?

-Tengo cita con el médico en York para que me quite los puntos. No llegaré antes de las once -exclamó, asomando la cabeza.

El viento agitaba su cabellera oscura en torno de su cara.

Siempre lo habían atraído las mujeres morenas. Rosalind tenía esa enigmática mirada oriental. Se sentía culpable y desleal al hacer esa comparación, pero era difícil dejar de pensar en Royan.

Era la primera mujer que lo atraía desde la muerte de Rosalind. La mezcla de razas era seductora. Era lo suficientemente exótica para excitar su afición por el Oriente y lo suficientemente inglesa para hablar su idioma y compartir su sentido del humor. Era culta, muy conocedora de los temas que le interesaban, su valentía era admirable. A la mayoría de las mujeres orientales las educaban desde la cuna para ser recatadas y sumisas. Esta era diferente.

Georgina había pedido hora con su médico en York para que le quitara los puntos del brazo. Partieron después del desayuno en la casa en Brandsbury. Georgina conducía y Magic iba en el asiento entre las dos.

Al doblar por la calle de la aldea, Royan vio un gran camión MAN estacionado cerca del correo, pero lo olvidó al instante.

Una vez que salieron al campo encontraron bancos espesos de niebla que reducían la visibilidad a treinta metros, pero Georgina no hacía concesiones al clima y aceleraba el Land Rover a su máxima velocidad, la cual, pensó Royan con alivio, no alcanzaba los noventa kilómetros por hora.

Al girar la cabeza para mirar el trecho que acababan de recorrer, vio que las seguía el camión MAN. Sólo alcanzaba a ver la cabina, que se alzaba sobre la bruma baja como la torre de mando de un submarino. En ese momento entró en un banco de niebla que se lo tragó. Se volvió para escuchar a su madre.

-Los del gobierno son una manga de idiotas incompetentes. -Georgina entrecerró los ojos para protegerlos del humo del cigarrillo que sostenía entre los labios. Conducía con una mano, mientras con la otra acariciaba la sedosa oreja de Magic. -Si los ministros quieren emborracharse mañana, tarde y noche, es asunto de ellos, pero lo que me da rabia es que jueguen con mi pensión. -El único ingreso de su madre era una pensión del servicio exterior, y no era gran cosa.

-No me dirás que quieres un gobierno laborista -dijo Royan con una risita maliciosa. Su madre era conservadora acérrima.

Georgina vaciló y replicó con una evasiva:

-Yo sólo quiero que vuelva Maggie.

Royan giró en su asiento para mirar por la sucia ventanilla trasera. El camión asomaba

en medio de la niebla y el humo azul del escape de Georgina que parecía la estela de un avión de chorro. Hasta entonces había conservado la distancia, pero empezaba a acelerar y acercarse.

-Creo que quiere pasarte -dijo suavemente.

El gran capó del camión estaba a poco más de seis metros de su paragolpes trasero. El radiador con la chapa cromada de MAN era más alto que la cabina del Land Rover y ocultaba la cara del conductor.

-Todo el mundo quiere pasarme -gimió Georgina-. Así es mi vida. -Terca, conservó el centro del camino estrecho.

En una nueva mirada atrás, Royan vio que el camión se acercaba hasta llenar totalmente la ventanilla trasera. El conductor apretó el embrague y aceleró el motor; el rugido era amenazante.

-Será mejor que le des paso. Creo que habla en serio.

-Que espere -gruñó Georgina con el cigarrillo entre los labios-. La paciencia es una virtud. Además, no le puedo dar paso. Ahora viene un puente de piedra estrecho. Conozco este tramo del camino como mi propia casa.

En ese momento, el conductor tocó bocina. El ruido ensordecedor sobresaltó a Magic, que empezó a ladrar con furia.

-Hijo de puta -gruñó Georgina-. ¿A qué estamos jugando? Anota la patente. Lo denunciaré a la policía cuando lleguemos a York.

-Tiene las placas embarradas. No alcanzo a ver bien, pero parece una patente continental. Alemana, creo.

En ese momento, como si hubiera oído su protesta, el conductor aminoró la marcha hasta quedar a unos veinte metros. Royan había girado para mirarlo bien.

-Así me gusta -dijo Georgina con satisfacción-. Esos alemanes no tienen modales. -La niebla dificultaba la visión. -Ahí está el puente...

Por primera vez, Royan pudo ver el interior de la cabina. El conductor llevaba un pasamontaña de lana azul que le tapaba toda la cara menos los ojos y la nariz. Le daba un aire siniestro y maligno.

-¡Cuidado! -chilló Royan-. ¡Nos va a chocar!

El rugido del motor del gran camión las envolvió como el del mar agitado por un vendaval. Por un instante Royan vio un muro de acero cromado y entonces el camión las chocó de atrás.

El impacto la arrojó sobre el respaldo del asiento. Al alzarse vio que el camión las había levantado como un zorro alza una gallina en sus mandíbulas. Empujaba el Land Rover con los barrotes de acero que protegían el deslumbrante radiador cromado.

Georgina aferraba el volante para tratar de recuperar el conrol, pero todo era inútil.

-No puedo sostenerlo. ¡El puente! Salta...

Royan soltó la traba del cinturón de seguridad y tomó el picaporte. Los muros de piedra del puente se acercaban a una velocidad aterradora. El Land Rover patinaba sobre el camino, totalmente fuera de control.

La portezuela de Royan empezó a abrirse, pero no lo suficiene para saltar antes de que el Land Rover fuera arrojado con gran violencia contra las gruesas columnas de piedra que flanqueaban la entrada del puente.

Las dos mujeres chillaron al unísono cuando el vehículo se arrugó, y el impacto las arrojó hacia adelante. El parabrisas estalló en añicos contra las columnas, el Land Rover volcó y cayó rodando por el terraplén.

El golpe expulsó a Royan por la portezuela abierta. La pendiente amortiguó la caída, que sin embargo le arrancó el aliento. Rodó por la pendiente hasta caer a las aguas heladas del río bajo el puente.

Antes de hundirse del todo miró hacia el cielo y el puente. Tuvo un último vistazo del camión que se alejaba a toda velocidad. Arrastraba dos acoplados inmensos, más altos que las defensas laterales del puente.

Los dos acoplados estaban cubiertos por gruesas lonas verdes atadas con sogas a las grampas de la carrocería. Alcanzó a ver un gran logotipo empresario pintado en rojo en el costado del acoplado más cercano, pero antes de que pudiera reconocerlo se hundió bajo el agua, y el frío y la fuerza de la caída le quitaron el aliento.

Al salir con esfuerzo descubrió que el agua la había arrastrado río abajo. Entorpecida por la ropa empapada, se tambaleó hasta la orilla y aferró la rama de un árbol para ayudarse a salir.

Arrodillada en el barro, tosió hasta expulsar el agua que había tragado y se palpó para comprobar si había sufrido heridas en el choque. Entonces olvidó su propia situación al oír los terribles gemidos de su madre desde las ruinas del Land Rover.

En un frenesí de miedo, se alzó y se tambaleó sobre el césped húmedo y cubierto de escarcha hacia el Land Rover, vuelto ruedas arriba sobre el terreno al pie del terraplén. La carrocería es taba abollada y rota, y se veía el aluminio allí donde había perdido la pintura verde. El motor estaba apagado, pero aún giraban las ruedas delanteras.

-¡Mamá! ¿Dónde estás? -Los sollozos desgarradores no cesaban. Se apoyó contra la carrocería metálica del vehículo y se arrastró hacia el lugar de donde venía el ruido, aterrada por lo que podría encontrar.

Georgina estaba sentada en el suelo con la espalda apoyada en la carrocería del auto y las piernas extendidas. La izquierda estaba retorcida, la puntera de la bota estaba hundida en el barro en un ángulo tal, que la pierna parecía quebrada a la altura de la rodilla o cerca de ésta.

Esa no era la causa de su angustia. Tenía a Magic sobre su regazo y estaba inclinada sobre él, abrumada por el dolor. El sonido que lo expresaba venía de lo más profundo de su ser. El pecho del spaniel había sido aplastado por el metal y la tierra. La lengua asomaba de la boca abierta en la última sonrisa y un hilo de sangre corría hasta el extremo sonrosado. Georgina la limpiaba con su pañuelo.

Royan se sentó junto a su madre y le echó un brazo sobre los hombros. Jamás la había visto llorar. La abrazó con mucha fuerza para acallar los ruidos de su dolor, pero éstos salían sin cesar.

No supo cuánto tiempo permanecieron sentadas. Pero la vista de la pierna herida y el miedo de que el camionero volviera a completar su obra la despertaron de su estupor. Trepó el terraplén y se tambaleó hasta el centro del camino para detener el primer auto que pasara.

Habían pasado dos horas desde la hora fijada para la cita cuando Nicholas, preocupado, llamó a la policía de York. Afortunadamente había visto la patente del Land Rover, cuya matrícula le era fácil de recordar: las iniciales de su madre y el fatídico número 13.

La agente de policía consultó su computadora:

- Lamento decirle, señor, que ese Land Rover sufrió un accidente esta mañana.
- ¿Cómo está la conductora? -preguntó Nicholas bruscamente.
-La conductora y una acompañante se encuentran en el hospital York Minster.
- ¿Cómo están?
- No tengo esa información, señor.

Nicholas tardó cuarenta minutos en llegar al hospital y casi otro tanto en rastrear a Royan. La encontró en la sala de cirugía de mujeres, sentada junto a la cama de su madre. Esta aún no despertaba de la anestesia. Alzó la vista al ver a Nicholas.

- ¿Está bien? ¿Qué diablos pasó?
- Mi mamá... tiene una fractura grave. Tuvieron que ponerle un clavo en el muslo... en el fémur.
- ¿Y usted?

-Rasguños, moretones. Nada grave.

-¿Qué pasó?

-Un camión nos... nos sacó del camino.

-¿Fue adrede? -Nicholas sintió un encogimiento en las entrañas al recordar otro camión, otra ruta, otra noche.

-Creo que sí. El conductor llevaba una máscara, un pasamontaña. Nos chocó de atrás. Tuvo que hacerlo deliberadamente.

-¿Lo denunció a la policía?

Asintió.

-Dicen que se denunció el robo del camión esta mañana, horas antes del accidente. El camionero se había detenido en uno de esos cafés de la ruta. Es alemán, no habla inglés.

-Es la tercera vez que tratan de matarla -dijo Nicholas severamente-. A partir de ahora, yo me haré cargo.

Fue a la sala de espera a llamar por teléfono. El jefe de policía del condado era un viejo amigo suyo, lo mismo que el director administrativo del hospital.

Cuando volvió, Georgina despertaba de la anestesia. Estaba aturdida pero no sufría dolor, y la llevaron en silla de ruedas al cuarto individual conseguido por Nicholas. Poco después llegó el ortopedista.

-Hola, Nick, ¿qué haces por aquí? -dijo al verlo. Todo el mundo parecía conocer a Nicholas. Luego se volvió hacia Georgina-: ¿Cómo se siente? Parece que tenemos una linda fractura complicada. Pedacitos de hueso como papel picado. Ya está todo bien, pero tendrá que quedarse aquí diez días, por lo menos.

-Pues bien, jovencita -dijo Nicholas al salir. Georgina ya dormía.

-¿Qué más necesita para convencerse? Mi casera le ha preparado una habitación en Quenton Hall. No la dejaré pasear por ahí a solas. Si no, la próxima vez que intenten enviarla al otro mundo tal vez tengan más suerte.

Demasiado conmovida y perturbada para responder, subió sumisamente al asiento del Range Rover y permitió que la llevara al médico para que le quitaran los puntos. Después volvieron a Quenton Park y él la envió derecho a su habitación.

-La cocinera le hará llegar su cena. No deje de tomar el somnífero que le dio el doctor. Déle la llave de su madre a la señora Street, así le traen sus cosas de Brandsbury. Para esta noche mi casera le dejó un camisón y un cepillo de dientes. Y que no vuelva a verla hasta mañana.

Era bueno dejar que otro se ocupara de su vida. Por primera vez desde esa noche terrible en el oasis, se sentía segura y a salvo. Con todo, tuvo un último gesto de independencia y confianza en sí misma: arrojó la píldora somnífera al inodoro.

El camisón extendido sobre la almohada era largo, de pura seda con puños y cuello del más fino encaje de Cambrai. Su piel jamás había sentido el roce de una tela tan suave y sensual. La idea de que la prenda debió de pertenecer a su esposa le suscitó sentimientos encontrados. Se tendió en la cama con dosel, y a pesar del colchón excesivamente blando y el ambiente desconocido se durmió rápidamente.

A la mañana siguiente, una mucama joven le llevó el Times y una tetera de Earl Gray. Poco después le trajo su valija. -Sir Nicholas pide que baje a desayunar con él a las ocho y media.

Mientras se duchaba, Royan contempló su cuerpo desnudo en el espejo que cubría toda una pared del baño. Aparte de la herida cortante del brazo, todavía lívida y curada a medias, tenía un moretón oscuro en un muslo, otro en la cadera y en la nalga izquierdas, recuerdos del accidente. Le faltaba un trozo de piel en la canilla y los pantalones le raspaban en el lugar. Cojeaba un poco al bajar la escalera principal al comedor.

-Pase, por favor, y sírvase. -Nicholas, que leía el diario, alzó la cabeza al verla vacilar en la puerta. Señaló los platos dispuestos sobre un aparador. Mientras se servía huevos revueltos, contemplaba el cuadro en la pared. Era un paisaje de Constable.

-¿Durmió bien? -preguntó, y prosiguió sin esperar su respuesta-: Me llamó la policía. Encontraron el camión MAN abandonado en un camino vecinal cerca de Harrogate. Lo están examinando, pero no esperan encontrar demasiadas pistas. Parece que tenemos que vérnoslas con alguien que conoce su oficio.

-Debo llamar al hospital.

-Ya lo hice. Su madre pasó bien la noche. Le dejé el mensaje de que la visitaría esta tarde.

-¿Esta tarde? -preguntó bruscamente-. ¿Por qué no antes? -Porque hasta entonces estará muy ocupada. Voy a recuperar el valor de mi inversión.

Se paró para acomodarle el asiento. El gesto cortés la molestó un poco, pero lo aceptó sin comentarios.

-El primer atentado contra usted y Duraid en el oasis... la única conclusión que podemos sacar es que los asesinos sabían qué buscaban y dónde encontrarlo. -El cambio tan brusco de tema la desconcertó-. Pero veamos un poco el segundo atentado, en El Cairo. El de la granada. ¿Quién sabía que usted iría esa tarde al ministerio, aparte del propio ministro?

Reflexionó mientras masticaba y tragaba un trozo de huevo.

-No estoy segura. Creo que hablé con el secretario de Duraid y algunos ayudantes del taller.

-O sea que la mitad del personal del museo estaba enterado -dijo, frunciendo el entrecejo.

-Así parece. Lo lamento.

Pensó un instante antes de proseguir:

-Está bien. ¿Quién conocía su plan de abandonar El Cairo? ¿Y de alojarse con su madre?

-Uno de los empleados administrativos me alcanzó las diapositivas al aeropuerto.

-¿Le dijo en qué vuelo partía?

-No. Estoy segura.

-¿Se lo dijo a alguien?

-No. Quiero decir...

-¿Sí?

-Se lo dije al ministro durante nuestra conversación, cuando pedí licencia. Pero... ¿no sospechará de él? -preguntó, horrorizada por la mera idea.

Nicholas se encogió de hombros:

-Cosas más raras se han visto. El ministro estaba enterado del trabajo que estaban realizando con el séptimo papiro, ¿no?

-En detalle, no, pero... sí... en líneas generales conocía nuestras intenciones.

-Está bien. Otra pregunta: ¿té o café? -Le sirvió café y prosiguió: -Usted dijo que Duraid había hecho una lista de posibles auspiciantes. Tal vez nos ayude a preparar una lista de sospechosos.

-El museo Getty -dijo, y él sonrió.

-Descartado. No son de los que arrojan granadas en las calles de El Cairo. ¿Quién más?

-Gotthold Ernst von Schiller.

-Hamburgo. Industria pesada. Refinerías de metal y aleaciones. Producción de minerales de baja ley. ¿El tercer nombre?

-Peter Walsh -dijo ella-. Un tejano.

-Precisamente -asintió él-. Vive en Forth Worth. Franquicias de restoranes de comida rápida y ventas por correspondencia.

Pocos coleccionistas tenían recursos suficientes para competir con las grandes instituciones en la compra de antigüedades importantes o la financiación de una expedición arqueológica. Nicholas los conocía a todos, porque era un círculo de hostilidad mutua

integrado por apenas una veintena de hombres. Había competido con ellos en los remates de Sotheby's y Christie's, así como en sitios menos salubres donde se vendían antigüedades "recientes". En ese contexto, "reciente" significaba "recientemente extraída del suelo".

-Son un par de bandidos inescrupulosos, capaces de comerse a sus propios hijos si tuvieran hambre. ¿Qué harían si supieran que usted se interpone en su camino a la tumba de Mamose? ¿Sabe si alguno de ellos se comunicó con Duraid después de la aparición del libro, como hice yo?

-No lo sé. Es posible.

-Me parece imposible que esos canallas pasen por alto una posibilidad como ésta. Debemos suponer que ambos sabían que Duraid estaba embarcado en algo interesante. Los pondremos en la lista de sospechosos. -Miró su plato: -¿Satisfecha? ¿Un poco más de huevo? ¿No? Bien, vamos al museo a ver qué nos preparó la señora Street.

Apenas entraron en la oficina, pudo apreciar el gran trabajo de organización que él había realizado en tan poco tiempo. Seguramente le había tomado toda la noche anterior, porque el salón estaba transformado en un cuartel general militar. En el centro había un pizarrón montado en un atril. Sobre la tabla, un juego de fotografías satelitales superpuestas. Se acercó para mirar las fotos y luego el resto del material sujeto al pizarrón.

Un mapa en gran escala mostraba la misma región sudoccidental de Etiopía que las fotos. Había listas de nombres y direcciones, de pertrechos utilizados en expediciones anteriores al África, cálculos de distancias y lo que parecía ser un presupuesto preliminar. En lo más alto del tablero, un cronograma con el encabezamiento, "Etiopía - Información general". Eran cinco hojas mecanografiadas tamaño oficio y no se detuvo a leerlas, pero le impresionó su manera de planificar todo exhaustivamente.

Resolvió estudiar el material en la primera oportunidad, pero en ese momento fue a ocupar una de las dos sillas que él había colocado detrás de una mesa frente al tablero. Nicholas tomó un bastoncillo militar con orla de plata y lo alzó como un puntero.

-Alumnos, atención. -Golpeó el pizarrón. -Ante todo, usted deberá convencerme de que es posible hallar el rastro de Taita después de varios milenios. Veamos los accidentes geográficos de la quebrada del Abbay.

Con el puntero, Nicholas señaló el curso del río en la fotografía satelital.

-En este tramo, el río se ha abierto paso a través de las mesetas de basalto sedimentario. En algunos lugares, los precipicios de la quebrada inferior son paredes desnudas que se alzan hasta ciento cincuenta o ciento setenta metros de cada lado. En ciertos puntos aparecen estratos intrusos de esquistos ígneos más duros que el río no ha podido erosionar, y que conforman una serie de escalones gigantescos. Coincido con su hipótesis de que los "escalones" de Taita son cataratas.

Se acercó a la mesa para tomar una fotografía entre los fajos de papeles.

-La tomé en la quebrada durante la expedición de las Fuerzas Armadas de 1976. Le dará una idea de lo que son esas cataratas.

Era un paisaje en blanco y negro con dos altos precipicios enfrentados; entre ellos había una catarata que parecía caer del cielo sobre los diminutos hombres semidesnudos y los botes que aparecían en primer plano.

-¡No tenía la menor idea! -exclamó, atónita.

-Esto no muestra la desolación de la quebrada en todo su esplendor. No hay un punto desde el cual un fotógrafo pueda captar todo el panorama. Pero al menos se advierte que semejante catarata detendría a una expedición egipcia que remontara el curso del río a pie o con caballos de carga. En las márgenes de las cataratas suele haber picadas abiertas por los elefantes y otros animales salvajes a lo largo de los siglos. Pero no hay manera de sortear una catarata como ésta o de bordear estos acantilados.

Royan asintió y él prosiguió:

-Al bajar por el río, en cada catarata tuvimos que bajar los botes y pertrechos por medio de sogas. No fue fácil.

-Entonces, coincidimos en que fue una catarata lo que detuvo su avance; la segunda

catarata desde la entrada occidental de la quebrada -dijo ella.

Nicholas tomó su bastoncillo para señalar en la fotografía satelital el curso del río desde la cuña negra que era la represa de Roseires en el Sudán central.

-La escarpa se alza del lado etíope de la frontera, donde empieza la quebrada propiamente dicha. No hay caminos ni aldeas, y sólo un par de puentes río arriba. En setecientos cincuenta kilómetros no hay otra cosa que las aguas correntosas del Nilo y la roca basáltica negra desnuda. -Hizo una pausa para darle tiempo de comprender.

-Es uno de los últimos verdaderos desiertos del mundo, con una pésima reputación como guarida de animales salvajes y hombres aún más salvajes. Aquí en la foto he señalado las cataratas principales en el fondo de la quebrada. -Su puntero señaló dos prolijos círculos rojos.

-Esta es la segunda catarata, a unos ciento ochenta kilómetros río arriba de la frontera con Sudán. Con todo, hay varios factores a tener en cuenta, entre ellos el hecho de el río pudo haber cambiado su curso a lo largo de cuatro mil años desde que lo visitó nuestro amigo Taita.

-No me dirá que pudo escapar de lo profundo de un cañón de mil doscientos metros de altura -objetó ella-. Hasta un río como el Nilo es incapaz de salirse de semejante cauce.

-Es verdad, pero seguramente modificó su lecho. Soy incapaz de describirle el caudal y la fuerza del río en la época del desborde. El río se alza veinte metros sobre las paredes laterales y corre a diez nudos o más.

-¿Y ustedes lo navegaron?

-No en la época de las inundaciones. Nadie podría sobrevivir a eso.

Contemplaron la fotografía en silencio, mientras trataban de imaginar los terrores de ese poderoso curso de agua en toda su furia.

-¿La segunda catarata? -preguntó ella después de unos minutos.

-Aquí, donde uno de los afluentes entra en el cauce principal del Abbay. Es el río Dandera, que surge a cuatro mil metros de altura bajo la cima del monte Sancai en la cordillera Choke, unos ciento cincuenta kilómetros al norte de la quebrada.

-¿Recuerda el punto de confluencia de cuando estuvo allá?

-Fue hace más de veinte años. Además, ya habíamos pasado un mes en el fondo de la quebrada, y todo el paisaje parecía formar parte de una sola pesadilla. El paisaje monótono de los precipicios y la selva densa de las paredes confundía la memoria, y para colmo estábamos atontados por el calor y los insectos y el rugido del agua y el trabajo incesante de remar. A pesar de todo, recuerdo la confluencia del Dandera con el Abbay por dos razones.

-Ah, ¿sí? -preguntó ansiosa, pero él meneó la cabeza.

-La primera es que allí sufrimos nuestra única baja. La soga se cortó y el hombre cayó casi treinta metros. Aterrizó de espaldas sobre un saliente de la roca.

-Lo lamento. Pero dice que hubo dos razones.

-Allá abajo hay un monasterio copto, tallado en el muro de roca a ciento cincuenta metros del fondo.

-¿En el fondo de la quebrada? -preguntó incrédula-. ¿Por qué habían construido un monasterio en un lugar como ese?

-Etiopía es uno de los países cristianos más antiguos del mundo. Tiene más de nueve mil iglesias y monasterios. Muchos de ellos están emplazados en lugares montañosos igualmente remotos y casi inaccesibles. En este del río Dandera se dice que está la tumba de San Frumencio, quien llevó el cristianismo a Etiopía desde el Imperio Bizantino de Constantinopla a principios del siglo III. Según la leyenda, naufragó en la costa del Mar Rojo y lo llevaron a Aksum, donde bautizó al emperador Ezana.

-¿Visitaron el monasterio?

Nicholas rió:

-Diablos, no. Estábamos demasiado ocupados con sobrevivir y ansiosos por salir de ese infierno para hacer turismo. Pasamos las cataratas y seguimos río abajo. Lo único que recuerdo son las excavaciones en la pared del precipicio sobre el remanso del río y las figuras lejanas de los monjes trogloditas en sus sotanas blancas. Se asomaban a los parapetos para

mirarnos pasar, pero sin hacer la menor señal. Algunos agitamos los brazos, y nos sentimos ofendidos porque ninguno nos devolvió el saludo.

-¿Cómo podremos llegar sin montar una expedición en regla? -se preguntó en voz alta, contemplando el tablero con desconsuelo.

-¿Ya está desalentada? -preguntó él con una sonrisa maliciosa-. Y eso que todavía no ha visto los mosquitos. Lo levantan a uno y se lo llevan a su guarida para comérselo.

-Hablemos en serio -imploró-. ¿Cómo podemos bajar?

Hay una aldea en el altiplano sobre la quebrada cuyos habitantes llevan comida a los monjes. Y hay una senda estrecha que baja por la pared. Nos dijeron que se tarda tres días en bajar por esa senda hasta el fondo de la quebrada.

-¿Usted podría encontrar ese camino?

-No, pero tengo algunas ideas. Hablaremos de eso más adelante. Primero, veamos qué nos espera allá abajo al cabo de cuatro mil años. -La miró expectante. -Ahora le toca a usted. Convénzame. -Le entregó el puntero orlado de plata, se sentó en la otra silla y se cruzó de brazos.

-Lo primero es el libro. -Dejó el puntero y tomó el ejemplar de Río sagrado-. ¿Recuerda al personaje llamado Tanus?

-Por supuesto. El comandante de los ejércitos egipcios bajo la reina Lostris. El Gran León de Egipto, que encabezó el éxodo luego de la invasión de los hicsos.

-Así es. También era el amante secreto de la Reina y, si Taita dice la verdad, el padre del príncipe Memnon, su hijo mayor.

-Tanus murió durante una expedición punitiva contra un jefe etíope llamado Arkoun en la alta montaña. Taita momificó su cuerpo y lo llevó a la Reina -prosiguió Nicholas.

Muy bien. -Asintió: -Así llegamos a la otra pista que dedujimos Duraid y yo.

-¿La hallaron en el séptimo papiro? -preguntó, irguiéndose en su asiento.

-No en los papiros sino en los murales de la tumba de la reina Lostris. -Sacó una fotografía de su bolso. -Aquí se ve ampliada una sección de los murales de la cámara mortuoria. Precisamente la parte de la pared que cayó para revelar el nicho que contenía los jarros de alabastro. Duraid y yo atribuimos gran importancia al hecho de que Taita colocó esta inscripción en el sitio de honor, sobre el escondite de los rollos.

Le entregó la fotografía y él la estudió bajo una lupa. Mientras trataba de descifrar los jeroglíficos, Royan prosiguió: -Recordará que Taita era aficionado a las adivinanzas y los juegos de palabras, y se jactaba de ser el mejor de los jugadores de bao.

Nicholas dejó la lupa y alzó la vista:

-Sí, lo recuerdo. Yo coincido con la teoría de que el bao es un antecesor del ajedrez. Tengo algunos tableros en el museo, algunos provenientes de Egipto y otros de regiones más australes de A frica.

-Sí, yo también suscribiría esa teoría. Los dos juegos tienen algunos objetivos y reglas similares, pero el bao es una forma más rudimentaria. En lugar de piezas, usa piedras coloreadas de distinta importancia. Bien, yo creo que Taita no resistió la tentación de dejarle a la posteridad una muestra de su destreza como formulador de adivinanzas y su astucia. En su soberbia, dejó deliberadamente algunos indicios para llegar a la tumba del faraón, tanto en los rollos como en los murales que, según él, pintó con sus propias manos en la tumba de su adorada Reina.

-¿Cree que aquí hay uno de esos indicios? -preguntó, señalando la foto con la lupa.

-Lea. Son jeroglíficos clásicos... nada complicado en comparación con su criptografía.

-"El padre del príncipe que no es el padre, el dador del azul que lo mató -tradujo lentamente y con dificultad-, vigila eternamente de la mano de Hapi el testamento de piedra del camino al padre del príncipe que no es el padre, dador de sangre y cenizas."

Nicholas meneó la cabeza:

-No tiene sentido -protestó-. Traduje mal.

-No se desespere. Apenas empieza a conocer a Taita, campeón de bao y maestro de los enigmas. Duraid y yo tardamos varias semanas en descifrarlo -dijo para tranquilizarlo-. La

clave está en el libro. Tanus no era formalmente el padre del príncipe Memnon, pero como amante de la Reina, era su padre biológico. En su lecho de muerte le entregó a Memnon la espada azul, la que le había infligido la herida mortal durante la batalla con el jefe etíope. El libro relata la batalla.

-Sí, la primera vez que leí esa parte del libro, recuerdo haber pensado que la espada azul probablemente fue una de las armas de hierro más antiguas, una verdadera maravilla del arte del armero en plena Edad de Bronce. Un regalo digno de un príncipe -musitó Nicholas-. Por consiguiente, "el padre del príncipe que no es el padre" es Tanus, ¿no? -Suspiró resignado. -Por el momento, acepto esa interpretación.

-Gracias por esa muestra de confianza -dijo ella con sorna-. Bueno, sigamos con la adivinanza de Taita. El faraón Mamose era formalmente el padre de Memnon, pero no su padre biológico. Nuevamente tenemos al padre que no es el padre. Mamose legó al príncipe la doble corona de Egipto, las coronas roja y blanca del Alto y el Bajo Reino: sangre y cenizas.

-Eso es más fácil de tragar. ¿Y el resto de la inscripción? -Evidentemente, estaba fascinado.

-La expresión "de la mano" es ambigua en egipcio antiguo. Puede significar cerca o a la vista de algo.

-Siga, por fui me ha obligado a escucharla con toda atención.

-Hapi es el dios o la diosa hermafrodita del Nilo, según el sexo que asume en un momento determinado. En todos sus escritos, Taita suele referirse al río como Hapi.

-Por consiguiente, si juntamos el séptimo papiro con la inscripción de la tumba de la Reina, ¿cuál es la interpretación? -preguntó ansioso.

-Simplemente, que Tanus está enterrado a la vista o muy cerca del río a la altura de la segunda catarata. Existe un monumento de piedra o una inscripción delante o dentro de su tumba que señala el camino hacia la del Faraón.

Soltó aire entre dientes:

-Estoy cansado de sacar conclusiones. ¿Qué otros indicios tiene para darme?

-Eso es todo -respondió, y él la miró atónito.

-¿Eso es todo? ¿Nada más? -preguntó, y ella meneó la cabeza.

-Supongamos que todo lo que dice es cierto. El río conserva aproximadamente la forma y configuración de hace cuatro mil años. Supongamos además que Taita se refería a la segunda catarata en el río Dandera. ¿Qué debemos buscar una vez que lleguemos allá? Si hay una inscripción en la roca, ¿estará intacta o habrá sido erosionada por el clima y el río?

-Howard Carter llegó a la tumba de Tutankamón siguiendo una pista igualmente endeble -dijo ella con suavidad-. Un trozo de papiro de dudosa autenticidad.

-La búsqueda de Howard Carter abarcaba apenas el Valle de los Reyes. De todas maneras, le tomó diez años. Usted me da Etiopía, un país que tiene dos veces el tamaño de Francia. ¿Cuánto tiempo nos tomará?

Royan se paró bruscamente:

-Perdóneme, creo que es hora de visitar a mi madre. Evidentemente, estoy perdiendo el tiempo.

-No es la hora de visita.

-Está en un cuarto individual. -Royan fue hacia la puerta.

-La llevaré al hospital.

-No se moleste. Llamaré un taxi -dijo con hielo en la voz.

-El taxi tardará una hora -objetó, y ella aceptó con renuencia que la llevara en el Range Rover. Anduvieron un cuarto de hora hasta que él rompió el silencio.

-No sé bien cómo disculparme. La verdad es que tengo poca práctica. Perdóneme, fui muy grosero. No fue mi intención. Me dejé llevar por la excitación. -Ella no respondió, y poco después él prosiguió: -¿Hablará conmigo o deberemos comunicarnos por nota? Le advierto que será un poco difícil allá en el fondo de la quebrada de Abbay.

-Tuve la clara impresión de que había perdido interés -dijo ella, con los ojos clavados en el parabrisas.

-Soy un animal -replicó, y ella lo miró de reojo. Fue su perdición: vio su sonrisa traviesa y no pudo contener la risa.

-Tendré que aceptar la realidad. Usted es un animal.

-¿Seguimos siendo socios?

-Por ahora, no tengo otro animal. Supongo que deberé cargar con usted.

La dejó frente a la entrada principal del hospital:

-Vendré a buscarla a las tres -dijo, y se fue hacia el centro de York.

De su época de universitario, Nicholas conservaba un apartamento pequeño detrás de la catedral de York. El título de propiedad del edificio estaba a nombre de una empresa de las islas Cayman. El teléfono del apartamento no figuraba en la guía ni pasaba por el conmutador del edificio. No había manera de descubrir quién era el dueño. Antes de conocer a Rosalind, ese apartamento había cumplido un papel importante en su vida social, pero luego sólo lo utilizó para sus negocios confidenciales y clandestinos. Allí había planificado y organizado las expediciones a Libia e Irak.

Hacía meses que no pasaba por ahí. El ambiente era frío, con olor a cerrado, nada acogedor. Encendió la estufa de gas y puso agua a hervir. Después de servirse un gran jarro de té, llamó por teléfono a un Banco en Jersey y a otro en las islas Cayman.

"La rata sabia tiene más de una salida de su guarida." Era un dicho familiar transmitido de generación en generación. Siempre había que guardar algo para el Día del Diluvio. Necesitaba fondos para la expedición, y los abogados ya tenían instrucciones al respecto.

Dio las señas y los números de cuenta a los gerentes de los Bancos y dispuso ciertas transferencias. Nunca dejaba de asombrarle la facilidad con que se arreglaba cualquier asunto, siempre que uno tuviera dinero suficiente.

Miró su reloj. Era muy temprano en Florida, pero Alison tomó la comunicación inmediatamente. Ella era la dínamo rubia que dirigía Global Safaris, una empresa que organizaba partidas de caza y pesca a las regiones más remotas del mundo.

-Hola, Nick. Hace un año que no hablamos. Pensábamos que nos habías abandonado.

-Estuve fuera de circulación -respondió. ¿Cómo se le decía a la gente que uno había perdido a su mujer y sus dos hijas?

-¿Etiopía? -El pedido no la desconcertó en absoluto.

-¿Cuándo quieres viajar?

-La semana próxima.

-¿Bromeas? Tenemos un solo cazador, Nassous Roussos, y hay que pedirlo con dos años de anticipación.

-¿Nadie más? -insistió-. Tengo que ir y volver antes de las grandes lluvias.

-¿Qué animales buscas? -preguntó-. ¿Nyala de monte? ¿Ciervos de Menelik?

-Pienso recorrer el río Abbay para juntar muestras para el museo. -No estaba dispuesto a decirle más.

Trató de evadir una respuesta, pero acabó por decir con renuencia:

-No nos hacemos responsables, ¿entiendes? Hay un solo cazador dispuesto a hacerlo con tan poca anticipación, pero no sé si tiene un campamento en el Nilo Azul. Es ruso, y los informes sobre él no son todos buenos. Dicen que fue agente de la KGB y uno de los matones de Mengistu.

Tras derrocar y asesinar al viejo emperador Haile Selassie, el "Stalin negro" Mengistu impuso un despótico régimen marxista que en dieciséis años había arruinado el país. El derrumbe de sus patrocinadores soviéticos había provocado su caída y exilio.

-Estoy tan desesperado que estaría dispuesto a acostarme con el demonio -declaró-. Te prometo que no habrá quejas.

-Bien, siendo así... -Le dio un nombre y un número de teléfono de Addis Abeba.

-Alison, querida, te amo -dijo Nicholas.

-Ojalá -contestó ella, y cortó.

Tal como previó, no fue fácil comunicarse con Addis Abeba, pero lo consiguió al cabo de varios intentos. Le respondió una voz de mujer con el dulce ceceo etíope, que pasó con

facilidad al inglés cuando él dijo que quería hablar con Boris Brusilov.

-En este momento está en un safari -informó-. Soy su esposa, Woizero Tessay. -En Etiopía la mujer no tomaba el apellido de su esposo. Nicholas conocía el idioma lo suficiente para saber que llevaba el lindo nombre de Señora Sol.

-Ahora, si lo que quiere es organizar un safari, puedo ayudarlo -dijo la Señora Sol.

Nicholas encontró a Royan en la puerta del hospital.

-¿Cómo está su madre?

-Su pierna evoluciona bien, pero no piensa en otra cosa que en Magic... su perro.

-Tendrá que conseguirle un cachorro. Uno de mis guardaparques cría springers de primera categoría. Puedo ocuparme de eso. -Hizo una pausa y preguntó con delicadeza: -¿Podrá alejarse de su madre? Digo, si vamos a África.

-Hablamos de eso. Dice que una amiga de su congregación vendrá a vivir con ella hasta que pueda arreglárselas sola. -Royan giró en su asiento para mirarlo de frente.

-¿En qué ha estado metido desde esta mañana? -preguntó en tono acusador-. No me diga que en nada porque lo veo en su cara.

Hizo el gesto árabe contra el mal de ojo:

-¡Alá me proteja de las brujas!

-¡Ah, vamos! -No le gustaba que la hiciera reír con tanta facilidad.

-Dígame qué trae en la manga.

-Se lo diré en el museo. -Se negó a decir más, y ella tuvo que contener su impaciencia.

En el edificio, atravesaron la sala egipcia para ir directamente a la de mamíferos africanos, donde la condujo a un escaparate de antílopes embalsamados. Pertenecían a las especies pequeñas y medianas: impalas, gacelas de Thompson y de Grant, gerenuk y otras.

-Madoqua harperii -dijo, señalando una pequeña criatura en un rincón de la muestra-. El dik-dik de Harper, también llamado dik-dik rayado.

Era un animalito insignificante, poco más grande que una liebre de buen tamaño. La piel parda tenía rayas más oscuras sobre los hombros y el lomo, y la nariz era una probóscide prensil.

-Un poco raído -comentó con cautela para no ofenderlo, ya que por alguna razón inexplicable parecía encantado con el ejemplar. -¿Es muy importante?

-¿Importante? -exclamó, atónito-. Pregunta si es importante. -Alzó la vista al cielo y nuevamente, ella no pudo contener la risa ante sus payasadas. -Que se sepa, es el único ejemplar existente. Es una de las criaturas más raras del mundo. Tan rara, que probablemente está extinguida. Muchos zoólogos creen que es apócrifo, que nunca existió. Dicen que mi venerado bisabuelo inventó el bicho para que llevara su nombre. Un erudito sugiere que tomó la piel de una mangosta rayada y la estiró sobre el cuerpo de un dik-dik común. ¿Qué me dice de esta acusación tan nefanda?

-Semejante injusticia me sobrecoge -dijo ella, riendo.

-No es para menos. Porque nos vamos a África en busca de otro ejemplar de Madoqua harperii a fin de reivindicar el honor de la familia.

-No comprendo.

-Venga, le explicaré. -Fueron a su estudio, donde él revolvió los papeles sobre su escritorio hasta encontrar una libreta encuadernada en cuero marroquí rojo. Las tapas estaban desteñidas, manchadas por el agua y el sol tropical; las esquinas y el lomo estaban gastados.

-Este es el diario de caza del viejo sir Jonathan -dijo al abrirlo. Entre las hojas había flores silvestres secas que seguramente estaban ahí desde hacía casi un siglo. El texto estaba ilustrado con dibujos de hombres y animales y paisajes en tinta amarilla desteñida. Nicholas leyó la fecha que encabezaba una página.

2 de febrero de 1902. Campamento en río Abbay. Seguimos rastro de dos grandes elefantes machos todo el día. No los encontramos. Calor muy intenso. Hombres agotados. Abandonamos caza y volvimos a campamento. Durante el regreso, vi pequeño antílope pastando junto al río. Lo maté de un solo tiro con el fusil Rigby. Al examinarlo vi que era un ejemplar del género Madoqua. Sin embargo, era de una especie que nunca había visto, más grande que el dik-dik común, con rayas. Creo que es un ejemplar desconocido por la ciencia.

Alzó la vista:

-Creo que el bisabuelo Jonathan nos ha dado el mejor de los pretextos para recorrer la quebrada del Abbay. -Cerró la libreta antes de proseguir: -Como dijo usted, montar nuestra propia expedición nos llevaría meses de planificación y organización, y los gastos serían enormes. Tendríamos que pedir autorización al gobierno etíope. En un país africano, ese trámite demora meses, años:

-No creo que el gobierno etíope se muestre muy dispuesto a ayudarnos si se entera de nuestras verdaderas intenciones -acotó ella.

-En cambio, hay varias empresas organizadoras de safaris que operan legalmente en el país. Tienen los permisos, los contactos oficiales, los vehículos, equipos y logística necesarios para viajar a las zonas más remotas y acampar allá. Las autoridades están acostumbradas a los cazadores extranjeros que van y vienen con esas empresas. En cambio, un par de ferengi husmeando por su cuenta atraería a los militares locales y a la población como la miel a las moscas.

¿Significa que nos haremos pasar por cazadores de dik-diks?

-Ya hice las reservas con un organizador de safaris en Addis Abeba, la capital. Mi plan requiere dividir el proyecto global en tres etapas distintas. La primera es el reconocimiento del terreno. Si encontramos el rastro, volveremos luego con gente y equipos propios. Esa será la segunda etapa. La tercera será la de sacar el botín de Etiopía. Le digo por experiencia que no será precisamente lo más fácil de la operación.

-¿Cómo hará para... -empezó a preguntar, pero él alzó las manos.

-No pregunte, a esta altura no tengo la menor idea. Paso a paso.

-¿Cuándo partimos?

-Ahora le digo, pero antes quiero hacerle otra pregunta. ¿Su interpretación del enigma de Taita está explicada en los apuntes que le robaron en el oasis?

-Sí, en los apuntes o el microfilm. Lo siento.

-O sea que los malos de la película la conocen tal como la conozco yo.

-Lamentablemente, es así.

-En ese caso, la respuesta a su pregunta sobre cuándo partimos es tout de suite, y cuanto antes, mejor. Tenemos que llegar a la quebrada del Abbay antes que la competencia. Conocen sus conclusiones e hipótesis desde hace casi un mes. Podemos suponer que ya están en camino.

-¿Cuándo nos vamos? -repitió con avidez.

-He reservado plazas en el vuelo de British Airways a Nairobi del próximo sábado, o sea, pasado mañana. Allí tomaremos un vuelo de Air Kenya a Addis, donde llegaremos el domingo al mediodía. Esta noche iremos a Londres y nos instalaremos en mi apartamento.

¿Está vacunada contra la fiebre amarilla y la hepatitis?

- Sí, pero no tengo ropa ni nada. Salí de El Cairo con bastante apuro.

-Conseguiremos de todo en Londres. El problema de Etiopía es que en las tierras altas hace un frío de perros; y en el fondo de la quebrada, un calor de sauna.

Fue al pizarrón y empezó a marcar las tareas que había anotado.

- Iremos a una zona de mosquitos P. falciparum resistentes a la cloroquinina, así que le haré tomar Mefloquine... -Fue recorriendo la lista rápidamente.

-Es evidente que sus papeles de viaje están al día. Si no, no estaría aquí. Necesitamos visas para Etiopía, pero conozco a un tipo que las puede conseguir en veinticuatro horas.

Terminada la lista, le dijo que fuera a empacar los escasos efectos que había traído consigo de El Cairo.

Cuando salieron de Quenton Hall ya era de noche, pero se detuvieron una hora en el hospital York Minster para que Royan se despidiera de su madre. El la esperó en un pub al otro lado del camino y cuando volvieron al Range Rover olía a cerveza Theakston Old Peculier. Era un agradable aroma a levadura, y ella se sentía tan segura con él que se recostó en el asiento y se durmió.

u casa de Londres estaba en Knightsbridge. A pesar del

barrio residencial, la casa era mucho menos imponente

que Quenton Hall y se sintió mucho más cómoda, aunque sólo pasaron allí dos días. Durante ese lapso vio muy poco a Nicholas, que se ocupaba de los trámites de último momento. Algunos de éstos incluyeron visitas al Ministerio de Relaciones Exteriores en Whitehall, de donde volvió con cantidades de cartas de presentación a importantes funcionarios, embajadores británicos y altos comisionados en todos los países del África oriental.

-Si se le pregunta a un inglés -pensó con soma- negará la existencia de los privilegios de clase y que el país es gobernado por una camarilla de amigos y conocidos."

Mientras él se ocupaba de los trámites, ella hacía las compras que le había indicado. Aunque se encontraba en la capital más segura del mundo, miraba constantemente atrás, entraba y salía de baños y estaciones de subterráneos para cerciorarse de que no la seguían.

"Te portas como una nenita que no encuentra a su papá", se dijo.

Sin embargo, cada noche experimentaba una sensación de alivio verdaderamente irracional cuando lo oía abrir la puerta de la casa desierta donde ella lo aguardaba, y tenía que contenerse para no correr a su encuentro.

El sábado a la mañana, cuando el taxi los dejó en la Terminal Cuatro del aeropuerto de Heathrow, Nicholas contempló el equipaje de ambos con satisfacción. Ella tenía un bolso de lona del mismo tamaño que el suyo y la cartera colgada del hombro. El llevaba su fusil de caza en un gastado estuche de cuero con sus iniciales repujadas en la tapa. Tenía cien proyectiles en un cargador separado del arma y llevaba un portafolio de cuero que parecía una antigualla victoriana.

-Viajar con poco es una gran virtud. El Señor nos libre de las mujeres con grandes equipajes -dijo. Rechazó al changador, cargó el equipaje en un carrito y él mismo lo empujó. Milagrosamente, la multitud se abría a su paso. Inclinó su sombrero panamá sobre un ojo y ofreció su sonrisa más seductora a la chica del mostrador, que se puso colorada y muy nerviosa.

Lo mismo sucedió en el avión. Las dos azafatas se reían como tontas de todo lo que les decía, le ofrecían champagne y lo mimaban constantemente para fastidio de los demás pasajeros y de la misma Royan. Pero dio la espalda a todo y a todos y se acomodó para disfrutar del lujo desusado de un asiento de primera clase provisto de pantalla de vídeo individual. Trató de concentrarse en Richard Gere, pero su mente estaba llena de imágenes de

quebradas abruptas y estelas antiguas.

Cuando Nicholas le tocó el hombro, se volvió para mirarlo con cierta altivez. El había instalado un pequeño tablero de ajedrez en el apoyabrazos que separaba sus asientos; alzó una ceja e inclinó la cabeza a modo de invitación.

Cuando aterrizaron en el aeropuerto Jomo Kenyatta de Nairobi, seguían trabados en una lucha a muerte. Estaban empatados en dos partidas cada uno, y ella tenía un alfil y dos peones de ventaja en la partida decisiva. Se sentía muy complacida.

El había reservado dos cabañas en los jardines del Hotel Norfolk de Nairobi. Ella se arrojó sobre la cama y diez minutos después recibió su llamada.

-El alto comisionado británico nos ha invitado a cenar esta noche. Es un viejo amigo. Vístase con ropa informal. ¿Estará lista a las ocho?

Viajar por el mundo con ese hombre no era demasiado sacrificado, pensó.

El vuelo de Nairobi a Addis Abeba era relativamente breve y el paisaje se desplegaba en una sucesión de escenas fascinantes que la mantuvieron pegada a la ventanilla del avión de Air Kenya. Por una vez, la cima venerable del monte Kenia estaba despejada de nubes, y el doble pico cubierto de nieve resplandecía bajo el sol.

En los áridos desiertos pardos del Northern Frontier District sólo se destacaban las colinas verdes que rodeaban el oasis de Marsabit y, por el lado de babor, las aguas resplandecientes del lago Turkana, antes llamado lago Rodolfo. Tras el desierto apareció el altiplano de la gran meseta central de Etiopía, nación antigua.

-La única civilización africana anterior a ésta fue la de Egipto -comentó Nicholas mientras contemplaban el paisaje-. Era un pueblo culto cuando los pueblos de los climas boreales nos cubríamos con pieles sin curtir y vivíamos en cavernas. Mientras los europeos eran paganos que adoraban a Pan, Diana y otros dioses antiguos, ellos ya eran cristianos.

-Ya era un pueblo civilizado cuando Taita pasó por aquí hace cuatro milenios -acotó ella-. En sus papiros dice que esta cultura era casi tan desarrollada como la suya, cosa rara en él. Despreciaba todas las demás naciones del mundo antiguo y las consideraba inferiores a la suya en todo sentido.

Vista desde el aire, Addis Abeba se parecía a muchas otras ciudades africanas, una mezcla de lo nuevo y lo viejo, de estilos arquitectónicos tradicionales y foráneos, techos de paja junto a otros de hierro galvanizado y tejas de barro cocido. Los muros redondos de los antiguos tukul de barro y mimbre contrastaban con las formas rectangulares y los planos geométricos de los edificios altos de ladrillos, los apartamentos y las villas de los ricos, los edificios de gobierno y la faraónica sede de la Organización de Unidad Africana, decorada con banderas.

Los rasgos característicos de las regiones circundantes eran las plantaciones de altos eucaliptos, los ubicuos gomeros azules que proveían leña. Era el único combustible de que disponían muchos en esta tierra pobre, desgarrada por las guerras, devastada durante siglos por ejércitos invasores y, recientemente, por doctrinas políticas foráneas.

En comparación con Nairobi, el aire del altiplano era fresco y agradable cuando Royan y Nicholas bajaron del avión y cruzaron la plataforma hacia la terminal. Cuando entraron, y antes de acercarse a los mostradores de migraciones, alguien lo llamó por su nombre.

-¡Sir Nicholas!

Se volvieron para ver a una joven alta que se deslizaba hacia ellos con la elegancia de una bailarina y una cálida sonrisa en su rostro oscuro de rasgos muy finos. Vestía la larga falda tradicional, que realzaba sus movimientos.

-Bienvenidos a mi país, Etiopía. Soy Woizero Tessya. -Miró a Royan con interés: -Usted debe ser Woizero Royan. -Le tendió la mano y Nicholas vio que las dos mujeres

congeniaban al instante.

-Si me permiten sus pasaportes, me ocuparé de los trámites mientras ustedes esperan en la sala VIP. Lo espera un señor de la embajada británica, Sir Nicholas. No sé cómo se enteró de su arribo.

Una sola persona se encontraba en la sala VIP. Vestía un elegante traje tropical y la corbata a rayas diagonales anaranjadas, amarillas y azules de la academia militar de Sandhurst. Al ver a Nicholas, fue derecho a su encuentro.

-Nicky, cómo estás. Me alegro de verte. La última vez fue hace doce años, ¿no?

-Qué tal, Geoffrey. No sabía que estabas aquí.

-Agregado militar. Su Excelencia me envió a recibirte apenas le dije que fuimos camaradas en Sandhurst. -Geoffrey miró a Royan con interés, y Nicholas los presentó con aire resignado.

-Geoffrey Tennant. Cuidado con él. El macho cabrío más audaz del hemisferio norte. Ninguna chica está segura a menos de mil metros de él.

-Oye, no exageres -dijo Geoffrey, evidentemente encantado por la presentación-. Por favor, no le crea una palabra, doctora Al Simma. Es un mentiroso conocido.

Geoffrey llevó a Nicholas aparte y le explicó brevemente la situación del país, en particular en las regiones alejadas de la capital.

-Su Excelencia está preocupado. No le gusta la idea de que vayas por ahí por tu cuenta. Hay muchos tipos peligrosos allá en el Gojam. Le dije que sabes cuidarte.

Woizero Tessay volvió en un lapso increíblemente breve.

-Ya pasó todo el equipaje, incluso el arma y las municiones. Aquí tiene su permiso de estada. Debe tenerlo consigo en todo momento mientras permanezca en Etiopía. Aquí están los pasaportes con las visas; todo en orden. El vuelo al lago Tana parte dentro de una hora, así que tenemos tiempo de sobra para presentarnos.

-El día que necesite un puesto, venga a verme -dijo Nicholas, impresionado por su eficiencia.

Geoffrey Tennant los acompañó hasta el salón de partidas y les estrechó las manos.

-Si puedo ayudarte en algo, no vaciles, Nicky. Servir para mandar.

-¿Qué es eso de servir para mandar? -preguntó Royan cuando se dirigían al avión.

-La divisa de Sandhurst.

-Qué bien, Nicky -murmuró ella.

-Nicholas me parece más digno y apropiado.

-Sí, pero Nicky suena tan lindo.

El avión Twin Otter que los llevaba hacia el norte en el último tramo del viaje se sacudía en el aire alto y enrarecido, agitado por las corrientes que subían de las montañas. Aunque se encontraban a quinientos metros sobre el nivel del mar, distinguían las aldeas y los escasos campos cultivados diseminados sobre el terreno. Sometida durante siglos a métodos primitivos de agricultura y al pastoreo incontrolado de los rebaños, la tierra parecía árida y pobre; los huesos de piedra asomaban sobre la delgada carnadura roja de la superficie.

Delante de ellos, la meseta que sobrevolaban estaba partida por un abismo monstruoso, como si una espada colosal hubiera abierto la tierra hasta sus entrañas.

-¡El río Abbay! -Tessay se inclinó hacia adelante para tocar el hombro de Royan.

El borde del desfiladero estaba bien definido y la ladera bajaba a un ángulo de treinta grados. En lugar de la llanura árida de la meseta aparecía la densa vegetación de los muros del desfiladero. Distinguían los brazos en candelabro del euforbio gigante que se alzaba sobre la selva densa. En algunos lugares se habían derrumbado los muros y aparecían laderas de guijarros; en otros, se alzaban montículos y agujas que el ingenio monstruoso de la erosión

había convertido en figuras humanas y de criaturas fantásticas.

La quebrada se hundía cada vez más, y cuando el avión cruzó el abismo pudieron ver el fondo, casi dos kilómetros más abajo, por donde discurría el río como una víbora brillante. El embudo de los muros superiores formaba un borde secundario donde empezaban los precipicios desnudos del desfiladero inferior, que se alzaba hasta unos doscientos metros sobre las aguas del Nilo. Allá en el fondo, entre los terribles acantilados, el río formaba charcos oscuros y largos tramos rectos a través de la arenisca roja. En algunos lugares el desfiladero tenía sesenta kilómetros de ancho, en otros se reducía a menos de quince, pero su grandeza y desolación eran infinitas y eternas. El hombre no había dejado huella alguna en él.

-Pronto estarán allá abajo -dijo Tessay con voz tan admirada que era casi un susurro, y nadie le respondió. Las palabras estaban de más en presencia de la naturaleza tan salvaje y atroz.

Contemplaron casi con alivio el muro boreal que se alzaba frente a ellos y los picos altos de los montes Choke perfilados contra el cielo azul de África, más altos que su frágil avión.

El aparato giró para iniciar el descenso y Tessay señaló el extremo del ala de estribor.

-El lago Tana -informó. Era un espejo de agua ancho y hermoso, salpicado de islas, cada una con su antiguo monasterio o iglesia. Durante el descenso sobre el agua distinguieron a los sacerdotes de sotana blanca que navegaban entre las islas en sus botecitos tradicionales de haces de papiro.

El Otter descendió sobre la pista de tierra junto al lago y al carretear alzó una gran nube de polvo. Giró y se detuvo frente a la desvencijada terminal de adobe con techo de paja.

La luz del Sol era tan fuerte que Nicholas sacó anteojos para sol del bolsillo de su chaqueta parda y se los puso. Desde lo alto de la escalerilla miró las marcas de proyectiles y esquirlas en las sucias paredes blancas de la terminal, y el casco quemado de un tanque ruso T35 en el borde de la pista. El cañón giratorio apuntaba hacia el suelo y la hierba crecía entre las orugas oxidadas.

Los otros pasajeros se arremolinaban impacientes a su espalda, lo empujaban y lanzaban exclamaciones al ver a sus amigos o parientes que los esperaban a la sombra de los eucaliptos junto a la terminal. El único vehículo estacionado en el lugar era un Toyota Land Cruiser. En la portezuela del conductor estaba pintada una cabeza de nyala de monte de cuernos largos y retorcidos como un sacacorchos; la inscripción debajo de ésta decía "Wild Chase Safaris". Un hombre blanco estaba sentado detrás del volante.

Cuando Nicholas bajó la escalerilla seguido por las dos mujeres, el conductor bajó de la camioneta y caminó a su encuentro. Vestía camisa y pantalón pardos de monte, era alto y esbelto y su paso era ágil.

Cuarenta y pico de años, pensó Nicholas al ver las canas que mechaban su barba corta. Un duro, pensó. Tenía el pelo castaño cortado al ras; sus ojos celestes eran los de un matador. Una cicatriz blanca surcaba su mejilla hacia arriba y le deformaba la nariz.

Tessay presentó en primer lugar a Royan. Él se inclinó brevemente al estrechar su mano.

-Enchanté -dijo con un espantoso acento, francés y se volvió hacia Nicholas.

-Le presento a mi esposo, Alto Boris -dijo Tessay-. Boris, él es Alto Nicholas.

-Hablo muy mal el inglés -dijo Boris-. Mejor el francés. No hay gran diferencia, pensó Nicholas, pero sonrió amablemente:

-En ese caso, hablemos francés. Bonjour, monsieur Brusilov. Encantado de conocerlo. -Tendió su mano al ruso.

Boris la tomó con fuerza... con fuerza excesiva. Convertía el saludo en una prueba, pero Nicholas lo había previsto. Conocía a los tipos como él y le había aferrado la mano de manera tal que no pudiera aplastarle los dedos. Soportó la presión sin permitir que el esfuerzo alterara su sonrisa despreocupada. Boris cedió, y por un instante apareció una chispa de respeto en sus ojos celestes.

-¿Así que quiere un dik-dik? -preguntó con una sombra de desdén-. La mayoría de mis

clientes quieren elefante grande, o por lo menos nyala de monte.

-Demasiado para mis nervios -dijo Nicholas con una sonrisa-. Son tan grandes... El dik-dik es presa suficiente.

-¿Alguna vez ha estado en el fondo de la quebrada? -preguntó. Su acento ruso deformaba las palabras francesas, las volvía difíciles de entender.

-Sir Nicholas fue uno de los jefes de la expedición de 1976 -dijo Royan con una sonrisa. Su intervención inesperada causó gracia a Nicholas. Ella había percibido el antagonismo entre los dos y había acudido en su ayuda.

Boris gruñó y se volvió hacia su esposa:

¿Trajiste todas las provisiones? -preguntó bruscamente.

-Sí, Boris -respondió sumisa-. Están en el avión. Le tiene miedo, pensó Nicholas. Y con razón.

-Bueno, a trabajar. Nos espera un viaje largo.

Los dos hombres ocuparon los asientos delanteros del Toyota. Las mujeres se sentaron atrás, entre los paquetes. Nicholas sonrió para sus adentros: etiqueta africana, pensó. Los hombres primero; las mujeres, que se arreglen.

-No quieren hacer el circuito turístico, ¿no? -preguntó Boris en un tono casi amenazante.

-¿Qué es eso?

-La salida del lago y la usina -explicó-. El puente portugués sobre la quebrada y el lugar donde nace el Nilo Azul. -Pero sin darles tiempo a responder, advirtió: -Si quieren ir allá, no llegaremos a campamento antes que anochezca.

-Le agradezco la invitación -dijo Nicholas amablemente-, pero ya he visto todo eso.

-Muy bien -dijo Boris con evidente satisfacción-. Vámonos de aquí.

El camino torcía hacia el oeste, al pie de las montañas altas. Era el Gojam, tierra de montañeses altivos. Era una región populosa, donde hombres altos y delgados arreaban manadas de cabras y ovejas, llevando sus largos báculos cruzados sobre los hombros. Hombres y mujeres vestían shammas, chales de lana y bombachas blancas, y calzaban sandalias.

Era un pueblo de rasgos altivos y muy bellos, cabelleras tupidas rodéandoles las cabezas como si fueran aureolas y ojos fieros como los del águila. La mayoría de los hombres estaban armados. Cargaban enormes espadas enfundadas en vainas plateadas y fusiles de asalto AK-47.

-Así se sienten muy hombres -dijo Boris con su risa despectiva-. Muy valientes, machos de verdad.

En las aldeas, las chozas eran los tukul de paredes circulares rodeados por plantaciones de eucaliptos y el sisal erizado de espinas.

Magulladas nubes violetas de tormenta irrumpían sobre los altos picos de los montes Choke y los empapaban con chaparrones. Las gotas de lluvia, grandes como monedas plateadas, repiqueteaban sobre el parabrisas del Land Cruiser; bajo las ruedas, el camino sé volvía un río barroso.

El camino estaba en condiciones deplorables; en algunos lugares se volvía una hondonada rocosa que no podía atravesar ni siquiera un vehículo como el Toyota, con tracción en las cuatro ruedas; entonces Boris tenía que abrir su propia huella entre los guijarros de la ladera. En algunos tramos, aunque avanzaban a paso de hombre, apenas lograban mantenerse en sus asientos mientras las ruedas saltaban sobre el terreno disparejo.

Negros de mierda, ni se les ocurre mantener los caminos -gruñó Boris-. Les gusta vivir como animales.

Nadie respondió. Nicholas miró las caras de las dos mujeres en el espejo retrovisor. Inmutables, si se sentían ofendidas por la observación se esforzaban por ocultarlo.

A medida que avanzaban, el camino, malo desde el comienzo, empeoraba aún más. La superficie fangosa mostraba huellas de vehículos pesados.

-¿Tráfico militar? -preguntó Nicholas, alzando la voz para hacerse oír sobre la lluvia.

-En parte sí -informó Boris con un gruñido-. Los shufta están muy activos en la zona de la quebrada. Son bandidos y señores de la guerra disidentes. Pero la mayor parte del tráfico pertenece a la prospección minera. Una de las empresas grandes tiene una concesión en el Gojam y están a punto de empezar a operar.

-No hemos visto vehículos civiles -dijo Royan-. Ni siquiera transporte público.

-Acaba de terminar un período terrible de nuestra historia tan larga y agitada -le respondió Tessay-. Somos una economía agraria. Antes nos llamaban el granero de África, pero cuando Mengistu tomó el poder, nos llevó hasta el borde de la pobreza. Usó el hambre como arma política. Todavía sufrimos muchísimo. Muy pocos en nuestro pueblo pueden darse el lujo de un vehículo motorizado. La mayoría se pregunta cómo alimentar a sus hijos.

-Tessay es licenciada en economía de la Universidad de Addis -dijo Boris con una risita-. Es muy inteligente. Sabe de todo. Pregúntele lo que quiera: historia, religión, economía, le responderá cualquier pregunta. -El desaire sumió a Tessay en el mutismo.

Hacia la media tarde dejó de llover y el Sol asomó tímidamente entre las nubes. Boris detuvo el Toyota en un tramo desierto del campo.

-Hora de hacer pipí o popó -dijo.

Las muchachas se alejaron de la camioneta y desaparecieron entre las piedras. Cuando volvieron, las dos vestían los shammas y las bombachas típicas de la región.

-Tessay me ha regalado la vestimenta típica de Tigre -dijo Royan. Giró frente a Nicholas para obtener su opinión.

-Le queda muy bien. Y se sentirá más cómoda con pantalones.

Caía el Sol cuando el camino bajó a un vallé rocoso por cuyo fondo corría un río de márgenes altas y escarpadas. Sobre el río se alzaba una iglesia blanca de paredes circulares con una cruz copta de madera en el techo de juncos. La aldea de tukuls rodeaba la iglesia.

-Debra Maryam -dijo Boris con satisfacción-. La colina de la Virgen María, y el río es el Dandera. Mis hombres se adelantaron en el camión grande. Montarán el campamento y nos esperarán allá. Pasaremos la noche aquí y mañana iremos río abajo hasta el borde de la quebrada.

Los empleados de Boris habían levantado carpas en un bosquecillo de eucaliptos más allá de la aldea.

-La segunda carpa es para ustedes. -Boris la señaló con el dedo.

-Para Royan está bien -dijo Nicholas-. Necesito otra carpa para mí.

-Dik-dik y carpas separadas. -Boris lo miró con sus ojos pálidos y desdeñosos. -Todo un hombre. ¡Uy, qué impresionante!

Ordenó a los gritos a sus hombres que levantaran otra carpa junto a la primera. Las paredes laterales casi se rozaban.

-Tal vez se decida durante la noche -dijo con una sonrisa lasciva-. No quiero que camine demasiado.

La ducha para bañarse era un barril colgado de las ramas inferiores de un gomero rodeado por una carpa de lona sin techo. Royan fue la primera en bañarse. Al volver lucía feliz y descansada, y tenía el pelo envuelto en una toalla húmeda.

-¡Ahora usted, Nicky! -exclamó al pasar frente a su carpa-. Hay agua caliente, todo un lujo.

Cuando Nicholas terminó de bañarse y cambiarse, ya era de noche. Cruzó el campamento a la carpa comedor donde los demás estaban sentados en sillas de lona en torno del fuego. Las dos mujeres conversaban en voz baja. Boris había alzado los pies sobre la mesa y tenía un vaso en la mano. Al ver aparecer a Nicholas, señaló la botella de vodka:

-Sírvase un trago. Hay hielo en el balde.

-Prefiero una cerveza -dijo Nicholas-. El paseo me dio mucha sed.

Boris se encogió de hombros y ordenó a los gritos al mayordomo del campamento que trajera una botella color caramelo del refrigerador portátil de gas.

-Le diré un secreto. -Sonrió al servirse más vodka.

-Hace años que no existe el dik-dik rayado. Tal vez nunca existió. Pierde su tiempo y su dinero.

-Efectivamente -asintió Nicholas-, es mi tiempo y mi dinero.

-Sólo porque un viejo idiota mató uno hace mil años, no piense que va a encontrar otro. Podemos ir a las plantaciones de té en busca de elefantes. Hace menos de diez días vi tres machos allá. Todos con colmillos de más de cincuenta kilos cada uno.

Mientras discutían, el nivel de la botella de vodka descendía como el del Nilo después de las inundaciones. Cuando Tessay les dijo que la cena estaba servida, Boris llevó consigo la botella; tropezó antes de llegar a la mesa. Durante la cena, sólo abrió la boca para regañar a Tessay.

-El cordero está crudo. ¿Por qué no vigilas al cocinero para que haga las cosas bien? Monos de mierda, no se los puede dejar solos para nada.

-¿Encuentra el cordero demasiado crudo, Alto Nicholas? -preguntó Tessay sin mirar a su esposo-. Le diré que lo cocine un poco más.

-Gracias, está perfecto. Me gusta muy jugoso.

Cuando terminaron de cenar, la botella de vodka de Boris estaba vacía y él tenía la cara roja y congestionada. Se paró sin decir palabra y desapareció en la oscuridad rumbo a su carpa. Se tambaleaba y un par de veces tuvo que ejecutar un paso de baile para conservar el equilibrio.

-Mis disculpas -susurró Tessay-. Sólo sucede de noche. Durante el día está bien. El vodka es una tradición rusa. -Su sonrisa era alegre, pero no podía ocultar la tristeza de su mirada.

-La noche está hermosa y es muy temprano para retirarse. ¿Quieren conocer la iglesia? Es muy antigua y famosa. Haré que un empleado nos acompañe con la linterna para que puedan ver los murales.

El sirviente los precedió para iluminar su camino y un anciano sacerdote los aguardaba en el pórtico del edificio circular para darles la bienvenida. Era muy flaco y tan negro que sólo sus dientes brillaban en la oscuridad. Tenía una magnífica cruz copta de plata nativa maciza con cornalinas y otras piedras semipreciosas engastadas.

Royan y Tessay se arrodillaron frente a él para pedir la bendición. Les golpeó las mejillas suavemente con la cruz, hizo una genuflexión y murmuró la bendición en amhárico. Luego los invitó a pasar.

Los muros estaban cubiertos de magníficas pinturas en colores primarios brillantes. Resplandecían como joyas a la luz de la linterna. El estilo mostraba una fuerte influencia bizantina: los santos tenían enormes ojos rasgados y grandes halos dorados sobre sus cabezas. Encima del altar decorado con oropel y bronce, la Virgen acunaba al niño mientras los tres reyes magos y una multitud de ángeles lo adoraban de rodillas. Nicholas sacó la cámara Polaroid del bolsillo y encendió el flash. Se paseó por el interior y fotografió los murales mientras Tessay y Royan se arrodillaban juntas frente al altar.

Después de fotografiar cuanto deseaba, Nicholas se sentó en uno de los reclinatorios tallados a mano y contempló sus caras absortas, iluminadas por la luz dorada de las velas, conmovido por la belleza de la escena.

"Ojalá yo tuviera tanta fe", pensó, no por primera vez. "Ojalá pudiera rezar así por Rosalind y las nenas." No pudo soportarlo más; salió y se sentó en los escalones del pórtico a contemplar el cielo nocturno.

En el aire enrarecido y puro del altiplano, las estrellas eran tan deslumbrantes que era difícil distinguir las constelaciones. Después de un rato se disipó su tristeza. Era bueno estar de vuelta en África.

-¡Las mujeres -salieron de la iglesia. Nicholas dio al sacerdote un billete de cien birr y una fotografía Polaroid de él mismo, que evidentemente gustó al anciano mucho más que el dinero. Los tres bajaron la cuesta en amable silencio.

Nicky! -Royan lo sacudió hasta despertarlo. Al sentarse y encender la luz, vio que se había echado un chal de lana sobre su pijama masculino rayado antes de entrar en su carpa.

-¿Qué pasa? -preguntó, pero antes de que pudiera responderle oyó una voz ronca y furiosa que vociferaba insultos en la noche, seguida por el ruido inconfundible de un puñetazo en una cara.

-Le está pegando -dijo Royan con la voz alterada por la indignación-. Deténgalo.

Después del golpe oyeron un grito seguido por sollozos.

Nicholas vaciló. Sólo un idiota se interpone entre un hombre y su mujer, y en general sólo consigue que ambos lo ataquen como fieras.

-Tiene que hacer algo, Nicky. Por favor.

Bajó las piernas a regañadientes y se paró. Llevaba shorts y no se molestó en buscar sus zapatos. Ella lo siguió, descalza como él, al borde del bosquecillo donde se encontraba la carpa de Boris, más allá del comedor.

Una lámpara encendida en el interior arrojaba sombras enormes sobre las paredes de lona. Boris había aferrado a su mujer por el pelo y la arrastraba por el suelo mientras vociferaba en ruso.

-¡Boris! -Nicholas tuvo que llamarlo tres veces antes de que lo oyera. Entonces miraron las sombras chinescas en la pared de la carpa cuando él la arrojó al suelo y apartó la cortina de la entrada.

Sólo llevaba puestos los calzoncillos. Su torso era esbelto y musculoso, el pecho plano, duro, cubierto de vello cobrizo. Tendida boca abajo en el piso, Tessay lloraba con la cara apoyada en las manos. Estaba desnuda, y los planos de su cuerpo eran esbeltos como los de una pantera.

-Qué diablos pasa? -preguntó bruscamente Nicholas. Apenas empezaba a sentir furia por la angustia y la humillación de esa mujer amable y gentil.

-Le estoy enseñando modales a la negra puta -dijo Boris con evidente regocijo. Su cara estaba hinchada por la bebida y la pasión.

-No es asunto suyo, inglés, a menos que quiera pagar para pasar un rato con la chancha. -Su risa era horrible.

-¿Está bien, Woizero Tessay? -Nicholas miró directamente a la cara de Boris para ahorrarle a ella la humillación adicional de mostrarse desnuda a otro hombre.

Tessay se sentó, alzó las rodillas contra su pecho y las abrazó para cubrirse.

-Todo está bien, Alto Nicholas. Por favor, váyase antes de que suceda algo peor. -La sangre que manaba de su nariz caía en su boca y le manchaba los dientes.

-¿Oyó a mi esposa, inglés hijo de puta? ¡Váyase! Ocúpese de lo suyo, salvo que quiera también una lección de modales.

Boris se tambaleó hacia él para apoyarle la mano abierta en el pecho. Nicholas dio un paso al costado con la elegancia del matador que esquiva el primer embiste del toro. Llevado por su propio impulso, Boris avanzó hasta perder el equilibrio. Cruzó el campo, chocó con una silla y cayó.

-¡Royan, llévela a su carpa! -ordenó en voz baja. Royan entró en la carpa, tomó una sábana del catre más cercano, la extendió sobre los hombros de Tessay y la ayudó a pararse.

-Por favor, no lo haga -dijo Tessay entre sollozos-. No saben lo que es capaz de hacer en este estado. Alguien podría quedar lastimado.

A pesar de su llanto y sus protestas, Royan la llevó consigo y para entonces Boris había recuperado la vertical. Bramó con furia, tomó la silla que lo había hecho caer y de un tirón le arrancó una pata.

-¿Quiere jugar, inglés? Bueno, juguemos. -Se abalanzó sobre Nicholas, agitando la pata como un bastón ninja, y le lanzó un golpe a la cabeza que silbó en el aire. Nicholas lo esquivó, pero Boris le lanzó un nuevo golpe de revés al pecho bajo el brazo alzado. Le

hubiera roto un par de costillas, pero Nicholas nuevamente lo eludió.

Empezaron a dar vueltas uno en torno del otro, cautelosamente, hasta que Boris volvió a atacar. Si los reflejos del ruso no hubieran estado entorpecidos por el alcohol, Nicholas jamás se habría arriesgado con un adversario tan diestro, pero Boris había perdido el control a tal punto que pudo penetrar su guardia agachándose bajo el brazo que blandía la pata de la silla. Se enderezó y con todo el peso de su cuerpo detrás del golpe le dio un puñetazo en la boca del estómago, justo debajo del esternón. El ruso soltó el aliento en un fuerte estertor.

La pata de la silla cayó de su mano, se dobló en dos y se derrumbó. Hecho un ovillo en el polvo, se tomó el vientre y jadeó para recuperar el aliento. Nicholas se inclinó sobre él y le habló suavemente en inglés:

-Con esta conducta no vamos a ninguna parte, mi viejo. No nos gusta pegarles a las chicas. Por favor, que no se repita. -Se enderezó y se volvió hacia Royan: -Llévela a su carpa y que duerma ahí. -Se apartó el pelo de la cara: -Y ahora, si nadie tiene algo más que decir, me gustaría dormir un rato.

La lluvia volvió durante la madrugada. Los goterones caían sobre la lona y los relámpagos iluminaban el interior de la carpa con un resplandor siniestro. Sin embargo, cuando llegó la mañana y Nicholas fue a la carpa comedor a desayunar, el cielo estaba despejado y la luz del Sol era deslumbrante y cálida. El dulce aire de montaña olía a tierra mojada y hongos.

Boris recibió a Nicholas con campechana jovialidad.

-Buen día, inglés. Buena diversión tuvimos anoche. Todavía no puedo parar de reír. Un día de estos tomamos un poco más de vodka y nos divertimos más. -Alzó la voz: -Oye, señora Sol. Dale de comer a tu amiguito. Está famélico después de la diversión de anoche.

Callada y discreta, Tessay supervisó el servicio de desayuno. Tenía un ojo hinchado y un corte en el labio. No miró a Nicholas una sola vez.

-Seguiremos adelante -dijo Boris alegremente mientras sorbían café-. Mis sirvientes levantarán el campamento y nos seguirán en el camión grande. Con suerte, esta noche llegaremos al borde de la quebrada y mañana iniciaremos el descenso.

Cuando subían al camión, Tessay pudo decirle unas palabras sin que Boris la oyera:

-Gracias, Alto Nicholas. Pero fue imprudente de su parte. Usted no lo conoce. Debe tener mucho cuidado. El no olvida ni perdona.

Desde la aldea de Debra Maryam, Boris tomó un camino secundario que bordeaba el río Dandera hacia el sur. El camino que habían recorrido el día anterior desde el lago Tana aparecía en el mapa como una ruta principal. Su estado era bastante malo. Pero la huella que seguían ahora era un camino secundario, "transitable según el estado del tiempo", según el mapa. Para colmo de males, parecía que la mayor parte del tráfico pesado que había destrozado la ruta principal había tomado la misma huella. Llegaron a un lugar donde aparentemente un vehículo gigantesco se había atascado en la tierra saturada de agua. Las máquinas usadas para sacarlo de ahí habían dejado campos arrasados y un cráter de bomba como los que aparecen en esas viejas fotos de la campiña de Flandes durante la Primera Guerra Mundial.

En dos ocasiones, el Toyota quedó atascado en el terreno intransitable. Cada vez que sucedió, los alcanzó el camión y todos los sirvientes bajaron para empujar la camioneta. Nicholas se desnudó de la cintura para arriba y se hundió en el barro para dar una mano.

Si escuchara mi consejo -gruñó Boris-, no sucedería esto. Donde usted quiere ir no hay caza ni caminos dignos de ese nombre.

Poco después del mediodía se detuvieron junto al río para almorzar al aire libre. Nicholas fue a una laguna junto al camino

a lavarse el barro y la mugre de la mañana. Se había esforzado más que nadie para

asegurar que el Toyota siguiera adelante. Royan lo siguió por la ladera y se sentó sobre una roca mientras él se quitaba la camisa y se arrodillaba en la orilla a lavarse con el agua fría de montaña. El río estaba amarillento por el barro y crecido a causa de las lluvias.

-Me parece que Boris no se creyó el cuento sobre el dik-dik rayado -dijo ella-. Tessay me dijo que sospecha de nuestras intenciones. -Miró con interés mientras él se enjuagaba el pecho y los antebrazos. Donde no estaba tostada por el sol, su piel era muy blanca y sin manchas. El vello del pecho era espeso y oscuro. Le gustó mirar su cuerpo.

-Creo que es la clase de tipo que registraría nuestro equipaje a la menor oportunidad -asintió Nicholas-. ¿No tenemos nada que le dé una pista? ¿Papeles, apuntes?

-Sólo la fotografía satelital. Tengo una taquigrafía propia para tomar apuntes. Nadie los entiende.

-Cuidado con lo que hablan con Tessay.

-Es un amor. No hay nada de taimado en ella -dijo acaloradamente en defensa de su nueva amiga.

-No digo eso, pero lo cierto es que está casada con el amigo Boris. Le debe lealtad a él antes que a nadie. Por más que simpaticemos con ella, no confiemos en ninguno de los dos. -Se secó, se puso la camisa y la abrochó.

-Vamos a comer.

Junto al camión, Boris descorchaba una botella de vino blanco sudafricano y le sirvió un vaso a Nicholas. Lo habían puesto a refrescar en el río, y el sabor era seco y frutado: Tessay sirvió pollo frío e injera, galletas duras de pan ácimo del país hecho de maíz molido sobre las piedras. Las molestias y esfuerzos de la mañana se desvanecieron de sus mentes cuando se tendieron de espaldas sobre la hierba para contemplar un buitre barbudo que planeaba en lo alto del cielo azul. El pájaro los vio y empezó a planear en lentos círculos mientras inclinaba la cabeza para mirarlos con curiosidad. Llevaba sobre los ojos una máscara negra como la de un salteador de los caminos, y las características plumas de la cola con forma de cuña jugaban con el viento así como los dedos de un pianista acarician los marfiles del teclado.

Cuando llegó el momento de partir, Nicholas le tomó la mano para ayudarla. Pocas veces tenían contacto físico, y ella tomó sus dedos durante un par de segundos más de lo estrictamente necesario.

El camino no mejoraba a medida que se acercaban al borde de la quebrada, y pasaron horas en ese camino que les sacudía los huesos. La huella pasaba sobre una cresta y bajaba por una ladera abrupta. A mitad de camino Boris lanzó unas palabrotas en ruso cuando al salir de una curva muy cerrada que bordeaba un muro de tierra estuvo a punto de chocar con un gran camión Diesel que casi le cerraba el paso.

Aunque seguían las huellas de ese convoy desde el día anterior, era la primera vez que se topaban con uno de los vehículos. Sorprendido, Boris clavó los frenos y sus pasajeros casi salieron volando de sus asientos, pero el Toyota siguió patinando sobre el barro de la pendiente. Boris tuvo que poner los cambios en baja y buscar la brecha angosta entre el muro y el camión.

Desde su asiento trasero, Royan contempló la alta carrocería del camión. El nombre y el logotipo de la empresa estaban pintados en rojo sobre el costado verde.

Al mirarlo, la embargó una fuerte sensación de deja vu. Estaba segura de que lo había visto antes, pero no recordaba cuándo ni dónde. Sólo sabía que era de importancia vital que lo recordara.

El costado del Toyota rayó la chapa del camión y por fin pudieron pasarlo. Boris se asomó por la ventanilla y agitó el puño hacia el conductor del camión.

Este era un hombre de la zona, probablemente contratado en Addis por el dueño del vehículo. Sonrió ante las payasadas de Boris, se asomó a su vez, agitó el puño y a último momento alzó el dedo medio.

-¡Comemierda! -rugió Boris, indignado porque lo habían vencido, pero no se detuvo-. No vale la pena hablarles. Esos monos negros no entienden nada de nada.

Librodot

Durante el resto del viaje fatigoso, Royan estuvo sumida en un silencio absorto, agitada y perturbada por la convicción de que alguna vez había visto ese logotipo rojo del caballo alado y la bandera con el nombre de la empresa: PEGASO PROSPECCIONES.

Casi al final de la jornada, pasaron un cartel junto al camino. Los postes que lo sostenían estaban encajados en hormigón, y el trabajo gráfico era de una calidad tal que sólo podía haberlo pintado un letrista profesional.

Presidía el cartel una flecha que señalaba un camino abierto recientemente hacia la derecha. Luego venían las indicaciones:

PEGASO PROSPECCIONES

CAMPAMENTO 1 KILÓMETRO

CAMINO PRIVADO

PROHIBIDA LA ENTRADA A PERSONAS AJENAS A LA EMPRESA

En el centro del tablero, el caballo escarlata se alzaba sobre las patas traseras y tenía las alas desplegadas para remontar vuelo.

Entonces se sobresaltó cuando el recuerdo esquivo vino a su mente con una claridad deslumbrante. Sí que había visto el caballo volador rojo. Al instante volvió a sumergirse en las aguas heladas de un río inglés, arrojada desde un Land Rover que caía a los tumbos, mientras un gigantesco camión MAN rugía sobre el puente y durante una fracción de segundo subliminal veía el caballo rojo pintado en la carrocería.

-¡Eso es! -Estuvo a punto de gritarlo, pero se contuvo. Embargada por el terror de ese momento, se dio cuenta de que jadeaba y que su corazón latía a mil por hora como si acabara de correr un largo trecho.

"No puede ser casualidad", se dijo. "Y no estoy equivocada. Es la misma empresa. Pegaso Prospecciones."

Durante los últimos kilómetros del recorrido estuvo ensimismada y absorta. Por fin, la huella que seguían llegó al borde mismo de los precipicios de la escarpa. Ahí Boris detuvo el Toyota sobre la hierba de un prado y apagó el motor.

-Aquí termina el viaje en auto. Esta noche acamparemos aquí. Mi camión grande no está lejos. Montaremos el campamento apenas llegue. Mañana bajaremos a la quebrada a pie.

Al bajar de la camioneta, Royan tomó el brazo de Nicholas: -Tenemos que hablar -susurró con vehemencia. Juntos se alejaron por la orilla del río.

Encontraron un lugar donde podían sentarse juntos con las piernas colgadas sobre el abismo. El río amarillo que corría a su lado parecía adquirir conciencia de lo que lo aguardaba. La fría corriente de la montaña se aceleraba, se arremolinaba entre las rocas, se preparaba para el salto vertiginoso al vacío. Más abajo, el precipicio era un muro liso de piedra de trescientos metros de profundidad. Era tan alto que a la luz del atardecer el abismo se volvía un lugar misterioso, oscuro, cuyo fondo estaba oculto debajo de las sombras y de la espuma de la catarata. Al contemplarlo, Royan sintió que el vértigo vencía su equilibrio. Se echó atrás e instintivamente se apoyó en el hombro de Nicholas hasta recuperarse. Pero al rozarlo se dio cuenta de lo que sucedía y se apartó de él con cierta vergüenza.

Al saltar al vacío, las aguas fangosas del Dandera se transformaban milagrosamente en una filigrana etérea. Como faldas de novia en medio del vals, relucían y giraban, y al

atravesarlas la luz se irisaba como si estuvieran bordadas de perlas. En su caída las columnas de espuma blanca se retorcían en formas bellas pero efímeras hasta caer sobre las cornisas inferiores de la reluciente piedra negra, donde estallaban en nubes blancas, velos opalescentes que ocultaban el fondo negro del abismo.

Royan tuvo que hacer un esfuerzo para apartar sus pensamientos de la escena sobrecogedora y concentrarse en los problemas del presente.

-Nicky, ¿recuerda lo que le dije sobre el camión que nos sacó del camino a mí y a mi madre cuando íbamos en el Land Rover?

-Claro que sí -dijo sorprendido. Estudió su rostro: -¿Qué pasa, Royan? La veo muy perturbada.

-Los remolques del camión llevaban inscripciones en los costados.

-Sí, me lo dijo. Verdes y rojos. Me dijo que no tuvo tiempo de leer la inscripción.

Era la misma del camión que pasamos hace un rato. Vi la inscripción desde el mismo ángulo y la reconocí. El Pegaso rojo, el caballo alado.

La miró fijamente unos instantes.

-¿Está segura?

-¡Totalmente! -Asintió con vehemencia.

Nicholas contempló el paisaje magnífico de la quebrada que se desplegaba ante sus ojos. La pared opuesta del cañón estaba a sesenta kilómetros, pero en el aire diáfano después de la lluvia parecía tan cercana que hubiera podido tocarla con sólo extender el brazo.

-¿Será casualidad? -preguntó por fin.

-¿Le parece? En ese caso, más que casualidad es un milagro. ¿Pegaso en Yorkshire y en el Gojam? ¿Puede ser?

-Es absurdo. El camión que las atacó era robado...

-¿De veras? ¿Estamos seguros?

-Si no lo cree, dígame qué piensa.

-Si usted planificara un asesinato, ¿confiaría en poder robar un camión estacionado convenientemente en un café de la ruta?

Meneó la cabeza:

-Siga.

-Supongamos que hizo que le dejaran el camión ahí, y que el conductor denunciara el robo, pero dándole tiempo para sacarle una buena ventaja a la policía.

-Puede ser -dijo sin entusiasmo.

-Evidentemente, el que asesinó a Duraid y trató dos veces de matarme a mí tiene muchos recursos. Puede hacer planes en Egipto e Inglaterra. Además, tiene el séptimo papiro juntamente con todas las notas, apuntes y traducciones que indican claramente este lugar en el río Abbay. Supongamos que controla una empresa como Pegaso: ¿qué le impide venir a Etiopía, a este preciso lugar, como nosotros?

Nicholas meditó durante varios minutos. Tomó una piedra que encontró a su lado y la arrojó al vacío. La vieron caer, volviéndose cada vez más pequeña, hasta que desapareció muy abajo de ellos en medio de los velos de espuma.

Bruscamente, Nicholas se paró y le dio una mano para ayudarla.

-Vamos -dijo.

-¿A dónde?

-Al campamento de Pegaso. Vamos a conversar con el capataz.

Boris protestó y corrió a detenerlo cuando Nicholas encendió el motor del Toyota.

-¿Adónde mierda va?

-A pasear. -Nicholas soltó el embrague.

-Volvemos en una hora.

-Oiga, inglés, es mi camioneta. -Corrió para alcanzarlo, pero Nicholas aceleró y se alejó.

-Después me lo cobra -exclamó, sonriéndole en el espejo retrovisor.

Llegaron al cartel, doblaron y siguieron el camino lateral sobre la cresta. Al otro lado

estaba el campamento de Pegaso. Nicholas detuvo el vehículo en lo alto de la cresta, y estudiaron la escena en silencio.

Habían desmontado y nivelado un terreno de unas cuatro hectáreas cerrándolo con alambre de púas. Había un solo portón y estaba cerrado. Tres enormes camiones Diesel pintados de verde y rojo estaban estacionados en fila junto al alambrado. Había varios vehículos menores y un aparejo móvil de perforación. El resto de la playa estaba lleno de aparatos de prospección y provisiones. Había pilas de barrenos de perforación y camisas de acero, cajones de madera llenos de repuestos, así como centenares de barriles de gasoil, aceite y barro de perforación. Los barriles y demás provisiones estaban apilados con una prolijidad y orden que contrastaba con el paisaje salvaje y rocoso. Más allá del portón se extendía una aldea de una decena de edificios de láminas corrugadas, tipo Quonset. Estaban alineados con precisión militar a lo largo de una calle.

-Una unidad grande y bien organizada -comentó Nicholas-. Bajemos a ver quién está a cargo.

Dos hombres armados, vestidos con el uniforme camuflado del ejército etíope, montaban guardia en el portón. Los sorprendió el arribo del Land Cruiser desconocido, y cuando Nicholas tocó bocina uno de ellos se acercó cautelosamente, con el AK-47 en posición de disparar.

-Quiero hablar con el capataz -dijo Nicholas en árabe y en un tono de altiva autoridad que desconcertó al centinela.

El soldado gruñó, volvió para conferenciar con su camarada, luego tomó el micrófono de la radio y habló muy serio. Cinco minutos después, se abrió la puerta del edificio Quonset más cercano y apareció un hombre blanco.

Vestía overol caqui y gorra blanda de monte. Se cubría los ojos con anteojos espejados, su cara estaba curtida y surcada por arrugas. Su cuerpo era menudo pero fuerte y llevaba la camisa arremangada para mostrar brazos peludos, robustecidos por el trabajo. Después de hablar con los centinelas se acercó al Toyota.

-¿Sí? ¿Qué pasa acá? -preguntó con una inconfundible tonada tejana. Sus labios sotenían la colilla de un cigarro apagado.

-Me llamo Quenton-Harper. -Nicholas salió a su encuentro y extendió el brazo-. Nicholas Quenton-Harper. Mucho gusto.

El norteamericano vaciló y tomó la mano como si fuera una anguila eléctrica.

-Helm -dijo-. Jake Helm, de Abilene, Texas. Soy el capataz. -Su mano era la de un obrero, con la palma callosa, cicatrices en los nudillos y medialunas de grasa negra bajo las uñas.

-Perdóneme si le causo algún problema. Se me para la camioneta. Pensé que permitiría que su mecánico le eche una mirada. -Nicholas le ofreció su sonrisa más seductora, pero el hombre lo rechazó.

-No se puede. Orden de la empresa -dijo, meneando la cabeza.

-Le pagaré lo que sea...

-Oiga, compañero, le dije que no. -Jake tomó el cigarro y lo estudió minuciosamente.

-La empresa... Pegaso. ¿Podría darme la dirección de la casa matriz y el nombre del director ejecutivo?

-Estoy ocupado. No me haga perder el tiempo. -Se llevó el cigarro a la boca y se volvió para alejarse.

-Vine aquí a cazar durante las próximas semanas. No quisiera herir a alguno de sus hombres con una bala perdida. ¿Podría decirme por dónde andarán?

-Esta es una empresa de prospección, viejo. No doy aviso sobre mis movimientos. ¡Fuera!

Dio media vuelta, fue hacia el portón, dio órdenes perentorias a los centinelas y volvió a su oficina.

-Hay una antena satelital en el techo -dijo Nicholas-. ¿Con quién hablará nuestro amigo Jake en este preciso instante? -¿Con alguien en Texas?

-Tal vez sí o tal vez no. Pegaso parece ser una multinacional. Que Jake sea tejano no significa que su patrón también lo sea. Una conversación poco fructífera, lamentablemente. -Encendió el motor del Toyota y giró en redondo. -Pero si alguien en Pegaso es el malo de la película, reconocerá mi nombre. Hemos dado aviso de nuestro arribo. Veamos qué clase de perdiz levantamos del monte.

Al volver a los saltos del río Dandera vieron que el camión de Boris había llegado, las carpas estaban instaladas y el cocinero les había preparado el té. Boris, menos cordial que su cocinero, mantenía un silencio hosco mientras Nicholas trataba de apaciguarlo por haber usado su camioneta sin permiso. Pero el primer trago de vodka de la tarde lo ablandó lo suficiente para que volviera a dirigirles la palabra.

-Las mulas ya deberían haber llegado. Esta gente no conoce la importancia del tiempo. Sin los animales no podemos bajar a la quebrada.

-Bueno, mientras esperamos tendré la oportunidad de ajustar la mira de mi fusil -dijo Nicholas con resignación. En

África, lo único que se consigue con impaciencia es alterarse los nervios.

A la mañana siguiente, después de desayunar sin prisa y al no haber señales de las mulas, Nicholas abrió el estuche de su fusil. Apenas lo sacó de su nido de bayeta, Boris lo tomó y lo estudió minuciosamente.

-¿Un fusil viejo?

-De 1926 -asintió Nicholas-. Mi abuelo lo mandó fabricar.

-En esa época sabían hacer las cosas bien. No es como la mierda producida en serie de hoy en día. -Boris frunció los labios, absorto.

-Mauser Oberndorf corto con mecanismo de corredera. ¡Qué belleza! Pero le cambiaron el caño, ¿no?

-Sí, el caño original se fundió. Lo cambié por un Shilen. Le arranca las alas a un mosquito a cien pasos.

-Calibre siete por cincuenta y siete, ¿no? -dijo Boris.

-Rigby dos cincuenta y siete -replicó Nicholas. Boris resopló.

-Es exactamente el mismo proyectil... los malditos ingleses tenían que ponerle un nombre distinto. -Sonrió. -Lanza un proyectil de ciento cincuenta granos a novecientos metros por segundo. Es un buen fusil, uno de los mejores.

-Viejo, no puedo expresarle cuánto aprecio su buena opinión -murmuró Nicholas en inglés, y Boris rió al devolverle el fusil.

-¡Chistes ingleses! ¡Me fascina el humor inglés!

Cuando Nicholas se alejó del campamento con el pequeño fusil en la funda, Royan lo siguió hasta la orilla del río y le ayudó a llenar dos pequeñas bolsas de lona con arena blanca. Las colocó sobre una roca de altura apropiada donde formaron una base firme pero maleable para apoyar el fusil.

Eligió una ladera despejada como telón de fondo, se alejó doscientos metros y a esa distancia colocó un cartón al cual había sujetado un blanco de competencia. Volvió a donde lo esperaba Royan y se acomodó detrás de la roca.

La sobresaltó el estampido de ese fusil delicado, de aspecto casi femenino. Le zumbaron los oídos.

-¡Es algo horrible y perverso! -exclamó-. No entiendo cómo es capaz de matar animales hermosos con esa escopeta tan potente.

-Es un fusil -respondió mientras estudiaba el impacto a través de sus largavistas-. ¿Se sentiría mejor si los matara con un fusil menos potente o a palazos?

Había hecho impacto seis centímetros a la derecha y cuatro centímetros debajo del

blanco. Mientras ajustaba la mira telescópica, trató de explicarse.

-La ética obliga al cazador a hacer todos los esfuerzos para matar a la presa rápidamente y con el menor sufrimiento. Eso significa que debe acercarse lo más posible, usar un arma de potencia adecuada y apuntar con toda la destreza de que es capaz.

El disparo siguiente dio en la vertical y dos centímetros arriba del blanco. A esa distancia quería hacer impacto seis centímetros arriba. Volvió a ajustar la mira.

-Escopeta o fusil, da lo mismo. No entiendo qué lo impulsa a matar deliberadamente las criaturas de Dios.

-Eso no lo puedo explicar. -Apuntó cuidadosamente y disparó una vez. Le bastó la potencia reducida de la mira para ver que había hecho impacto exactamente donde quería.

-Tiene que ver con un impulso atávico que pocos hombres, por civilizados o cultos que crean ser, pueden reprimir del todo. -Disparó otra vez. -Algunos le dan rienda suelta en la sala del directorio, otros en el campo de golfo la cancha de tenis; otros, y me incluyo, en un río correntoso, bajo el mar o en un campo de caza.

Disparó una vez más para cerciorarse.

-Y Dios hizo las criaturas, pero también nos las dio. Usted es creyente. Recuerde Hechos 10, versículos 12 y 13.

-Lo siento. ¿Qué dice?

-"De todos cuadrúpedos terrestres y reptiles y aves del cielo -citó Nicholas-. Y le llegó una voz: Levántate, Pedro, mata Y come."

-Debería ser abogado -gimió con fingida desesperación.

-O cura -dijo él, y fue en busca del blanco. Los tres últimos disparos formaban una diminuta roseta simétrica a seis centímetros por encima del centro del blanco. Los tres orificios estaban muy juntos.

Palmeó la culata del fusil.

-Mi preciosa Lucrezia Borgia, -murmuró. Así lo llamaba por su belleza y su poder asesino.

Introdujo el arma en la funda de cuero y volvieron. Al ver el campamento, Nicholas se detuvo bruscamente:

-Tenemos visitas -dijo, y alzó los largavistas-. ¡Ajá! Vea caos qué salió de la maleza. Allá hay un camión de Pegaso y, si no me equivoco, uno de nuestros huéspedes es ese tejano tan amable. Vamos a ver qué pasa.

Al acercarse al campamento, vieron más de una decena de soldados armados y uniformados en torno del camión rojo y verde. Sentados bajo el toldo de la carpa comedor, Jake Helm y un oficial del ejército etíope conversaban absortos con Boris.

Apenas entraron a la carpa, Boris presentó al oficial etíope, que llevaba anteojos:

-El coronel Tuma Nogo, comandante militar del Gojam austral.

-Es un placer -dijo Nicholas, pero el coronel pasó por alto la cordialidad.

-Su pasaporte y su permiso para portar armas -ordenó con soberbia ante la mirada complacida de Jake Helm, que mordisqueaba la colilla maloliente de un cigarro apagado.

-Cómo no -dijo Nicholas, y fue a su carpa en busca de su portafolio. Lo abrió sobre la mesa y sonrió. -Seguramente también querrá ver mi carta de presentación del secretario de Relaciones Exteriores británico en Londres y ésta del embajador británico en Addis Abeba. Ah, y aquí tengo otra del embajador etíope ante la corte de Su Majestad Británica, y esta firman es de su ministro de Defensa, general Siye Abraha.

Consternado, el coronel estudió la ensalada de floridos membretes oficiales y sellos escarlatas con cintas. Su mirada era perpleja detrás de los anteojos de marco dorado.

-¡Señor! -Se paró de un salto y le hizo la venia. -¿Es amigo del general Abraha? No lo sabía. Nadie me informó. Le pido disculpas por la invasión.

Hizo otra venia. Su confusión lo volvía torpe.

-Sólo vine a decirle que la compañía Pegaso está realizando perforaciones y trabajando con explosivos. Puede haber peligro. Por favor, tenga cuidado. También hay muchos bandidos y forajidos, shufta en la región. -En su nerviosismo, el coronel Nogo se volvía incoherente.

Tomó aliento para recuperarse. -Sucede que me han pedido que proporcione una escolta a los empleados de la compañía Pegaso. Si usted tiene algún problema durante su permanencia aquí o si necesita ayuda por cualquier motivo, no vacile en llamarme, señor.

-Es usted muy amable, coronel.

-No ocuparé más su tiempo, señor. -Después de la tercera venia retrocedió hacia el camión llevando a la rastra al capataz tejano. Durante todo ese tiempo Jake Helm no había abierto la boca, y se retiró sin despedirse.

Cuando el camión se puso en marcha, el coronel Nogo hizo su cuarta y última venia desde la cabina.

-¡Vaya! -le comentó Nicholas a Royan mientras despedía al coronel con un gesto indiferente-. Parece que el primer tanto es nuestro. Ahora sabemos que, por las razones que sean, el señor Pegaso no quiere vernos en su zona de operaciones. Creo que su próximo saque no se hará esperar.

Volvieron a la carpa comedor donde los esperaba Boris. -Ahora sólo faltan sus mulas -dijo Nicholas.

-Envié a tres hombres a la aldea. Deberían haber vuelto ayer.

A primera hora de la mañana llegaron las mulas, seis animales grandes y robustos, cada uno con un mulero vestido con las típicas bombachas y el chal. A media mañana terminaron de cargar los animales e iniciaron el descenso a la quebrada.

En la cabecera de la senda, Boris se detuvo un instante a contemplar el valle. También él parecía cohibido e intimidado por la inmensidad de la caída y el esplendor salvaje de la quebrada.

-Entrarán en otra tierra y otra época -dijo en tono desusadamente filosófico-. Dicen que esta senda tiene dos mil años. Es tan antigua como Cristo. -Alzó las manos con gesto desdeñoso. -El viejo cura negro de la iglesia de Debra Maryam les dirá que la Virgen María pasó por aquí cuando huyó de Israel después de la crucifixión. -Meneó la cabeza. -La gente de aquí cree cualquier cosa. -Dio el primer paso por la senda.

Ésta corría hacia el precipicio en un ángulo agudo. Se descendía por unos escalones tan abruptos que a cada paso se estiraban los tendones de la ingle y las rodillas y el golpe repercutía en la base de la columna. En los tramos más empinados se veían obligados a usar las manos como si descendieran por una escalera vertical.

Parecía imposible que las mulas pudieran bajar por ahí con sus bultos pesados. Los valientes animales se lanzaban de cada escalón de piedra, caían pesadamente sobre sus patas delanteras y se preparaban para el salto siguiente. La senda era tan estrecha que los abultados fardos rozaban la pared de roca mientras, del otro lado, el abismo ávido parecía chuparlos.

Cuando la senda giraba en ángulo cerrado para cambiar de dirección, las mulas no podían tomar la curva de una sola vez. Tenían que avanzar y retroceder, bordeando la pared, sudando de pavor y revoleando los ojos hasta tenerlos en blanco, mientras los muleros las espoleaban con chillidos y latigazos.

En algunos tramos la senda penetraba en la mole de la montaña detrás de protuberancias y agujas que el tiempo y la erosión habían tallado en la cara del precipicio. Estas puertas eran tan estrechas, que los muleros debían descargar las mulas, transportar ellos mismos los fardos y luego volver a cargarlas.

-¡Miren! -exclamó Royan con asombro, y señaló al vacío. Un buitre negro se alzó de las profundidades con las alas extendidas y se deslizó frente a ellos casi al alcance de la mano. Volvió su grotesca cabeza de carunculada piel rosa y los miró con sus inescrutables ojos negros antes de alejarse.

-Se alza sobre las corrientes térmicas de aire caliente que suben del valle -explicó

Nicholas. Señaló un contrafuerte en la cara del precipicio a la misma altura que la senda: -Ahí está el nido.

Era un montículo irregular de palos apilados sobre una cornisa inaccesible. Los excrementos de las aves que lo habían utilizado a lo largo de tantos años caían en franjas blancas sobre el precipicio, y a pesar de la distancia les llegaban bocanadas de olor a carne podrida.

Durante todo el día bajaron por la senda abrupta tallada en el muro terrible. Avanzada la tarde, cuando estaban a mitad de camino, tras una nueva curva cerrada oyeron el ruido sordo de la catarata. El sonido creció en volumen y se volvió un rugido atronador cuando pasaron un nuevo contrafuerte y se encontraron de cara a la cascada.

El viento generado por el torrente tironeaba de sus cuerpos y los obligaba a aferrarse a la pared. La espuma se arremolinaba a su alrededor y les mojaba las caras alzadas, pero el guía etíope seguía adelante, hasta que en determinado momento pareció que el agua los precipitaría al fondo, que todavía estaba a más de cien metros.

Milagrosamente las aguas se dividieron y les permitieron atravesar la gran cortina translúcida para entrar en un hueco profundo de roca empapada y cubierta de musgo, tallado por la fuerza del agua sobre el precipicio a lo largo de las eras. En ese lugar sombrío la única luz era la que se filtraba a través de la catarata, verde y misteriosa como la de una cueva submarina.

-Pasaremos la noche aquí -dijo Boris. Evidentemente, disfrutaba al ver su asombro. Señaló los fardos de leña en el fondo de la caverna y la pared ennegrecida por el humo sobre el hogar de piedra. -Los muleros que llevan comida y provisiones a los monjes del monasterio usan este lugar desde hace siglos.

A medida que se internaban en la caverna, el ruido de la caída de agua se atenuaba hasta volverse un rugido sordo, y la piedra bajo los pies estaba seca. Una vez que los sirvientes encendieron el fuego, se convirtió en un lugar tibio, cómodo y, por cierto, romántico.

Nicholas, soldado veterano, enseguida buscó el lugar más cómodo donde tender su bolsa de dormir, un rincón cerca del fondo de la caverna. Royan se tendió a su lado como si fuera lo más natural. Agotados por el esfuerzo del descenso por el precipicio, después de la cena se acostaron en sus bolsas a compartir el silencio y contemplar los reflejos de la luz del fuego en el techo.

-¡Qué le parece! -susurró Royan-. Mañana seguiremos las huellas del viejo Taita, nada menos.

-Y no se olvide de la Virgen María -dijo Nicholas con una sonrisa.

-Viejo cínico -suspiró ella-. Y lo peor es que ronca, estoy segura.

-Está a punto de averiguarlo de la peor manera -dijo él, pero ella se durmió antes. Su respiración era suave y regular, apenas audible sobre el ruido del agua. Hacía mucho que no dormía junto a una mujer hermosa. Cuando estuvo seguro de que dormía profundamente, le acarició la mejilla.

-Que sueñes con los angelitos, pequeña -susurró con ternura-. Ha sido un día agotador. -Así solía enviar a la cama a su hija menor.

Los muleros se despertaron mucho antes del amanecer, y reanudaron la marcha apenas hubo luz suficiente para ver la senda. Cuando el sol del alba iluminó los muros superiores del precipicio, aún se hallaban a suficiente altura para tener una vista aérea del terreno. Nicholas y Royan se detuvieron mientras el resto de la caravana continuaba la marcha.

Encontraron un lugar donde sentarse y desplegaron la fotografía satelital. Buscaron los picos y accidentes más destacados para orientarse en el paisaje cataclísmico que se extendía a

sus pies.

-Desde aquí no se ve el río Abbay -dijo Nicholas-. Está en lo más profundo de la garganta inferior. Probablemente lo veremos por primera vez cuando nos encontremos directamente encima de él.

-Si estamos bien orientados, el río tiene dos recodos más allá de ese contrafuerte.

-Sí, y la confluencia del Dandera con el Abbay está allá, debajo de esos acantilados. -Utilizó su pulgar hasta el nudillo para medir la escala. -Un poco más de veinte kilómetros de aquí.

-Da la impresión de que el curso del Dandera cambió varias veces a lo largo del tiempo. Veo dos hondonadas que parecen lechos antiguos. -Señaló: -Allá y allá. Ahora están llenas de maleza. -Parecía deprimida: -¡Ay, Nicholas, es un área tan grande y confusa! No veo cómo haremos para encontrar la única entrada de la tumba oculta en esa maraña.

-¿Tumba? ¿Qué es eso de una tumba? -preguntó Boris con interés. Había remontado la cuesta en su busca y ellos no lo habían oído. Los miraba desde arriba.

-¿De qué tumba hablan?

-La de San Frumencio. ¿Qué otra? -dijo Nicholas, sin demostrar la menor consternación.

-El monasterio está consagrado a ese santo, ¿no? -añadió rápidamente Royan mientras enrollaba la foto.

-Da. -Parecía decepcionado, como si hubiera esperado oír algo más interesante. -San Frumencio, sí. Pero no se puede visitar la tumba ni la parte más recóndita del monasterio. Sólo los sacerdotes pueden pasar.

Se quitó la gorra y se rascó las cerdas cortas y duras que cubrían su cráneo. Raspaban sus dedos como alambres.

-Esta semana es la ceremonia de Timkat, la Bendición del Tabot. Habrá mucha agitación allá abajo. Será muy interesante, pero no podrá ingresar al sanctasanctórum ni ver la tumba en sí. No conozco a ningún hombre blanco que la haya visto. -Entrecerró los ojos y alzó la vista hacia el Sol: -Debemos seguir. Aunque parece cercano, tardaremos dos días más en llegar al Abbay. Es una marcha larga, incluso para un gran cazador de dik-dik.

-Encantado por su chiste, rió y se alejó por la senda.

Hacia el fondo del precipicio, la inclinación se volvía menos abrupta y los escalones más playos y separados. El paso era menos penoso y más rápido, pero la calidad y el sabor del aire habían cambiado. Ya no era el aire fresco y estimulante de la montaña sino el aire lánguido y deprimente del ecuador, con el aroma y el sabor de la selva cercana.

-¡Qué calor! -dijo Royan, quitándose el chal.

-Por lo menos diez grados más -asintió Nicholas. Se quitó el viejo buzo militar y el pelo ondulado le quedó todo revuelto. Y hará más calor antes de llegar al Abbay. Todavía debemos descender mil metros.

Ese tramo de la senda seguía el curso del río Dandera. A veces se encontraban a decenas de metros por encima del agua y poco después debían vadearlo, hundidos hasta la cintura y aferrados a los arreos de las mulas para que no los arrastrara la corriente.

Después la quebrada del Dandera se volvió demasiado profunda y abrupta, con precipicios verticales que se hundían en charcos oscuros. Allí la senda se apartaba y se retorcía como una víbora moribunda entre las colinas erosionadas y los altos contrafuertes de piedra roja.

Varios kilómetros más adelante se toparon nuevamente con el río, que para entonces había cambiado de ánimo al atravesar una jungla densa. Las lianas caían sobre el agua y el musgo arbóreo acariciaba sus cabezas al pasar. Monos vervet chillaban en los árboles; sus enormes ojos contemplaban indignados la invasión de seres humanos en esos lugares secretos. Oyeron ruidos de un animal grande en la maleza y Nicholas miró a Boris, quien rió.

-No, inglés, no es dik-dik. Sólo un kudú.

El kudú subió por la ladera y se detuvo a mirarlos. Era un gran macho de amplia cornamenta en espiral, un magnífico ejemplar con melena, papada y orejas como trompetas.

Sus ojos eran grandes, temerosos.

Boris silbó y su actitud cambió bruscamente.

-Casi ciento cincuenta centímetros entre las puntas de los cuernos. Ocuparía uno de los primeros puestos en Rowland Ward. -Se refería al libro de récords de caza mayor, la Biblia de los cazadores. -¿No lo quiere, inglés? -Corrió a la mula más cercana, sacó el fusil Rigby de la funda y se lo ofreció. Nicholas meneó la cabeza.

-Déjelo. Sólo quiero un dik-dik.

El macho agitó el pompón blanco de su cola y desapareció sobre la cresta. Boris bufó y escupió en el agua.

-¿Por qué quería que lo matara? -preguntó Royan cuando reanudaron la marcha.

-La foto de semejante cornamenta sería buena publicidad. Atraería muchos clientes.

Todo el día siguieron la senda tortuosa y al atardecer acamparon en un claro sobre el río donde evidentemente lo habían hecho muchas caravanas. Evidentemente, la travesía estaba dividida en etapas respetadas por todos: se tardaba tres días en llegar al monasterio y los viajeros acampaban en los mismos lugares.

-Lo siento, aquí no hay duchas -dijo Boris a sus clientes-. Si quieren refrescarse, hay un remanso río arriba después del primer recodo.

Royan miró a Nicholas con aire suplicante:

-¡Tengo tanto calor y estoy tan transpirada! ¿No montaría guardia en algún lugar desde donde pueda oírme si lo llamo?.

Entonces se tendió sobre el musgo bajo el recodo, donde no podía verla, pero sí oír sus chillidos al chapotear en el agua fría. En una ocasión al volver la cabeza vio que la corriente la había arrastrado río abajo, porque alcanzó a ver una espalda desnuda y la curva de una nalga, suave y reluciente en el agua. Apartó la vista rápidamente, pero lo sorprendió la intensidad de la excitación provocada por esa visión fugaz de la piel sonrosada bajo la luz del sol del atardecer que se filtraba entre los árboles.

Ella volvió por la orilla, cantando suavemente y secándose el pelo.

-Ahora le toca a usted. ¿Quiere que lo cuide?

-Ya estoy crecidito. -Meneó la cabeza, pero entonces vio la chispa maliciosa en sus ojos y se preguntó si sabía hasta dónde la había arrastrado la corriente y cuánto había visto él. La idea era excitante.

Fue hasta el remanso, se desnudó y sintió un aguijonazo de culpa al ver cuánto lo había excitado. Después de la muerte de Rosalind, ninguna mujer lo había conmovido hasta tal grado.

-Un buen chapuzón frío no te hará nada mal, viejo. -Arrojó los vaqueros sobre un arbusto y se zambulló.

Estaban sentados alrededor del fuego después de la cena, cuando Nicholas alzó la cabeza, sorprendido. -¿Es mi imaginación? -se preguntó en voz alta, y Tessay rió.

-No, oye voces que cantan. Los sacerdotes del monasterio vienen a darnos la bienvenida.

Entonces vieron la procesión que llegaba por la senda, iluminada por antorchas que parpadeaban entre los árboles. Los muleros y los sirvientes se adelantaron al encuentro de la delegación, cantando y dando palmas rítmicamente.

Las graves voces masculinas se alzaron, descendieron hasta un susurro y se alzaron nuevamente en contrapunto, bellas y misteriosas, el sonido del África nocturna. Nicholas se estremeció al sentir escalofríos en la espalda.

Entonces aparecieron las túnicas blancas de los sacerdotes, revoloteando como mariposas nocturnas a la luz de las antorchas. Los sirvientes se arrodillaron cuando los

primeros sacerdotes entraron en el campamento. Eran los acólitos, descubiertos y descalzos. Los siguieron los monjes de largas túnicas y turbantes altos. Sus filas se apartaron para formar una guardia de honor a la falange de diáconos y sacerdotes enfundados en sotanas bordadas con colores chillones.

Cada uno llevaba una pesada cruz copta enchapada y delicadamente labrada en plata nativa sujeta a un báculo. Estos a su vez formaron dos filas para que el palanquín con dosel transportado por cuatro acólitos robustos llegara al centro del campamento. Las cortinas de seda carmesí y amarilla relucían a la luz de las linternas del campamento y las antorchas de la procesión.

-Debemos adelantarnos a saludar al abad -susurró Boris a Nicholas en un aparte-. Se llama Jali Hora.

Cuando se acercaron al palanquín, se apartaron ostentosamente las cortinas y un hombre alto bajó a tierra.

Tessay y Royan se arrodillaron respetuosamente, las manos sobre el pecho. Nicholas y Boris permanecieron de pie, y el primero miró al abad con curiosidad.

Jali Hora era flaco como un esqueleto. Sus piernas asomaban bajo la sotana como hebras de tabaco, negras como la pez y retorcidas, con tendones desecados y músculos flacos. Su sotana era verde y dorada con un bordado de hilo de oro que brillaba a la luz del fuego. Llevaba un tocado alto con la parte superior plana y bordada con cruces y estrellas.

La cara del abad era negra como el hollín, con la piel curtida y surcada por las profundas arrugas de la edad avanzada. Detrás de los labios fruncidos, los escasos dientes eran amarillentos y torcidos. Su barba era de un resplandeciente color plateado y cubría como una espuma los viejos huesos de la mandíbula. Un ojo era azul opaco, cegado por la oftalmia tropical, pero el otro brillaba como el de un leopardo al acecho.

Empezó a hablar con voz aguda y temblorosa.

-Una bendición -susurró Boris a Nicholas, y ambos inclinaron la cabeza respetuosamente. Cada vez que el viejo hacía una pausa, el coro de sacerdotes salmodiaba la respuesta.

A' continuación, Jali Hora hizo la señal de la cruz cuatro veces, girando lentamente hacia cada punto cardinal, mientras dos monaguillos agitaban vigorosamente los incensarios de plata para inundar el aire nocturno con nubes de humo acre.

Después de la bendición, las dos mujeres se arrodillaron a los pies del abad. El se inclinó y les rozó las mejillas con su cruz mientras las bendecía con su voz en falsete.

-Dicen que el viejo tiene más de cien años -susurró Boris.

Dos debteras de túnicas blancas trajeron un taburete de ébano africano, una talla tan hermosa que despertó la codicia de Nicholas. Calculó que tendría más de dos siglos de antigüedad y hubiera sido un hermoso agregado a la colección del museo. Los debteras tomaron a Jali Hora por los codos y lo ayudaron a sentarse. Los demás se sentaron sobre la tierra a su alrededor y volvieron las caras hacia él.

Tessay se sentó a sus pies y tradujo las palabras de Boris al amhárico.

-Es un gran placer y un honor volver a saludarlo, Santo Padre. -Aguardó el asentimiento del anciano y prosiguió: -He traído a un noble inglés de sangre real a conocer el monasterio de San Frumencio.

-Oiga, un momento, viejo -exclamó Nicholas, pero la congregación se había vuelto hacia él y lo miraba con interés-. ¿Y ahora qué hago? -susurró casi sin mover los labios.

¿Por qué cree que se molestó en venir hasta aquí? -dijo Boris con una sonrisa maliciosa-. Quiere un regalo. Dinero.

-¿Dólares de Maria Theresa? -preguntó. Era la moneda tradicional de Etiopía desde hacía varios siglos.

-No me parece. Los tiempos han cambiado. Creo que a Jali Hora no le disgustarán unos billetes verdes yanquis.

-¿Cuánto?

-Usted es un noble de sangre real. Quiere cazar en su valle. Quinientos dólares, por lo

menos.

Nicholas hizo una mueca de desagrado y fue a buscar su bolso en uno de los fardos traídos a lomo de mula. Cuando volvió, hizo una reverencia al abad y puso el fajo de billetes en su garra abierta de palma rosada. El abad mostró los restos amarillentos de sus dientes en una sonrisa y dijo unas palabras.

-Dice, bienvenido al monasterio de San Frumencio y a la festividad del Timkat -tradujo Tessay-. Le desea buena caza en las márgenes del río Abbay.

Al instante se disipó el aire solemne de la congregación devota. Hubo risas y sonrisas, y el abad miró a Boris con avidez.

-El santo abad dice que tiene sed después de su viaje -tradujo Tessay.

Al viejo demonio le gusta el brandy -dijo Boris, y dio una orden al mayordomo del campamento. Trajeron una botella de brandy y la colocaron ceremoniosamente sobre la mesa de campaña junto con otra de vodka para Boris. Chocaron las copas y él echó la cabeza atrás para vaciar la suya de un trago. Su ojo sano estaba lleno de lágrimas y su voz era ronca al hacerle una pregunta a Royan.

-Pregunta a usted, Woizero Royan: ¿de dónde vienes, hija mía, que sigues el camino verdadero de Cristo el Salvador del hombre?

-Soy egipcia, de la vieja religión -dijo Royan. El abad y sus sacerdotes sonrieron encantados.

-Los egipcios y los etíopes somos hermanos y hermanas en Cristo -declaró el abad-. La misma palabra copto viene de un término griego que significa egipcio. Durante más de dieciséis siglos el Abuna, el obispo de Etiopía, era elegido por el patriarca de El Cairo. El emperador Haile Selassie cambió esa costumbre en 1959, pero aun así seguimos el camino verdadero hacia Cristo. Eres bienvenida, hija mía.

El debtera le sirvió otra copa de brandy, que el viejo vació de un trago. Boris parecía impresionado.

-¿Dónde se lo mete ese viejo cabrón negro? -preguntó en voz alta. Tessay no tradujo la frase, pero su rostro de madona reveló cuánto la había herido el insulto a Su Santidad.

Jali Hora se volvió hacia Nicholas.

-Quiere saber qué clase de animales ha venido a cazar en su valle.

Nicholas tomó aliento y respondió cautelosamente. Tras un largo silencio incrédulo, el abad soltó una risa aguda y de la congregación de monjes se alzó un coro de carcajadas.

-¡Un dik-dik! ¡Ha venido a cazar un dik-dik! Pero un animal tan pequeño no tiene carne.

Nicholas esperó a que pasaran las risas. Luego tomó una fotografía del ejemplar de Moquoda harperii embalsamado en el museo y la puso sobre la mesa frente a Jali Hora.

-Este no es un dik-dik cualquiera. Es un dik-dik sagrado -dijo en tono pomposo, e indicó a Tessay que tradujera-. Permítame relatar la leyenda.

La perspectiva de escuchar un buen relato con un fondo religioso los hizo callar. El mismo abad, a punto de beber otro trago, dejó la copa llena sobre la mesa. Su único ojo pasó de la fotografía sobre la mesa a la cara de Nicholas.

-Cuando Juan el Bautista moría de hambre en el desierto -empezó éste, y algunos sacerdotes se persignaron al escuchar el nombre del santo-, hacía treinta días y treinta noches que no probaba bocado... -Para alargar la historia, Nicholas se explayó en los sufrimientos que el ayuno causaba al Bautista, detalles apreciados por un auditorio al que le complacía que sus santos sufrieran por la Fe.

-Finalmente, el Señor se apiadó de su siervo y colocó un pequeño antílope en un matorral de acacias, sujeto por los cuernos. Le dijo al santo: "He preparado alimento para ti a fin de que no mueras. Toma esta carne y come." Allí donde Juan el Bautista tocó la pequeña criatura, las marcas de su pulgar y sus dedos quedaron impresas en su lomo para todos los tiempos futuros y todas las generaciones. -Lo escuchaban en respetuoso silencio. Nicholas entregó la fotografía al abad: -Vea las marcas de los dedos del santo.

El anciano estudió la foto con avidez, la alzó a su ojo sano, y finalmente exclamó:

Es verdad. Las marcas de los dedos del santo se ven con claridad.

Entregó la foto a sus diáconos. Alentados por la confirmación del abad, todos exclamaron asombrados al ver el retrato de la insignificante criatura de piel rayada.

-¿Alguno de ustedes ha visto este animal? -preguntó Nicholas. Uno tras otro menearon la cabeza. Después de recorrer el círculo de los monjes, la foto pasó a los acólitos acuclillados.

Bruscamente uno de ellos se paró de un salto y se puso a bailar, agitando la foto y chillando con entusiasmo:

-¡He visto esta santa criatura! Con mis propios ojos la he visto. -Era un jovencito, apenas un adolescente.

Los demás respondieron con gritos incrédulos y sarcásticos. Uno le arrancó la foto de la mano y la agitó en el aire mientras se mofaba de él.

-Este niño está mal de la cabeza. A veces lo poseen los demonios y sufre ataques -dijo Jali Hora con tristeza-. No le hagan caso, ¡pobre Tamre!

Con ojos enloquecidos, Tamre trataba desesperadamente de recuperar la foto, pero los acólitos fingían entregársela y la pasaban de unos a otros, se mofaban de él y reían de sus payasadas.

Nicholas se paró para intervenir, molesto porque se burlaban de un débil mental, pero en ese momento algo cedió en la mente del chico, que cayó como derribado por un garrotazo. Su espalda se arqueó, sus miembros empezaron a temblar convulsivamente, sus ojos rodaron hasta quedar completamente en blanco y espumarajos blancos cubrieron sus labios abiertos en un rictus.

Antes de que Nicholas pudiera socorrerlo, cuatro de sus camaradas lo alzaron y se lo llevaron, entre risas que desaparecían en la noche. Los demás contemplaban la escena como si no sucediera nada fuera de lo común, y Jali Hora indicó a su debtera que volviera a llenarle la copa.

Avanzaba la noche cuando Jali Hora se despidió e indicó a sus diáconos que lo llevaran al palanquín. Una de sus manos flacas y huesudas como garras aferraba la botella medio vacía, mientras con la otra impartía bendiciones a diestra y siniestra.

-Le causó buena impresión, milord inglés -dijo Boris-. Le encantó la historia de Juan el Bautista, pero más aún su dinero.

A la mañana siguiente reanudaron el camino, que durante un breve tramo seguía el curso del río. Pero antes de recorrer dos kilómetros más, las aguas se volvieron nuevamente torrentosas, atravesaron una brecha angosta entre altos precipicios rojos y formaron una nueva catarata.

Nicholas se apartó de la senda trillada para bajar hasta el borde de la catarata. Unos setenta metros más abajo aparecía una brecha apenas lo suficientemente ancha para dar paso al agua embravecida. Era tan angosta que se podía arrojar una piedra de un lado al otro. En ese abismo no había senda ni lugar donde apoyar un pie. Volvió a reunirse con la caravana que se apartaba del río para hundirse en un valle boscoso.

-Este debía de ser el lecho del Dandera antes de que se abriera paso en la roca. -Royan señaló el terreno alto a cada lado de la senda y los inmensos cantos rodados erosionados por el agua.

-Creo que tiene razón -asintió Nicholas-. Diría que en estos precipicios hay una intrusión de piedra caliza en el basalto y la arenisca. Toda la región está llena de fallas provocadas por la erosión y el cambio constante de curso del río. No cabe duda de que esos acantilados de piedra caliza están acribillados de cuevas y arroyos.

La senda bajaba abruptamente hacia el Nilo Azul; en pocos kilómetros se produciría un descenso de casi quinientos metros. Las laderas del valle estaban cubiertas por una vegetación

Librodot

densa; de la piedra caliza surgían muchos arroyuelos que se deslizaban por el lecho antiguo del río.

A medida que bajaban, subía la temperatura y en poco tiempo la camisa caqui de Royan mostró manchas oscuras de sudor entre los omóplatos.

En determinado tramo, una corriente de agua clara surgía de un bosquecillo tupido en lo alto de la ladera y se sumaba al caudal del arroyo para convertirlo en un verdadero riachuelo. Luego doblaron una curva y vieron que se unía al cauce principal del Dandera, al cual se acercaba nuevamente la senda. Al mirar atrás a la quebrada, contemplaron el lugar de donde el río resurgía de la roca a través de un arco estrecho en el acantilado. La roca que rodeaba la brecha, de un extraño color rosado, era tersa y pulida y estaba replegada sobre sí misma de modo que parecía la membrana mucosa de la cara interior de un par de labios humanos.

El color y la textura de la roca eran asombrosos. Se detuvieron a estudiarla mientras las mulas seguían la marcha descendente; los ruidos de sus cascos y las voces de los hombres despertaban extraños ecos y reverberaciones en ese lugar estrecho de aspecto extraterrenal.

-Parece una gárgola monstruosa que vierte agua por la boca -susurró Royan mientras contemplaba la brecha y las extrañas formaciones rocosas. Me imagino cuánto habría afectado este lugar a los egipcios antiguos encabezados por Taita y el príncipe Memnon. ¡Qué connotaciones místicas habrían atribuido a este fenómeno natural!

Nicholas escrutaba su rostro en silencio. La mirada de sus ojos oscuros era reverente, su expresión solemne. En ese marco se parecía muchísimo a un retrato que conservaba en su colección en Quenton Park. Era el fragmento de un fresco del Valle de los Reyes que mostraba una princesa ramésida.

"¿Qué te sorprende?", se preguntó. "Si por sus venas corre la misma sangre."

Se volvió hacia él:

-Déme una esperanza, Nicky. Dígame que no lo he soñado. Dígame que encontraremos lo que vinimos a buscar y vengaremos la muerte de Duraid.

Su rostro vuelto hacía él parecía resplandecer con la pátina de la transpiración y la fuerza de su voluntad. Lo embargó un deseo casi irrefrenable de abrazarla, de besar esos labios húmedos, apenas separados, pero le dio la espalda y reanudó el camino.

No se atrevió a mirarla hasta que sintió que había recuperado el dominio de sí. Después de unos minutos oyó su paso ligero y ágil en las rocas detrás de él. Siguieron en silencio y él estaba tan preocupado que el paisaje sobrecogedor que apareció bruscamente ante su vista lo tomó por sorpresa.

Se encontraban en una cornisa alta sobre la quebrada inferior del Nilo. A sus pies se abría una gran caldera de roca roja, de unos ciento treinta metros de profundidad. El cauce principal del río legendario caía en un torrente verde a las sombras del abismo. Era tan profundo que no lo alcanzaba la luz del Sol. A su lado caían las aguas menos caudalosas del Dandera, blancas como la pluma de la garceta, desviadas y agitadas por el viento falso de la quebrada. Las aguas se mezclaban en lo profundo del abismo, revueltas y agitadas en un torbellino de espuma, girando como una gran rueda, pesadas y viscosas como el aceite, hasta que encontraban la brecha de salida y la atravesaban con fuerza y poder irresistibles.

-¿Ustedes navegaron por ahí en un bote? -preguntó Royan con voz asombrada.

-Éramos jóvenes e irresponsables -dijo Nicholas con una sonrisita triste en la que campeaban viejos recuerdos. Contemplaron la escena en silencio durante un largo rato.

-Es fácil ver cómo esto hubiera detenido a Taita y su príncipe al remontar el río -dijo Royan. Miró alrededor y señaló la quebrada hacia el oeste. -Es evidente que no podían avanzar por la quebrada inferior. Habrán seguido el borde de los acantilados, justamente donde nos encontramos ahora. -Su voz se estremeció de emoción.

-Salvo que vinieran por la otra margen del río -dijo Nicholas para tomarle el pelo, y al instante vio la decepción en su rostro.

-No se me había ocurrido. Claro que pudo ser. ¿Cómo haremos para cruzar el río si no encontramos indicios de este lado?

-Pensaremos en eso cuando las circunstancias nos obliguen a hacerlo. Tal como están

las cosas, tenemos bastantes problemas sin buscarnos dificultades adicionales.

Callaron nuevamente; ambos pensaban en la magnitud e incertidumbre de la tarea que habían emprendido. Royan se estremeció como si despertara de un sueño.

-¿Dónde está el monasterio? No veo señales de él.

-En el precipicio bajo nuestros pies.

-¿Acamparemos allá?

-Lo dudo. Alcancemos a Boris, a ver cuáles son sus intenciones.

-Siguieron la senda junto al borde de la caldera y alcanzaron la caravana en una bifurcación. Una rama se apartaba del río hacia una depresión llena de vegetación mientras la seguía por el borde del precipicio.

Boris los esperaba y señaló la primera:

-Hay un buen lugar donde acampar entre los árboles. Estuve ahí la última vez que vine de caza.

Varias higueras salvajes echaban sombra sobre el claro y en un extremo había una vertiente de agua potable. Boris había dejado atrás las carpas para alivianar la carga de las mulas. Por eso ordenó a sus hombres que construyeran tres chozas de barro con techo de paja y cavaran una letrina lejos de la vertiente.

Mientras tanto, Nicholas fue con Royan y Tessay a conocer el monasterio. Volvieron a la bifurcación y Tessay los condujo por la senda superior hasta una amplia escalinata de piedra que descendía por el precipicio.

Un grupo de monjes de sotana blanca subía por la escalera. Tessay se detuvo a conversar con ellos.

-Hoy es Katera, la víspera de la festividad del Timkat, que comienza mañana -dijo luego a Royan y Nicholas-. Están muy excitados. Es una de las festividades más importantes del calendario religioso.

-¿Qué festejan? -preguntó Royan-. Esta festividad no está en el calendario de la Iglesia egipcia.

-Es la epifanía etíope, que celebra el bautismo de Cristo -informó Tessay-. Durante la ceremonia llevan el tabot al río para consagrarlo y vivificarlo, y se bautiza a los acólitos tal como Juan bautizó a Cristo.

Bajaron la escalinata tallada en la cara vertical del precipicio. Los escalones estaban gastados por el paso de pies descalzos a lo largo de los siglos. Cientos de metros más abajo la gran caldera del Nilo hervía y lanzaba nubes de espuma.

Entonces llegaron a una amplia terraza tallada por el hombre en la roca viva. La piedra roja formaba el techo del claustro, apoyado sobre los arcos de piedra tallados por los antiguos constructores. El muro interior de la terraza cubierta estaba acribillado de entradas a las catacumbas. A lo largo de los siglos, los hombres habían tallado y cavado en el precipicio para formar los salones y las celdas, los vestíbulos, las capillas y los santuarios de la comunidad monástica que los habitaba desde hacía bastante más de mil años.

Los monjes estaban sentados en grupos en la terraza. Algunos escuchaban mientras el diácono leía en voz alta un ejemplar ilustrado de las Escrituras.

Hay tanto analfabetismo -suspiró Tessay-. Tienen que leer y explicar la Biblia a los mismos monjes, muchos de los cuales no pueden leerla.

-Así era la Iglesia de Constantino, la Iglesia bizantina -dijo Nicholas en voz baja-. Aún hoy es la Iglesia de la cruz y el libro, de ritos complejos y suntuosos en un mundo en el que predomina el analfabetismo.

En otro lugar del claustro, un grupo distinto de monjes cantaba y salmodiaba himnos y salmos en amhárico bajo la dirección de un chantre. Desde las celdas llegaban susurros de voces que oraban o suplicaban, y el aire estaba impregnado de los olores de la secular presencia humana…

Era una mezcla de olores de humos de leña e incienso, de comida rancia y excrementos, de sudor y devoción, sufrimiento y enfermedad. Entre los monjes había peregrinos que habían bajado a la quebrada a pie o en los hombros de sus parientes para orar al santo o suplicarle

una cura para sus males y sufrimientos.

Había niños ciegos que lloraban en los brazos de sus madres, leprosos que dejaban rastros de sus carnes podridas, gente sumida en el coma del mal del sueño o atacada por otras horribles enfermedades tropicales. Sus llantos y gemidos se mezclaban con el canto de los monjes y con el rugido remoto del Nilo en su salto al fondo de la caldera.

Finalmente llegaron a la catedral cavernaria de San Frumencio. Era una abertura redonda como la boca de un pez, pero en torno de los portales había una guarda gruesa de estrellas y cruces y cabezas de santos. Eran retratos primitivos en tonos ocres y terrosos, atractivos por su sencillez infantil. Los santos tenían ojos enormes delineados con carbonilla y sus expresiones eran serenas, benignas.

El diácono de raída túnica de terciopelo sonrió al oír a Tessay y los invitó a pasar. El dintel bajo obligó a Nicholas a agachar la cabeza, pero al entrar la alzó y miró atónito a su alrededor.

El techo de la caverna era tan alto que se perdía en la penumbra. Las paredes de la roca estaban cubiertas de murales con huestes celestiales de ángeles y arcángeles que parecían moverse a la luz vacilante de las velas y las lámparas de aceite. Los tapaban parcialmente unos tapices largos, sucios de hollín del incienso, de bordes raídos y deshilachados. Estaba san Miguel montado en un brioso corcel blanco; estaba la Virgen arrodillada al pie de la cruz donde el cuerpo pálido de Cristo sangraba por la herida abierta en su flanco por una lanza romana.

Ésa era la nave exterior de la iglesia. En la pared del fondo la entrada a la cámara central mostraba una puerta gruesa de madera cuyas dos hojas estaban abiertas. Los tres cruzaron el piso de piedra, abriéndose paso entre los suplicantes y peregrinos arrodillados envueltos en sus harapos, su tormento y su éxtasis religioso. A la débil luz de las lámparas, en medio de la bruma azul del incienso, parecían almas perdidas condenadas a consumirse eternamente en la oscuridad exterior del purgatorio.

Los visitantes llegaron al pie de los tres escalones de piedra que conducían a la puerta interior. Allí les salieron al paso dos diáconos de sotana y sombrero alto de copa plana. Uno de ellos dirigió unas palabras severas a Tessay.

-No podemos pasar al qiddist, la cámara central -dijo ésta con resignación-. Más allá está la entrada del maqdas, el Sanctasanctórum.

Detrás de los guardias, en la penumbra del qiddist, se distinguía apenas la puerta al santuario interior.

-Solamente los sacerdotes consagrados pueden entrar en el maqdas, porque allí está el tabot y la entrada a la tumba del santo.

Decepcionados y frustrados, salieron de la caverna y cruzaron la terraza.

Cenaron bajo el cielo estrellado. El calor era bochornoso y las nubes de mosquitos revoloteaban apenas fuera del alcance de los repelentes con que se habían untado las partes expuestas del cuerpo.

-Y bien, inglés, lo he traído donde quería llegar. ¿Cómo encontrará el animal que ha venido a buscar en un viaje tan largo? Una vez más el vodka lo volvía agresivo.

-A primera luz, quiero que sus rastreadores cubran el terreno río abajo de aquí -manifestó Nicholas-. Los dik-dik suelen salir al amanecer y nuevamente al anochecer.

-No quiera enseñarle a papá mono a comer bananas -gruñó Boris, y se sirvió más vodka.

-Dígales que busquen el rastro -prosiguió Nicholas deliberadamente-. Me parece que las huellas del dik-dik rayado serán muy parecidas a las del dik-dik común. Si encuentran algún indicio, que se sienten junto a los matorrales más espesos y observen los movimientos. Los dik-dik son sedentarios, rara vez salen de su territorio.

D a, da! Se lo diré. ¿Qué hará usted, inglés? ¿Pasará el día en el campamento con las damas? -Sonrió con picardía. -Si tiene suerte tal vez no necesite las dos chozas. -Rió estruendosamente de su propio chiste. Tessay, avergonzada, dijo que iba a la cocina a vigilar la preparación de la comida.

Nicholas pasó por alto la broma obscena.

-Royan y yo recorreremos el monte en las orillas del Dandera. Parecía un buen lugar para encontrar dik-diks. Dígale a su gente que se mantenga alejada del río, que no espante la caza. '

Partieron del campamento a la primera luz del amanecer. Nicholas encabezaba la marcha por la orilla del Dandera con el fusil Rigby y una mochila liviana. Caminaban lentamente unas decenas de pasos y se detenían a mirar y escuchar. En los matorrales abundaban los mamíferos pequeños y las aves.

Los etíopes no tienen tradición de caza, y estoy seguro de que los monjes jamás perturban la vida silvestre en la quebrada. -Señaló las huellas de un antílope pequeño impresas en la tierra húmeda de la orilla. -Antílope de Menelik -dijo-. No se encuentra en otro lugar del mundo. Un trofeo codiciado.

-¿De veras espera encontrar el dik-dik de su bisabuelo? Lo vi muy convencido cuando hablaba con Boris.

-Claro que no -dijo con una sonrisa-. Creo que es un invento del viejo. Deberían llamarlo la quimera de Harper. Parece que es cierto que usó la piel de una mangosta. Los Harper no nos hemos destacado por respetar estrictamente la verdad.

Un ave tacazze revoloteaba sobre las flores amarillas de una enredadera alta en las copas del bosque ribereño. El plumaje de la avecilla brillaba como una corona de esmeraldas.

"Es una excusa estupenda para hurgar entre los arbustos. -Miró atrás para asegurarse de que no los veían desde el campamento y le indicó con un gesto que se sentara a su lado sobre un tronco caído. -Lo primero es tener en claro qué estamos buscando. Dígalo usted.

-Buscamos los restos de un templo mortuorio o las ruinas de la necrópolis donde vivían los trabajadores que excavaban la tumba del faraón Mamose.

-Cualquier trabajo de albañilería o con piedras, sobre todo una columna o monumento.

-El testamento de piedra de Taita -asintió ella-. Debería estar grabado o tallado con jeroglíficos. Gastada por el clima, caída, cubierta de vegetación... qué sé yo. Lo que sea. Estamos pescando a ciegas en aguas oscuras.

-En ese caso, no nos quedemos aquí sentados. Vamos a pescar de una vez.

Hacia la media mañana Nicholas descubrió huellas de un dik-dik junto a la orilla. Se sentaron junto al tronco de uno de los árboles más grandes, en las sombras del bosque, y después de un rato pudieron ver una de las diminutas criaturas. Pasó muy cerca de ellos, frunciendo la probóscide alargada, pisando suavemente con cascos de duende, mordisqueando hojas de las ramas más bajas y masticándolas rápidamente. Pero su piel era uniformemente gris, sin marca alguna.

Desapareció en la maleza y Nicholas se paró.

-Mala suerte, es de la variedad común -susurró-. Sigamos.

Poco después del mediodía llegaron al lugar donde el río surgía entre los precipicios color piel que bordeaban el abismo. Se acercaron lo más posible hasta que la roca les cerró el paso. Esta se hundía en el torrente y no había manera de hacer pie al borde del agua para avanzar más.

Retrocedieron río abajo y cruzaron a la otra orilla por un tosco puente colgante de lianas y soga gruesa de lino. Nicholas dijo que seguramente lo habían tendido los monjes del monasterio. Nuevamente trataron de penetrar en la caverna. Nicholas entró en el agua para tratar de vadear el primer contrafuerte de roca rosada, pero la corriente estuvo a punto de derribarlo y lo obligó a abandonar el intento.

-Si nosotros no podemos pasar por aquí, me parece sumamente improbable que Taita y sus trabajadores pudieran hacerlo.

Volvieron al puente colgante y buscaron un lugar con sombra junto al río donde comer

Librodot

el almuerzo que les había preparado Tessay. El calor del mediodía los atontaba. Royan mojó su pañuelo de algodón en el río y se mojó la cara al tenderse a su lado.

Tendido de espaldas, Nicholas estudiaba los precipicios centímetro a centímetro con sus largavistas. Buscaba una brecha o apertura en sus paredes lisas y pulidas. Habló sin bajar los largavistas:

-Al leer Río sagrado tuve la impresión de que Taita pidió ayuda para intercambiar los cuerpos de Tanus, el Gran León de Egipto, y el Faraón. -Bajó los largavistas y miró a Royan: -Me parece muy extraño, porque significaba un verdadero ultraje en el contexto de la época y las creencias. ¿Están bien traducidos los rollos? ¿Es verdad que Taita intercambió los rollos?

Royan rió al rodar para mirarlo:

-Su viejo compinche Wilbur se deja llevar por su imaginación febril. Todo ese relato se basa en una sola frase de los rollos: "Para mí, Tanus era más rey de lo que jamás lo fue el Faraón". -Volvió a tenderse de espaldas. -Es una buena prueba de mis objeciones al libro. Hace una mezcolanza inseparable de los hechos y las fantasías. A mi leal saber y entender, Tanus ocupa su tumba y el faraón la suya.

¡Qué lástima! -Nicholas suspiró y guardó el libro en la mochila. -Me gustó ese toquecito romántico. -Miró su reloj y se paró. -Vamos, quiero hacer un reconocimiento en la otra estribación del valle. Ayer, cuando nos acercábamos, vi un terreno que me pareció interesante.

Cuando volvieron al campamento, ya avanzada la tarde, Tessay corrió a su encuentro.

-Los esperaba. Hemos recibido una invitación interesante del abad Jali Hora. Nos invita al banquete en el monasterio para celebrar Katera, la víspera del Timkat. Han montado la ducha y hay agua caliente. Tienen tiempo para cambiarse antes de ir al monasterio.

El abad envió un grupo de jóvenes acólitos para acompañarlos a la sala del banquete. Los jóvenes llegaron durante el breve crepúsculo africano con antorchas para iluminar el camino.

Entre ellos estaba Tamre, el chico epiléptico. Al reconocerlo, Royan lo recibió con su mejor sonrisa. El se adelantó tímidamente y le dio un ramo de flores silvestres que había recogido junto al río. Conmovida por su cortesía, le agradeció en árabe:

-Shukran.

-Taffadali -respondió él sin vacilar, utilizando el género correcto, y con un acento que demostraba que hablaba fluidamente el idioma.

-¿Cómo es que hablas tan bien el árabe?

El chico bajó la vista tímidamente:

-Mi madre es de Massawa, sobre el Mar Rojo. Es el idioma de mi infancia.

Cuando emprendieron la marcha hacia el monasterio, la seguía como un perrito.

Descendieron nuevamente la escalinata del precipicio y salieron a la terraza iluminada por antorchas. Los claustros estrechos estaban atestados de gente, y al atravesar el salón mientras la guardia de honor de los acólitos les abría paso, rostros negros sonreían al saludarlos en amhárico y manos negras se extendían para tocarlos.

Se inclinaron para ingresar en la nave exterior de la catedral. La cámara estaba iluminada por linternas de aceite y velas cuya luz vacilante hacía bailar los murales de santos y ángeles. El piso de piedra, cubierto por una alfombra de juncos aún verdes cuyo dulce perfume de hierbas disipaba el humo y refrescaba el ambiente. Todos los monjes de la cofradía parecían estar presentes, sentados con las piernas cruzadas sobre la alfombra mullida. Recibieron al pequeño grupo de ferengi con gritos de bienvenida y bendiciones. Junto a cada hombre había un frasco de tej, el hidromiel fermentado local. Los rostros felices y sudorosos indicaban que la bebida corría desde hacía un buen rato.

Condujeron a los huéspedes al lugar que les habían reservado, frente a las puertas del

qiddist, la cámara central. Sus escoltas los instaron a sentarse y ponerse cómodos. Luego, otro grupo de acólitos llegó de la terraza con frascos de tej y cada invitado recibió el suyo.

-Déjenme probarlo antes de beber -susurró Tessay-. La fuerza y el color y el sabor varían de un lugar a otro y en algunos es atroz. -Alzó el frasco, bebió directamente del cuello alargado y sonrió: -Es un buen brebaje. Si beben con cuidado no tendrán problema.

Los monjes a su alrededor los instaban a beber, y el primero en alzar su frasco fue Nicholas, entre los aplausos y las risas. El sabor era suave y agradable, con un fuerte buqué de miel silvestre.

-¡No está mal! -exclamó.

-Más tarde seguramente le ofrecerán katikala -le advirtió Tessay-. ¡Cuidado con eso! Lo destilan de granos fermentados y le arrancará la cabeza al primer trago.

Impresionados porque Royan era una cristiana copta, una verdadera creyente, los monjes concentraron su hospitalidad en ella. También era evidente que esos hombres santos y célibes habían tomado debida nota de su belleza.

Nicholas se inclinó hacia ella:

-Tendrá que fingir delante de ellos. Llévesela a los labios como si fuera a beber; si no, no la dejarán en paz.

Cuando alzó su frasco, los monjes rieron encantados y alzaron los suyos en brindis. Ella se inclinó hacia Nicholas: -Es delicioso. Tiene sabor a miel.

-¡Violó su voto de abstinencia! -dijo entre risas-. Diga la verdad.

-Una gota, nada más. Y no hice ningún voto.

Los acólitos se arrodillaron frente a cada comensal con una escudilla de agua caliente para que se lavara la mano derecha antes del banquete.

Entonces se oyó música y ruido de tambores, y una banda entró desde el qiddist. Se sentaron junto a las paredes laterales, mientras la congregación se volvía para mirar hacia la penumbra interior.

Por fin apareció Jali Hora, el anciano abad. Vestía una túnica de satén escarlata que llegaba hasta el suelo y, sobre los hombros, una estola bordada con hilos de oro. En la cabeza llevaba una gran corona. Aunque brillaba como el oro, Nicholas sabía que era de bronce dorado, y que las piedras multicolores eran cuentas de vidrio.

Jali Hora alzó su báculo, en cuyo extremo estaba montada una gran cruz de plata labrada, y toda la compañía hizo un silencio respetuoso.

-Va a dar la bendición -dijo Tessay, e inclinó la cabeza.

La bendición de Jali Hora fue larga y fervorosa; su falsete suscitó varias respuestas devotas de los monjes. Cuando terminó, dos debteras con espléndidas vestiduras lo ayudaron a bajar los escalones y sentarse en el jimmera, el taburete tallado, a la cabecera del grupo de diáconos y sacerdotes más ancianos.

El estado de ánimo de los monjes pasó de la contemplación religiosa a la alegre camaradería cuando de la terraza entró una procesión de acólitos; cada uno llevaba sobre la cabeza un canasto chato de mimbre del tamaño de una rueda de carro. Colocaron una bandeja en el centro de cada círculo.

Ante una señal de Jali Hora, levantaron las tapas al unísono y se alzó un coro de vítores, porque cada canasto contenía una escudilla de bronce llena de trozos redondos de injera, el pan ácimo gris chato.

Dos acólitos vinieron de la terraza, doblegados por el peso de una gran olla de bronce llena de wat, un guiso muy condimentado de carne gorda de cordero. Volcaron la olla sobre cada escudilla de pan injera para llenarla con el wat pardo rojizo en cuya superficie nadaban enormes manchas de grasa caliente.

La congregación se puso a comer vorazmente. Cada uno arrancaba un trozo de injera, con éste recogía una buena cantidad de wat y se llevaba la porción a la boca, que conservaba abierta al masticar. Luego tomaba un buen trago de tej antes de prepararse otro bocado de wat grasiento. En poco tiempo cada uno estaba engrasado desde la mano hasta el codo y alrededor del mentón, y aullaba de risa entre bocado y trago.

Los acólitos que servían la mesa pusieron gruesas hogazas de otra clase de injera junto a cada comensal. Eran más duras y menos harinosas, y se desmenuzaban fácilmente, a diferencia de las gomosas planchas grises del primer tipo.

Nicholas y Royan trataron de hacer justicia a la comida sin echársela encima como los demás. A pesar de su aspecto, el wat era sabroso, y el injera amarillo y seco le quitaba grasitud.

Las escudillas de bronce se vaciaron en un lapso asombrosamente breve. Sólo quedaba un revoltijo de pan y grasa cuando los acólitos trajeron nuevas ollas de wat, pero esta vez de pollo al curry. Lo volcaron directamente sobre los restos del cordero y nuevamente los monjes se abalanzaron a comer.

Mientras devoraban el pollo les llenaban nuevamente los frascos de tej, y algunos ya estaban verdaderamente alegres.

-Creo que no podré aguantar mucho más -dijo Royan con voz temblorosa.

-Hágalo por la patria -respondió Nicholas-. Usted es la invitada de honor. No podrá escapar.

Terminado el pollo, volvieron los servidores con ollas llenas hasta el borde de picante wat de carne vacuna, que echaron sobre los restos de los dos guisos anteriores.

El monje sentado frente a Royan vació su frasco. Cuando un acólito quiso volver a llenarlo, lo apartó al grito de, "Katikala!"

Otros monjes empezaron a repetir a coro: "Katikala! Katikala!"

Los acólitos salieron y volvieron rápidamente con botellas del licor transparente como la ginebra y escudillas de bronce del tamaño de tazas de té.

-Cuidado con esto -dijo Tessay. Nicholas y Royan volcaron sus escudillas en las alfombras de juncos, pero los monjes vaciaron las suyas con avidez.

-Por cierto que Boris bebe lo suyo -observó Nicholas. El ruso tenía la cara congestionada y sudorosa, y reía como un idiota al beber.

Animados por el katikala, los monjes iniciaron un juego. Uno de ellos preparaba un bocado de wat de carne vacuna envuelto en injera y mientras la grasa caía sobre su mano derecha se volvía hacia su vecino. La víctima abría la boca de par en par, y su amable vecino le introducía todo en la boca. Desde luego que el bocado era el más grande que un par de mandíbulas humanas podían recibir, y para tragarlo la víctima debía correr el riesgo de morir por asfixia.

Aparentemente, las reglas del juego prohibían a la víctima el uso de sus manos. Tampoco podía permitir que la salsa chorreara sobre su túnica ni escupirla sobre sus vecinos. Sus contorsiones, sus gestos desesperados para tragar y respirar causaban una hilaridad incontenible. Cuando por fin lograba tragar, para premiarlo le alzaban a la boca una escudilla de katikala que debía tragar inmediatamente.

Alegre después de beber tanto tej y katikala, Jali Hora se paró torpemente. En su diestra tenía una porción humeante de injera. Cuando empezó a cruzar el salón, con la corona torcida sobre su cabeza, no comprendieron sus intenciones. Todos lo miraban con interés.

Bruscamente, Royan se puso tiesa.

-¡No! -exclamó horrorizada-. No, por favor. No lo permita, Nicky.

-Es el precio a pagar por ser la reina de la velada -le contestó. Jali Hora zigzagueaba hacia ella, y el jugo del bocado que llevaba en la mano ya le chorreaba por el antebrazo hasta el codo.

La banda empezó a tocar una melodía alegre. Cuando el abad se detuvo frente a Royan, hamacándose sobre sus pies como un viejo carruaje sobre sus elásticos, los tambores se sumaron frenéticamente a los pífanos y violines.

El abad ofreció su obsequio, y tras una mirada de desesperación a Nicholas, Royan decidió afrontar lo inevitable. Cerró los ojos y abrió la boca.

En medio de los gritos de aliento y la música de pífanos y tambores, se puso a masticar y tragar. Su cara se enrojeció y sus ojos se llenaron de lágrimas. En determinado momento Nicholas pensó que capitularía y escupiría todo sobre la alfombra de juncos. Pero lentamente

Librodot

y con coraje, poco a poco, terminó de tragarlo y se echó atrás, exhausta.

El auditorio demostró su aprobación con aplausos y gritos. El abad dobló sus rodillas rígidas, la abrazó y casi perdió la corona. Sin soltarla, se sentó a su lado.

-Parece que acaba de hacer una conquista -comentó Nicholas secamente-. Si no lo esquiva y sale corriendo, dentro de poco lo tendrá acostado sobre el regazo.

Royan reaccionó con rapidez. Tomó una botella de katikala y una escudilla que llenó hasta el borde.

-¡Bébelo, papito! -dijo en inglés, y le alzó la escudilla a los labios. Jali Hora aceptó el desafío, pero tuvo que soltarla para beber.

De repente se sobresaltó tan violentamente que derramó el resto de la bebida en el pecho del viejo. Su rostro palideció y empezó a temblar como si tuviera fiebre mientras miraba la corona de Jali Hora, que se le había caído sobre los ojos.

-¿Qué pasa? -preguntó Nicholas rápidamente, y la tomó de un brazo para sostenerla. Ningún otro de los presentes se había dado cuenta, pero a esa altura él conocía sus estados de ánimo.

Sin dejar de mirar la corona, con el rostro ceniciento, soltó la escudilla y le aferró la muñeca con fuerza sorprendente. Sintió dolor y notó que le había hundido las uñas en la piel.

-¡Mire la corona! -jadeó ella-. ¡La joya! ¡La joya azul!

La vio entre las cuentas de vidrio de colores chillones, los granates semipreciosos y los trozos de cristal de roca. Era un sello de cerámica azul, perfectamente redondo y del tamaño de una moneda grande, cocido hasta alcanzar una terminación dura e invulnerable al paso del tiempo. En el centro del disco estaba grabado un carro de guerra egipcio y sobre éste el perfil inconfundible del halcón con el ala rota. En torno de la circunferencia había una leyenda en jeroglíficos. La descifró en segundos:

SOY COMANDANTE DE DIEZ MIL CARROS
SOY TAITA, MAESTRE DEL CABALLO REAL

Royan se desesperaba en la atmósfera asfixiante de la caverna. El trozo de wat que el abad le había obligado a tragar mezclado con unos cuantos tragos de tej era una pelota en el estómago, y para colmo el ambiente se impregnaba del olor de la grasa endurecida en las escudillas sucias y las vaharadas de katikala. Algunos monjes borrachos empezaban a vomitar, y el olor se sumaba a los pesados miasmas del humo de incienso.

El problema era que el abad no cesaba en sus atenciones. Le acariciaba el brazo desnudo y farfullaba pasajes de las escrituras amháricas. Hacía rato que Tessay había dejado de traducir. Royan echó una mirada suplicante a Nicholas, pero él, retraído y callado, parecía tener la cabeza en otra parte. Ella se dio cuenta de que pensaba en el sello de cerámica en la corona del abad, porque sus ojos pensativos volvían a ésta una y otra vez.

Ansiaba estar a solas con él para analizar ese hallazgo extraordinario. La excitación podía más que el dolor de estómago. Sentía calor en las mejillas. Cada vez que miraba la corona del viejo el corazón se agitaba en su pecho y apenas lograba reprimir el impulso de extender el brazo, tomar la pieza azul y arrancarla de su engarce para estudiarla de cerca.

Sabía que era imprudente llamar la atención sobre esa pieza de cerámica, pero al mirar a su alrededor vio que Boris estaba demasiado mareado para prestar atención a otra cosa que su escudilla de katikala. Finalmente, fue Boris quien le dio el pretexto que buscaba. Trató de pararse, pero sus piernas no lo sostenían. Cayó hacia adelante con cierta elegancia y hundió la cara en la bandeja de pan injera cubierto de grasa. Se puso a roncar ruidosamente, y Tessay miró a Nicholas.

-Alto Nicholas, ¿qué puedo hacer?

Nicholas contempló el poco edificante espectáculo del cazador caído. Había trozos de pan y carne entre su pelo rojizo.

Librodot

-Me da la impresión de que la velada de nuestro Príncipe Azul ha llegado a su fin -murmuró.

Se paró, se inclinó sobre Boris y le aferró una muñeca. De un tirón lo obligó a sentarse y luego pararse, y lo alzó sobre su hombro a la manera de un bombero.

-¡Buenas noches a todos! -exclamó. Muy pocos monjes estaban en condiciones de responder. Y salió cargando a Boris sobre el hombro, con la cabeza y los pies colgados. Las dos mujeres tuvieron que correr para darle alcance, ya que cruzó la terraza y empezó a subir la escalera con paso rápido y sin pausa.

-No sabía que Alto Nicholas era tan fuerte -dijo Tessay entre jadeos, porque la escalera era empinada y el paso, veloz.

-Ni yo -dijo Royan. La embargó una sensación absurda de orgullo por su hazaña y sonrió para sus adentros mientras se acercaban al campamento. "No seas tonta", se dijo. "No es tu hombre para que te jactes de él."

Nicholas arrojó la carga sobre la propia cama de Boris en la choza de techo de paja y se irguió. Jadeaba para recuperar el aliento y el sudor chorreaba sobre sus mejillas.

-Buena receta para un infarto -comentó entre jadeos. Boris gimió, rodó hasta quedar boca abajo y vomitó con abundancia sobre las almohadas y la ropa de cama.

-En estas agradables circunstancias, deseo a todos buenas noches y que sueñen con los angelitos -dijo a Tessay, y salió de la choza a la tibia noche africana.

Con alivio, aspiró profundamente los aromas del bosque y el río. Cuando se volvió hacia Royan, ella le aferró el brazo. -No vio... -dijo excitada, pero él la hizo callar con un dedo sobre los labios y, tras un gesto de la cabeza hacia la choza de Boris, la llevó a la suya.

-¿Lo vio? -preguntó, incapaz de contenerse-. ¿Leyó la inscripción?

-"Soy comandante de diez mil carros" -dijo Nicholas.

-"Soy Taita, maestre del caballo real" -completó ella-. Estuvo aquí. ¡Estuvo aquí, Nicky! Taita estuvo aquí. Tenemos la prueba. Ahora sabemos que no estamos perdiendo el tiempo.

Se dejó caer sobre el catre de campaña y se abrazó, feliz.

-¿Le parece que el abad nos dejará estudiar el sello?

Meneó la cabeza:

-No lo creo. La corona es uno de los tesoros del monasterio. No creo que haga una excepción ni siquiera para usted, su dama preferida. Además, no conviene demostrar demasiado interés. Es evidente que Jali Hora no tiene la menor idea de su significado. Por otra parte, no queremos despertar las sospechas de Boris.

-Me parece que tiene razón. -Se corrió para hacerle lugar sobre el catre.

-Siéntese.

El se sentó a su lado.

-¿De dónde cree que vino el sello? ¿Quién lo encontró? ¿Dónde y cuándo?

-Despacio, muchacha. Son cuatro preguntas en una, y no tengo respuesta para ninguna.

-¡Adivine! -lo desafió-. ¡Especule! ¡Tire un par de ideas sobre la mesa!

-De acuerdo -asintió-. El sello fue fabricado en Hong Kong. Hay una fábrica allá que los produce por millares. Jali Hora lo compró en una tienda para turistas en Luxor hace un mes, cuando estuvo de vacaciones en Egipto.

Le dio un puñetazo fuerte en el antebrazo:

-Seamos serios -ordenó.

-A ver si usted tiene una idea mejor -dijo, frotándose el brazo.

-Bien, allá va. Taita dejó caer el sello en la quebrada durante la construcción de la tumba del Faraón. Tres mil años después, la encontró un monje, uno de los primeros que vivió aquí en el monasterio. Desde luego, no sabía leer los jeroglíficos. La llevó a su abad, quien dijo que era una reliquia de San Frumencio y la hizo engastar en la corona.

-Y vivieron felices y comieron perdices -asintió Nicholas-. No está mal.

-¿Ve alguna falla? -preguntó, y él meneó la cabeza-. Entonces, esto confirma que Taita estuvo aquí y que nuestra teoría es acertada. ¿De acuerdo?

-La palabra "confirma" me parece excesiva -objetó él-. Por ahora, digamos que apunta en esa dirección.

Giró sobre el catre para mirarlo de frente:

-¡Ay, Nicky, estoy tan emocionada! No voy a poder dormir. No veo la hora de que sea de día y podamos continuar la exploración.

Sus ojos brillaban, sus mejillas morenas estaban arreboladas. Entre sus labios alcanzaba a ver la punta rosada de su lengua. Esta vez no pudo contenerse. Se inclinó hacia ella lentamente, con mucha suavidad, para darle tiempo a echarse atrás. No lo hizo. En sus ojos luminosos apareció una mirada recelosa. Lo miraba fijamente, como si buscara algo que la tranquilizara. Nicholas se detuvo cuando sus labios estaban a escasos centímetros de los de ella. Fue ella quien terminó de unir sus bocas.

Al principio fue apenas un roce del aliento, pero enseguida fue más fuerte, más ansioso. Durante un lapso interminable, sobrecogedor, se devoraron y el sabor de ella era tibio y dulce como el de la fruta madura. Entonces ella gimió y se apartó con un terrible esfuerzo de su voluntad. Se miraron, temblorosos y desconcertados.

-No -susurró-. Por favor, Nicky, todavía no. No estoy preparada para esto.

Le tomó la mano entre las dos suyas. Le besó muy suavemente la punta de los dedos para saborear el aroma y la dulzura de su piel.

-Hasta mañana -dijo. Le soltó la mano y se paró. -¡Bien temprano! -añadió, y se inclinó para salir.

A la mañana siguiente, mientras se vestía, la oyó moverse en su choza, y cuando la llamó con un silbido suave ella salió al instante, vestida y dispuesta a partir.

-Boris no se ha despertado -anunció Tessay al servir el desayuno.

-¡Pero, qué sorpresa! -dijo Nicholas sin levantar la vista. Todavía los dos se sentían un tanto molestos al recordar la despedida de la víspera. Sin embargo, cuando Nicholas se colgó el fusil y la mochila, su estado de ánimo cambió y se dirigieron al valle con grandes expectativas.

Hacía una hora que exploraban, cuando Nicholas miró sobre su hombro y le indicó con un gesto que callara.

-Nos siguen -susurró.

La tomó de la muñeca y la llevó detrás de un bloque de piedra arenisca. Se apretó contra la piedra y le indicó que lo imitara. Tras tomar impulso, se abalanzó sobre una figura flaca envuelta en una sucia shamma blanca que los seguía furtivamente. La criatura aulló y cayó de rodillas, farfullando aterrada.

Nicholas lo alzó de un tirón.

-¡Tamre! -exclamó-. ¿Por qué nos sigues? ¿Quién te manda? -preguntó en árabe.

El chico alzó los ojos hacia Royan:

-Por favor, effendi, no me pegue. No quería hacerle mal a nadie.

-Deja en paz al chico, Nicky. Le provocarás un ataque -dijo Royan. Tamre corrió a refugiarse detrás de ella y le tomó la mano. Miró a Nicholas sobre el hombro de ella como si su vida corriera peligro.

-Paz, Tamre -dijo Nicholas para tranquilizarlo-. No te haré daño, salvo que mientas. Si lo haces, te azotaré hasta que no te quede un jirón de piel en la espalda. ¿Quién te dijo que nos siguieras?

-Vine por mi cuenta. Nadie me envió -lloriqueó-. Quería mostrarle el lugar donde vi el animal sagrado con las señales de los dedos del Bautista en la piel.

Nicholas lo miró atónito y se largó a reír.

-Pero qué les parece. El chico cree que vio el dik-dik de mi bisabuelo. -Lo miró con

una mueca feroz: -Recuerda lo que te haré si mientes.

-Es verdad, effendi -sollozó, y Royan salió en su defensa.

-No lo acoses, es un inocente. Deja en paz al niño.

-Está bien, Tamre. Te daré una oportunidad. Llévanos al lugar donde viste el animal sagrado.

Tamre no quería soltar la mano de Royan. Se aferraba a ella, brincaba a su lado al conducirla por la senda y antes de recorrer cien metros su miedo se había disipado y reía tímidamente al mirarla.

Durante una hora se alejaron del río Dandera, cruzando el terreno alto sobre el valle hacia una región donde abundaban los arbustos y las aristas erosionadas de piedra caliza. Las ramas espinosas de los arbustos estaban estrechamente entrelazadas y crecían tan cerca del suelo que aparentemente no había manera de abrirse paso. Pero Tamre los conducía por una senda tortuosa, apenas lo suficientemente ancha para evitar las espinas de punta roja a cada lado. Bruscamente se detuvo y obligó a Royan a hacer lo mismo. Señaló hacia abajo, casi a sus propios pies:

-¡El río! -exclamó con suficiencia. Nicholas se paró a su lado y silbó suavemente, sorprendido. Tamre los había conducido en un amplio círculo hacia el oeste para volver al Dandera en un punto donde aún corría por el lecho de la hondonada profunda.

Estaban parados en el borde mismo del abismo. Vio que aunque la cima de la hondonada rocosa tenía menos de treinta metros de ancho, bajo el borde se abría el abismo. Desde la superficie del agua, allá abajo, la pared de roca era abombada como los frascos de cerámica del tej y volvía a estrecharse hacia la cima.

-Vi la criatura santa allá. -Tamre señaló la orilla opuesta del abismo donde un arroyuelo tributario salía entre los arbustos. El musgo verde brillante, alimentado por el arroyuelo, colgaba como un tapiz desde el borde del muro cóncavo y el agua chorreaba desde sus bordes hasta el río, setenta metros más abajo.

-Si lo viste allá, ¿por qué nos trajiste a este lado del río? -preguntó Nicholas perentoriamente.

-Por aquí es más fácil -explicó Tamre al borde del llanto-. No hay senda en el monte al otro lado. Las espinas habrían lastimado a Woizero Royan.

-No seas tiránico -dijo Royan, y abrazó al chico. Nicholas se encogió de hombros:

-Parece que ustedes dos se han unido contra mí. Bueno, ya que estamos aquí, sentémonos a ver si el dik-dik del abuelo decide presentarse.

Señaló un lugar a la sombra de uno de los troncos inclinados sobre el borde del abismo y con su sombrero barrió las espinas caídas sobre la tierra para hacer un lugar donde sentarse. Apoyó la espalda contra el tronco del espino y puso el fusil Rigby sobre sus piernas.

Promediaba el mediodía y el calor era asfixiante. Entregó la botella de agua a Royan y mientras ella bebía miró a Tamre.

-Es un buen momento para averiguar si el chico sabe algo sobre el sello de Taita en la corona -dijo en inglés-. Está enamorado de ti. No te negará nada. Pregúntale.

Le habló con mucha ternura, le acariciaba la cabeza y lo palmeaba como si fuera un cachorro. Recordó el banquete de la víspera, elogió la belleza de la iglesia subterránea, la antigüedad de los murales y tapices y por fin mencionó la corona del abad.

-Sí, sí, es la piedra del santo -asintió sin vacilar-. La piedra azul de San Frumencio.

-¿De dónde viene? -preguntó-. ¿Lo sabes?

El chico parecía desconcertado:

-No lo sé. Es muy vieja, tal vez tan vieja como Cristo el Salvador. Eso dicen los monjes.

-¿No sabes dónde la encontraron?

Meneó la cabeza:

-Tal vez cayó del cielo -dijo, ansioso por complacerla. -Tal vez. -Royan miró a Nicholas, quien alzó los ojos y se tapó la cara con el sombrero.

-Tal vez San Frumencio se la dio al primer abad cuando murió -sugirió Tamre con

entusiasmo-. O estaba en su ataúd cuando lo colocaron en la tumba.

-Todas estas cosas son posibles, Tamre -dijo Royan-. Dime, ¿has visto la tumba de San Frumencio?

Echó una mirada furtiva a su alrededor:

-Sólo los sacerdotes ordenados pueden entrar en el maqdas, el Sanctasanctórum -susurró con la cabeza gacha.

-Tú la viste, Tamre -insistió con voz dulce, mientras le acariciaba la cabeza. Se sentía intrigada por el sentimiento de culpa del chico.

-Cuéntame. No diré nada a los sacerdotes.

-Una vez -asintió-. Los otros muchachos me dijeron que tenía que tocar la piedra del tabot. Si no, me azotarían. Todos los acólitos nuevos lo hacen al ingresar. -El recuerdo del horrible ritual de iniciación lo hizo llorar.

-Estaba solo. Tenía mucho miedo. Era después de medianoche y los monjes dormían. Estaba oscuro. El fantasma del santo habita en el maqdas. Me dijeron que si era indigno, San Frumencio me fulminaría con el rayo.

Nicholas se quitó el sombrero de la cara y se sentó:

-Dios mío, esta criatura dice la verdad -murmuró-. Ha entrado en el Sanctasanctórum. -Miró a Royan: -Continúa. Tal vez nos dé algún indicio. Pregúntale sobre la tumba de San Frumencio

-¿Viste la tumba del santo? -preguntó, y el chico asintió con vehemencia-. ¿Entraste en la tumba?

-Esta vez meneó la cabeza.

-No. La entrada está cerrada con barrotes. Sólo el abad puede entrar en la tumba, el día de la festividad del santo.

-¿Miraste entre los barrotes?

-Sí, pero estaba muy oscuro. Vi el ataúd. Es de madera y tiene pintada la cara del santo.

-¿Es un hombre negro?

-No. Es un hombre blanco con barba roja. Es un retrato muy viejo. La pintura está desteñida y la madera está medio podrida.

-¿Está en el piso de la tumba?

Tamre frunció toda la cara mientras trataba de recordar. Finalmente meneó la cabeza:

-No, está en una plataforma de piedra en la pared.

-¿Recuerdas algo más sobre la tumba del santo?

Meneó la cabeza:

-Estaba oscuro y hay poco espacio entre los barrotes -dijo en tono de disculpa.

-No importa. ¿La tumba está en la pared del fondo del maqdas?

-Sí, detrás del altar y la piedra del tabot.

-¿De qué está hecho el altar? ¿De piedra?

-No, de madera. Madera de cedro. Hay velas y una cruz muy grande y las coronas del abad y el cáliz y el báculo.

-¿Está pintado?

-No, está tallado con figuras. Pero son distintas de las figuras en la tumba del santo.

-¿Por qué son distintas? Dímelo, Tamre.

-No lo sé. Las caras son extrañas. La ropa es distinta. Hay caballos. -Parecía perplejo.

-Son distintas.

Royan trató de sonsacarle una descripción más clara, pero las preguntas parecían confundirlo, de manera que cambió de rumbo:

-Cuéntame sobre el tabot -dijo, pero Nicholas la interrumpió.

-Espera, cuéntame tú sobre el tabot. ¿Es parecido al tabernáculo hebreo?

Se volvió hacia él:

Sí, el de la Iglesia egipcia se le parece. Se guarda en una caja adornada con piedras preciosas, envuelta a su vez en tisú de oro. La diferencia es que el tabernáculo hebreo lleva grabados los Diez Mandamientos, mientras que el nuestro tiene las palabras de consagración

de la iglesia donde se aloja. Es el corazón vivo de la Iglesia.

-¿Qué es la piedra del tabot? -Nicholas, absorto, frunció el entrecejo.

-No lo sé. Nuestra Iglesia no lo tiene.

-¡Pregúntale!

-Dime cómo es la piedra del tabot, Tamre.

-Es muy alta y muy cuadrada. -Indicó la altura de su hombro y extendió los brazos.

-¿Y el tabot está sobre la piedra?

Tamre asintió.

-¿Por qué te dijeron que tocaras la piedra y no el tabot mismo? -preguntó Nicholas, pero Royan meneó la cabeza para hacerlo callar.

-Deja que yo le pregunte. Eres demasiado duro con él. -Miró al chico: -¿Por qué la piedra, y no el arca del tabot que está sobre ella?

Tamre se encogió de hombros:

-No sé. Es lo que me dijeron.

-¿Cómo es la piedra? ¿También está pintada?

-No lo sé. -En su desesperación por complacerla, parecía angustiado por no poder responder. -No lo sé. Está envuelta en una tela.

Nicholas y Royan se miraron sorprendidos, y ella se volvió nuevamente hacia el chico:

-¿Cubierta? -Se inclinó hacia él-. ¿Dices que la piedra está tapada?

-Dicen que sólo la puede descubrir el abad en la festividad de San Frumencio.

Nicholas y Royan se miraron nuevamente y él sonrió, pensativo.

-La verdad es que me gustaría echar una mirada a la tumba del santo y a la piedra del tabot. Eso sí, descubierta. -Tienes que esperar hasta la festividad del santo y además hacerte ordenar sacerdote. Sólo los sacerdotes... -Se interrumpió y lo miró otra vez: -No estarás pensando... no, eso no, ¿verdad?

-¿Yo? -Sonrió con malicia. ¡Dios me libre!

-Si te sorprenden en el maqdas te harán pedazos.

-Por consiguiente, no debo permitir que me sorprendan. -Si vas tú, iré yo. ¿Cómo lo haremos?

-Despacio, muchacha. La idea se me ocurrió hace diez segundos. Aun los días en que estoy más lúcido necesito por lo menos diez minutos para elaborar un brillante plan de campaña.

Contemplaron absortos el abismo, hasta que Royan rompió el silencio:

-La piedra tapada. ¿El testamento de piedra de Taita?

-No lo digas -suplicó mientras hacía la señal contra el mal de ojo-. Ni siquiera lo pienses. El diablo escucha los pensamientos.

Callaron nuevamente, sumidos en sus cavilaciones.

-Nicky, ¿qué te parece si... -se interrumpió-. No, no sirve. -Frunció el entrecejo.

Fue Tamre quien rompió el silencio, con un chillido: -¡Ahí está! ¡Miren!

La exclamación los sobresaltó.

-¿Qué pasa? -preguntó Royan.

Tamre le tomó el brazo y lo sacudió. Temblaba de emoción:

-Ahí está, como les dije. -Con la otra mano señaló la orilla opuesta del río: -Allí donde terminan los espinos. ¿No lo ven?

-¿Qué cosa? ¿Qué hay para ver?

-El animal de Juan el Bautista. La criatura santa con las marcas.

Siguió la dirección que señalaba su brazo extendido y alcanzó a ver una borrosa mancha parda en el borde del matorral de la orilla.

-No sé. Está tan lejos...

Nicholas hurgó en su mochila hasta encontrar los largavistas. Los alzó, los enfocó y rió suavemente:

-¡Aleluya! La reputación del bisabuelo está a salvo.

Ofreció los largavistas a Royan. Ella buscó hasta encontrar la criatura en el campo.

Estaba a trescientos metros, pero el lente de gran poder permitía verlo con todo detalle.

Era más grande que el dik-dik común visto el día anterior, y en lugar del pellejo gris su pelaje era de un fuerte color pardo rojizo. El rasgo más notable eran las franjas color chocolate en los hombros y el lomo: cinco marcas regulares que, efectivamente, parecían las huellas de los cuatro dedos y el pulgar.

-Nada más y nada menos que Madoqua harperii -susurró Nicholas-. Perdóname, bisabuelo, por dudar de tu palabra.

En la penumbra, el dik-dik fruncía la nariz al olfatear el aire. Suspicaz y atento, mantenía la cabeza alzada. La brisa suave corría entre ellos y el animal, pero de vez en cuando un remolino aislado le llevaba un tenue olor a hombre que lo asustaba.

Royan oyó el chasquido de la corredera: Nicholas estaba colocando un proyectil en la recámara. Bajó los largavistas y lo miró: -No piensas dispararle, espero.

-A esta distancia, no. Son más de trescientos metros y el blanco es muy pequeño. Esperaré a que se acerque.

-¿Cómo puedes hacerlo?

-¿Cómo puedo no hacerlo? Vine por esto, entre otras cosas. -Pero es tan hermoso...

-¿Quieres decir que si fuera feo tendría derecho a matarlo?

No respondió, sino que volvió a alzar los largavistas. El remolino de viento debía de haber cambiado, porque el dik-dik bajó la cabeza para mordisquear la hierba parda. Luego alzó la cabeza otra vez y con pasos delicados cruzó el claro en el matorral de espinos. Cada dos o tres pasos se detenía a comer.

-¡Atrás! -Con toda su voluntad quería que escapara, pero la criatura se acercaba despreocupadamente hacia el borde del abismo.

Nicholas se tendió boca abajo detrás de la raíz del árbol e hizo un bollo con la gorra de monte para apoyar el fusil.

-Doscientos metros -murmuró-. Es una buena distancia. No necesito más. -Apoyó el fusil acolchonado sobre la raíz torcida y apuntó a través de la mira telescópica. Luego alzó la cabeza y esperó a que el animal se acercara un poco más.

Bruscamente, el dik-dik alzó la cabeza y se detuvo, tenso y tembloroso.

-Hay algo que no le gusta. Diablos, habrá cambiado la dirección del viento -gruñó Nicholas. El pequeño antílope disparó. Volvió sobre sus pasos, cruzó el claro con la velocidad de un bólido y desapareció entre los arbustos.

-¡Corre, dik-dik, corre! -dijo Royan con satisfacción, mientras Nicholas se sentaba y gruñía su disgusto.

-Me gustaría saber qué lo asustó. -Entonces su rostro se alteró; inclinó la cabeza para escuchar. Había un ruido extraño, que segundo a segundo se volvía más fuerte: una especie de traqueteo estruendoso acompañado por un silbido agudo.

-¡Diablos, un helicóptero! -El ruido era inconfundible. Tomó los largavistas de la mano de Royan, los alzó hacia el cielo y recorrió la límpida expansión celeste sobre las almenas de la escarpa.

-Ahí está -dijo con una mueca de desagrado, y al reconocer el perfil de la máquina añadió-: Es un Bell Jet Ranger. Y parece que viene hacia aquí. Bueno, mejor que no llamemos la atención. Vamos a ocultarnos.

Indicó a Royan y al chico que se guarecieran bajo las ramas del espino:

-Quédense aquí, que no podrán vernos.

Miró el helicóptero a través de los largavistas.

-Fuerza Aérea etíope, diría yo -murmuró-. Probablemente una patrulla en busca de los shufta. Boris y el coronel Nogo dicen que hay muchos rebeldes y bandidos acá abajo en la quebrada... -Bruscamente se interrumpió. -Un momento. Ese aparato no es militar. Fuselaje verde y rojo con el logo del caballo rojo. Tus queridos amigos de Pegaso Prospecciones.

Crecía el ruido de los rotores, y ahora el caballo volador se distinguía a simple vista en el fuselaje del helicóptero que volaba a baja altura, a un kilómetro de ellos, Nilo abajo.

No prestaron la menor atención a Tamre, que se agazapaba y trataba de ocultarse detrás

del cuerpo de Royan. Sus dientes castañeteaban de terror y sus ojos estaban casi en blanco.

-Mira qué transporte tan fino se consiguió nuestro amigo Jake Helm. Si Pegaso tuvo algo que ver con la muerte de Duraid y los atentados contra tu vida, de ahora en adelante siempre tendremos su aliento fétido en nuestra nuca. Pueden vigilamos a voluntad -dijo Nicholas sin dejar de mirarlo por los largavistas-. Cuando el enemigo está en el aire, uno se siente indefenso.

Instintivamente, Royan se arrimó hacia él.

El aparato verde y rojo desapareció sobre la loma de la quebrada inferior en dirección al monasterio.

-Si no anda de paseo, está buscando el campamento -musitó Nicholas-. Tiene orden del jefe de mantenerse al tanto de nuestros movimientos.

-Lo va a encontrar sin problemas. Boris no trató de disimular las chozas -dijo Royan, inquieta-. Vámonos de una vez. -Se paró.

-Excelente idea. -Nicholas estaba a punto de seguirla, pero le tomó la mano y la obligó a agazaparse otra vez: -Un momento. Vuelven hacia acá.

El ruido del motor se hacía más fuerte, y alcanzaron a ver al helicóptero sobre el techo de hojas y ramas espinosas.

-Sigue el curso del río. Y parece que sigue buscando algo.

-¿A nosotros? -preguntó Royan asustada.

-Es posible, si el jefe lo ordenó -asintió Nicholas. El aparato volaba muy cerca de ellos y el ruido era ensordecedor.

En ese momento, Tamre perdió el control y gimió aterrado: - El demonio viene a buscarme. ¡Sálvame, Jesucristo salvador, sálvame!

Nicholas quiso tomarle el brazo, pero el chico fue más ágil. Se paró de un salto y entre aullidos de terror por el abismo y las llamas infernales, se fue corriendo por la senda hacia los matorrales. Las faldas de su shamma azotaban sus piernas flacas, y su reluciente cara negra giraba sobre su hombro para mirar el aparato volador que se acercaba.

El piloto lo vio al instante y la trompa del helicóptero bajó en su dirección. La máquina bajó derecho hacia ellos, reduciendo la velocidad al aproximarse al borde del abismo. Las cabezas de los dos tripulantes asomaban detrás del parabrisas de la cabina anterior. El motor desaceleró aún más y el aparato quedó suspendido sobre el río, girando con el disco del rotor, mientras Royan y Nicholas se agazapaban para evitar que los vieran.

-Es el norteamericano del campamento de prospección -dijo Royan. Había reconocido a Jake Helm a pesar de los enormes audífonos y las antiparras espejadas. El y el piloto negro estiraban el cuello para explorar las márgenes del río.

-No nos descubrieron... -Pero antes de que Nicholas terminara de decirlo, Jake Helm miró directamente hacia ellos desde el otro lado del abismo. Su expresión no se alteró, pero palmeó el hombro del piloto y señaló en su dirección.

El piloto hizo descender el helicóptero sobre el abismo hasta quedar prácticamente al nivel y a unos treinta metros de ellos. No valía la pena seguir ocultándose. Nicholas apoyó la espalda contra el tronco, se acomodó el sombrero panamá y agitó brevemente el brazo hacia Jake Helm.

El capataz no respondió al saludo. Clavó en Nicholas su mirada malévola, encendió un fósforo y llevó la llama al cigarro a medio fumar que sostenía entre los labios. Arrojó el fósforo y sopló un hilo de humo en dirección a Nicholas. Sin que se alterara su expresión y casi sin mover los labios, dijo algo al piloto.

Al instante, el helicóptero ascendió verticalmente y giró al norte para enfilar directamente hacia el campamento en la cima de la escarpa.

-Misión cumplida. Encontró lo que buscaba. -Royan se sentó.

-¡Nosotros!

-Y seguramente descubrió el campamento. Sabe dónde volver a encontrarnos -asintió Nicholas.

Royan se estremeció y se abrazó: -Qué tipo repugnante. Parece un sapo.

-Vamos -dijo Nicholas en tono burlón-. ¿Qué te hicieron los pobres sapos? -Se paró. -Me parece que el dik-dik del bisabuelo no volverá a aparecer hoy. El helicóptero lo espantó. Mañana volveré a intentarlo.

-Busquemos a Tamre. Probablemente sufrió un ataque, pobrecito.

Se equivocaba. Tamre se estremecía y lloraba junto a la senda, pero no había sufrido un ataque. Las caricias de Royan lo serenaron al instante y volvió con ellos hacia el campamento. Sin embargo, poco antes de llegar se alejó hacia el monasterio.

Al atardecer, mientras quedaba algo de luz, Nicholas y Royan volvieron al monasterio. -Creo que en los círculos criminales, el operativo de reconocimiento que hemos emprendido se llama "ojear el boliche" -dijo él cuando se inclinaban para entrar en la catedral y unirse a la multitud que rendía culto.

-De lo que dijo Tamre se deduce que los novicios saben quiénes son los sacerdotes que se duermen cuando están de guardia -susurró Royan mientras contemplaban la cámara central desde las puertas.

-Es un conocimiento interno que no poseemos -observó Nicholas.

Los sacerdotes atravesaban las puertas constantemente.

-No parecen hacer nada en especial para pasar -añadió-. No hay un santo y seña ni un rito.

-Pero todos se saludan por sus nombres. En una comunidad tan pequeña, seguramente se conocen todos.

-Sí, me parece imposible que pueda vestirme de monje y pasar -asintió Nicholas-. Me pregunto qué les harán a los intrusos sorprendidos en los recintos sagrados.

-¿Los arrojarán desde la terraza a la caldera del Nilo para alimentar a los cocodrilos? -preguntó Royan con una sonrisa maliciosa-. En todo caso, no entrarás sin mí.

Decidió que no era un buen momento para discutir; en cambio, trató de estudiar el interior del qiddist desde la puerta abierta. La cámara central parecía ser mucho menor que la nave exterior donde se encontraba. Apenas alcanzaba a distinguir los oscuros murales que cubrían las paredes interiores hasta donde alcanzaba la vista. En la pared del fondo se divisaba otra puerta, que según la descripción de Tamre debía de ser la entrada al maqdas. Esta estaba cerrada por una grilla pesada de vigas de madera oscura reforzada en los cruces con clavijas de hierro nativo forjadas a mano.

A cada lado de la puerta, desde el techo de piedra hasta el piso, colgaban grandes tapices bordados con escenas de la vida de San Frumencio. En una predicaba ante la congregación arrodillada; en una mano sostenía la Biblia mientras con la diestra impartía la bendición. En otro tapiz bautizaba a un emperador. El monarca llevaba una alta corona de oro semejante a la de Jali Hora. La cabeza del santo estaba rodeada por una aureola. El santo era blanco; el emperador, negro.

Un artista que sabía qué era lo correcto, se dijo Nicholas con una sonrisa.

-¿De qué te ríes? -preguntó Royan-. ¿Descubriste la manera de entrar?

-No, pensaba en la cena. ¡Vamos!

Durante la cena, Boris no mostraba las huellas de los excesos de la víspera. Con su escopeta había cazado palomas verdes. Tessay las había marinado y asado en las brasas.

-¿Qué tal la cacería, inglés? ¿Lo atacó el terrible dik-dik rayado? -Aulló de risa.

-¿Y sus rastreadores encontraron algo? -preguntó Nicholas sin inmutarse.

Da, da. Kudú y antílope de monte y búfalo. Hasta un dik-dik, pero sin rayas. Lo siento, no hay rayas.

Royan se inclinó hacia él para hablar, pero Nicholas meneó la cabeza. Cerró la boca, bajó la vista al plato y cortó un trozo de pechuga de paloma.

-No queremos compañía mañana -dijo Nicholas en árabe-. Si se entera, querrá venir.

-¿Su mamá no le enseñó modales, inglés? Hablar en un idioma que otros no entienden es mala educación. Sírvase un vodka.

-Le cedo mi parte -dijo Nicholas-. En esa competencia me doy por vencido de antemano.

Durante el resto de la cena, Tessay respondió con monosílabos a los intentos de Royan de hacerla participar de la conversación. En su rostro se dibujaban la tristeza y el abatimiento. Evitaba mirar a su esposo, incluso cuando se mostraba más grosero y prepotente. Después de cenar la dejaron a solas con Boris, quien acababa de abrir otra botella de vodka.

-Por la forma en que está bebiendo, tal vez deba prepararme para una nueva misión de rescate nocturno -comentó Nicholas cuando se dirigían a sus chozas.

-Tessay ha pasado el día entero con él en el campamento. Se pelearon otra vez. Me dijo que lo abandonará apenas vuelvan a Adiós Abeba. No lo soporta más.

-Lo único que me sorprende es que se juntara con semejante bestia. Es una mujer preciosa. Puede elegir a su pareja.

-Las bestias atraen a ciertas mujeres. -Royan se encogió de hombros: -Debe de ser que les gusta el peligro. Bueno, Tessay me preguntó si puede acompañarnos mañana. Dice que no soporta pasar otro día a solas con Boris. Creo que tiene mucho miedo. Dice que nunca lo ha visto beber como ahora.

-Claro, claro, que venga -accedió Nicholas con resignación-. Cuantos más seamos, tanto mejor. Mataremos al dik-dik de miedo y así ahorraré municiones.

Los tres salieron del campamento antes del amanecer. No había señales de Boris.

-Después que ustedes se retiraron, bebió la botella entera -dijo Tessay ante una pregunta de Nicholas-. No saldrá de la choza antes del mediodía ni me echará de menos.

Nicholas tomó el Rigby y encabezó la marcha por las erosionadas lomas de piedra caliza, siguiendo el camino que les había enseñado Tamre. Las dos mujeres seguían a Nicholas y conversaban entre ellas. Royan explicaba cómo habían descubierto al dik-dik rayado y qué pensaban hacer.

El Sol ya estaba muy alto cuando llegaron al espino en el borde del abismo y se sentaron al acecho.

-¿Cómo recuperarás el cuerpo si consigues matar a la pobre criatura? -preguntó Royan.

-Ya me ocupé de eso. Le dije al capataz de los rastreadores que apenas oiga un disparo se acerque con las sogas y me ayude a cruzar al otro lado.

-No me animaría a hacer ese cruce -dijo Tessay mientras contemplaba la caída.

-El servicio militar nos da algunos conocimientos útiles, junto con muchas idioteces -contestó Nicholas. Acomodó la espalda contra el tronco del espino y colocó el fusil sobre sus piernas.

Tendidas en el suelo, las dos mujeres conversaban en susurros. Nicholas pensó que el sonido de sus voces difícilmente llegaría al otro lado, de modo que no trató de hacerlas callar.

Pensaba que el dik-dik aparecería temprano, si es que lo hacía. Se equivocaba. Al mediodía aún no había señales del animal. El Sol estaba en lo alto y el calor era sofocante. La pared opuesta de la escarpa, envuelta en una bruma azulada, parecía un vidrio azul de bordes dentados; el espejismo bailaba sobre las crestas rocosas y se estremecía como las aguas de un lago plateado sobre los matorrales de espinos.

Adormecidas por el calor, las mujeres habían dejado de conversar. El mundo entero callaba, fulminado por el bochorno. Sólo rompía el silencio el canto plañidero de una paloma de monte: "¡Mi esposa ha muerto, mis hijos han muerto, ay, ay, ay de mí!" Nicholas casino podía mantener los ojos abiertos. Su cabeza empezaba a caer; la erguía bruscamente, pero volvía a caer. Cuando estaba a punto de dormirse oyó un ruido en el arbusto espinoso a su espalda.

Era un ruido muy leve que él conocía muy bien. Un ruido que restalló sobre sus nervios con la fuerza de un latigazo y de un tirón lo hizo volver en sí con el pulso acelerado y el sabor

metálico del miedo en el fondo de la garganta. Era el chasquido metálico del seguro de un fusil ametralladora AK-47 al pasar a la posición de "fuego".

Alzó el fusil y al mismo tiempo giró su cuerpo ágilmente para cubrir a las dos mujeres tendidas a su lado. Alzó el Rigby al hombro y apuntó hacia el arbusto de donde había venido el ruido.

-¡Abajo!-siseó a sus compañeras-. ¡Abajo la cabeza!

Puso el dedo en el disparador, y aunque su arma era insignificante frente a un Kalashnikov, estaba dispuesto a devolver el fuego. Identificó el blanco y apuntó.

A veinte pasos, un hombre agazapado apuntaba el fusil de asalto a la cara de Nicholas. Era negro, vestía un uniforme de combate raído y harapiento y gorra del mismo material. En su correaje llevaba cuchillo de monte, granadas, cantimplora y los demás pertrechos del combatiente guerrillero.

"Shufta -pensó Nicholas-. Un profesional. No te arriesgues." Sin embargo, comprendió que si el hombre hubiese querido matarlo, ya lo habría hecho.

Apuntó el Rigby sobre el cañón del fusil de asalto al ojo derecho inyectado en sangre del shufta. El hombre reconoció la situación de atasco; entrecerró los ojos y dio una orden en árabe.

- Salim, cubre a las mujeres. Dispárales si él se mueve.

Nicholas oyó movimientos en el flanco y echó una mirada en esa dirección, sin dejar que el shufta saliera de su radio visual.

Apareció otro guerrillero entre los arbustos. Su uniforme era similar al del otro, pero llevaba un fusil ametralladora liviano RPD de fabricación soviética y una canana colgada del cuello. El arma tenía el caño recortado para el combate en el monte. Avanzó cautelosamente, apuntando a boca de jarro a las mujeres. Nicholas sabía que le bastaba hacer una levísima presión con el dedo para reducirlas a picadillo.

Había otros ruidos sigilosos en el monte que lo rodeaba. Esos dos no estaban solos, pensó Nicholas. Se había topado con todo un destacamento. Tal vez alcanzaría a disparar el Rigby una vez, pero para entonces Royan y Tessay estarían muertas y él no les iría muy en zaga.

Lenta, ostentosamente, bajó el caño del fusil hasta apuntar al suelo. Dejó el arma y alzó las manos.

-Arriba las manos -dijo a las mujeres-. Hagan exactamente lo que les digan.

El jefe guerrillero admitió la capitulación. Se irguió y habló a sus hombres en árabe.

-Quítenle el fusil y la mochila.

- Somos súbditos británicos -dijo Nicholas, y el jefe guerrillero se sorprendió al escucharlo hablar en árabe-. Somos turistas, nada más. No somos militares ni gente del gobierno.

- Silencio. Cierre el pico -ordenó el jefe mientras los demás guerrilleros salían del monte. Nicholas contó cinco hombres, pero estaba seguro de que había otros aún ocultos. Profesionales consumados, agruparon a sus prisioneros sin estorbarse mutuamente su línea de fuego ni ofrecerles la menor oportunidad para escapar. Los palparon de armas rápidamente y los obligaron a tomar la senda.

- ¿Adónde nos llevan? -preguntó Nicholas perentoriamente.

- ¡Nada de preguntas! -Casi lo derribó un culatazo de AK-47 entre los omóplatos.

- Oiga, viejo -murmuró en inglés-, eso no hacía falta.

Los obligaron a marchar durante el calor de la tarde. Al verificar periódicamente la posición del Sol y el muro lejano de la escarpa, Nicholas determinó que seguían el curso del Nilo hacia el oeste, en dirección a la frontera con Sudán. Al atardecer, cuando calculó que habían cubierto unos

quince kilómetros, tomaron una depresión lateral del valle principal. Las laderas estaban cubiertas por una vegetación tupida. Los tres prisioneros entraron en el bosque, arreados por sus captores.

Cuando descubrieron el campamento guerrillero, ya se encontraban dentro de su perímetro. Comprendía unos pocos cobertizos toscos rodeados por emplazamientos de armas, todo muy bien camuflado. Los centinelas ocupaban sus puestos y en cada pozo de tirador había un hombre con su correspondiente ametralladora liviana.

Los condujeron a un cobertizo en el centro del campamento donde tres hombres conferenciaban en torno de un mapa desplegado sobre la mesa. Evidentemente eran oficiales, y no cabía duda de quién era el comandante. El jefe de la patrulla fue derecho a ese hombre, lo saludó con respeto y le habló rápidamente mientras señalaba a sus prisioneros.

El comandante guerrillero se enderezó y salió a la luz del Sol.

Era de estatura mediana, pero su aire autoritario lo hacía parecer más alto. Sus hombros eran anchos y su cuerpo cuadrado y robusto, con un principio de gordura en torno de la cintura. En su barba corta y enrulada aparecían algunas hebras grises. Sus facciones eran finas y bellas. Su tez era cobriza y la mirada de sus ojos oscuros era inteligente e inquieta.

-Mis hombres dicen que habla el árabe -dijo a Nicholas.

-Mejor que tú, Mek Nimmur -contestó éste-. Así que ahora diriges una banda de ladrones y secuestradores. Siempre he dicho que tu destino no es llegar al cielo, viejo réprobo.

Mek Nimmur lo miró atónito y luego sonrió.

-¡Nicholas! No te había reconocido. Has envejecido. ¡Ya estás canoso!

Envolvió a Nicholas en un fuerte abrazo.

-¡Nicholas! ¡Nicholas! -Lo besó en las dos mejillas, posó las manos sobre sus hombros y miró a las mujeres que los contemplaban estupefactas: -Me salvó la vida.

Basta, Mek, que me pongo colorado.

Lo besó otra vez:

-Me la salvó dos veces.

-Una -replicó Nicholas-. La segunda vez me equivoqué al impedir que te fusilaran.

Mek rió, encantado:

-¿Cuánto hace de eso, Nicholas?

-No quiero ni pensarlo.

-Quince años, por lo menos -dijo Mek-. ¿Sigues en el ejército británico? ¿Cuál es tu grado? ¡A esta altura debes de ser general!

-Oficial de la reserva. -Nicholas meneó la cabeza: -Hace años que volví a la vida civil.

Sin dejar de abrazar a Nicholas, Mek Nimmur miró a las mujeres con interés.

-Nicholas me enseñó el oficio de soldado -declaró. Sus ojos pasaron de Royan a Tessay y se detuvieron en el bello rostro moreno de la joven etíope.

-La conozco -dijo-. La vi en Addis hace varios años. Su padre era Alto Zemen, un gran hombre. Lo asesinó el tirano Mengistu.

-Y yo lo conozco a usted, Alto Mek. Mi padre lo tenía en alta estima. Somos muchos los que creemos que usted, y no el otro, debería ser el presidente de esta, nuestra Etiopía. -Hizo una pequeña reverencia y bajó la cabeza en un gesto de respeto tan seductor como tímido.

-Me halaga su opinión. -Le tendió una mano para ayudarla a erguirse y se volvió hacia Nicholas: -Lamento que mis hombres hayan sido tan rudos. Es el exceso de entusiasmo, sabes. Estaba enterado de que unos ferengi hacían preguntas en el monasterio. Bueno, basta: aquí están entre amigos. Sean bienvenidos.

Mek Nimmur los invitó a pasar a su cobertizo, donde uno de sus hombres les sirvió un café viscoso de una caldera ennegrecida por el hollín.

Con Nicholas evocaron la época anterior a la guerra de las Malvinas, cuando combatían hombro a hombro. Nicholas era un asesor militar clandestino y Mek un joven que combatía por la libertad contra la tiranía de Mengistu.

-La guerra ha terminado, Mek -señaló Nicholas en tono de reproche-. Está ganada. ¿Por

qué sigues en el monte con estos hombres? ¿Por qué no estás en Addis, haciéndote rico y gordo como los demás?

-Tengo muchos enemigos en el gobierno provisional. Hombres como Mengistu. Cuando nos liberemos de ellos, saldré del monte.

Se embarcaron en una discusión animada sobre la política africana, tan profunda y compleja que Royan desconocía la mayoría de los nombres mencionados. Tampoco era versada en los matices ni las sutilezas de la milenaria intolerancia racial y tribal ni en sus prejuicios. Pero le impresionaron los conocimientos y la compenetración de Nicholas, así como el hecho de que un hombre como Mek le pidiera consejos y escuchara su opinión.

-¿Y has llevado la guerra más allá de la frontera etíope? -preguntó Nicholas-. ¿Operas en el Sudán?

-La guerra sudanesa empezó hace más de veinte años -asintió Mek-. Los cristianos del sur combaten la persecución del norte musulmán...

-Lo sé, lo sé, Mek. Pero no es Etiopía. No es tu guerra.

-Son cristianos, víctimas de la opresión. Soy soldado y cristiano. Claro que es mi guerra.

Tessay, que escuchaba ávidamente cada palabra que decía Mek, asintió con vehemencia; sus ojos oscuros lo miraban con adoración.

-Alto Mek es un cruzado por Cristo y los derechos del pueblo -dijo en tono reverente.

-Y nada le gusta más que una buena batalla. -Nicholas rió y le lanzó un puñetazo afectuoso al hombro, un gesto de confianza que tal vez hubiera ofendido a otro, pero que Mek aceptó de buena gana, riendo a su vez.

-¿Y qué haces tú por aquí, Nicholas, si ya no eres soldado? Recuerdo que a ti también te gustaba una buena batalla.

-Soy otro. Se acabó la guerra para mí. Vine a la quebrada del Abbay a cazar un dik-dik.

-¿Dik-dik? -Mek Nimmur lo miró atónito antes de estallar en carcajadas-. ¿Tú? ¿Un dik-dik? No te creo. Estás tramando algo.

-Te digo la verdad.

-Mientes, Nicholas. Nunca pudiste engañarme. Te conozco demasiado bien. Estás tramando algo. Ya me dirás de qué se trata cuando necesites mi ayuda.

-¿Y me la darás?

-Por supuesto. Me salvaste la vida dos veces.

-Una vez.

-Una vez es suficiente -puntualizó Mek Nimmur.

Mientras conversaban el Sol descendía sobre el horizonte.

-Esta noche serán mis huéspedes -dijo Mek Nimmur, muy formal-. Mañana los acompañaré a su campamento en el monasterio de San Frumencio. Yo también voy allá. Mis hombres y yo celebraremos la festividad de Timkat. El abad Jali Hora es mi amigo y aliado.

-Y el monasterio es tu base de operaciones. Éste y los monjes te abastecen de provisiones e información. ¿Me equivoco?

-Me conoces demasiado, Nicholas. -Mek Nimmur meneó la cabeza con resignación. -Me enseñaste tanto que seguramente puedes adivinar mi estrategia. El monasterio es una base de operaciones perfecta. Está cerca de la frontera... -Se interrumpió con una sonrisa: -No hace falta que lo explique justamente a ti.

Mek hizo levantar un cobertizo para Nicholas y Royan y prepararles un colchón de hierba para dormir. Se tendieron sobre el colchón bajo el techo endeble. Era una noche cálida que no requería cobijas. Nicholas siempre llevaba en su mochila un frasco de repelente para alejar a los mosquitos.

Recostados sobre el colchón, pudieron conversar en voz baja. Al girar la cabeza,

Nicholas alcanzaba a ver a Mek Nimmur y Tessay sentados junto a la fogata.

-Las muchachas etíopes son distintas de las árabes y de casi todas las africanas -dijo Royan, quien también contemplaba a la pareja-. Ninguna joven árabe se atrevería a quedarse a solas con un hombre como ese, y menos aún siendo casada.

-Como quiera que sea, hacen una bellísima pareja -replicó él-. Les deseo suerte. Eso es algo que no abunda en la vida de Tessay... lo merece.

Volvió la cabeza para mirarla de frente:

-¿Y tú, Royan, qué eres? ¿Una árabe recatada y sumisa o una chica occidental independiente y segura de sí misma?

-Es un poco pronto y demasiado tarde para hacer esa clase de preguntas íntimas -dijo, y se volvió para darle la espalda.

-¡Ajá, qué ceremoniosos estamos hoy! Buenas noches, Woizero Royan.

-Buenas noches, Alto Nicholas -respondió, siempre de espaldas a él para ocultarle su sonrisa.

La columna guerrillera partió al día siguiente antes del amanecer. Marchaba en formación de combate, precedida y flanqueada por exploradores.

-El ejército no suele bajar a la quebrada, pero cuando lo hace, estamos preparados -dijo Mek Nimmur-. Tratamos de brindarle una bienvenida calurosa.

Cada vez que Mek Nimmur hablaba, Tessay lo miraba fijamente; en realidad, casi no apartaba sus ojos de él.

-Es un gran hombre, que podría unificar nuestra tierra por primera vez en mil años -susurró al oído de Royan-. En su presencia me siento humilde, pero alegre y esperanzada como una jovencita.

La marcha de regreso al monasterio les tomó toda la mañana. Al avistar el río Dandera, Mek Nimmur retiró a sus hombres a lo más profundo de la espesura y envió un explorador. Al cabo de una hora llegó un grupo de acólitos del monasterio. Cada uno cargaba un bulto sobre la cabeza.

Saludaron a Mek con gran respeto, entregaron los fardos a sus hombres y volvieron sobre sus pasos por la senda de la quebrada del Abbay.

Los fardos contenían shammas sacerdotales, tocados y sandalias. Los hombres de Mek trocaron sus uniformes de monte por esas vestimentas, que estaban raídas y sucias para dar autenticidad al disfraz. Ocultaron sus armas cortas bajo las túnicas. El resto del armamento y los pertrechos quedó oculto en una cueva en el precipicio de piedra caliza, al cuidado de un destacamento.

Disfrazados de monjes, recorrieron los últimos kilómetros para ser recibidos jubilosamente por la comunidad. Nicholas y las mujeres se separaron de Mek y subieron por la cuesta empinada hacia el bosquecillo de higueras. Boris se paseaba por el campamento, embargado por la furia y la impotencia.

-¿Dónde diablos estabas, mujer? -rugió al ver a Tessay-. ¿Putañeando toda la noche?

-Nos extraviamos durante la noche -dijo Nicholas. Era la historia que habían acordado con Mek Nimmur por su seguridad. Boris no era de fiar. -Esta mañana nos encontró un grupo de monjes y nos acompañó hasta aquí.

-El gran cazador y rastreador -dijo Boris con soma-. ¿Así que no quiere que yo lo guíe, inglés? Y se perdió. Ahora me explico por qué sólo quiere cazar dik-diks -añadió con una carcajada sardónica, y clavó sus ojos pálidos e implacables en Tessay-: Ya hablaremos, mujer. Ocúpate de la comida.

A pesar del calor, Nicholas y Royan tenían hambre. En poco tiempo Tessay les sirvió un sabroso almuerzo frío ala sombra de las higueras. Nicholas rechazó el vino que le ofreció Boris.

-Me voy de caza esta tarde. He perdido casi todo un día.

-¿Quiere que lo lleve de la manito, inglés? Así no se perderá otra vez.

-Gracias, viejo, creo que puedo arreglármelas.

Cuando estaban comiendo, Nicholas dio un codazo a Royan: -Ahí está tu admirador.

Con un gesto de la cabeza señaló la figura flaca y desgarbada de Tamre, que había llegado furtivamente y estaba sentado en cuclillas junto a la cocina. Apenas Royan lo miró, una sonrisa arrobada asomó en su rostro de idiota; inclinó la cabeza y se estremeció con deliciosa timidez.

-No iré contigo esta tarde -dijo Royan cuando Boris no podía oírlos-. Temo que haya problemas entre Boris y Tessay, y quiero estar con ella. Que te acompañe Tamre.

-¡Válgame Dios!, qué hermosa perspectiva. Toda mi vida he esperado este momento. -Sin embargo, tomó el fusil y la mochila e indicó al chico que lo siguiera. Tamre buscó a Royan con la mirada, pero ella se había encerrado en la choza. Finalmente siguió a Nicholas a regañadientes.

-Llévame al otro lado del río -le dijo al chico-. Muéstrame cómo llegar a donde vive la criatura sagrada.

Encantado por la novedad, Tamre partió al trote y condujo a Nicholas al puente colgante bajo los precipicios de piedra rosa.

Durante una hora siguieron la senda, que poco a poco se desvaneció hasta terminar en terreno escarpado, de difícil tránsito, entre las colinas erosionadas. Sin dejarse intimidar, Tamre penetró en el matorral y durante dos horas más treparon sobre crestas rocosas y atravesaron valles llenos de espinos.

-Ahora entiendo por qué no quisiste venir aquí con Royan -gruñó Nicholas-. Sus brazos desnudos estaban desgarrados por los espinos y las piernas de sus pantalones estaban rotas en varios lugares. Eso no le impedía memorizar el camino para volver luego sin dificultad.

Por fin, después de pasar la enésima cresta, Tamre se detuvo y señaló la otra margen. Más abajo Nicholas divisaba la apertura del abismo y el pequeño claro de donde surgía el arroyo de los dik-dik. Incluso reconoció el espino en la otra margen del Dandera bajo el cual los sorprendieron los hombres de Mek.

Después de tomarse un respiro bebió varios largos sorbos de agua y pasó la cantimplora a Tamre. "Por Dios, es un monje", pensó. "No puede ser que el infeliz tenga sida." Sin embargo, cuando Tamre le devolvió la cantimplora, limpió el pico con mucho cuidado.

Antes de iniciar el descenso, verificó el fusil Rigby y quitó el polvo del lente de la mira. Apuntó a una roca del tamaño de un dik-dik al pie de la cuesta e hizo girar el disco de la mira telescópica para reducir la ampliación al mínimo. Así podría apuntar rápidamente a un blanco cercano en el monte denso. Satisfecho, colocó un proyectil en la recámara, puso el seguro y se enderezó.

-Sígueme -le dijo al chico-. Y haz lo mismo que yo.

Se deslizó lentamente cuesta abajo, con pausas cada dos o tres pasos para estudiar los matorrales al frente y los costados. En la cabecera del arroyo, la tierra era blanda y húmeda. Varios animales y aves habían pasado por ahí a beber. Reconoció el rastro del kudú, el antílope de monte, y también las diminutas huellas con forma de corazón de la presa que buscaba.

Avanzó sigilosamente y en el borde del matorral encontró un muladar, una marca dejada por el dik-dik para señalar el borde de su territorio. Cada vez que el pequeño antílope pasaba por ahí, crecía la pila de excrementos, cada uno del tamaño de un perdigón.

Nicholas estaba totalmente absorto en la cacería. Los fracasos anteriores habían aguzado sus deseos. Estaba tan concentrado como si la presa fuera un león cebado. Avanzaba paso a paso, antes de apoyar el pie en el suelo, vigilaba que no hubiera ramitas secas u hojas que al crujir delataran su presencia; sus ojos, más veloces que sus pies, buscaban algún movimiento, algún toque de color en la empalizada de espinos.

Fue el temblor de una oreja lo que delató a la criatura. La mitad de su cuerpo estaba en las sombras, su piel rojiza se mimetizaba con el telón de fondo de las ramas secas y estaba inmóvil como una figura tallada en caoba. Pero ese movimiento mínimo la traicionó. Estaba tan cerca que Nicholas vio el destello de luz en un ojo brillante como el ónix y la nariz alargada que se arrugaba de miedo. La criatura era consciente del peligro, pero no sabía de dónde vendría.

Con lentitud exasperante, Nicholas alzó el Rigby hasta su hombro. A través del lente veía cada pelo del mechón entre las orejas puntiagudas y los cuernitos negros, finos como agujas. Apuntó a la unión de la cabeza con el cuello. Quería causar el menor daño posible al pellejo a fin de facilitar la tarea del embalsamador.

-Es la criatura santa. ¡Alabados sean Dios y San Juan Bautista! -exclamó Tamre junto a su codo, y cayó de rodillas a la vez que se cubría los ojos con las manos.

El dik-dik se desvaneció de la mira como una bocanada de humo marrón y huyó casi sin rozar las hojas. Nicholas bajó el fusil y miró a Tamre, quien seguía de rodillas, farfullando oraciones y alabanzas.

-Te felicito. Creo que Woizero Royan te pagará bien por esto -dijo en inglés. Alzó bruscamente al chico y añadió en árabe: -Quédate aquí. No te muevas. No hagas el menor ruido, ni siquiera al respirar, hasta que yo vuelva. Una oración más, y te enviaré con San Pedro esta misma noche. ¿Entiendes?

Siguió solo, pero el pequeño antílope estaba aterrado. Nicholas lo divisó dos veces, pero era apenas una mancha marrón rojiza entre los arbustos. Murmuraba insultos horrendos al monjecito mientras escuchaba el leve crujido de los cascos sobre la tierra reseca a medida que la criatura se hundía en los matorrales. Finalmente, tuvo que desistir de la cacería.

Anochecía cuando llegó al campamento con Tamre. Apenas lo vio a la luz del fuego, Royan fue a su encuentro.

-¿Qué pasó? ¿Viste otra vez al dik-dik?

-No me preguntes a mí sino a tu cómplice. Lo asustó tanto, que creo que todavía está corriendo.

-Tamre, eres un joven digno de todo elogio. Estoy muy satisfecha contigo -dijo. El chico se estremeció como un cachorro, rió encantado y se fue a la carrera hacia el monasterio.

Encantada con el fracaso de la cacería, Royan sirvió un whisky y se lo llevó ella misma al lugar donde descansaba junto al fuego. Él bebió un sorbo y se estremeció.

-Nunca dejes que un abstemio te sirva un trago. Con esa mano tan pesada, podrías ganarte la vida lanzando el martillo o trabajando en una herrería. -A pesar de la queja, bebió cautelosamente otro sorbo.

Sentada a su lado, parecía muy agitada, pero él tardó un rato en advertirlo.

-¿Qué pasa que no puedes contenerte?

Echó una mirada cautelosa a Boris, al otro lado de la fogata, y se acercó para hablarle casi al oído en árabe.

-Esta tarde, Tessay y yo fuimos al monasterio a ver a Mek Nimmur. Tessay me pidió que la acompañara por las dudas de que Boris... tú entiendes, ¿no?

-Creo que empiezo a comprender. Hacías de dama de compañía. -Nicholas bebió otro sorbo de whisky, jadeó y exhaló bruscamente. -Continúa -dijo con voz ronca.

-Antes de dejarlos a solas, conversamos sobre el festival de Timkat. El quinto día, el abad lleva el tabot al Abbay. Mek dice que hay una senda para bajar por el precipicio hasta la orilla del río.

-Eso ya lo sabíamos.

-Sí, pero escucha, hay algo que no sabíamos. Todo el mundo participa de la procesión al río. Todos. El abad, los monjes, los acólitos, los fieles, Mek y su gente, todos bajan al río y pasan la noche allá. Durante un día y una noche el monasterio está desierto. Vacío. No queda absolutamente nadie.

La miró sobre el borde del vaso y lentamente una sonrisa apareció en su rostro.

-Eso sí que es interesante.

-No olvides que voy contigo -dijo en tono severo-. Ni pienses en dejarme.

Esa noche, después de cenar, Nicholas se reunió nuevamente con ella en su choza. Era el único lugar del campamento donde podían conversar en privado, sin temor a que los escucharan. Sin embargo, esta vez no cometió el error de sentarse en su cama. Ella se sentó en el borde y él frente a ella en un taburete.

-Antes que empecemos a planificar, debo hacerte una pregunta. ¿Has pensado en las consecuencias?

-O sea, ¿qué sucederá si los monjes nos sorprenden con las manos en la masa?

-Sabemos que en el mejor de los casos nos expulsarán del valle. El abad tiene mucho poder. En el peor, nos atacarán físicamente -dijo Nicholas-. Este es uno de los centros más sagrados de su religión. No debemos subestimar ese factor. El peligro es grande. Puede incluir una puñalada entre las costillas o alguna sustancia desagradable en la comida.

-Además, nos ganaría la enemistad de Tessay, que es una mujer tan devota -acotó Royan.

-Más importante aún, disgustaría profundamente a Mek Nimmur -dijo Nicholas, visiblemente preocupado-. No sé cómo reaccionaría, pero creo que nuestra amistad no pasaría esa prueba.

Durante varios minutos meditaron sobre el precio que deberían pagar. Finalmente, Nicholas rompió el silencio.

-¿Y tú has pensado en tu propia situación? Profanarás tu propia Iglesia. Eres una cristiana devota. ¿Cómo justificarás esta acción ante tu propia conciencia?

-He pensado en ello. Debo confesar que no me hace muy feliz, pero en realidad no es mi Iglesia. Es otra rama de la fe copta.

-¿No te parece un argumento bizantino?

-La Iglesia egipcia no prohibe a nadie el acceso a los recintos más sagrados. Considero que la prohibición del abad no me afecta. Como cristiana creyente, tengo derecho a entrar en cualquier recinto de la catedral.

Silbó suavemente:

-Y pensar que una vez me dijiste que yo debería ser abogado.

-Por favor, Nicky, no hables así. No es para bromas. Sólo sé que, pase lo que pase, tengo que entrar. Aunque ofenda a Tessay y Mek y todo el clero, tengo que hacerlo.

-Podrías dejar que lo haga yo. Soy un viejo pagano. No pongo en peligro mi alma, porque mis posibilidades de salvación son nulas.

-No. -Meneó la cabeza con vehemencia. -Si hay una inscripción o algo por el estilo, debo verla. Tú lees bien los jeroglíficos, pero no tan bien como yo, y no conoces la escritura hierática. Yo soy especialista, tú un aficionado idóneo. Me necesitas. Iré contigo.

-Bien, entonces está resuelto -convino para poner fin a la cuestión-. Hagamos planes. Lo primero es hacer una lista de todo lo que necesitaremos. Linterna, cuchillo, cámara Polaroid, película... papel de dibujo y lápices blandos para tomar impresiones de las inscripciones que encontremos.

-¡Diablos! -Chasqueó los dedos con fastidio. -No traje nada de eso.

-¿Lo ves? Eres un aficionado. Yo sí los traje.

Conversaron hasta muy avanzada la noche. Nicholas miró su reloj y se paró.

-Pasó la medianoche. En cualquier momento mi carroza se transformará en un zapallo. Buenas noches.

-Faltan dos días para el festival cuando llevan el tabot al .río. Hasta entonces, no podemos hacer nada. ¿Tienes algún plan?

-Mañana iré en busca de ese cervatillo endiablado que ya se me ha escapado dos veces.

-Iré contigo -dijo con firmeza, y al oír esas dos palabras él sintió un placer inmenso.

-De acuerdo, pero con la condición de que no llevarás a Tamre -accedió mientras se inclinaba para salir.

El pequeño antílope salió de las sombras de un matorral de espinos. Su piel lustrosa brillaba a la luz del Sol matutino. Cruzó el claro sin vacilar. Nicholas respiraba agitadamente al seguirlo con la mira telescópica. Era absurdo que la cacería de un animalito tan humilde le provocara semejante excitación, pero los fracasos anteriores agudizaban el deseo. A éste se sumaba la codicia natural del coleccionista auténtico. Desde la muerte de Rosalind y las niñas, dedicaba todas sus energías al museo de Quenton Park. Ahora la obtención de ese ejemplar para la colección se había convertido en un asunto de la mayor importancia.

Su índice descansaba suavemente en el arco guardamonte. No dispararía hasta que el dik-dik dejara de caminar. Su paso, aunque lento, podía arruinar el disparo. Tenía que disparar con toda precisión para matarlo instantáneamente y a la vez dañar el pellejo lo menos posible.

Por eso había cargado el Rigby con proyectiles de camisa metálica entera, que no se expandían al hacer impacto, ni dejaban un surco ancho ni abrían un gran orificio de salida. Esos proyectiles sólidos abrían un orificio del diámetro de un lápiz que el taxidermista del museo volvería invisible.

Sus nervios se crisparon al comprender que el dik-dik no saldría a descubierto. Se dirigía al matorral denso al otro lado del claro. Tal vez era su última oportunidad. Rechazó la tentación de disparar al blanco móvil y con un gran esfuerzo de su voluntad retiró el dedo del disparador.

El antílope llegó al muro de arbustos espinosos y un instante antes de desaparecer, se detuvo e introdujo la cabeza entre las

ramas más bajas. De costado a Nicholas, mordisqueó las hojas verdes más tiernas. La cabeza estaba oculta, de manera que no había manera de disparar a ese punto. En cambio, el omóplato estaba expuesto. Alcanzaba a ver el borde del hueso bajo la lustrosa piel rojiza. El ángulo del dik-dik era perfecto para apuntar al corazón, situado detrás y debajo del hombro.

Sin apuro, enfocó la retícula de la mira en el lugar preciso y apretó el disparador.

El disparo chasqueó como un latigazo en el aire recalentado. El diminuto antílope dio un salto y antes de caer a tierra ya estaba corriendo. El proyectil, más parecido a un estoque que a un sable, no golpeaba con fuerza suficiente para derribar al animal. El dik-dik bajó la cabeza y se lanzó a correr en la típica reacción frenética a una herida en el corazón. Ya estaba muerto, pero sus patas consumían por reflejo los últimos restos de oxígeno de su torrente sanguíneo.

-¡No, no! ¡Para allá no! -Nicholas se paró de un salto. La criatura corría hacia el borde del precipicio. Saltó ciegamente al vacío y dio una vuelta carnero al caer casi setenta metros hasta el fondo del abismo por donde corría el Dandera.

-Perra suerte -masculló Nicholas. Saltó sobre el arbusto que los había ocultado y corrió hasta el borde. Royan lo siguió y juntos contemplaron la vertiginosa caída.

-¡Ahí está! -dijo ella, señalando el fondo.

-Sí, lo veo.

El cuerpo había caído sobre un islote rocoso en medio del cauce.

-¿Qué harás?

Bajaré a buscarlo. -Se enderezó y se apartó del borde. -Por suerte es temprano. Tenemos tiempo de sobra para recuperarlo antes del anochecer. Tendré que ir al campamento en busca de una soga y de alguien que me ayude.

Volvieron a la tarde con Boris, dos rastreadores y dos desolladores. Traían cuatro rollos de soga de nailon. Nicholas se asomó sobre el precipicio y gruñó con alivio.

El cuerpo está ahí -dijo-. Temí que el agua lo arrastraría. Bajo su atenta mirada, los rastreadores extendieron los rollos de soga en el claro.

"Necesitaremos dos rollos para llegar al fondo", calculó. Él mismo unió los extremos de dos rollos de soga y probó el nudo. Luego dejó caer un extremo al agua para medir la altura de la caída, comparándola con la extensión de sus brazos.

-Treinta brazas, o sea sesenta metros. No podré trepar esa distancia -le dijo a Boris-. Usted y su gente tendrán que alzarme.

Con nudo marinero, ató el extremo de la soga al tronco duro de un espino. Para probarlo; hizo que los cuatro rastreadores y desolladores tironearan de él con todo su peso.

-Parece que así está bien -afirmó. Se quitó los borceguíes de monte y toda la ropa menos la camisa y los shorts caqui. En el borde del precipicio se inclinó hacia atrás con la soga tirante sobre el hombro y el resto entre las piernas, con el clásico estilo del alpinista.

De un salto hacia atrás se arrojó al vacío. Para controlar la caída dejó que la soga se deslizara sobre su hombro mientras la frenaba con el lazo sobre el muslo; oscilaba como un péndulo y utilizaba los dos pies para mantenerse apartado del muro de roca. Descendió rápidamente hasta que sus pies se hundieron en el torrente, que lo hizo girar como un trompo. Había caído a unos metros de la roca donde se encontraba el cuerpo del dik-dik y tuvo que dejarse caer al río. Tomó la soga entre los dientes y nadó vigorosamente para vencer a la corriente que trataba de arrastrarlo río abajo.

Subió al islote y se tomó unos minutos para recuperar el aliento antes de admirar a la hermosa criatura que había matado. Como siempre, lo embargó una mezcla de tristeza y culpa mientras acariciaba la piel lustrosa y estudiaba la cabecita perfecta con esa trompa extraordinaria. Sin embargo, no era el momento para los remordimientos ni para hacer un examen de su conciencia de cazador.

Ató las cuatro patas del dik-dik con un fuerte nudo, dio un paso atrás y alzó la vista. La cara de Boris lo miraba desde lo alto del precipicio.

-¡Arriba! -gritó, y dio tres tirones a la soga como habían acordado. No veía a los rastreadores, pero al instante la soga se tensó, el dik-dik se alzó de la isla y subió a los tirones frente al muro de piedra. Nicholas lo miraba con inquietud. Cuando ya había recorrido dos tercios del trayecto, pareció que la soga se enredaba, pero enseguida se destrabó y siguió el ascenso.

Finalmente el dik-dik desapareció de su vista, y pasó mucho tiempo antes de que la soga volviera a aparecer sobre el borde del precipicio. Atinadamente, Boris había sujetado al extremo de la soga una piedra grande, del tamaño de una cabeza humana. Inclinado sobre el borde, vigilaba el descenso y daba órdenes a sus hombres.

La piedra tocó el agua justo fuera del alcance de Nicholas. En lo alto del precipicio, Boris la agitó un poco para que oscilara hasta que Nicholas pudo aferrarla. Hizo un nudo marinero, formó un lazo corredizo y lo pasó bajo sus axilas. Luego alzó la vista.

Nuevamente gritó "¡arriba!", y dio los tres tirones. La soga se tensó y lo alzó en el aire. Su cuerpo empezó a ascender a los tirones. Al subir, el muro abombado del precipicio se tendía sobre él como un arco, y para evitarlo y dejar de girar tuvo que patear la roca con sus pies descalzos. Estaba a menos de veinte metros de la cima cuando el ascenso se detuvo bruscamente y lo dejó colgado e indefenso frente al muro de piedra.

-¿Qué pasa? -vociferó.

-La puta soga se trabó -gritó Boris-. Trate de ver dónde está trabada.

Al alzar la vista, Nicholas vio que la soga se había introducido en una grieta vertical, probablemente la misma que había detenido el ascenso del dik-dik. Pero su peso, cinco veces mayor que el del pequeño antílope, la había hecho entrar profundamente en la grieta.

Estaba suspendido en el aire, y la caída era de unos treinta metros.

-¡Agítela para soltarse! -gritó Boris. Nicholas dio una patada contra el muro y giró para

tratar de soltar la soga. Se esforzó hasta que lo encegueció el sudor y la soga le lastimó las axilas.

-Es inútil -dijo-. Traten de soltarla por la fuerza.

Tras una breve pausa, vio cómo la soga por encima de la grieta se ponía tensa como una barra de hierro cuando cinco hombres robustos tiraron de ella con todas sus fuerzas. Oyó el coro de los rastreadores al empeñar todo su esfuerzo en el trabajo.

El extremo de la soga del cual pendía no se movió en absoluto. Comprendió que estaba totalmente atascada y que no podrían destrabarla. Miró hacia abajo. La superficie del agua parecía estar a mucho más de treinta metros.

"La velocidad terminal del cuerpo humano es de doscientos

veinticinco kilómetros por hora", pensó. A esa velocidad, el agua era dura como el hormigón armado. "Pero no llegaré a caer tan rápido", se dijo para darse ánimos.

Alzó la vista otra vez. En lo alto del precipicio, los hombres tiraban con todas sus fuerzas y su peso. En ese momento, uno de los ramales de la soga de nailon se cortó en el borde de piedra y se encogió como un gran gusano verde.

-¡Dejen de tirar! -chilló-. ¡Paren!

Pero no veía a Boris, que había unido sus fuerzas a las de los rastreadores.

El segundo ramal se cortó y se desenrolló. Lo sostenía uno solo. Comprendió que se cortaría en cuestión de segundos.

-¡Boris, torpe hijo de perra, deje de tirar! -Pero el ruso no oyó su voz, y con un ruido como el de un corcho de champagne, se partió el tercer y último ramal de la soga.

El cabo suelto de la soga revoloteaba sobre su cabeza al caer. Alzó los brazos para estabilizar la caída y enderezó las piernas a fin de golpear el agua con los pies.

Recordó la isla abajo. ¿Esquivaría esos dientes de piedra roja o destrozaría sobre ellos todos sus huesos de la cintura para abajo? No se atrevía a bajar la cabeza para mirar por temor a perder la estabilidad y girar en el aire. Si su cuerpo caía de plano, se rompería las costillas o se quebraría la columna.

Sentía que la velocidad de la caída le introducía el estómago en la garganta y alcanzó a tomar aliento cuando sus pies tocaron el agua con una fuerza aturdidora. La columna transmitió el golpe a la base del cráneo, le hizo entrechocar los dientes, y ante sus ojos aparecieron puntos luminosos como estrellas. El río lo tragó. Se hundió, y la velocidad de la caída era tal que cuando tocó el fondo rocoso sintió el golpe hasta en las caderas. Sus rodillas flaquearon y pensó que se le habían roto las piernas.

El impacto le arrancó el aliento, y al patear contra el fondo con desesperación por salir a tomar aliento comprendió con alivio que sus miembros estaban intactos. Al salir a la superficie, tosiendo y resollando, se dio cuenta de que había evitado el islote por apenas el largo de su cuerpo, pero para entonces la corriente lo había llevado lejos.

A flote en medio del torrente, se secó los ojos y miró rápidamente alrededor. Al estimar el paso de los muros de piedra calculó que su velocidad era de diez nudos: suficiente para romperse un hueso si se estrellara contra una piedra. En ese instante

pasó junto a otro islote casi al alcance de la mano. Se tendió de espaldas con los pies hacia adelante, listo para defenderse si aparecía otra roca.

"Habrá que seguir hasta el fondo -pensó-. Ahí está la única salida."

Trataba de calcular a qué distancia se encontraba del lugar donde el río salía de la quebrada bajo el arco de piedra rosa, la distancia que aún debía nadar.

"Cuatro a seis kilómetros como mínimo, y el río cae unos trescientos metros. Seguro que hay rápidos y caídas", se dijo. "Desde aquí el panorama no es bueno. Apuesto tres a uno que no sales de aquí sin dejar un poco de piel y carne en as piedras."

Alzó la vista. Las paredes estaban tan inclinadas que en algunos puntos parecían tocarse en lo alto. El cielo era apenas una franja azul, mientras en el fondo reinaban las tinieblas y la humedad. A lo largo de los milenios el río había lustrado las piedras.

"Suerte que estamos en los meses de sequía", pensó. "¿Cómo será en la época de las lluvias?" Alzó la vista para mirar la marca impresa por el agua en la piedra, unos cinco o seis

metros sobre su cabeza.

Se estremeció, bajó la vista y se concentró nuevamente en el río. Había recuperado el aliento y exploró su cuerpo en busca de daños. Comprobó con alivio que, aparte de algunas magulladuras y una rodilla dolorida, estaba ileso. Sus miembros respondían bien y cuando tuvo que nadar un poco para esquivar otra roca, la rodilla dolorida no le impidió patalear con esa pierna.

Poco a poco fue llenando sus oídos un ruido nuevo. Era un rugido sordo y cada vez más fuerte. Convergían los muros del precipicio, el vientre de piedra se estrechaba y a medida que se estrechaba el cauce el torrente se volvía más veloz. Rápidamente el ruido del agua se convirtió en un trueno que reverberaba en el cañón.

Nicholas rodó sobre sí mismo y nadó con todas sus fuerzas para llegar al muro más cercano. Trató de hallar un punto donde asirse, un lugar donde anclar su cuerpo, pero el río había alisado la roca. Sus manos desesperadas se deslizaban sobre la roca mientras el agua aullaba en su cerebro. Vio que la superficie se volvía tersa y lisa como una plancha de vidrio. Como un caballo aplana las orejas al prepararse para saltar, el río era consciente de lo que se acercaba.

Nicholas se apartó del muro de piedra para tratar de darse

margen de maniobra y una vez más apuntó los pies río abajo. Bruscamente lo rodeó el aire y cayó al vacío. Estaba rodeado de espuma blanca y caía como una hoja en la corriente. La caída era interminable, sentía el estómago aplastado contra las costillas. Una vez más cayó al agua con todo su peso y se hundió hasta las profundidades. Emergió con esfuerzo, casi sin aliento. A pesar del agua que llenaba sus ojos vio que se encontraba en un remanso bajo la cascada. Las aguas giraban y se agitaban en un majestuoso minué.

Al girar, vio la primera cortina de agua blanca de la cascada por donde había caído. Tras otro giro vio la estrecha salida del remanso donde el agua reanudaba su loca carrera río abajo. Por el momento estaba a salvo en el remanso bajo la cascada. La corriente lo llevaba al borde del tazón, bajo el canal de la caída. Estiró el brazo y pudo aferrar un helecho que crecía en una grieta del muro.

Por fin pudo descansar y estudiar su posición. Sin embargo, comprendió rápidamente que la única manera de salir del abismo era seguir por el río y arriesgarse a capear los accidentes, cualesquiera que fuesen. Estaba seguro de que habría rápidos y acaso una nueva cascada como la que atronaba junto a su oído.

¡Si hubiera una forma de trepar la pared! Alzó la vista, pero lo desalentó el colosal alero que formaba un techo abovedado sobre su cabeza.

Al mirar hacia arriba, vio algo que le llamó la atención. Una serie de accidentes demasiado regulares y precisos para ser naturales. Una doble hilera de marcas oscuras subía verticalmente por el muro de piedra desde la superficie del agua hasta el borde superior, unos sesenta metros más arriba. Soltó el helecho y pataleó hasta llegar a las marcas.

Vio que eran nichos abiertos en la piedra, de unos diez centímetros cuadrados. La distancia entre las dos hileras era el doble de la extensión de sus brazos y cada par de nichos estaban perfectamente alineados en el plano horizontal.

Al introducir su antebrazo en el que tenía más cerca descubrió que su brazo penetraba hasta el codo. La apertura bajo el nivel de las aguas estaba lisa y gastada; las más altas habían conservado mejor su forma original. Los bordes eran nítidos y cuadrados.

"Dios mío, cuándo los habrán tallado para que estén tan gastados? ¿Y cómo diablos pudieron bajar hasta aquí?"

Se aferró al nicho más cercano y estudió la configuración en el muro. "¿Por qué se habrán tomado semejante trabajo?" No se le ocurría motivo o propósito alguno. "¿Quién lo hizo? ¿Qué querían lograr?" Era un misterio fascinante.

Entonces vio otra cosa: una depresión circular en la piedra situada exactamente entre las dos hileras de nichos y muy por encima de la marca de la crecida. Desde abajo parecía una circunferencia perfecta: una forma nada natural.

Nadó un poco por el remanso en busca de mejorar el ángulo visual. Parecía una suerte

Librodot

de talla en la piedra, una placa similar a esas marcas en las rocas negras que bordean el Nilo bajo la primera catarata de Asuán, colocadas por los antiguos para medir la altura de las aguas del río. Pero la luz escasa y el ángulo visual agudo no le permitieron cerciorarse de que fuera artificial, ni menos aún reconocer alguna escritura o jeroglífico incorporado al diseño.

Con la esperanza de poder acercarse, trató de aprovechar los nichos en la piedra. Utilizándolos para introducir sucesivamente las manos y los pies, logró salir del agua con gran esfuerzo, pero las distancias eran demasiado grandes y cayó con gran estrépito, tragando mucha agua.

"Tranquilo, muchacho... todavía no encontraste la salida. Ahorra tus fuerzas. Volverás otro día a ver qué hay allá."

Entonces comprendió que estaba casi totalmente exhausto. El agua que bajaba de los montes Choke conservaba algún recuerdo de las nieves de alta montaña. Estaba aterido y sus dientes castañeteaban.

"Estás cerca de la hipotermia. Tienes que salir mientras conserves alguna fuerza."

Se apartó del muro con renuencia y nadó hacia la brecha angosta desde la cual el Dandera reanudaba su loca carrera hacia el cauce del Nilo. Una vez que entró en la corriente, dejó de nadar y se dejó arrastrar por ella.

"¡La montaña rusa del diablo! Cae y cae y nadie sabe adónde va a parar."

Los primeros rápidos lo golpearon. Parecían interminables, pero por fin entró en un tramo donde la corriente era más suave. Se tendió de espaldas para aprovechar el respiro y contempló el cielo. La luz era muy escasa porque la roca conformaba un arco semicerrado. El aire húmedo y lúgubre estaba impregnado de olor a murciélagos. Pero tuvo poco tiempo para examinar el

entorno porque nuevamente oyó el rugido. Preparándose mentalmente para el golpe de las aguas turbulentas, se dejó arrastrar por el tobogán.

Había perdido toda noción de la distancia recorrida y de las cascadas que había sobrevivido. Era una batalla incesante contra el frío y el dolor del pecho lleno de agua, los músculos crispados y los tendones estirados. El río lo baqueteaba.

Bruscamente hubo un cambio en la luz. Después de las tinieblas en el fondo de los precipicios sintió como si un reflector le apuntara derecho a los ojos. Al mismo tiempo disminuyeron la fuerza y la ferocidad del río. Entrecerró los ojos, miró hacia atrás y vio que había pasado bajo el arco de piedra rosada en ese tramo del río que había explorado con Royan. Más adelante estaba el puente colgante de sogas. Con las pocas fuerzas que le quedaban, pataleó débilmente hacia la pequeña playa de arena blanca.

Una de las sogas deshilachadas colgaba en el agua, y pudo aferrar el extremo al pasar, para arrastrarse hacia la orilla. Trató de salir totalmente del agua, pero se derrumbó boca abajo y vomitó el agua que había tragado. Era bueno quedarse tendido ahí sin esfuerzo, para descansar. Sus piernas estaban en el agua, pero no tenía fuerzas ni ganas de arrastrarse más.

"Estoy vivo", pensó maravillado antes de caer en un estado entre el sueño y la inconsciencia.

Nunca supo cuánto tiempo estuvo en esa posición. Sintió fastidio cuando una mano le sacudió el hombro y una voz le habló suavemente al oído, interrumpiendo su reposo. -Effendi! Despierte. Lo buscan, la hermosa Woizero lo busca. Nicholas hizo un gran esfuerzo para sentarse. Tamre sonreía y meneaba la cabeza.

-Por favor, effendi, venga conmigo. La Woizero recorre el río por la otra orilla. Llora y lo llama por su nombre -dijo Tamre. Nicholas nunca había conocido a nadie capaz de mostrarse preocupado y a la vez sonreír con picardía. Alzó la vista y vio que atardecía, porque el Sol, enorme y rojo, rozaba el borde de la escarpa.

Sentado sobre la arena, Nicholas se palpó el cuerpo para hacer el inventario de las heridas. Le dolían todos los músculos, tenía magulladuras en los brazos y las piernas, pero no encontró huesos rotos. Y aunque tenía un chichón en el lugar donde su cabeza había golpeado una piedra, estaba perfectamente lúcido.

-¡Ayúdame! -dijo a Tamre. El chico puso un hombro bajo su axila, donde lo había raspado la soga, y lo ayudó a enderezarse. Cruzaron la playa hasta la senda y atravesaron lentamente el puente colgante.

Antes de pisar la otra orilla escuchó un grito de júbilo.

-¡Nicky! Gracias a Dios que estás bien. -Royan corrió hacia él y le echó los brazos al cuello. -Estaba muerta de miedo. Pensé que... -Se apartó y le puso las manos sobre los hombros-. ¿Estás bien? Esperaba encontrar tu cuerpo quebrado...

-Ya me conoces -replicó con una sonrisa maliciosa y tratando de no cojear-. Tres metros de altura y a prueba de balas. No te librarás de mí tan fácilmente. Todo fue un ardid para conseguir que me abrazaras.

Se apresuró a soltarlo:

-No me interpretes mal. Siempre soy cariñosa con los cachorros apaleados y demás criaturas indefensas -dijo con una sonrisa que desmentía sus palabras-. Me alegro de verte sano y salvo, Nicky.

-¿Y Boris?

-Fue río abajo con los rastreadores. Creo que no ve la hora de encontrar tu cadáver.

-¿Qué le hizo a mi dik-dik?

-No has de estar tan mal si es eso lo que te preocupa. Los desolladores lo llevaron al campamento.

-¡Maldición! Yo mismo debo ocuparme de desollar y preparar el trofeo. ¡Ellos lo arruinarán! -Echó un brazo sobre los hombros de Tamre. -¡Vamos, muchacho! Veamos si soy capaz de trotar.

Nicholas sabía que el calor provocaría rápidamente la descomposición del cuerpo del antílope y que el cuero requería un tratamiento inmediato para no perder todo el pelo. Había que desollarlo sin demora. Habían perdido demasiado tiempo, y la preparación del pellejo para montar el cuerpo entero era un proceso que requería gran paciencia y destreza.

Anochecía cuando llegaron al campamento. Nicholas llamó a los desolladores en árabe:

-Ya, Kif! Ya, Salin! -Los dos vinieron corriendo de su choza. -¿Ya empezaron? -preguntó con impaciencia.

-No, effendi. Queríamos cenar antes.

-En esta ocasión la gula es una virtud. No toquen a la criatura hasta que yo vuelva. Mientras me esperan, traigan un farol de gas.

Fue a su choza lo más rápido que le permitieron sus músculos doloridos. Se desvistió, untó las raspaduras y magullones visibles con antiséptico, se puso ropa limpia, hurgó en su mochila hasta encontrar el juego de cuchillos en su estuche de lona y volvió a la choza donde iban a desollar al animal.

Trabajando a la luz blanca de la lámpara de gas butano, había realizado las primeras incisiones en la piel de las patas y el vientre cuando entró Boris.

-¿Le gustó el paseo por el río, inglés?

-Fue emocionante, gracias. -Nicholas sonrió. -Supongo que no le gustará que le recuerde sus palabras sobre el dik-dik rayado, ¿no? Ese bicho no existe, dijo, o algo así.

-Parece una rata. Un cazador de verdad no se molesta en perseguir esa basura -dijo Boris con altivez-. Y bien, ya tiene su rata. ¿Volvemos a Addis, inglés?

-Le pagué por tres semanas. Es mi safari. Nos iremos cuando yo quiera.

Boris gruñó y salió de la choza.

Nicholas trabajó rápidamente. Sus cuchillos estaban diseñados para el trabajo delicado y los afilaba periódicamente con una varilla de cerámica, de manera que podía afeitarse el vello del antebrazo con un roce levísimo.

Había que desollar las patas sin separar los cascos diminutos.

Estaba en eso cuando otra figura apareció en la puerta de la choza. Vestía un shamma y tocado de sacerdote, y Nicholas sólo lo reconoció al oírlo hablar.

-Siempre buscando problemas, Nicholas -dijo Mek Nimmur-.

Vine para asegurarme de que estabas vivo. En el monasterio se corrió el rumor de que te habías ahogado, pero yo sabía que no era posible. No morirás tan fácilmente.

-Espero que tengas razón, Mek -dijo Nicholas, riendo. Mek se sentó en cuclillas frente a él:

Deja que yo me ocupe de los cascos. Juntos terminaremos antes.

Sin responder, Nicholas le entregó un cuchillo. Sabía que

Mek podía ocuparse de los cascos porque él mismo le había enseñado ese arte años atrás. Juntos trabajarían con mayor rapidez. Cuanto antes terminaran de separar la piel, menor sería el deterioro.

Se ocupó de la cabeza. Esa era la parte más delicada del trabajo. Había que separar la piel como si fuera un guante, trabajando los ojos, los labios y las fosas nasales desde adentro. Lo más difícil de todo era separar las orejas del cartílago sin romperlas. Trabajaron en silencio cordial, hasta que Mek decidió hablar.

-¿Qué sabes de tu guía ruso Boris Brusilov?

-Lo conocí al bajar del avión. Me lo recomendó un amigo. -No es lo que se dice un buen amigo. -La expresión de

Mek era muy seria. -Vine a hablarte de él, Nicholas. -Te escucho.

-En el 85 caí en manos de los matones de Mengistu. Me llevaron al campo de prisioneros Carlos Marx en las afueras de Addis. Brusilov dirigía los interrogatorios. Era oficial de la KGB. Su recurso preferido consistía en meter la manguera de un compresor en el ano del hombre o la mujer que interrogaba y abrir el grifo. Se hinchaban como globos hasta que les reventaban las tripas. -Calló mientras se ponía a trabajar con otro casco. -Yo escapé antes de que me llegara el turno. Después de la huida de Mengistu, él renunció y se dedicó a la caza. No sé cómo convenció a Woizero Tessay de que se casara con él, pero por lo que conozco de él, pienso que ella no tuvo alternativa.

-Tenía mis sospechas -dijo Nicholas.

Trabajaron en silencio un rato más.

-Vine a decirte que tal vez deba matarlo -susurró Mek. No volvieron a hablar hasta que Mek terminó de desollar el último casco. Se enderezó.

-Últimamente la vida se ha vuelto incierta, Nicholas. Si debo partir de prisa y no tengo oportunidad para despedirme de ti, hay alguien en Addis que me hará llegar un mensaje si me necesitas. Es el coronel Maryam Kidane en el ministerio de Defensa. Un amigo. Mi nombre clave es Golondrina. Así deberás identificarme.

Se abrazaron brevemente.

-¡Ve con Dios! -dijo Mek, y salió sigilosamente. Su figura envuelta en la túnica se desvaneció en la noche, y Nicholas permaneció un largo rato en la puerta de la choza antes de volver a su tarea.

La noche estaba muy avanzada cuando terminó de frotar cada centímetro de piel con una mezcla de sal gruesa y antiséptico de Kabra para curarla y protegerla de los estragos de escarabajos, insectos y microbios. La extendió sobre la tierra con el lado interno hacia arriba y cubrió las zonas más frescas con sal gruesa.

Las paredes de la choza estaban reforzadas con mallas de alambre para impedir que entraran las hienas. Uno de esos animales repugnantes devoraría el cuero en segundos. Se aseguró de que la puerta estuviera bien sujeta con alambre antes de ir a cenar. Todos se habían retirado horas antes, pero el cocinero etíope lo esperaba con la cena, por orden de Tessay. Al

olerla, comprendió que realmente tenía mucha hambre.

A la mañana siguiente, sus articulaciones estaban tan duras que fue hasta la choza donde habían desollado al animal caminando lentamente, como un viejo. En primer lugar verificó el estado del pellejo y lo cubrió con más sal. Después ordenó a Kif y Salin que enterraran el cráneo en un hormiguero para que los insectos le quitaran los restos de piel y limpiaran el interior de la bóveda. Prefería ese método al de hervirlo.

Satisfecho por el estado de su trofeo, fue al comedor, donde Boris lo recibió alegremente.

-Y bien, inglés. Nos vamos a Addis, da? Nada que hacer aquí.

-Nos quedaremos a fotografiar la ceremonia del Timkat en el monasterio -dijo Nicholas-. Después, tal vez quiera cazar un antílope de Menelik, quién sabe. Como dije antes, nos iremos cuando yo disponga.

-Está loco, inglés -dijo Boris, disgustado-. ¿Quiere que

darse con este calor sólo para ver las brujerías de estos salvajes?

-Hoy iré de pesca y mañana asistiremos al Timkat.

-No tiene caña de pescar -objetó Boris.

Nicholas abrió el estuche de lona, apenas más grande que una cartera de mujer, y le mostró la caña Hardy Smuggler de cuatro piezas en su interior. Miró a Royan:

-¿Me acompañarás?

Fueron río arriba hasta el puente colgante, donde Nicholas preparó la caña y le puso una mosca.

-Modelo Royal Coachman -dijo, alzándola para que la viera bien-. La preferida de los peces en todo el mundo, desde la Patagonia hasta Alaska. Ahora veremos si sucede lo mismo en Etiopía.

Miró desde la orilla cómo lanzaba la línea y la detenía en vuelo para que la mosca ingrávida cayera suavemente sobre el agua en medio del río y flotara sobre las ondas. La segunda vez que tiró se produjo un remolino bajo la mosca. La caña se dobló, la tanza silbó al salir del carretel y Nicholas soltó un grito de júbilo.

-¡Mío, y qué belleza!

Ella lo miraba con una sonrisa maternal. Así excitado y entusiasmado parecía un chiquillo. Sus heridas habían sanado milagrosamente, y corría por la orilla sin cojear mientras recogía el pez o le daba línea. A los diez minutos lo trajo sobre la playa, resplandeciente como un lingote de oro nuevo y largo como su brazo.

-Pez amarillo -dijo con aire triunfal-. Una delicia. Nuestro desayuno de mañana.

Subió a la orilla y se sentó a su lado en la hierba.

-En realidad, todo esto fue una excusa para alejarnos de Boris. Quiero hablarte de lo que descubrí ayer. -Señaló el arco de piedra rosada sobre el puente. Ella se apoyó en un codo para escucharlo con atención.

-Evidentemente, no sé si esto tiene algo que ver con nuestra búsqueda, pero alguien estuvo trabajando allá abajo. -Describió los nichos tallados en el muro del cañón. -Llegan del borde superior hasta el agua. Los que están bajo la marca de la crecida están muy erosionados. No pude llegar hasta los más altos, pero por lo que he visto, están protegidos del viento y la lluvia por la forma misma del precipicio, que forma una especie de alero. Parecen estar en condiciones prístinas, a diferencia de los que están más abajo.

-¿Qué se deduce de eso?

-Que son antiquísimos. Ese basalto es bastante duro. Se necesitaron muchos años para que el agua los desgastara hasta ese punto.

-¿Tienes alguna idea sobre el propósito de esos agujeros?

-Ninguna -confesó.

-¿Podrían servir de anclaje para algún tipo de andamio? -No se me había ocurrido -dijo con interés-. Puede ser. -¿Se te ocurre alguna otra idea?

-Un diseño ritual, tal vez un motivo religioso. -Sonrió al ver su expresión escéptica. -Tienes razón, a mí tampoco me convence.

-Bueno, estudiemos la idea del andamio. ¿Por qué habrían de instalar algo así en un lugar como ése? -Se tendió de espaldas, tomó una brizna de hierba y se puso a mordisquearla.

-¿Para que sostuviera una escalera o un guinche que sirva para bajar al fondo del cañón?

-¿Se te ocurre alguna otra razón?

-No.

Después de un rato, Royan meneó la cabeza:

-A mí tampoco. -Escupió la brizna de hierba. -Si ese era el motivo, debía de ser una obra importante. Por la descripción, parece una estructura sólida, destinada a soportar el peso de muchos hombres o material pesado.

-Los pieles rojas de América del Norte construían plataformas sobre las cascadas para pescar salmón con redes. -¿Y aquí se producían grandes migraciones de peces? Se encogió de hombros:

-Es imposible saberlo. Tal vez hace mucho... quién sabe. -¿Viste algo más?

-En lo alto, alineado con precisión matemática entre dos nichos, vi algo que parece una talla en bajorrelieve.

Se sentó bruscamente y lo miró con avidez:

-¿Lo viste claramente? ¿Era escritura o un diseño? ¿Cuál era el estilo?

-No tuve tanta suerte. Estaba demasiado alta y allá abajo hay poca luz. Ni siquiera tengo la certeza de que no es una falla natural en la piedra.

Visiblemente decepcionada, preguntó después de una pausa:

-¿Hay algo más?

-Sí, agua. Muchísima agua, un torrente.

-¿Qué haremos con respecto a ese presunto bajorrelieve? -Aunque no me gusta en absoluto, bajaré a ver. -¿Cuándo?

-Mañana es el Timkat, nuestra única oportunidad de entrar al maqdas de la catedral. Después haremos un plan para explorar la quebrada.

-Se nos termina el tiempo, Nicky, justamente cuando las cosas se ponían más interesantes.

-Ya lo creo -murmuró él. Ella sintió el roce de su aliento en sus labios, porque hablaban con las caras muy juntas, a la manera de los conspiradores y los amantes. Bruscamente consciente del doble sentido de sus palabras, se paró de un salto y se sacudió el polvo de los pantalones de montar.

-Un solo pez para alimentar a toda la multitud. A menos que tengas una opinión muy exaltada de ti mismo, será mejor que te pongas a pescar.

Los dos debteras enviados por el obispo para escoltarlos trataron de abrirles camino a través del gentío. Sin embargo, antes de llegar al pie de la escalinata la escolta se perdió en la multitud. Nicholas y Royan quedaron separados de la otra pareja.

-No te apartes -dijo Nicholas. Le tomó el brazo con fuerza y la arrastró consigo mientras se abría camino con el hombro. Desde luego, se las había arreglado para que la misma multitud los separara de Boris y Tessay, y todo había resultado según su plan.

Por fin llegaron a un lugar donde Nicholas pudo apoyar la espalda contra una de las

columnas de piedra de la terraza para que el gentío no lo arrastrara. Desde allí tenía una buena vista de la entrada a la caverna que alojaba a la catedral. Royan no tenía suficiente estatura para mirar por encima de las cabezas de los hombres, de manera que Nicholas la alzó sobre la balaustrada de la escalera y la apoyó con firmeza contra la columna. Ella se aferró a su hombro, porque el abismo por cuyo fondo corría el Nilo se abría a su espalda.

Los fieles entonaban una monótona melopea acompañados por los tambores y los sistros de una docena de bandas de música. Cada banda rodeaba a su patrón, un jefe ataviado con vestiduras espléndidas y protegido del sol por una sombrilla inmensa de colores chillones.

La exaltación y la emoción del gentío eran casi tan intensos como el calor y el hedor. Crecían sin cesar, y a medida que aumentaban el volumen y el tono de los cánticos, la multitud se balanceaba y bamboleaba como un solo organismo, una ameba grotesca, vibrante de vida.

Repentinamente, en el interior de la catedral repicaron campanas de bronce y al instante respondieron cien cuernos y trompetas. En lo alto de la escalera, los guardaespaldas de los jefes dispararon sus armas al aire.

Algunos portaban fusiles automáticos, y el tableteo de los

AK-47 se mezclaba con el estampido de viejos mosquetones cargados con pólvora negra. Las nubes de humo azulado de la pólvora se extendían sobre los fieles mientras las balas chocaban contra el precipicio y silbaban sobre la quebrada. El ulular de las mujeres era un chillido que helaba la sangre. Los rostros de los hombres estaban iluminados por el fuego del fervor religioso. Se arrodillaban, alzaban las manos entre cánticos de adoración y súplica para que Dios derramara su bendición. Las mujeres alzaban a sus niños, y sus rostros oscuros estaban empapados por el llanto.

Del portal de la iglesia subterránea' salió una procesión de monjes y sacerdotes. La encabezaban los debteras de largas túnicas blancas; a éstos seguían los acólitos que serían bautizados en el río. Royan reconoció a Tamre, cuyo cuerpo flaco y desgarbado era el más alto de todos por una cabeza. Agitó un brazo por encima de la multitud; él la vio y sonrió tímidamente antes de seguir a los debteras a la senda que bajaba al río.

Caía la tarde. Las sombras sumían en tinieblas el fondo de la caldera, y en lo alto el cielo era una bóveda púrpura salpicada por las luces de las primeras estrellas. En la cabecera de la senda ardía una llama en un brasero de bronce. Al pasar, cada sacerdote introducía su antorcha apagada en la llama y la alzaba encendida.

Como un río de lava ardiente, la procesión de antorchas empezó a fluir por la cara del precipicio mientras los cánticos lúgubres de los sacerdotes y el son de los tambores retumbaban en los muros de piedra al otro lado del río.

Detrás de los acólitos, atravesaron el arco de piedra del portal los sacerdotes ordenados con sus túnicas raídas, sus cruces procesionales de plata y bronce bruñido, y los estandartes de seda que mostraban a los santos en la agonía del martirio y el éxtasis de la adoración. Hacían sonar sus campanas y sus pífanos, sudaban y salmodiaban y el blanco de sus ojos brillaba en los rostros oscuros.

Detrás de ellos, cargado por dos sacerdotes ataviados con túnicas y altos tocados incrustados con piedras preciosas, venía el tabot. Estaba cubierto por una tela carmesí que llegaba hasta el suelo para que ninguna mirada profanara la santísima Arca del Tabernáculo.

Los fieles se arrojaban al suelo en un frenesí de adoración. Los mismos jefes se prosternaban sobre las lajas sucias de la terraza y algunos lloraban con el fervor de su fe.

Jali Hora cerraba la procesión y no llevaba la corona con la piedra azul sino un tocado aún más espléndido, la Corona de la Epifanía, una masa deslumbrante de metal y piedras falsas, en apariencia demasiado pesada para que la soportara su cuello endeble de anciano. Dos debteras sostenían sus codos y guiaban sus pasos vacilantes hacia la escalinata que descendía al Nilo.

A medida que descendía la procesión, los feligreses que estaban más cerca de la escalera se ponían de pie, encendían sus antorchas en el brasero y seguían al abad. Toda la terraza empezaba a ponerse en movimiento, y antes de que quedara desierta, Nicholas bajó a

Royan de la balaustrada.

-Debemos entrar en la iglesia mientras estemos rodeados de gente. Así nadie se dará cuenta -susurró. Con una mano tomó la de ella, con la otra aferró la correa de su cámara fotográfica y se unió a la marea humana que cruzaba la terraza. Mientras se dejaba arrastrar, se iba corriendo hacia la puerta de la iglesia. Vio a Boris y Tessay también arrastrados por la multitud, pero ellos iban adelante y no lo veían; se agazapó para asegurarse de que no sucediera.

A la altura de la entrada a la nave exterior de la iglesia, salió con Royan de la marea y la llevó sigilosamente a través del portal estrecho al interior oscuro y desierto. Una breve mirada le indicó que estaban solos, que los guardias no ocupaban sus puestos en las puertas interiores. Se desplazaron rápidamente a lo largo de una pared lateral hacia uno de los tapices ennegrecidos por el hollín, que llegaba hasta el piso de piedra. Alzó uno de los pesados pliegues de lana tejida y, llevando consigo a Royan, lo dejó caer nuevamente para quedar ocultos.

Unos segundos más de demora y los hubieran sorprendido, porque apenas apoyaron las espaldas contra la pared y dejaron caer los pliegues del tapiz, oyeron pasos que se acercaban desde el qiddist. Nicholas echó una mirada furtiva desde el borde del tapiz: cuatro sacerdotes vestidos con túnicas blancas cruzaron la nave exterior, salieron y cerraron las puertas principales. Hubo un ruido pesado y sordo, señal de que habían dejado caer la viga que trababa las puertas.

-Eso no lo había previsto -susurró Nicholas-. Nos han encerrado hasta mañana.

-Por lo tanto, nadie nos molestará -dijo Royan vivamente-. Manos a la obra.

Salieron sigilosamente de su escondite y cruzaron la nave exterior hacia la entrada del qiddist. Nicholas se detuvo y le tomó el brazo:

- Estamos por entrar en territorio prohibido. Será mejor que explore un poco el terreno.

Royan meneó la cabeza con vehemencia:

- Ni sueñes con dejarme aquí. Iré contigo -dijo en ese tono que no admitía réplica.

-Bueno, vamos.

Encabezó la marcha por la escalinata a la cámara central.

Era un recinto más pequeño y de techo más bajo que la nave. Los tapices eran más lujosos y se encontraban en mejor estado. No había otro mueble que una estructura piramidal de maderos toscos sobre la cual había varias hileras de lámparas de bronce. En cada una la mecha flotaba en un charco de grasa derretida. Esa luz tenue era la única que había, y no alcanzaba a iluminar el techo ni los rincones.

Al cruzar el recinto hacia la entrada del maqdas, Nicholas sacó dos linternas de su mochila y entregó una a Royan.

- Las pilas son nuevas, pero usémoslas con discreción. Tal vez debamos pasar la noche aquí.

Llegaron a la entrada del santuario. Nicholas estudió las puertas. En cada panel había un grabado de San Frumencio con la cabeza nimbada por una luz celestial y la diestra alzada para impartir la bendición.

- Un candado antiguo -murmuró-. De hace siglos. Se puede meter el puño entre el pestillo y la lengüeta. -De su mochila sacó una navaja con varias hojas. -Este sí que es un aparatito útil. Sirve tanto para extraer una piedra del casco de un caballo como para forzar la cerradura de un cinturón de castidad.

Se arrodilló frente al gran candado de hierro y abrió una de las hojas. Ella lo miraba ansiosamente y se sobresaltó un poco al oír el chasquido de la traba.

-¿Juventud perdida? -preguntó-. ¿El robo con ganzúa es una de tus muchas destrezas?

-No quieras saberlo. -Se paró y apoyó el hombro contra una de las hojas. Cedió con un quejido de bisagras oxidadas, él la abrió apenas lo suficiente para poder pasar y la cerró inmediatamente.

Parados en el umbral del maqdas, contemplaron el recinto en respetuoso silencio.

El Santuario era un recinto pequeño, mucho más pequeño de lo que habían pensado.

Bastaba una docena de pasos para cruzarlo. El techo era abovedado y tan bajo, que Nicholas, parado en puntas de pie, alcanzaba a rozarlo con los dedos.

En todas las paredes había anaqueles cargados con ofrendas y exvotos de los fieles, íconos de la Trinidad y la Virgen ejecutados en estilo bizantino con marcos de plata labrada. Había estatuillas de santos y emperadores, medallones y coronas de metal bruñido, escudillas y tazones y cajas incrustadas con piedras preciosas, candelabros de muchas ramas, en cada una de las cuales un cirio votivo daba su luz incierta y vacilante. Era una colección extraordinaria de chatarra y tesoros, objetos hechos con virtuosismo y baratijas del peor gusto, testimonios de fe ofrendados por emperadores y jefes etíopes a lo largo de los siglos.

En el centro se alzaba el altar de cedro tallado con escenas de la revelación y la creación, la tentación y la expulsión del Edén, así como del Juicio Final. El mantel era de seda cruda, la cruz y el cáliz de plata maciza. La luz de las velas se reflejaba en la corona del abad, que llevaba el sello cerámico azul de Taita en medio de la frente.

Royan cruzó el recinto y se arrodilló frente al altar. Inclinó la cabeza para rezar. Nicholas esperó respetuosamente en el umbral a que se pusiera de pie.

-¡La piedra del tabot! -Señaló un lugar detrás del altar y avanzaron juntos. En el fondo del maqdas había un objeto cubierto por una gruesa tela de damasco bordada con hilos de plata y oro. Se advertía que el objeto debajo de la tela era de proporciones elegantes y delicadas, de la altura de un hombre, delgado y montado sobre un pedestal.

Caminaron en torno del objetos oculto, estudiaron su forma con avidez, pero ninguno intentó descubrirlo por temor a que sus expectativas resultaran infundadas, que sus esperanzas se estrellaran con la fuerza del torrente que caía a la caldera del Nilo. Para romper la tensión, Nicholas se apartó de la piedra del tabot y se volvió a la puerta enrejada en la pared del fondo del santuario.

-¡La tumba de San Frumencio! -dijo, y fue derecho a la reja. Ella se paró a su lado y juntos miraron a través del enrejado de madera ennegrecido por el paso de los años. El interior estaba oscuro. Nicholas introdujo la linterna y la encendió.

El haz de la linterna reveló un arco iris de colores tan brillantes que su vista tardó algunos segundos en adaptarse. Y entonces Royan lanzó una exclamación.

-¡Mi dios querido! -Empezó a temblar como si tuviera fiebre y su rostro se volvió lívido.

El ataúd ocupaba una plataforma de piedra en la pared del fondo de la tumba, que era pequeña como una celda. En el exterior estaba pintado el retrato del hombre que yacía en él. Aunque estaba desteñido y muy descascarado, aún se distinguían los rasgos pálidos y la barba rojiza del muerto.

No era el único motivo del asombro de Royan. Contemplaba fijamente las paredes por encima y a cada lado de la plataforma donde reposaba el ataúd. En una profusión de colores, hasta el último centímetro de pared estaba cubierto por pinturas sumamente trabajadas y detalladas que por milagro habían sobrevivido el paso de los milenios.

En silencio reverente, Nicholas deslizó el haz de su linterna sobre los murales, mientras Royan se aferraba a su brazo como si estuviera a punto de caer. Le hundió las uñas filosas en la piel, pero él no sintió el dolor.

Había escenas de grandes batallas, de galeras de guerra trabadas en sangrienta lid en las aguas azules del río eterno. Había escenas de caza, de persecución del caballo de río y de elefantes inmensos con colmillos deslumbrantes de marfil. Había escenas de regimientos emplumados y acorazados, embargados por la furia y la sed de sangre. Escuadras de carros giraban y se atacaban sobre los muros estrechos, detrás de las nubes de polvo que alzaban en sus alocadas carreras.

Dominaba el primer plano de cada mural la misma figura alta y heroica. En una escena tensaba el arco, en otra blandía la hoja de bronce. Sus enemigos temblaban en su presencia; él los pisoteaba o alzaba sus cabezas tronchadas como si formaran un ramo de flores.

El haz de Nicholas recorrió la estupenda muestra de arte y se detuvo en el panel central que cubría la pared sobre la plataforma donde reposaba el ataúd de madera podrida. La misma

figura deiforme ocupaba el estribo del carro de guerra. En una mano empuñaba el arco, en la otra un haz de jabalinas. Desde su cabeza, no cubierta por casco alguno, su pelo volaba al viento, una trenza rubia y gruesa como la cola de un león. Sus rasgos eran nobles y arrogantes, su mirada firme e indomable.

Debajo de la figura había una leyenda en jeroglíficos egipcios clásicos. Royan la leyó en un susurro sepulcral:

Gran León de Egipto
Mejor de Cien Mil
Portador del Oro del Valor
Único Compañero de Faraón
Guerrero de todos los Dioses
¡Que vivas por siempre!

La mano que aferraba su brazo temblaba, su voz se desvanecía, ahogada por la emoción. Sollozó suavemente, pero se estremeció para dominarse.

-Conozco al artista -susurró-. Hace cinco años que estudio su obra. La reconocería en cualquier parte. -Tomó aliento. -Sé con toda certeza que hace casi cuatro mil años, el esclavo Taita decoró estos muros y diseñó esta tumba.

Señaló el nombre del muerto, tallado en el muro de piedra sobre la plataforma de su ataúd:

-Esta no es la tumba de un santo cristiano. Seguramente, hace siglos un monje viejo la descubrió y, en su ignorancia, la usurpó para su propia fe. -Tomó aliento para contener otro sollozo. -¡Mira! El sello de Tanus, señor Harreb, comandante de todos los ejércitos de Egipto, amante de la reina Lostris y padre natural del príncipe Memnon, luego faraón Tamose.

Entonces callaron, absortos y extasiados en la contemplación de su descubrimiento. Finalmente, Nicholas rompió el silencio.

-O sea que es verdad. Los secretos del séptimo papiro están aquí a nuestro alcance, si encontramos la clave para descifrarlos.

-Precisamente -susurró Royan-. La clave. El testamento de piedra de Taita. -Se volvió hacia la piedra del tabot y se acercó lenta, temerosamente.

-No puedo descubrirla, Nicky. Tengo tanto miedo de que no sea lo que esperamos. ¡Hazlo tú!

Fue directamente a la columna y con un gesto ampuloso, de mago de circo, le quitó la tela damasquinada que la cubría. Apareció un pilar de granito rosado, de unos dos metros de altura. La base medía unos treinta centímetros de lado y el tope plano aproximadamente la mitad. El granito estaba pulido y grabado.

Royan se adelantó a tocar la piedra fría; las yemas de sus dedos rozaron lentamente los jeroglíficos a la manera de un ciego que lee el Braille.

-La carta que nos dejó Taita -susurró al encontrar el símbolo del halcón con el ala rota en medio de una maraña de jeroglíficos. Lo rozó con un índice largo, fino y tembloroso. -Escrita hace casi cuatro mil años. Ha esperado todos estos milenios que llegáramos a leerla y comprenderla. Mira su firma. -Caminó lentamente en torno del pilar, estudió sucesivamente las cuatro caras. Al leer asentía y sonreía, luego fruncía el entrecejo y meneaba la cabeza para luego sonreír otra vez como si se tratara de una carta de amor.

-Lee en voz alta -le pidió Nicholas-. Es demasiado difícil para mí. Entiendo los caracteres, pero no el sentido ni el significado del mensaje. Explícamelo, por favor.

-Así escribe Taita -dijo riendo, mientras la admiración reverente cedía por fin a la pasión del descubridor-. Como siempre, su manera de expresarse es oscura y arbitraria. -Se

refería a él como a un amigo muy querido y exasperante a la vez. -Todo está en verso, probablemente en un código esotérico inventado por él. -Eligió al azar un renglón de jeroglíficos y los señaló con el dedo al leer: -"El buitre alza vuelo en potentes alas al encuentro del Sol. El chacal aúlla y se revuelve sobre su cola. El río fluye hacia la tierra. Violadores de los lugares sagrados, ¡temed la cólera de todos los dioses que se abatirá sobre vosotros!"

-Esa cháchara es absurda. No tiene el menor sentido.

-Sí que lo tiene. Los textos de Taita siempre tienen sentido, una vez que descubres su lógica perversa. -Lo miró a los ojos-. No pongas esa cara, Nicky. ¿Creías que leer a Taita sería tan fácil como leer un editorial del Times? Tal vez nos lleve semanas o meses desentrañar el enigma que nos dejó.

-En fin, lo que sí sabemos es que no podemos pasar semanas o meses en el maqdas, así que a trabajar.

-Primero las fotos -dijo vivamente-. Luego tomaremos impresiones de la piedra.

Puso el bolso de las cámaras en el piso y se inclinó para abrirlo.

-Primero tomaré dos rollos en color y luego usaré la Polaroid. Así tendremos material para trabajar hasta que podamos revelar los rollos.

Ella se apartó para no estorbarle mientras fotografiaba el pilar, de rodillas para obtener el perfil exacto que no distorsionara la perspectiva. Tomó varias fotos de cada una de las cuatro caras, con distintos tiempos de exposición y aperturas de diafragma.

-No gastes todos los rollos. Necesitamos fotos de las paredes de la tumba.

El asintió, fue a la grilla y estudió el sistema de cierre.

-Este es mas complicado que la puerta exterior. Si trato de entrar, tal vez cause algunos daños. No quiero correr el riesgo de que nos descubran.

-De acuerdo. Toma las fotos a través de las aberturas. Para hacerlo tuvo que estirar los brazos a través de la grilla y calcular el foco a ojo.

-Bien, ya está -dijo por fin-. Ahora con la Polaroid. -Repitió toda la operación, pero esta vez Royan apoyó una cinta métrica contra el pilar para determinar la escala.

Después de cada foto ella verificaba la exposición. En una o dos ocasiones, fuera porque el exceso de flash había velado la foto, o el objeto estaba borroso o bien por algún otro motivo, le pidió que repitiera la toma.

Al cabo de dos horas ya tenían un juego completo de fotografías Polaroid. Nicholas guardó las cámaras y sacó el rollo de papel de dibujo. Juntos lo estiraron sobre una cara del pilar y lo sujetaron con cinta adhesiva. El desde arriba y ella desde abajo, frotaron el papel con lápiz negro hasta que quedó estampada la forma exacta del grabado.

-Esto es importantísimo cuando se trata de Taita. Si no puedes trabajar con el original, necesitas una copia exacta. A veces un detalle ínfimo altera todo el sentido y el significado del texto. Cada frase tiene varios sentidos ocultos. Habrás leído en Río sagrado que él se considera un maestro en el arte de la adivinanza y el juego de palabras, y también el mejor jugador de bao de todos los tiempos. En eso el libro dice la verdad. Dondequiera que se encuentre, Taita sabe que la partida ha comenzado y disfruta de cada jugada. Casi lo veo reír y frotarse las manos con satisfacción.

-Me parece un poco extravagante, querida. -Reanudó la tarea. -Sin embargo, te comprendo perfectamente.

La tarea de estampar los grabados sobre las hojas blancas de papel de calcar era morosa y monótona; pasaban las horas mientras trabajaban de rodillas o inclinados sobre el pilar de granito. Por fin Nicholas se enderezó y masajeó su espalda dolorida.

-Bien, ya está. Terminamos.

Se paró a su lado:

-¿Qué hora es? -preguntó, y él miró su reloj.

-Las cuatro de la mañana. Tenemos que ordenar. No debemos dejar señales de nuestra presencia.

-Falta lo último -señaló Royan. Arrancó un trozo de papel de calcar y fue al altar donde

reposaba la corona del abad. Sujetó el papel sobre el sello de cerámica azul en el centro de la corona y estampó el grabado del halcón con el ala rota.

-Un talismán -dijo mientras le ayudaba a plegar las grandes hojas de papel y guardarlas en la mochila. Luego recogieron los trozos de cinta adhesiva y los envoltorios de los rollos de película que él había arrojado sobre las baldosas.

Antes de cubrir la estela de granito con la tela de damasco, Royan acarició los paneles grabados como si se despidiera de ellos para siempre. Luego hizo un gesto a Nicholas.

Él echó la tela sobre el pilar y juntos acomodaron los pliegues para que quedaran tal como los habían encontrado. Desde el umbral de la puerta reforzada con bronce echaron una última mirada al maqdas y él abrió la puerta.

-¡Vamos! Ella salió y él la siguió al qiddist de la iglesia. En pocos minutos pudo cerrar el candado.

-¿Cómo abriremos la puerta principal?

-Me parece que no será necesario. Es evidente que los monjes tienen acceso directo al qiddist desde sus dormitorios. Casi no se los ve entrar o salir por la puerta principal. -Fue al centro del recinto y lo estudió cuidadosamente. -Debe de ser por aquí si va directamente a los dormitorios... ¡Ajá! Mira cómo han marcado un camino a lo largo de los siglos. -Señaló una hilera de baldosas lisas y gastadas junto a la pared lateral. -Y mira las marcas de dedos sucios en ese tapiz. -Fue a la colgadura y apartó uno de sus pliegues. -Ya me parecía. -El tapiz ocultaba una puerta estrecha. -Vamos por aquí.

Se encontraron en un pasadizo oscuro tallado en el corazón de la piedra. Nicholas encendió su linterna, pero la tapó con una mano para utilizar el mínimo indispensable de luz.

-Es por aquí -dijo. Tras un codo en ángulo recto vieron una luz tenue y Nicholas apagó su linterna.

Ahora había olor a hombre y a comida rancia, y pasaron la abertura sin puerta de una celda de monje. Nicholas iluminó el interior, desierto y desprovisto de objetos salvo una cruz de madera en la pared y un catre. Pasaron una docena de celdas casi idénticas.

Después del codo siguiente, Nicholas se detuvo. Sintió una levísima corriente de aire en su mejilla y el sabor del aire fresco en la boca.

-Vamos bien -murmuró. Siguieron adelante rápidamente, hasta que Royan le aferró el hombro y lo obligó a detenerse. -¿Qué... -pero un apretón de la mano sobre su hombro lo hizo callar. Entonces oyó el eco espeluznante de una voz humana al retumbar en el laberinto de pasadizos.

Lo siguió el grito escalofriante de un alma en agonía, mitad aullido, mitad sollozo. Siguieron adelante para tratar de salir antes de que los descubrieran, pero los ruidos se hacían más fuertes.

-Directamente delante de nosotros -susurró Nicholas-. Tendremos que pasar sin ser vistos.

Una suave luz amarilla se derramaba desde la abertura de una celda. Un grito desgarrador de mujer los hizo detenerse en seco.

-Es una mujer. ¿Qué pasa aquí? -murmuró Royan, pero él meneó la cabeza para hacerla callar.

Tenían que pasar la abertura de la celda iluminada. Nicholas apoyó la espalda contra la pared opuesta y ella lo siguió, aferrándose a su brazo para conservar la calma.

Al pasar directamente frente a la celda oyeron la voz de la mujer, esta vez mezclada con la de un hombre. Era un dúo sin palabras, estremecido por la agonía de una pasión demasiado salvaje para expresarla en silencio.

A la vista de ambos apareció una pareja, desnuda sobre el catre. La mujer estaba tendida de espaldas y abrazaba las caderas del hombre con sus rodillas alzadas. Sus brazos enlazaban la espalda del hombre, en la que se destacaba nítidamente cada músculo empapado de sudor. El pujaba salvajemente, sus nalgas se alzaban y abatían sobre ella con la fuerza de un gran ariete negro.

Ella volvía la cabeza a uno y otro lado, y en ese momento un nuevo grito incoherente

escapó de su garganta. El hombre tendido sobre ella no pudo soportarlo: se alzó como una cobra al atacar, con la pelvis unida a la de ella pero la espalda arqueada como un arco de guerra. Agitado por los espasmos, los tendones de sus pantorrillas se crisparon hasta el límite mientras los músculos de su espalda saltaban y se agitaban como otras tantas criaturas.

La mujer abrió los ojos y los clavó en el hombre y la mujer que los miraban inmóviles desde la puerta. Pero no los vio: enceguecida por la pasión, clamó al hombre que la montaba.

Nicholas tomó el brazo de Royan y juntos recorrieron el resto del pasadizo hasta la terraza desierta. Al llegar al pie de la escalera se detuvieron a aspirar el aire fresco de la noche, perfumado por las aguas del Nilo.

-Tessay se ha ido con él -susurró Royan.

-Sí, al menos por esta noche.

-No. -Royan meneó la cabeza. -¿No viste su cara, Nicky? Ahora pertenece a Mek Nimmur.

El alba teñía el borde aserrado de la escarpa con colores de vino oporto y rosas cuando llegaron al campamento y se despidieron frente a la choza de Royan. -Estoy exhausta -dijo-. Fueron demasiadas emociones. No volverás a verme antes del mediodía.

-Me parece muy bien. Quiero que estés de lo más lúcida y perspicaz cuando abordemos el material que recogimos anoche.

Sin embargo, mucho antes del mediodía Nicholas fue arrancado de un sueño profundo por los gritos destemplados de Boris al irrumpir en su choza.

-¡Inglés, despierte! Tenemos que hablar. ¡Despierte de una vez, hombre!

Nicholas rodó y extendió un brazo bajo el mosquitero para buscar su reloj pulsera.

-¡Carajo, Brusilov! ¿Qué mierda quiere?

-¡Mi mujer! ¿No ha visto a mi mujer?

-¿Qué tengo que ver yo con su mujer?

-¡Se ha ido! No la he visto desde anoche.

-Por la forma como la trata, no me sorprende en absoluto. Bueno, váyase. Déjeme dormir.

-La puta se ha ido con ese negro de mierda de Mek Nimmur. Sé lo que pasa entre ellos. No quiera protegerla, inglés. Estoy enterado de todo. Trata de encubrirlos... ¡confiéselo!

-Fuera de aquí, Boris. Su sórdida vida privada no es asunto mío.

-Lo vi hablando con ese shufta hijo de puta la otra noche mientras desollaban. No lo niegue, inglés. Es cómplice de ellos.

Nicholas apartó bruscamente el mosquitero y se paró de un salto:

-Cuide la lengua cuando habla conmigo, animal. Boris retrocedió hacia la puerta:

-Sé que se fugó con él. Los busqué toda la noche junto al río. Se fueron los dos y casi todos los hombres de él.

-Me alegro por Tessay. Por fin demuestra un poco de buen gusto para elegir a su hombre.

-¿Cree que dejaré que la puta se salga con la suya? Se equivoca en serio. Los voy a rastrear y los voy a matar a los dos. Sé hacia dónde van. Cree que soy un idiota, pero conozco a Mek Nimmur. Fui jefe de inteligencia... -Se interrumpió para no cometer una indiscreción. -Le meteré unos tiros en la barriga para que Tessay lo vea morir.

-Si persigue a Mek Nimmur, apuesto lo que quiera a que no volverá.

-No me conoce, inglés. Me dio una paliza la noche que yo tenía la panza llena de vodka y ahora cree que soy fácil de vencer, da? Bueno, ya verá Mek Nimmur lo fácil que soy.

Boris salió de la choza. Nicholas se puso una camisa y lo siguió.

En su choza, Boris había empacado algunos artículos indispensables en una mochila, y

en ese momento llenaba el cargador de su fusil de caza 30/06.

-Déjelos en paz, Boris -dijo Nicholas en tono conciliador-. Mek es un muchacho rudo... más rudos no hay. Lo acompaña una partida de cincuenta hombres. Y a su edad ya sabe que es imposible retener una mujer por la fuerza. ¡Déjela en paz!

-No quiero retenerla. Quiero matarla. El safari terminó, inglés. -Arrojó un llavero de cuero a los pies de Nicholas. -Son las llaves del Land Cruiser. Puede volver a Addis cuando quiera. Le dejaré cuatro de mis mejores hombres para llevarlo de la manito. Déjeme el camión grande. Cuando llegue a Addis, déle las llaves del Land Cruiser a mi rastreador Aly. Yo sabré dónde encontrarlo. Después le enviaré el dinero por los días cancelados. No se preocupe... soy un hombre de principios.

-No tengo la menor duda -dijo Nicholas con una sonrisa-. Adiós, viejo. Que tenga suerte. La necesitará en abundancia si persigue a Mek Nimmur.

Boris sabía que su presa le llevaba varias horas de ventaja, de manera que apenas salió del campamento se lanzó al trote por la senda que conducía a la huella principal hacia el oeste, en dirección a la frontera con Sudán. Corría como un explorador, con un tranco largo y liviano que devoraba el terreno.

"Parece que se mantiene en buen estado a pesar del vodka".

pensó Nicholas, admirado a pesar de todo. "¿Cuánto tiempo será capaz de mantener ese paso?"

Iba a volver a su choza para dormir un poco más, pero en ese momento Royan asomó la cabeza:

-¿Se puede saber qué significa ese griterío? ¿Otra vez peleando con Boris?

-Tessay se ha marchado. Boris adivinó que se fue con Mek, y partió en su busca.

-¡Ay, Nicky! ¡Deberíamos avisarles!

-Imposible, pero salvo que se haya vuelto idiota, Mek sabrá que Boris ira a buscarlo. Ahora que lo pienso, lo más probable es que esté esperando que lo haga. Así podrá ajustarle las cuentas. No, lo que menos necesita Mek es nuestra ayuda. ¡Vuelve a la cama!

-No puedo dormir. Estoy tan excitada. Estuve mirando las Polaroid que tomamos anoche. Taita nos dejó material de sobra. Ven a ver.

-¿Una hora mas de sueño? -suplicó con fingida humildad. Rió:

-Ni medio segundo. Vamos.

En la choza había desplegado las Polaroid y las impresiones sobre la mesa. Le indicó que se sentara a su lado.

-Mientras tú roncabas a pierna suelta, yo estuve trabajando. -Puso cuatro fotografías en hilera y colocó su gran lupa sobre ellas. Era un modelo profesional de agrimensor montado sobre patas plegables que permitía estudiar las fotos con todo detalle. -Taita encabezó cada cara de la estela con el nombre de una estación: primavera, verano, otoño, invierno. ¿Qué opinas que quiso indicar?

-¿Números de página?

-Exactamente -asintió-. Para los egipcios, la primavera era el comienzo de la vida nueva. Nos indica el orden de lectura de los paneles. Este es el de la primavera. -Señaló una de las fotos.

-Empieza con cuatro frases conocidas del Libro de los Muertos. -Leyó las primeras líneas del encabezamiento: -"Soy la primera brisa que sopla suavemente sobre el océano tenebroso de la eternidad. Soy la primera alba. El primer destello de luz. Una pluma blanca agitada por el viento del amanecer. Soy Ra. Soy el principio de todas las cosas. Viviré para siempre. Nunca moriré." -Alzó la vista sin soltar la lupa: -Por lo que he podido ver, casi no difieren del original. Mi instinto me dice que dejemos esta parte por el momento. Podremos volver sobre ella si hace falta.

-Hagámosle caso a tu instinto -dijo él-. ¿Qué dice después? Nuevamente posó la lupa sobre la foto:

-No te miraré mientras leo este pasaje. Cuando se inspira, Taita es tan procaz como Rabelais. Bueno, ahí va: "La hija de la diosa suspira por su madre. Ruge como una leona al

correr a su encuentro. Salta de la montaña y sus colmillos son blancos. Es la ramera del mundo. Su vagina orina a torrentes. Su vagina ha tragado un ejército de hombres. Su sexo se come los albañiles y los labradores de la piedra. Su vagina es un pulpo que ha tragado a un rey."

-¡Alto ahí! -Nicholas rió suavemente. -Bastante sabroso, ¿no te parece? -Se inclinó para mirar su cara, que ella trataba de ocultar. -Ay, niña, qué rosas tienes en esas lindas mejillas. Qué bonita eres cuando te sonrojas.

-No te hagas el poético que no te sienta en absoluto -replicó fríamente-. Deja de burlarte y dime qué piensas de lo que he leído.

-Aparte del sentido directo, no tengo la menor idea.

-Quiero que veas algo. -Se paró, plegó los papeles y las fotos y los guardó en la mochila. -Ve a ponerte los borceguíes. Saldremos a pasear.

Una hora más tarde se encontraban en el puente suspendido que se hamacaba suavemente sobre las aguas torrenciales del río Dandera.

-Hapi es la diosa del Nilo. ¿No es este río la hija que suspira por su madre, que salta de la montaña con un rugido de leona, los colmillos blancos de espuma?

Contemplaron en silencio el arco de piedra rosada bajo el cual surgía el río. Nicholas la miró con una sonrisa lasciva:

-Ya sé lo que viene. Es lo que pensé yo la primera vez que vimos esa brecha. Dijiste que parecía la boca de una gárgola, pero yo tuve otra imagen.

-Me parece que tienes unas amiguitas notables -dijo ella, y se tapó la boca-: Perdóname, no quise decir eso. Soy tan grosera como tú y Taita.

-¡Los trabajadores que ha tragado! -exclamó, excitado-. ¡Los albañiles y los labradores de piedras!

-El faraón Mamose era un dios. El río ha tragado a un dios

con su... con su arco de piedra. -Estaba tan emocionada como él. -Confieso que no hubiera hecho la asociación si tú no hubieras explorado la quebrada y descubierto los nichos en la pared. -Le aferró el brazo. -Debemos volver, Nicky. Tenemos que ver ese bajorrelieve en la pared de la caverna.

-Eso requiere preparativos -dijo en tono dubitativo-. Tendré que empalmar las sogas, fabricar un aparejo y además entrenar a Aly y su gente para evitar la repetición del último fiasco. No podremos intentarlo hasta mañana por la mañana, si es que nos damos prisa.

-Ocúpate de eso. Yo tengo trabajo de sobra con la traducción de la estela. -Entonces se interrumpió y alzó la vista al cielo. -¡Escucha! -susurró.

Él inclinó la cabeza. Por encima del rugido del río escuchó el ruido sibilante de los rotores en el aire.

-¡Diablos! -gruñó-. Pensé que habíamos perdido a los de Pegaso. ¡Vamos! -Le tomó el brazo para bajar rápidamente. Saltaron a la playa y se ocultaron bajo el alero del puente.

Sentados en silencio sobre la arena blanca escucharon el ruido del helicóptero Jet Ranger que se acercaba rápidamente y luego viraba sobre las colinas más allá de los precipicios rosados. Evidentemente el piloto no los había descubierto porque empezó a recorrer la quebrada. Bruscamente el ruido del motor se volvió más agudo cuando accionó la palanca.

-Parece que va a aterrizar en las colinas -dijo Nicholas al salir de bajo el puente-. Me sentiría mucho más tranquilo si no anduvieran husmeando por aquí.

-No me parece que tengamos mucho de qué preocuparnos -objetó Royan-. Aunque tuvieran algo que ver con los asesinos de Duraid, les llevamos mucha ventaja. Es evidente que no han descubierto la importancia del monasterio y la estela.

-Espero que tengas razón. Volvamos al campamento. Que no nos descubran en la vecindad de la quebrada. Si nos ven aquí cada vez que vienen a husmear, sabrán que no es casualidad.

Mientras Royan estudiaba las fotografías y croquis en su choza, Nicholas trabajaba con los rastreadores y desolladores. Empalmó los cabos sueltos de dos rollos de soga de nailon para obtener una cuerda de ciento setenta metros.

Arrancó el alero de lona de la cocina, lo recortó y dobló los bordes para hacer un asiento de hamaca. Con los cabos de la soga fabricó un arnés que sujetó a las cuatro puntas del asiento.

A falta de un aparejo de roldanas, con unos palos armó una grúa en pórtico tosca que extendería sobre el borde del precipicio para impedir que la soga rozara la roca. La soga pasaría por un surco que abrió en el extremo de la viga principal por medio de un hierro candente y untó con grasa de la cocina.

A media tarde terminó sus preparativos. Dejó a Royan en el campamento y con sus hombres llevó los rollos de soga y las vigas del pórtico hasta el lugar donde había bajado a la quebrada a recuperar el cuerpo del dik-dik. Desde allí siguieron el borde del precipicio río abajo. La marcha era penosa porque los espinos crecían hasta el borde mismo y en muchos lugares tuvieron que abrirse paso a golpes de machete.

Lo guió el ruido de la cascada. A medida que avanzaban río abajo el rugido de las aguas al caer se volvía más fuerte y la roca misma parecía temblar bajo sus pies. Por fin, al inclinarse sobre el borde, Nicholas alcanzó a ver el destello de la espuma en las profundidades.

-Es aquí -gruñó con satisfacción, y explicó sus deseos a Aly en árabe.

Para determinar la posición exacta del pórtico, Nicholas ocupó el asiento de lona y se hizo bajar unos seis metros, hasta el alero del precipicio. Hasta ahí podía impedir que la soga de nailon se gastara sobre la roca, pero también podía echar una mirada bajo el alero.

Al inclinarse hacia atrás, sobre la catarata y la caldera rocosa del río cincuenta metros más abajo, pudo ver la doble hilera de nichos abiertos en el muro. Sin embargo, la curva del alero ocultaba el grabado en bajorrelieve. A su señal, Aly y sus hombres lo alzaron al instante.

-Tenemos que instalarlo un poco más abajo -dijo, y les indicó dónde debían limpiar el borde de los densos matorrales que lo cubrían-. ¡Diablos! -exclamó. Puso rodilla en tierra para estudiar el borde de la roca hasta entonces oculto bajo los espinos. -Aquí hay más excavaciones.

Expuestos a la acción de los elementos, a diferencia de las obras protegidas por el alero, esos rastros estaban muy erosionados. Eran apenas vestigios, vagas muescas en el borde de la roca, pero parecía evidente que habían sido los puntos de anclaje superiores del antiguo andamio. Instalaron el pórtico en el mismo punto nivelado y extendieron la viga larga sobre el vacío. Luego la montaron y sujetaron con una tosca estructura de vigas menores atadas con sogas.

Entonces Nicholas se deslizó hasta el extremo para probar la estructura y deslizar la soga en la ranura. La estructura parecía sólida, firme, pero al volver a tierra no pudo contener un suspiro de alivio.

Se enderezó y miró sobre los matorrales de espinos hacia donde el Sol poniente, un furioso disco rojo, ya rozaba el horizonte.

-Basta por hoy -dijo con firmeza-. Mañana haremos el resto.

A la mañana siguiente, Nicholas y Royan ya estaban despiertos y bebiendo café junto al fuego antes del amanecer. Sentados en torno de otra fogata, Aly y sus hombres conversaban en voz baja y tosían al encender los primeros cigarrillos del día. Parecía que el proyecto los había atrapado. No

entendían el motivo del segundo descenso al abismo, pero el entusiasmo de los ferengi era contagioso.

Apenas hubo luz suficiente para ver la senda, Nicholas encabezó la marcha hacia las colinas. Los hombres conversaban animadamente en amhárico al atravesar los matorrales a buen paso, y llegaron a la roca cuando el Sol asomaba sobre la escarpa oriental del valle. Nicholas los había entrenado el día anterior y discutido los planes con Royan durante buena parte de la noche, de manera que cada uno conocía sus tareas y en poco tiempo estaban preparados para el descenso.

Nicholas vestía pantalones cortos y zapatillas, pero en esa ocasión llevaba un viejo buzo de rugby para abrigarse. Mientras se lo ponía, indicó a Royan la plataforma tallada en la piedra.

Ella la estudió cuidadosamente.

-Es muy difícil cerciorarse, pero me parece que tienes razón. Esto parece artificial.

Tus dudas se resolverán cuando bajes un poco más. El muro debajo del alero casi no ha sufrido desgaste y los nichos se conservan en perfecto estado... es decir, hasta la marca de la crecida.

Se sentó en la silla y quedó suspendido sobre el vacío. A su señal, los hombres empezaron a bajarlo. La soga corría fácilmente por la ranura engrasada.

Al instante comprobó que había elegido bien el lugar porque se encontraba frente a la doble hilera de nichos. Llegó a la altura del enigmático círculo en el muro, pero se encontraba a mas de quince metros; además, los líquenes de colores que crecían sobre la roca ocultaban parcialmente los detalles y le impedían determinar si se trataba de una talla o bien de una falla natural. Siguió de largo mientras Aly y sus hombres soltaban la soga.

Al llegar al fondo, se deslizó de la silla de lona al agua. Estaba tan fría que le quitó el aliento. Pedaleó en el agua hasta que su cuerpo se aclimató y luego dio tres tirones a la soga, la señal convenida con Aly. Mientras alzaban la silla, nadó hasta el borde del remanso y aferró el borde de uno de los nichos. Había olvidado la sensación de frío, soledad y desamparo que lo embargaba a uno en el fondo del abismo.

Después de una larga espera, alzó la vista y alcanzó a ver a Royan que aparecía sobre el borde del alero, sentada en la hamaca de lona y girando lentamente en el extremo de la soga de nailon. Ella miró hacia abajo y agitó el brazo con entusiasmo.

"Diez puntos para la chica", pensó con una sonrisa. "No se asusta fácilmente." Quería gritarle unas palabras de aliento, pero sabía que era inútil porque el rugido atronador de la cascada tapaba todos los ruidos. Por eso se limitó a devolverle el saludo con el brazo.

Vio que a mitad de camino tironeaba con fuerza de la soga. Aly esperaba esa señal, y el descenso se interrumpió inmediatamente. Se inclinó hacia atrás, aferró la soga con la mano izquierda mientras con la derecha buscaba los largavistas de Nicholas, que llevaba colgados del cuello. El ángulo era incómodo y debía sostener los largavistas y manipular el foco con la misma mano. Vio que le era difícil enfocar la marca redonda en la roca y mantenerla dentro del campo visual porque la silla se hamacaba y al mismo tiempo giraba lentamente.

Se debatió en esa posición durante un lapso que a Nicholas le pareció excesivamente largo, aunque en realidad fue apenas unos minutos. Bruscamente dejó caer los largavistas sobre su pecho, echó la cabeza atrás y lanzó un grito que Nicholas, treinta metros más abajo, oyó claramente a pesar del rugido del agua. Su júbilo era evidente en la forma de patalear y de agitar el brazo. Al reanudarse el descenso, aún lanzaba gritos incoherentes y su rostro parecía iluminar las tinieblas del fondo de la quebrada.

-No te oigo -gritó él, pero la catarata frustraba cualquier intento de comunicación.

Royan se agitaba en la hamaca, gritaba y gesticulaba con frenesí. Soltó la soga y se torció en el asiento para no perder de vista a Nicholas mientras giraba. Cuando aún se encontraba a seis metros del agua, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer.

-Cuidado -gritó él-. Esos largavistas son Zeiss. ¡Dos mil librasen el free-shop de Zurich!

Esta vez su voz debió de llegar hasta ella, porque le sacó la lengua en un gesto infantil.

Pero dominó sus movimientos. Cuando sus pies estaban a punto de rozar el agua, tironeó de la soga para detener el descenso y lo miró, colgada sobre el remanso a quince metros de él.

-¿Qué descubriste? -vociferó.

-¡Que tenías razón! ¡Eres una maravilla!

-¿Es artificial? ¿Es una inscripción? ¿Pudiste leerla?

-¡Sí a las tres preguntas! -replicó con una sonrisa triunfal. -No me hagas sufrir. Cuéntame.

-Una vez más, Taita no pudo con su propia soberbia. Tenía que firmar su obra. -Rió. -Nos dejó su autógrafo, ¡el halcón con el ala rota!

-¡Maravilloso! ¡Extraordinario, carajo!

-Es la prueba de que Taita estuvo aquí, Nicky. Sólo pudo tallar ese cartucho si estaba parado sobre un andamio. Teníamos razón. Ese nicho formaba parte de la escalera para descender hasta aquí.

-Está bien, pero, ¿por qué? -replicó a los gritos-. ¿Por qué bajó Taita hasta aquí? No hay señales de una excavación ni de una construcción.

Miraron en tomo de la caverna tenebrosa. Aparte de las dos hileras de nichos, los muros de roca se hundían en el agua intactos, lisos e inescrutables.

-¿Detrás de la catarata? -gritó ella-. ¿No hay una concavidad en la roca? ¿Puedes llegar desde donde estás?

Tomó impulso contra el muro y nadó hacia la caída atronadora. Cuando estaba a mitad de camino lo atrapó la corriente y tuvo que empeñar todas sus fuerzas para vencerla. Agitando violentamente los brazos y las piernas alcanzó una punta de la roca lustrada por el agua y cubierta de algas escurridizas en el borde más cercano de la cascada.

El agua martillaba sobre su cabeza, pero fue bordeando el alero de piedra hacia el corazón de la cascada. Cuando estaba a mitad de camino, el agua lo venció. Lo arrancó de su posición precaria y lo arrojó a los tumbos al medio de la charca. Salió a la superficie y nuevamente tuvo que emplear todas sus fuerzas para liberarse de la. corriente hasta llegar al remanso junto al muro. Se aferró al nicho de piedra, resoplando como un fuelle.

-¿Nada? -preguntó Royan.

Meneó la cabeza, pero al principio le faltó el aliento para responder.

-Nada -dijo por fin-. Detrás de la cascada hay un muro de

piedra sin fisuras. -Y después de un nuevo resoplido preguntó

con sorna: -¿Se le ocurre alguna otra idea brillante a la señora? Ella calló unos instantes y él aprovechó el respiro.

-Dime, Nicky, ¿hasta qué profundidad llegan los nichos?

-Precisamente hasta aquí. Este al que estoy aferrado es el

último.

-¿Y debajo de la superficie?

-No seas tonta, mujer -replicó con fastidio, producto del frío y el cansancio-. ¿Cómo diablos puede haber nichos debajo de la superficie?

-¡Compruébalo! -dijo ella en el mismo tono.

Meneó la cabeza con aire de conmiseración y tomó aliento. Sin soltarse del nicho, extendió su cuerpo y sus miembros lo más que pudo. Su cabeza se hundió en el agua mientras tanteaba con los dedos de los pies. Bruscamente salió a la superficie, resoplando. Estaba atónito.

-¡Por Dios! -gritó-. Tienes razón. Hay otro nicho allá abajo. -Detesto a la gente que dice, "te lo dije". -A pesar de la distancia, la expresión petulante era inconfundible.

-¿Eres una bruja? ¿Tienes poderes? -Alzó los ojos al cielo con aire desolado. -Ya sé lo que vas a pedirme.

-¿Hasta qué profundidad llegan los nichos? -preguntó con su voz más dulce y meliflua-. ¿Te zambullirás por mí, Nicky querido?

-Eso es. Lo sabía. Hablaré con mi delegado sindical. Esto se llama explotación. A partir de este instante me declaro en huelga.

-¡Por favor, Nicky!

Suspendido en el agua, respiraba con energía para hiperventilarse, cargar su sangre con oxígeno para obtener la máxima resistencia a la inmersión. Finalmente expulsó todo el oxígeno de sus pulmones, exhaló con tanta fuerza que le dolió el pecho, y luego los llenó con aire limpio hasta el máximo de su capacidad. Con el pecho totalmente expandido, se sumergió de cabeza, estirando las piernas en sentido vertical para que su peso lo ayudara a hundirse.

Se hundió de cara a la pared y sus brazos extendidos buscaron el primer nicho debajo de la superficie. Al hallarlo, lo aferró para acelerar su descenso.

Luego halló el segundo nicho y nuevamente lo aprovechó para descender. La distancia entre uno y otro era de aproximadamente dos metros, el equivalente de una braza náutica. Con esa medida podía conocer con precisión la distancia que lo separaba de la superficie.

Continuó el descenso después de otro nicho y otro más. Cuatro pares de nichos, ocho metros bajo la superficie. Sus oídos se llenaban de crujidos y gemidos a medida que la presión del agua expulsaba el aire de las trompas de Eustaquio.

Llegó a la quinta fila de nichos. El aire en sus pulmones se había comprimido a la mitad de su volumen de superficie, y a medida que perdía flotabilidad, su descenso se volvía más fácil y veloz.

Mantenía los ojos abiertos, pero el agua era turbia y oscura. Apenas alcanzaba a divisar la pared de piedra. Vio el sexto nicho, lo aferró y titubeó.

"Doce metros y aún no hay señales de que estoy llegando al fondo", pensó. En otras épocas, cuando participaba del equipo militar de caza submarina, era capaz de sumergirse hasta los veinte metros y permanecer allí durante un minuto. Pero entonces era más joven y estaba en la plenitud de su forma física.

"Un nicho más -se dijo-. Uno más y volvemos." La falta de oxígeno le provocaba palpitaciones y un ardor en el pecho, pero dio un fuerte tirón para impulsarse hacia abajo. La forma vaga del séptimo nicho apareció en medio de las tinieblas.

"Llegan hasta el fondo -pensó, atónito-. ¿Cómo diablos pudo llegar Taita hasta aquí? No tenían equipo de buceo."Aferró el nicho y se preguntó por un instante si debía seguir. Había llegado casi al límite. Su pecho se agitaba convulsivamente en busca de aire.

"Uno más, sólo por no rendirnos." Su mente empezaba a extraviarse y lo embargó un extraño ardor de euforia. Reconoció las señales de peligro y miró su cuerpo. En medio de las tinieblas vio que la presión del agua le arrugaba la piel. El peso de dos atmósferas le aplastaba el pecho. Privado su cerebro de oxígeno, se sentía temerario e invulnerable.

"Nuevamente, allá vamos, queridos amigos", pensó confusamente, y continuó el descenso.

"Ocho y me como un bizcocho." -Sus dedos rozaron el borde del octavo nicho. Sus pensamientos se volvían incoherentes: -"Ocho y el culo te abrocho."

Se dio vuelta para iniciar el ascenso y sus pies tocaron el fondo. A pesar del mareo, se dio cuenta que había superado los dieciséis metros. "Demasiado. Tengo que volver. Me falta el aire."

Iba a impulsarse contra el fondo, cuando algo le aferró las piernas y lo aplastó contra la pared.

"¡Pulpo!", pensó al recordar la estela de Taita. "Su vagina es un pulpo que ha tragado a un rey."

Trató de patalear, pero sus piernas estaban sujetas por los brazos de un monstruo marino; era cautivo de un lazo frío, insidioso. "¡El pulpo de Taita! ¡Era literalmente cierto! Me atrapó."

Estaba apretado contra la pared, inmóvil e impotente. El terror le inundó las venas y despejó las alucinaciones causadas por la falta de oxígeno. Comprendió lo que sucedía.

"¡Qué pulpo! Es la presión del agua." Conocía ese fenómeno. Una vez, durante un ejercicio militar de buceo cerca de las tomas de agua de la represa hidroeléctrica del lago Arran, el camarada atado a él por una soga había caído en su terrible succión. Su cuerpo fue aplastado contra el filtro de la toma con tanta fuerza que las puntas rotas de sus costillas le

atravesaron el pecho e incluso su traje negro de neoprene como otras tantas dagas.

Nicholas estuvo a punto de sufrir la misma suerte. Gracias a que se encontraba a un costado de su camarada, no sufrió toda la fuerza de succión de la turbina. Sin embargo, se fracturó una pierna y tuvieron que acudir dos buceadores a arrancarlo de las garras de la corriente.

En esta ocasión se le terminaba el oxígeno y no había otro buceador cerca. La succión lo arrastraba hacia una abertura estrecha, la entrada de un túnel sumergido, un pasadizo subfluvial que penetraba en el muro de roca.

La fuerza del torrente no llegaba hasta su cintura, pero

arrastraba inexorablemente sus piernas hacia el túnel. Advirtió que los bordes de la abertura eran rectos y tan precisos como un dintel labrado por un albañil. El agua lo arrastraba sobre ese dintel. Extendió los brazos para resistir con todas sus fuerzas, pero sus dedos en garra resbalaban sobre la superficie lisa y pulida de la roca.

"Ahí viene el golpe fuerte", pensó. "El puñetazo que no podrás esquivar." Sus uñas se rompían al rasguñar la piedra. Entonces sus dedos hallaron el último nicho antes del sumidero que lo tragaba.

Al menos tenía un punto de anclaje. Aferró el borde del nicho con las dos manos para resistir la corriente de agua. Ya se acercaba al límite de sus fuerzas, su corazón estaba a punto de reventar. Restallaron los músculos de sus brazos, los tendones de su cuello se tensaron como cuerdas de acero, pensó que su cabeza estallaría en cualquier momento. Pero había detenido la caída insidiosa de su cuerpo en el sumidero.

"Una más -pensó-. Inténtalo una vez más." Sabía que no le quedaba otra cosa. Las reservas de aire estaban agotadas, lo mismo que su ánimo y coraje. Lo embargaba el vértigo, y manchas oscuras enturbiaban su vista.

Apeló a las últimas reservas en lo más profundo de su ser; tironeó en la oscuridad, mientras en su mente estallaban deslumbrantes fuegos artificiales. Pero no cejó. Sus piernas empezaban a salir, la corriente era más débil, y entonces dio un tirón con fuerzas que ni siquiera sabía que poseía.

Bruscamente libre, su cuerpo salió expulsado hacia la superficie, pero era tarde. La noche llenaba su mente, y sus oídos oían un rugido semejante al de la cascada sobre el abismo. Se asfixiaba. Estaba agotado. No sabía dónde estaba, a qué distancia de la superficie, pero sí que no iba a sobrevivir. Era su fin.

Salió a la superficie sin saberlo, sin fuerzas para sacar la cara del agua y tomar aliento. Quedó flotando como un cuerpo saturado de agua, inmóvil y agonizante. Entonces sintió los dedos de Royan en los pelos de la nuca, el roce del aire en su cara y oyó su grito:

-¡Respira, Nicky, respira!

Abrió la boca, vomitó un torrente de agua, de saliva, de aire viciado, y empezó a jadear.

"¡Estás vivo! Gracias a Dios. Estuviste allá abajo tanto tiempo que pensé que te habías ahogado.

Mientras tosía y jadeaba y recuperaba el sentido; en medio de su confusión se dio cuenta de que ella se había lanzado del asiento al agua para ayudarle.

-Es increíble el tiempo que pasaste allá abajo. -Con una mano le sostenía la cabeza mientras con la otra se aferraba al nicho. -Estarás bien. Deja que te sostenga. Tranquilo, te pondrás bien.

Su sola voz le daba un aliento extraordinario. Era bueno respirar el aire fresco, y ya empezaba a recuperar sus fuerzas.

-Tenemos que sacarte de aquí -dijo-. Un par de minutos más para que te recuperes y luego te ayudaré a subir a la silla.

Nadó con él hasta la silla colgante y agitó el brazo para que los hombres la bajaran hasta el agua. Luego estiró la lona para que él deslizara las piernas entre las sogas.

-¿Te sientes bien, Nicky? -preguntó, nerviosa-. Aférrate

hasta llegar arriba. -Le hizo tomar las sogas. -¡Con fuerza! -No puedo dejarte aquí -masculló, aún mareado. -Estoy bien -lo tranquilizó-. Dile a Aly que baje la silla

para alzarme.

A mitad de camino, bajó la vista y vio su cabeza a flote sobre las aguas lóbregas. Parecía muy pequeña y vulnerable, con el rostro pálido y angustiado.

-¡Agallas! -dijo con una voz tan débil y ronca que no la reconoció-. Tú sí que tienes agallas. -Pero estaba demasiado lejos para que su voz llegara hasta ella.

Una vez que sacaron a Royan del fondo de la quebrada, Nicholas ordenó a los hombres que desmontaran el aparejo y escondieran los maderos en los matorrales de espinos. Habría sido muy visible desde el aire y no quería despertar la curiosidad de Jake Helm.

Demasiado débil para ayudar a los hombres, se tendió a la sombra de un árbol espinoso mientras Royan se ocupaba de él. Para su consternación, comprobó que la sofocación había agotado sus fuerzas. La anoxia cerebral había dejado como secuela una jaqueca espantosa. Al respirar sentía fuertes punzadas de dolor en el pecho; tal vez al debatirse había desgarrado algún músculo.

Le impresionó la paciencia de Royan. En ningún momento lo interrogó sobre lo que había visto en el fondo de la quebrada; su

recuperación parecía preocuparla más que los progresos de la investigación.

Se paró con su ayuda y emprendieron el regreso al campamento. Sus movimientos eran lentos, torpes y rígidos como los de un viejo. Le dolían todos los músculos y tendones. Sabía que su cuerpo necesitaba tiempo para reabsorber y metabolizar el ácido láctico y el nitrógeno acumulados en sus tejidos.

En el campamento, Royan lo llevó a su choza y se deshizo en atenciones. Lo ayudó a tenderse bajo el mosquitero; él se sentía mucho mejor, pero no se lo dijo. Hacía mucho que no lo mimaba una mujer, y le encantaba. Ella le trajo un par de aspirinas y un tazón de té hirviendo con mucha azúcar. El lo bebió y, exagerando la debilidad de su voz, pidió un poco más.

Sentada junto a su catre, lo miró solícita hasta que terminó de beber.

-¿Te sientes mejor?

-Las apuestas están dos a uno a favor de que sobreviviré -dijo, y ella sonrió...

-Veo que estás mejor. Otra vez el caradura de siempre. Tuve tanto miedo...

-Sólo trataba de llamar tu atención.

-Bien, ya que estamos seguros de que vivirás, dime qué pasó. Qué problemas tuviste allá abajo.

-En realidad, lo que quieres saber es qué descubrí. ¿No es cierto?

-Bueno, sí -confesó.

Le contó todo lo que había descubierto y cómo lo había atrapado la corriente del sumidero. Ella lo escuchó sin interrumpirlo y una vez terminado el relato permaneció en silencio, sumida en sus pensamientos. Finalmente lo miró:

-¿Quieres decir que Taita pudo abrir esos nichos en la piedra hasta el fondo de la charca, a más de quince metros de la superficie? -El asintió y ella nuevamente se sumió en el silencio. -¿Cómo diablos lo hizo? ¿Tienes alguna idea?

-Hace cuatro mil años, tal vez el nivel del agua era más bajo. Acaso hubo una sequía prolongada, el río se secó y él pudo llegar hasta el fondo. ¿Qué te parece?

-Puede ser, pero en ese caso, ¿por qué se tomaría la molestia de levantar un andamio? ¿Por qué no bajó directamente por el lecho del río? Además, me parece que eligió el lugar precisamente porque el río pasaba por ahí. Si hubiera estado seco, le habría dado lo mismo ese lugar o cualquier otro dentro de la quebrada. No, me da la impresión de que eligió ese lugar precisamente porque era inaccesible.

-Sospecho que tienes razón.

-Por eso, si el río corría incluso en su nivel más bajo, como ahora, ¿cómo diablos logró abrir esos nichos bajo el agua? ¿Y qué objeto tenía montar el andamio en el fondo?

-La verdad, no tengo la menor idea.

-Bueno, dejémoslo por el momento. Volvamos a la descripción del sumidero que estuvo a punto de chuparte. ¿Pudiste calcular el tamaño de la abertura?

Meneó la cabeza:

-Estaba muy oscuro. Tenía menos de un metro de visibilidad.

-¿La abertura está entre las dos hileras de nichos? -No, diría que está a un costado -dijo, pensativo-. Toqué

fondo con los pies y estaba a punto de tomar impulso cuando me

atrapó.

-Por lo tanto, está en el fondo mismo de la charca y un poco río abajo con respecto al andamio. ¿Dijiste que la abertura tenía una forma cuadrada?

-No estoy totalmente seguro... recuerda que vi muy poco. Fue una impresión, nada más.

-Por consiguiente, podría ser una estructura artificial... una especie de conducto abierto hacia un costado de la charca.

-Puede ser -dijo, dubitativo-. Pero también puede ser una falla natural en el estrato que sirve de drenaje al río. ¿Adónde vas? -preguntó al ver que se paraba.

-No demoro. Voy a buscar mis apuntes y las impresiones de la estela. Ya vuelvo.

Al volver, se sentó en el suelo junto a su catre y plegó las piernas a la manera femenina. Desplegó los papeles sobre el suelo y él alzó el mosquitero para mirar mejor.

-Ayer, mientras construías el aparejo, pude descifrar casi toda la faz de la estela correspondiente a la "primavera". -Colocó el cuaderno de manera que él pudiera ver la página. -Estos son apuntes preliminares. Como ves, he puesto algunos signos de interrogación, que indican una traducción tentativa o bien un lugar donde Taita utilizó algún símbolo que desconozco. Los estudiaré más adelante con tiempo.

-Comprendo.

-Las frases resaltadas en verde son extractos de la versión

estándar del Libro de los Muertos. Por ejemplo, la siguiente: "El universo está trazado en círculos, el disco de Ra, el dios del Sol. La vida del hombre es un círculo que comienza en la matriz y termina en la tumba. El círculo de la rueda del carro anticipa la muerte de la serpiente que ella aplasta bajo su canto."

-Sí, recuerdo ese pasaje.

-Los pasajes resaltados en amarillo pertenecen a Taita; o por lo menos, no son extractos del Libro de los Muertos ni de otro texto que yo conozca. Hay un párrafo que quiero leerte.

Señaló el pasaje con el dedo mientras leía: "La hija de la diosa ha concebido. Ha sido fecundada por aquel que no tiene simiente. Ha parido a su hermana gemela. El feto yace eternamente en su seno. El gemelo no nacerá. Jamás verá la luz de Ra. Vivirá en eterna oscuridad. En el seno de la hermana, el novio la reclama en matrimonio perpetuo. La gemela nonata es la novia del dios que fue hombre. Sus destinos están entrelazados. Vivirán para siempre. No perecerán."

Alzó la vista:

-La primera vez que lo leí, decidí que la hija de la diosa era el río Dandera, tal como hemos dicho. El dios que fue hombre só lo puede ser el Faraón. Deificaron a Mamose cuando ascendió al trono de Egipto. Antes era hombre.

-Sí, y aquel que no tiene simiente es Taita -asintió Nicholas-. Recuerda más de una vez que fue eunuco. Pero, ¿qué hay de esa misteriosa hermana gemela? ¿Tienes alguna idea?

-La gemela sería una rama o una bifurcación del cauce, ¿no te parece?

-Ajá, comprendo. Sugieres que se refiere al sumidero. Allá en el fondo jamás verá la luz de Ra. Taita, que no tiene simiente, es su padre, es decir, el arquitecto.

-Exactamente, y ha casado a la gemela del río con el faraón Mamose para toda la eternidad. Atando cabos, mi conclusión es que no hallaremos la tumba del faraón Mamose hasta que exploremos ese sumidero donde estuviste a punto de morir ahogado.

-¿Y qué sugieres que haga? -preguntó, y ella se encogió de hombros.

-No soy ingeniero, Nicky. Eso te lo dejo a ti. Sólo sé que Taita encontró la manera no sólo de llegar hasta el fondo sino de trabajar allá abajo. Si he interpretado bien la estela, él realizó una gran excavación en el fondo de la charca. Si él pudo, no hay motivos para que tú no puedas imitarlo.

-Ah, pero Taita era un genio -objetó-. Él mismo lo dice. una y otra vez. Yo soy apenas un trabajador.

-He apostado todo lo que tengo a ti, Nicky. Sé que no me decepcionarás.

No había que ser un rastreador experto para seguir ese rastro. Su presa había tomado pocas precauciones para evitarlo. Evidentemente, seguían la senda principal a lo largo de la quebrada del Abbay hacia la frontera occidental con Sudán. Mek Nimmur volvía a sus baluartes.

Boris calculó que llevaba de quince a veinte hombres. Era. dificil cerciorarse porque las huellas se superponían en la senda. Además, seguramente tendría exploradores en la delantera y los flancos y una partida en la retaguardia.

Avanzaban a buen paso, pero una partida tan grande no podía aventajar a un perseguidor solitario. Estaba seguro de que ganaba terreno. Al partir le llevaban una ventaja de cuatro horas, pero a juzgar por los últimos indicios, ahora estaban a menos de dos.

Sin detener su trote, se inclinó para recoger algo de la senda. Era una ramita, un brote de kusagga-sagga, la planta que crecía en el borde de la senda. Uno de sus perseguidos la había quebrado al rozarla. Era un indicio bastante preciso de la ventaja que le llevaban. A pesar del calor de la quebrada, el brote verde apenas empezaba a marchitarse. Por lo tanto, estaba más cerca de lo que había pensado.

Aminoró el paso para planificar sus movimientos. Conocía bien esa parte del valle. El año anterior había recorrido ese terreno con un cliente norteamericano que quería cazar un íbice de Walia. Después de recorrer esas quebradas y hondonadas durante casi un mes, mataron un carnero enorme, de lana ennegrecida por los años y con un par de cuernos enroscados que figuraban en décimo lugar del libro de récords de Rowland Ward.

Sabía que unos tres o cuatro kilómetros más adelante el Nilo se replegaba hacia el sur y poco después se replegaba nuevamente. La senda principal seguía todos los meandros del río porque una serie de precipicios inaccesibles dominaban la altiplanicie en el centro del recodo. Sin embargo, existía una manera de cortar camino. Boris lo había hecho cuando perseguía el íbice herido.

El cazador norteamericano no había sabido matar al carnero de un solo tiro: su proyectil había errado a la cavidad cardíaco-pulmonar, perforando el intestino. El carnero herido había huido hacia el altiplano siguiendo sus sendas ocultas entre las rocas. Boris y el norteamericano lo habían seguido hasta la cima de la montaña. Era una senda peligrosa, traicionera, pero al descender ganaban casi quince kilómetros de terreno.

Si pudiera encontrar esa senda, tendría la oportunidad de adelantarse a Mek Nimmur y emboscarlo en la otra ladera. Sería una ventaja enorme. El guerrillero esperaba una persecución, no una emboscada. Probablemente cubría sus huellas, y a Boris le sería casi imposible atravesar la retaguardia sin llamar la atención de sus víctimas potenciales. Pero si lograra adelantárseles, pasaría a dominar la situación. Estaría en condiciones de elegir el terreno donde matarlos.

Mientras la senda y el cauce principal del Nilo iniciaban su giro hacia el sur, sus ojos trataban de reconocer algún accidente en el terreno alto. Lo encontró antes de recorrer un kilómetro más. Era una quiebra en la línea de los precipicios, un portillo poblado de vegetación que penetraba en el muro dé basalto.

Se detuvo a secarse el sudor de la cabeza y el cuello. "Demasiado vodka -pensó-. Te

estás volviendo flojo." Su camisa estaba empapada como si se hubiera zambullido en el río.

Pasó el fusil al otro hombro, alzó los largavistas y barrió las paredes de la hondonada boscosa. Eran verticales, parecían imposibles de escalar, pero entonces reconoció un árbol atrofiado que crecía en una grieta del muro. Parecía un bonsai japonés de tronco deforme y ramas retorcidas.

El íbice de Walia se encontraba en la cornisa arriba de ese árbol cuando el norteamericano le disparó. Boris evocó la escena: el carnero de monte se había crispado al recibir la herida, luego había girado, lanzándose cuesta arriba hacia la cima del precipicio. Alzó lentamente los largavistas hasta encontrar la estrecha cornisa que ascendía sobre la cara del muro.

"Da, da. Es aquí." Era un alivio poder pensar en su lengua materna, después de haberse visto forzado a hablar inglés o francés durante varios días.

Antes de iniciar el ascenso, bajó a la orilla del Nilo. Se arrodilló y se echó agua a dos manos hasta empaparse la cabeza rapada y lavarse la transpiración de la cara y el cuello. Vació y volvió a llenar su cantimplora, y bebió hasta que le dolió el estómago.

Nuevamente enjuagó la cantimplora y la llenó hasta el tope. En la montaña no había agua. Por último, hundió su sombrero de monte en el río y así empapado volvió a ponérselo; el agua le chorreaba por la cara y el cuello.

Volvió a la senda principal y avanzó otros cien pasos, estudiando cuidadosamente el terreno. Una gran peña obstruía la senda. Los hombres que lo precedían se habían visto obligados a bordear el obstáculo, pasando por un tramo de terreno cubierto de un polvo sutil como el talco. Allí estaban sus huellas, claras y nítidas.

La mayoría de los hombres calzaban borceguíes israelíes de comando con la típica suela en zigzag; los que venían atrás habían pisado las huellas de los primeros. Tuvo que arrodillarse para estudiar minuciosamente el rastro antes de descubrir una huella mucho más pequeña, delicada, inconfundiblemente femenina. Estaba borrada a medias por las pesadas huellas masculinas, pero la marca del dedo gordo era nítida, y la suela era de una zapatilla de tenis Bata. La habría distinguido entre otras diez mil huellas.

Era un alivio saber que Tessay seguía marchando con el grupo; que ella y su amante no habían tomado otra senda. Mek Nimmur era un tipo astuto y hábil. Ya una vez había escapado de las garras de Boris. ¡Ahora no volvería a suceder! El ruso meneó la cabeza con vehemencia: esta vez no.

Nuevamente estudió la huella femenina. Sintió una punzada de furia. No se trataba de sentimientos. El amor y el deseo no entraban en sus cálculos. Ella era su esclava y se la habían robado. Sólo le importaba el insulto. Al rechazarlo, ella lo había humillado y por eso merecía morir.

Al pensar en la matanza lo embargó la antigua emoción. Matar era su oficio y su vocación; por más que lo ejerciera, la emoción jamás disminuía y el placer jamás quedaba colmado. Tal vez era el único placer verdadero que le quedaba: el vodka no podía embotarlo como había sucedido con el acto físico de la cópula. Matarla le daría más placer que copular con ella.

Durante los últimos años sólo cazaba animales inferiores, pero jamás olvidaba el placer de rastrear y matar a un ser humano, especialmente a una mujer. Quería a Mek Nimmur, pero sobre todo quería a la mujer.

En la época del presidente Mengistu, cuando era jefe del contraespionaje, sus subalternos conocían sus gustos y siempre le reservaban las mujeres más bonitas. Sólo lamentaba que esta vez tendría que ser expeditivo. No podía ni pensar en prolongar la experiencia para saborear el placer. En los viejos tiempos, solía prolongar esas experiencias durante horas, a veces durante días.

-Puta -murmuró con furia. Pisoteó el polvo para borrar su rastro, tal como la borraría a ella. -Negra de mierda.

Con nuevas fuerzas y ánimo, dejó la senda y trepó hacia el árbol deforme donde nacía la cornisa de las cabras monteses.

Encontró la senda tal donde lo había previsto y empezó a seguirla. A medida que ascendía, se volvía más empinada. En ocasiones tenía que ayudarse con las manos para trepar una pendiente o atravesar un desfiladero angosto.

La primera vez que escaló esa montaña, seguía el rastro sangriento de un carnero herido. Ahora, sin esas gotas de sangre que lo guiaran, en dos ocasiones equivocó el camino y se encontró en un callejón sin salida sobre la cara del precipicio. Tuvo que retroceder del borde y volver sobre sus pasos hasta encontrar la curva. Cada vez que sucedió supo que estaba perdiendo tiempo y acaso llegaría tarde para interceptar a Mek Nimmur.

En una ocasión sorprendió a una tropilla de cabras que descansaban en una cornisa, a mitad de camino a la cumbre. Salieron corriendo cuesta arriba, más parecidas a pájaros que animales sujetos a la ley de gravedad. Las conducía un inmenso macho de barba larga y cuernos retorcidos que en su huida le indicó una ruta directa a la cumbre.

El último tramo era tan escarpado que se despellejó las yemas de los dedos, pero finalmente llegó a la cima y se arrastró sobre el borde sin alzar la cabeza. Una silueta humana perfilada contra ese cielo azul transparente sería visible en muchos kilómetros a la redonda. Se arrastró bajo la cresta hasta hallar una mata de sansiveria donde ocultarse y aprovechó las hojas erectas y puntiagudas para disimular el perfil de su cabeza mientras con sus largavistas estudiaba el valle trescientos metros más abajo.

Desde esa altura, el Nilo era una gran víbora brillante que formaba el primer pliegue del recodo. En su superficie aparecían rápidos y arrecifes de piedra. El levantamiento del basalto en cada orilla era turbulento y quebrado como las olas que agitan el mar durante un huracán tropical. El paisaje temblaba y relucía, y el calor del Sol caía con la fuerza del hacha de un verdugo para someter al universo de rocas rojas a su voluntad.

A pesar de que el espejismo alteraba la visión de los largavistas, Boris descubrió la tosca senda junto al río y la siguió por el valle hasta una curva. La ausencia de señales humanas le indicó que su presa ya había pasado. No sabía hasta dónde habían negado, pero sí que debía darse prisa para interceptarles el paso en la ladera opuesta de la montaña.

Por primera vez desde que se alejó del río, bebió unos sorbos de agua de su cantimplora. El calor y el esfuerzo del ascenso lo hallan deshidratado. En esas circunstancias, un hombre sin provisión de agua moriría en pocas horas. No era casual la ausencia casi total de asentamientos humanos permanentes en la quebrada.

Al alejarse de la cresta e iniciar el cruce del paso montañoso se sintió rejuvenecido. El trayecto era de apenas un kilómetro y sin darse cuenta llegó al borde del precipicio al otro lado. Un paso más y hubiera caído al vacío para estrellarse trescientos metros más abajo. Nuevamente recorrió la cresta hasta encontrar un lugar desde donde podía espiar el terreno sin ser visto.

El río era igual: un tramo ancho y turbulento de rápidos cubiertos de espuma que volvía hacia él al doblar el recodo. La senda seguía la orilla de su mismo lado, salvo en los lugares donde los acantilados y las agujas de piedra que surgían de las aguas del Nilo la obligaban a desviarse tierra adentro.

En la gran desolación de la quebrada no había otro movimiento visible que el torrente de las aguas bravías y la danza incesante del espejismo creado por el calor. Mek Nimmur no podía haber pasado ya, porque no se desplazaba con la suficiente rapidez; por lo tanto, aún debía de estar recorriendo el recodo.

Boris bebió más agua y descansó durante casi media hora, hasta sentir que había recuperado sus fuerzas. Se preguntó si no le convenía bajar inmediatamente e instalar la emboscada sobre la senda, pero resolvió que era mejor permanecer en el terreno alto hasta tener la presa a la vista.

Verificó cuidadosamente la mira telescópica para comprobar si no la había desalineado algún golpe durante el ascenso; luego vació el cargador y examinó los cinco proyectiles. La camisa de bronce de uno de ellos tenía varias muescas y manchas, de manera que la descartó y sacó otra de su canana. Puso un proyectil en la recámara y trabó el disparador con el seguro.

Luego puso el arma en el suelo mientras cambiaba sus medias empapadas de sudor por

un par limpio que sacó de su mochila. Ató cuidadosamente los cordones de sus borceguíes. Un experto como él no corría el riesgo de que le salieran ampollas en

los pies, porque en ese clima se infectaban y empezaban a supurar en cuestión de horas.

Bebió un sorbo de agua, se paró y se colgó el 30/06 en bandolera. Dispuesto a enfrentar lo que la diosa de la caza le enviara, siguió su camino por la cresta para interceptar a la banda guerrillera.

Se detuvo en cada punto desde donde se veía la senda a recorrerla con sus largavistas, pero en ningún momento vio a la presa, y la tarde empezó a declinar. Empezaba a temer que Mek Nimmur hubiera logrado pasar sin ser visto, que hubiera cruzado el río en un vado secreto o tomado otro camino por un valle oculto, cuando un grito tembloroso y plañidero se alzó en el aire paralizado por el calor. Alzó la vista. Dos milanos revoloteaban en círculos sobre un matorral de espinos junto a la orilla.

El milano de pico amarillo es una de las especies carroñeras más ubicuas del continente africano. Vive en estrecha relación simbiótica con el hombre, se alimenta de sus desperdicios, picotea entre sus residuos, revolotea sobre sus aldeas y sus campamentos permanentes mientras espera pacientemente que deje sobras de su comida o se siente en cuclillas entre los arbustos, y apenas éste termina de hacer sus necesidades, el ave se lanza a tierra como un agente universal de eliminación de desechos cloacales.

Con sus largavistas, Boris estudió la pareja de aves que planeaba lentamente en el aire recalentado, siempre en círculos y sobre el mismo matorral ribereño. Tenían una forma característica de orientar el vuelo con sus colas bífidas, que torcían hacia uno u otro lado mientras jugaban con la corriente. Sus picos de color amarillo brillante aparecían nítidamente cada vez que bajaban las cabezas para espiar el matorral.

Sonrió fríamente: "Da! Nimmur hizo noche temprano. Tal vez su nueva hembra no aguanta el calor o el paso, o tal vez se detuvieron a jugar un rato."

Se desplazó a lo largo de la cresta hasta encontrar un lugar donde espiar el matorral directamente desde arriba. Lo estudió con los largavistas sin descubrir señal de presencia humana. Al cabo de dos horas empezaba a dudar de su conjetura inicial. Sólo lo retenía la presencia de los milanos, que ahora vigilaban el matorral desde la rama de un árbol. Sólo podía confiar en que vigilaban a los hombres ocultos entre los arbustos.

Miró el Sol con preocupación. Ya descendía hacia el horizonte y el calor era menos ardiente. Volvió a mirar el valle.

Directamente debajo del matorral, una entrada en la orilla del río formaba un remanso, casi una pequeña laguna. En épocas de crecida estaría bajo el agua, pero en ese momento se veía un tramo de playa pedregosa. En esa orilla había varias rocas caídas del precipicio. Algunas estaban en la playa, mientras otras asomaban sobre las aguas del río. La más grande era un inmenso canto rodado del tamaño de una casita.

Se sobresaltó al ver que un hombre salía del matorral. Su pulso se aceleró al verlo saltar de una de las piedras a la orilla. El hombre se arrodilló, llenó un balde de lona con agua, se volvió y desapareció nuevamente bajo el matorral.

"¡Ajá! No soportan el calor. Deben beber, y eso los delata. De no haber sido por los pájaros, jamás los hubiera descubierto. -Rió suavemente: a pesar suyo, sentía admiración por su presa-. Nimmur es un hombre precavido. Por eso pudo sobrevivir. Controla todo. Pero debe beber, como todo el mundo."

Sin dejar de mirar con los largavistas, Boris trató de adivinar los movimientos próximos de su presa. "Ha perdido mucho tiempo al guarecerse del calor. Reanudará la marcha cuando refresque. Marchará durante la noche. -Miró el Sol. -Tres horas hasta el anochecer. Debo darme prisa. De noche será difícil apuntar bien."

Antes de pararse se arrastró hasta alejarse de la cresta. Desanduvo sus pasos hasta encontrar un acantilado que lo ocultara de los centinelas de Mek Nimmur. Entonces inició el descenso. Allí no había huellas dé cabras, pero luego de varios intentos fallidos encontró una cornisa inclinada por la cual era relativamente fácil descender. En el fondo de la quebrada, observó cuidadosamente la configuración e inclinación de los estratos para volver a hallarla

en caso de necesidad. Era una buena vía de escape, y sabía que en poco tiempo tal vez sería perseguido y hostigado con denuedo.

El descenso le tomó más de una hora, se terminaba el tiempo. Llegó a la senda en la orilla y empezó a avanzar hacia el campamento de Mek Nimmur. A pesar del apuro, no descuidaba las precauciones. Caminaba por el terreno pedregoso en el borde de la senda para no dejar rastros. Sin embargo, a pesar de sus cuidados, estuvo a punto de tropezar con ellos.

No había avanzado doscientos metros cuando en lo más recóndito de su conciencia registró el silbido suave y melancólico del estornino de alas pálidas. No le prestó atención hasta que las

voces de alarma sonaron en su cerebro. No era la hora. Ese silbido del estornino sólo se oía al alba, cuando el ave abandonaba su nido en lo más alto de los precipicios; jamás al atardecer ni en el fondo calcinado de la quebrada. Por tanto, debía de ser la señal de uno de los exploradores que precedían a la banda de Mek Nimmur, que ya había reanudado la marcha.

Boris reaccionó al instante. Salió de la senda y desanduvo su camino a la carrera, hasta llegar a la cornisa por donde había bajado del precipicio. Ascendió lo suficiente como para tener un panorama de la senda. Comprendió que había perdido una buena parte de la ventaja obtenida al cortar camino sobre la montaña. La posición no era ideal para una emboscada y su vía de escape estaba expuesta al fuego del enemigo: necesitaría mucha suerte para llegar a la cima. Sin embargo, ni pensó en la posibilidad de dejar de lado su plan de venganza. Apenas el blanco apareciera en su mira, dispararía desde esa posición.

Tuvo que reconocer que Mek Nimmur lo había sorprendido. La posibilidad de que reanudara la marcha antes del anochecer no había entrado en sus cálculos. Pensaba tomar posición en la senda río arriba del matorral y disparar dos veces, cuidando bien la puntería, antes de verse obligado a huir.

Su previsión inicial era que, muerto Mek Nimmur, sus hombres no estarían demasiado ansiosos por perseguirlo. Pensaba retirarse a la carrera, detenerse en cada baluarte defendible para disparar un par de proyectiles, tal vez bajar a uno o dos de ellos a fin de imponerles cautela y así quitarles las ganas de continuar la partida.

Pero la situación había cambiado totalmente. Debería aprovechar la primera oportunidad que se presentara -casi con seguridad con un blanco móvil- y luego de disparar quedaría a la vista en la cornisa sobre la cara del precipicio. Su única ventaja era que contaba con un fusil de caza de gran precisión, en tanto que los hombres de Mek Nimmur estaban armados con fusiles de asalto AK-47, muy rápidos para disparar pero sumamente imprecisos a distancia, sobre todo en manos de los shufta. Bien entrenados, los guerreros de las tribus africanas eran de los mejores soldados del mundo. Poseían todas las destrezas menos una: eran tiradores mediocres.

Se tendió boca abajo sobre la cornisa; la roca estaba tan recalentada que le quemó la piel a través de la ropa. Se quitó la mochila, la colocó delante de su cabeza para que sirviera de apoyo al fusil. Tras acomodarse lo mejor que pudo, apuntó a una roca en el borde de la senda principal y describió un arco con el caño para asegurarse de que tenía un buen campo.

Convencido de que había encontrado la mejor posición posible dado el escaso tiempo con que contaba, dejó el fusil, tomó un pudo de tierra y se la frotó en la cara. El sudor la transformó en barro que cubrió su tez pálida y eliminó el resplandor que un explorador atento podría descubrir a gran distancia. Luego verificó el ángulo del Sol para cerciorarse de que no se reflejara en el lente de la mira o en alguna parte metálica del fusil. Atrajo la rama de un espino cercano para que echara sombra sobre el arma.

Finalmente se acomodó, apoyó la culata del fusil contra su hombro y empezó a respirar profunda y pausadamente a fin de reducir su pulso y calmar el temblor de sus manos. No tuvo que esperar mucho tiempo. Volvió a oír el silbido del ave, pero mucho más cerca que antes. Otro silbido le respondió desde el borde opuesto de la senda, junto al río.

"Terreno difícil para la escolta -pensó con una sonrisa sardónica como la mueca de una calavera-. Se juntan y se quedan atrás." En ese momento apareció un hombre en la curva del

Librodot

camino, a unos quinientos metros de él.

Boris lo estudió a través del lente de la mira. Era un típico guerrillero africano, un shufta vestido con una mezcla abigarrada y andrajosa de ropa civil y de combate, cargando mochila, cantimplora, proyectiles y granadas, así como el AK-47 listo para disparar. Al finalizar la curva, se ocultó detrás de una gran piedra.

Estudió la configuración del terreno durante un minuto largo, girando la cabeza hacia uno y otro lado. En un momento dado miró directamente hacia Boris, quien contuvo el aliento para quedar tan inmóvil como la roca a su lado. Por fin el shufta se enderezó e hizo una señal con la mano a quienes lo seguían. Reanudó el camino al trote. Cuando hubo recorrido cincuenta metros empezaron a aparecer los demás, a distancias tan regulares como las de las cuentas en un collar. Sería imposible barrerlos con una ráfaga, aunque se contara con una ametralladora pesada instalada en un nido.

"Bien", pensó Boris con admiración. "Tropas de primera. Escogidas especialmente por el propio Mek." A través del lente estudió los rasgos de cada hombre en busca de Mek Nimmur. Eran siete desplegados a lo largo de la senda y aún no aparecía su jefe. El hombre de punta llegó a la altura de la posición de Boris y

siguió de largo. Pasaron un par de laderos, pisando suavemente las matas de espinos apenas a doce pasos de Boris. Inmóvil como una piedra, los dejó pasar. Pasaron los demás, a buen paso y conservando la distancia. Durante varios minutos, la quebrada quedó desierta de toda presencia humana. Entonces espió otro movimiento furtivo.

"La retaguardia", masculló suavemente. "Mek conserva a la mujer consigo. Es su nuevo juguete. La cuida mucho."

Quitó el seguro del disparador con gran cuidado para evitar que un chasquido metálico extraño repercutiera en el aire inmóvil y recalentado.

"Que vengan -suspiró-. Primero Mek. Nada de tiros difíciles a la cabeza. Bien al centro del pecho. Cuando él caiga la mujer quedará paralizada. No tiene reflejos de guerrero. Me dará la oportunidad de disparar otra vez sin apuro. A esta distancia no puedo errar. Justo entre esas lindas tetitas negras." La imagen de la sangre y la muerte violenta en contraste con la bella y delicada Tessay le provocó una fuerte excitación sexual. "Tal vez pueda bajar a uno o dos más, pero será mejor que no cuente con ello. Estos tipos son expertos. Lo más probable es que se pongan a cubierto antes que la mate a ella."

Miró las caras de los hombres de retaguardia a medida que pasaban. Cada uno fue una nueva decepción. Al final eran tres que trotaban por la senda a paso regular y metódico. No había señales de Mek ni de la mujer. La retaguardia desapareció y los ruidos débiles de su paso se desvanecieron. Tendido sobre la cornisa, Boris sintió el latido de su corazón y el sabor amargo de la desilusión le llenó la boca.

"¿Dónde están?", pensó con amargura. "¿Dónde diablos está Mek?" La respuesta era obvia y le vino al instante. Habían tomado otra senda. Esa patrulla era un señuelo.

Permaneció en el lugar durante cinco minutos, medidos por su reloj, por las dudas de que aparecieran más hombres. Su mente era un torbellino. Había visto el rastro de Tessay por última vez en el otro extremo del recodo del río.

Desde entonces habían pasado varias horas, y si ella y Mek hubieran logrado pasar, podrían estar en cualquier parte. Tal vez Mek había ganado un día entero de ventaja, el lapso que necesitaría Boris para recuperar el rastro. Abrumado por la furia, tuvo que cerrar los ojos para no perder la razón. Era el momento de pensar con la mayor claridad, no de abalanzarse sobre el problema como un búfalo herido. Sabía que la falta de dominio de sí mismo era una de sus debilidades.

Cuando abrió los ojos, su furia se había vuelto fría y funcional. Sabía cuáles eran los pasos a seguir y en qué orden debía ejecutarlos. Lo primero era volver sobre la senda, recorrerla y verificar cada paso. Así descubriría el lugar preciso en que Mek se había separado del pelotón principal de los shufta.

Bajó de la cornisa y atravesó los espinos hasta la senda. A paso rápido siguió el rastro en retroceso, río arriba, hacia el lugar donde los shufta habían descansado durante las horas de

Librodot

mayor calor. Lo primero que advirtió fue que la pareja de milanos había partido. Pero eso no significaba que el matorral estuviera desierto, y lo bordeó cuidadosamente. Al principio siguió el rastro de aproximación por el lado más alejado. Aunque viejo, aún era bastante nítido.

Bruscamente se detuvo en el centro de la senda y sintió que se le erizaban los pelos de los antebrazos y la nuca. Vio la señal en el medio de la senda y comprendió que había caído en la trampa de Mek. Era la huella nítida de una zapatilla Bata.

Mek y la mujer se habían guarecido bajo el matorral, pero no habían vuelto a salir. Estaban ahí, y Boris tuvo la premonición de que en ese momento Mek lo estudiaba a través de la mira de un AK. Estaba al descubierto, inclinado sobre el rastro y totalmente vulnerable.

Se arrojó de costado y cayó agazapado como un gato sobre la hierba dura del borde, el fusil preparado para disparar. Al cabo de varios minutos, una vez que disminuyó el latido febril de su corazón, empezó a circundar el matorral lentamente. Su dedo estaba posado en el disparador del 30/06 y el caño recorría un arco lento, listo para saltar en cualquier dirección como la cabeza de una cobra.

Se desplazó lentamente hacia la orilla, donde el ruido de los rápidos disimularía el de sus pasos. Pero cuando estaba a punto de refugiarse detrás de la gran piedra del tamaño de una casa que había visto desde lo alto, algo lo inmovilizó. Por encima de las aguas del Nilo, había oído un sonido tan impropio del lugar y la hora que dudó de sus propios sentidos. Era el sonido de una risa de mujer, dulce y argentina como el tintineo de caireles de cristal agitados por una brisa.

El sonido venía de la orilla un poco más allá de la piedra. Se deslizó hacia la piedra, listo para guarecerse detrás de ella y es

piar la orilla más allá. Pero antes de llegar oyó el ruido de un objeto pesado al caer al agua seguido de un chillido de mujer, alegre e impúdico a la vez.

Llegó a la gran piedra y se asomó de atrás de su mole protectora para espiar la playa pedregosa. Lo que vio lo dejó atónito. No podía dar crédito a sus ojos. Jamás hubiera sospechado semejante estupidez en Mek Nimmur. El hombre rudo, el guerrero veterano, el sobreviviente de dos décadas de guerra en el monte, se portaba como un adolescente bobo, enfermo de amor.

Mek Nimmur se había apartado de sus hombres para retozar con su nueva amante. Boris tuvo que asegurarse de que no le había montado una trampa compleja. La situación era demasiado fortuita, demasiado a pedir de boca para ser cierta. Estudió la orilla centímetro a centímetro en las dos direcciones y finalmente sonrió con frialdad.

"Claro que están solos. Mek jamás permitiría que uno de sus hombres viera desnuda a Tessay." Su sonrisa se volvió más amplia al comprender hasta dónde llegaba su buena suerte. "Se ha vuelto loco. ¿No sospechó que lo seguiría? ¿Creyó que tenía suficiente ventaja para darse este gusto? ¿Hay algo en el mundo más estúpido y miope que un hombre con la verga tiesa?" Boris reía para sus adentros, encantado.

Se habían quitado la ropa y la habían apilado en el pedregullo de basalto gris. Chapoteaban en el agua playa del río en el borde de la corriente principal. Estaban como Dios los trajo al mundo, Mek Nimmur era un hombre de hombros anchos, espalda musculosa, nalgas duras y estrechas. Tessay era delgada como un junco, de cintura pequeña y caderas estrechas. Su piel era del color de la miel silvestre. Estaban totalmente absortos en ellos mismos: el resto del mundo había dejado de existir.

"Seguramente dejó una guardia más atrás." No puede haber perdido todo el sentido común, pensó Boris. "No esperaba que me adelantara a él. Cree que está totalmente seguro. Pedazo de idiota, mírenlo." Mek perseguía a la chica, que se dejaba alcanzar. Cayeron en el agua playa, abrazados, sus bocas se buscaron al salir a flote, riendo mientras el agua chorreaba sobre sus rostros morenos, hermosos, modelos de apuesta virilidad y bella femineidad, Adán y Eva africanos retozando en su paraíso particular.

Boris apartó la vista con esfuerzo y miró las ropas abandonadas sobre la grava. Mek había dejado su AK sobre su chaqueta militar, a pocos pasos de Boris. Le bastaron un par de pasospara cruzar la playa. Tomó el AK, le quitó el cargador y lo guardó en su bolsillo. Luego

Librodot

vació la recámara, dejó el fusil descargado sobre el pedregullo y volvió a su escondite. Mek y Tessay estaban tan absortos el uno en el otro que no se dieron cuenta de nada.

Silencioso a la sombra de la roca, Boris los miraba retozar en el río. Había algo de ingenuidad casi infantil en su amor y su mutuo embeleso.

Tessay se apartó de los brazos de Mek y salió del agua. Ágil y traviesa, corrió por la playa, y a cada paso sus pechos sedosos, empapados, se agitaban y se rozaban mientras lo miraba sobre su hombro en franca incitación. Mek la siguió, el vello del amplio pecho brillante de agua, el sexo poderoso.

La alcanzó antes de que llegara a donde estaba su ropa. Ella se debatió entre sus brazos hasta que los labios de él se posaron sobre los suyos. Entonces se entregó. Mientras la besaba, sus manos se deslizaban por su espalda y sus nalgas empapadas. Ella se apretó contra él y separó los muslos, incitándolo a explorar los secretos de su cuerpo. Gimió de deseo cuando la mano de él acarició su sexo.

En Boris la furia se mezclaba con la excitación perversa del voyeur que espía a su esposa en brazos de otro. Su mente era un hervidero de pasiones demoníacas. Mientras su sexo se ingurgitaba de sangre hasta ponerse dolorosamente tieso, el furor agitaba su cuerpo como una rama en la tempestad.

Los amantes cayeron de rodillas. Abrazándolo, Tessay se echó de espaldas, atrayéndolo sobre sí.

-Juro por Dios, Mek Nimmur, que nunca sabrás lo ridículo que luces con el culo al aire -exclamó Boris.

Ágil como un leopardo sorprendido con su presa, Mek se revolcó y tomó el AK-47. Aunque Boris lo había previsto y le apuntaba a la nuca con el 30/60, Mek era tan veloz que pudo alzar el AK, apuntar a la panza de Boris y disparar.

La uña del disparador chasqueó al entrar en la recámara vacía y los dos hombres se miraron desde los extremos de la playa pedregosa, apuntándose con sus armas. Desnuda sobre la playa, Tessay miró a su esposo con ojos espantados al comprender que Mek estaba a punto de morir.

Boris soltó una risita ronca:

-¿Dónde lo quieres, Mek? ¿Qué te parece si le vuelo la cabeza a esa sucia verga negra, ahora que está parada?

Los ojos de Mek se apartaron por un instante de la cara de su adversario a la montaña, y Boris comprendió que, tal como había previsto, el guerrillero había conservado algunos hombres en su retaguardia. Se encontraban cerca, pero no tanto como para ver la playa donde retozaba su jefe.

-No te preocupes por ellos. Los dos estarán muertos antes que lleguen tus chimpancés. -Boris rió otra vez. -No sabes cuánto me complace verte otra vez. Fallaste a nuestra cita anterior... en fin, no importa. Esta vez será tanto más divertido. -Sabía que con un combatiente como Mek no convenía demorar la ejecución. El guerrillero había cometido un error; difícilmente cometería otro. Debía volarle la cabeza de una buena vez, así tendría tiempo de sobra para ocuparse de Tessay. Pero no resistía la tentación de regodearse con sus víctimas.

-Te daré una buena noticia, Mek. Tendrás unos segundos más de vida para asistir a la muerte de la puta. Espero que lo disfrutes tanto como yo. -Apartándose de la roca, se deslizó lateralmente hacia Tessay, quien permanecía tendida sobre el pedregullo. Se había vuelto de espaldas a él mientras trataba de cubrir sus senos y su sexo con manos demasiado pequeñas. Mientras se acercaba a la mujer, Boris no apartaba su vista de Mek. El hombre era el único peligro. Fue su error. Había subestimado a la mujer.

Mientras fmgía defender su pudor, Tessay había tanteado entre sus muslos hasta hallar un canto rodado que cabía perfectamente en su puño. Bruscamente enderezó su cuerpo elástico y con todas sus fuerzas le arrojó la piedra a la cabeza. Boris alcanzó a ver el movimiento y alzó el brazo para protegerse.

La piedra, lanzada con fuerza sorprendente a tan corta distancia, no llegó al blanco sino a la punta del codo de Boris. Tenía las mangas alzadas casi hasta los hombros; no había nada

que amortiguara el impacto de la piedra; su brazo estaba flexionado, apenas una capa delgada de piel cubría el hueso de la articulación. La cabeza del cúbito se fragmentó como un vidrio, y el dolor intenso le arrancó un aullido atroz. Su mano se abrió involuntariamente, su dedo se apartó del gatillo, momentáneamente incapacitado para disparar el arma que apuntaba a la barriga de Mek.

El guerrillero se paró de un salto y se guareció detrás de la roca sin darle tiempo para cambiar el fusil de mano.

Con la izquierda, Boris arrojó a Tessay al suelo de un culatazo. Luego apretó el caño sobre su garganta.

-¡Negro hijo de puta, la voy a matar! ¡Si quieres a la puta, ven a buscarla! -Trastornado por el dolor, su voz era ronca y bestial.

Desde algún lugar detrás de la piedra, Mek dijo una sola palabra en amhárico, y su voz fuerte y clara repercutió en los muros de piedra. Luego dijo en inglés:

-Mis hombres ya llegan. Si dejas a la mujer, te perdonaré la vida. Si le haces daño, haré que me supliques que te mate.

Boris se inclinó sobre Tessay, con su brazo sano la tomó de la garganta y con la misma mano apuntó el fusil sobre su hombro. La mano del brazo quebrado había recuperado suficientes fuerzas para tirar del disparador.

-Morirá antes de que lleguen tus hombres -gritó mientras la arrastraba lejos de la piedra-. Ven a buscarla, Mek. Aquí está si la quieres.

Su brazo le apretó la garganta y empezó a asfixiarla, mientras ella se debatía y jadeaba, y sus uñas abrían surcos rojos en la piel bronceada del brazo.

-¡Escucha! Le estoy rompiendo ese cuello tan lindo. Escucha cómo se ahoga. -Le apretó la garganta un poco más para hacerla jadear.

Boris miraba el borde de la gran roca por donde había desaparecido Mek. Al mismo tiempo, retrocedía para ganar espacio de maniobra. Su mente era un torbellino, porque sabía que no podría escapar. Su brazo derecho estaba casi inutilizado, y los camaradas shufta de Mek eran demasiados. Tenía a la mujer, pero quería también al hombre. Era su mejor alternativa: los dos, tenía que matar a los dos.

Oyó un grito, una voz desconocida, desde la ladera. Los hombres de Mek estaban cerca. Le ganaba la desesperación. Mek no saldría a descubierto; hacía casi dos minutos que no se dejaba oír. Lo había perdido, para entonces podía estar en cualquier parte.

"Se acabó -pensó Boris-. Se me escapó. Sólo tengo a la mujer. Pero debo hacerlo de una vez." La obligó a arrodillarse y acomodó su brazo.

-Adiós, Tessay -le gruñó al oído. Contrajo lentamente los músculos del brazo y sintió cómo las vértebras de la nuca se arqueaban hasta el punto de fractura. Sólo faltaban unos gramos de presión.

-Se acabó -susurró, y empezó a aplicar la presión final. Conocedor por larga experiencia del ruido característico de las

vértebras al quebrarse, se preparó para oír esa especie de crujido de rama verde y sentir el peso muerto del cadáver sobre su brazo.

Entonces algo se estrelló contra su espalda con fuerza tal que casi le aplastó la columna contra el esternón. Tanto la fuerza como la dirección del golpe lo sorprendieron por completo. Le parecía imposible que Mek hubiera podido dar un rodeo tan grande en tan poco tiempo. Seguramente había bordeado todo el matorral para tomarlo porla espalda.

El ataque brutal lo obligó a abrir el brazo que apretaba el cuello de Tessay. Ella jadeó al tomar aliento a la vez que giraba para escabullirse de su abrazo. Boris trató de volverse para apuntarle con el fusil, pero Mek ya trataba de arrancárselo.

El dedo del ruso apretó el disparador cuando el cañón parecía apuntar a la cara de Mek. El disparo erró, pero la detonación lo aturdió por un instante, obligándolo a soltar el fusil y retroceder.

Boris retrocedió mientras intentaba accionar la corredera e introducir otro proyectil en la recámara, pero la fractura del brazo derecho volvía sus movimientos lentos y torpes. Mek

bajó la cabeza, se abalanzó sobre él con todo su peso y le arrancó el fusil. Abrazados pecho contra pecho, los dos hombres giraron en una danza macabra, tratando cada uno de echar una zancadilla al otro, hasta que ambos tropezaron y cayeron de espaldas en el río.

Cuando salieron a la superficie, seguían abrazados y rodaban en el agua playa, en una horrible parodia del acto de amor que Boris había presenciado minutos antes. Mientras se debatían y lanzaban golpes, la pendiente del fondo cedía bajo sus pies, hasta que el agua les llegó a la cintura y entonces la corriente principal del Nilo los atrapó y los arrastró río abajo. Seguían juntos, sus cabezas se balanceaban sobre las aguas turbulentas, sus brazos azotaban la corriente mientras aullaban con rabia salvaje.

Tessay oyó a los hombres de Mek que bajaban a la carrera entre los matorrales. Tomó su shamma para cubrirse y corrió a su encuentro. Cuando el primero de ellos irrumpió en la playa con su AK listo para disparar, le gritó en amhárico:

-¡Allí! Mek está en el agua con el ruso. ¡Ayúdenlo! -Corrió por la playa con ellos. Cuando llegaron a la altura de los dos hombres en el río, uno alzó su AK, pero Tessay se abalanzó sobre él y apartó el caño:

-Idiota, podrías herir a Mek.

Saltó a una de las rocas de la orilla y alzó la mano para defender sus ojos del resplandor del Sol poniente sobre el río. Sintió nudo en el estómago al ver que Boris había logrado colocarse detrás de Mek y tomarle el cuello en una llave de estrangulación. Hundía la cabeza de Mek bajo el agua. Este se debatía como un pez que ha mordido el anzuelo mientras el torrente arrastraba a ambos.

Tessay saltó de la roca y corrió por la playa hasta el punto siguiente desde donde pudo seguir contemplando impotente la escena.

Boris aún sostenía la cabeza de Mek bajo el agua que los arrastraba hacia la caída. Los. arietes de piedra negra pasaban rápidamente a medida que crecía la velocidad de la corriente. Mek era muy fuerte, y Boris apenas podía retenerlo bajo el agua. Sabía que le quedaba poco tiempo. Bruscamente, Mek se enderezó y sacó la cabeza a flote. Antes de que Boris pudiera hundirlo pudo tomar aliento y sus fuerzas se redoblaron.

Desesperado, Boris buscó la estela de la caída a la cual los arrojaba la corriente. Había rocas en abundancia. Vio una gran losa negra sobre la cual se alzaba una rompiente perpetua de un metro de altura. Enfiló hacia ella, empeñando sus últimas fuerzas para empujar a Mek delante de sí.

Como un gran monstruo marino, la losa los esperaba en el fondo de la pendiente torrencial. Boris logró situar a Mek de manera tal que chocara de cabeza contra la roca y a la vez le sirviera para amortiguar el impacto de su propio cuerpo.

A último momento, al alzar la cabeza para tomar una bocanada de aire, Mek vio la roca y advirtió el peligro. Con un solo envión violento hundió la cabeza y se lanzó en una vuelta carnero bajo el agua. El envión fue tan fuerte e inesperado, que Boris no pudo detenerlo. Instintivamente se aferró con más fuerza al cuello de Mek, pero rodó sobre su espalda y cuando salieron a flote las posiciones se habían invertido. Boris quedó interpuesto entre Mek y la roca, y fue su cuerpo el que absorbió la fuerza del impacto.

El hombro derecho del ruso se quebró como una nuez en las garras de un cascanueces de acero. Aunque su cabeza estaba bajo el agua, el dolor brutal le arrancó un aullido y sus pulmones se llenaron de agua. Soltó a Mek y el agua los separó. Cuando salió a la superficie, empezó a debatirse como un insecto semiahogado. Su brazo derecho estaba roto en el hombro y el codo, su brazo sano se agitaba débilmente y sus pulmones llenos de agua resollaban al tratar de tomar aire.

Mek salió a la superficie a pocos metros de él. Al mirar a su alrededor mientras tomaba aire, vio la cabeza de Boris y con un par de brazadas se acercó por detrás.

Boris, moribundo, no advirtió las intenciones de Mek hasta que éste le tomó el cuello de la camisa y lo retorció en una toma de estrangulador. Con la otra mano, Mek aferró el ancho cinturón de cuero para enfilar el cuerpo de Boris hasta el arrecife siguiente.

Aunque sus pulmones estaban llenos de agua, el ruso trataba de insultarlo.

-¡Hijo de puta! ¡Cerdo negro! Sucio... -Pero su voz no podía con el rugido del torrente y el ariete de piedra que cruzaba su camino. Mek lo llevó de cabeza contra la roca, y los huesos del cráneo de Boris transmitieron el impacto hasta sus brazos. Al instante, el cuerpo de Boris se relajó entre sus brazos, su cabeza cayó hacia adelante y sus brazos quedaron laxos y blandos como las algas en la rompiente.

Apenas entraron en un tramo de la corriente libre de rocas, Mek utilizó la mano que aferraba el cuello del ruso para alzar su cara sobre la superficie. Por un instante la mutilación que había causado lo horrorizó a él mismo. La frente de Boris estaba hundida. La piel no estaba lacerada, pero el cráneo mostraba una hendidura donde hubiera podido hundir el pulgar. Los ojos salían de las órbitas como los de un muñeco aplastado.

Mek giró el cadáver inerte en el agua para contemplar de cerca la cabeza rota. Alzó la mano, palpó la hendidura del cráneo con las yemas de los dedos y sintió el roce de las astillas de hueso bajo la piel.

Nuevamente hundió la cabeza destrozada y la mantuvo bajo el agua mientras nadaba a través de la corriente hacia la orilla. Aunque no había señales de vida en Boris, Mek en ningún momento permitió que la cabeza volviera a salir a flote durante el resto de la travesía larga y tortuosa por el Nilo.

"¿Cómo se remata un monstruo?", era su pensamiento sombrío. "Habría que enterrarlo en un cruce de caminos con una estaca hundida en el pecho." Lo hundió una y cincuenta veces hasta que después del recodo siguiente el agua los arrastró a la orilla.

Allí lo esperaban sus hombres. Lo ayudaron a salir porque sus piernas no lo sostenían. Iban a sacar el cadáver de Boris, pero Mek los detuvo con un gesto imperioso.

-Que se lo coman los cocodrilos. Es lo que se merece después de los sufrimientos que infligió a nuestro país y nuestro pueblo.

En medio de su furia y su odio, pensó en Tessay: no quería que viera esa cabeza mutilada. Ella no era tan ágil como los hombres, pero ya se acercaba por la orilla.

Uno de los hombres empujó el cadáver de Boris hacia el centro de la corriente, descolgó el fusil AK de su hombro y soltó una ráfaga de fuego automático. Los proyectiles repiquetearon en el agua en torno de la cabeza del ruso y algunos se hundieron en su espalda, agujerearon su camisa empapada y le arrancaron trozos de carne sanguinolenta. Los demás aullaron de risa y vaciaron a su vez sus cargadores en el cuerpo inerte. Mek no trató de detenerlos. Algunos de sus parientes habían sufrido una muerte horrenda en las garras del ruso. El cadáver se revolvió en una nube rosada de sangre y por un instante los ojos salidos de sus cuencas contemplaron el cielo. Luego se hundió.

Mek fue lentamente al encuentro de Tessay. La estrechó con ternura contra su pecho y le susurró al oído.

-Se acabó. No volverá a hacerte daño. Desde ahora eres mía... ¡para siempre!

Puesto que la partida de Boris y Tessay obviaba la necesidad de mantener las medidas de seguridad, Nicholas y Royan ya no se encerraban en la choza de ella como un par de conspiradores para planificar la búsqueda de la tumba.

Nicholas instaló el cuarto de trabajo en la choza comedor. A su pedido, los empleados construyeron una gran mesa donde desplegar las fotografías satelitales, los mapas y todo el material acumulado. El cocinero se aseguraba de que nunca les faltara café mientras reflexionaban sobre sus materiales, analizaban los hallazgos en la laguna de Taita y discutían todas las teorías que se le ocurrieran a cada uno, por extravagantes que fueran.

-Tenemos que volver allá con el equipo adecuado. Si no, nunca sabremos si Taita construyó el pasadizo o bien si se trata de un sumidero natural.

-¿Qué equipo se necesitará para eso? -preguntó Royan. -Escafandras autónomas. Los tubos de oxígeno no sirven. Aunque los equipos de la Armada son mucho más livianos y com.

pactos que antes, no se puede sumergirlos a más de once metros, el equivalente de una atmósfera. Más abajo, el oxígeno puro es un veneno mortal. ¿Alguna vez usaste una escafandra?

Asintió:

-Cuando Duraid y yo estuvimos de luna de miel en el Mar Rojo, tomé un par de lecciones y bajé tres o cuatro veces en mar abierto. Pero desde ya, no soy especialista ni mucho menos.

-Te prometo que no te obligaré a bucear-dijo con una sonrisa-, pero a partir de las pruebas halladas en la tumba de Tanus y la laguna de Taita estoy convencido de que debemos iniciar la segunda etapa del operativo.

-De acuerdo, tendremos que volver mejor equipados y contratar gente especializada. Pero la próxima vez nadie creerá el cuento de la caza deportiva. ¿Qué excusa encontraremos para no disparar todas las alarmas de la burocracia etíope?

-Hablas con el hombre que visitó a muchachos tan encantadores como Gadaffi y Saddam sin ser invitado. Comparado con ellos, los etíopes son niños de jardín de infantes.

-¿Cuándo empiezan las lluvias fuertes en la alta montaña? -preguntó bruscamente.

-¡Sí! Esa es la pregunta clave -dijo, ya muy serio-. Basta ver la marca de la crecida en el muro de la laguna de Taita para tener una idea aproximada de lo que es el río en la época del desborde. -Consultó rápidamente su agenda de bolsillo. -Afortunadamente tenemos tiempo... no de sobra, pero suficiente. Debemos darnos prisa. Debemos volver para planificar la segunda fase.

-Bueno, vamos a empacar.

-Está bien. Pero lamentaría mucho no aprovechar hasta el último momento en este lugar donde hemos' llegado con tanto esfuerzo. Creo que podemos disponer de unos días para poner a prueba ciertas teorías que tengo sobre la laguna y el sumidero. Así sabremos mejor qué clase de equipo necesitaremos.

-Bien, tú mandas.

-Qué placer inesperado escuchar esas palabras en boca de una dama.

-Disfruta el momento -replicó con su sonrisa más seductora-. Tal vez nunca se repita. -Y añadió con seriedad: -Cuéntame tus teorías.

-Todo lo que sube, baja y lo que entra, sale -dijo, enigmático-. El agua que entra con tanta presión en el sumidero tieneque salir por algún lado. Si no llega al Nilo a través de una cuenca subterránea, en algún lugar aflora a la superficie, y en ese caso podemos encontrarlo.

-Sigue, sigue.

-De algo estoy seguro: no se puede entrar en el sumidero desde la laguna. Nadie puede aguantar esa presión. Pero si encontráramos la salida, tal vez podríamos explorarlo desde el otro extremo.

-Es una posibilidad fascinante -declaró con toda seriedad y se volvió hacia la fotografía satelital. Nicholas había señalado el monasterio y también había marcado el curso aproximado del río. La quebrada era demasiado angosta y la vegetación demasiado tupida para que pudiera aparecer en una fotografía en pequeña escala a pesar del alto poder del lente.

-Aquí es donde el río penetra en la quebrada -dijo, señalándolo-. Aquí está el valle lateral por donde se desvía la senda. ¿De acuerdo?

-De acuerdo. ¿Adónde quieres llegar?

-Cuando veníamos hacia acá, dijimos que ese valle pudo haber sido el lecho original del Dandera, el que aparentemente se había abierto un nuevo paso a través de la quebrada.

-Así es. Te escucho.

-El declive del terreno hacia el Nilo es muy empinado, ¿verdad? ¿Recuerdas que al bajar por el valle seco cruzamos un arroyo menor, pero bastante caudaloso? Parecía salir de la ladera oriental del valle.

-Ajá, comprendo. Sugieres que puede ser el desborde del sumidero. ¡Pero vean qué chica tan lista!

-Sólo saco conclusiones de tus ideas geniales. -Bajó los ojos modestamente y dejó que

asomaran detrás de sus pestañas. Bromeaba, pero sus pestañas eran largas y tupidas, y sus ojos eran del color de la miel silvestre con destellos dorados. A esa distancia le resultaban perturbadores.

-¿Por qué no vamos ahora mismo? -sugirió, enderezándose. Fue a buscar sus cámaras y la mochila liviana, y al volver la encontró dispuesta a partir. Pero no estaba sola.

-Veo que traes a tu acompañante de siempre -dijo con resignación.

-A ver si te atreves a despedirlo. -Royan sonrió para alentar a Tamre, quien reía y asentía y se tomaba los hombros, jubiloso por la presencia del objeto de su idolatría.

-Bueno, está bien -asintió Nicholas resignado-. Dile al sinvergüenza que venga.

Tamre los precedía con su andar torpe, las piernas flacas azotadas por su shamma sucio, salmodiando el estribillo monótono de un salmo en amhárico. De vez en cuando volvía la cabeza para asegurarse de que Royan lo seguía. El ascenso por la ladera del valle era arduo, y el calor del mediodía deshidrataba los cuerpos. Aparentemente no afectaba a Tamre, pero los otros dos tenían las camisas manchadas de sudor cuando por fin llegaron al punto donde el arroyo desembocaba en el valle. Buscaron con alivio la sombra de un bosquecillo de acacias y, mientras descansaban Nicholas estudió la ladera a través de los largavistas.

-¿Cómo están, después del chapuzón que les di? -preguntó Royan.

-Totalmente impermeables -masculló-. Diez puntos para Herr Zeiss.

-¿Qué ves allá arriba?

-Poca cosa. El monte es demasiado denso. Tendremos que seguir trepando. Lo siento.

Salieron de la sombra y continuaron el ascenso bajo la luz, candente del Sol. El arroyo tenía una serie de cascadas y un remanso al pie de cada una. La vegetación desbordaba las orillas, y allí donde las raíces alcanzaban a hundirse en el agua era verde y exuberante. Nubes de mariposas negras y amarillas revoloteaban sobre los remansos, y un aguzanieves blanco y negro exploraba las rocas cubiertas de musgo en la orilla, agitando su larga cola como si fuera un metrónomo.

A mitad de camino hacia la cima, se detuvieron a descansar junto a un remanso. Nicholas se quitó el sombrero y de un golpe atontó a un saltamontes marrón y amarillo. Arrojó el insecto al medio de la laguna, y cuando éste empezaba a patalear hacia la orilla, una larga sombra negra se alzó del fondo. Se produjo un remolino y un destello de escamas plateadas, y el saltamontes desapareció.

-Cinco kilos, por lo menos -comentó Nicholas con tristeza-. ¿Por qué no habré traído mi caña?

Agazapado en la orilla junto a Nicholas, Tamre alzó la mano con los dedos extendidos. Casi al instante, una mariposa vino a posarse sobre su dedo, agitando suavemente sus aterciopeladas alas negras y amarillas. Lo miraron maravillados, porque el insecto parecía haber acudido a su llamado. Tamre gorjeó y ofreció

la mariposa a Royan. Cuando ella extendió la mano, la dejó caer suavemente sobre su palma.

-Gracias, Tamre. Es un hermoso regalo. Ahora te haré yo un regalo: la dejaré en libertad. -Frunció los labios y sopló suavemente hasta que la mariposa alzó vuelo. Revoloteó sobre el remanso, y Tamre aplaudió y rió encantado.

-Qué extraña esa empatía con las criaturas del bosque -murmuró Nicholas-. Me parece que el abad Jali Hora no trata de detenerlo. Le permite ir donde lo llevan sus fantasías. Un trato especial para un espíritu alterado que danza al son de una música que sólo él puede oír. Debo reconocer que, a pesar de todo, empiezo a encariñarme con el muchacho.

Unos quince metros más arriba encontraron la fuente. El arroyo surgía de una gruta al pie de un pequeño acantilado de piedra arenisca roja. La entrada estaba oculta detrás de una densa cortina de helechos que Nicholas apartó para escrutar el interior.

-¿Ves algo? -preguntó Royan.

-Poca cosa. Está oscuro, pero me parece que penetra bastante profundamente.

-Eres demasiado alto para entrar ahí. Deja que yo lo haga.

-Es una buena guarida para una cobra acuática. Hay ranas de sobra para comer. ¿Estás

segura de que quieres hacerlo?

-¿Quién dijo que quiero hacerlo? -Se descalzó junto a la orilla y entró en el arroyo. El agua le llegaba hasta los muslos y era difícil vadear contra la corriente.

El techo bajo de la gruta la obligó a doblarse por la mitad. Desapareció de la vista.

-El techo baja cada vez más -dijo su voz desde el interior. -Ten cuidado, encanto. No te arriesgues.

- Por favor, no me llames encanto. -Su voz sonaba cavernosa.

-Sin embargo, es justamente lo que eres, un encanto. ¿Prefieres que te llame jovencita?

-Tampoco. Me llamo Royan. -Después calló hasta pasados varios minutos. -No puedo avanzar más. Se ha convertido en una especie de pasadizo.

-¿Un pasadizo?

- Una especie de abertura rectangular.

- ¿Te parece artificial?

-Es imposible saberlo. El agua sale con la fuerza de un grifo. Un chorro constante.

¿Hay rastros de una excavación o marcas de herramientas en las rocas?

-Nada. La piedra es totalmente lisa y está cubierta de musgo y algas.

-¿Podría un hombre pasar por esa abertura si no fuera por la presión?

-Tendría que ser un pigmeo o un enano.

-¿O un niño?

-O un niño -asintió-. Pero, ¿quién obligaría a un niño a entrar aquí?

La esclavitud infantil era muy común en la antigüedad. Taita podría haberlo hecho.

-Ni lo insinúes. No quieras derribar a Taita del pedestal donde lo he colocado -dijo al salir de la gruta. Tenía helechos y musgos enredados en el pelo y estaba empapada de la cintura hacia abajo. Le dio una mano para ayudarla a salir. La curva de su trasero se insinuaba claramente bajo la tela mojada de los pantalones. Se obligó a no disfrutar de la vista.

-Por consiguiente, el pasadizo no es un túnel artificial sino una falla natural en la piedra caliza.

-No he dicho eso, sino que es imposible saberlo. Tal vez tengas razón en que utilizaron a niños para abrirlo. ¿Acaso no empleaban niños en las minas de carbón durante la revolución industrial?

-¿Pero no hay manera de explorar el túnel desde este ex

tremo?

-Es imposible -afirmó con vehemencia-. El agua sale con

una presión tremenda. No tuve fuerza ni para introducir el brazo en el pasadizo.

-Es una lástima. Esperaba tener una prueba irrefutable, o al menos un nuevo indicio. -Se sentó a su lado en la orilla y hurgó en su bolso hasta encontrar un pequeño instrumento negro de metal anodizado. Abrió la tapa.

-Es un barómetro aneroide -dijo en respuesta a su mirada perpleja-. Esencial en el equipaje del navegante. -Hizo una lectura y tomó nota.

-¿Y bien?

-Quiero averiguar si este arroyo se encuentra por debajo

_ del nivel del sumidero en el fondo de la laguna de Taita. Si no es así, debemos descartarlo de la lista de posibilidades. -Se paró. -Si estás dispuesta, podemos seguir adelante.

-¿Adónde vamos'?

-A la laguna de Taita, desde luego. Haré una lectura para determinar la diferencia de altitud entre los dos puntos.

Una vez que comprendió a dónde se dirigían, Tamre pudo guiarlos por un atajo y en menos de dos horas llegaron de la surgente del arroyo a la cresta del precipicio sobre la laguna de Taita. Allí se sentaron a descansar.

-Da la impresión de que Tamre se pasa los días vagando por el monte. Conoce hasta la última senda y picada. Es un guía de primera.

-Sin duda, es mejor que Boris -asintió Nicholas. Sacó el barómetro y tomó una lectura.

-Parece que hay buenas noticias -aventuró Royan, mirando su cara mientras él hacía sus cálculos.

-Excelentes. Si sumamos los sesenta metros de caída hasta la laguna y otros quince de profundidad de ésta, tenemos que el sumidero todavía está unos treinta metros más arriba que la surgente en la gruta de helechos al otro lado de la cresta.

-¿O sea?

-O sea que es muy posible que se trate del mismo arroyo. El agua entra por la laguna de Taita y sale por tu gruta.

-¿Cómo diablos pudo hacerlo? ¿Cómo llegó al fondo de la laguna? Tú eres un mago de la ingeniería. Dime cómo lo harías. -El se encogió de hombros, pero ella insistió: -Tiene que haber métodos estándar para construir bajo el agua. ¿Cómo se asientan los pilares de un puente o los cimientos de una represa? Y ya que estamos, ¿cómo hizo Taita para construir el pasadizo subfluvial que medía el flujo del Nilo? ¿Recuerdas su descripción del hidrógrafo en Río sagrado?

-Se construye una ataguía, una presa temporaria -dijo Nicholas distraídamente, pero se interrumpió y la miró asombrado-: ¡Tienes razón! ¡Una presa! ¡Tal vez el viejo tunante embalsó el río!

-¿Pudo hacerlo?

-Empiezo a creer que para Taita nada era imposible. Por cierto que contaba con mano de obra en cantidad ilimitada, y el hombre capaz de construir el hidrógrafo del Nilo en Asuán conocía muy bien las leyes de la hidrodinámica. Recuerda que la vi

da en el antiguo Egipto dependía totalmente de los desbordes estacionales del río y el control de las inundaciones. Por lo que sabemos del viejo, parece muy posible.

-¿Cómo lo demostraríamos?

-Deberíamos encontrar los restos de la presa. Embalsar el río Dandera debió de ser un trabajo titánico. Tiene que quedar alguna huella.

-¿Dónde dirías que construyó la presa? -preguntó, excitada-. Concretamente, ¿dónde la instalarías tú si tuvieras que hacerlo?

-Hay un lugar perfecto -respondió sin titubear-. Es allí donde la senda se aparta del río para desviarse por el valle, y el río cae al fondo de la quebrada. -Sus cabezas giraron al unísono para mirar río arriba.

-Bueno, no perdamos el tiempo -dijo ella, y se paró de un salto-. ¡Vamos a echar un vistazo!

Su euforia era contagiosa; Tamre reía y brincaba al precederlos por la senda entre los arbustos espinosos que luego corría por la ladera del valle hasta llegar al río. Ya habían pasado las peores horas de calor cuando llegaron una vez más a la cabeza de la catarata donde el río Dandera se precipitaba al abismo e iniciaba el último tramo de su loca carrera hacia el Nilo.

-Si Taita hubiese tendido una presa aquí... -Nicholas extendió los brazos sobre la embocadura del desfiladero-, hubiera podido desviar el río hacia el valle lateral.

-Todo es posible -dijo ella, riendo. Tamre rió a su vez; no entendía una palabra de la conversación, pero disfrutaba como pocas veces en su vida.

-Necesitaría un nivel de anteojo para determinar las diferencias de altura. El declive suele ser muy engañoso, pero a simple vista diría que es posible, como tú dices. -Hizo una visera con su mano y contempló los peñascos que flanqueaban la catarata. Eran dos portales rocosos de piedra caliza entre los cuales rugía el río al precipitarse sobre el borde.

-Me gustaría subir allá para tener un panorama más claro del terreno. ¿Te animas?

Librodot

A ver si me alcanzas -lo desafió, y se lanzó a la ladera. Era un ascenso difícil; en algunos lugares la roca friable se quebraba bajo su peso. Pero cuando llegaron a la cima del peñasco oriental tuvieron como premio un panorama estupendo del terreno a sus pies.

Hacia el norte, la escarpa era un muro liso coronado de almenas serradas. Detrás y por encima de ésta, como una imagen onírica, se alzaban los picos altos de los montes. Choke, azules como la pluma de la garza real contra el celeste del cielo africano.

Alrededor de ellos se extendían los páramos inhóspitos de la quebrada, un revoltijo colosal de crestas y cuchillas y arrecifes rocosos de cien matices distintos: gris ceniza, blanco, negro como el pellejo del búfalo o rojo como su sangre. Los matorrales de la orilla del río eran verdes, del intenso matiz ponzoñoso de la víbora mamba en la copa del árbol, pero los más apartados del agua eran grises y cenicientos; sobre los lomos serrados de las crestas se alzaban las siluetas austeras de antiguos árboles atacados por la sequía, cuyas retorcidas ramas negras se perfilaban contra el cielo.

-Es la imagen misma de la desolación -susurró Royan al contemplar el paisaje-. Indómito e inhóspito. Así se entiende que Taita hubiera elegido este lugar, que intimida a los intrusos.

Durante varios minutos contemplaron anonadados el paisaje majestuoso y salvaje, pero apenas recuperaron fuerzas volvió a aflorar el entusiasmo de la búsqueda.

-Aquí tenemos una vista panorámica -dijo Nicholas al señalar el valle a sus pies-. Se ve claramente la divisoria de aguas en la bifurcación del valle y el declive del terreno. Allá, desde ese lado de la quebrada hasta el punto a nuestros pies, es la parte más angosta. Una especie de cuello por donde pasa el río; el sitio natural donde construir una presa. -Giró y señaló a su izquierda. -No sería difícil desviar el río hacia el valle. Y una vez que concluyera la obra en el fondo de la laguna, cualquiera que fuese, sería aún más fácil derribar el muro del dique para devolver el río a su cauce natural.

Tamre los miraba con avidez, volvía la cara hacia el que hablaba, sin comprender palabra pero imitando los gestos de Royan con la fidelidad de un espejo. Asentía con ella, fruncía el entrecejo con ella y cuando Royan sonreía, él reía feliz.

-El río es muy ancho. -Royan meneó la cabeza y Tamre meneó la suya con cara de sabihondo. -¿Qué utilizaría? ¿Una presa de barro? Me parece difícil..

-Los egipcios utilizaban mucho el barro en los canales y diques de sus obras de riego -murmuró Nicholas-. Pero también utilizaban la piedra cuando era disponible. Eran albañiles de primera. Conoces las canteras de Asuán, ¿no?

-Aquí en la quebrada la capa superficial de tierra es muy delgada. Y hay piedra de sobra. Parece un museo geológico: hay rocas del tipo que quieras.

-Así es. Yo diría que una presa de albañilería con piedras es mucho más probable que un muro de barro. Los antiguos egipcios las construían desde mucho antes de la época de Taita. Si es así, es posible que queden rastros.

-Bien, sigamos esa hipótesis. Taita construyó una presa con lajas de piedra y luego la derribó. ¿Dónde hallaríamos los restos?

-Tendríamos que iniciar la búsqueda en el lugar -respondió Nicholas-. Iríamos río abajo a partir de la embocadura de la quebrada.

Bajaron la ladera, siempre precedidos por Tamre, que buscaba la ruta menos penosa para Royan y la llamaba con la mano cada vez que ella se detenía a tomar aliento. Llegaron a la angostura del valle y se pararon en la orilla del río a echar una mirada en derredor.

-¿Qué altura tendría el muro? -preguntó Royan. -No creo que fuera muy alto. Pero no puedo darte una respuesta precisa sin un nivel de anteojo.

Trepó por la pared lateral, se inclinó y volvió la cabeza hacia uno y otro lado para contemplar el valle en toda su extensión y luego el borde de la catarata que caía a la embocadura de la quebrada.

Tres veces escaló un poco más la pared para cambiar de posición. A medida que ascendía, la ladera se volvía más escarpada. Finalmente tuvo que aferrarse a la pared en una posición más que precaria, pero parecía satisfecho.

-Diría que ésta es la altura de la presa, donde me encuen 1 tro ahora. Unos cinco metros.

Parada junto al río, Royan se volvió para calcular la distancia hasta el acantilado de piedra caliza que se alzaba en la orilla opuesta.

-Poco más de treinta metros -dijo, alzando la voz para que la oyera.

-Más o menos -respondió él-. Es mucho trabajo, pero no es imposible.

-Taita jamás se dejaba intimidar por la magnitud o la dificultad de la tarea. -Tuvo que formar una bocina con las manos para hacerse oír. -¿Ves algún rastro de la obra desde allá arriba? Seguramente Taita ancló la presa al precipicio.

Recorrió horizontalmente el muro de piedra hasta encontrarse directamente encima de la catarata, donde no podía avanzar más. Luego bajó adonde lo esperaban Royan y Tamre.

-¿Encontraste algo? -preguntó con impaciencia, pero él meneó la cabeza.

-No, pero difícilmente quedaría un rastro al cabo de cuatro mil años. Los precipicios han estado expuestos a los vientos y la intemperie. Creo que será mejor buscar algún bloque de piedra que haya sido arrastrado por el agua cuando Taita derribó la presa.

Caminaron valle abajo hasta que Royan descubrió una piedra que parecía distinta de las rocas circundantes. El tamaño era el de un viejo baúl de mar. Aunque estaba tapada a medias por la maleza, el extremo expuesto parecía estar tallado en escuadra. Llamó a Nicholas.

-Mira -dijo con entusiasmo-. ¿Qué te parece?

Se sentó a su lado y acarició la superficie expuesta de la laja.

-Puede ser. Pero para asegurarnos, tendríamos que encontrar las marcas del cincel donde el albañil abrió la grieta. Sabrás que abrían una grieta en la piedra y le introducían cuñas hasta partirla.

Estudiaron cuidadosamente la superficie expuesta, y aunque encontraron una muesca que según Royan sólo podía ser una antigua marca de cincel, Nicholas le dio apenas cuatro puntos en la escala de diez.

-Se nos termina el tiempo -dijo para alejarla del hallazgo-. Tenemos mucho terreno por cubrir.

Exploraron medio kilómetro más del fondo del valle, hasta que Nicholas abandonó la búsqueda.

-Por fuerte que fuese el torrente, no creo que arrastrara un bloque de piedra hasta aquí. Volvamos a ver si la cascada arrastró un bloque al fondo.

Volvieron a la orilla del Dandera y la remontaron hasta la cascada. Nicholas se inclinó sobre el borde:

-No es tan profundo como más abajo -calculó-.

Unos treinta metros, diría yo.

-¿Podrías bajar? -preguntó en tono escéptico. La espuma que se alzaba del fondo les salpicaba la cara y tenían que hablar a los gritos para hacerse oír sobre el trueno de las aguas.

-Necesitaría una soga y unos cuantos forzudos que me sacaran de ahí. -Se sentó en el borde y enfocó el fondo con los largavistas. Había un revoltijo de rocas sueltas en el fondo: la mayoría eran cantos rodados y uno o dos sobresalían por su tamaño. También había algunas piedras con aristas y otras que con mucha imaginación se podían considerar rectangulares. Pero las aguas torrenciales las habían alisado y sus caras estaban empapadas. Todas parecían estar parcialmente sumergidas o cubiertas por la espuma.

-Desde aquí no podemos determinar nada, y la verdad es que no me gusta la idea de bajar... al menos esta tarde.

Royan se sentó a su lado y apretó las rodillas contra el pecho. Estaba desanimada.

-Por lo tanto, no tenemos la menor seguridad de nada. ¿Construyó Taita la presa o no?

Sin pensarlo, le rodeó los hombros con un brazo para consolarla, y después de un instante ella se relajó y se apoyó en él. Contemplaron el abismo en silencio, hasta que ella se apartó suavemente y se puso de pie.

-Creo que es hora de emprender la retirada. ¿Cuánto tardaremos en volver?

-Tres horas, por lo menos. -Se paró a su lado. -Tienes razón. Caerá la noche antes de

que lleguemos, y no hay luna.

-Es notable cómo ataca la fatiga después de una desilusión, ¿no? -Se desperezó. -Me echaría a dormir aquí mismo sobre una de las lajas de Taita. -Bruscamente se interrumpió: -Dime, Nicky, ¿de dónde las sacó?

-¿De dónde sacó qué? -preguntó, perplejo.

-¿No entiendes? Empezamos por el final. Tratamos de descubrir adónde fueron a parar las lajas. Hoy mencionaste las canteras de Asuán. ¿No deberíamos preguntamos de dónde sacó Taita los bloques de piedra para la presa en lugar de qué pasó después con ellos?

-¡La cantera! -exclamó Nicholas-. Claro, tienes toda la razón. Hay que empezar por el principio, no por el final. Por la cantera, no por las ruinas de la presa.

-¿Dónde la buscamos?

-Esperaba que me lo dijeras tú.

Rieron, y al instante Tamre les hizo coro. Los dos miraron al chico.

-Lo mejor será que consultemos a nuestro fiel guía -dijo Royan, y le tomó la mano-: Escucha, Tamre. ¡Escucha con mucho cuidado!

Sumiso, el chico inclinó la cabeza y la miró fijamente, tratando de concentrar sus volátiles pensamientos.

-Buscamos el lugar de las piedras cuadradas. -Al ver su mirada perpleja, lo intentó otra vez. -Hace mucho, mucho tiempo, vinieron unos hombres a sacar piedras de la montaña. En algún lugar cerca de aquí hay un gran agujero. Tal vez adentro de ese agujero hay piedras cuadradas.

Bruscamente la cara del chico se iluminó con una sonrisa feliz:

-¡La piedra de Jesús! -exclamó. Se paró de un salto sin soltar su mano. -Te muestro mi piedra de Jesús. -Se lanzó ladera abajo, arrastrándola de la mano.

-¡Tamre, espera! -suplicó-. ¡Más despacio!

Pero fue en vano. Sin aflojar el paso, Tamre se puso a cantar un himno en amhárico. Nicholas los siguió a un paso más lento y los alcanzó medio kilómetro más adelante.

De rodillas, con la frente apretada contra el muro de roca del valle y los ojos cerrados, Tamre rezaba y aferraba la mano de Royan.

-¿Qué diablos están haciendo? -preguntó Nicholas al acercarse.

-Rezamos -dijo ella, muy seria-. Tamre dice que debemos rezar antes de llegar a la piedra de Jesús.

Se apartó de Nicholas, se tapó los ojos con una mano y murmuró una oración.

-No creo que le haga mal a nadie -masculló Nicholas con resignación, y fue a sentarse en una piedra cercana.

Bruscamente, Tamre se paró, agitó los brazos y empezó a girar hasta levantar una nube de polvo. Luego se detuvo y salmodió:

¯Hecho está, podemos ver la piedra de Jesús.

Nuevamente tomó la mano de Royan y la condujo hacia la pared de roca. Al instante los dos se desvanecieron y Nicholas se detuvo, sorprendido y algo alarmado.

-¡Royan? -exclamó-. ¿Dónde estás? ¿Qué pasa? -Por aquí, Nicky. Ven por aquí.

Se acercó al muro y se detuvo, estupefacto:

-¡Por Dios! No hubiéramos encontrado este lugar aunque lo buscáramos durante un año.

La cara del precipicio se replegaba sobre sí misma para formar una entrada oculta. La atravesó, contemplando los muros verticales, y a los treinta pasos entró en un anfiteatro de por lo menos cien metros de diámetro y abierto al cielo. Las paredes eran de piedra y le bastó una mirada para comprobar que era del mismo esquisto micáceo que el bloque descubierto por Royan en el fondo del valle.

Aparentemente los albañiles habían tallado el hueco en la roca misma, con gradas que llegaban hasta la cima de las paredes. Aún se veían claramente los huecos de donde se habían extraído los bloques, con gradas y perfiles en ángulo recto. Algunos arbustos y hierbas crecían en las grietas, pero esa vegetación no había llenado la cantera, en cuyo fondo estaban

desparramados varios bloques terminados 'de granito. Estaba tan maravillado por lo que veía que no encontraba las palabras para expresarse. Desde la entrada, giró lentamente al tratar de verlo todo.

Tamre había conducido a Royan al centro de la cantera, donde una gran laja estaba separada de las demás. Evidentemente, los antiguos habían estado a punto de llevarla al valle, porque estaba terminada y su forma era perfectamente rectangular.

-¡La piedra de Jesús! -canturreó Tamre. Se arrodilló junto a la piedra y obligó a Royan a hacer lo mismo. -Jesús me trajo aquí. La primera vez que lo vi, estaba parado sobre esta piedra. Tenía una larga barba blanca y sus ojos eran bondadosos y tristes. -Se santiguó y empezó a recitar un salmo, agitando su cuerpo con la cadencia del poema.

Al acercarse discretamente, Nicholas vio las huellas de las visitas periódicas de Tamre al recinto sagrado. La piedra de Jesús era su altar particular, y a su alrededor estaban desparramadas sus patéticas ofrendas. Había frascos de tej y ollas de barro cocido, en su mayoría rajadas y rotas. Algunas contenían ramos de flores silvestres ya marchitas y resecas. Sobre el altar había colocado otros tesoros: caparazones de tortuga, cerdas de puercoespín, una cruz de madera tallada a mano y decorada con retazos de colores, collares de cuentas, animales y aves modelados con la arcilla azul del río.

Nicholas los miró mientras rezaban arrodillados frente al tosco altar. Se sentía profundamente conmovido por la demostración de la fe del muchacho y su ingenua confianza en ellos al conducirlos hasta allí.

Por fin Royan se paró, y juntos iniciaron un recorrido lento del fondo de la cantera. Hablaron poco y en susurros, como si se encontraran en una catedral u otro lugar sagrado. Ella señaló una pared. Varios bloques cuadrados aún ocupaban sus lugares en los muros. Estaban sujetos a la roca madre como fetos por un cordón umbilical que el antiguo albañil no había llegado a cortar.

Se veían claramente los métodos utilizados por los antiguos para extraer la piedra. Había trabajos en curso en todas las etapas, desde la marcación de los bloques por el maestro artesano, la apertura de las primeras brechas y las líneas de fractura hasta el producto terminado y listo para ser transportado al lugar de la presa.

El Sol se había puesto y estaba casi oscuro cuando volvieron a la entrada. Se sentaron sobre uno de los bloques terminados y Tamre se instaló a sus pies. Sus ojos jamás se apartaban de la cara de Royan.

- Si fuera un perrito menearía la cola -comentó Nicholas con una sonrisa.

- Jamás debemos traicionar su confianza ni profranar este lugar. Es su templo particular. No creo que haya traído a otra persona aquí. Prométeme que lo respetaremos, pase lo que pase.

-Es lo menos que podemos hacer. -Se volvió hacia Tamre: -Hiciste muy bien en traernos a la piedra de Jesús. Estoy muy complacido contigo. La señora está muy complacida contigo.

-Es hora de volver al campamento -dijo Royan. Alzó la vista al cielo, que ya era de color púrpura e índigo surcado por los últimos rayos del Sol.

-No me parece prudente -dijo él-. No hay Luna, sería fácil quebrarse una pierna en la oscuridad. No es lo más recomendable en un lugar como éste. Podríamos tardar una semana en conseguir atención médica.

- ¿Quieres dormir aquí? -preguntó sorprendida.

- ¿Por qué no? Puedo encender una fogata y he traído raciones de emergencia... ¡No es la primera vez que lo hago! Además, tienes a tu caballero, de manera que tu honor está a salvo. Así que insisto, ¿por qué no?

- En efecto -contestó ella, riendo-. Mañana por la mañana podremos inspeccionar la cantera detalladamente.

Nicholas se paró para recolectar leña, pero se detuvo y alzó la vista al cielo. Ella también oyó el silbido que ya conocían demasiado bien.

-El helicóptero de Pegaso -dijo innecesariamente-. ¿Qué diablos buscan a estas horas?

En medio de la oscuridad creciente, vieron pasar las luces giratorias de navegación de la aeronave, rojas, verdes y blancas, al pasar a trescientos metros sobre sus cabezas en dirección al monasterio.

Nicholas encendió el fuego en un rincón de la cantera cercano a la entrada y dividió en tres el paquete de raciones deshidratadas. Mordisquearon las tabletas dulzonas y pegajosas y bebieron agua de las cantimploras.

El fuego despertaba reflejos espectrales en el muro de la cantera y ponía las sombras en movimiento. El gorjeo de una chotacabras desde un nicho en lo alto del muro era tan triste y extraño, que Royan se estremeció y se acercó a Nicholas.

-Me pregunto si Taita, allá del otro lado, está al tanto de nuestros progresos -dijo-. Tengo la impresión de que debe de estar un poco preocupado. Hemos desentrañado la primera parte de su enigma, y apostaría cualquier cosa a que él no lo esperaba.

-El próximo paso es llegar al fondo de su laguna. Ésa sí que será una victoria contra el viejo réprobo. ¿Qué esperas encontrar allá abajo?

-Me da miedo decirlo. Podría traernos mala suerte.

-Yo no soy supersticioso. Al menos, no mucho. ¿Quieres que lo diga? -Ella rió y asintió. -Esperamos encontrar la entrada de la tumba del faraón Mamose. Nada de indicios ni enigmas ni pistas falsas. La auténtica tumba.

-¡Dios te oiga! -exclamó Royan cruzando los dedos. Y nuevamente seria, preguntó: -¿Cuáles son las probabilidades? ¿Te parece que encontraremos la tumba intacta?

Se encogió de hombros:

-Eso lo sabré cuando llegue al fondo de la laguna.

-¿Cómo lo harás? Dijiste que con una escafandra es imposible.

-No lo sé -confesó-. A esta altura sólo sé que no lo sé. Tal vez con trajes de hombre rana con casco.

Ella no respondió: la perspectiva de abordar una tarea tan colosal la intimidaba.

-¡Ánimo! -Le rodeó los hombros con un brazo y ella no se apartó. -Nos queda un consuelo. La tarea es tan ardua para nosotros como para cualquiera que haya tratado de adelantarse. Side veras está allá abajo, ningún ladrón de tumbas ha llegado hasta ella.

-Si la entrada de la tumba está en el fondo de la laguna. entonces las descripciones en los papiros son deliberadamente engañosas. La información con que contamos fue tergiversada por Taita, por Duraid y finalmente por Wilbur Smith. Nuestra tarea es encontrar el camino recto a través de un laberinto de desinformación.

Callaron unos momentos, y el rostro de Royan se iluminó con una sonrisa:

-¡Ay, Nicky, es un desafío tan apasionante! -Bajó la voz:

-¿Pero hay alguna manera de hacerlo? ¿Se podrá entrar?

-Ya lo veremos.

-¿Cuándo?

-Cuando llegue el momento. Todavía no he tenido tiempo para pensar. Hay mucho que planificar y mucho más por hacer.

-¿Sigues interesado en esto? -Quería tener esa seguridad. Sabía que no podría hacerlo por sus propios medios. -¿No te intimida el proyecto?

Nicholas rió suavemente:

-Confieso que no esperaba una aventura tan emocionante. Había soñado con romper un portal de piedra y entrar en la cámara del tesoro, así como Howard Carter entró en la tumba de Tutankamon. Sin embargo, la respuesta a tu pregunta es sí, me intimida la idea de lo que nos espera, pero... ¡nadie podrá detenerme, qué diablos!, ahora que siento el olor de la gloria y veo el resplandor del oro.

Mientras hablaban, Tamre se había tendido sobre el polvo al otro lado del fuego y se

había cubierto la cabeza con su shamma. Seguramente su cabeza estaba llena de sueños y fantasías porque suspiraba, gorjeaba y reía.

-Me pregunto en qué piensa el pobre loquito y qué clase de visiones ha visto -dijo Royan-. Dice que vio a Jesús en la cantera, y estoy segura de que lo cree.

A medida que se apagaba el fuego, sus voces se volvían más suaves y soñolientas.

- Si la tumba del faraón Mamose está bajo el nivel del río

- murmuró Royan justo antes de dormirse sobre el hombro de Nicholas-, ¿el agua no habrá dañado los tesoros?

-Después de construir la presa y dedicar quince años de su vida a la tumba, como dice en los papiros, no creo que Taita permitiera que el agua del río la inundara, echando a perder la momia y el tesoro -contestó Nicholas, sintiendo el roce de su pelo en la mejilla-. Eso hubiera impedido la resurrección de Mamose en el otro mundo y frustrado todos sus esfuerzos. No, yo creo que Taita lo tuvo en cuenta en sus planes.

Se acurrucó contra él con un suspiro de satisfacción.

Poco después él murmuró, "Buenas noches, Royan", pero ella no respondió. Su respiración era profunda y regular. Sonrió y le besó suavemente el pelo.

Nicholas no supo qué lo había despertado. Necesitó varios segundos para recordar que estaba en la cantera. No había Luna, pero las estrellas parecían muy cercanas, grandes y gordas como racimos de uvas maduras. A su luz vio que Royan se había deslizado hasta quedar tendida en el suelo a su lado.

Se levantó cuidadosamente para no despertarla y se alejó de la fogata apagada para vaciar su vejiga. Reinaba un silencio mortal. No había cantos de aves ni ruidos de criaturas nocturnas. Las rocas aún irradiaban el calor absorbido el día anterior.

Entonces se repitió el ruido que lo había despertado: un susurro tenue y remoto que repercutía en los acantilados y le impedía determinar de dónde venía. Pero lo había oído tantas veces en su vida que no tenía la menor duda sobre su origen. Era el tableteo lejano de un arma automática, casi con seguridad un fusil de asalto AK-47 que no disparaba ráfagas prolongadas sino de tres disparos; era un arte que requería práctica y conocimientos. El autor de los disparos debía ser un profesional bien entrenado.

Inclinó el reloj para que las manecillas luminosas reflejaran la luz de las estrellas: eran poco más de las tres.

Permaneció despierto durante un largo rato, pero no hubo más disparos. Finalmente volvió a tenderse junto a Royan, pero no volvió a dormir como antes; a cada rato se despertaba pensando que oía disparos.

Apenas asomaron los primeros colores limón y naranja de la aurora en el cielo oriental, Royan se agitó, y mientras consumían el resto de las raciones le contó sobre el ruido que lo había despertado durante la noche.

-¿Habrá sido Boris? -preguntó-. Tal vez alcanzó a Mek y Tessay.

-Lo dudo. Boris se fue hace varios días. A esta altura no lo oiríamos aunque disparara un cañón.

-¿Qué crees que fue?

-No tengo la menor idea, pero no me gusta. Creo que debemos volver al campamento apenas echemos una mirada por la cantera. Después no hay nada que hacer. Es hora de volver a casa con mamá.

Apenas hubo suficiente luz, Nicholas tomó un rollo de película de la cantera. Para tener una escala, Royan posó junto al muro donde se encontraban los bloques a medio tallar. Encantada con su papel de modelo, se puso a hacer payasadas. Se subió al bloque más grande, se llevó una mano a la cabeza e hizo un mohín al mejor estilo de Marilyn Monroe.

Cuando partieron hacia el valle en dirección al monasterio, estaban exultantes y

locuaces. Discutían animadamente las ideas que se les ocurrían para explotar sus maravillosos descubrimientos. Cuando llegaron a los precipicios de piedra rosada en el fondo de la quebrada ya era casi el mediodía. Un grupo pequeño de monjes avanzaba por la senda hacia ellos.

Aunque los vieron desde lejos, era evidente que durante su ausencia había sucedido algo horrible: el ulular pesaroso de los monjes hizo estremecer a Royan. Era el típico sonido africano del dolor, el anuncio de la muerte y el desastre. Al acercarse vieron que los monjes recogían puñados de polvo de la senda y los echaban sobre sus cabezas entre llantos y lamentos.

-¿Qué pasa, Tamre? -preguntó Royan-. ¡Ve a averiguarlo y cuéntanos!

Tamre corrió al encuentro de sus hermanos. Los monjes se detuvieron al verlo y alzaron sus voces con gemidos y gestos ampulosos. Tamre volvió a la carrera.

-Su gente en el campamento. Ocurrieron cosas horribles. Anoche vinieron hombres malos. Mataron a muchos sirvientes -chilló. Nicholas tomó la mano de Royan:

-Vamos -exclamó-, veamos qué diablos pasa.

Corrieron los últimos mil quinientos metros y al llegar al campamento vieron un corro de monjes frente a la cocina.

Nicholas los apartó y se adelantó a los codazos. Se le revolvieron las tripas y su cara se cubrió de un sudor helado. Bajo una gran nube azul de moscas yacían los cadáveres ensangrentados del cocinero y tres empleados. Les habían atado las manos a la espalda y los habían obligado a arrodillarse para matarlos de un tiro en la nuca a corta distancia.

-No mires! -le dijo a Royan-. No es un lindo espectáculo.

Pero ella no le hizo caso y fue a pararse a su lado.

-Dios mío, los masacraron como vacas en un matadero -dijo con voz ahogada.

-Son los disparos que oí anoche -contestó con furia. Se acercó para identificar a los muertos-. Aly y Kif no están aquí, ¿Dónde están? Se volvió hacia la pequeña multitud y alzó la voz en árabe: -Aly, ¿dónde estás?

-Aquí, effendi. -El rastreador se adelantó. Estaba demacrado y su voz temblaba. Tenía sangre en el pecho de la camisa.

-¿Qué pasó? -Nicholas le aferró el brazo para sostenerlo.

-Vinieron en la noche con armas. Shufta. Dispararon a las chozas cuando dormíamos. No dijeron nada, sólo dispararon.

-¿Cuántos eran? ¿Los reconociste?

-No sé cuántos eran. Estaba muy oscuro. Yo dormía. Corrí cuando empezaron los disparos. Eran shufta, bandidos, asesinos. Hienas y chacales... mataron sin motivo. Estos hombres eran mis hermanos, mis amigos. -Estalló en llanto y las lágrimas bañaron su cara.

Royan se apartó, horrorizada y a punto de vomitar. Fue a su choza y se detuvo en la entrada. La habían desvalijado. Habían abierto y volcado su equipaje, arrancado la ropa de cama y arrojado el colchón a un costado. Como en una pesadilla, cruzó la choza, recogió el bolso de lona donde guardaba los papeles, lo dio vuelta y lo sacudió: estaba vacío. Las fotografías satelitales, los mapas, las impresiones de la estela, las fotografías Polaroid de la tumba de Tanus: se habían llevado todo.

Royan enderezó la cama, se sentó en el borde y trató de reunir sus pensamientos. Se sentía confundida, trastornada. Ante su vista aparecían los cadáveres tendidos frente a la cocina, acribillados y ensangrentados; no podía concentrarse ni pensar con claridad.

Nicholas irrumpió en la choza y miró a su alrededor.

-Igual que a mí -dijo-. Me desvalijaron. Se llevaron el fusil y todos mis papeles. Al menos, tenía los pasaportes y los cheques de viajero en la mochila... -Se interrumpió al ver el

bolso de lona vacío a los pies de la cama. -¿Se llevaron...

-¡Sí! Todo el material de la investigación, incluso las Polaroid. Gracias a Dios que tenías los rollos sin revelar. Exactamente lo mismo nos hicieron a Duraid y a mí. No estamos seguros ni siquiera en el rincón más remoto del monte. -Su voz estaba alterada por un principio de histeria. Se paró de un salto y corrió hacia él.

-¡Nicky, te imaginas si hubiéramos estado aquí! -Lo abrazó, se aferró a su cuerpo. -Estaríamos tirados al sol bajo una nube de moscas.

-Tranquilízate, querida. No nos precipitemos. Podría ser un asalto por ladrones comunes.

-¿Y por qué se llevaron los papeles? ¿Qué valor tienen esas impresiones y fotografías para un bandido común? ¿Adónde iba el helicóptero de Pegaso? Nos persiguen, Nicky. Estoy segura. Quieren matarnos como mataron a Duraid. Volverán en cualquier momento, y estamos desarmados e indefensos.

-Está bien, reconozco que somos bastante vulnerables y que conviene que nos alejemos de aquí lo antes posible. Por otra parte, no tenemos motivos para quedarnos. Por ahora, no podemos hacer nada más. -La abrazó y la sacudió suavemente. -Ánimo. Veremos qué podemos salvar de este lío y volveremos a los vehículos ahora mismo.

-¿Y los muertos? -Se apartó e hizo un esfuerzo para contener las lágrimas y dominarse. -¿Cuántos de los nuestros sobrevivieron?

Aly, Selin y Kif. Al oír los primeros disparos salieron de sus chozas y escaparon en la oscuridad. Les he dicho que se preparen para partir inmediatamente. Hablé con uno de los sacerdotes más viejos. Dijo que se ocuparán de enterrar a los muertos y avisar a las autoridades. Pero piensa, como tú, que los asaltantes nos buscaban a nosotros y que nos vayamos lo antes posible porque estamos en peligro.

En menos de una hora estaban listos para partir. Nicholas resolvió dejar el equipo de campamento y los efectos de Boris al cuidado de Jali Hora. Cargó las mulas con lo mínimo indispensable para salir de la quebrada a marcha forzada.

El abad los hizo escoltar por monjes hasta la cima de la escarpa.

-Sólo un hombre verdaderamente ateo los atacaría estando bajo la protección de la Cruz -dijo.

La cabeza y el pellejo del dik-dik rayado aún estaban en la choza donde los había curtido. Hizo un paquete con ellos, lo sujetó a la carga de una de las mulas y dio la orden de partida a la pequeña caravana.

Tamre se había unido a la escolta de monjes. Se situó detrás de Royan cuando partieron por la senda, seguidos en el primer tramo por los lamentos y las voces de despedida de los monjes que quedaban atrás.

El calor del mediodía era brutal. No había la menor brisa que trajera un poco de alivio. Los muros de piedra del valle absorbían el calor terrible del Sol y lo reflejaban sobre ellos a medida que subían laboriosamente las pendientes escarpadas. El calor evaporaba el sudor en el momento mismo en que salía de los poros, dejando la piel y la ropa manchadas de sal cristalizada. Acicateados por el miedo, los muleros imponían un tren de marcha mortífero, trotaban detrás de las bestias y les aguijoneaban los testículos con sus picanas para apurarlas aún más.

Hacia la media tarde habían desandado los pasos de la mañana y llegaron nuevamente al lugar donde suponían que Taita había construido la presa. Nicholas y Royan se detuvieron a mojarse la cabeza en el río y lavarse la sal de la cara y el cuello. De pie sobre las cataratas, echaron la última mirada a la quebrada donde se encontraban sus sueños y esperanzas.

-¿Cuándo podremos volver? -preguntó ella.

-No podemos esperar demasiado. Se vienen las lluvias, y por otra parte las hienas ya olfatearon el rastro y se están acercando. A partir de ahora, cada día es valioso y cada hora perdida puede ser fatal.

-No cantes victoria, Taita -susurró, contemplando el fondo del abismo-. El juego no ha terminado.

Dieron la espalda a la catarata y siguieron a las mulas por la senda de la escarpa. Esa tarde no se detuvieron en el lugar habitual junto al río; siguieron varios kilómetros más hasta que la noche los obligó a detenerse. No levantaron un campamento en regla. Comieron trozos de pan infiera mojados en la olla de wat que llevaban los monjes. Nicholas y Royan tendieron sus mantas sobre el suelo pétreo, colocaron un par de alforjas a manera de almohadas y el cansancio no tardó en vencerlos.

A la mañana siguiente, en la oscuridad previa al amanecer, mientras cargaban las mulas, bebieron tazones del café etíope negro y amargo y reanudaron el camino. Iluminados por el Sol, los muros de la escarpa frente a ellos parecían estar al alcance de la mano.

-A este paso llegaremos al pie de la escarpa esta misma tarde -dijo Nicholas a Royan, quien caminaba sin esfuerzo a su lado-. Tal vez esta noche podamos dormir en la caverna detrás de la cascada.

-O sea que podemos ahorrar un par de días de viaje y llegar mañana a los camiones.

-Puede ser. No veo la hora de salir de aquí.

-Sí, yo también me siento como en una trampa. -Royan echó una mirada a las laderas escarpadas que se alzaban a cada lado y los obligaban a marchar por el fondo estrecho, por la orilla del río Dandera. -Estuve pensando, Nicky.

-¿Y a qué conclusiones llegaste?

-Conclusiones, ninguna, pero se me ocurrieron algunas ideas bastante desagradables. Supongamos que nuestras impresiones y fotografías cayeron en manos de alguien capaz de comprender lo que son. ¿Qué harán en Pegaso al darse cuenta de hasta dónde hemos avanzado en nuestra investigación?

-Efectivamente, no son ideas agradables. El problema es que hasta volver a la civilización no podemos hacer nada más que mantener los ojos bien abiertos y estar atentos. Diablos, ni siquiera tengo el Rigby. Somos un blanco fácil.

Aly, los muleros y los monjes parecían pensar lo mismo, porque en ningún momento aminoraban el paso. Apenas se detuvieron brevemente al mediodía a preparar café y dar de beber a las mulas. Mientras los hombres encendían el fuego, Nicholas tomó sus largavistas de una alforja y fue a trepar una ladera. Se detuvo un instante y miró atrás: Royan lo seguía. Esperó a que lo alcanzara.

-Deberías descansar dijo severamente-. La fatiga causada por el calor es muy peligrosa.

-No confío en ti cuando te alejas solo. Quiero saber qué te propones.

-Reconocer un poco el terreno, nada más. Deberíamos enviar una vanguardia de exploradores en lugar de avanzar a ciegas. Si no recuerdo mal la marcha hacia aquí, nos esperan algunos de los peores tramos. Dios sabe qué nos aguarda.

te le rozó la mejilla. Su mano se alzó en un gesto reflejo y la aferró. Frotó el trozo marrón entre los dedos, pero en lugar de crujir y deshacerse resultó ser suave y plástico, liso y casi grasiento.

Abrió la mano para estudiarlo: no era una hoja sino un retazo de papel manteca, marrón y traslúcido. Al instante sonaron todas las campanas de alarma. No se debía a la mera aparición de un trozo de papel en un lugar tan incongruente. Reconoció el tipo y la textura de ese papel especial. Lo alzó a la nariz para olerlo. El olor penetrante, nitroso, le causó un escozor en la garganta.

-¡Gelignita! -exclamó.

En la era del Semtex y los explosivos plásticos, los militares prácticamente habían dejado de usar la gelignita explosiva, que en cambio era muy utilizada en la prospección y extracción de minerales. Los cartuchos de gelatina nitrogenada con pulpa de madera y base de nitrato de sodio generalmente estaban envueltos en ese grasiento papel marrón. Antes de

colocar el detonador en el cartucho, se solía arrancar una punta del papel que envolvía el explosivo de color melaza. Nicholas lo había usado tanto en los viejos tiempos que jamás había olvidado el olor.

Sus pensamientos se precipitaban. Si alguien los esperara y hubiera minado el precipicio con gelignita, el destello que había visto podía ser del alambre de cobre entre los cartuchos o de alguna otra pieza del equipo. En ese caso, tal vez en ese preciso instante el operador oculto en lo alto de la cresta se aprestaba a accionar la palanca que cerraba el circuito. Tal vez el macho kudú había huido de la presencia humana.

-¡Aly! -vociferó hacia la cabeza de la caravana-. ¡Deténganse! ¡Vuelvan!

Se largó a correr hacia la cabeza de la caravana, pero sabía que era tarde. Si había alguien oculto allá arriba, podía ver todos sus movimientos. Era imposible llegar a la cabeza de la columna y obligar a las mulas a volver sobre sus pasos antes de que... Se detuvo y miró a Royan, que venía de atrás. Su seguridad era lo más importante. Corrió hacia ella y le aferró el brazo.

-¡Vamos! Tenemos que salir de la senda.

-Nicky, ¿qué pasa? ¿Qué haces? -Se resistía y trataba de liberar su brazo.

-Ya te lo diré -le espetó bruscamente-: Hazme caso. -Tuvo que arrastrarla unos metros antes de que ella empezara a correr con él por donde habían venido.

No se habían alejado cincuenta metros cuando estalló el paredón. La vasta perturbación del aire estuvo a punto de derribarlos. El ruido repercutió dolorosamente en sus cabezas y casi provocó la implosión de las delgadas membranas de los tímpanos. Detrás de aquél llegó la fuerza principal del estallido. No fue un estampido seco sino un redoble prolongado como el de un trueno. El golpe fue tal que los aturdió y les hizo perder la orientación.

Nicholas la sostuvo entre sus brazos y miró atrás. Vio una serie de explosiones en la cresta del paredón. Altos chorros de tierra, polvo y escombros se alzaban y giraban en estricto orden coreográfico, como un cuerpo de baile infernal.

En medio del terror, pudo apreciar la pericia con que habían colocado la gelignita. Sin duda, era la obra de un especialista en explosivos. Las altas columnas de escombros caían sobre sí mismas, dejando nubes finas de un polvo pardo que se alzaban contra el cielo azul. Por un instante pareció que todo había pasado. Entonces empezó a cambiar el perfil del precipicio.

Poco a poco, el muro de roca empezó a inclinarse hacia afuera. Enormes grietas aparecieron en la cara como bocas obscenas. Planchas de roca empezaron a deslizarse en cámara lenta, semejantes a las faldas de una mujer gigante al hacer una reverencia. La roca gruñó y crujió, y todo el precipicio se abatió sobre el río.

El espectáculo dantesco paralizó a Nicholas, que ya estaba aturdido por la explosión. Tuvo que hacer un esfuerzo colosal para ponerse en movimiento. El centro de la explosión se había producido más adelante, donde se encontraban Aly y Tamre. El y Royan venían en la cola de la caravana. Evidentemente, el autor del atentado había esperado que ambos llegaran al epicentro de su trampa explosiva, pero la detonó cuando vio que volvían a la carrera sobre sus pasos y comprendió que la habían descubierto.

Pero aún no habían escapado: estaban al alcance de la fuerza periférica de la avalancha que comenzaba. Sin soltar el brazo de Royan, Nicholas alzó la vista al precipicio e hizo sus cálculos desesperadamente.

Fascinado, contempló la vasta ola de rocas que barría la senda, arrastrando consigo a hombres y mulas y arrojándolos al río. Los alzaba como la lengua de un monstruo colosal y los despedazaba con colmillos de piedra roja. Por encima del trueno de las rocas se alzaban los gritos aterrados de hombres y animales.

La ola destructiva avanzaba por la senda hacia ellos. Si se hubieran encontrado directamente debajo de la explosión, sus posibilidades de escapar hubieran sido nulas, pero el impulso destructivo empezaba a disiparse. Sin embargo, Nicholas comprendió que no había manera de dejarlo atrás, y que se abatiría sobre ellos con fuerza devastadora.

No había tiempo para dar explicaciones: debía actuar en segundos. Tomó a Royan en

Librodot

sus brazos y se arrojó por la pendiente hacia el río. Perdió el equilibrio y ambos rodaron por la cuesta unos diez metros hasta que los detuvo una estribación de la roca del tamaño de una casa.

Aunque estaba aturdido, Nicholas pudo arrastrar a Royan bajo el techo de piedra. Allí encontraron una concavidad, se introdujeron en ella y se echaron al suelo. Se apretaron contra la pared y contuvieron el aliento mientras el primer trozo del precipicio descendía sobre ellos, rodando y saltando como una gigantesca pelota de goma, cada vez más rápido, hasta que cayó sobre su refugio con tanta fuerza que la roca que los guarecía vibró y resonó como la campana de una catedral. El bólido macizo saltó en el aire, siempre girando, hasta caer al río, donde alzó una marejada que desbordó sobre las dos orillas.

Ese fue apenas el anticipo del torbellino que siguió. Media montaña parecía abatirse sobre ellos. De cada bloque que caía sobre su refugio se desprendían hojas filosas y astillas; el aire se llenaba de un fino polvo blanco y del olor sulfuroso de la yesca. La gran cascada volaba sobre sus cabezas o se apilaba frente al refugio; astillas y piedras sueltas llovían sobre sus cabezas.

Nicholas se tendió sobre Royan para protegerla. Una piedra golpeó su cabeza y resonó en sus oídos, pero apretó los dientes y resistió el impulso de alzar la cabeza para mirar. Algo tibio y viscoso se abría paso en la pelusa detrás de su oreja derecha. Bajó por su mejilla como un ser vivo, y cuando llegó a la comisura de su boca pudo saborear la sal metálica y comprender que era un hilo de sangre.

El polvo sutil de talco los cubría y les irritaba la garganta, provocándoles tos y arcadas. Tuvieron que apretar los párpados porque el polvo se introducía en los ojos.

Una masa pétrea del tamaño de un carro saltó en el aire y cayó en el suelo cerca de ellos. El impacto repercutió con una violencia tal que Royan recibió un golpe en el vientre y el diafragma que le arrancó el aliento. Por un instante pensó que se le habían hundido las costillas.

Poco a poco la lluvia de tierra y rocas empezó a amainar. Los impactos sobrecogedores de las grandes rocas sobre su refugio se volvieron más espaciados y el polvo se depositó en el suelo. El rugido se atenuó y finalmente sólo quedaron los susurros de la tierra al asentarse y el murmullo del río.

Nicholas alzó cautelosamente la cabeza y parpadeó para sacudirse el polvo de las pestañas. Royan se agitó y Nicholas se apartó para que pudiera sentarse. Se miraron fijamente. Sus caras estaban cubiertas de un polvo blanco como el antimonio, como las máscaras kabuki. Su pelo estaba empolvado como las pelucas de los aristócratas franceses del siglo XVIII.

-Estás sangrando -susurró Royan con voz alterada por el polvo y el terror.

Nicholas se palpó la cara con una mano, que se cubrió de una pasta de polvo y sangre.

-Un rasguño, nada más -dijo-. ¿Y tú?

-Creo que me torcí la rodilla. Lo sentí al caer. No parece grave. Casi no siento dolor.

-Hemos tenido tanta suerte que no lo puedo creer -señaló Nicholas-. Nadie merece sobrevivir a semejante cataclismo. Royan intentó pararse, pero él la detuvo.

-¡Espera! Toda la ladera está quebrada y suelta. Dale tiempo. Seguirán cayendo rocas. -Desató el pañuelo que llevaba anudado al cuello y se lo entregó. -Además, no queremos... -Pero decidió no terminar la frase.

Ella se limpió la cara con mano temblorosa.

-¿Qué ibas a decir?

-No queremos que esos desgraciados se den cuenta de que sobrevivimos a su sorpresita. Si no, van a venir a terminar la faena. Mejor que piensen que estamos enterrados, tal como lo planificaron.

-¿Crees que están allá, buscándonos? -preguntó atónita.

-No te quepa la menor duda. Deben de estar festejando tu muerte. No les echemos a perder la fiesta.

-¿Cómo supiste que iba a suceder? -preguntó-. Si no me hubieras agarrado... -No pudo completar la frase.

En pocas palabras le contó sobre el papel de gelignita.

-No hay nada más sencillo que buscar el tramo más angosto de la senda y minar el precipicio... -Se interrumpió al oír el ruido, lejano pero inconfundible, de un motor de avión y el silbido de un rotor en el despegue.

-Rápido, apretémonos contra la pared. -La empujó contra la roca-. ¡Acuéstate! -Le obedeció sin replicar. El se tendió a su lado y cubrió sus cuerpos con escombros.

-Quieta. No te muevas.

Por el ruido se dieron cuenta de que el helicóptero revoloteaba sobre sus cabezas. Pasó varias veces al recorrer el río en una y otra dirección a pocos metros de la superficie. En determinado momento pasó directamente sobre el techo que los guarecía y los golpeó la corriente de los rotores.

-Buscan sobrevivientes -masculló Nicholas-. No te muevas. No nos han visto.

-Si nos seguían desde antes de la explosión, deberían hallarnos sin dificultad -susurró ella-. Parece que están confundidos.

-Probablemente nos ocultó el polvo de la avalancha y la caída del precipicio. No saben dónde buscarnos. -El ruido del helicóptero se alejó lentamente por el río. -Voy a echar una mirada para asegurarme de que es el aparato de Pegaso... claro que no debe de haber muchos helicópteros por aquí. ¡Abajo la cabeza!

Alzó la suya lenta y cautelosamente y le bastó una mirada para confirmar sus sospechas. Unos mil metros río arriba, el Jet Ranger de Pegaso estaba suspendido sobre el río. Se alejaba lentamente y desde donde se encontraba, Nicholas no podía ver la cabina. Pero en ese momento se alteró el ruido cuando el piloto tiró de la palanca.

Cuando el aparato se alzó verticalmente y viró hacia el norte, Nicholas pudo ver a los pasajeros. Jake Helm ocupaba el asiento delantero junto al piloto; el coronel Nogo estaba sentado atrás. Los dos miraban hacia el valle del río, pero segundos después el helicóptero se alzó y desapareció detrás de la cresta en dirección a la escarpa, y el ruido se alejó hasta desvanecerse. Nicholas salió del escondite y ayudó a Royan a pararse.

-No hay más dudas. Ya sabemos con quién estamos tratando. Helm y Nogo iban en el helicóptero. Estoy seguro de que Helm puso la gelignita y Nogo probablemente conducía a los hombres que asaltaron nuestro campamento. Cada uno se dedica a su especialidad -dijo-. Así que está confirmado. El malo de esta película es el dueño de Pegaso. Helm y Nogo son sus agentes.

-Pero Nogo es un oficial del ejército etíope -objetó ella.

-Estamos en África, ¿recuerdas? -señaló sin sonreír-. Todo está en venta y cada hombre tiene su precio, así sea un funcionario dé gobierno o un oficial militar. -Frunció el entrecejo y de su cara cayó una lluvia de polvo.

-Bien, ahora tenemos que ver cómo salimos de aquí y volvemos a la civilización.

Miró hacia la ladera. La avalancha había borrado la senda.

-No podemos volver por ahí -dijo, y le ofreció la mano. Pero al pararse, ella gimió y apoyó todo su peso sobre su pierna derecha.

-¡Mi rodilla! -Sonrió valientemente: -No hay problema.

Sin embargo, cojeaba mucho cuando bajaron al río, con miedo de provocar otra avalancha. En la orilla el agua les llegaba a la cintura. Royan se paró detrás de Nicholas para lavarle la herida en el cuero cabelludo.

-Nada grave -diagnosticó-. No habrá que suturar.

-Tengo un antiséptico en mi mochila -dijo. Lo sacó, ella aplicó una cantidad generosa del ungüento marrón amarillento y 10 vendó con el pañuelo.

-Ya está -dijo, palmeándole el hombro.

-Gracias a Dios que se salvó mi mochila -comentó Nicholas al cerrarla-. Al menos tenemos algunos efectos esenciales. Ahora, veamos si hay otros sobrevivientes.

-¡Tamre! -exclamó ella.

Caminaron torpemente por el río junto a la orilla, entre los escombros y la tierra suelta que habían caído del precipicio. En algunos lugares se hundían hasta las axilas, y Nicholas

tenía que alzar la mochila sobre su cabeza. Las traicioneras piedras sueltas resbalaban bajo los pies cuando intentaban salir del río para buscar a sus acompañantes.

Hallaron los cuerpos de dos monjes, aplastados y semienterrados. Ni siquiera trataron de desenterrarlos. Una mula tenía una pata alzada y el resto del cuerpo enterrado bajo los escombros. La alforja que cargaba había reventado y todo su contenido estaba desparramado por las cercanías. El pellejo y la cabeza del dik-dik estaban hundidos en el barro. Nicholas los recogió y los ató a su mochila.

-Más peso -dijo Royan.

-Tres cuartos de kilo, más o menos. Pero vale la pena.

Volvieron penosamente al lugar donde habían visto a Tamre y Aly por última vez. Los buscaron durante casi una hora sin encontrar señales de ellos. La ladera estaba devastada: tierra arrasada, rocas destrozadas, arbustos y árboles arrancados y reducidos a astillas.

Royan trepó hasta donde su pierna herida se lo permitió. Hizo una bocina con las manos y gritó, "¡Tamre!, ¡Tamre!, ¡Tamre!" Sus gritos repercutieron en los muros del valle.

-Creo que está muerto. El pobre infeliz quedó enterrado -dijo Nicholas-. Ya llevamos una hora buscándolo. No podemos perder más tiempo si queremos salir. Debemos dejarlo.

Ella no le prestó atención y siguió trepando sobre el alud. El pedregullo rodaba bajo sus pies y era evidente que le dolía la rodilla.

-¡Tamre! Contesta -exclamó en árabe-. Tamre, ¿dónde estás?

-¡Basta, Royan! Es malo para tu rodilla. Además, estamos en peligro aquí. ¡Vámonos!

En ese momento oyeron un gemido un poco más arriba en la ladera. Royan corrió hacia allí, patinando y deslizándose sobre las piedras, y finalmente se le escapó un grito de horror. Nicholas dejó su mochila y subió. Al llegar a su lado, se dejó caer de rodillas.

Tamre estaba atrapado bajo los escombros. Su cara era casi irreconocible. Herida y lacerada, había perdido casi toda la piel. Royan alzó la cabeza sobre su regazo y con la manga de su camisa le limpió la suciedad de la nariz para que respirara mejor. De la boca le manaba un hilillo de sangre que se volvía más grueso cada vez que gemía. Royan trató de secarla y le manchó el mentón.

Su cuerpo estaba enterrado de la cintura para abajo. Nicholas trató de desenterrarlo, pero comprendió enseguida que era inútil. Un bloque del tamaño de una mesa de billar había caído sobre sus piernas. Pesaba muchas toneladas y sin duda le había aplastado la pelvis y la columna. Un solo hombre era incapaz de levantar semejante peso sin ayuda. Y aunque pudiera hacerlo, cualquier movimiento agravaría las heridas terribles que el chico había sufrido.

-Ayúdalo, Nicky -susurró Royan-. Tenemos que hacer algo por él.

Nicholas la miró y meneó la cabeza. Los ojos de Royan se llenaron de lágrimas que desbordaron sus párpados inferiores y cayeron como gotas de lluvia sobre la cara de Tamre, donde diluyeron la sangre hasta darle el color de vino rosado.

-No podemos quedarnos cruzados de brazos y dejarlo morir -dijo ella. Entonces Tamre la oyó y abrió los ojos. Una sonrisa iluminó su rostro manchado de polvo y de sangre.

-¡Ummee! -susurró-. Eres mi mamá. Eres tan buena. Te quiero mucho, mamá.

Un espasmo sacudió su cuerpo. Su cara se crispó de dolor, soltó un grito suave y ahogado y bruscamente se relajó. Sus hombros perdieron la rigidez y la cabeza cayó hacia un costado.

Royan le acunó la cabeza durante varios minutos, llorando suavemente y con amargura. Nicholas le tomó la mano: -Ha muerto, Royan.

-Lo sé. Aguantó lo suficiente para despedirse de mí. La dejó llorar un poco más y le dijo dulcemente:

-Debemos irnos, querida.

-Tienes razón, pero me cuesta tanto. Nunca tuvo a nadie. ¡Estaba tan solo! Me llamó mamá. Creo que me quería de veras.

-Claro que sí. -Nicholas apartó la cabeza del chico y la ayudó a pararse.

-Espérame allá abajo. Taparé su cuerpo.

Nicholas cruzó las manos de Tamre sobre el pecho y puso entre sus dedos el crucifijo plateado que llevaba colgando del cuello. Tomó rocas sueltas y cubrió la cabeza para que los cuervos y los buitres no pudieran alcanzarlo.

Luego se deslizó hasta el agua y alzó la mochila.

-Debemos ponernos en marcha.

Royan se secó las lágrimas con el revés de la mano y asintió: -Estoy lista.

Caminaron penosamente por el río, contra la corriente. El alud había bloqueado la mitad del lecho, y las aguas se abrían paso por la brecha abierta. Por fin, cuando pasaron la zona de la avalancha, pudieron salir del río y trepar la orilla escarpada hasta el tramo intacto de la senda.

Se detuvieron un instante a tomar aliento y mirar atrás. Más allá del alud, el barro teñía las aguas de marrón rojizo. Aunque los monjes del monasterio río abajo no hubieran oído las explosiones, les llamaría la atención el color desusado del agua y subirían a investigar. Entonces hallarían los cadáveres y les darían sepultura. Esa idea consoló un poco a Royan en el momento de emprender la dura marcha de dos días que los aguardaba.

La cojera de Royan era más evidente que antes, pero cada vez que Nicholas intentaba ayudarla, le apartaba la mano. Lejos de permitir que la examinara, encabezaba obstinadamente la marcha.

Marcharan en silencio durante casi todo el día. Respetuoso de su dolor, al mismo tiempo Nicholas pudo apreciar su reserva. Admiraba esa cualidad suya de permanecer en silencio sin parecer reticente ni hosca con quienes la rodeaban. Avanzada la tarde, conversaron mientras descansaban junto a la senda.

-Afortunadamente, Pegaso creerá que estamos enterrados bajo la avalancha de piedras y no vendrá a buscarnos. Podemos seguir adelante sin necesidad de reconocer el terreno -dijo Nicholas.

Al caer la noche acamparon al pie de la escarpa, donde la senda iniciaba el ascenso vertical. Nicholas eligió una hondonada densamente poblada de arbustos y apartada de la senda donde pudo encender una fogata.

Royan cedió por fin y permitió que le examinara la rodilla. Estaba inflamada, lacerada y caliente al tacto.

-No deberías caminar en ese estado -dijo.

-¿Cuál es la alternativa? -preguntó, y él no tuvo respuesta. Mojó el pañuelo con agua de la cantimplora y vendó la rodilla, ajustando el nudo lo más posible sin cortar la circulación. Hurgó en su mochila hasta encontrar un frasco de Brufen y le hizo tomar dos de los comprimidos antiinflamatorios.

-Ya me siento mejor -dijo ella.

Dividieron el resto de las raciones de supervivencia y conversaron en voz baja junto al fuego. Aún estaban conmovidos por los sucesos de los últimos días.

-¿Qué sucederá cuando lleguemos a la cima? -preguntó Royan-. ¿Estarán los camiones donde los dejamos? ¿Y el hombre que Boris dejó de guardia? ¿Qué pasará si nos cruzamos con los hombres de Pegaso?

-La única respuesta que puedo darte es que no lo sé. Tendremos que ocuparnos de cada problema a medida que se presente.

-Desde ya te digo que no veo la hora de ir a la policía en Addis Abeba a denunciar la masacre de Tamre y los demás. Helm y sus gángsters pagarán por lo que hicieron.

Se tomó unos minutos para meditar su respuesta:

-No sé si es lo más conveniente -dijo por fin.

-¿De qué estás hablando? Fuimos testigos de un asesinato. ¿Pretendes que se salgan con la suya?

-Recuerda que queremos volver a Etiopía. Si armamos un escándalo, va a haber una invasión de tropas y policías en el valle. Tal vez sería el fin de nuestro proyecto de resolver el enigma de Taita y hallar la tumba de Mamose.

-No se me había ocurrido -contestó, pensativa-. Pero el asesinato de Tamre...

-Lo sé, lo sé. Pero si se trata de vengarnos de Pegaso, se me ocurre algo mejor que entregarlos a la justicia etíope. Ten en cuenta que Nogo trabaja con Helm. Los vimos juntos en el helicóptero. Pudieron comprar a un coronel y... ¿a quién más? ¿Policías? ¿El comandante del ejército? ¿Algún ministro? Todavía no lo sabemos.

-Tampoco había pensado en eso.

-De ahora en adelante debemos razonar como africanos. Aprendamos de Taita. Seamos tan tortuosos y taimados como él. No nos precipitemos a acusar a nadie. Lo ideal sería que pudiéramos salir furtivamente del país y que todo el mundo creyera que estamos enterrados bajo una tonelada de rocas. Desgraciadamente creo que no será posible. Pero en lo sucesivo debemos ser tan recelosos y discretos como lo permitan las circunstancias.

Durante varios minutos Royan contempló la danza de las llamas. Finalmente suspiró:

. -Dices que hay mejores maneras de vengarse de Pegaso. ¿Qué se te ocurre?

-Simplemente pensaba en robar el tesoro de Mamose en sus propias barbas.

Rió por primera vez en ese largo día trágico:

-Sí, tienes razón. El dueño de Pegaso, quienquiera que sea, está dispuesto a matar con tal de conseguirlo. Sólo espero que, al quitárselo, sufra tanto como nos ha hecho sufrir a nosotros.

Estaban tan cansados, que despertaron cuando ya amanecía. Royan trató de pararse y se dejó caer con un gemido de dolor. No protestó cuando él se sentó a su lado, le descubrió la pierna y la extendió sobre las suyas.

Desató el pañuelo y frunció el entrecejo. La rodilla se había hinchado al doble de su tamaño, y su color era el de la ciruela y la uva madura. Mojó el pañuelo y la vendó otra vez. Le hizo tomar los dos últimos comprimidos y la ayudó a pararse.

-¿Te duele? -preguntó ansiosamente. Ella dio unos pasos cojeando y sonrió con buen ánimo.

-Está un poco rígida, pero ya se me pasará cuando camine un poco.

Alzó la vista a la escarpa. Desde el pie, el muro no parecía tan alto, pero él recordó cada paso del penoso descenso, que les había tomado un día entero.

-Claro que sí. -Sonrió para alentarla y le tomó el brazo.

-Apóyate en mí. Demos un paseo por el parque.

Escalaron durante toda la mañana. La senda parecía volverse más abrupta a cada paso. Ella no se quejaba, pero estaba pálida y el dolor la hacía sudar profusamente. Al mediodía aún no habían alcanzado la cascada, pero Nicholas la obligó a descansar. No les quedaban raciones. Ella bebió ávidamente de la cantimplora. Nicholas no trató de racionarle el agua, pero él bebió apenas un sorbo.

Cuando trató de pararse para reanudar la marcha, gimió y se estremeció, y él tuvo que sostenerla para que no cayera.

-¡Carajo! -masculló-. Se me puso dura otra vez.

-No te preocupes -contestó alegremente. Vació la mochila de todo menos los elementos esenciales. Sin embargo, hizo una bola con el pellejo del dik-dik y lo guardó en el fondo del bolso. Lo sujetó nuevamente y sonrió: -Una niña tan flaca. Aúpa, te llevaré.

-No puedes -exclamó atónita. La senda era empinada como una escalera.

-Es el único tren que sale de esta estación -dijo, y se inclinó para ofrecerle la espalda. Ella se trepó.

-¿No deberías dejar el pellejo del dik-dik?

-¡Antes morir! -exclamó él, e inició la marcha.

Era una marcha tan lenta como ardua. Al cabo de poco tiempo no le quedaban fuerzas para hablar, y siguió el camino obstinadamente y en silencio. Su camisa estaba empapada de sudor. Ella comprobó que la húmeda tibieza que penetraba hasta su propia piel y el fuerte olor

masculino, lejos de causarle asco, le resultaba incluso reconfortante.

Cada media hora él se detenía, la bajaba a tierra y se tendía a descansar hasta recuperar el aliento. Luego abría los ojos y sonreía.

-¡Aúpa! -Se incorporaba con esfuerzo e inclinaba la espalda para que ella se subiera.

A medida que avanzaba el día, sus bromas se volvían más forzadas y desganadas. Hacia el atardecer su paso se había vuelto lerdo y pesado, y en los tramos más escarpados debía detenerse a reunir sus fuerzas. En algunos lugares ella tuvo que bajar a tierra y apoyarse en su hombro, pero a pesar del respiro sabía que él agotaba sus últimas fuerzas.

Casi no pudieron dar crédito a sus ojos cuando, tras un recodo, se encontraron frente a la catarata que caía sobre la senda como una cortina blanca de encaje. Nicholas se tambaleó al interior de la cueva detrás de la cortina, tendió a Royan en el suelo y se derrumbó como un cuerpo muerto.

Oscurecía cuando recuperó fuerzas suficientes para abrir los ajos y sentarse. Entretanto, Royan había traído leña de la pila de los monjes y había encendido el fuego.

-Muy bien -aprobó él-. Si alguna vez quieres trabajar de casera...

-No me tientes. -Cojeó hacia él y examinó la herida en el cuero cabelludo. -Cicatrizó perfectamente. -Entonces, sin poder contenerse, lo abrazó, le acunó la cabeza sobre su pecho y le apartó de la frente el pelo duro de sudor y polvo. -¡Ay, Nicky, cómo podré agradecer lo que hiciste por mí!

Estuvo a punto de responder con ligereza, pero a pesar de su debilidad tuvo la sensatez de contenerse. En su estado, no podía pretender una mayor intimidad. De manera que disfrutó del abrazo, de la sensación del cuerpo de ella contra el suyo, sin hacer el menor gesto que la asustara.

Por fin ella se apartó suavemente.

-Lamento decirle, señor, que su casera no puede ofrecerle salmón ahumado ni champagne. ¿Le parece bien un buen trago de agua de montaña, pura y refrescante?

-Creo que podemos conseguir algo mejor. -Tomó la linterna de pilas de su mochila y con su luz buscó en el piso de la cueva hasta encontrar un canto rodado del tamaño de su puño. Luego apuntó el haz de luz hacia el techo. Al instante se escuchó un susurro de alas y el arrullo asustado de las zuritas. Nicholas se situó debajo de los nidos sin dejar de apuntar con la linterna para deslumbrar a las aves.

Le bastó arrojar una vez la piedra para derribar un par de zuritas, mientras el resto de la bandada alzaba vuelo con gran estrépito de alas frenéticas. Nicholas se arrojó sobre las aves caídas y las remató con un movimiento rápido de la muñeca.

-¿Te gustaría una sabrosa pechuga de paloma?

Frente a frente, ella tendida y apoyada sobre un codo, él en cuclillas, se pusieron a arrancar las plumas gris y borravino de las aves. Ni siquiera esa tarea le causaba asco, como les habría provocado a otras mujeres. Eso y su estoicismo durante la penosa marcha por la ladera eran nuevas pruebas de su valor y osadía. Sus sentimientos hacia ella se volvían más fuertes y maduros día a día.

-No cabe la menor duda de que el material que robaron del campamento está en manos de Pegaso -dijo ella mientras quitaba cuidadosamente las cerdas del pecho del ave.

-Pensaba exactamente lo mismo. Y por las antenas en su campamento arriba de las cataratas, sabemos que tienen comunicaciones satelitales. Apuesto cualquier cosa a que Jake Helm ya envió todo por fax al patrón, quienquiera que sea.

-Por consiguiente, conoce la estela de la tumba de Tanus. Y sabemos que ya tenía el séptimo papiro. Si él mismo no es un egiptólogo, debe de tener algún empleado que lo sea. ¿Estás de acuerdo?

-Diría que él mismo sabe leer los jeroglíficos. Y que es un coleccionista ávido. Conozco esa clase de gente. Para ellos es una obsesión.

-Yo también los conozco. -Lo miró a los ojos y sonrió-. Conozco a uno que en esté preciso instante no está a mil kilómetros de esta cueva.

-Touché! -Rió y alzó las manos en gesto de capitulación. -Pero mi obsesión es nada en

comparación con la de otros que yo sé. Por ejemplo, los otros dos de la lista de Duraid.

-Peter Walsh y Gotthold von Schiller -dijo ella al instante.

-Un par de coleccionistas maniáticos. No vacilarían en matar con tal de apoderarse del tesoro del faraón Mamose.

-Pero tengo entendido que son multimillonarios.

-El dinero no tiene nada que ver. Si el tesoro cayera en sus manos, no venderían un solo artículo. Lo guardarían en una bóveda secreta para que nadie sino ellos mismos pudieran posar sus ojos en él. Se solazarían a solas... Es una pasión malsana, masturbatoria.

-¡Qué manera de hablar!

-Lo digo en serio. Es una forma de degeneración sexual, como la que mueve a un asesino en serie.

-Yo amo todo lo egipcio, pero no concibo semejante avidez.

-Debes tener en cuenta que no son hombres comunes y corrientes. Con sus riquezas, pueden satisfacer cualquier deseo. En poco tiempo los apetitos humanos normales quedan satisfechos hasta el hartazgo. Pueden tener lo que quieran. Hombres, mujeres, lo que sea. Cualquier cosa, cualquier perversión, legal o ilegal. Por eso buscan cosas que nadie más puede tener. Es lo único que los conmueve.

-Por eso, ¿dirías que el patrón de Pegaso es un loco? -Mucho peor. Es un maniático sumamente rico y poderoso que no se detendrá ante nada para satisfacer sus deseos perversos.

Desayunaron con los restos de las zuritas asadas. Luego, mientras uno se retiraba discretamente al fondo de la cueva, el otro se desnudaba para bañarse en la cascada. En contraste con el calor de la quebrada, el agua estaba helada y caía con la fuerza de un chorro de manguera para incendios. Royan saltaba sobre su pierna sana, jadeaba y gemía bajo el torrente, y al cabo de su baño toda su piel estaba erizada y azul de frío. Sin embargo, a pesar de la ropa sucia e impregnada de olor a transpiración, se sintió descansada y con buen ánimo para acometer el arduo tramo final del ascenso.

Antes de salir de la cueva examinaron mutuamente sus heridas. La de Nicholas cicatrizaba bien, pero la rodilla de Royan no mostraba mejoría. Los hematomas habían tomado un subido color pardo rojizo como el del hígado en descomposición y la inflamación no había disminuido. Pero había poco que hacer aparte de vendarla con el pañuelo.

Por fin, Nicholas tuvo que renunciar a la mochila y el pellejo del dik-dik. Sabía que le quedaban pocas reservas físicas, y aunque esos objetos eran livianos, quinientos gramos de más o de menos podían significar la diferencia entre llegar a la cima o quedarse en el camino. Sólo conservó los tres rollos de película sin revelar con sus respectivos estuches de plástico. No conservaban otra muestra de los jeroglíficos de la tumba de Tanus. Temeroso de perderlos, los guardó en el bolsillo de su camisa. La mochila y el pellejo quedaron ocultos en un rincón del fondo de la cueva: ya volvería a buscarlos.

Así iniciaron el último tramo de la senda, el más escarpado de todos. Al principio, Royan pudo caminar apoyada sobre su hombro. Pero al cabo de una hora su rodilla no pudo soportar más el esfuerzo. Se dejó caer sobre una roca en el borde de la senda.

-Soy mi plomo, ¿no?

-Aúpa, señora. Siempre hay lugar para uno más.

Royan se trepó a la espalda de Nicholas con la pierna herida extendida rígidamente hacia adelante, pero el avance era aún más lento y penoso que el día anterior. Los descansos eran cada vez más frecuentes y prolongados. En algunos tramos menos escarpados, ella bajaba a tierra y saltaba sobre un pie, apoyándose en él. Pero a poco andar se derrumbaba, y él debía alzarla una vez más.

Entraron en un mundo de pesadilla donde el tiempo dejó de existir. Bajo el incesante

martirio, una hora era igual a la otra. En determinado momento se derrumbaron sobre la senda, abatidos y mareados por la sed, la fatiga y el dolor. Una hora antes se les había terminado el agua, y en ese tramo no había más bebederos hasta llegar a la cima, donde la senda se reunía con el río Dandera.

-Sigue, déjame aquí -susurró ella con voz ronca. Se sentó como animado por un resorte y la miró atónito:

-¿Estás loca? Te necesito para hacer contrapeso.

-Debe faltar poco para llegar -insistió-. Vuelve a buscarme con los hombres de Boris.

-Si es que aún nos esperan y los de Pegaso no te encuentran antes. -Se paró sobre sus piernas temblorosas. -Ni pienses que te salvarás del resto de la travesía. -La obligó a pararse.

Le hizo contar sus pasos en voz alta; cada cien pasos se detenía a descansar. Luego avanzaba otros cien, mientras ella le susurraba la cuenta al oído, rodeándole el cuello con los brazos. Todo el universo se redujo al punto bajo sus pies. El muro de roca a un lado de la senda y el vacío al otro lado dejaron de existir. Cada vez que él se tambaleaba, ella sentía un aguijonazo de dolor en la rodilla, pero cerraba los ojos, se esforzaba por mantener firme la voz y no perder la cuenta.

Cuando se detenía a descansar, apoyaba su cuerpo contra el muro: no confiaba en tener fuerzas suficientes para levantarse otra vez ni menos aún para levantarla a ella si se dejaba caer.

-Ya es casi de noche -susurró-. Pasemos la noche aquí. Basta por hoy. Te estás matando, Nicky.

-Cien más -murmuró.

-No. ¡Suéltame, Nicky!

Por toda respuesta, se apartó del muro y reanudó el ascenso.

-¡Cuenta! -ordenó.

-Cincuenta y uno, cincuenta y dos...

Bruscamente la pendiente se alteró de tal manera que estuvo a punto de caer. La senda se había vuelto horizontal y él, como un borracho, trataba de subir un escalón inexistente.

Se tambaleó y recobró el equilibrio con esfuerzo. Desde el borde mismo del precipicio trató de escudriñar las tinieblas, sin dar crédito a sus ojos. Veía luces en la oscuridad, pero seguramente era una alucinación. Oyó voces de hombres, y meneó la cabeza para volver a la realidad.

-Bendito sea Dios. Lo lograste, Nicky. Llegamos. Ahí están los vehículos. Lo lograste, Nicky. ¡Lo lograste!

Trató de responder, pero su garganta se había cerrado y las palabras se negaban a salir. Se tambaleó hacia las luces.

-Ayúdennos. Aquí, por favor, ayúdennos clamó Royan, sucesivamente en inglés y en árabe.

Oyeron gritos de asombro y pasos que se acercaban a la carrera. Nicholas se deslizó lentamente sobre la hierba del altiplano y dejó caer a Royan. Caras negras se congregaron a su alrededor, se alzaron voces en amhárico, manos cordiales los alzaron para llevarlos hacia las luces. Entonces una linterna iluminó la cara de Nicholas y detrás de la luz vino una voz muy inglesa:

-Hola, Nicky. Qué agradable sorpresa. Vine desde Addis en busca de tu cadáver. Me dijeron que habías muerto. En fin, los muertos que vos matáis, etcétera, ¿no?

-Hola, Geoffrey. Gracias y perdona la molestia.

-Creo que una taza de té no te hará nada mal. Pareces un poco cansado -dijo Geoffrey Tennant-. No sabía que tu barba tenía esos mechones pardos y grises. Con esa barba de dos días estás a la última moda. La verdad es que te sienta bien.

Nicholas comprendió que se refería a su aspecto andrajoso, con la barba crecida, sucio y demacrado por la fatiga.

-Recuerdas a la doctora Al Simma, ¿no? Tiene una rodilla lastimada. ¿Podrías ocuparte de ella, por favor?

Entonces sus piernas cedieron, y Geoffrey Tennant tuvo que sostenerlo.

-¡Ánimo!, viejo. -Lo llevó a una silla de lona y le ayudó a sentarse. Trajeron otra silla para Royan.

-Letta chai hapa! -Geoffrey dio la orden habitual del inglés en África, y minutos después les sirvieron grandes jarros de café hirviendo y muy dulce.

Nicholas alzó su jarro en brindis:

-A nuestra salud -dijo a Royan-. Somos invencibles.

Bebieron a grandes sorbos, se quemaron la lengua, pero la infusión de cafeína y azúcar en la sangre actuó como un choque eléctrico.

-Ahora sí estoy seguro de que viviré -dijo Nicholas con un suspiro.

-Perdona mi indiscreción, Nicky, pero, ¿tendrías la amabilidad de explicarme qué diablos pasa? -preguntó Geoffrey.

-Por qué mejor no me cuentas tú -replicó Nicholas. Tenía que evaluar la situación, enterarse de qué sabía Geoffrey y quién le había informado. Este accedió de buen grado.

-La primera noticia que tuvimos fue que el cadáver de tu cazador blanco, el tal Brusilov, apareció en el río cerca de la frontera con Sudán, totalmente acribillado a balazos. Los cocodrilos y los bagres se habían hecho un festín con su cara, pero la guardia fronteriza lo identificó porque llevaba documentos en un bolsillo impermeable.

Nicholas miró a Royan y frunció el entrecejo a modo de advertencia.

-La última vez que lo vimos, se había ido a explorar por su cuenta -dijo-. Probablemente se topó con los mismos shufta que asaltaron nuestro campamento hace cuatro noches.

-Ah, sí, también estábamos enterados de eso. El coronel Nogo envió un radiograma a Addis.

No habían reconocido a Nogo entre los hombres. Pero cuando dio un paso adelante y apareció a la luz de los faroles del campamento, Royan se enderezó y su cara se crispó en una mueca de odio. Nicholas le tomó la mano furtivamente para impedir que los delatara. Después de un instante se relajó y alteró su expresión.

-No sabe cuánto me alegra verlos, sir Quenton-Harper. Estábamos sumamente preocupados por ustedes -dijo Nogo.

-Acepte nuestras disculpas -contestó Nicholas sin inmutarse.

-No quise ofenderlo, señor. Pegaso Prospecciones nos informó que usted y la doctora Al Simma habían quedado atrapados en una explosión accidental. Yo soy testigo de que el señor Helm, de la empresa de prospecciones, les advirtió sobre el peligro de las explosiones en la quebrada.

-Pero usted... -exclamó Royan con amargura. Nicholas le apretó la mano.

-Sí, probablemente tiene razón al decir que nos descuidamos, coronel. No obstante, la doctora Al Simma está lastimada y los dos sufrimos mucho en el accidente. Sin embargo, lo peor es que otras personas, empleados del campamento y monjes del monasterio, murieron en la incursión de los shufta y en la explosión accidental. Apenas lleguemos a Addis presentaré una declaración a las autoridades.

-Espero que no piense que tuvimos alguna culpa en... -empezó a decir Nogo, pero Nicholas lo interrumpió.

-Claro que no. Usted no tuvo la menor culpa. Nos advirtió sobre el peligro de los shufta. Además, al no estar presente, no podía impedir lo que sucedió. Diría que cumplió su deber de manera ejemplar.

-Es muy amable, sir Quenton-Harper -dijo Nogo con evidente alivio.

Nicholas lo estudió un momento más. Con esos anteojos de marco metálico parecía un joven tan cordial, tan preocupado por la desgracia ajena, que por un instante Nicholas pensó que se había equivocado: no era él a quien había visto en el helicóptero, revoloteando sobre la avalancha como un buitre en busca de carroña.

Le sonrió con toda la cordialidad que era capaz de fingir:

-Le agradecería muchísimo que me hiciera un favor, coronel. -Por supuesto, lo que

usted quiera.

-Dejé una mochila y un trofeo de caza en la cueva detrás de la catarata del Dandera. En la mochila están nuestros pasaportes y cheques de viajero. ¿Podría enviar a uno de sus hombres a buscarla?

Mientras le indicaba dónde encontrar sus efectos, Nicholas sentía un placer perverso al encomendar un recado tan trivial a su asesino frustrado. Luego se volvió hacia su amigo para que Nogo no advirtiera su mirada vengativa:

-¿Cómo llegaste hasta aquí, Geoffrey?

-En avioneta a Debra Maryam. Hay una pista de aterrizaje de emergencia. El coronel Nogo nos esperaba, y nos trajo hasta aquí en un jeep militar -dijo Geoffrey-. El piloto nos espera con su avioneta en Debra Maryam.

Geoffrey se interrumpió para dar órdenes en un amhárico espantoso y nuevamente se volvió hacia Nicholas:

-Les prepararán un baño caliente. Con eso, una cena y un buen descanso se sentirán mucho mejor. Mañana volvemos a Addis. Llegaremos al atardecer, a más tardar. -Palmeó el hombro de Royan y disimuló su interés físico en ella con una sonrisa paternal: -No sabe cuánto me alegra haberme ahorrado el viaje al fondo de la quebrada del Abbay en busca de ustedes. Dicen que es uno de los lugares más horribles del mundo.

Doctora Al Simma, espero que disculpe que me siente adelante. Es muy grosero de mi parte, pero sufro de mareos -dijo Geoffrey a Royan mientras esperaban que tres muchachitos espantaran a las cabras de la pista aérea en Debra Maryam. Nicholas guardaba el pellejo del dik-dik bajo el asiento trasero. Un sargento enviado por Nogo había descendido durante la noche y esa mañana, mientras desayunaban, le había entregado la mochila y el pellejo.

La avioneta carreteó en medio de una nube de polvo y Nogo los despidió con una elegante venia militar. Nicholas agitó la mano y sonrió:

-Gracias, coronel Nogo, y la puta madre que te parió -murmuró.

Cuando por fin el pequeño Cessna 260 decoló de la poceada pista aérea de tierra, el horizonte sobre la quebrada del Abbay parecía un campo de hongos cósmicos, con inmensas nubes de lluvia que se alzaban hacia la estratosfera. El aire turbulento como el de un mar tempestuoso los sacudía implacablemente en el asiento trasero. Adelante, a Geoffrey Tennant no le iba mejor. Sumido en el mutismo, no demostraba el menor interés por la conversación.

La noche anterior no habían tenido la oportunidad de conversar a solas, ya que en todo momento Geoffrey o Nogo podían oírlos. Ahora que el ruido del motor tapaba sus voces y Geoffrey estaba sumido en sus pensamientos de hombre mareado, pudieron cocinar su versión de los sucesos.

Geoffrey les había aclarado que el Embajador Británico en Etiopía no estaba precisamente complacido por las molestias que le causaban. Desde el informe de su desaparición, aparentemente recibía muchos mensajes por fax desde la cancillería en Whitehall. Por otra parte, el jefe de la policía etíope deseaba interrogarlos.

Debían asegurarse de que Mek Nimmur no quedara implicado en la muerte de Boris Brusilov y a la vez de no alertar ni alarmar a Pegaso. Eran conscientes de que si despertaban la menor sospecha de que sabían quiénes eran los otros jugadores en el juego de Taita, su reacción sería veloz y probablemente mortal. Sobre todo, no debían despertar la hostilidad de las autoridades etíopes ni darles el menor pretexto para anular sus visas y declararlos inmigrantes indeseables. Acordaron que fingirían ignorar todo; se harían pasar por un par de ingenuos atrapados en sucesos que no habían provocado ni comprendían.

Cuando llegaron a Addis Abeba, habían cocinado y ensayado su versión. Apenas el Cessna se detuvo en la plataforma asfaltada frente al edificio del aeropuerto y el piloto apagó el motor, Geoffrey revivió y, a pesar del tinte verdoso de su piel, ayudó a Royan a bajar la

Librodot

escalerilla con un gesto por demás galante.

-Desde luego, se alojarán en la residencia -dijo-. Los hoteles de la ciudad son horrorosos, y Su Excelencia tiene un cocinero pasable además de una bodega bien surtida. Mi esposa tiene el mismo talle que usted, doctora Al Simma. Nicky puede usar mi ropa. Gracias a Dios, tengo un esmoquin de repuesto. Su Excelencia cuida las formas.

La residencia del Embajador Británico había sido construida durante el reinado del viejo emperador Haile Selassie antes de la invasión de Mussolini en los años 30. Situada en las afueras, era una muestra de la mejor arquitectura colonial, con techo de paja y galerías anchas. Un ejército de jardineros cuidaba de los amplios prados, en los que el escarlata brillante de la pastora roja contrastaba con el verde de la hierba. La mansión había sobrevivido a la revolución y a la siguiente guerra de liberación.

En la entrada Geoffrey los dejó al cuidado de un mayordomo etíope enfundado en una inmaculada shamma blanca, quien los acomodó en dormitorios adyacentes en la planta alta. Nicholas oyó el ruido de la ducha en la suite de Royan; él estaba sumergido en su propia bañera, sorbiendo un whisky con soda y manejando las canillas con el dedo gordo del pie. Luego oyó un murmullo de voces: el médico examinaba la rodilla de Royan.

El esmoquin de Geoffrey le quedaba demasiado ancho en la cintura y corto en las mangas. Las piernas del pantalón también eran cortas, los zapatos le apretaban y para colmo le hubiera venido bien un corte de pelo, se dijo al mirarse en el espejo.

"Bueno, no hay nada que hacer", pensó resignado, y fue en busca de Royan.

-¡Pero qué les parece! -exclamó al verla. El vestido de cóctel verde lima prestado por Sylvia Tennant favorecía su tez aceitunada. Se había lavado el pelo y lo tenía suelto sobre sus hombros. Al verla, su pulso se aceleró como el de un adolescente durante su primera cita, y sonrió para sí. -Estás realmente apetecible -dijo, muy serio.

-Gracias, caballero -contestó riendo-. Es usted muy galante. ¿Me permite su brazo?

-Esperaba cargarte. Es una actividad que crea hábito.

-Esos tiempos quedaron atrás -dijo, blandiendo el bastón tallado de ébano proporcionado por el mayordomo. Lo tomó del lado de su pierna lesionada.

-¿Cómo se llama nuestro anfitrión? -susurró cuando recorrían el pasillo.

-El Embajador de Su Majestad Británica, Sir Oliver Bradford KCMG.

-Que si no me equivoco, es la sigla inglesa de Caballero Comendador de la Orden de San Miguel y San Jorge.

-Te equivocas. Es la sigla inglesa de Tenga la Bondad de Llamarme Dios.

-Eres incorregible -contestó con una risita. Luego se puso seria: -¿Pudiste enviar el fax a la señora Street?

-Pude en el primer intento y ella ya respondió. Te envía un salaam y promete averiguar todo lo posible sobre Pegaso cuanto antes.

Era una noche templada. Sir Oliver los aguardaba en la galería, y Geoffrey se apresuró a presentarlos. El embajador tenía una gran melena canosa y cara rubicunda. Geoffrey les había advertido que le disgustaban los turistas molestos, pero su expresión hosca se desvaneció apenas posó los ojos en Royan.

Había una docena de invitados aparte de Geoffrey y Sylvia Tennant. Sir Oliver tomó el brazo de Royan y la presentó. Nicholas los siguió; había terminado por aceptar que Royan atraía a los hombres.

-Permítame presentarle al general Obeid, jefe de la policía -dijo Sir Oliver. El jefe de la fuerza de seguridad etíope era un hombre alto de tez muy oscura, amable y elegante en su uniforme de parada azul. Se inclinó sobre la mano de Royan.

-Creo que nos veremos mañana por la mañana. Aguardo ese encuentro con el mayor placer. Royan miró a Sir Oliver, desconcertada. Nadie la había prevenido.

-El general Obeid quiere conversar con usted y Sir Nicholas sobre el asunto en la quebrada del Abbay -informó Sir Oliver-. Me tomé la libertad de pedir a mi secretario que concertara la cita.

-Doctora, Sir Nicholas, les aseguro que es una entrevista de rutina. Les tomaré muy

poco de su tiempo.

-Desde luego, le ayudaremos en todo lo que esté a nuestro alcance -contestó Nicholas amablemente-. ¿A qué hora nos espera?

-A las once de la mañana, si le parece bien.

-Una hora de lo más civilizada -asintió Nicholas. -Mi chofer pasará a buscarlos a las once y media para llevarlos al cuartel -prometió Sir Oliver.

En la mesa, Royan quedó entre Sir Oliver y el general Obeid. Era bonita, encantadora, y los dos hombres eran galantes. Nicholas comprendió que debería acostumbrarse a compartir su presencia con otros hombres; la había disfrutado él solo durante demasiado tiempo.

Por su parte, tuvo que sobrellevar la pesada compañía de Lady Bradford en el otro extremo de la mesa. Era la segunda esposa del embajador, treinta años menor que él, con un acento londinense apenas menos pronunciado que su vulgaridad, una melena teñida de rubio y un busto enorme que desbordaba sobre el amplio escote de su vestido bordado con lentejuelas. El capricho de un viejo, pensó Nicholas. Aparentemente era una experta en la genealogía de la aristocracia británica... en otras palabras, una presumida insoportable. Lo interrogó sobre sus antecesores hasta varias generaciones atrás.

Finalmente se dirigió a su esposo en el otro extremo de la mesa:

-Sir Nicholas es el dueño de Quenton Park. ¿Lo sabías, mi amor? -Nuevamente se volvió hacia Nicholas: -Mi esposo es un amante de la caza.

Sir Oliver se mostró debidamente impresionado por las cualidades de informante de su cónyuge.

-Conque Quenton Park. Hace poco leí un artículo en el Shooting Times. Dice que tiene un coto llamado Alto de las Hayas. ¿Es así?

-Alto de los Alerces -contestó Nicholas.

-Las mejores aves de Inglaterra. Eso decía -prosiguió Sir Oliver, ávido y expectante.

-Si ellos lo dicen -contestó Nicholas con modestia-. Pero estamos orgullosos de ellas. Espero que venga a disfrutarlo la próxima vez que viaje a Inglaterra... desde luego, como mi invitado.

A partir de entonces la actitud de Sir Oliver hacia Nicholas sufrió un cambio notable. Se volvió amable y solícito, e incluso mandó a su mayordomo a buscar una botella de Lafite de 1954.

-Causaste una buena impresión -murmuró Geoffrey secamente-. Su Excelencia no convida el 54 sino a una selecta minoría.

Había pasado la medianoche cuando Nicholas por fin pudo escapar de su anfitriona y rescatar a Royan de Sir Oliver y el general Obeid. Le tomó el brazo mientras ella cojeaba seductoramente a su lado, evitando la mirada sabihonda y especulativa de Geoffrey Tennant hasta que llegaron al primer descanso de la escalera.

-Fuiste la estrella de la velada -dijo.

-Y contigo Lady Bradford ronroneaba como una gatita -contraatacó, y a Nicholas le encantó oír ese tono de posesividad celosa en su voz. No sólo él había sentido celos.

Cuando llegaron a su puerta, ella le ofreció la mejilla para un beso casto.

-¡Esos pechos! -murmuró-. Espero que no te den pesadillas. -Cerró la puerta.

Fue a su habitación con paso despreocupado, pero al abrir la puerta vio el sobre en el umbral. Probablemente uno de los sirvientes lo había deslizado bajo la puerta mientras cenaban. Lo rasgó rápidamente, sacó las hojas y las desplegó. Su expresión se alteró al leerlas, salió de su habitación y llamó a la puerta de Royan.

Ella la abrió apenas y lo miró. Vio la turbación en sus ojos y se apresuró a tranquilizarla.

-Llegó la respuesta a mi fax -dijo, agitando las hojas-. ¿Estás en condiciones de recibir visitas?

-Un momento. -Cerró la puerta y volvió a abrirla segundos después.

-Pasa.

Señaló el botellón en el armario:

-¿Un trago antes de ir a dormir?

-Sí, creo que lo necesito. Ya sabemos quién es el amo de Pegaso.

-¡Dímelo! -ordenó, pero él se sirvió un whisky lentamente y sonrió sobre su hombro-: ¿Te sirvo una soda?

-Maldito seas, Nicholas Quenton-Harper. -Golpeó el piso con su pie descalzo.

-No me martirices. ¿Quién es?

-Cuando te conocí eras una sumisa jovencita árabe que comprendía la superioridad de la especie masculina. Mírate ahora. Me parece que te consiento demasiado.

-Debo advertirte que estás a punto de provocar una catástrofe. -Trató de reprimir una sonrisa. -Por favor, Nicky, dímelo.

-Siéntate -ordenó, y se sentó frente a ella. Desplegó el fax y la miró. -La señora Street no se demoró. En mi fax le sugerí que llamara a mi corredor de Bolsa en la City. Estamos adelantados tres horas al meridiano de Greenwich, así que aparentemente lo encontró en su oficina. Consiguió toda la información que le pedí.

-Nicky, si no dejas de jugar conmigo me rasgaré el vestido y armaré un escándalo. ¡Habla de una vez!

Agitó las hojas y empezó a leer:

-Prospecciones Pegaso está registrada en la Bolsa de Valores de Sydney, Australia, con un capital social de veinte millones...

-Ahorra los detalles imploró-. Dime quién es el hombre.

-El sesenta y cinco por ciento de las acciones pertenece a la empresa minera Valhalla -prosiguió imperturbable-, y el treinta y cinco por ciento restante a la metalúrgica Anaconda de Australia.

Abandonó el intento de apresurarlo y lo miró fijamente, erguida en su silla.

-Valhalla y Anaconda son subsidiarias de IMH, Industrias Manufactureras Hamburgo. Todas las acciones de IMH pertenecen en fideicomiso a la familia von Schiller, cuyos titulares son Gotthold von Schiller y su esposa Ingemar.

-Von Schiller -susurró, mirándolo-. Estaba en la lista de posibles auspiciantes de Duraid. Tal vez leyó el libro de Wilbur Smith... sé que hay una versión alemana. Probablemente se comunicó con Duraid, como tú. Pero los argumentos de Duraid no lo convencieron.

-Lo mismo pensé yo -asintió Nicholas-. No era difícil husmear en el museo de El Cairo y descubrir que ustedes estaban sobre el rastro de algo muy grande. El resto de la historia lo conocemos bien.

-Pero, ¿cómo pudo hacer ingresar a Pegaso en Etiopía tan rápidamente?

-Un golpe de suerte... von Schiller tiene la suerte del demonio. Geoffrey me dijo que Pegaso obtuvo una concesión cuprífera del presidente Mengistu hace cinco años, poco antes de que lo derrocaran. Ya estaba aquí, antes de enterarse acerca de los papiros. Le bastó trasladar el campamento desde su asentamiento original en el norte hasta la escarpa de la quebrada del Abbay para esperar cualquier novedad. Probablemente descubriremos que Jake Helm es uno de sus matones, un especialista en malas artes que viaja a cualquier parte del mundo donde haya problemas. Tiene a Nogo en su nómina. Caímos en sus brazos como chorlitos.

-Sí, parece lógico -musitó Royan-. Cuando Helm le informó de nuestra presencia, von Schiller ordenó que nos asaltaran los shufta. ¡Dios mío, cuánto lo detesto! Jamás lo he visto, pero lo odio como no me creía capaz de odiar a nada ni nadie.

-Al menos sabemos con quién estamos tratando.

-No del todo -objetó-. Von Schiller debe de tener un hombre en El Cairo. Alguien que trabaja desde adentro.

-¿Cómo se llama tu ministro? -preguntó Nicholas.

-No -negó sin vacilar-. Atalan Abou Sin no puede ser. Lo conozco desde que era niña. Es un pilar de integridad.

-No sabes cuánto puede afectar un soborno de cien mil dólares los cimientos del pilar

más robusto -murmuró Nicholas para su espanto.

Desayunaron a solas. Sir Oliver había partido a su oficina una hora antes, y Lady Bradford no salía a respirar el aire fresco y diáfano del amanecer en el altiplano. -Casi no pude dormir anoche, pensando en Atalan. Ay, Nicky, no puedo soportar la sola sospecha de que tuviera algo que ver con la muerte de Duraid.

-Perdóname si te hice pasar una mala noche, pero debemos tener en cuenta todas las posibilidades -dijo para consolarla, y se apresuró a cambiar de tema-. Hemos perdido demasiado tiempo. Por ahora Pegaso tiene el campo libre. Quiero volver a casa y reunir nuestra propia fuerza expedicionaria para el regreso.

-¿Quieres que me ocupe de los pasajes? -Se levantó inmediatamente.

-Pediré un teléfono.

-Pero termina de desayunar.

-Estoy satisfecha, gracias. -Fue hacia la puerta, pero él la llamó.

-Ahora veo por qué estás tan flaca. Dicen que la anorexia nerviosa es una de las peores maneras de morir. -Se sirvió otra tostada con mermelada.

Demoró apenas un cuarto de hora:

-Mañana a las tres y media de la tarde por Kenya Airways a Nairobi, trasbordo esa misma tarde al vuelo de British Airways a Heathrow.

-Buen trabajo. -Se limpió los labios con la servilleta y se paró. -El auto nos espera para llevarnos hacia tu admirador, el general Obeid. Vamos.

En el cuartel, un oficial los aguardaba para hacerlos ingresar por la puerta de los altos funcionarios. Dijo ser el inspector Galla y con gran deferencia los acompañó hasta la oficina del jefe.

Al verlos entrar, el general Obeid se puso de pie y fue a su encuentro. Hombre encantador y amable, se preocupó por Royan al hacerlos pasar a su sala de estar. Se sentaron y el inspector Galla sirvió los consabidos pocillos de café negro y muy amargo.

Después de un poco de conversación amable, el general fue al grano.

-Como les prometí, seré lo más breve posible. El inspector Galla tomará sus declaraciones. Ante todo, veamos el asunto de la desaparición y muerte del mayor Brusilov. Supongo que sabían que era oficial retirado de la KGB rusa.

La entrevista fue mucho más larga de lo que habían anticipado. El general Obeid resultó ser un interrogador exhaustivo, aunque siempre amable. Finalmente, mandó dactilografiar sus declaraciones, y una vez que las leyeron y firmaron los acompañó hasta la entrada donde esperaba su auto. Era una excelente señal de buena voluntad, pensó Nicholas.

-Si puedo hacer algo por ustedes, si necesitan algo, por favor no vacilen en llamarme. Ha sido un gran placer conocerla, doctora Al Simma. Espero que volvamos a verla próximamente en Etiopía.

-A pesar de los percances, he disfrutado muchísimo mi estada en su hermoso país -contestó con su sonrisa más dulce-. Tal vez volvamos antes de lo esperado.

-¡Qué hombre tan considerado! -comentó al sentarse en el Rolls Royce de Sir Oliver-. Me gusta mucho.

-Parece que es mutuo -dijo Nicholas.

Las palabras de Royan resultaron proféticas. A la mañana siguiente, al bajar a desayunar, encontraron sobres idénticos dirigidos a ambos. Nicholas abrió el suyo mientras pedía café al camarero de shamma larga hasta los tobillos, y su rostro se alteró.

-¡Epa! -exclamó-. Parece que causamos una gran impresión a los muchachos de azul. Mayor de la que pensábamos. El general Obeid quiere verme otra vez. -Leyó en voz alta: -"Se le ordena presentarse en el cuartel central de la policía antes del mediodía." -Silbó

suavemente. -Palabras duras. Ni por favor ni gracias.

-La mía es idéntica -dijo Royan después de un vistazo a la hoja con membrete-. ¿Qué significa esto? ¿Tienes alguna idea?

-Nos enteraremos enseguida. Pero suena amenazante. Yo diría que se terminó el idilio.

Esa mañana, cuando llegaron al cuartel, no los esperaba un comité de recepción. La guardia de la entrada de funcionarios los envió a la mesa de entradas, donde tuvieron una discusión larga y confusa con el agente de recepción, cuyo conocimiento del inglés era apenas rudimentario. La experiencia había enseñado a Nicholas que no debía perder la calma ni demostrar la menor impaciencia. Por fin el oficial conversó largamente por teléfono y les indicó con un gesto que se sentaran en un banco de madera contra la pared.

-Ustedes esperen. Hombre vendrá enseguida.

Durante cuarenta minutos compartieron el asiento con una multitud abigarrada de suplicantes, solicitantes, querellantes y pequeños maleantes. Uno o dos sangraban profusamente de heridas causadas por desconocidos, y otros estaban engrillados.

-Parece que nuestra estrella está en su ocaso -dijo Nicholas. Se cubrió la nariz con un pañuelo. Algunos de sus vecinos de asiento no habían conocido el agua y el jabón durante cierto tiempo. -Ya no somos visitantes ilustres.

Al cabo de cuarenta minutos, el inspector Galia, tan deferente el día anterior, se asomó sobre un tabique de madera y les hizo un gesto altanero.

Sin tomar la mano tendida de Nicholas, los condujo a una oficina en el fondo. No los invitó a tomar asiento. Se dirigió a Nicholas fríamente:

-Usted es responsable del extravío de un arma de fuego de su propiedad.

-Efectivamente. Como dije ayer en mi declaración... El inspector Galia lo interrumpió:

-La pérdida de un arma por negligencia es una infracción muy grave -dijo en tono severo.

-No hubo negligencia de mi parte -dijo Nicholas. -No vigiló el arma. No la guardó en una caja de seguridad de acero. Eso es negligencia.

-Con todo respeto, inspector, hay una gran escasez de cajas de seguridad de acero en la quebrada del Abbay.

-Negligencia -insistió Galia-. Negligencia criminal. El arma puede haber caído en manos de elementos contrarios al gobierno.

-¿Quiere decir que un desconocido puede derrocar al gobierno con un Rigby 275? -preguntó Nicholas con una sonrisa.

El inspector Galia pasó por alto la chanza. Sacó dos documentos de su escritorio:

-Es mi deber ejecutar estas órdenes de deportación de usted y la doctora Al Simma. Deben salir de Etiopía dentro de las próximas veinticuatro horas. Después se los considerará extranjeros indeseables.

-La doctora Al Simma no ha perdido ningún arma -dijo Nicholas-. Y que yo sepa, no ha dado en toda su vida la menor muestra de negligencia.

Nuevamente pasaron por alto su comentario.

-Por favor, firmen aquí esta declaración de que conocen y comprenden las órdenes.

-Quisiera hablar con el jefe de la policía, general Obeid -dijo Nicholas.

-El general Obeid partió esta mañana en visita de inspección a los distritos fronterizos del norte. Volverá a Addis Abeba dentro de varias semanas.

-¿Y para entonces nosotros estaremos lejos de aquí, en Inglaterra?

-Exactamente. -El inspector Galia sonrió por primera vez, aunque en realidad era una mueca fría y burlona.

-Firmen aquí y aquí.

-¿Qué pasó? -preguntó Royan cuando el conductor abrió la portezuela del Rolls y ella se acomodó junto a Nicholas-. Esto sí que no lo esperaba. Ayer nos quería todo el mundo y resulta que hoy nos echan a patadas.

-¿Y quieres saber qué pienso? -Sin esperar su respuesta, prosiguió: -Pasó que Nogo no es el único que está en la nómina de von Schiller. Anoche Obeid habló con él y recibió sus

instrucciones.

-¿Comprendes lo que significa, Nicky? No podremos volver a Etiopía. La tumba de Mamose ha quedado fuera de nuestro alcance. -Sus grandes ojos negros traslucían su desazón.

-Cuando Duraid y yo fuimos a Itak y Libia, si mal no recuerdo lo hicimos sin recibir invitaciones de Saddam ni de Gaddafi.

-Me parece que te encanta la idea de violar la ley -señaló en tono acusador-. No puedes parar de sonreír.

-Bueno, la ley etíope no es para tomarla demasiado en serio.

-Pero te arrojarán a una cárcel etíope. Eso sí es para tomar en serio.

-Nos arrojarán a los dos. -Sonrió con malicia: -Pero antes deberán atraparnos.

Puedes tener la plena seguridad de que Su Excelencia ha presentado una queja formal al Presidente -dijo Geoffrey al día siguiente cuando los llevaba al aeropuerto-. Te aseguro que está muy molesto. Ordenes de deportación, qué tontería. Nunca había visto nada parecido.

-No te agites, viejo -lo tranquilizó Nicholas-. Tal como están las cosas, no tenemos la menor intención de volver. No hay problema.

-Es una cuestión de principios. Un prominente súbdito británico tratado como un criminal. No hay respeto. -Suspiró. -A veces lamento no haber nacido hace un siglo. En esa época no habríamos tolerado semejante afrenta. Habríamos enviado una cañonera y listo.

-Así es, Geoffrey, pero no dejes que te quite el sueño.

Mientras presentaban sus papeles en el mostrador de Kenya Airways, Geoffrey revoloteaba a su alrededor como una gallina en torno de sus polluelos. Sólo tenían equipaje de mano, dos bolsos baratos de nailon que habían comprado esa mañana en un mercado callejero. Nicholas envolvió el pellejo del dik-dik en una shamma bordada que había adquirido en el mismo mercado.

Geoffrey les hizo compañía hasta que los llamaron a abordar el avión. Siguió agitando la mano después que pasaron la puerta de salida en una muestra de afecto dirigida a Royan más que a Nicholas.

Sus asientos estaban situados detrás del ala, y Royan ocupó el de la ventanilla. El avión de Kenya Airways encendió sus motores e inició el lento carreteo frente a los edificios del aeropuerto. Nicholas discutía con una aeromoza que quería obligarlo a guardar el bolso de nailon violeta que contenía su preciado pellejo de dik-dik en el portaequipaje. Mientras tanto, Royan echaba una última mirada a Addis Abeba.

Bruscamente se enderezó en su asiento y, sin apartar la mirada de la ventanilla, aferró el brazo de Nicholas.

-¡Mira! -susurró con tal odio en la voz que él se volvió al instante para ver qué la había alterado.

-¡Pegaso! -exclamó, y señaló la avioneta particular Falcon que terminaba su carreteo frente a los edificios. La pequeña y elegante aeronave estaba pintada de verde y en su estabilizador llevaba el logotipo escarlata del caballo alzado sobre sus patas traseras. Ante sus ojos, bajó la puerta del fuselaje del avión Falcon verde y un pequeño comité de recepción que aguardaba en la pista de aterrizaje se adelantó solícitamente al encuentro de los pasajeros que aparecían en la puerta.

El primero era un hombre menudo, pulcramente vestido con un traje fino color crema y sombrero panamá blanco. A pesar de su talla, trasuntaba un aire de confianza y de mando, el aura particular del poder. Llamaba la atención su palidez, propia del invierno boreal. Su mandíbula le daba una expresión firme y obstinada, y sus ojos asomaban bajo sus tupidas cejas negras con una mirada penetrante.

Nicholas lo reconoció al instante. Lo había visto muchas veces en los salones de

subastas de Sotheby y Christie. No era la clase de hombre cuya presencia pasaba inadvertida.

-¡Von Schiller! -exclamó, mientras el alemán contemplaba con soberbia imperial a los hombres que lo aguardaban en la pista.

-Parece un gallo de riña -murmuró Royan-. O una cobra a punto de atacar.

Von Schiller alzó su sombrero panamá y bajó la escalerilla del Falcon con paso rápido y ágil.

-Quién diría que tiene casi setenta años -susurró Nicholas.

-Sus movimientos son de un hombre de cuarenta -dijo Royan, asintiendo-. Debe de teñirse el pelo y las cejas... fíjate qué negras son.

-¡Diablos! Mira quién vino a recibirlo.

Hubo un destello de condecoraciones y entorchados. Un hombre alto, de uniforme azul, se apartó del comité de recepción y se llevó la mano a la lustrosa visera de charol de su gorra en una respetuosa venia antes de tomar la mano de von Schiller para estrecharla cordialmente.

-Tu antiguo admirador, el general Obeid. Con razón no pudo recibirnos ayer. Estaba demasiado ocupado.

-Mira, Nicky -dijo con voz ahogada. No miraba a los dos que aún se estrechaban las manos y conversaban animadamente al pie de la escalerilla, sino a un joven que acababa de aparecer en la portezuela del Falcon. Tenía la cabeza descubierta, y Nicholas pudo ver su piel cetrina, su cabellera oscura y rizada.

-No lo conozco. ¿Quién es?

-Nahoot Guddabi. El ayudante de Duraid en el museo. El hombre que heredó su puesto.

Cuando Nahoot empezó a descender la escalerilla del Falcon, el avión de Kenya carreteó, viró para tomar la pista principal de despegue, y los hombres congregados al pie del jet Falcon desaparecieron de su vista. Los dos se echaron atrás en sus asientos y se miraron fijamente. Después de varios minutos, Nicholas rompió el silencio:

-Un aquelarre. Una reunión de los malos de la película. Tuvimos suerte de poder verlo. Se acabaron los secretos. Ahora sabemos con certeza a quién nos enfrentamos.

-Von Schiller mueve los hilos -dijo Royan, sofocada por la furia y el horror-. Pero Nahoot Guddabi es su perro de presa. Seguramente fue Nahoot quien contrató a los asesinos en El Cairo y los mandó a matarnos. Por Dios, si lo hubieras escuchado expresar su respeto y admiración por Duraid en el entierro. ¡Asesino, hipócrita inmundo!

Callaron mientras el avión despegaba y tomaba su altura de crucero. Luego Royan añadió: -Y tenías razón sobre Obeid. Von Schiller lo tiene en su nómina.

-Tal vez representaba al gobierno etíope que presentaba sus respetos a un importante concesionario extranjero, alguien que va a descubrir un fabuloso yacimiento de cobre en su empobrecido país y les va a llenar los bolsillos a todos.

Royan meneó la cabeza con vehemencia:

-No lo creo. Si fuera así, lo habría recibido un ministro, no el jefe de la policía. No, Obeid huele a perfidia, lo mismo que Nahoot.

Al ver a los asesinos de su esposo, se le habían reabierto las heridas del dolor y el luto, curadas apenas a medias. Esa amargura ardía en su interior como una llama, la consumía por dentro como un fuego que arde en el tronco de un árbol hueco. Nicholas sabía que no podía apagar esa llama, a lo sumo podía tratar de distraerla. Le habló suavemente, para desviar sus pensamientos de muerte y venganza hacia el desafío de Taita y el enigma de la tumba perdida. Pero aunque Royan volvía a mostrarse serena y alegre como era habitual, Nicholas sabía que el dolor ardía sin alivio bajo la superficie.

Cuando llegaron a Heathrow era tan temprano que no había cola en inmigración, y puesto que sólo llevaban equipaje de mano pudieron evitar la consabida ruleta del carrusel de equipaje: ¿llegarán o no?

Con el pellejo del dik-dik en el bolso de nailon bajo un brazo, y sosteniendo con el otro a Royan que cojeaba con su bastón, Nicholas pasó la luz verde de la Aduana Real con la inocencia de un querubín del techo de la Capilla Sixtina.

-Eres un caradura -susurró ella una vez que salieron-. Si eres capaz de engañar tan tranquilamente a la Aduana, ¿cómo podré volver a confiar en ti?

La buena suerte persistía. No había cola en la parada de taxis, y poco más de una hora después del aterrizaje arribaron a la casa de Nicholas en Knightsbridge. Eran las ocho y media de un lunes.

Mientras Royan tomaba una ducha, Nicholas buscó un paraguas y fue al almacén de la esquina a comprar provisiones. Compartieron la tarea de preparar el desayuno: Royan se ocupó de las tostadas y Nicholas preparó una omelette de hierbas, su especialidad.

-Creo que necesitaremos ayuda de un especialista cuando volvamos a la quebrada del Abbay -observó Royan mientras untaba una tostada con manteca.

-Sí, y tengo al hombre adecuado. Hemos trabajado juntos -contestó-. Ingeniero militar retirado. Especialista en buceo y construcciones subacuáticas. Vive en una casita en Devon. Sospecho que estará más que dispuesto y fuera de quicio de aburrimiento. Aceptará alborozado cualquier oportunidad de modificar esa situación.

Desayunaron en silencio, y luego Nicholas dijo que lavaría los platos mientras ella llevaba las fotografías de la estela a un servicio de revelado instantáneo frente a Harrods.

-¿Te parece una distribución justa del trabajo? -dijo Royan con voz sufrida-. Tienes un lavavajilla, y está lloviendo otra vez.

-Está bien -contestó riendo-. Para dorar la píldora, te prestaré mi impermeable. Mientras esperas que revelen la película ve a comprarte algo de ropa. Tengo que hacer varias llamadas importantísimas.

Apenas salió, Nicholas se sentó a su escritorio con una libreta y un teléfono. La primera llamada fue a Quenton Park, donde la señora Street trató de disimular el placer que le causaba escuchar la voz de su empleador.

-Su escritorio está sumergido bajo medio metro de correspondencia. Casi todas son cuentas.

-Pero qué alegría.

-Los abogados me acosan, y el señor Markham de Lloyd's llama todos los días.

-Sea buenita y no les diga que volví. -Nicholas sabía qué querían de él; el objeto de las llamadas insistentes siempre era el mismo: dinero. En ese caso no eran unos cientos de una cuenta vencida del sastre, sino dos millones quinientas mil libras. -Será mejor que me quede en York en lugar de ir a Quenton Park -dijo-. No me encontrarán en el apartamento.

Apartó las deudas de su mente para concentrarse en las tareas más apremiantes:

-¿Tiene lápiz y papel a mano? Bien, tome nota.

Le dictó durante diez minutos y luego la señora Street le leyó sus apuntes.

-Bien, por favor, no se demore. Iremos esta noche. La doctora Al Simma se alojará con nosotros por tiempo indeterminado. Dígale a la casera que prepare el otro dormitorio en el apartamento.

Luego llamó a un número en Devon, y mientras sonaba el teléfono evocó la casita, un reciclado puesto de guardacostas en los acantilados con vista a un mar gris y agitado. Daniel Webb estaba en su taller del fondo ocupándose de su Jaguar 1935, el amor de su vida, o fabricando moscas para la pesca del salmón. La pesca deportiva, su otra gran pasión, era el origen de la amistad entre ambos.

-Hola -dijo una voz hosca y suspicaz. Nicholas pudo imaginar la cabeza calva y pecosa como un huevo de chorlito, la mano vellosa y marcada de cicatrices que aferraba el auricular.

-Sapper, tengo una misión para usted. ¿Está en condiciones?

-¿Adónde, mi mayor? -Aunque habían pasado tres años, reconoció al instante la voz de

Nicholas.

-Clima cálido y bailarinas. La misma paga que la vez pasada.

-Estoy en condiciones. ¿Dónde nos encontramos?

-En el apartamento. El mismo que la vez pasada. Mañana. Y traiga la regla de cálculo. Nicholas sabía que Dandy desconfiaba de esas nuevas calculadoras de bolsillo.

-El Jaguar está listo. Partiré mañana a primera hora y llegaré para el almuerzo.

Después de cortar, Nicholas llamó a sus Bancos en Jersey y en las islas Cayman. Se agotaban los fondos de sus cuentas de emergencia. El presupuesto que él y Royan habían calculado durante el vuelo era de doscientos treinta mil. Como todos los presupuestos, era demasiado optimista.

"Hay que sumarle el cincuenta por ciento", se dijo. "O sea que cuando volvamos, no habrá una miga en la alacena. Taita, espero y ruego que no te burles de nosotros."

Se identificó ante los contadores con los respectivos passwords y dio instrucciones para que transfirieran fondos a sus cuentas corrientes a fui de poder realizar retiros inmediatos.

Restaban dos llamadas antes de partir hacia York. De ellas dependía la suerte de todos sus planes; en ambos casos, sus contactos eran débiles en el mejor de los casos, quiméricos en el peor.

El primer número que discó daba ocupado. Intentó cinco veces más y siempre oyó el irritante tono agudo de la línea ocupada. Decidió intentarlo por última vez y, para su alivio, lo atendió una voz cordial con acento del oeste de Inglaterra.

-Buenas tardes, Embajada Británica a sus órdenes. Nicholas miró su reloj. Había tres horas de diferencia: era la tarde en Addis Abeba.

-Soy Sir Nicholas Quenton-Harper, desde el Reino Unido. ¿Se encuentra el agregado militar, señor Geoffrey Tennant?

Geoffrey no tardó en atender:

-Así que llegaste a casa sano y salvo. Tienes suerte, muchacho.

-Llamé para tranquilizarte. No quiero que pierdas el sueño por mi culpa.

-¿Y cómo está la encantadora doctora Al Simma?

-Te envía un beso.

-¡Si pudiera creerte! -dijo Geoffrey con un suspiro ostentoso.

-Un favor grande, Geoff. ¿Conoces al coronel Maryam Kidane del ministerio de Defensa?

-Un tipo excelente -contestó Geoffrey sin vacilar-. Lo conozco bien. Jugamos al tenis el sábado pasado. Tiene un revés endemoniado.

-Por favor, dile que me llame con urgencia. -Le dio el número de teléfono de su apartamento en York.

-Dile que se trata de conseguir una especie rara de paloma etíope para mi colección. -Otra vez haciendo de las tuyas, Nicky. Basta que te saquen de Etiopía de las pestañas para que te conviertas en comerciante en aves raras. Seguro que es una especie en vías de extinción.

-¿Lo harás por mí, Geoff?

-Por supuesto. Servir para mandar, viejo. Siempre el mismo tonto.

-Te debo un favor.

-Media docena, dirás.

Su siguiente llamada fue menos fructífera. La operadora internacional le dio un número en Malta. Se comunicó al primer intento.

-Atiende, Jannie -suplicó, pero después de seis campanilleos lo atendió un contestador automático.

"Usted se ha comunicado con Africair Services. En este momento no podemos atenderlo. Por favor, deje su nombre, número de teléfono y mensaje después de la señal. Lo llamaremos lo antes posible. Gracias." El fuerte acento sudafricano de Jannie Badenhorst era inconfundible.

-Jannie, soy Nicholas Quenton-Harper. ¿Tu viejo Hércules todavía puede volar? El trabajo es fácil y la paga es buena. Llámame al apartamento en Inglaterra. No hay apuro. Si

puedes llamarme ayer o anteayer, perfecto.

Momentos después oyó el timbre y corrió a abrirle a Royan, que dijo:

-Tu sentido de la oportunidad es impecable. -Su nariz estaba roja de frío y el impermeable estaba empapado.

-¿Revelaron las fotos?

Sacó el sobre amarillo del bolsillo y lo agitó con aire triunfal.

-Eres un maestro de la fotografía -señaló-. Resultaron perfectas. Puedo leer los caracteres de la estela sin lupa. Volvemos al juego de Taita.

Desplegaron las fotografías sobre el escritorio y las contemplaron con regocijo.

-¿Hiciste dos juegos? ¿Uno para cada uno? Perfecto. Guardaré los negativos en mi caja de seguridad en el Banco. No volveremos a correr el riesgo de perderlas.

Royan tomó una lupa poderosa que tenía él y estudió las fotografías una por una para elegir la mejor imagen de cada cara de la estela.

-Estas serán nuestro material de trabajo. Creo que no echaremos de menos las impresiones de la piedra. Con esto será suficiente. -Leyó un bloque de jeroglíficos escogido al azar: -"La cobra se extiende y alza su capucha enjoyada. Las estrellas del alba brillan en sus ojos. Tres veces su lengua negra y viscosa besa el aire". -Estaba roja de la emoción. -¿Qué habrá querido decir Taita? Ay, Nicky, ¡es tan emocionante volver a desentrañar los misterios!

-¡Deja eso! -ordenó en tono severo-. Te conozco. Si empiezas ahora, pasaremos la noche aquí. Llevemos los bolsos al Range Rover. Tenemos un viaje largo y dicen que hay hielo en la autopista. El clima no es el de la quebrada del Abbay.

Se enderezó inmediatamente y ordenó las fotografías.

-Tienes razón, a veces me dejo llevar por el entusiasmo. -Se paró. -¿Tengo tiempo para hacer una llamada a casa antes de partir?

-¿A casa significa El Cairo?

-Perdóname. Sí, a El Cairo. La familia de Duraid...

-Por favor, las explicaciones están de más. Ahí tienes el teléfono. Esperaré en la cocina. Nos hará bien una taza de té antes de partir.

Media hora después entró en la cocina con aire culpable.

-Otra vez voy a causar problemas -anunció-. Tengo que confesar algo.

-Dilo sin vueltas.

-Tengo que ir a casa... es decir, a El Cairo. -Él la miró desconcertado. -Sólo unos días -añadió rápidamente-. Hable con el hermano de Duraid. Debo ocuparme de ciertos asuntos.

-No me gusta que te vayas sola. -Meneó la cabeza: -Después de lo que pasó...

-Si tenemos razón, si Nahoot Guddabi es el hombre peligroso, no hay de qué preocuparse. Está en Etiopía.

-Insisto, no me gusta. Eres la clave del juego de Taita.

-Muchas gracias, caballero -dijo con rabia fingida-. ¿Es por eso que te preocupa mi integridad física?

-Si me acorralas, deberé reconocer que no me disgusta tu presencia.

-En ese caso, volveré sin darte tiempo a echarme de menos. Además, tendrás mucho que hacer.

-Supongo que no hay manera de evitarlo -masculló-. ¿Cuándo quieres partir?

-Hay un vuelo a la noche.

-¿Ya? Si acabamos de llegar -protestó, pero acabó por capitular-: Bueno, te llevaré al aeropuerto.

-No, Nicky. Heathrow te queda a trasmano. Tomaré el tren.

-Nada de eso.

El tráfico del lunes por la noche era bastante liviano y una vez que salieron de la zona urbana anduvieron a buena velocidad. Durante el trayecto conversaron animadamente sobre las llamadas que él había realizado durante su ausencia.

-Espero que Maryam Kidane me ponga en contacto con Mek Nimmur. Mek es la pieza maestra del plan. Sin él no podemos hacer la primera jugada en el tablero de bao de Taita.

Detuvo el auto frente al salón de partidas de Heathrow.

-Llámame mañana mismo desde El Cairo para hacerme saber que estás bien y cuándo volverás. Estaré en el apartamento.

-Cobro revertido -dijo ella al ofrecerle la mejilla. Salió del vehículo y cerró la portezuela con fuerza.

Al partir contempló su figura menuda en el espejo retrovisor y lo embargó una sensación de soledad y melancolía. Bruscamente se sobresaltó al sonar en su cerebro las campanas de alarma. Algo feo se había puesto en marcha y la aguardaba en Egipto. Otra bestia feroz había escapado de su jaula y acechaba en las tinieblas a la espera de dar el salto, pero por el momento no podía discernir su color ni su forma.

-Por favor, que no le pase nada -dijo en voz alta sin saber a quién dirigía su súplica. Por un instante pensó en volver y obligarla a quedarse con él, pero sabía que no era asunto suyo y que ella no le haría caso. No podría imponerse por la fuerza. Debía dejarla partir.

-Pero no me gusta en absoluto -dijo.

Su secretaria privada y todos sus empleados sabían al pie de la letra qué se esperaba de ellos. Todo estaba tal como lo exigía. Gotthold von Schiller echó una mirada aprobadora al interior de la cabaña Quonset. Helm había aprovechado bien el tiempo para preparar la base antes del arribo del patrón.

Sus cuartos privados ocupaban la mitad del edificio prefabricado de chapas. Eran austeros pero impecablemente limpios y ordenados. Su ropa estaba colgada y los cosméticos y medicamentos debidamente dispuestos en el botiquín del baño. Su cocina particular estaba provista de todo. Su cocinero chino había viajado con él en el Falcon, con todo lo necesario para servir los alimentos que exigía el amo.

Von Schiller era vegetariano y abstemio tanto de tabaco como de alcohol. Veinte años antes había sido un conocido sibarita que disfrutaba de las sabrosas comidas de la Selva Negra, los vinos del Rin y los aromáticos puros cubanos. En aquella época era obeso y su papada desbordaba sobre el cuello de su camisa. Ahora, a pesar de su edad, era esbelto como un galgo corredor y su estado era óptimo.

En el otoño de su vida había abandonado los placeres sensuales por los del intelecto y las emociones. Valoraba los objetos inanimados más que a cualquier criatura, humana o animal. Un trozo de piedra tallado por albañiles hacía milenios lo excitaba más que el cuerpo tibio de una hermosa joven. Amaba el orden y el control. El poder sobre los hombres y los acontecimientos le era más grato que el sabor de la comida. Ahora que su cuerpo decaía y los apetitos humanos perdían fuerza, sus únicas pasiones eran el poder y la posesión de objetos bellos o singulares.

Cada objeto de su inmensa y valiosísima colección de tesoros antiguos había sido descubierto por otros hombres. Ahora tenía la oportunidad, la última de su vida, de hacer su propio descubrimiento, de romper los sellos en la puerta de una tumba faraónica y ser el primer hombre en contemplar su interior después de cuatro milenios. Tal vez era su esperanza de acceder a la inmortalidad, y no había precio, fuese en oro o en vidas humanas, que no estuviera dispuesto a pagar. Varios hombres ya habían muerto en aras de su pasión, y no le importaba que otros corrieran esa suerte. Ningún precio era excesivo.

Se miró en el espejo de cuerpo entero colgado de la pared frente a la cama. Se alisó el pelo tupido, grueso y oscuro. La tintura era una de sus escasas concesiones a la coquetería. Luego cruzó el piso de madera sin alfombrar de su habitación y abrió la puerta para entrar en el alargado salón de reuniones que sería su cuartel general durante los días siguientes.

Las personas sentadas allí se pararon inmediatamente; sus poses eran serviles y sus rostros obsecuentes. Von Schiller se dirigió rápidamente a la cabecera y subió a la tarima de

madera alfombrada que su secretaria privada había colocado para él. La tarima viajaba con él a todas partes. Medía unos veinticinco centímetros. Desde esa altura, von Schiller miró a los hombres y la mujer que lo aguardaban. Les pasó revista lentamente para tenerlos de pie unos minutos. Desde su tarima era el más alto de todos.

En primer término miró a Helm. Hacía más de una década que el tejano trabajaba para él. Era un hombre de su absoluta confianza, física y mentalmente fuerte, dispuesto a cumplir órdenes sin titubeos ni escrúpulos. Von Schiller contaba con su lealtad. Podía enviarlo a cualquier lugar del mundo, desde Zaire hasta Queensland y desde el Círculo Ártico hasta las tórridas selvas ecuatoriales; Helm siempre cumplía su tarea con el mínimo de alharaca y pocas consecuencias desagradables. Era implacable, discreto y, como buen perro de caza, sabía quién era el amo.

Su vista pasó de Helm a la mujer. Utte Kemper era su secretaria privada. Controlaba y dirigía todos los aspectos de su vida, desde los alimentos hasta la tarima, desde sus remedios hasta su agenda social. No había hombre ni mujer en el mundo que pudiera llegar a su presencia sin haberlo concertado previamente con ella. Además era su especialista en comunicaciones. El cúmulo de equipos electrónicos que ocupaba toda una pared de la cabaña era su coto reservado. Utte se orientaba en el éter con el instinto infalible de una paloma mensajera. El arte arcaico del teclado y el código Morse como las transmisiones satelitales y celulares: todo lo manejaba con una destreza que nadie podía igualar. Estaba en la flor de la edad de la mujer: cuarenta años, esbelta, rubia, con almendrados ojos verdes y pómulos altos como los de la Dietrich joven.

Ingemar, la esposa de von Schiller, había caído en la invalidez veinte años antes, y Utte Kemper llenaba ese vacío en su vida. Pero era más que una secretaria y esposa.

Cuando la conoció, Utte tenía un puesto muy alto en la sección técnica de la red de comunicaciones alemana, pero por las noches trabajaba de actriz en películas pornográficas, no por dinero sino porque le gustaba. Schiller contaba las copias de los vídeos realizados en aquella época entre sus posesiones más preciadas después de la colección de antigüedades egipcias. Era tan inescrupulosa como Helm. No había nada que no haría por él, nada que no le permitiera hacerle para satisfacer sus fantasías más extravagantes. Cuando miraba sus vídeos y Utte hacía algunas de esas cosas con él, era la única mujer capaz de provocarle un orgasmo. Con todo, eso sucedía cada vez con menor frecuencia, y los espasmos de satisfacción sexual que era capaz de suscitar en su cuerpo avejentado perdían intensidad mes a mes.

Utte había colocado su equipo de grabación sobre la mesa. Uno de sus muchos deberes era llevar actas exhaustivas y precisas de todas las reuniones y conversaciones. Luego la vista de von Schiller pasó de sus empleados de confianza a los otros dos hombres sentados junto a la mesa.

Había conocido al coronel Nogo esa mañana cuando descendió del helicóptero Jet Ranger que lo transportó de Addis Abeba al campamento en la cima de la escarpa en la quebrada del Abbay. Sabía poco sobre él, aparte de que Helm lo había elegido y hasta el momento estaba satisfecho con su rendimiento. Von Schiller no compartía esa satisfacción. Ya había cometido algunas torpezas. Nogo había permitido que Quenton-Harper y la egipcia escaparan de sus garras. Había realizado operaciones en África durante toda su vida, confiaba poco o nada en los negros y prefería trabajar con europeos. Con todo, comprendía que por el momento los servicios de Nogo eran indispensables. Después de todo, era el comandante militar del Gojam austral. Sin duda, cuando pudieran prescindir de sus servicios Helm se ocuparía de él. Von Schiller no tendría que preocuparse por los detalles.

Miró al último hombre en la mesa: otro individuo momentáneamente imprescindible. Nahoot Guddabi había llamado su atención sobre la existencia del séptimo papiro. Tenía entendido que un narrador inglés había escrito una novela basada en los rollos, pero von Schiller jamás leía obras de ficción, fuera en alemán o en los otros cuatro idiomas que dominaba. Si Nahoot no le hubiera advertido sobre la existencia de los papiros de Taita, tal vez habría pasado por alto la gran oportunidad de su vida.

El egipcio había ido a verlo apenas Duraid Al Simma terminó la primera traducción de

los rollos y postuló la existencia de un faraón hasta entonces desconocido y su tumba. Desde entonces habían permanecido en contacto, y cuando Al Simma y su esposa empezaron a sacar excesiva ventaja en sus investigaciones, von Schiller le encargó a Nahoot la tarea de eliminarlos y llevarle el séptimo papiro.

Ahora era la estrella deslumbrante de su colección, alojada en las bóvedas subterráneas de acero y hormigón bajo su guarida, su Nido de Águilas, en los montes Schloss.

A pesar de ello, había cometido un error al encargarle a Nahoot la delicada misión de deshacerse de Al Simma y su mujer. Hubiera debido contratar a un profesional, pero Nahoot le aseguraba que era capaz de realizar la tarea, y se le había pagado muy bien por ese trabajo que frangolló de manera tan torpe. Ya llegaría el momento de ocuparse de él, pero por ahora lo necesitaba.

Sin duda, sus conocimientos de egiptología e interpretación de jeroglíficos eran muy superiores a los de von Schiller. Después de todo, los había estudiado durante casi toda su vida, mientras que él era un aficionado y su interés en la materia era relativamente reciente. Nahoot leía los rollos y el material que acababan de obtener como si fueran cartas de un amigo, en tanto von Schiller tenía que descifrar laboriosamente cada símbolo y con frecuencia debía recurrir a sus libros. Y aun así no era capaz de descifrar los matices del texto. Sin la ayuda de Nahoot no podría resolver los enigmas que confrontaba en la búsqueda de la tumba de Mamose.

Ese era el equipo que se había reunido a la espera de que iniciara la reunión.

-Siéntese, por favor, Fräulein Kemper -dijo por fin-. Ustedes también, señores. Empecemos.

Von Schiller permanecía de pie sobre la tarima en la cabecera de la mesa. Disfrutaba la sensación de mirar a los demás desde las alturas. Su escasa estatura era causa de humillación desde su época de escolar, cuando los otros chicos lo llamaban "Pippa".

-Fräulein Kemper grabará todo lo que se diga aquí esta tarde. Además entregará a cada uno una carpeta con documentos que recogerá al término de la reunión. Que quede muy claro que este material no saldrá de la sala. Es estrictamente confidencial y de mi propiedad. Trataré con la mayor severidad cualquier violación de esta orden.

A medida que Utte entregaba las carpetas, von Schiller miraba al hombre que la recibía. Su expresión no dejaba lugar a dudas sobre cuál sería la pena por contravenir cualquier orden suya.

Luego abrió la carpeta que estaba sobre la cabecera de la mesa, se inclinó sobre ella y se apoyó sobre sus puños.

-En sus carpetas encontrarán copias de las fotografías Polaroid halladas en el campamento de Quenton-Harper. Mírenlas, por favor.

Cada uno abrió su carpeta.

-Desde nuestro arribo el doctor Nahoot ha tenido la oportunidad de estudiarlas. Su opinión es que son auténticas, que la estela es un objeto de origen egipcio antiguo, probablemente del Segundo Período Intermedio, alrededor de 1790 antes de Cristo. ¿Quiere agregar algo, doctor?

-Gracias, Herr von Schiller. -La sonrisa de Nahoot era servil, pero había miedo en sus ojos negros. La frialdad y la impasibilidad del viejo alemán eran aterradoras. No había expresado la menor emoción al darle la orden de disponer la muerte de Duraid Al Simma y su esposa. Con la misma frialdad, ordenaría la muerte de Nahoot si fuera necesario. Comprendió que cabalgaba sobre el lomo de un tigre.

-Quiero relativizar esa apreciación. Dije que la estela que aparece en las fotografías parece ser auténtica. Desde luego, no podría darle una opinión categórica sin examinar la piedra misma.

-Tomo nota de su observación -dijo von Schiller-. Nos hemos reunido para encontrar la manera de hallar la estela a fin de que usted la examine y nos dé su conclusión.

Tomó la fotografía en brillo copiada esa mañana por Utte del original en el cuarto oscuro de la cabaña adyacente. La fotografía no era el menor de sus muchos oficios, y su

trabajo era competente. Las copias de las Polaroid que Helm le había transmitido a Hamburgo, aunque difusas y distorsionadas, lo habían lanzado a ese viaje presuroso a través de los continentes. Ahora que veía las reproducciones nítidas y a todo color, la euforia lo sofocaba.

En medio del silencio de los demás, acarició la foto con tanto amor como si fuera el objeto mismo que representaba. Si fuera auténtica, como le indicaba su instinto, ella sola valdría el alto precio en tiempo, dinero y vidas humanas que ya había pagado. Era un tesoro espléndido, tanto como el séptimo papiro que ya había agregado a su colección. La condición y el estado de la estela al cabo de cuatro mil años parecían extraordinarios. La deseaba con una avidez que había sentido pocas veces en su larga vida. Tuvo que hacer un esfuerzo para dejar de lado esa ansia profunda y concentrarse en la tarea que lo aguardaba.

-Ahora bien, si la estela es auténtica, ¿puede decirnos, o mejor dicho, sugerirnos dónde puede hallarse y hacia dónde debemos dirigir la búsqueda?

-Creo que no debemos examinarla aisladamente, Herr von Schiller. Veamos las otras Polaroid que obtuvo el coronel Nogo y que Fräulein Kemper reprodujo tan hábilmente. -Nahoot dejó de lado la foto y seleccionó otra. -Por ejemplo, ésta.

Los otros hojearon sus carpetas hasta encontrar la misma foto que él exhibía.

-Al examinar el fondo de la fotografía, en las sombras detrás de la estela se advierte lo que podría ser la pared de una cueva o gruta. -Miró a von Schiller, quien asintió para alentarlo. -También aparece una especie de puerta de barrotes. -Nahoot dejó la fotografía y tomó otra. -Veamos ésta, tomada de otro ángulo. Creo que se trata de una decoración mural pintada en una pared de yeso o en la roca de una cueva, acaso una tumba excavada. Diría que la tomaron a través de la grilla de la puerta que aparece en la primera fotografía de la estela. El estilo del mural es indudablemente egipcio. En realidad, me recuerda los murales que decoran la tumba de la reina Lostris en el Alto Egipto, donde se hallaron los rollos originales de Taita.

-¡Sí, sí! Prosiga -lo alentó von Schiller.

-Muy bien. Si tomamos la puerta de barrotes como común denominador, podemos suponer con fundamento que la estela y los murales se encuentran en la misma cueva o tumba.

-En ese caso, ¿tenemos algún indicio sobre el lugar donde Quenton-Harper tomó estas Polaroid? -Von Schiller fruncía el entrecejo al mirarlos de a uno por vez. Todos trataban de evitar su mirada hostil y penetrante.

-Coronel Nogo -prosiguió von Schiller mirándolo fijamente-, éste es su país. Conoce el terreno al milímetro. Escuchemos su opinión.

El coronel Nogo meneó la cabeza:

-Este hombre, este egipcio -dijo con desdén-, se equivoca. Lo que se ve en las fotografías no es una tumba egipcia.

-Cómo se atreve -dijo Nahoot con furia-. ¿Qué sabe usted sobre egiptología? Hace veinticinco años que...

-Silencio -dijo von Schiller perentoriamente-. Déjelo hablar. -Miró a Nogo: -Siga, coronel.

-Es verdad que no sé nada sobre tumbas egipcias, pero estas fotografías fueron tomadas en una iglesia cristiana.

-¿Cómo puede estar tan seguro? -preguntó Nahoot, disgustado porque su autoridad estaba en tela de juicio.

-Permítame decirle que hace quince años me ordené sacerdote. Posteriormente mi desilusión con el cristianismo y todas las religiones me llevó a abandonar la Iglesia y seguir la carrera militar. Lo digo para que comprendan que no hablo en balde. -Miró a Nahoot con una sonrisa arrogante y maliciosa. -Volvamos a la primera fotografía. En la pared del fondo, cerca del rincón de la grilla, se divisa el croquis de una mano humana y un pez estilizado. Son símbolos de la Iglesia copta. Se los ve en todas las iglesias y catedrales del país.

Todos miraron sus copias de la fotografía, pero nadie se atrevió a formular una opinión hasta que von Schiller dio la suya.

Librodot

-Tiene razón -susurró el alemán-. La mano y el pez están ahí.

-Pero le aseguro que los jeroglíficos en la estela, los murales y el sarcófago de madera son egipcios -dijo Nahoot con vehemencia-. Me juego la vida a que es así.

Nogo meneó la cabeza:

-Sé lo que digo...

Von Schiller los hizo callar con un gesto mientras meditaba sobre el problema. Finalmente tomó una decisión:

-Coronel Nogo, muéstreme en la fotografía satelital el campamento de Quenton-Harper donde obtuvo las Polaroid.

Nogo se paró y bordeó la mesa para pararse junto a von Schiller. Se inclinó sobre la fotografía y señaló un punto cercano a la confluencia del río Dandera con el Nilo. La fotografía pertenecía a Quenton-Harper; la habían hallado durante la incursión al campamento. Varios puntos estaban señalados con marcador de colores, seguramente por el inglés.

-Aquí, señor. Como ve, Quenton-Harper señaló el lugar con un círculo verde.

-Ahora muéstreme dónde está la iglesia copta más cercana.

-Aquí mismo, Herr von Schiller. Quenton-Harper la señaló con tinta roja. Está a unos mil quinientos metros del campamento. El monasterio de San Frumencio.

-Pues bien, ahí tienen la respuesta -dijo von Schiller sin dejar de fruncir el entrecejo-. Símbolos coptos y egipcios en un mismo lugar. El monasterio.

Lo miraron atónitos. Nadie se atrevió a formular una objeción.

-Quiero que registren ese monasterio -susurró-. Quiero que examinen cada recinto, cada pared milímetro a milímetro. -Se volvió hacia Nogo. -¿Puede entrar con sus hombres?

-Por supuesto, Herr von Schiller. Tengo un hombre de confianza en el monasterio, un monje que está en mi nómina. Además, en el Gojam rige la ley marcial y yo soy el comandante. Tengo plenos poderes para buscar rebeldes, disidentes y bandidos donde yo sospeche que los ocultan.

-¿Sus hombres entrarán en una iglesia a cumplir con su deber? -terció Helm-. ¿Tiene usted, algún reparo por razones religiosas? Tal vez sea necesario... cómo decirlo... profanar un recinto sagrado.

-Como dije antes, he renunciado a la religión en favor de valores más mundanos. Será un placer destruir los nefastos símbolos de superstición que sin duda encontraré en el monasterio de San Frumencio. En cuanto a mis hombres, escogeré a musulmanes y animistas, enemigos de la Cruz y de todo lo que representa. Yo mismo los conduciré. Le aseguro que no habrá dificultades en ese sentido.

-¿Qué explicaciones dará a sus superiores en Addis Abeba? No quiero aparecer inmiscuido en sus acciones en el monasterio -dijo von Schiller.

-El alto mando en Addis me ha ordenado adoptar todas las medidas posibles contra los rebeldes disidentes que se ocultan en la quebrada del Abbay. Puedo justificar un allanamiento del monasterio.

-Quiero esa estela. La quiero cueste lo que costare. No sé si soy claro, coronel.

-Perfectamente claro, Herr von Schiller.

-Como sabe, soy generoso con los que cumplen mis deseos. Si me la trae en buen estado, recibirá una recompensa digna. Puede contar con el señor Helm para toda la ayuda que necesite, incluso con equipo y personal de Pegaso.

-Si podemos usar el helicóptero, ahorraremos mucho tiempo. Puedo ir con mis hombres mañana mismo y si la piedra está en el monasterio, se la entregaré mañana por la noche.

-Excelente. Lleve al doctor Guddabi. El debe registrar el lugar en busca dé otros objetos valiosos y traducir toda inscripción o grabado que encuentren en el monasterio. Por favor, déle un uniforme militar. Debe parecer uno más de sus hombres. No quiero aparecer envuelto en eventuales recriminaciones.

-Partiremos mañana a primera luz. Me ocuparé inmediatamente.

Tuma Nogo hizo una venia militar a von Schiller y salió afanoso de la cabaña.

Aunque nunca había entrado en el qiddist ni en el maqdas, el coronel Nogo había concurrido muchas veces al monasterio de San Frumencio. Por consiguiente, tenía plena conciencia de la magnitud de la tarea que lo aguardaba, así como de la reacción probable de monjes y feligreses ante su ingreso intempestivo en los recintos. Además, conocía muchas otras catedrales troglodíticas similares a ésa en todo el país. Lo habían ordenado en la célebre catedral de Lalibelela, y sabía que esas conejeras subterráneas solían ser verdaderos laberintos.

Calculó que necesitaría por lo menos una veintena de hombres para ocupar y allanar el monasterio y defenderse de los ataques indignados de los monjes encabezados por su abad. Eligió a sus hombres personalmente. Ninguno era melindroso.

Dos horas antes del alba, los hizo formar dentro del perímetro de seguridad de Pegaso bajo el resplandor de los reflectores y les dio instrucciones. Luego, para asegurarse de que no había malentendidos, hizo que cada hombre repitiera sus órdenes. Para terminar, inspeccionó sus armas y pertrechos minuciosamente.

Tuma Nogo no se hacía ilusiones sobre el peligro que significaba la actitud de Herr von Schiller hacia él por haber permitido que el inglés y la egipcia escaparan de sus manos, ni sobre las consecuencias que le traería un nuevo fracaso. En el escaso tiempo transcurrido desde que había sido presentado a Gotthold von Schiller, Nogo aprendió a temerlo como nunca había temido a Dios ni al diablo en su época de sacerdote. Comprendió que esa incursión le daba la oportunidad de congraciarse con el temible hombrecillo alemán.

El Jet Ranger y su piloto aguardaban con el motor en marcha y los rotores girando lentamente, pero no podía transportar semejante cantidad de hombres pertrechados. Debería realizar cuatro viajes de ida y vuelta para llevarlos a todos al punto de reunión en la quebrada. Nogo fue en el primer vuelo, llevando consigo a Nahoot Guddabi. El helicóptero los dejó a tres kilómetros y medio del monasterio, en el mismo claro junto al río Dandera desde donde habían lanzado la incursión sobre el campamento de Quenton-Harper.

Había elegido ese lugar para que el ruido del motor del Jet Ranger no alarmara a los monjes. Aunque lo oyeran, Nogo confiaba en que no lo considerarían una amenaza para ellos, ya que estarían habituados a las incursiones frecuentes del aparato.

Los hombres aguardaron en la oscuridad, en silencio y sin fumar por expresa prohibición de Nogo mientras el Jet Ranger transportaba al resto de la tropa. Después del último vuelo, Nogo dio la orden de marchar y el pelotón formó en fila india para tomar la senda junto al río. Todos eran veteranos de la guerra en el monte y estaban en óptimas condiciones físicas. Sólo que antes de recorrer el primer kilómetro, Nahoot, el burgués fofo, empezó a jadear y a implorar un descanso. Nogo sonrió malévolamente para sus adentros al oír las súplicas patéticas del egipcio, forzado a marchar por los hombres que lo seguían.

Nogo había escogido para la incursión la hora de maitines y laudes, al amanecer. Impuso paso de trote para descender la escalera del precipicio. Llevaban los fusiles en posición terciada y todo el equipo estaba acolchado para evitar crujidos y chasquidos. Las suelas de goma de los borceguíes de comandos hacían poco ruido sobre las lajas al cruzar rápidamente los claustros desiertos hacia la catedral subterránea.

Desde el interior resonaba la monótona melopea de la ceremonia marcada a intervalos regulares por el contrapunto más agudo de la voz del abad al presidir la ceremonia. El coronel Nogo se detuvo frente a la puerta y a su espalda sus hombres formaron de a dos en fondo. Las órdenes eran innecesarias porque sus instrucciones contemplaban todos los aspectos de la incursión. Echó una mirada a la tropa e hizo una señal al teniente.

La cámara exterior de la catedral estaba desierta; los monjes estaban reunidos en el qiddist, la cámara central. Nogo cruzó la nave exterior rápidamente, seguido por el pelotón. Trepó los escalones hacia las puertas abiertas del qiddist. Al entrar, la tropa se desplegó en

dos filas que se apostaron rápidamente a lo largo de las paredes laterales del recinto, con los fusiles de asalto preparados para disparar, las bayonetas caladas, apuntando a los monjes genuflexos.

El operativo se realizó tan rápida y sigilosamente que pasaron varios minutos antes de que los monjes advirtieran esa presencia extraña en su recinto sagrado. La salmodia y el redoble de los tambores se desvanecieron lentamente, y los rostros morenos se volvieron asustados hacia las hileras de hombres armados. El anciano abad Jali Hora fue el único que no se dio cuenta de nada. Absorto en sus oraciones, arrodillado frente a las puertas del maqdas, el sanctasanctórum, elevaba su voz trémula como el lamento de un alma en pena.

En medio del silencio, el coronel Nogo marchó por el centro de la nave, apartando a los monjes a puntapiés. Aferró el frágil hombro negro de Jali Hora y arrojó al abad al suelo. La corona de oropel voló de la cabeza canosa y rodó ruidosamente sobre las piedras.

Nogo dio la espalda al abad caído y se volvió para mirar a los monjes enfundados en sus shammas blancos. Les habló imperiosamente en amhárico:

-He venido a allanar esta iglesia y los demás edificios del monasterio bajo la sospecha de que aquí se alojan rebeldes disidentes y otros malhechores. -Hizo una pausa para contemplar a los sacerdotes temerosos con aire soberbio y amenazador. -Les advierto que cualquier intento de impedir que mis hombres cumplan con su deber será considerado como un acto ilegal y de provocación. Será reprimido por la fuerza.

Jali Hora se alzó sobre sus rodillas, aferró uno de los tapices bordados y se incorporó lentamente. Sin soltar el tapiz de la Virgen y el Niño, tomó aliento con esfuerzo.

-Este es un recinto sagrado. -Su voz clara y enérgica sorprendió a todos. -Estamos consagrados al servicio y la adoración de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

-¡Silencio! -vociferó Nogo. Desabrochó la cartuchera de lona que llevaba en el cinto y puso la mano sobre la culata de la pistola Tokarev.

Jali Hora no hizo caso de la amenaza.

Somos hombres de Dios en la casa de Dios. Aquí no hay shufta. No hay malhechores entre nosotros. En el nombre del Altísimo, les ordeno que se retiren, que nos dejen con nuestras oraciones, que no profanen...

Con un solo gesto de revés, Nogo desenfundó la pistola y estrelló el caño de acero negro en la cara del abad. La boca de Jali Hora estalló como la cáscara de una granada madura; el jugo rojo fluyó de sus labios rotos y cayó sobre sus vestiduras andrajosas de terciopelo. De las filas de monjes acuclillados se alzó un gemido colectivo de horror.

Aferrado al tapiz, Jali Hora seguía en pie, pero se hamacaba y bamboleaba violentamente. Abrió su boca destrozada para hablar, pero sólo pudo emitir un graznido agudo como el de un cuervo moribundo y la sangre se esparció de sus labios en gotas brillantes.

Nogo rió y le dio una patada detrás de las rodillas. Jali Hora cayó como una pila de ropa sucia y quedó tendido en un charco de su propia sangre y saliva, gimiendo suavemente.

-¿Dónde está tu dios, viejo idiota? Llora todo lo que quieras, que no te responderá -dijo Nogo con una risa burlona.

Con su pistola hizo un gesto al teniente, que estaba en el otro extremo de la iglesia. Seis hombres se quedaron atrás para vigilar a los monjes, cuatro en la entrada y uno en cada pared lateral. Los demás formaron y lo siguieron hasta la entrada del maqdas.

Las puertas estaban atrancadas. Nogo sacudió el viejo candado con impaciencia.

-¡Ábrelo inmediatamente, viejo cuervo! -rugió a Jali Hora, que gemía y sollozaba en el suelo. El teniente meneó la cabeza.

-Está demasiado senil. Ha perdido el juicio, mi coronel. No entiende la orden.

-Entonces, rómpala. No, no perdamos tiempo. Dispare al candado. La madera está podrida.

Al instante el teniente se paró frente a la puerta e indicó a sus hombres que se apartaran. Apuntó el AK-47 al dintel de la puerta de madera y disparó una ráfaga larga.

Se alzó una nube de polvo, astillas de madera y piedra, y otras astillas cayeron sobre las lajas. El ruido de los disparos y el silbido de los rebotes era ensordecedor en el recinto

estrecho del qiddist. Los monjes gimieron, aullaron y se taparon ojos y oídos. El teniente dio un paso atrás. La aldaba y la armella negra colgaban inclinadas y la madera estaba acribillada.

-¡Derríbenla! -ordenó Nogo. Al instante, cinco hombres corrieron a empujar la puerta derrengada con sus hombros. Se alzó un crujido de maderas quebradas, y los monjes empezaron a gritar. Algunos se cubrieron los rostros con las faldas de sus shammas para no presenciar el sacrilegio; otros abrieron profundos surcos sanguinolentos en sus mejillas con sus propias uñas.

-¡Otra vez! -rugió Nogo. Una vez más, sus hombres atacaron la puerta al unísono. El candado saltó del cerrojo; abrieron la gran puerta de par en par y contemplaron el interior tenebroso del maqdas. El recinto estaba apenas iluminado por un par de lámparas de aceite.

Bruscamente amedrentados por el carácter sagrado del recinto aunque no eran cristianos, todos se detuvieron en el umbral. Lo mismo hizo Tuma Nogo, a pesar de sus bravatas de ateo.

-¡Nahoot! -Miró sobre su hombro al egipcio exhausto y sudoroso. -Ahora te toca a ti. Herr von Schiller te ordenó que encontraras lo que buscamos. Ven aquí.

Nahoot se acercó, Nogo lo tomó del brazo y lo obligó a cruzar el umbral:

-Adelante, seguidor del Profeta. La Trinidad de los dioses cristianos no puede hacerte mal.

Siguió a Nahoot al interior del maqdas e iluminó el interior del pequeño recinto con su linterna. El haz barrió los anaqueles cargados de ofrendas, despertó destellos en los vidrios y las piedras preciosas, en los objetos de bronce y oro y plata. Se detuvo en el altar de cedro, iluminó la corona de la Epifanía y los cálices, se reflejó en la bandeja de la eucaristía y en la gran cruz copta de plata.

-Detrás del altar -exclamó Nahoot, agitado-. ¡La puerta de barrotes! Aquí tomaron las Polaroid.

Se apartó del grupo en el umbral y atravesó el recinto a la carrera. Aferró los barrotes y miró entre ellos como un condenado a perpetua.

-Es la tumba. ¡Traigan una luz! -Su voz era un alarido frenético.

Nogo corrió hacia él, rozando al pasar la tela damasquinada que cubría la piedra del tabot. Iluminó el interior a través de los barrotes.

-Por la dulce compasión de Dios y el aliento eterno de su Profeta. -La voz de Nahoot descendió de un alarido a un susurro. -Son los murales del escriba. Esto es obra del esclavo Taita.

-Como Royan antes que él, reconoció al instante el estilo y la ejecución. Las pinceladas identificaban a Taita, y su talento sobrevivía al paso del tiempo.

-¡Abran la puerta! -exclamó Nahoot en tono imperioso y estridente.

-¡Soldados! -ordenó Nogo, y todos se arracimaron en torno de la antigua estructura para arrancarla de la pared de la caverna por la fuerza. Advirtió al instante que era inútil y les ordenó que cesaran. -Registren los cuartos de los monjes -dijo al teniente-. Busquen herramientas.

El subalterno salió rápidamente, seguido por la mayoría de los soldados. Nogo se apartó de la puerta de barrotes para estudiar el interior del maqdas.

-¡La estela! -gruñó-. Herr von Schiller quiere esa piedra más que cualquier otra cosa. -El haz de su linterna recorrió lentamente el recinto.

-¿Desde qué ángulo tomaron la Polaroid...

Bruscamente se interrumpió: el haz se había detenido en la piedra del tabot cubierta por la tela damasquinada, sobre la cual reposaba el tabernáculo con su funda de terciopelo.

-¡Sí -exclamó Nahoot a su espalda-. Eso es.

Tuma Nogo cruzó el recinto rápidamente, aferró el borde de la tela orlada con oro y la apartó de un tirón. El tabernáculo era un cofre sencillo de madera de olivo lustrado por el roce de manos sacerdotales a lo largo de los siglos.

-Supersticiones primitivas -murmuró con desdén. Alzó el cofre con las dos manos y lo arrojó contra la pared. La madera se hizo astillas y saltó la tapa. Varias tablas de arcilla

grabadas con inscripciones se desparramaron sobre las lajas, pero ni Nogo ni Nahoot prestaron atención a los objetos sagrados.

-Descúbrala -lo animó Nahoot-. Descubra la piedra.

Nogo tironeó de la tela damasquinada, pero un borde quedó atrapado en la arista del pilar. Tironeó otra vez con todas sus fuerzas y la vieja tela podrida se rasgó con un crujido suave.

La estela tallada, el testamento lapidario de Taita, quedó a la vista. Impresionado a pesar suyo por el descubrimiento, Nogo retrocedió sin soltar la tela desgarrada.

-Es la piedra de la fotografía -susurró-. Lo que Herr von Schiller nos ordenó que encontráramos. Somos ricos.

Sus palabras codiciosas rompieron el embrujo. Nahoot se precipitó hacia la piedra, se arrodilló frente a ella y la abrazó con toda el ansia de un amante largo tiempo rechazado. Sollozaba suavemente; Nogo observó atónito las lágrimas que surcaban sus mejillas sin que él hiciera el menor intento por contenerlas. Él sólo pensaba en la recompensa que podría obtener. No comprendía que un hombre pudiera anhelar de tal manera un objeto inanimado, y en particular un pilar de piedra común y corriente.

Seguían en esa posición, Nahoot prosternado ante la estela y Nogo mirándolo en silencio, cuando el teniente volvió a la carrera. Traía un pico oxidado con mango tosco de madera. Su entrada despertó a los dos de su trance.

-¡Derriben la puerta! -ordenó Nogo.

Aunque era antigua y la madera era quebradiza, varios hombres tuvieron que turnarse en sus esfuerzos hasta arrancar los puntales de sus cimientos en la roca.

Por fin el pesado portón se inclinó hacia adelante. Los trabajadores se apartaron rápidamente y la grilla cayó pesadamente sobre las lajas. Al hacerlo, alzó una nube de polvo rojo que amortiguó la luz de las lámparas y la linterna.

Nahoot se adelantó a todos. Atravesó el remolino de polvo y nuevamente cayó de rodillas junto al viejo ataúd de madera apolillada.

-La luz -exclamó impaciente. Nogo lo siguió al interior e iluminó el ataúd con su linterna.

Los retratos del hombre, tanto en la tapa como en los costados, eran tridimensionales. Evidentemente, el artista era el mismo que había pintado los murales. El estado del retrato de la tapa era magnífico. Mostraba a un hombre en la plenitud de su vida. Su rostro fuerte, soberbio, de soldado o campesino, tenía una expresión serena e inmutable. Era un hombre apuesto, de gruesas trenzas rubias, pintado con gran destreza por alguien que probablemente lo había conocido y amado. El artista había sabido representar su carácter y sus virtudes principales.

Nahoot alzó la vista del retrato a la inscripción en el muro de la tumba. La leyó en voz alta y, nuevamente con los ojos llenos de lágrimas, bajó la vista al ataúd y leyó el cartucho pintado bajo el retrato del general rubio.

-Tanus, señor Harrab -dijo con voz ahogada por la emoción. Tragó y carraspeó ruidosamente. -Esto responde perfectamente a la descripción en el séptimo papiro. Hemos hallado la estela y el ataúd. Son tesoros de valor incalculable. Herr von Schiller estará encantado.

-Ojalá pudiera estar seguro -observó Nogo en tono escéptico-. Herr von Schiller es un hombre peligroso.

-Ha hecho todo a la perfección -le aseguró Nahoot-. Sólo resta sacar la estela y el ataúd del monasterio y llevarlos hasta el helicóptero que los transportará al campamento de Pegaso. Si lo hace, será un hombre rico. Más rico de lo que jamás imaginó.

Ese acicate bastó. Nogo dio órdenes a sus hombres, que se afanaron en torno de la base de la estela en medio de nubes de polvo para arrancar las lajas de su anclaje. Por fin liberaron la base de la estela y entre todos alzaron la piedra de la posición que había ocupado durante casi cuatro milenios.

Sólo cuando la alzaron advirtieron cuánto pesaba la piedra. Aunque era delgada, pesaba

por lo menos media tonelada. Nahoot volvió al qiddist y sin siquiera mirar a los monjes acuclillados, arrancó una docena de gruesos tapices de lana para que los soldados los llevaran al maqdas.

Envolvió la estela y el ataúd en los gruesos pliegues de lana tosca, que era dura como la lona y daba a los hombres que los cargarían un buen asidero. Diez robustos soldados alzaron la estela y otros tres se ocuparon del ataúd de madera y el cuerpo deshidratado que contenía. Quedaban siete hombres con las manos libres para escoltarlos. La procesión con su pesada carga atravesó el portón destrozado del santuario y salió al qiddist central atestado de gente.

Al ver lo que se llevaban, de la congregación de monjes acuclillados se alzó un coro angustiado de voces, lamentos y súplicas.

-¡Silencio! -rugió Nogo-. Hagan callar a estos idiotas.

Los guardias se introdujeron en la masa humana y con patadas, culatazos y gritos trataron de abrir un paso para los cargadores del botín. La gritería se hizo más fuerte, los monjes se alentaban mutuamente con sus aullidos de protesta, frenéticos de furia religiosa. Algunos se pararon en abierto desafío a la orden de permanecer sentados. Rodearon a los soldados, aferraron sus uniformes, salmodiando y bailando a su alrededor en una muestra belicosa de hostilidad creciente.

En medio de la conmoción reapareció la figura espectral de Jali Hora. Su barba y vestiduras estaban manchadas de sangre y en sus ojos enrojecidos había una mirada alucinada. De sus labios rotos y boca golpeada salió un largo alarido. Las hileras de monjes danzantes se apartaron para dejarle paso, y como un espantapájaros animado, con las faldas agitadas en torno de sus piernas flacas, se abalanzó sobre el coronel Nogo.

-¡Atrás, viejo chiflado! -Nogo alzó el caño de su fusil de asalto para mantenerlo a raya.

Jali Hora estaba demasiado extraviado para hacer caso a una amenaza. Sin siquiera mirar adónde iba, se precipitó sobre la punta de la bayoneta que Nogo apuntaba a su vientre.

El filoso acero atravesó las vestiduras de colores chillones y se hundió en la carne debajo de ellas con la misma facilidad con que un arpón penetra en el cuerpo de un pez. La punta de la bayoneta salió por la espalda y atravesó la capa de terciopelo, ya teñida de rosa por la sangre del viejo. Ensartado en el acero, Jali Hora se agitó convulsivamente y de sus labios sanguinolentos salió un alarido terrible.

Nogo trató de liberar su bayoneta, pero la succión húmeda de los intestinos del abad se adhirió al acero. A cada tirón de Nogo, el cuerpo ensartado de Jali Hora se agitaba como una marioneta y sus miembros se sacudían en una danza delirante.

Había una sola manera de liberar la hoja de la bayoneta de semejante trampa. Nogo colocó el selector de fuego del AK-47 en 'disparo único" y apretó la cola del disparador.

Aunque el cuerpo de Jali Hora absorbió parte del ruido, la detonación fue tan atronadora que por un instante acalló a los monjes. El proyectil de alta velocidad recorrió el canal abierto por la hoja. Al avanzar al triple de la velocidad del sonido, generó una onda de choque hidrostático, redujo los intestinos del viejo a una masa informe y licuó su carne. Eliminada la succión que retenía la hoja, la fuerza del proyectil arrojó el cadáver de Jali Hora a los brazos de los monjes que lo seguían.

El silencio tenso, espectral, duró un instante más, pero entonces se alzó un coro de alaridos furiosos de los monjes. Parecían animados por una mente única, un instinto singular. Como una bandada de aves blancas se arrojaron sobre los hombres armados que los habían invadido, ávidos de vengar el asesinato. Inconscientes del peligro, los desgarraron con sus manos, con dedos como garras buscaron sus ojos, aferraron los caños de los fusiles. Algunos tomaron las bayonetas con sus manos, y el acero filoso como una navaja les seccionó músculos y tendones.

Por un instante pareció que los soldados serían abrumados y vencidos por el solo peso del número, pero entonces los cargadores de la estela y el ataúd soltaron sus cargas y alistaron sus armas.

Los monjes estaban tan cerca que no les daban lugar para apuntar, de manera que tuvieron que abrirse un hueco a bayonetazos para poder trabajar. No necesitaban mucho

espacio porque el AK-47 tiene caño corto y mecanismo compacto. La primera ráfaga de fuego automático dirigida a los vientres de los monjes a quemarropa abrió un gran surco entre ellos. Cada proyectil hacía impacto y el plomo atravesaba el pecho de un hombre sin encontrar obstáculo para matar también al que venía detrás.

Todos los soldados disparaban ráfagas sobre las filas apretadas de monjes, rociándolos como jardineros que regaran un macizo de pensamientos blancos. Cada vez que uno vaciaba un cargador de veintiocho proyectiles, lo reemplazaba por otro para seguir disparando.

Ensordecido y confundido por los disparos, Nahoot se guareció detrás de la estela. Miraba a su alrededor sin dar crédito a sus ojos que presenciaban semejante carnicería. Disparado a quemarropa, el 7.62 es un proyectil terrible, capaz de arrancar un brazo o una pierna tan fácilmente como un hacha, pero sin la misma prolijidad. Cuando atraviesa el vientre, eviscera al hombre como si fuera un pez.

Nahoot vio cómo uno de los monjes recibía un disparo en la frente. Su cráneo estalló en una nube de sangre y tejido cerebral, y el fusilero rió al disparar. La locura se había apoderado de todos. Como perros salvajes que han cercado su presa, disparaban, recargaban sus armas y volvían a disparar.

Los monjes en la primera línea de fuego trataron de huir, pero chocaron con los que venían atrás. Se debatieron en un delirio de agonía y terror hasta que la lluvia de balas se abatió sobre ellos, matándolos y mutilándolos, arrojándolos sobre las pilas de hombres muertos o moribundos. Todo el piso del recinto estaba tapizado de muertos y heridos. Los monjes que trataban de escapar de la lluvia mortal bloquearon la puerta con sus cuerpos enfundados de blanco. Entonces los soldados en el centro del qiddist volvieron sus armas contra esa masa humana atrapada. Los proyectiles se hundían en los cuerpos, que se agitaban como troncos de árboles en un vendaval. Ya no había gritos; sólo se oía el tableteo de las armas.

Pasaron varios minutos antes de que la voz de los fusiles se fuera desvaneciendo, y entonces se oyeron los gemidos y sollozos de los heridos. La bruma azulada y el hedor de la pólvora quemada llenaban el recinto. Las risas se acallaron cuando los soldados miraron a su alrededor y comprendieron la magnitud de la carnicería. El piso estaba sembrado de cuerpos, las shammas estaban manchadas con trozos de carne sanguinolenta y las lajas estaban inundadas por una marea roja en la cual las cápsulas servidas brillaban como piedras preciosas.

-¡Alto el fuego! -ordenó Nogo cuando ya todo había pasado-. ¡Al hombro, arr! ¡Recojan la carga y formen! ¡Pelotón, marr!

La voz de mando los devolvió a la realidad. Terciaron sus fui es y se inclinaron para alzar la pesada carga envuelta en tapices. Entonces se tambalearon hacia adelante, patinando en los charcos de sangre, tropezando con cuerpos que se agitaban convulsivamente o yacían inertes. Cruzaron el recinto entre arcadas provocadas por el hedor de la pólvora, la sangre, los vientres y las tripas destrozados.

Cuando llegaron a la puerta y bajaron la escalinata a la nave exterior desierta de la iglesia, Nahoot vio el alivio en los rostros de los veteranos templados en mil batallas al salir del matadero hediondo. Nahoot no pudo soportarlo. El espectáculo superaba sus pesadillas más horrendas.

Se tambaleó hasta una pared lateral de la nave y se aferró a un tapiz de lana; tras una violenta arcada vomitó bilis. Cuando abrió los ojos vio que no estaba solo: un monje herido se arrastraba hacia él sobre las lajas; el proyectil le había atravesado la columna, y al arrastrarse dejaba un rastro viscoso de sangre.

Nahoot chilló y se alejó del monje herido, luego se volvió y huyó de la iglesia, atravesó los claustros sobre la garganta del Nilo, siguiendo a los soldados que subían la escalera de piedra agobiados por su carga. Estaba tan enloquecido de terror que no oyó el helicóptero hasta que apareció directamente sobre su cabeza, suspendido del disco plateado de su rotor.

Gotthold von Schiller apareció en la puerta de la cabaña prefabricada, seguido de cerca por Utte Kemper. El piloto se había anunciado por radio mientras el Jet Ranger estaba en vuelo, de manera que todo estaba dispuesto para recibir su valiosa carga. El helicóptero alzó una nube pálida de polvo al aterrizar en la pista circular. El gran bulto que transportaba envuelto en un tapiz, demasiado largo para poder introducirlo en la cabina, estaba amarrado a los patines de aterrizaje de la máquina. En el instante que los patines rozaron el suelo y el piloto obturó

el motor, una docena de trabajadores a las órdenes de Jake Helm, corrieron a desatar las gruesas sogas de nailon y bajar la carga a tierra. La cuadrilla de obreros vestidos de overol llevó la estela a la cabaña y la introdujo cuidadosamente en el interior. Helm los seguía de cerca, orientando su trabajo con órdenes lacónicas.

En la sala de conferencias habían corrido la mesa larga contra una pared para dejar un amplio espacio en el centro. Allí colocaron la estela con gran cuidado y momentos después trajeron el ataúd de Tanus, el Gran León de Egipto.

Helm despidió rudamente a la cuadrilla y cerró la puerta con llave. Sólo quedaron cuatro en la sala. Nahoot y Helm se arrodillaron junto a la estela, listos para retirar el tapiz de lana. Von Schiller los miraba de pie; Utte estaba a su lado.

-¿Empezamos? -preguntó suavemente Helm, mirando la cara de von Schiller como un perro fiel mira la de su amo.

-Con mucho cuidado -dijo von Schiller con voz ahogada-. No dañen nada. -Su frente brillaba con una pátina de sudor y su cara estaba muy pálida. Utte se acercó en actitud protectora, pero él ni siquiera la miró. Sus ojos estaban clavados en el tesoro puesto a sus pies.

Helm abrió su navaja y cortó las sogas con borla que aseguraban el envoltorio. Los jadeos de von Schiller se volvieron más fuertes, y roncos como los de un paciente terminal de enfisema.

- Sí, sí jadeó-. Así se hace.

Utte Kemper miraba su cara. Siempre se ponía así cuando agregaba una pieza importante a su colección de antigüedades. Parecía estar al borde de un infarto, un ataque cardíaco fulminante, pero ella sabía que tenía un corazón de buey.

Helm hizo una cuidadosa incisión en la tela cerca del extremo superior del pilar. Allí introdujo la hoja de su navaja y la hizo correr lentamente hacia la base como un cierre de cremallera. La hoja era filosa y al rasgar la tela ponía al descubierto la piedra grabada con inscripciones.

El sudor bañó la cara de von Schiller como un rocío y empezó a gotear de su mentón al pecho de su camisa parda de monte. Al ver los jeroglíficos, gimió suavemente. Utte lo miraba y se excitaba a su vez. Sabía qué esperar de él cuando caía en semejantes paroxismos de emoción.

- Mire, Herr von Schiller -dijo Nahoot. Se arrodilló y con la yema de un dedo trazó el borde de la figura de un halcón con el ala quebrada. -Esta es la firma del esclavo Taita.

-¿Es auténtica? -El resuello de von Schiller, silboso y asmático, era el de un hombre muy enfermo.

- Sí, lo es. Lo garantizo con mi propia vida.

- Mire que podría llegar a reclamársela -le advirtió von Schiller. Sus ojos tenían el brillo duro del zafiro pálido.

-Esta columna tiene casi cuatro mil años -insistió Nahoot con vehemencia-. Este es el auténtico sello del escriba. -Tradujo con fluidez de los grupos de figuras, mientras su rostro resplandecía con fervor casi místico-: "Anubis, el de cabeza de chacal, el dios de los cementerios, sostiene en sus patas la sangre y las vísceras, los huesos y los pulmones y el corazón que son mis partes separadas. Las mueve como las piedras del tablero del bao, mis miembros le sirven de fichas, mi cabeza es el gran toro del tablero largo..."

- ¡Basta! -exclamó von Schiller perentoriamente-. Ya habrá tiempo para eso. Ahora

Librodot

salgan de aquí. Déjenme. No vuelvan sin que los llame.

Desconcertado, Nahoot se paró rápidamente. No esperaba que lo echaran de manera tan brusca en el momento de su triunfo. Helm le hizo una seña y los dos fueron hacia la puerta.

- Helm -ordenó von Schiller con voz ahogada-, asegúrese de que nadie me moleste.

- Por supuesto, Herr von Schiller. -Miró a Utte Kemper y alzó las cejas.

- No -dijo von Schiller-. Ella se quedará conmigo.

Los dos salieron del cuarto y Helm cerró la puerta. Utte cruzó el salón y giró la llave en la cerradura. Luego se volvió hacia von Schiller con las manos tomadas atrás y apoyó la espalda contra la puerta.

Sus senos, altos y turgentes, estaban muy erguidos. A través de la delgada tela de algodón de la blusa se veían claramente los pezones, duros como piedras.

-¿La vestimenta? -preguntó-. ¿Me pongo la vestimenta?

- Sí, la vestimenta -susurró él.

La secretaria cruzó el salón y se encerró en el cuarto privado. Apenas salió, von Schiller empezó a desvestirse. Desnudo como vino al mundo, arrojó su ropa a un rincón y se paró frente a la puerta por donde entraría ella.

Bruscamente apareció en la puerta y él soltó una exclamación de asombro al ver su transformación. Llevaba la peluca de gruesas trenzas egipcias y sobre ella el uraeus, la diadema de oro con la cobra sagrada que se alzaba sobre la frente. La corona era auténtica y antiquísima: le había costado cinco millones de marcos.

- Soy la reencarnación de la antigua reina egipcia Lostris -ronroneó-. Mi alma es inmortal. Mi carne es incorruptible.

-Calzaba sandalias doradas de la tumba de una princesa, así como pulseras, anillos y aros hallados en el mismo lugar. Todos eran auténticas reliquias reales.

- Sí -dijo él con un hilo de voz. Estaba lívido como un cadáver.

-Nada puede destruirme. Viviré para siempre -dijo. Su falda diáfana de seda amarilla estaba sujeta por un cinturón de oro y piedras preciosas.

- Para siempre -dijo él.

Su seno estaba desnudo. Sus pechos eran grandes y blancos como la leche. Los alzó con sus manos.

- Han conservado su juventud y lozanía durante cuatro mil años -susurró-. Son tuyos.

Se quitó las sandalias doradas, y sus pies eran delgados y bellos. Abrió el tajo en la falda amarilla para mostrar su vientre. Sus gestos eran lentos y deliberados. Era una buena actriz.

- Esta es la promesa de la vida eterna. -Se llevó la diestra al denso vello púbico del color de la miel.

-Es tuya.

El gimió suavemente y parpadeó para quitarse el sudor de los ojos ávidos.

Meneó las caderas lenta y lascivamente como un áspid al extenderse. Separó los muslos y con sus dedos se abrió los labios de la vulva.

-He aquí el portal de la eternidad. Lo abro para ti.

Von Schiller gimió. Aunque repetido, el rito nunca fallaba. Avanzó hacia ella como un sonámbulo. Su cuerpo era flaco y reseco como el de una momia de mil años. El vello de su pecho era una pelusa plateada, la piel de su vientre estaba surcada de pliegues y arrugas, pero su vello púbico era espeso y oscuro como su cabellera. Su pene era enorme, desproporcionado con el cuerpo flaco del cual pendía. Cuando ella salió a su encuentro, creció y se alzó, y el prepucio marchito se recogió para revelar el enorme glande amoratado.

-Sobre la estela -gruñó-. ¡Ahora! Sobre la piedra.

Le dio la espalda, se arrodilló sobre la piedra y volvió la cabeza para mirarlo sobre su hombro. Sus nalgas eran redondas y blancas como huevos de avestruz.

Helm y sus hombres pasaron la noche en el taller de Pegaso, donde fabricaron los cajones de madera para transportar la estela y el ataúd. Al alba del día siguiente los cargaron en uno de los grandes camiones, acondicionado especialmente con acolchados y soportes del tamaño adecuado.

Por propia decisión, Nahoot realizó el arduo viaje de treinta horas hasta Addis Abeba en el acoplado del camión. Cuando el vehículo polvoriento atravesó el portón de seguridad del aeropuerto, el Falcon de Pegaso ya se encontraba en la pista.

Von Schiller y Utte Kemper habían viajado en el helicóptero de la empresa. El general Obeid los acompañaba. Había venido a desearles buena suerte y feliz viaje.

Mientras cargaban los cajones en el jet, Obeid habló con el funcionario de la Aduana. Este selló los documentos de los dos cajones de "muestras geológicas" y se retiró discretamente.

-La carga está instalada y los motores listos para encendido, Herr von Schiller -dijo el piloto uniformado con una venia.

Von Schiller estrechó la mano de Obeid y subió la escalerilla seguido por Utte y Nahoot Guddabi. Las ojeras de Nahoot eran más grandes y oscuras que de costumbre. El viaje lo había dejado al borde de la extenuación total, pero no iba a permitir que los cajones de madera desaparecieran de su vista.

El Falcon se alzó hacia el diáfano cielo azul sobre las montañas y viró hacia el norte. Momentos después que se apagara el aviso de ajustar cinturones de seguridad, la bella cabeza rubia de Utte Kemper se asomó por la puerta de la cabina.

-Herr von Schiller quiere saber la hora estimada de arribo -dijo al comandante.

. -Calculo aterrizar en Francfort a las veintiuna. Por favor, diga a Herr von Schiller que he anunciado nuestro arribo a la casa matriz para que dispongan que un transporte nos aguarde en el aeropuerto.

El Falcon aterrizó minutos antes de lo anunciado y carreteó hasta el hangar privado. Los altos funcionarios de Aduana e Inmigración eran viejos amigos, siempre presentes cada vez que el jet arribaba con una carga especial. Finalizados los trámites, bebieron una ginebra con Gotthold von Schiller en el bar del Falcon y embolsaron discretamente los sobres colocados en el mostrador junto a sus copas de cristal.

El viaje a las montañas duró el resto de la noche. El chofer de von Schiller siguió el camión carrozado de Pegaso por el camino sinuoso sin perder de vista al camión. A las cinco pasaron los pilares de piedra del Schloss, el parque de los ciervos donde la nieve se alzaba hasta medio metro del suelo. Con sus almenas de piedra negra y sus ventanas finas como agujas el castillo parecía inspirado en la novela de Bram Stoker. A pesar de la hora, el mayordomo y la servidumbre estaban formados para recibir al amo.

También estaban presentes Herr Reeper, el curador de la colección de von Schiller, y sus empleados de confianza para transportar los cajones de madera a la bóveda subterránea. Los cargaron en las barras de acero del camión elevador y acompañaron su descenso en el montacargas especialmente acondicionado.

Mientras descargaban los cajones, von Schiller fue a su suite en la torre septentrional. Se bañó y comió un desayuno liviano preparado por su cocinero chino. Después fue al dormitorio de su esposa. Estaba aún más débil que la última vez. Su pelo estaba totalmente blanco, su rostro demacrado y cetrino. Hizo salir a la enfermera y besó la frente de su esposa con ternura. El cáncer la carcomía lentamente, pero era la madre de sus dos hijos y la amaba a su manera.

Pasó una hora con ella, luego fue a su dormitorio y durmió durante cuatro horas. A su edad no necesitaba dormir más, aunque estuviera extenuado. Trabajó con Utte y otras dos secretarias hasta la media tarde, cuando el curador lo llamó por el teléfono interno de la residencia para anunciar que todo estaba dispuesto en la bóveda.

Von Schiller bajó con Utte y al abrirse las puertas del ascensor, Herr Reeper y Nahoot

los esperaban. Le bastó una mirada para advertir que desbordaban de entusiasmo y buenas nuevas.

-¿Tomaron las radiografías? -preguntó a los hombres que lo seguían por el pasadizo subterráneo de la bóveda.

Los técnicos terminaron su tarea -contestó Reeper-. Un gran trabajo. Las placas son perfectas. Ja, wunderbar!

Von Schiller financiaba la clínica, y todos sus pedidos eran recibidos como órdenes reales. El director había enviado su equipo de rayos más moderno con dos técnicos para tomar radiografías de la momia del señor Hanab, y una jefa de radiología para que interpretara las placas.

Reeper introdujo su tarjeta de plástico en la cerradura de la puerta de acero, que se abrió con un suave siseo neumático. Todos se apartaron para que von Schiller entrara el primero. Se detuvo en la entrada y echó una mirada al interior de la gran bóveda. El placer jamás disminuía. Por el contrario, parecía volverse más intenso en cada visita.

Los muros estaban rodeados por dos metros de acero y hormigón y vigilados por los artefactos electrónicos más ingeniosos creados hasta el momento. Sin embargo, nada de eso aparecía a la vista en el salón principal de exhibición con sus luces suaves y muebles elegantes. Lo había planificado y decorado uno de los diseñadores de interiores más prominentes de Europa. Predominaba el azul. Cada objeto de la colección estaba alojado en su propia vitrina y colocado con gran destreza a fin de aparecer de la mejor manera.

En todas partes había un suave resplandor de oro y piedras preciosas en sus nidos de terciopelo azul oscuro. Focos ingeniosamente disimulados destacaban la pátina del alabastro y la piedra lustrados con amor. Había estatuas maravillosas. Todo el panteón de los viejos dioses estaba allí reunido: Tot y Anubis, Hapi y Set y la gloriosa trinidad de Osiris, Isis y su hijo Horus. Miraban con esos ojos inescrutables que habían contemplado el paso de los milenios.

Sobre una peana temporaria, en el centro mismo de la estancia, se alzaba el objeto recientemente agregado a la extraordinaria colección, la columna alta y elegante del testamento lapidario de Taita. Von Schiller se acercó y lo acarició brevemente antes de pasar al otro cuarto.

Allí se encontraba el ataúd de Tanus, señor Harrab, sobre un par de caballetes. Una radióloga de delantal blanco aguardaba frente a un tablero iluminado al que estaban sujetas las radiografías. Von Schiller fue directamente al tablero y estudió las difusas imágenes. Dentro del marco del ataúd de madera aparecía claramente una figura humana supina con las manos cruzadas sobre el pecho. Le recordó la efigie tallada en piedra sobre el sarcófago de un caballero en el recinto de una catedral medieval.

-¿Qué pudo descubrir acerca de este cuerpo? -preguntó a la radióloga sin mirarla.

-Sexo masculino -contestó lacónicamente-. Avanzada madurez. Mayor de cincuenta y menor de sesenta y cinco años en el momento de morir. Estatura menuda. -Todos contuvieron el aliento y miraron a von Schiller, quien aparentemente no advirtió el solecismo. -Faltan cinco dientes. Un incisivo superior, un canino y tres molares. Las muelas del juicio están dañadas. Hay caries en casi todas las piezas dentales. Señales de esquistosomiasis infecciosa crónica. Posible poliomielitis infantil que causó atrofia en la pierna izquierda. -Relató sus descubrimientos durante cinco minutos más y dijo en conclusión: -La causa de muerte probable es una herida penetrante en el tórax superior derecho causada por una lanza o una flecha. A juzgar por el ángulo de ingreso, la punta habría atravesado el pulmón derecho.

-¿Algo más?

La radióloga titubeó antes de responder:

-Herr von Schiller, como usted recordará, he examinado varias momias por pedido suyo. En este caso, las incisiones practicadas para la evisceración muestran una mayor prolijidad y destreza que en otros cadáveres. Diría que las realizó un médico.

-Gracias. -Von Schiller se volvió hacia Nahoot. -¿Quiere hacer algún comentario a esta altura?

-Sí, que estas descripciones no se corresponden con las de Tanus, señor Harrab, en el momento de su muerte según el séptimo papiro.

-¿En qué sentido?

-Tanus era un hombre alto y mucho más joven. Vea los retratos en la tapa del ataúd.

-Siga -lo instó von Schiller.

Nahoot se acercó a las placas radiográficas y señaló varios objetos oscuros que aparecían nítidos en varias partes del cuerpo.

-Joyas -dijo-. Amuletos. Braceletes. Pectorales. Varios collares. Anillos y aros. Pero lo más significativo -dijo al señalar el círculo que rodeaba la frente muerta- es la corona uraeus. El perfil de la serpiente sagrada debajo de las vendas es inconfundible.

-¿Esto qué significa? -preguntó von Schiller, perplejo.

-Que no es el cuerpo de un plebeyo ni de un noble. Hay demasiados ornamentos, pero lo más significativo es la corona uraeus. La cobra sagrada. Eso era propio de la realeza. Es evidente que estamos ante una momia real.

-Es imposible -dijo von Schiller bruscamente-. Vea la inscripción en el ataúd y recuerde las de los muros de la tumba. Evidentemente es la momia de un general egipcio.

-Con todo respeto, Herr von Schiller, existe una explicación. En el libro del novelista inglés, Río sagrado, se expone la interesante hipótesis de que el esclavo Taita trocó las momias del faraón Mamose y de su buen amigo Tanus.

-¿Por qué razón concebible lo haría? -preguntó von Schiller, incrédulo.

-La razón es concebible para un egipcio antiguo. Taita quería que su amigo disfrutara del tesoro del Faraón en el otro mundo. Fue su último obsequio.

-¿Usted lo cree?

-No lo descreo. Hay otro factor que apoya esta teoría. Las radiografías muestran sin lugar a dudas que el ataúd es demasiado grande para el cuerpo que contiene. A mí me parece evidente que estaba destinado a un hombre más alto. Sí, Herr von Schiller, tengo buenos motivos para creer que es una momia real.

El rostro de von Schiller se había vuelto lívido. Gotas de sudor brillaban en su frente y su voz era ronca y ahogada.

-¿Una momia real?

-Es muy posible.

Von Schiller se acercó lentamente al ataúd sellado sobre los caballetes y contempló el rostro del hombre muerto pintado en la tapa.

-El uraeus de oro de Mamose. Las alhajas de un faraón. -Apoyó una mano temblorosa sobre la tapa. -Si es verdad, esto supera nuestras expectativas más fantásticas.

Inspiró profundamente para serenarse.

-Abran el ataúd. Desenvuelvan la momia del faraón Mamose.

Era una tarea lenta y sumamente minuciosa. Nahoot la había realizado muchas veces, pero nunca con los restos mortales de un personaje tan ilustre como un faraón egipcio. Ante todo debía encontrar la articulación de la tapa debajo de la pintura para poder retirar el barniz y los adhesivos que la sujetaban. Debía tomar enormes precauciones para causar el menor daño posible, ya que el ataúd era un tesoro invalorable. Esa tarea le llevó casi dos días.

Una vez que la tapa estuvo en condiciones de ser alzada, Nahoot hizo llegar un mensaje a von Schiller, que estaba reunido con sus hijos y los directores de la empresa en la biblioteca del castillo. Se había negado a realizar la reunión en la ciudad: no toleraba la idea de abandonar su nuevo tesoro. Apenas recibió el mensaje de Nahoot, aplazó la reunión hasta el lunes siguiente y despidió abruptamente a sus hijos y los miembros del directorio. Sin esperar a que salieran del castillo a donde los aguardaban sus limusinas, bajó presuroso a la bóveda.

Nahoot y Reeper habían instalado un pequeño andamio sobre el ataúd, del cual pendían dos aparejos de roldana. Apenas entró von Schiller, Reeper hizo salir a sus ayudantes. Sólo los tres presenciarían la apertura del ataúd.

Reeper colocó la tarima alfombrada junto a la cabecera para que von Schiller pudiera contemplar el interior del ataúd mientras trabajaban. Desde esa altura, el anciano les indicó con un gesto que continuaran el trabajo. Reeper y Nahoot accionaron suavemente los aparejos, y chasquearon las uñas de los trinquetes al girar de a un diente por vez. Von Schiller se sobresaltó al oír un crujido como el de la madera al desgarrarse.

-Son sólo los últimos restos de la cola que sujeta la tapa -dijo Nahoot para tranquilizarlo.

-¡Adelante! -ordenó von Schiller. La tapa se alzó unos quince centímetros hasta quedar suspendida sobre el ataúd. El andamio estaba montado sobre ruedas de nailon que giraban sin tropiezos sobre el piso cerámico. Apartaron la estructura entera con la tapa incluida.

Von Schiller contempló el interior del cajón con expresión atónita. En lugar de una figura humana, tendida en la tradicional posición fúnebre y prolijamente envuelta en vendas, sólo apareció un lío de vendas de hilo sueltas que ocultaban por completo el cuerpo.

-Qué diablos... -exclamó estupefacto. Extendió el brazo para retirar las viejas vendas descoloridas, pero Nahoot lo detuvo.

-¡No! No toque nada -exclamó, y se apresuró a disculparse-. Perdóneme, Herr von Schiller, pero esto es fascinante. Es una prueba más de la teoría del trueque de cuerpos. Creo que deberíamos estudiarla antes de proseguir. Con su permiso, desde luego, Herr von Schiller.

Von Schiller vaciló. Aunque estaba ávido de descubrir qué había debajo del montón de trapos viejos, comprendía la necesidad de ser cauto y prudente. Un gesto apresurado podía causar daños irreparables. Se enderezó y bajó de la tarima.

-Está bien -gruñó. Sacó un pañuelo del bolsillo exterior de su saco cruzado azul oscuro y secó el sudor que bañaba su frente. -¿Será posible? -preguntó con voz temblorosa-. ¿Puede ser Mamose en persona?

Guardó el pañuelo en el bolsillo del pantalón y descubrió con sorpresa que tenía una erección dolorosa. Con la mano en el bolsillo acomodó su miembro contra su vientre.

-Quiten las vendas sueltas -ordenó.

-Con permiso, Herr von Schiller, creo que antes deberíamos tomar fotografías -dijo Reeper con deferencia.

-Claro, claro -asintió-. Somos científicos, arqueólogos, no ladrones de tumbas. Tomen las fotografías.

Trabajaron lentamente, para su fastidio. En la bóveda no se sentía el paso del tiempo, pero en determinado momento, von Schiller, que ya estaba en mangas de camisa, miró su reloj de oro y advirtió con sorpresa que eran más de las nueve de la noche. Desanudó su corbata, la arrojó sobre el banco donde había colgado el saco y volvió a concentrarse en la tarea.

Poco a poco la forma de un cuerpo humano apareció bajo el bulto compacto de viejas vendas, pero sólo pasada la medianoche Nahoot retiró el último trapo del pecho de la momia. Parpadearon al ver el destello del oro, apenas visible bajo las capas prolijas de vendas colocadas por las manos minuciosas y diestras de los embalsamadores.

-Desde luego que faltan varios ataúdes exteriores, así como las máscaras. Todo esto seguramente se encuentra en el sarcófago original del Faraón que ahora aloja el cuerpo de Tanus en la tumba real aún no descubierta. Aquí sólo tenemos el ropaje interior de la momia real.

Can fórceps largos apartó la primera capa de vendas. Parado en su tarima, von Schiller gruñó y movió los pies.

-El medallón pectoral de la casa real de Mamose -susurró Nahoot con voz reverente. La gran alhaja brillaba bajo la luz de un arco voltaico. Resplandeciente de lapislázuli azul, cornalina roja y oro, cubría íntegramente el pecho de la momia. El motivo central era un

Librodot

buitre que se alzaba con las enormes alas extendidas, y en sus garras llevaba el cartucho dorado del Rey. La ejecución era extraordinaria, el diseño espléndido.

-No hay duda -susurró von Schiller-. El cartucho prueba la identidad del cuerpo.

Luego desvendaron las manos del Rey, tomadas sobre el gran medallón. Los dedos eran largos y finos y cada uno estaba cargado de magníficos anillos. Las manos yertas aferraban el abanico y el cetro reales.

-Los símbolos reales -exclamó Nahoot con júbilo-. Más pruebas de que éste es Mamose VIII, monarca de los remos Alto y Bajo del Egipto antiguo.

Fue a la cabeza aún vendada del Rey, pero von Schiller lo detuvo:

-¡Déjela para el final! -ordenó-. Todavía no estoy preparado para contemplar el rostro del Faraón.

De modo que Nahoot y Reeper volvieron su atención a la parte inferior del cuerpo del Rey. A medida que retiraban una capa tras otra de vendajes de hilo aparecían las decenas de amuletos colocados por los embalsamadores para proteger al muerto. Eran de oro y piedras talladas y cerámica, de colores deslumbrantes y formas maravillosas: todas las aves del cielo y las criaturas de la Tierra y los peces de las aguas del Nilo. Fotografiaron cada amuleto in situ antes de separarlo y colocarlo en un hueco numerado de las bandejas dispuestas sobre la mesa de trabajo.

Los pies del Faraón eran tan pequeños y delicados como sus manos, y en cada dedo llevaba anillos preciosos. Sólo la cabeza seguía vendada, y ambos miraron a von Schiller.

-Es muy tarde, Herr von Schiller -dijo Reeper-. Si quiere descansar...

-¡Sigan! -replicó bruscamente.

Se pararon uno a cada lado de la cabeza de la momia mientras von Schiller permanecía sobre su tarima entre los dos.

Poco a poco la cara del Rey quedó expuesta a la luz por primera vez en casi cuatro mil años. Su pelo era ralo y quebradizo, y aún estaba rojo de la tintura de henna que había usado en vida. Su piel, curtida con resinas aromáticas, se había vuelto dura como el ámbar lustrado. Su nariz era delgada y aguileña. Sus labios dibujaban una sonrisa tierna, casi lánguida, que dejaba expuesto el hueco en su dentadura anterior.

La resina cubría sus pestañas, que parecían húmedas de llanto, y los párpados estaban entrecerrados. Parecía haber vida en ellos; von Schiller tuvo que inclinarse sobre ellos para darse cuenta de que la luz en esas antiguas cuencas era un reflejo de los discos de porcelana colocados por los enterradores cuando embalsamaban el cuerpo.

Sobre su frente el Faraón llevaba la sagrada corona uraeus. La cabeza de la cobra era perfecta en todos sus detalles. El metal blando no había sufrido abrasión ni desgaste alguno. Los colmillos eran filosos y corvos, y entre ellos asomaba la larga lengua bífida. Los ojos eran de brillante vidrio azul. En la banda dorada debajo del áspid sagrado estaba grabado el cartucho real de Mamose.

-Quiero la corona. -La voz de von Schiller estaba trastornada por la pasión. -Quítensela, quiero tenerla en mis manos.

-Tal vez no podamos hacerlo sin dañar la cabeza de la momia real -protestó Nahoot.

-No discuta. Haga lo que le digo.

-Desde luego, Herr von Schiller -dijo Nahoot sumisamente-. Pero nos tomará tiempo separarla. Si Herr von Schiller desea descansar un poco, le informaremos apenas hayamos separado y preparado la corona.

El círculo de oro se había adherido a la resina que impregnaba la frente del Rey. Para despegarlo, Nahoot y Reeper tuvieron que sacar la momia del ataúd y tenderla sobre la camilla hospitalaria de acero inoxidable preparada para ello. Luego tuvieron que ablandar y quitar la resina con solventes especiales. El proceso fue tan prolongado como había previsto Nahoot, pero finalmente lo completaron.

Colocaron el uraeus sobre un cojín de terciopelo azul como si se tratara de una ceremonia de coronación. Atenuaron todas las luces en el salón principal de la bóveda y lo colocaron bajo la luz de un reflector. Luego fueron a la planta alta a informar a von Schiller.

No permitió que los arqueólogos bajaran con él a la bóveda a ver la corona. Sólo Utte Kemper lo acompañaba cuando introdujo la llave en la cerradura y la puerta blindada se deslizó para darle paso.

Lo primero que atrapó su vista al entrar fue la corona deslumbrante sobre su cama de terciopelo.

Empezó a jadear como un asmático, aferró la mano de ella hasta que crujieron los nudillos y la hizo gemir de dolor. Pero el dolor la excitaba. Von Schiller la desvistió, colocó la corona de oro sobre su frente y la tendió desnuda en el ataúd vacío.

-Soy la promesa de la vida -susurró desde el interior del milenario ataúd-. Poseo el rostro deslumbrante de la inmortalidad.

No la tocó. Desnudo, se asomó sobre el cajón; su verga hinchada se alzaba desde su bajo vientre como una criatura con vida propia.

Ella se acarició el cuerpo suavemente, y cuando su mano llegó al monte de Venus recitó muy seria:

-¡Que vivas para siempre!

La corona de Mamose demostró su maravillosa eficacia más allá de toda duda. Gotthold von Schiller jamás había tenido semejante reacción. Porque ante esas palabras, el glande amoratado de su pene hizo erupción espontáneamente, y las hebras plateadas de su semen cayeron sobre el vientre blanco y suave de la mujer.

En el ataúd abierto, Utte Kemper arqueó su espalda y se retorció en un orgasmo abrasador.

Royan tuvo la sensación de que su ausencia de Egipto no había durado semanas sino años. Comprendió cuánto echaba de menos las calles atestadas de gente presurosa, los maravillosos aromas de especias y comida y perfumes en los bazares, la voz plañidera del almuédano que llamaba a los fieles a la oración desde la torre de la mezquita.

Esa mañana salió de su apartamento en Gizeh antes de la primera luz, y puesto que aún le dolía la rodilla inflamada, tuvo que usar su bastón para pasear por la orilla del Nilo. Contempló el amanecer que tendía sobre las aguas del río una senda de oro y cobre y hacía estallar en llamas las velas triangulares de las falúas.

Era un Nilo distinto del que había conocido en Etiopía. No era el Abbay sino el verdadero Nilo, más ancho y más lento que aquél, impregnado del hedor fangoso que conocía y amaba. Descubrió que la determinación que la había impulsado a volver era más fuerte que nunca. Resolvía sus dudas, calmaba su conciencia. Al apartarse del río se sintió fuerte, segura del camino que debía recorrer.

Visitó a la familia de Duraid. Tenía que disculparse por su partida abrupta, su ausencia larga y sin noticias. Al principio su cuñado se mostró frío y tenso. Pero después de que su esposa lloró y abrazó a Royan y sus hijos la tomaron por asalto -siempre había sido su ammá más querida- acabó por ceder y ofreció llevarla al oasis. Cuando explicó que quería visitar la tumba a solas, se ablandó lo suficiente para prestarle su dilecto Citroén.

Parada junto a la tumba de Duraid, el aroma del desierto impregnó sus fosas nasales y la brisa tibia agitó su pelo. Duraidamaba el desierto. Le alegraba que en lo sucesivo estaría allí. La lápida era sencilla y tradicional: la cruz, el nombre, las fechas de nacimiento y muerte. Se arrodilló junto a la tumba y la aseó, reemplazó las flores marchitas y secas por las que había traído desde El Cairo.

Se sentó a su lado durante un largo rato. No recitó palabras prefabricadas. Simplemente rememoró los buenos momentos de serenidad con él. Recordó su bondad y su ternura, y la seguridad y calidez de su amor por ella. Le dolía no haber sentido lo mismo por él, pero sabía que Duraid lo había comprendido y aceptado.

Ojalá comprendiera por qué había vuelto a verlo. Era una despedida. Venía a decirle adiós. Había llorado por él, siempre lo recordaría y lo llevaría en su corazón, pero debía seguir su camino. El debía dejarla partir. Cuando por fin salió del cementerio, se alejó sin mirar atrás.

Bordeó la orilla sur del lago para evitar la villa incendiada; no quería recordar la noche de horror en que había muerto Duraid. Por eso anochecía cuando llegó a la ciudad, y la familia la recibió con alivio. Su cuñado dio tres vueltas alrededor del Citroen en busca de daños y raspaduras antes de acompañarla al interior de la casa donde los aguardaba un banquete preparado por su esposa.

Atalan Abou Sin, el ministro con quien Royan quería hablar, había partido de El Cairo en visita oficial a París. Volvería en tres días, y sabiendo que Nahoot Guddabi no estaba en la ciudad, se sintió libre de temor para pasar largas horas en el museo. Sus muchos amigos la recibieron con placer y la pusieron al tanto de todo lo sucedido durante su ausencia.

Pasó muchas horas en la sala de lectura, repasando los microfilmes de los papiros de Taita en busca de indicios que hubiera pasado por alto en sus lecturas previas. Le llamó la atención un pasaje del segundo rollo, del cual tomó abundantes notas. Ahora que la perspectiva de hallar la tumba del faraón Mamose adquiría visos de realidad concreta, sentía mayor interés que nunca por el posible contenido de ésta.

El pasaje del rollo que le interesó era un relato del escriba Taita sobre la visita real del Faraón a los talleres de la necrópolis donde se fabricaba y acumulaba el tesoro fúnebre dentro de los muros del templo que había mandado construir y donde había dispuesto que lo embalsamaran. Según Taita, habían inspeccionado todos los talleres; en primer término la armería donde se alojaba la colección de pertrechos de la guerra y la caza, y luego la mueblería, fábrica de objetos de exquisita artesanía. En el estudio de los escultores, Taita describía el trabajo en curso para tallar las estatuas de los dioses y las imágenes de tamaño natural del Rey en todas las actividades de su vida, que bordearían la larga calzada desde la necrópolis hasta la tumba en el Valle de los Reyes. En el mismo taller, los trabajadores en piedra también tallaban el gran sarcófago de granito que alojaría la momia del rey para todos los tiempos. Sin embargo, según el relato posterior de Taita, la historia había despojado al faraón Mamose de esa parte de su tesoro, ya que esos objetos abultados quedaron abandonados en el Valle de los Reyes cuando los egipcios huyeron hacia el sur, siguiendo el Nilo, hacia la tierra que llamaban Cush para escapar de la invasión de los hicsos que arrasaba su tierra.

Al concentrarse nuevamente en la descripción del estudio de los orfebres, la impresionó una frase sobre la máscara mortuoria dorada del Faraón. "Era la cumbre y el cenit. Acaso las edades venideras se deslumbren algún día con su esplendor." Como sumida en un ensueño, Royan alzó la vista del microfilm y se preguntó si las palabras del viejo escriba no eran proféticas. ¿Estaba destinada a ser uno de los que se deslumbrarían con el esplendor de la máscara mortuoria de oro? ¿Sería la primera en hacerlo después de cuatro mil años? ¿Podría palpar ese prodigio, tomarlo en sus manos y hacer con él lo que le dictara su conciencia?

Al leer el relato de Taita, pudo comprender los sufrimientos y sentir compasión por la gente de la época. Aunque alejado en el tiempo, era su propio pueblo. Como cristiana copta, descendía directamente de ellos. Ya de niña, al identificarse con ellos, había resuelto dedicar su vida a estudiar a ese pueblo y sus costumbres.

Muchos otros asuntos ocuparon sus pensamientos durante esos días mientras esperaba el regreso de Atalan Abou Sin, entre ellos su afecto por Nicholas Quenton-Harper. Desde que había visitado el pequeño cementerio del oasis y hecho las paces con la memoria de Duraid, los pensamientos sobre Nicholas la acosaban con más fuerza. Tenía tantas dudas que resolver, tantas decisiones difíciles que tomar. La realización de ciertos planes y deseos exigía el sacrificio de otros igualmente imperiosos.

Cuando por fin llegó el momento de ver a Atalan, tuvo que hacer un esfuerzo para concurrir a la cita. Como una persona en trance, atravesó el bazar, cojeando con su bastón, casi sin oír el clamor de los comerciantes que voceaban su mercadería. Por el color de su piel

Librodot

y su vestimenta europea pensaban que era turista.

Titubeó tanto antes de dar el paso irrevocable que llegó a la cita con una hora de retraso. Afortunadamente estaba en Egipto, y Atalan era un árabe para quien la palabra tiempo no tenía el mismo significado que para la occidental que también vivía bajo la piel de Royan.

Se mostró tan encantador y cortés como siempre. En la privacidad de su oficina, vestía un cómodo dishdashá blanco y la toca tradicional. Estrechó la mano de Royan con gran cordialidad. En Londres tal vez le hubiera besado la mejilla; en el Oriente, un hombre jamás besaba a una mujer que no fuera su esposa, y sólo en la intimidad del hogar.

La condujo a su sala de estar privada donde el secretario les sirvió café negro como la pez en pocillos diminutos y permaneció con ellos para guardar las formas. Después de los saludos y la consabida charla informal, Royan pudo encarar de manera indirecta el motivo principal de su visita.

-He pasado varios días en la sala de lectura del museo. Vi a varios antiguos colegas y me enteré con sorpresa de que Nahoot retiró su solicitud para el puesto de director.

-Mi sobrino es un muchacho tan obstinado -dijo Atalan con un suspiro-. El puesto era suyo, pero a último momento me dijo que le habían ofrecido otro en Alemania. Traté de disuadirlo. Le dije que el clima del norte le haría mal a alguien que había pasado toda su vida en el valle del Nilo. Le dije que ningún dinero del mundo compensa ciertas cosas de la vida como la patria y la familia. Pero... -Atalan abrió los brazos en un gesto elocuente.

-¿Y a quién han elegido para el puesto de director? -preguntó con un tono ingenuo que no lo engañó.

-Todavía no hemos tomado una decisión definitiva. Desde que Nahoot retiró su solicitud, no surge ningún nombre de manera espontánea. Tal vez nos veamos obligados a llamar a concurso internacional. Yo lamentaría entregar el puesto a un extranjero, por idóneo que fuese.

-Excelencia, ¿puedo hablarle en privado? -preguntó Royan, y echó una mirada al secretario que permanecía en la puerta, Atalan vaciló apenas un instante.

-Por supuesto. -Hizo un gesto y esperó a que el secretario saliera y cerrara la puerta antes de inclinarse hacia ella. Bajó la voz: -¿De qué desea hablar, querida señora?

Royan salió una hora después. El la acompañó hasta el ascensor frente a su suite. Al estrecharle la mano le dijo con voz suave y meliflua:

-Nos veremos próximamente, inshallah.

Cuando el avión de Egyptair la dejó en Heathrow y Royan salió del edificio aeroportuario para hacer la cola del taxi, tuvo la impresión de que la temperatura era de por lo menos quince grados menor que en El Cairo. El tren llegó a York en un atardecer frío y brumoso. Desde la estación llamó al teléfono que le había indicado Nicholas.

-Muchacha tonta -la regañó-. ¿Por qué no me avisaste? Hubiera ido a esperarte al aeropuerto.

Cuando bajó del Range Rover y fue hacia ella con ese tranco enérgico de sus largas piernas la sorprendió sentir tanto placer al verlo y comprender cuánto lo había echado de menos. Tenía la cabeza descubierta y evidentemente no se había cortado el pelo desde la última vez que lo vio. Estaba revuelto por el viento y las mechas grises caían sobre sus orejas.

-¿Qué tal la pierna? -dijo a modo de saludo-. ¿Quieres que te alce?

-Casi curada. Ya llega el momento de dejar el bastón. -Sintió el impulso de echarle los brazos al cuello, pero a último momento lo reprimió para no dar un espectáculo en público y se limitó a ofrecerle la mejilla, sonrosada por el frío. Olía bien, a cuero y una loción picante y limpia virilidad.

Cuando se sentaron en el auto, se tomó un instante para escrutar su rostro a la luz del

farol de la calle que entraba por la ventanilla lateral.

-Parece muy satisfecha de sí misma, señora. ¿Consiguió lo que buscaba?

-Encantada de ver a viejos amigos. -Sonrió: -La verdad es que El Cairo me tonifica.

-No tengo nada para cenar. ¿Paramos en un pub a comer un bistec y riñones?

-Quiero ver a mi mamá. Me remuerde la conciencia... ni siquiera sé cómo está de la pierna.

-La visité anteayer. Está muy bien. Enamorada del cachorro. Lo llamó Taita, ¿qué te parece?

-Realmente eres tan amable... quiero decir, por tomarte tantas molestias.

-Es queme gusta. Es una vieja excelente, de las que ya no hay. Comamos un bocado, luego compraré una botella de Laphroaig e iremos de visita.

Salieron de la casita de Georgina pasada la medianoche. Ella había hecho justicia a la botella de whisky de malta adquirida por Nicholas, y ahora que los despedía desde la cocina, aferrando al cachorro contra su pecho y agitando un brazo, oscilaba levemente sobre su pierna enyesada.

-Eres una mala influencia para mi madre -dijo Royan.

-¿Quién es la mala influencia para quién? -replicó-. Sus chistes verdes hicieron ruborizar hasta las paredes.

-Debería haberme quedado con ella.

-Taita le hace compañía. A ti te necesito yo. Tenemos muchísimo trabajo. No veo la hora de mostrarte todo lo que hice mientras estuviste de paseo por Egipto.

La casera de Quenton Park le había preparado un dormitorio en el apartamento situado en una calle lateral detrás de la Catedral de York.

Cuando subía la escalera acompañada por Nicholas que llevaba su equipaje, oyó un poderoso ronquido detrás de la puerta de un dormitorio en el segundo descanso, lo miró y alzó las cejas.

-Sapper Webb -dijo-. Nuestra última adquisición. Es un ingeniero militar. Lo conocerás mañana y creo que te gustará. Es pescador.

-¿Y por eso me va a gustar?

-Todos los mejores somos pescadores.

-Excluida esta servidora -dijo con una risita-. ¿Te alojas en Quenton Park?

-Por ahora no muestro la cara en la casona. -Meneó la cabeza. -No quiero que se sepa que estoy en Inglaterra. Hay ciertos tipos de Lloyd's con los que prefiero no hablar. Estaré en la habitación de la planta alta. Llámame si necesitas algo.

A solas, echó una mirada alrededor del dormitorio diminuto y acogedor, con un baño que parecía hecho para una casa de muñecas y la cama matrimonial que ocupaba casi todo el espacio. Recordó su observación de que lo llamara si necesitaba algo y alzó la vista al cielo raso al oír el ruido de un zapato al caer al piso.

-No me tientes -susurró. El olor de él persistía en sus fosas nasales, y recordó la sensación de su cuerpo duro y delgado, húmedo de sudor, apretado contra el suyo al cargarla en la quebrada del Abbay. Hacía años que no pensaba en la avidez y el deseo, palabras que empezaban a adquirir significado en su vida.

"Basta, muchacha", se regañó, y fue a preparar el baño.

A la mañana siguiente, Nicholas aporreó su puerta al bajar.-Arriba, Royan. La vida real nos llama. Todavía estaba oscuro. Ella gimió y preguntó la hora, pero él ya se había alejado y desde algún lugar de la planta baja llegaba su silbido alegre. Miró su reloj y gimió otra vez.

-Silbando a las seis y media de la mañana, después de bajarse una botella de whisky con mamá. Es increíble. Este tipo es un monstruo.

Veinte minutos después, al bajar, lo encontró en la cocina vestido con buzo azul de pescador, vaqueros y un gran delantal de carnicero.

-Sé buenita y prepara tostadas para tres. -Señaló la hogaza junto al tostador eléctrico-. Las omelettes no demoran.

Miró al otro hombre: maduro, de hombros anchos, las mangas dobladas sobre abultados bíceps, calvo como una bala de cañón.

-Hola -dijo-. Soy Royan Al Simma.

-Perdónenme. -Nicholas agitó el batidor de huevos. -Él es Danny... Daniel Webb, Sapper para los amigos.

Danny se paró. En su manaza firme sostenía una taza con café.

-Encantado, señorita Al Simma. ¿Puedo servirle una taza de café? -Tenía pecas en la calva y sus ojos eran de un azul profundo.

-Doctora Al Simma -dijo Nicholas.

-Por favor, llámeme Royan. Y sí, me encantaría una taza de café.

Nadie habló de Etiopía ni del enigma de Taita durante el desayuno. Royan escuchó con respeto una vehemente disertación de Sapper sobre la manera de pescar un pez vela con mosca, mientras Nicholas lo acosaba implacablemente y objetaba cada cosa que decía. Evidentemente tenían una excelente relación; tendría que habituarse a la jerga de los pescadores.

Terminado el desayuno, Nicholas se paró, cafetera en mano.

-Tomen sus tazas y síganme. -Condujo a Royan a la sala de estar. -Tengo una sorpresa para ti. La gente del museo trabajó sin descanso para prepararla.

Abrió la puerta de la sala: "Tarán-tarán "

Sobre la mesa central se alzaba un modelo del dik-dik rayado, coronado con la diminuta cornamenta y cubierto con el pellejo que Nicholas había sacado furtivamente de África. Era tan realista que al acercarse tuvo la sensación de que el animalito saltaría de la mesa para escapar.

-¡Ay, Nicky, qué hermoso trabajo! -Dio una vuelta alrededor para estudiarlo. -Es una obra de arte.

Al verlo, evocó nítidamente el calor y el olor del monte en la quebrada, y en medio de su nostalgia sintió tristeza por la delicada y bella criatura. Los ojos de vidrio parecían reales, y el extremo del hocico estaba húmedo y brilloso como si estuviera a punto de husmear el aire.

-Sí, es espléndido. Me alegro que coincidas conmigo. -Acarició el pellejo terso y suave, y ella decidió que no era un buen momento para aguarle la fiesta. -Apenas resolvamos el enigma de Taita, pienso escribir un trabajo para el Museo de Ciencias Naturales, la misma gente que acusó al bisabuelo de mentiroso. Voy a restaurar el honor de la familia. -Rió y cubrió el modelo con una lona. Lo alzó cuidadosamente y lo llevó a un rincón del cuarto donde no pudieran hacerle daño.

-Esta fue la primera sorpresa, pero ahora viene la más importante. -Señaló el sofá contra la pared. -Siéntate, no quiero que te caigas de traste.

Sonrió ante sus bromas infantiles, pero fue a sentarse en un extremo del sofá con las piernas plegadas debajo del cuerpo. Webb ocupó el otro extremo, lo más lejos posible de ella. Evidentemente, su presencia lo turbaba.

-Hablemos sobre la manera de llegar al fondo de la laguna en el río Dandera -dijo Nicholas-. Sapper y yo no hablamos de otra cosa durante tu ausencia.

-No me digas que no hablaron de pesca también -acotó ella con una sonrisa, y él puso cara de culpable.

-Bueno, todo tiene que ver con el agua. Por eso se justifica. -Ya serio, prosiguió: -Recuerdas que discutimos cómo explorar el fondo de la laguna de Taita con una escafandra y yo te expliqué las dificultades.

-Sí, lo recuerdo. Dijiste que la presión en el pasadizo subterráneo era tan fuerte que deberíamos encontrar otra manera de hacerlo.

-Efectivamente -asintió Nicholas con una sonrisa enigmática-. Bien, Sapper ya se ganó

los abultados honorarios que le he prometido... Insisto, prometido, no pagado. Ha descubierto la manera de hacerlo.

También ella se puso seria. Extendió las piernas, puso los pies en el piso, apoyó los codos sobre las rodillas y el mentón sobre sus manos.

-Me parece que su gran cerebro no dejó lugar para el pelo. Quiero decir que el muchacho sabe pensar. A mí no se me ocurrió ni a ti tampoco, aunque la respuesta estaba delante de nuestras narices.

-Basta, Nicky -lo amenazó-. No empieces otra vez con eso.

-Te daré una pista -dijo en el mismo tono burlón, pasando por alto la advertencia-. A veces, los métodos más antiguos son los mejores. Esa es la pista.

-Eres tan genial que no entiendo cómo no te dieron el premio Nobel -comentó, pero se interrumpió al comprender súbitamente la respuesta-. ¿Los métodos más antiguos? ¿Quieres decir, los de Taita? ¿Llegar al fondo de la laguna como hizo él, sin equipo de buceo?

-¡Albricias! ¡Me parece que lo descubrió! -exclamó Nicholas en una excelente imitación de Rex Harrison.

-Una represa. -Royan palmoteó alborozada. -Proponen instalar una represa en el mismo lugar donde lo hizo Taita hace cuatro mil años.

-¡Lo descubrió! -Nicholas rió-. ¡La chica no es tonta! Muéstrale los planos, Sapper.

Sin tratar de disimular su satisfacción, Sapper Webb fue al tablero instalado frente a ellos. Royan lo había visto, pero no le había prestado atención hasta ese momento en que él le quitó la funda para exhibir con orgullo las ilustraciones sujetas a la madera.

Al instante reconoció las ampliaciones de las fotografías tomadas por Nicholas en la presunta ubicación de la represa de Taita sobre el río Dandera y de otras tomadas en la cantera adonde los había conducido Tamre. Ambas estaban cubiertas de cifras y rayas trazadas con un marcador grueso.

-El mayor me ha suministrado las dimensiones estimadas del lecho del río en este punto y también ha calculado la altura del muro a levantar para desviar el río por su antiguo cauce. Desde luego, he incorporado la posibilidad de errores de cálculo. Pero aunque fueran del orden del treinta por ciento, creo que el proyecto es factible con el escasísimo equipo a nuestra disposición.

-Si los antiguos egipcios pudieron hacerlo, para ti será un paseo, Sapper.

-Le agradezco el concepto, mayor, pero no creo que sea precisamente un paseo.

Se volvió hacia los croquis sujetos al tablero junto a las fotografías. Royan vio que eran planos y relevamientos del proyecto basados en las fotografías y los cálculos de Nicholas.

-Existen varios métodos distintos para construir una represa, pero los más modernos exigen el empleo de hormigón reforzado y equipo de excavación pesado. Entiendo que no disponemos de estos auxilios modernos.

-Piensa en Taita -dijo Nicholas en tono alentador-. Él no usó topadoras.

-Pero los egipcios disponían de una cantidad ilimitada de esclavos, si no me equivoco.

-Puedo prometerte esclavos. Mejor dicho, su equivalente moderno. ¿En cantidad ilimitada? Ejem, difícil.

-Cuanto más mano de obra me consiga, menos tardaré en desviarle el río. Coincidimos en que tenemos que hacerlo antes del comienzo de las lluvias.

-Tenemos a lo sumo dos meses -dijo Nicholas, abandonando su aire despreocupado-. En cuanto a la mano de obra, trataré de obtener la ayuda de la comunidad monástica de San Frumencio. Estoy buscando un buen argumento teológico que los convenza de la necesidad de participar en la construcción de la represa. No me parece que me crean si les digo que según nuestras investigaciones, el Santo Sepulcro no está en Jerusalén sino en Etiopía.

-Déme la mano de obra y le daré la represa -gruñó Sapper-. Como dijo antes, los métodos antiguos son los mejores. Es casi seguro que los antiguos emplearon un sistema de gaviones y ataguías para los cimientos de la represa.

-Perdón -interrumpió Royan-. ¿Qué son gaviones? No tengo título de ingeniero.

-Soy yo quien debe disculparse -dijo Sapper con tosca galantería-. Mire mis planos. -

Señaló el tablero. -Yo estoy convencido de que nuestro amigo Taita hizo tejer grandes canastos de bambú, los llenó de piedras y los hundió en el río. Estos son los que llamamos gaviones. -Señaló el plano. -Después usó tablones para construir muros circulares entre los gaviones, es decir, las ataguías. Estas también se rellenan con tierra y piedras.

-Comprendo el concepto general -dijo Royan, insegura-. Creo que no es necesario que comprenda los detalles.

-¡Exactamente! -Sapper asintió con vehemencia-. Aunque el mayor me asegura que conseguiremos toda la madera necesaria en el terreno, pienso fabricar los gaviones con alambre tejido y emplear la mano de obra para rellenarlos con piedras y escombros.

-¿Alambre tejido? -exclamó Royan-. ¿Dónde piensa conseguirlo en el valle del Abbay?

Sapper iba a responder, pero Nicholas lo interrumpió:

-Ya hablaremos de eso. No seas aguafiestas, deja que Sapper termine su conferencia. Cuéntale a Royan sobre la cantera. Le encantará.

-Aunque he diseñado la represa como estructura temporaria, debemos asegurarnos de que contenga al río durante el tiempo suficiente para que nuestro equipo pueda entrar en el túnel subterráneo de ese lago río abajo...

-Lo llamamos la laguna de Taita -dijo Nicholas, y Sapper asintió.

-Debemos asegurarnos de que la represa no vaya a ceder mientras nuestra gente esté ahí abajo. Imagine las consecuencias si llegará a suceder.

Calló un instante para que se hicieran a la idea. Royan se estremeció y se abrazó.

-No es una perspectiva agradable -asintió Nicholas-. Bueno, ¿usaremos los bloques?

-Efectivamente. Estudié las fotografías de la cantera y pude identificar más de ciento cincuenta bloques de granito terminados o casi terminados. Calculo que combinados con los gaviones de alambre tejido y las ataguías de madera constituirán un cimiento de lo más sólido para el muro principal de la represa.

-Esos bloques pesan muchas toneladas -señaló Royan-. ¿Cómo los trasladará? -Pero cuando Sapper abrió la boca para responder, cambió de opinión: -¡No! No lo diga. Si usted dice que es posible, le creeré.

-Es posible -aseguró Sapper con convicción.

-Taita lo hizo -dijo Nicholas-. Haremos todo a su manera. Creo que eso te gustará. Eres un descendiente suyo, ¿no?

-Tienes razón, sabes. Y de alguna manera extraña me complace. -Sonrió: -Me parece un buen augurio. ¿Cuándo se pone en marcha todo esto?

-Ya está en marcha. Sapper y yo hemos encargado las provisiones y materiales que llevaremos. El alambre tejido para los gaviones ya fue cortado a medida por una pequeña empresa metalúrgica local. Tenían sus máquinas paradas debido a la recesión.

-Yo mismo supervisé el corte y el empaque en el taller -terció Sapper-. La mitad del material ya está embarcado. El resto lo seguirá antes del fin de semana.

-Sapper se irá esta tarde para hacerse cargo del embarque. Tú y yo debemos ocuparnos de algunos trámites de último momento. Lo seguiremos el fin de semana. Recuerda que no esperaba que regresaras tan pronto -dijo Nicholas-. De haberlo sabido, hubiera dispuesto que viajáramos todos juntos a Valletta.

-¿A Valletta? -exclamó Royan desconcertada-. ¿En Malta? Creí que iríamos derecho a Etiopía.

-Jannie Badenhorst opera desde Malta.

-¿Jannie cuántos?

-Badenhorst. Africair.

-No entiendo nada.

-Africair es una empresa de transporte aéreo que posee un viejo Hércules de la Real Fuerza Aérea. Los pilotos son Jannie y su hijo Fred. Operan desde Malta. Es un país pequeño, estable y pragmático, donde no entran la política africana ni la corrupción. Es la puerta a la mayoría de los destinos en el Medio Oriente y el norte de África, donde Jannie y Fred realizan la mayoría de sus vuelos. Se dedican sobre todo al contrabando de bebidas alcohólicas a los

Librodot

países islámicos, donde están prohibidas, claro. Es el Al Capone del Mediterráneo. El contrabando de alcohol es un gran negocio en esa parte del mundo, pero suele aceptar otros encargos. Jannie nos llevó a Duraid y a mí a Libia cuando dimos nuestro paseo por el macizo de Tibesti. Él nos llevará al Abbay.

-Nicky, no quiero ser aguafiestas, pero tú y yo somos personas no gratas en Etiopía. ¿Olvidaste ese pequeño detalle? ¿Cómo te propones entrar?

-Por la puerta de servicio -dijo Nicholas con una sonrisa maliciosa-. Mi viejo compinche Mek Nimmur tiene la llave.

-¿Hablaste con Mek?

-Con Tessay. Creo que es su intermediaria. A Mek le conviene mucho tenerla consigo. Tiene muchos contactos influyentes y puede entrar y salir de Jartún, Addis Abeba y muchos otros lugares donde sería inconveniente o peligroso que apareciera Mek.

-¡Bien! Parece que usaron bien el tiempo -aprobó Royan, impresionada.

-No todos podemos darnos el lujo de unas vacaciones en El Cairo cuando nos da la gana.

-Una pregunta más. -Pasó por alto la pulla, aunque la sonrisa de Nicholas no alcanzaba a disimular el fastidio que le había causado su ausencia. -¿Mek está al tanto del juego de Taita?

-No conoce los detalles. -Nicholas meneó la cabeza. -Pero tiene sus sospechas, y en todo caso puedo confiar en él. -Titubeó antes de proseguir. -Tessay fue muy cauta cuando hablamos por teléfono, pero me dio a entender que hubo un asalto al monasterio de San Frumencio. Masacraron a Jali Hora y treinta o cuarenta monjes, y robaron la mayoría de las reliquias sagradas.

-¡No! -exclamó Royan, angustiada-. ¿Quién lo hizo?

-Los mismos que mataron a Duraid y atentaron tres veces contra ti.

-Pegaso.

-Von Schiller -asintió él.

-Nosotros somos responsables -susurró Royan-. Los condujimos al monasterio. Las Polaroid que nos robaron les indicaron dónde estaban la estela y la tumba de Tanus. No hacía falta ser clarividente para descubrir su origen. Nuestras manos están manchadas de sangre.

-Diablos, Royan, ¿te haces responsable de la locura asesina de von Schiller? No lo permitiré. -El tono de Nicholas era áspero y furioso.

-Nosotros empezamos todo.

-No estoy de acuerdo, aunque es evidente que von Schiller hizo saquear el maqdas de San Frumencio, y que la estela y el ataúd ya están en su colección.

-Ay, Nicky, me siento tan culpable. No pensé que poníamos en peligro a esos cristianos sencillos y devotos.

-¿Quieres cancelar la operación? -preguntó implacable. Lo pensó unos instantes y meneó la cabeza:

-No. Tal vez podamos compensar a los monjes con lo que hallemos en el fondo de la laguna de Taita.

-Eso espero -asintió él con fervor-. No sabes cuánto lo deseo.

El gigantesco cuatrimotor turbohélice Hércules C-Mk1 estaba pintado de un indescriptible color pardo y la matrícula en el fuselaje era borrosa e ilegible. El nombre de Africair no aparecía en ninguna parte del aparato, cuyo aspecto cansino y desvencijado revelaba claramente que tenía más de cuarenta años y bastante más de medio millón de horas de vuelo aun antes de caer en las manos de Jannie Badenhorst.

-¿Esa cosa vuela? -preguntó Royan al contemplar el aparato que yacía abandonado en

un rincón alejado del aeródromo de Valletta. Con su vientre caído, parecía una triste puta en vacaciones forzadas por un embarazo indeseado e inesperado.

-Jannie lo mantiene así a propósito -le aseguró Nicholas-. Vuela por ciertos lugares donde no conviene atraer las miradas codiciosas.

-Estoy segura de que lo consigue.

-Pero tanto Jannie como Fred son ingenieros aeronáuticos de primera. Entre los dos mantienen a Big Dolly en perfecto estado bajo las cubiertas de los motores.

-¿Big Dolly?

-Por Dolly Parton. Jannie es un fanático de la cantante.

El taxi los dejó con sus escasas pertenencias junto a una puerta lateral del hangar. Mientras Nicholas le pagaba, Royan hundió las manos en los bolsillos del anorak y se estremeció en el viento frío del Mediterráneo.

-Ahí viene Jannie. -Nicholas señaló a un hombre robusto de overol pardo engrasado que bajaba por la rampa de carga del Hércules. Al verlos, bajó a la pista de un salto.

-¡Hola, viejo! Empezaba a pensar que no vendrían. -Cruzaba la pista arrastrando los pies. En su juventud había jugado al rugby, y la leve cojera se debía a una antigua lesión.

-Salimos demorados de Heathrow. Los controladores aéreos franceses están de huelga. El placer del turismo internacional -informó Nicholas, y presentó a Royan.

-Pasen, conozcan a mi nueva secretaria -dijo Jannie en tono hospitalario-. Tal vez pueda convencerla de que les sirva un café.

Los hizo pasar por una portezuela abierta en el portón principal al interior tenebroso del hangar. Junto a la entrada había una pequeña oficina con el cartel de Africair y el logotipo de un hacha de guerra alada. Mara, la flamante secretaria de Jannie, era apenas un poco más joven que él. Compensaba su falta de juventud y belleza con un inmenso seno.

-A Jannie le gustan maduras y pechugonas -susurró Nicholas disimuladamente.

Mara les sirvió café mientras Jannie explicaba el plan de vuelo a Nicholas.

-Es bastante complicado -dijo en tono de disculpa-. Te imaginarás que debemos evitar ciertos lugares. En estos momentos no estoy en gracia con Muammar Gadaffi, así que prefiero no entrar en su espacio aéreo. Pasaremos por Egipto, pero sin aterrizar. -Señaló la ruta trazada en los mapas desplegados sobre la mesa.

-Hay problemas en Sudán. Una guerra civil en curso. -Le guiñó un ojo. -Pero el gobierno del norte no está equipado con tecnología de punta en materia de radar. Son sobrantes rusos. Es un territorio inmenso, Fred y yo hemos determinado los puntos ciegos. Evitaremos sus instalaciones militares.

-¿Cuál será el tiempo de vuelo? -preguntó Nicholas. Jannie hizo una mueca:

-Big Dolly no es lo que se dice veloz, y no habrá atajos, como te dije.

-¿Y bien? -insistió.

-Fred y yo instalamos catres y una cocina para que estén cómodos durante el vuelo. Se quitó la gorra y se rascó la frente antes de añadir: -Quince horas.

-¿Big Dolly tiene tanta autonomía?

-Tanques suplementarios. Setenta y un mil kilos de combustible. A pesar de la carga, podemos ir y volver sin reabastecernos. -Se interrumpió al ver que se abrían los enormes portones del hangar para dar paso a un camión. -Ahí están Fred y Sapper.

Jannie bebió el resto del café y abrazó a Mara, quien rió encantada. Su pecho se agitó como la nieve a punto de comenzar un alud.

El camión se detuvo en el fondo del hangar, donde ya había una cantidad de pertrechos y provisiones prolijamente apilados y listos para el estibaje. Fred bajó del camión y Jannie hizo las presentaciones. A pesar de su juventud se parecía a su padre, con una cintura que empezaba a engordar y un rostro ancho y bucólico, más propio de un pastor del Karoo que de un piloto comercial.

-La última carga -informó Sapper al estrechar la mano de Nicholas-. Todo listo para estibar.

,-Quiero decolar antes de las cuatro de la mañana. Así llegaremos a la cita a la mejor

hora mañana a la noche -dijo Jannie-. Tenemos que darnos prisa si hemos de dormir un par de horas antes de la partida. -Señaló las tarimas de estibaje. -Propuse contratar un par de muchachos para ayudar con la carga, pero Sapper no quiso.

-Tiene razón -asintió Nicholas-. Cuantos menos estén enterados, mejor. Al trabajo.

La carga descansaba sobre tarimas de acero, sujeta con gruesas sogas de nailon y redes de estibaje. Había treinta y seis tarimas, cada una con su paracaídas envuelto en lona. Deberían realizar dos vuelos para transportar toda la gran carga hasta África.

Royan cantaba cada rubro del manifiesto de carga mientras Nicholas lo verificaba. Él y Sapper habían planificado la estiba para que el primer vuelo transportara todo lo necesario para iniciar las obras. Una vez que verificó hasta el último detalle, dio la orden a Fred, quien operaba el camión elevador. Fred introdujo las barras en las ranuras de la tarima, luego salió del hangar y subió por la rampa del Hércules.

En la bodega del gran avión, Jannie y Sapper ayudaron a Fred a colocar cada tarima sobre sus rodillos y asegurarla. Lo último que cargaron fue un pequeño tractor de carga frontal. Sapper lo había encontrado en un corralón de York y después de probarlo exhaustivamente lo había calificado de "ganga". Lo condujo por la rampa y luego lo sujetó con todo cuidado.

El tractor constituía casi un tercio del peso total de la carga, pero Sapper lo consideraba esencial para construir el terraplén de la represa en el plazo estipulado por Nicholas. Calculó que necesitaría un conjunto de cinco paracaídas de carga para bajar el pesado tractor a tierra sin dañarlo. El combustible era un problema a resolver. Por eso, la mayor parte de la carga del segundo vuelo era gasoil almacenado en tanques especiales de nailon capaces de soportar el impacto de la caída.

Terminaron el estibaje pasada la medianoche. El resto de la carga aguardaba el retorno de Big Dolly en el fondo del hangar. Era el momento de hacer justicia al banquete de despedida, especialidades de la isla servidas por Mara en la pequeña oficina de Africair.

-Sí, también sabe cocinar -dijo Jannie al abrazarla. Mara le apoyaba los senos en el hombro mientras le servía un gran plato de calamares.

-¡Buen aterrizaje! -brindó Nicholas al alzar su copa de Chianti.

-Ocho horas de la botella a la cabina -se disculpó Jannie al brindar con Coca cola.

Se tendieron vestidos a dormir un par de horas en los catres sujetos a la mampara detrás de la cabina, pero Royan tuvo la impresión de que habían pasado apenas unos minutos cuando la despertaron las voces de los pilotos al realizar la rutina de prevuelo y el silbido de los arranques de los inmensos motores de turbohélice. Mientras Jannie hablaba con la torre de control y Fred carreteaba hasta la cabecera de la pista, los tres pasajeros bajaron de sus catres y se sujetaron a las sillas plegables en el costado de la cabina principal. Big Dolly remontó vuelo hacia el cielo nocturno, las luces de la isla se atenuaron y rápidamente quedaron atrás. Cuando volaban entre los puntos luminosos de las estrellas y el mar sombrío, Royan miró a Nicholas a la luz mortecina de la cabina y sonrió:

-Taita, empezó el último set -dijo con voz embargada por la emoción.

-La única ventaja de actuar tan furtivamente es que tal vez Pegaso tarde un poco en descubrir que hemos vuelto a la quebrada del Abbay -apuntó Nicholas con satisfacción.

-Ojalá tengas razón. -Royan alzó la diestra y cruzó los dedos. -Tendremos bastante que hacer con el enigma de Taita sin que Pegaso vuelva al ataque por el momento.

Me fastidió, hasta el punto de que empezaba a lamentar haberlo contratado. Había avanzado muy poco en el desciframiento de los caracteres grabados en la estela sustraída del monasterio.

Van camino de Etiopía -dijo von Schiller con toda convicción. -¿Cómo puede estar tan seguro, Herr von Schiller? -preguntó Nahoot. Von Schiller lo miró furioso. El egipcio le producía un enor

La traducción en sí no planteaba problemas graves. Von Schiller estaba convencido de que él mismo hubiera podido hacerlo sin ayuda de Nahoot, con el tiempo necesario y el acceso a su gran biblioteca especializada. Pero el texto estaba constituido principalmente por rimas absurdas y dísticos aislados del lugar y el contexto. Una de las caras de la estela estaba casi totalmente cubierta por caracteres y figuras sin relación con el texto de las otras tres.

Pero aunque Nahoot se negaba a reconocerlo, era evidente que se le escapaba el significado subyacente del texto. La paciencia de von Schiller estaba casi agotada. Estaba harto de escuchar las justificaciones de Nahoot, las promesas que nunca cumplía. Todo en él era irritante, desde su voz obsecuente y untuosa hasta sus ojos tristes rodeados de ojeras. Pero lo más exasperante era su hábito de poner en tela de juicio las afirmaciones de Gotthold von Schiller.

-El general Obeid me informó de sus planes de vuelo desde Addis Abeba. Fue fácil para mis hombres descubrirlos cuando llegaron a Inglaterra. Ni Harper ni la mujer son la clase de gente que pasa inadvertida, incluso en una multitud. Mis hombres la siguieron hasta El Cairo...

-Discúlpeme, Herr von Schiller, ¿por qué no la hizo eliminar si conocía sus movimientos?

-Dummkopf! Porque me parece que ella, no usted, es la persona indicada para conducirme a la tumba.

-Pero, señor, yo he hecho...

-No ha hecho nada más que justificarse por su fracaso. Gracias a usted, la estela sigue siendo un enigma -replicó von Schiller con desdén.

-Es muy difícil...

-Por supuesto que es difícil. Por eso le pago tanto dinero. Si fuera fácil lo haría yo mismo. Si en verdad indica cómo llegar a la tumba de Mamose, el escriba Taita quiso que fuera difícil.

-Si se me da un poco más de tiempo, creo que estoy cerca de la clave...

-Se acabó su tiempo. ¿No oyó lo que le dije? Harper va en camino a la quebrada del Abbay. Partieron anoche de Malta en un avión charter con una carga pesada. Mis hombres no pudieron descubrir la naturaleza de la carga, salvo que incluía una pieza para la remoción de tierra, un tractor de carga frontal. Para mí, el motivo es uno solo. Han descubierto la tumba y están a punto de iniciar las excavaciones.

-Podrá eliminarlos apenas lleguen al monasterio -dijo Nahoot con placer-. El coronel Nogo tendrá...

-¿Será posible que tenga que repetirle todo? -chilló von Schiller, y dio un puñetazo sobre la mesa-. Con ellos podemos encontrar la tumba de Mamose. Lo que menos quiero en el mundo es que se les haga daño. -Clavó su mirada furiosa en Nahoot. -Usted volverá a Etiopía inmediatamente. Tal vez allá me resulte útil. Aquí no, en absoluto.

Nahoot parecía disgustado, pero su intuición le indicaba que era peligroso discutir. Escuchó en silencio hosco mientras von Schiller proseguía:

-Irá al campamento y se pondrá a las órdenes de Helm. Obedecerá sus órdenes como si fueran mías. ¿Entendido?

-Sí, Herr von Schiller -murmuró Nahoot, enfurruñado.

-No se meta con Harper y la mujer. Ellos no deben enterarse de su presencia en el campamento. El equipo geológico de Pegaso continuará con sus tareas habituales. -Sonrió fríamente antes de proseguir: -Fue muy afortunado que Helm descubriera indicios muy promisorios de un gran yacimiento de galena, que como usted tal vez sabe, es el mineral del cual se extrae el plomo. Continuará la prospección de esos yacimientos y si los indicios son ciertos, la operación en su conjunto habrá resultado sumamente rentable.

-¿Cuál será mi tarea? -preguntó Nahoot.

-Usted esperará el momento de actuar. Quiero que esté preparado para aprovechar cada paso de Harper. Sin embargo, le dará un espacio amplio para trabajar. No realizará sobrevuelos ni aproximaciones a su campamento que lo pongan sobre aviso. Basta de incursiones a medianoche. Usted no dará un solo paso sin consultarme. Repito, ni un paso sin mi autorización.

-Con semejantes restricciones, ¿cómo voy a enterarme si Harper y la mujer avanzan en su investigación?

-El coronel Nogo tiene un espía en el monasterio; un hombre de su entera confianza. Él seguirá los pasos de Harper y nos informará.

-¿Y yo? ¿Qué tengo que hacer?

-Evaluará la información recolectada por Nogo. Usted conoce los métodos arqueológicos. Sabrá descubrir qué es lo que busca Harper y en qué medida está bien encaminado.

-Comprendo -masculló Nahoot.

-Si pudiera, yo mismo iría a la quebrada del Abbay. Pero es imposible. Harper necesitará tiempo, tal vez varios meses, para lograr avances significativos. Usted sabe mejor que nadie que estos trabajos suelen ser lentos.

-Howard Carter trabajó durante diez años en Tebas antes de hallar la tumba de Tutankamon -señaló Nahoot con malicia.

-Espero que no nos lleve tanto tiempo -dijo von Schiller fríamente-. Si fuera así, me parece muy improbable que usted siga vinculado con la expedición. En cuanto a mí, me espera una serie de negociaciones muy importantes aquí en Alemania, además de la asamblea anual de accionistas de la empresa. No puedo ausentarme.

-¿Quiere decir que no vendrá a Etiopía? -preguntó Nahoot, bruscamente reanimado por la perspectiva de sustraerse a la influencia maligna de von Schiller.

-Iré cuando haya algún descubrimiento que lo justifique. Confiaré en que usted sabrá decidir cuándo será necesaria mi presencia.

-¿Y la estela? Yo debería...

-Continuará la traducción -dijo von Schiller, anticipándose a sus objeciones-. Llevará a Etiopía un juego completo de fotografías y continuará su tarea allá. Una vez por semana me hará llegar vía satélite un informe sobre el trabajo.

-¿Cuándo debo partir?

-Inmediatamente. Si es posible, hoy mismo. Hable con Fraulein Kemper. Ella se ocupará de los trámites.

Por primera vez desde el comienzo de la conversación, Nahoot parecía feliz.

Big Dolly continuaba su lento rumbo hacia el sudeste, y había poco que hacer para combatir el tedio del viaje. Amanecía cuando ingresaron en el continente africano por una playa elegida por Jannie justamente porque era remota y solitaria. El paisaje de tierra era tan monótono como el del mar. En todas las direcciones se extendía el desierto, árido, pardo y uniforme.

De tanto en tanto les llegaba la voz de Jannie que hablaba

con el control aéreo, pero como sólo oían su parte de la conversación, no había manera de identificar la nacionalidad del controlador. En ocasiones Jannie trocaba su inglés áspero por el árabe. Su dominio del idioma sorprendió a Royan, pero siendo afrikaner pronunciaba los sonidos guturales con naturalidad. Incluso sabía imitar los diversos acentos y dialectos egipcios y libios a medida que sus mentiras los iban llevando de un controlador a otro sobre el desierto.

Durante algunas horas, Sapper se concentró en sus planos de la represa. Cuando la falta

Librodot

de medidas precisas del emplazamiento le impidió avanzar más, se tendió en su catre y abrió una novela barata. El infeliz autor no supo retener su atención por mucho tiempo. El libro cayó abierto sobre su cara y las hojas se agitaban con sus poderosos ronquidos.

Nicholas y Royan se sentaron a la mesa con el tablero de ajedrez entre ellos hasta que el hambre los doblegó. Fueron a la cocina improvisada donde Royan cumplió la función subalterna de rebanar el pan y preparar el café mientras Nicholas demostró ser un auténtico artista del sándwich. Llevaron la comida a la cabina y se sentaron detrás de Jannie y Fred.

-¿Estamos en territorio egipcio? -preguntó Royan. Con la boca llena, Jannie señaló el extremo del ala de babor de Big Dolly.

-A cincuenta millas náuticas en esa dirección está Wadi Halfia. Mi padre murió allá en 1943. Combatía con la Sexta División sudafricana. Lo llamaban el Wadi del Diablo. -Mordió un trozo enorme del sándwich-. No conocí a mi viejo. Fuimos una vez con Fred y tratamos de localizar su tumba. -Se encogió de hombros en un gesto por demás elocuente. -Es un terreno enorme. Muchas tumbas. Pocas tienen lápida.

Continuaron en silencio durante varios minutos, sumidos en sus propios pensamientos mientras comían. El padre de Nicholas había combatido contra Rommel en la guerra del desierto, con más suerte que el de Jannie.

Nicholas miró a Royan. Ella contemplaba su país a través de la ventanilla, y su mirada tan absorta y reconcentrada lo sorprendió. Tendía a considerarla una típica muchacha inglesa, como su madre. Pero en ciertos momentos afloraban otros aspectos de su personalidad.

Abstraída en sus pensamientos, parecía no advertir su mirada. Se preguntó qué estaría pensando... qué pensamientos sombríos y misteriosos se agitaban en su interior. Recordó cómo, después de su regreso de Etiopía, había aprovechado la primera oportunidad para volar a El Cairo, y no por primera vez se sintió perturbado. Se preguntó si otros vínculos afectivos desconocidos por él no trascenderían esa lealtad que él daba por sentado. Bruscamente cayó en la cuenta de que se habían conocido apenas unas semanas antes, de que a pesar de la fuerte atracción que sentía por ella en realidad la conocía muy poco.

En ese momento ella se sobresaltó y se volvió para mirarlo. En el pequeño espacio que ocupaban junto a la ventanilla de estribor, se miraron a los ojos, separados por apenas unos centímetros. En esos escasos segundos, las sombras oscuras de culpa u otra emoción que vio en sus ojos no sirvieron para aliviar sus temores.

Entonces se volvió nuevamente hacia Jannie y le preguntó sobre su hombro:

-¿Cuándo cruzaremos el Nilo?

-Antes cruzaremos la frontera. El gobierno de Sudán está muy ocupado con los rebeldes del sur. Aquí en el norte, algunos tramos del río están totalmente desiertos. En poco tiempo empezaremos a volar bajo para evitar los radares en tomo de Jartum. Atravesaremos una de las brechas.

Alzó la tablilla que llevaba sobre las piernas para mostrarle el plano de vuelo. Su dedo regordete le indicó la ruta, trazada con lápiz de cera azul.

-Con Big Dolly hemos volado esta ruta tantas veces que ella podría seguirla sin mi ayuda. ¿No es cierto, preciosa? -Palmeó afectuosamente el tablero de control.

Dos horas después, cuando Nicholas y Royan estaban concentrados en una nueva partida de ajedrez, Jannie los llamó por el parlante:

-No se asusten, señores. Vamos a perder altura. Vengan si no se quieren perder el show.

Sentados y bien sujetos a los asientos plegables del compartimiento de pilotaje, pudieron disfrutar de una estupenda exhibición de vuelo a baja altura a cargo de Fred. El descenso fue tan brusco que Royan tuvo la sensación de que caería a tierra mientras su estómago seguía volando a diez mil metros de altura. Fred niveló a Big Dolly a escasos metros del suelo, de manera que no parecían viajar en un avión sino en un ómnibus a gran velocidad. Fred seguía con destreza cada ondulación del terreno pardo, calcinado por el sol, bordeaba las escarpas de piedra negra y en ocasiones viraba bruscamente para evitar alguna loma erosionada por el viento.

-Cruzamos el Nilo en siete minutos y medio. -Jannie oprimió el botón del cronógrafo en

el volante de control. -Y si mi instinto de navegante no se ha ido al diablo, pasaremos directamente por encima de una isla con forma de tiburón.

Cuando la aguja del cronógrafo llegó al punto señalado, el cauce del río, ancho y rutilante, pasó rápidamente debajo del avión. Royan alcanzó a ver una isla verde con unas chozas de techo de paja en un extremo y una decena de piraguas varadas en la arena.

-Parece que el viejo no pierde la mano -dijo Fred-. Le quedan unos miles de kilómetros antes de pasar a retiro.

-Qué es eso de viejo, mocoso presumido. Conozco un par de cositas de las que tú no tienes ni idea.

-Y si no, que le pregunten a Mara. -Fred miró a su padre con una sonrisa afectuosa mientras viraba hacia el sudoeste con el extremo del ala tan cerca del suelo que dispersó una manada de camellos que pastaban entre los arbustos ralos y espinosos. Se alejaron pesadamente sobre el llano, levantando estelas de polvo blanco como un velo de novia.

-Tres horas de vuelo hasta el punto de encuentro. -Jannie alzó la vista del plano. -¡Justito! Aterrizaremos cuarenta minutos antes de la puesta del Sol. Mejor, imposible.

-Iré a ponerme la ropa de fajina. -Royan fue a la cabina principal, sacó su bolso de debajo del catre y se encerró en el baño. Veinte minutos después, apareció enfundada en bombachas pardas y camiseta de algodón.

-Borceguíes para todo terreno -dijo, y dio un fuerte pisotón sobre la cubierta.

-Muy bien -dijo Nicholas desde su catre-. ¿Qué tal tu rodilla?

-Puedo caminar -dijo a la defensiva.

-¿O sea que me privarás del placer de cargarte?

Las montañas etíopes asomaron tan sutilmente sobre el horizonte que Royan no lo advirtió hasta que Nicholas señaló la difusa sombra azulada, perfilada contra el azul nítido del cielo africano.

-Ya llegamos. -Miró su reloj. -Vamos con los pilotos.

A través del parabrisas no se veían señales en el terreno: sólo una vasta sabana parda salpicada de puntos oscuros que eran las acacias.

-Diez minutos -dijo la voz monocorde de Jannie-. ¿Alguien ve algo?

No hubo respuesta. Todos estudiaban el terreno.

-Cinco minutos.

-¡Allá! -Nicholas señaló sobre su hombro. -Es el cauce del Nilo Azul. -Un bosquecillo denso de espinos formaba una lí nea oscura todavía a gran distancia. -Y allá está la chimenea del ingenio azucarero abandonado sobre la orilla. Mek Nimmur dice que la pista está a unos cuatro mil quinientos metros del ingenio.

-Puede ser, pero no la tengo en el mapa -gruñó Jannie-. Un minuto para llegar a las coordenadas. -La lenta aguja del cronógrafo desgranó los segundos.

-Nada... -Una bengala roja interrumpió a Fred al alzarse de tierra y pasar delante de la gruesa trompa de Big Dolly.

-En punto. -Nicholas palmeó el hombro de Jannie con entusiasmo. -Ni que yo fuera el navegante.

Fred ascendió unos doscientos metros y viró en ciento ochenta grados. Dos fogatas ardían en el llano: una soltaba humo negro, mientras de la otra se alzaba una columna de humo blanco derecho hacia el cielo sereno del atardecer. Cuando estaban a escasos mil metros divisaron el trazado vago de una pista aérea cubierta de hierba y largamente abandonada. La pista de Roseires había sido construida veinte años antes por una empresa que pretendía cultivar caña de azúcar bajo riego junto al Nilo Azul. Pero, como siempre, África había frustrado las pretensiones humanas y la empresa pasó al olvido, dejando como lápida esa marca tenue en el terreno. Mek Nimmur había elegido ese lugar remoto y desierto como punto de encuentro;

-Ni señales del comité de recepción -gruñó Jannie-. ¿Qué hacemos?

-Continúa el descenso -dijo Nicholas-. Habrá otra bengala en cualquier momento... ¡ahí está! La bola de fuego se alzó desde un matorral en el extremo más alejado de la pista y por

primera vez divisaron figuras humanas en el paisaje desolado. Habían permanecido ocultas hasta último momento.

-¡Sí, ahí está Mek! Aterriza de una vez.

Cuando Big Dolly terminó de carretear hasta el extremo de la pista irregular y poceada, apareció un hombre enfundado en uniforme de fajina de monte. Con un par de paletas indicó al piloto que virara hacia un hueco entre dos de los espinos más altos.

Jannie apagó los motores, miró sobre su hombro y sonrió:

-Señoras, señores, niños, ¡parece que la suerte nos acompañó una vez más!

Aun desde la altura de la cabina, la figura imperiosa de Mek Nimmur al aparecer entre las acacias era inconfundible. Sólo entonces advirtieron que las acacias estaban cubiertas por redes de camuflaje; por eso desde el aire no se advertían señales de la presencia humana. Apenas bajó la rampa de carga, Mek Nimmur subió rápidamente por ella.

-¡Nicholas! -Se abrazaron, y después de estamparle un sonoro beso en cada mejilla, Mek se apartó para mirarle la cara. Estaba encantado de verlo. -Ya ves que tenía razón. Otra vez estás haciendo de las tuyas. ¡Y querías hacerme creer que sólo buscabas un dik-dik!

-¿Cómo mentirle a un viejo amigo? -Nicholas se encogió de hombros.

-Para ti siempre fue fácil -dijo Mek riendo-, pero me alegro de que vayamos a divertirnos juntos. Últimamente la vida se había vuelto un poco aburrida.

-Sí, te creo. -Nicholas le dio un puñetazo afectuoso en el hombro.

Una figura delgada y grácil subió la rampa detrás de Mek. Al principio Nicholas no reconoció a Tessay, enfundada en uniforme de fajina verde oliva, botas de lona de comando y una gorra blanda que la hacía parecer un muchachito.

-¡Nicholas! ¡Royan! ¡Qué bueno que hayan regresado! -Las dos mujeres se abrazaron con tanto fervor como los hombres momentos antes.

-¡A ver, chorlitos! -protestó Jannie-. No estamos en Woodstock. Tengo que volver a Malta esta misma noche. Quiero decolar antes de que anochezca.

Mek se hizo cargo de los bultos. Sus hombres abordaron el avión y tomaron las tarimas. Sapper puso en marcha su apreciado tractor para bajar los bultos por la rampa y llevarlos hasta la arboleda de acacias bajo las redes de camuflaje. Con tanta mano de obra pudieron realizar la descarga en poco tiempo, y la bodega de Big Dolly quedó vacía cuando el Sol cansino descendía sobre el horizonte y el breve crepúsculo africano absorbía todos los colores del paisaje.

Jannie y Nicholas conferenciaron brevemente mientras Fred realizaba la rutina de prevuelo. Repasaron los planes de vuelo y comunicaciones por última vez.

-Cuatro días -dijo Jannie, y se estrecharon las manos.

-Nicholas, despídete de una vez -rugió Mek desde el suelo-. Debemos cruzar la frontera antes del amanecer.

Se quedaron mirando mientras Big Dolly carreteaba hasta el extremo de la pista y viraba en redondo. Los motores rugieron en crescendo mientras el avión tomaba velocidad envuelto en una nube de polvo y remontaba vuelo sobre sus cabezas. Jannie meneó las alas a modo de despedida y, sin las luces de navegación, el gran aparato se fundió como un murciélago negro en el cielo del anochecer hasta desaparecer de vista.

-Ven aquí. -Nicholas condujo a Royan a un asiento bajo la acacia. -No quiero problemas con tu rodilla. -Le arremangó una pierna de las bombachas hasta la mitad del muslo y le envolvió la rodilla con una venda elástica, tratando de disimular el placer que le causaba esa tarea. Observó complacido que los hematomas eran apenas visibles y la hinchazón había desaparecido.

La palpó suavemente. La piel era sedosa, la carne tibia y firme al tacto. Alzó la vista y

al ver su cara se dio cuenta de que ella disfrutaba de ese momento íntimo casi tanto como él. Entonces se ruborizó y bajó rápidamente la pierna.

-Tessay y yo tenemos mucho de que hablar. -Se paró rápidamente y se alejó.

-Dejaré un pelotón armado para cuidar los pertrechos -dijo Mek, mientras Tessay se alejaba con Royan-. Iremos en pequeños grupos hasta la frontera. No creo que haya problemas. Últimamente hay poca actividad enemiga en esta región. La guerra sigue en el sur, pero aquí estamos tranquilos. Por eso elegí este lugar.

-¿Cuánto tiempo de marcha tenemos hasta la frontera con Etiopía?

-Cinco horas a partir de la puesta de la Luna. Usaremos uno de nuestros caminos secretos. Mis hombres nos esperan en la entrada de la quebrada del Abbay. Nos reuniremos con ellos antes del amanecer.

-¿Y de allí hasta el monasterio?

-Dos días más de marcha -contestó Mek-. Llegaremos justo a tiempo para recibir los paracaídas de tu amigo gordo en su avión gordo.

Fue a dar las últimas instrucciones al comandante del pelotón que permanecería de guardia en Roseires. Luego reunió a los seis que los escoltarían hasta el otro lado de la frontera. Repartió la carga entre todos. El elemento más importante era el transmisor de radio, un modelo militar liviano que Nicholas reservó para sí.

-Estos bolsos son incómodos para transportar. Les daré otros -dijo Mek a Nicholas y Royan. Vaciaron sus maletas y empacaron sus efectos en dos mochilas de lona que les dio. Dos de sus hombres recogieron las mochilas y desaparecieron en la oscuridad.

-¡No pensará llevar eso! -dijo Mek, atónito al ver las largas patas del teodolito que Sapper había tomado de una de las tarimas. Sapper no sabía el árabe, de manera que Nicholas tuvo que traducir.

-Sapper dice que es un instrumento muy delicado. No permitirá que lo lancen en paracaídas. Dice que si sufre daños, no podrá realizar la tarea para la cual lo contrataron.

-Dígale a ese sujeto amargado que yo mismo lo llevaré. -Sapper se irguió con orgullo. -No permitiré que ninguno de esos torpes le ponga una pata encima. -Alzó el fardo sobre su hombro y se alejó con paso rígido.

Mek dio a la vanguardia cinco minutos de ventaja antes de dar la orden de marchar.

Treinta minutos después del despegue de Big Dolly, partieron de la pista y cruzaron la llanura oscura y silenciosa en dirección al este. Mek impuso una marcha forzada. Él y Nicholas parecían tener ojos de gato, pensó Royan, quien los seguía de cerca. Veían en la oscuridad, y gracias a sus susurros de advertencia evitaba caer en un pozo o tropezar con un montón de piedras en la oscuridad. Cuando tropezaba, Nicholas siempre estaba ahí para sostenerla con su mano fuerte y firme.

Marchaban con disciplina, en silencio total. Una vez por hora, cuando se permitían cinco minutos de descanso, Nicholas y Mek se sentaban muy juntos a conferenciar. Las pocas palabras que oyó le indicaron a Royan que Nicholas explicaba los motivos verdaderos del regreso a la quebrada del Abbay. Varias veces oyó las palabras "Mamose" y "Taita", y en ocasiones la voz grave de Mek al hacer preguntas. Luego se paraban y reanudaban la marcha.

En poco tiempo perdió la noción de la distancia recorrida. Sólo los períodos de descanso le permitían llevar la cuenta del tiempo. La fatiga invadió lentamente su cuerpo hasta que llegó el momento en que cada paso costaba un esfuerzo. A pesar de su bravata, le dolía la rodilla. De vez en cuando, Nicholas le tomaba suavemente el brazo para guiarla sobre el terreno disparejo. A veces todos se detenían bruscamente al oír un susurro de advertencia de la vanguardia. Esperaban en la oscuridad, con los nervios crispados, hasta que un nuevo susurro indicaba que podían reanudar la marcha, siempre a paso forzado. En una ocasión sintió el efluvio fresco y fangoso del río en el aire nocturno tibio y seco, y supo que estaban muy cerca del Nilo. Las palabras eran innecesarias: percibió la tensión nerviosa de los hombres por su posición alerta y la manera de portar las armas.

-Estamos cruzando la frontera -susurró Nicholas junto a su cara. La tensión era contagiosa. Se desvaneció el cansancio y sintió el latido del pulso en sus oídos.

Esta vez no hubo descanso. La marcha continuó durante una hora más y poco a poco advirtió cómo cambiaba el ánimo de los hombres. Alguien rió suavemente, y el paso se hizo más ligero cuando viraron hacia el resplandor en el cielo oriental. Bruscamente la Luna creciente asomó sus cuernos sobre la silueta oscura de las montañas remotas.

-Listo, hemos cruzado -dijo Nicholas en tono normal-. Bienvenida nuevamente a Etiopía. ¿Cómo te sientes?

-Muy bien.

-Sí, yo también estoy cansado. -Sonrió bajo la luz de la Luna. -Falta poco para detenernos a acampar y descansar.

Desde luego, era mentira. La marcha continuaba hora tras hora, y ella quería llorar de cansancio. Entonces oyó otra vez el ruido del río: el suave fluir del Nilo al amanecer. Oyó la voz de Mek que hablaba con los hombres que los esperaban, y entonces Nicholas la llevó a un lugar donde podía sentarse, se arrodilló frente a ella y le desató los borceguíes.

-Estuviste muy bien. Estoy satisfecho contigo -dijo al quitarle las medias para examinarle los pies en busca de ampollas. Le quitó la venda de la rodilla. Vio que estaba levemente inflamada y la masajeó con mano diestra y tierna.

-Sigue, por favor -suspiró ella-. ¡Me hace tanto bien!

-Te daré un antiinflamatorio. -Sacó las píldoras de su mochila y luego extendió su chaqueta acolchada en el suelo para hacerle una cama. -Las bolsas de dormir están con el resto del equipaje. Habrá que aguantar hasta que vuelva Jannie.

Le dio la cantimplora y mientras ella tomaba la píldora, abrió un paquete de raciones de emergencia.

-No es lo que se dice un manjar. -Husmeó el paquete-. En el ejército lo llamamos comida para ratas.

Ella se durmió antes de tragar el primer bocado de carne insípida con queso de plástico.

Cuando Nicholas la despertó con un jarro de té caliente y dulce, ya promediaba la tarde. Se sentó junto a ella con su jarro y lo sopló ruidosamente para enfriarlo.

-Te agradará saber que Mek está al tanto de todo. Está dispuesto a ayudarnos.

-¿Qué le dijiste?

-Lo suficiente para despertar su interés. -Nicholas sonrió con malicia. -Según la teoría de la revelación gradual, no hay que decir toda la verdad de una vez sino poco a poco. Sabe qué buscamos y también que pretendemos instalar una represa en un río.

-¿Y la mano de obra para construir la represa?

-Los monjes de San Frumencio harán lo que les diga. Es un gran héore.

-¿Qué le prometiste a cambio?

-Todavía no hemos hablado sobre eso. Le dije que no sabemos qué vamos a encontrar. Se rió y dijo que confiaba en mí. -Qué muchacho ingenuo, ¿no?

-No diría eso sobre Mek Nimmur -murmuró-. Creo que nos dirá el precio de su colaboración cuando lo considere oportuno. -Alzó la vista: -Hablábamos sobre ti, Mek.

Mek se acercó y se acuclilló junto a ellos.

-¿Y qué decían?

-Royan dice que eres un desgraciado por hacerla caminar así toda la noche.

-Nicholas te consiente demasiado. He visto cómo se preocupa -dijo con una risita-. Con las mujeres, mano dura. Les encanta. -Entonces se puso serio. -Lo lamento, Royan. La frontera es peligrosa. Ahora que estamos en nuestro terreno, verás que no soy un monstruo.

-Estamos muy agradecidos por todo.

-Nicholas es un viejo amigo y espero que tú seas una amiga nueva.

-Estoy tan triste. Anoche, Tessay me habló sobre el monasterio.

Mek frunció el entrecejo y en su furia tiró de su barba con tanta fuerza que arrancó un mechón.

-Nogo y sus asesinos. Es apenas una muestra de lo que enfrentamos. Nos liberamos de la tiranía de Mengistu, pero el horror continúa.

-¿Qué pasó, Mek?

Con frases breves y enérgicas describió la masacre y el pillaje de los tesoros del monasterio.

-Fue Nogo, de eso no hay duda. Todos los monjes sobrevivientes lo reconocieron. -Agitado por la furia, se paró bruscamente-. El monasterio es muy importante para el pueblo del Gojam. Yo fui bautizado allí, por el mismo Jali Hora. El asesinato del abad y la profanación de la iglesia son ultrajes imperdonables. -Se encasquetó la gorra. -En marcha. El camino es escarpado y difícil.

Después de cruzar la frontera podían desplazarse durante el día sin peligro. En el segundo día de marcha llegaron al fondo de la quebrada. No había estribaciones. Era como penetrar en el torreón de un inmenso castillo. Los muros del gran macizo central se alzaban unos mil doscientos metros a cada lado y el río corría por el fondo, agitado en toda su extensión por rápidos y remolinos. Al mediodía Mek interrumpió la marcha para descansar en una arboleda junto al río. Más abajo había una playa protegida por piedras inmensas, seguramente caídas de los acantilados que se alzaban como muros a cada lado.

Los cinco se sentaron separados unos de otros. Sapper, todavía enfurruñado después de su altercado con Mek por el teodolito, se mantenía apartado. Colocó el pesado instrumento en una posición conspicua y se sentó ostensiblemente a su lado. Mek y Tessay se mostraban singularmente callados y reservados. Bruscamente, Tessay le tomó la mano.

-Quiero que lo sepan -dijo bruscamente.

Mek miró hacia el río y demoró unos instantes en contestar. -Bueno, ¿por qué no?

-Quiero que estén enterados -insistió Tessay-. Conocían a Boris. Sé que comprenderán.

-¿Quieres que se lo diga yo? -preguntó Mek suavemente sin soltarle la mano.

-Sí, es lo mejor.

Mek calló unos instantes mientras buscaba las palabras. Cuando por fin dejó oír su voz profunda y suave, no los miraba a ellos sino a Tessay.

-La primera vez que vi a esta mujer, comprendí que Dios la había puesto en mi camino.

Tessay se acercó un poco más a él.

-Tessay y yo hicimos nuestros juramentos la noche de Timkat y pedimos perdón a Dios. Luego la llevé conmigo, ya como mi mujer.

Ella apoyó la cabeza sobre su gran hombro musculoso.

-El ruso nos siguió. Nos dio alcance aquí, en este preciso lugar. Trató de matarnos.

Tessay miró la playa donde ella y Mek habían estado a punto de morir y se estremeció al recordar.

-Peleamos -dijo secamente-. Una vez muerto, arrojé su cadáver al río.

-Sabíamos que había muerto -terció Royan-. En la embajada nos dijeron que el cadáver apareció río abajo, cerca de la frontera. No sabíamos cómo murió.

Permanecieron en silencio un rato hasta que Nicholas lo rompió:

-Ojalá hubiera estado aquí. Debió de ser una pelea digna de verse. -Meneó la cabeza con aire reverente.

-El ruso peleó bien. Me alegro de no tener que enfrentarlo otra vez. -Mek se paró. -En marcha. Llegaremos al monasterio antes del anochecer.

Mai Metemma, flamante abad de San Frumencio, los recibió en la terraza del monasterio sobre el río. Era apenas un poco más joven que Jali Hora, alto y digno, de cabellera plateada, y en la ocasión llevaba la corona azul para recibir al distinguido huésped Mek Nimmur.

Después de bañarse y descansar durante una hora en las celdas dispuestas para ellos, los monjes fueron a escoltarlos al banquete de bienvenida que les habían preparado. Al cabo de tres rondas de tej, cuando el abad y sus monjes empezaban a ponerse alegres, Mek comenzó a susurrar al oído del anciano.

-Usted recuerda la historia de San Frumencio, de cómo

Dios lo rescató de una tormenta en el mar y lo llevó a nuestra costa para que nos trajera la verdadera fe.

Los ojos del abad se llenaron de lágrimas.

-Su santo cuerpo estaba enterrado aquí en nuestra maqdas. Los bárbaros robaron la reliquia. Somos niños que han perdido a su padre. Se ha despojado a esta iglesia y este monasterio de su misma razón de ser -dijo entre suspiros y lamentos-. No volverán los peregrinos de toda Etiopía a orar en este santuario. La Iglesia nos olvidará. Es nuestro fin. Nuestro monasterio perecerá y los monjes se dispersarán como hojas muertas al viento.

-San Frumencio no vino solo a Etiopía. Otro cristiano vino con él desde la Gran Iglesia de Bizancio -dijo Mek en un susurro grave y reconfortante.

- San Antonia. -El abad tomó su jarro de tej para aliviar la intensidad de su pesar.

-San Antonia -asintió Mek-. Murió antes que Frumencio, pero su vida fue tan santa como la de su hermano.

-Antonia fue un gran hombre, un santo que merece nuestro amor y veneración. -El abad bebió largamente de su jarro.

-Qué misteriosos son los caminos del Señor. -Mek meneó la cabeza al ponderar sus obras en el universo.

- Sus caminos son insondables. No nos está permitido ponerlos en duda ni comprenderlos.

- Al mismo tiempo, es misericordioso y gratifica a los devotos.

-Su misericordia es infinita. -Las lágrimas desbordaron de los ojos del abad y bañaron sus mejillas.

- El monasterio y ustedes mismos han sufrido una grave pérdida. Les han sustraído la sacra reliquia de San Frumencio y, ¡ay!, jamás la recuperarán. Pero... ¿y si Dios les enviara otra? ¿Si les enviara el santo cuerpo de Antonia?

El abad alzó el rostro bruscamente. Su mirada se había vuelto calculadora.

- Eso sí que sería un milagro.

Mek Nimmur echó el brazo sobre los hombros del anciano y le susurró al oído. Mai Metemma enjugó sus lágrimas y escuchó con toda atención.

He conseguido los trabajadores que necesitas -anunció Mek Nimmur a la mañana siguiente cuando iniciaban la marcha valle arriba-. Mai Metemma me ha prometido cien hombres para dentro de dos días y otros quinientos en la semana siguiente. Otorgará indulgencias a todos los voluntarios que ayuden a construir la represa. Aquel que participe en el proyecto glorioso de la recuperación del cuerpo sagrado de San Antonia no conocerá el fuego del Purgatorio.

Las dos mujeres se detuvieron bruscamente y lo miraron boquiabiertas.

-¿Qué le dijiste a ese pobre viejo? -preguntó Tessay.

-He prometí un cuerpo para reemplazar el que Nogo sustrajo de la iglesia. Si descubrimos la tumba, el premio para el monasterio será la momia de Mamose.

-Eso es indigno -exclamó Royan-. Conseguiste su colaboración con engaños.

-No engaño a nadie -replicó Mek, con un destello de furia en sus ojos negros-. La reliquia perdida no era el cuerpo de San Frumencio, pero durante siglos sirvió para unir a la comunidad de los monjes y atraer a los cristianos de todo el país. Ahora que se ha perdido, la existencia del monasterio está amenazada. Han perdido su razón para seguir existiendo.

-¡Y tú los tientas con promesas falsas! -Royan estaba furiosa.

-El cuerpo de Mamose es tan auténtico como el que perdieron. ¿Qué importa que sea el de un egipcio antiguo en lugar del de un cristiano antiguo? Lo importante es que sirva de centro de la fe y de un medio para que el monasterio viva otros quinientos años.

-Lo que dice Mek me parece muy razonable -terció Nicholas.

-¿Desde cuándo eres entendido en cristianismo? Eres un ateo. -Royan se había vuelto bruscamente hacia él, y Nicholas alzó las manos como para defenderse de un golpe.

-Tienes razón. No entiendo ni jota de estos asuntos. Discútanlo entre ustedes, que yo discutiré sobre represas con Sapper Webb.

Se alejó hacia la cabeza de la columna y ajustó su paso al del ingeniero.

De vez en cuando oía voces airadas que lo hacían sonreír. Conocía a Mek, pero empezaba a comprender a la mujer. Sería fascinante ver quién ganaba la polémica.

Llegaron a la cima sobre el abismo cuando promediaba la tarde. Mientras Mek buscaba un buen lugar donde instalar el campamento, Nicholas guió a Sapper hasta el estrechamiento del río justo antes de la catarata. Mientras Sapper instalaba el teodolito, Nicholas tomó el jalón graduado de nivelación. Luego subió y bajó por la cara del precipicio, siguiendo las indicaciones que Sapper le daba con gestos perentorios mientras miraba por el lente del teodolito, en tanto Nicholas se balanceaba precariamente y trataba de mantener el jalón en posición vertical para que el ingeniero hiciera sus observaciones.

-¡Bien! -rugió Sapper después de la vigésima toma-. Ahora quiero que cruce el río.

-¡Encantado! -rugió Nicholas a su vez-. ¿Prefieres que vuele o que nade?

Nicholas marchó cuatro kilómetros y medio río arriba hasta el vado donde la senda cruzaba el Dandera y luego volvió abriéndose paso entre la enmarañada maleza ribereña hasta donde Sapper, tendido en la sombra, lo aguardaba fumando un cigarrillo.

-No te esfuerces tanto que te va a salir una hernia -le gritó Nicholas.

Anochecía cuando Sapper terminó sus tomas, y Nicholas aún debía recorrer el largo trayecto hasta el vado. Caminó los últimos mil quinientos metros en medio de la oscuridad, guiándose por la luz de las fogatas. Se tambaleó hasta el centro del campamento y arrojó el jalón al suelo.

-Ay de ti si no me dice que valió la pena -gruñó. Sapper no alzó la vista de su regla de cálculo. Trabajaba sobre sus nuevos planos a la luz brillante de una linterna de butano.

-Lo felicito, sus cálculos originales fueron bastante exactos -dijo-. El ancho del río es de cuarenta y un metros en el punto crítico sobre la catarata donde quiero emplazar la estructura.

-Sólo quiero saber si podrás tender la represa.

Sapper sonrió y se llevó un dedo a la nariz.

-Tráigame ese bendito tractor, que yo embalsaré el mismísimo Nilo.

Después de la cena -que consistió en más raciones militares- Royan miró a Nicholas por encima de la fogata. Cuando él le devolvió la mirada, inclinó la cabeza en gesto de invitación. Luego se paró y salió del campamento, mirando una vez sobre su hombro para asegurarse de que la seguía. Nicholas iluminó la senda con la linterna y volvieron al emplazamiento de la represa donde buscaron una gran piedra donde sentarse.

El apagó la linterna y permanecieron en silencio hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz de las estrellas.

-A veces pensaba que no volveríamos -susurró Royan-. Que la laguna de Taita... que todo había sido un sueño.

-Tal vez lo sea, si los monjes no nos ayudan -contestó con una mirada inquisitiva.

-Les doy la razón a ti y a Mek Nimmur -dijo ella con una risita-. Claro que no podemos prescindir de esa ayuda. Los argumentos de Mek fueron muy convincentes.

-¿Aceptas pagarles con la momia de Mamose?

-Acepto pagarles con cualquier momia que encontremos, si es que encontramos alguna. ¿Cómo sabemos que la momia robada por Nogo no es la de Mamose?

Sin pensarlo, le rodeó los hombros con un brazo y después de una breve vacilación ella

se apoyó contra él.

-¡Ay, Nicky, tengo tanto miedo y tantas esperanzas! Miedo de que nuestras expectativas resulten vanas y esperanzas de haber descubierto la clave de Taita.

Se volvió para mirarlo, y él sintió el roce de su aliento sobre sus labios.

La besó con ternura. Luego se apartó, sintiendo aún la tibieza de sus labios, y la miró a la luz de las estrellas. No intentaba alejarse de él. Al contrario, se inclinó para devolverle el beso. Al principio fue un beso casto, de hermana, con los labios apretados. Luego él llevó la mano derecha a su nuca y entrelazó los dedos en su pelo. Abrió su boca sobre la de ella y escuchó un leve gemido de protesta.

Lenta, voluptuosamente, le fue separando los labios para introducir profundamente su lengua, y las protestas se transformaron gradualmente en un maullido satisfecho, como el de un gatito al tomar la teta. Lo abrazó, le masajeó la espalda con dedos fuertes y ágiles, la boca abierta para devolverle el beso, la lengua sinuosa y húmeda al entrelazarse con la suya.

Él introdujo una mano entre sus cuerpos y le desabrochó la blusa hasta la cintura. Ella se separó un poco para facilitarle la tarea. Fue una exquisita sorpresa descubrir que sus senos estaban desnudos bajo la tela delgada de algodón. Tomó uno: era pequeño y firme, justo cabía en su mano. Al pellizcarlo suavemente, el pezón se endureció entre sus dedos como una pequeña fresa madura.

Interrumpió el beso y bajó la cabeza hacia su seno. Ella gimió suavemente y le guió la cabeza con una mano. Cuando él le tomó el pezón en la boca, jadeó y le clavó las uñas en la espalda, como una gata al ser acariciada. Todo su cuerpo se meneaba, y después de unos instantes le quitó el pecho de la boca. El pensó que lo rechazaba, pero le movió la cabeza hacia el otro lado y jadeó nuevamente cuando él le chupó el pezón.

Su meneo se volvía más sensual, al compás de la excitación de él. Entonces él no pudo contenerse más; introdujo la mano bajo sus bombachas pardas y la posó sobre el montículo de su sexo. Entonces ella se apartó ágilmente y se paró de un salto. Dio un paso atrás, se alisó las bombachas y se abrochó la camisa con dedos temblorosos.

-Lo siento, Nicky. Lo quiero, por Dios, no sabes cuánto lo deseo. Pero... -meneó la cabeza, jadeando para recuperar el aliento- todavía no. Perdóname, Nicky. Estoy atrapada entre dos mundos. Una parte de mí se muere por hacerlo, pero la otra no me deja...

Se paró y la besó castamente.

-No hay prisa. A las cosas buenas vale la pena esperarlas -dijo, rozándole apenas los labios con los suyos-. Vamos, te llevaré a casa.

A la mañana siguiente, antes del amanecer, el primero de los contingentes de sacerdotes prometidos por Mai Metemma subió en fila desde el valle. Sus cánticos despertaron al campamento, cuyos integrantes soñolientos salieron de sus cobertizos techados con paja a recibir a la larga hilera de hombres de Dios.

-Cielos -exclamó Nicholas entre bostezos-, cualquiera diría que hemos iniciado una cruzada. Tuvieron que salir del monasterio a medianoche para llegar a esta hora. -Fue en busca de Tessay. -Te nombro traductora oficial. Sapper no habla una palabra de árabe ni de amhárico. Síguelo a todas partes.

Al amanecer, Mek y Nicholas fueron a reconocer el terreno en busca de un buen lugar para la descarga. Al mediodía llegaron a la conclusión de que el único lugar adecuado era el valle mismo. A diferencia de los acantilados rocosos que lo rodeaban, el fondo del valle era llano y estaba más o menos libre de obstrucciones. Era necesario que la descarga se produjera lo más cerca posible del emplazamiento de la represa, porque cada kilómetro adicional de transporte de las provisiones por tierra requeriría un tiempo y esfuerzo enormes.

-El tiempo es el factor crítico -dijo Nicholas a Mek a la mañana siguiente mientras

inspeccionaban el lugar elegido para la descarga-. Desde hoy hasta las lluvias, cada día es vital.

Mek alzó la vista al cielo:

-Roguemos a Dios que las lluvias se demoren.

Señalaron el lugar de la descarga a mil quinientos metros del río, en el tramo más ancho del valle, al cual se podía acceder a través de una brecha entre las montañas. Jannie tendría que volar siete kilómetros y medio con los alerones y la rampa de descarga bajos.

-Fácil no es -observó Mek mientras contemplaba las laderas escarpadas y las cimas amenazantes que los rodeaban-. ¿Tu amigo panzón sabe volar?

-Mejor que un pájaro -contestó Nicholas.

Bajaron al valle a verificar el emplazamiento de las bengalas y las balizas. Estas eran cruces de piedras de cuarzo, muy visibles desde el aire. Sapper se encontraba en la cabecera del valle. Lo veían perfilado contra el horizonte, instalando sus bengalas de humo para indicar la vía de entrada a la zona de descarga.

Al volverse hacia el otro extremo del valle, vio a las dos mujeres sentadas sobre una roca. Sapper les había ayudado a instalar sus bengalas. Estás señalaban el fin de la zona de descarga, donde Jannie debería iniciar el ascenso para salir del valle.

Nicholas observó a los hombres de Mek, que terminaban de instalar las balizas blancas de cuarzo. Una vez colocadas, Mek ordenó que se despejara la zona. Cargaron la radio y fueron a la cabecera del valle donde se encontraba Sapper. Mek ayudó a Nicholas a conectar la antena. Luego Nicholas encendió el aparato y ajustó cuidadosamente el volumen antes de tomar el micrófono.

-Big Dolly. Adelante, Big Dolly -dijo, pero no hubo otra respuesta que los crujidos y silbidos de la estática.

-Parece que se atrasaron -dijo Nicholas con fingida despreocupación-. Esta vez Jannie vendrá desde Malta. Después de la primera descarga irá a tu base en Roseires a recoger la segunda carga. Con suerte el operativo terminará antes de mañana al mediodía.

-Si es que el panzón viene -observó Mek.

-Jannie es un profesional -gruñó Nicholas-. Claro que vendrá. -Se llevó el micrófono a los labios: -Big Dolly, ¿me oye? Cambio.

Cada diez minutos repitió su llamada al vasto silencio impávido. Después de cada llamada tuvo visiones de interceptores MiG sudaneses que alzaban vuelo con sus misiles preparados para disparar, y del viejo Hércules que se precipitaba a tierra envuelto en llamas.

-Responda, Big Dolly -imploró, y por fin oyó en sus auriculares una voz remota en medio de los crujidos.

-Faraón, aquí Big Dolly. Tiempo estimado de arribo, cuarenta y cinco minutos. Preparado. -La transmisión de Jannie era lacónica. Veterano contrabandista, no quería darle tiempo a un escucha hostil a determinar su posición.

-Big Dolly. Cuatro cinco, entendido. Faraón preparado. -Nicholas miró a Mek y sonrió: -Parece que estamos en carrera.

Mek fue el primero en oírlo. Su oído estaba afinado a los ruidos de guerra. En esa tierra, la capacidad de oír un avión mucho antes de que apareciera a la vista era un elemento valiosísimo para la supervivencia. Con su falta de ejercitación, Nicholas tardó casi cinco minutos más en oír el ruido característico de las turbohélices y sus extraños ecos en los acantilados de la quebrada. La dirección era imposible de determinar, pero miraron hacia el poniente, haciendo viseras con las manos.

-Ahí está. -Nicholas se reivindicó al ser el primero en detectar la mota negra. Volaba a tan baja altura que era casi invisible contra el telón de fondo de la escarpa. Hizo una señal a Sapper.

Este corrió a sus bengalas y las ajustó rápidamente. Se alejó y entonces se alzaron nubes de un denso humo amarillo, disipadas lentamente por la suave brisa. El humo, además de señalar la zona de descarga, le indicaría a Jannie la fuerza y la dirección del viento.

Nicholas alzó sus largavistas y enfocó el otro extremo del valle. Royan y Tessay ya se

ocupaban de sus bengalas. Bruscamente se alzó una nube de humo escarlata, las dos mujeres corrieron de vuelta a su posición original y alzaron la vista al cielo. Nicholas tomó el micrófono:

-Big Dolly, humo lanzado. ¿Está a la vista?

-Afirmativo, humo a la vista. Por lo que van a recibir, den gracias. -El acento sudafricano de Jannie era inconfundible al pronunciar la jocosa blasfemia.

El avión fue creciendo hasta que sus alas parecían cubrir la mitad del cielo. Luego su perfil se alteró al bajar los inmensos alerones y abrir la rampa ventral. La reducción de velocidad fue tan abrupta que Big Dolly pareció quedar suspendido de un hilo invisible que pendía del alto sol africano. Viró lentamente con las alas casi verticales a medida que Jannie lo alineaba con las señales de humo y perdía altura para enfilar directamente hacia ellos.

Con un rugido violento que los lanzó al suelo, pasó en un vuelo rasante como si quisiera barrerlos de la cresta. Nicholas alcanzó a ver a Jannie en la cabina, la sonrisa pintada en su cara gorda, la mano alzada en un breve saludo al pasar.

Nicholas se enderezó para contemplar el descenso majestuoso de Big Dolly hacia el vientre del valle. La primera tarima cayó de su vientre y se precipitó a tierra hasta que a último momento sus paracaídas se abrieron como un ramo de novia. La caída del pesado contenedor se detuvo bruscamente. Quedó oscilando en el aire y poco después tocó tierra en medio de una nube de polvo amarillo, con un estruendo que llegó hasta la cresta. Soltó otras dos cargas que oscilaron durante varios segundos antes de caer a su vez.

Los motores de Big Dolly aullaron a toda potencia y su trompa se alzó en busca de las alturas al pasar sobre las nubes escarlatas para salir de la trampa mortal del valle. Viró en un amplio círculo y enfiló para la segunda pasada. Nuevamente soltó las cargas al sobrevolar las balizas de cuarzo y se alzó apenas sobre las agujas de piedra que trataban de desgarrarle el vientre.

Seis veces repitió Jannie la arriesgada maniobra y en cada pase soltó tres de los pesados bultos rectangulares. Estos quedaron desparramados en el fondo del valle, tapados por los sudarios blancos de sus paracaídas.

Después del último pase, la voz de Jannie crujió en los auriculares de Nicholas:

-¡No te vayas, Faraón! Volveré.

Big Dolly alzó su rampa torpemente, como una anciana dama al levantarse los calzones, y viró hacia el poniente.

Nicholas y Mek bajaron precipitadamente al fondo del valle, donde los monjes ya rodeaban las tarimas entre cháchara y risas. Los organizaron rápidamente en cuadrillas para distribuir la carga y transportarla hasta el campamento.

Nicholas y Sapper habían planificado la descarga a fin de recibir los materiales en orden de necesidad. El primer contenedor traía los alimentos secos y enlatados, los efectos personales, el equipo de campamento y algunos pequeños lujos tales como mosquiteros y un cajón de whisky de malta. Advirtió con alivio que la preciosa carga estaba intacta: no se había derramado ni una gota.

Sapper se hizo cargo de los materiales para la construcción y el equipo más pesado. Bajo sus órdenes, traducidas por Tessay, hombrearon los materiales hasta la antigua cantera, donde todo quedó almacenado y bien protegido hasta que llegara el momento de utilizarlo. Cuando cayó la noche, la mitad de la carga aún yacía en el fondo del valle. Mek apostó una guardia armada y todos volvieron al campamento, cansados pero alegres.

Esa noche, con el estómago lleno de buena comida seguida de un trago de whisky, un mosquitero sobre su cabeza y un grueso colchón de espuma de goma bajo su cuerpo, Nicholas se durmió feliz. El operativo comenzaba bien.

Lo despertó el cántico de maitines de los monjes. "Para qué queremos un despertador", gimió, y se tambaleó hacia la orilla del río para bañarse y afeitarse.

Cuando el sol doraba las almenas de la escarpa, él y Mek ya ocupaban sus puestos y vigilaban el cielo del poniente. Según el plan, Jannie debía haber pernoctado en Roseires, donde los hombres de Mek volverían a cargar el equipo que habían dejado allá en el primer

vuelo desde Malta. Era una de las etapas vulnerables del operativo. Aunque Mek aseguraba que por el momento había escasa presencia militar en la zona, bastaría que una patrulla del gobierno sudanés tropezara con Big Dolly en tierra para provocar un desastre. Por eso sus corazones se sobresaltaron al oír el reconfortante rugido de las turbohélices que repercutía en los acantilados.

Big Dolly enfiló nuevamente para el primer pase sobre el valle, y al sobrevolar las cruces de cuarzo soltó el gran tractor frontal amarillo. Nicholas contuvo instintivamente el aliento al verlo precipitarse y luego detenerse bruscamente cuando se abrieron los paracaídas. Osciló violentamente, colgado de las cuerdas de nailon como un yoyó, y los monjes aullaron atónitos y excitados al verlo caer. Al estrellarse alzó una nube de polvo.

Parado junto a Nicholas, Sapper gimió, se tapó los ojos para no ver la nube de polvo y soltó un "mierda" angustiado.

-¿Fue una orden o una súplica? -preguntó Nicholas, aunque no estaba de ánimo para bromas.

Cayó la última carga y el avión alzó vuelo a toda máquina. Nicholas se comunicó con Jannie:

- Muchas gracias, Big Dolly. Buen vuelo a casa.

-Inshallah -replicó Jannie-. Si Dios quiere.

- Te llamaré cuando quiera salir de aquí.

-Estaré preparado. -Big Dolly empezó a alejarse. -Suerte. -Y bien. -Nicholas palmeó a Sapper con fuerza. -Veamos qué quedó de tu tractor.

La abollada máquina amarilla estaba tendida de costado y de sus entrañas manaba aceite, como sangre de un dinosaurio herido en el corazón.

-Váyanse. Déjenme una docena de negros para que me ayuden -dijo Sapper con tristeza, como si contemplara la tumba de su amada.

Esa noche no volvió al campamento a cenar. Tessay le envió una escudilla con wat y una hogaza de pan injera. Nicholas estuvo a punto de bajar al valle a ofrecer su ayuda para reparar el tractor dañado, pero desistió. Sabía que en ciertas ocasiones, como ésa, Sapper prefería que lo dejaran en paz.

En la madrugada, un par de faros iluminaron el campamento y los acantilados reverberaron con el rugido de un motor diesel. Cubierto de grasa y polvo hasta la coronilla calva, ojeroso pero feliz, Sapper entró en el campamento conduciendo el tractor amarillo y despertándolos a gritos desde su asiento:

-¡Arriba la compañía! ¡Basta de hacerse la paja, reclutas! ¡A levantar la represa!

se encontraba cada artículo a fin de hallarlo rápidamente en el momento que se lo necesitara. Mientras tanto, Sapper trabajaba en el emplazamiento de la represa, donde sentaba los cimientos, clavaba estacas numeradas en las orillas del río y tomaba las medidas definitivas con su cinta de agrimensor.

Necesitaron dos días más para recoger todo el equipo desparramado por el valle y transportarlo a la antigua cantera. Almacenaron todo de acuerdo con el plan preparado por Nicholas y Sapper en Inglaterra. Era esencial saber dónde

Durante los trabajos preliminares, Nicholas se dedicó a observar a los monjes para conocerlos mejor. Así pudo descubrir a los líderes naturales, los más inteligentes y voluntariosos, así como los que hablaban árabe e incluso un poco de inglés. El que más le gustó fue un monje llamado Hansith Sherif, a quien nombró su ayudante e intérprete.

Una vez asentado el campamento y establecida una buena relación con los monjes, Mek Nimmur se alejó con Nicholas adonde las mujeres no pudieran oírlos.

-A partir de ahora, me encargaré de la seguridad. Debemos estar preparados para impedir una nueva incursión en tu campamento y otra carnicería en San Frumencio. Nogo y

sus matones siguen rondando. Ya estarán enterados de tu regreso a la quebrada. Cuando venga, estaré esperándolo.

-Sí, tú eres más diestro con la AK-47 que con el pico -dijo Nicholas-. Pero debes dejar a Tessay conmigo. La necesito.

-Yo también -dijo Mek con una sonrisa triste-. Ahora me estoy dando cuenta de lo mucho que la necesito. Cuídala bien. Vendré a verla todas las noches.

Mek se hundió en el monte con sus hombres a los que apostó en piquetes en torno del campamento y a lo largo de la senda. Al alzar la vista, Nicholas solía ver algún centinela en la loma que dominaba el campamento. Su presencia era reconfortante.

No obstante, Mek cumplió su promesa de volver al campamento por las noches. A veces Nicholas oía su risa profunda mezclada con otra, dulce y cristalina. Desvelado, pensaba en Royan, tendida en el cobertizo contiguo y a la vez tan lejos de él.

Al quinto día, para asombro de Nicholas, llegó el segundo contingente de trescientos trabajadores prometido por Mai Metemma. Las cosas no solían suceder así en África. Jamás se cumplían los compromisos antes de tiempo. Se preguntó qué le habría dicho Mek al abad, pero decidió que en realidad era mejor no saberlo, porque estaban en condiciones de iniciar las obras de construcción.

Los del segundo contingente no eran monjes, ya que San Frumencio había aportado su cuota a la obra sagrada, sino aldeanos del altiplano de la escarpa. Mai Metemma los había obligado con promesas de indulgencias y amenazas del fuego eterno.

Nicholas y Sapper dividieron la mano de obra en cuadrillas de treinta hombres y eligieron a un monje como capataz de cada una. Agruparon a los hombres de acuerdo con su aspecto físico, de manera que los ejemplares más altos y robustos conformaran las divisiones de asalto, en tanto los menudos y delgados realizarían las tareas que no exigían fuerza bruta.

Nicholas inventó un nombre para cada cuadrilla: Búfalos. Hachas, Leones y así sucesivamente. Tuvo que extremar su imaginación, pero quería infundirles orgullo y alentar la competencia entre las cuadrillas para aprovecharla en beneficio propio. Les pasó revista en la cantera, cada una con su capataz eclesiástico. Se subió a uno de los antiguos bloques, los arengó por intermedio de Tessay y dijo que les pagaría en dólares de María Theresa. Fijó un sueldo tres veces superior al mínimo.

Hasta ese momento los hombres lo habían escuchado con aire hosco y resignado, pero entonces se produjo un cambio notable en su ánimo. No habían previsto que se les pagaría por su trabajo y todos esperaban el momento para desertar y volver a casa. Ahora resultaba que les prometían dinero, y para colmo en dólares de plata. Desde hacía dos siglos, el dólar María Theresa era la única moneda reconocida por los etíopes. Por eso aún se los acuñaba con la fecha original de 1780 y el retrato de la vieja Emperatriz, con su papada y su gran escote que dejaba al descubierto la mitad de su enorme busto. Una de esas monedas valía más que todo un fajo de los despreciables billetes birr emitidos por el régimen en Addis. Para pagar los sueldos, Nicholas había incluido un arca de esas monedas de plata en la primera carga lanzada por Jannie.

Aparecieron sonrisas celestiales, y los dientes deslumbrantes lanzaron destellos desde los rostros de ébano. Alguien empezó a cantar y todos zapatearon y aplaudieron a Nicholas al marchar en fila a recoger sus herramientas. Picos y palas al hombro, desfilaron por el valle hacia el emplazamiento de la represa sin dejar de cantar y bailar.

-San Nicolás -dijo Tessay, riendo-. Papá Noel. Jamás te olvidarán.

-Tal vez construyan un santuario para ti, e incluso un monasterio -añadió Royan con su sonrisa más dulce.

-Lo que no saben todavía es que tendrán que trabajar muy duro para ganarse la paga.

A partir de entonces, el trabajo se reanudaba a la primera Iuz y se interrumpía en la

noche cerrada. Cada noche los hombres volvían al campamento a la luz de las antorchas de hierba y estaban demasiado fatigados para cantar. Pero Nicholas había contratado a los jefes de las aldeas del altiplano para que les suministrara un animal por día para carnear. Cada día las mujeres bajaban por la senda con el animal, cargando enormes jarras de tej sobre sus cabezas.

Pasaban los días y nadie desertaba del pequeño ejército de trabajadores de Nicholas.

Montado en el asiento alto del tractor, Sapper alzó con los brazos hidráulicos el primer gavión relleno. El paquete de piedras envueltas con alambre tejido pesaba varias toneladas, y la obra se detuvo cuando los trabajadores se apiñaron en las orillas del río Dandera a mirar el espectáculo. Se alzó un murmullo de asombro cuando el tractor amarillo bajó la orilla escarpada y, con el gavión en alto, se introdujo en el agua. Afrentada por la invasión, el agua del río se arremolinó furiosa en torno de las inmensas ruedas traseras, pero Sapper siguió adelante.

Cuando el agua rozó el vientre de la máquina y se alzaron nubes de vapor del colector de aceite recalentado, la multitud en la orilla empezó a aplaudir rítmicamente y gritar su aliento. Sapper apretó los frenos y bajó el pesado gavión al torrente antes de dar marcha atrás hasta salir a la orilla. Los hombres aplaudieron con fervor a pesar de que el gavión se hundió totalmente en el agua y sólo quedó un remolino en la superficie para marcar su posición. Otro gavión esperaba su turno. El tractor rodó hasta él y lo recogió con sus brazos de acero con la ternura de una madre alzando a su hijo.

Nicholas ordenó a los capataces que volvieran al trabajo. Los hombres, vestidos apenas con taparrabos, desfilaban por el valle en largas hileras. En el calor de la quebrada, su piel empapada de sudor brillaba como la antracita negra al separarse de la veta de carbón. Cada uno llevaba sobre la cabeza un canasto lleno de piedras que volcaba en el gavión abierto. Luego bajaba a la cantera con el canasto vacío. Cuando se llenaba el gavión, otra cuadrilla le colocaba la tapa y la sujetaba con alambre grueso.

-¡Veinte dólares de premio a la cuadrilla que llene más canastos hoy! -gritó Nicholas. Los hombres replicaron con un coro de gritos jubilosos y redoblaron sus esfuerzos, pero no podían alcanzar a Sapper en el tractor. Emplazaba sus muelles de piedra con gran destreza desde el agua playa de la orilla, de manera que cada gavión quedaba apoyado contra su vecino y todos calzaban en él muro para sostenerse mutuamente.

Los primeros pasos de la obra fueron escasamente visibles, pero a medida que el parapeto avanzaba bajo la superficie, el río empezaba a reaccionar con furia. El murmullo del agua se transformó en un rugido sordo al estrellarse contra el muro de Sapper.

En poco tiempo la cima del muro de gaviones asomó sobre la superficie y el río quedó reducido a la mitad del ancho normal. Su estado de ánimo se volvió agresivo. Se convirtió en un macizo torrente verde que, obligado a retroceder tras la barrera, se lanzaba a cruzar la brecha a la vez que ganaba imperceptiblemente las orillas. El río acosaba los cimientos de la represa, buscaba sus puntos débiles y a medida que crecía en altura demoraba el avance de la obra.

En los bosques fluviales río arriba se afanaban los leñadores, y Nicholas se sobresaltaba cada vez que un gran árbol caía con gritos y lamentos propios de un animal. Se consideraba un conservacionista, y algunos de los árboles talados eran varias veces centenarios.

-¿Quieres tu roñosa represa o prefieres conservar los lindos arbolitos? -gruñó Sapper al oír los lamentos de Nicholas. Este se alejó sin responder.

El trabajo incesante agotaba los músculos y tensaba los nervios hasta el límite. Los ánimos se volvían inestables. Ya había habido algunas peleas feroces entre los trabajadores, y Nicholas se había visto obligado a meterse entre los picos de acero para separar a los

contendientes.

Poco a poco, a medida que el muelle avanzaba desde la orilla, fueron comprimiendo el río en su lecho hasta que llegó el momento de trasladar las obras a la margen opuesta. Todas las cuadrillas volcaron sus esfuerzos a la construcción de un camino nuevo hasta el vado. Allí introdujeron al tractor en el agua y con cien hombres que tiraban de las sogas nuestras las enormes ruedas estriadas revolvían el agua hasta alzar espuma lograron arrastrarlo hasta el otro lado.

Entonces fue el momento de construir otro camino a lo largo de la otra margen hasta el emplazamiento de la represa. Talaron los troncos y apartaron las piedras que les vedaban el paso. Cuando el tractor pudo llegar a la represa, reanudaron la tarea de llenar y emplazar los gaviones.

Gradualmente, de a pocos metros por día, los dos muros se acercaron. A medida que se cerraba la brecha, el río se volvía más alto y turbulento, lo cual a su vez dificultaba el trabajo.

Mientras tanto, doscientos metros río arriba de la represa, las cuadrillas de Halcones y Escorpiones construían una balsa con los troncos talados en el bosque. Ataron los maderos para formar un enrejado. Lo cubrieron con gruesas planchas de PVC para volverlo impermeable y sobre éstas colocaron otro enrejado para armar un gigantesco sándwich. Sujetaron todo el dispositivo con alambre grueso de embalaje y lastraron uno de los bordes con grandes piedras.

El lastre haría que la balsa flotara casi verticalmente en el agua; uno de sus bordes rozaría el fondo del río mientras el otro asomaría sobre la superficie. Las dimensiones de la balsa terminada se correspondían con las de la brecha entre los dos estribos de la represa. Y mientras las cuadrillas construían la balsa y el muro, Sapper amontonaba gaviones en ambas márgenes río abajo de la represa.

Tres cuadrillas completas, los Elefantes, Búfalos y Rinocerontes, integradas por los hombres más fuertes y robustos, cavaban un canal profundo en la entrada del valle. Por allí se desviaría el río.

-Es un detalle fino que no se le ocurrió a tu brillante ingeniero Taita -dijo Sapper con una sonrisa de satisfacción maligna. El y Royan contemplaban la obra desde el borde de la zanja. -Esto significa que bastará elevar en dos metros más el nivel del río para desviarlo por el canal hacia el valle. Si no, hubiéramos tenido que elevarlo en casi seis metros.

-Tal vez el nivel del agua era distinto hace cuatro mil años. -Un espíritu de lealtad inexplicable para ella misma la llevaba a defender al viejo egipcio. -O tal vez cavó un canal, pero no quedaron rastros.

-No me parece -gruñó Sapper-. Al viejo no se le ocurrió, y punto. -Su expresión trasuntaba satisfacción de sí mismo. -Este punto es nuestro, señor Taita.

Royan disimuló una sonrisa. Sapper, el hombre práctico y realista, no podía sustraerse al desafío milenario. El juego de Taita lo había atrapado.

No había amenaza ni gratificación que convenciera a los monjes de trabajar los domingos. Cada sábado abandonaban el trabajo una hora antes de lo habitual y se alejaban por la senda del valle a fin de llegar al monasterio a tiempo para la comunión. Nicholas refunfuñaba y ponía cara de perro, pero en el fondo sentía tanto alivio como cualquiera de poder descansar. Estaban exhaustos, y por una vez no los despertaría el coro de maitines a las cuatro de la mañana.

Por eso, el sábado a la noche todos juraron que dormirían hasta entrada la mañana, pero por la fuerza de la costumbre Nicholas se encontró despierto y alerta a la hora inicua de

siempre. No podía quedarse en la cama, y al volver al campamento después de higienizarse en el río encontró a Royan despierta y vestida.

-¿Café? -Tomó la cafetera del fuego y le sirvió un jarro.

-Dormí muy mal -prosiguió-. Tuve un sueño ridículo. Estaba en la tumba de Mamose, perdida en un laberinto de pasadizos. Buscaba la cámara mortuoria, abría muchas puertas, y en todos los cuartos había gente. En uno de ellos estaba Duraid, quien al verme dijo, "recuerda el protocolo de los cuatro toros. Empieza desde el principio." Lo vi tan nítidamente y parecía estar tan vivo que quise acercarme, pero se me cerró la puerta en la cara y entonces supe que jamás volvería a verlo. -Sus ojos se llenaron de lágrimas que brillaron a la luz del fuego.

-¿A quiénes viste en las otras habitaciones? -preguntó Nicholas para distraerla del recuerdo doloroso.

-En el siguiente estaba Nahoot Guddabi. Me recibió con una risa odiosa y dijo, "el chacal persigue al Sol". Después su cabeza se transformó en la de Anubis, el dios chacal de la necrópolis, que ladraba y aullaba. Me asusté y salí corriendo.

Sorbió su café.

-Todo era tan tonto y absurdo. En el cuarto siguiente estaba von Schiller, que se alzó en el aire, batió las alas y dijo, "el buitre asciende y cae la piedra". Sentí tanto odio que quise pegarle, pero se fue.

-Y entonces te despertaste -dijo Nicholas.

-No. Había un cuarto más.

-¿Y quién estaba ahí?

Bajó la vista y su voz se redujo a un murmullo casi inaudible.

-Tú.

-¿Yo? ¿Y qué dije? -preguntó con una sonrisa.

-Nada -susurró, y se puso tan colorada que él se sintió intrigado.

-Entonces, dime qué hice -dijo sin dejar de sonreír.

-Nada... es decir, no te lo puedo decir.

El sueño volvió a su mente, vívido y real como la vida misma, en cada detalle de su cuerpo desnudo, su olor y la sensación de su piel. Tenía que alejarlo de su mente. Se sentía tan vulnerable como durante el sueño.

-Cuéntame -insistió.

-¡No! -Se paró bruscamente, desconcertada y aún ruborizada, sin poder borrar las imágenes del todo.

La noche anterior, había soñado con un hombre de esa manera por primera vez en su vida; jamás había experimentado un orgasmo en sueños. Al despertar, el pantalón de su pijama estaba empapado.

-Nos aguarda todo un día sin nada que hacer -dijo bruscamente. Fue lo primero que se le ocurrió.

-Al contrario. -Se paró a su vez-. Todavía tenemos que disponer todo para salir rápidamente de aquí. Cuando llegue el momento, creo que estaremos bastante apurados.

-¿Te molesta si voy contigo?

Dos cuadrillas, los Elefantes y los Búfalos, los esperaban en la cantera. Sólo faltaban los capataces. Eran los sesenta hombres más fuertes de todo el grupo. Nicholas tomó las lanchas inflables Avon. Cada lancha desinflada estaba plegada en un bulto prolijo al que estaban sujetos los dos remos. Estaban diseñadas para navegar ríos turbulentos, transportando cada una dieciséis hombres y una tonelada de carga.

Nicholas les indicó que ataran los pesados bultos a dos palos largos que habían cortado

con el fin de cargarlos. Cinco hombres en cada extremo del palo con el bulto sujeto al medio alzaron fácilmente la carga. Partieron a buen paso por la senda y apenas un grupo de cargadores se cansaba otro estaba preparado para reemplazarlo. No necesitaban detenerse para entregar la carga: cuando un grupo daba señales de cansancio, los del siguiente ponían los hombros bajo los palos y los primeros se apartaban.

Nicholas cargaba el transmisor de radio en su estuche impermeable de fibra de vidrio. No quería confiar ese instrumento tan delicado a los cargadores. Royan y él cerraban la marcha y unían sus voces a los cantos de los trabajadores al transportar la carga hasta el monasterio.

Mai Metemma los aguardaba en la terraza de la iglesia de San Frumencio. Los condujo por la escalera tallada en el precipicio hasta la orilla misma del río, sesenta metros más abajo. Después del calor y la luz del Sol, el fondo de la quebrada era frío, tenebroso y húmedo. El agua bañaba la base de los acantilados negros y la cornisa era húmeda y resbaladiza bajo sus pies.

Royan se estremeció al contemplar la corriente veloz, el vórtice que giraba en el gran tazón de piedra y la garganta estrecha de la quebrada por donde el río continuaba su travesía larga y frenética hacia Egipto en el norte.

-Si hubiera sabido que pensabas volver a casa por aquí... -Contempló el río con temor.

-Si prefieres caminar, no te detendré -contestó Nicholas-. Con suerte llevaremos una carga adicional. El río es la vía de escape más sensata.

-Lo que dices es lógico, pero eso no lo hace más tentador. -Tomó un palo encallado con otros residuos en la cornisa y lo arrojó al río. La corriente se lo llevó inmediatamente, alzándolo sobre la ola permanente que se formaba sobre un obstáculo oculto bajo la superficie.

-¿Cuál es la velocidad de la corriente? -preguntó a media voz mientras la madera se hundía bajo la superficie.

-Apenas ocho o nueve nudos -contestó él despreocupadamente-. Eso no es nada. El nivel del río todavía está muy bajo. Si quieres ver un poco de agua, espera a que empiecen las lluvias en la montaña. Será muy divertido. Conozco gente que pagaría mucha plata para navegar esta corriente. Te gustará.

-Gracias -contestó sin convicción-. No veo la hora de hacerlo.

Unos diecisiete metros por encima de la cornisa, fuera del alcance del río en su nivel más alto, había una pequeña cueva, el Santuario de la Epifanía. Siglos atrás los monjes habían abierto ese pasadizo en la roca que terminaba en una espaciosa caverna iluminada por velas. Allí había una estatua de tamaño natural de la Virgen, envuelta en una capa desteñida de terciopelo y con el Niño en brazos. Mai Metemma les permitió guardar las lanchas en la caverna contra una pared lateral. Se fueron los cargadores. Nicholas enseñó a Royan a manejar los dispositivos que desplegaban rápidamente las lanchas y los tubos de anhídrido carbónico que las inflaban en pocos minutos. Envolvió el transmisor de radio y el botiquín de emergencia en una hoja de plástico y los dejó junto a uno de los bultos donde pudiera hallarlos rápidamente en caso de necesidad.

-Vendrás conmigo en este agradable paseo, ¿no? -preguntó Royan ansiosamente-. No dejarás que me vaya solita y sola.

-Conviene que sepas manejar el equipo. Cuando llegue el momento de partir, si la cosa se pone fea tal vez necesite tu ayuda para botar las lanchas.

Una vez que subieron por la escalera al calor y la luz del Sol, el ánimo de Royan mejoró notablemente.

-Falta un poco para el mediodía y no tenemos nada que hacer. ¿Por qué no vamos a la laguna de Taita? -dijo, y él asintió complaciente.

Los Búfalos y Elefantes los acompañaron hasta la bifurcación en la senda. Allí se desviaron hacia la represa, despidiéndolos con gritos y cantos.

A pesar del breve tiempo transcurrido desde su visita anterior, la senda estaba cubierta de maleza. Nicholas tuvo que abrirla a golpes de machete, y las ramas bajas de los espinos los

obligaron a agacharse una y otra vez. Hacia la media tarde cruzaron la cresta alta y llegaron al acantilado que dominaba la laguna.

-Parece que nadie pasó por aquí después de nosotros -dijo Nicholas con evidente alivio-. No hay señales de otros visitantes.

-¿No era lo que esperabas?

-Nunca se sabe. Von Schiller es un tipo temible, y sus hombres son un verdadero encanto. El que más me preocupa es Helm. Tuve la incómoda sensación de que vendría a husmear por aquí. Veamos un poco más de cerca.

Hizo un rápido reconocimiento del terreno en busca de señales de intrusos. Luego volvió y se sentó a su lado en el borde del precipicio.

-Nada -reconoció-. Parece que todavía tenemos todo el terreno para nosotros.

-Una vez que Sapper desvíe el río, este será el teatro principal de operaciones, ¿no es cierto?

-Sí, pero antes de que Sapper termine la represa quiero instalar un vivac volante para el equipo que tenemos en la cantera. Así lo tendremos a mano cuando empecemos a explorar la laguna.

-¿Cómo bajaremos a la laguna? ¿Por el lecho seco del río?

-Supongo que podríamos usar el lecho del río para bajar desde la represa o bien subir desde el monasterio a través de los precipicios rosados.

-Pero no era tu plan -adivinó.

-Aunque esté seco, bajar por el lecho del río significa dar un rodeo muy amplio. Son entre cinco y seis kilómetros desde cualquier extremo del abismo, y además será un camino muy irregular y difícil. -Hizo una mueca de disgusto. -Este servidor conoce bien el asunto. Ya hice una vez el camino más difícil y no quiero repetir la experiencia. Recuerdo por lo menos cinco rápidos y vallas de roca.

-Si tienes una idea mejor, dilo.

-No es idea mía sino de Taita.

Royan se inclinó sobre el borde:

-¿Construirás un andamio como lo hizo él?

-Lo que fue bueno para Taita es bueno para mí -asintió-. Diría que nuestro amigo estudió la posibilidad de bajar por el lecho del río y la descartó.

-¿Y cuándo empezarás a construir el andamio?

-Ya empezamos. Tengo una cuadrilla río arriba cortando cañas de bambú a medida. Mañana empezaremos a transportarlas hasta aquí. No podemos perder un día. Una vez cerrada la represa, tenemos que bajar al fondo de la laguna lo antes posible.

En ese momento, como para subrayar la importancia de sus palabras, les llegó el redoble de un trueno remoto y ambos se volvieron sobresaltados hacia la escarpa. Unos ciento cincuenta kilómetros al norte se alzaban masas de cúmulonimbos, tenues como viejas fotografías en sepia contra las nítidas siluetas azules del muro de la escarpa. Aunque no lo dijeron, ambos pensaban en las nubes de tormenta que se acumulaban ominosas en las montañas remotas.

Nicholas miró su reloj y se paró.

-Bueno, vamos, así llegaremos al campamento antes que oscurezca.

Le tendió una mano para ayudarla a levantarse. Ella se sacudió el polvo de las bombachas y fue a pararse en el borde mismo del precipicio.

-Despierta, Taita. Ya te pisamos los talones -gritó hacia la penumbra.

-No lo provoques. -Nicholas le tomó el brazo para alejarla del borde. -Bastantes problemas nos ha dado ya el viejo réprobo.

Una vez que los leñadores terminaron su trabajo, quedaron varios tocones gruesos de

árboles en las márgenes del Dandera, río arriba de la represa. Sapper los utilizó como anclaje para una serie de cables gruesos que tendió sobre el río. En esos cables instaló hábilmente varios aparejos de poleas. Ató u n extremo del cable principal al gancho de remolque del tractor. Tendió otros dos cables, uno a cada orilla del río, donde los Búfalos y los Elefantes estaban preparados para tirar de ellos. Nicholas dirigía una cuadrilla, Mek Nimmur la otra. Había bajado del monte para dar una mano en esa fase crítica de la obra.

El enrejado de gruesos troncos aguardaba en la orilla del río ron un borde ya sumergido en el agua. Con el lastre de piedras pesadas, era una estructura difícil de manejar, que requería los esfuerzos mancomunados de todos para ocupar su lugar. Sapper estudió el dispositivo con ojos entrecerrados y echó una mirada a la represa semiterminada. Los dos muros de gaviones se extendían desde cada orilla, pero todo el caudal del río rugía al atravesar la brecha central de seis metros y medio.

-Lo que hay que evitar es que ese puto tapón se nos escape y se estrelle contra la puta pared -dijo a Nicholas y Mek-. Si no, una buena parte de la obra se nos va a la mierda. Quiero ponerlo ahí suavecito suavecito, bien asentado sobre la brecha. ¿Preguntas? Háganlas ahora o cállense para siempre. Recuerden las señales.

Sapper chupó ávidamente su cigarrillo, arrojó la colilla al río y los miró con aire lúgubre:

-Bien, señores. El último al agua es un maricón.

Nicholas y Mek sólo vestían sus shorts pardos. Los demás estaban totalmente desnudos. Recibida la orden, todos entraron hasta donde el agua les llegaba a la cintura y ocuparon sus puestos junto a los cables.

Antes de seguirlos, Nicholas echó una mirada alrededor. Esa mañana, Royan le había pedido los largavistas, pero sin dar explicaciones. Ahora comprendía por qué. Ella y Tessay se habían sentado en lo alto de la ladera para dominar la quebrada. En ese instante, Royan entregaba los largavistas a Tessay. No querían perder detalles de la operación crucial.

Nicholas contempló las hileras de hombretones desnudos. "Carajo" murmuró para sí, "hay algunos ejemplares impresionantes. Royan, querida, recuerda que las comparaciones son odiosas."

Sapper subió al tractor amarillo y el motor se puso en marcha con un rugido y una bocanada de humo de diesel. Alzó un puño. Nicholas dio la orden a su cuadrilla:

-Tiren del cable.

Los capataces la repitieron en amhárico y los hombres se echaron hacia atrás. Sapper puso el tractor en baja y lo hizo avanzar muy lentamente. Se enderezaron los cables, chillaron las roldanas y el enrejado de madera se deslizó pesadamente hacia el medio del río. El borde lastrado se hundió al instante y tocó fondo, mientras el otro quedó flotando sobre la superficie. Lentamente tiraron de él hasta que quedó flotando en posición vertical en medio del río.

La corriente empezó a arrastrarlo hacia el muro de gaviones a una velocidad alarmante. El tractor rugió y lanzó nubes de humo negro cuando Sapper lo puso en marcha atrás para dar rienda a los cables. Las cuadrillas de hombres negros desnudos cantaban al tirar; algunos ya estaban hundidos en el agua hasta el cuello.

El enrejado se estabilizó en la corriente y lo dejaron ir a paso lento hacia la brecha en el muro. Cuando se acercó peligrosamente a una orilla, Sapper alzó el puño derecho y lo hizo girar. Al instante, la cuadrilla de Mek aflojó el cable y la de Nicholas tiró del suyo hasta que el enrejado quedó alineado nuevamente con la brecha.

-Derecha, derecha hacia la brecha -rugió Sapper, y entonces la fuerza del torrente se volvió irresistible. Las dos cuadrillas ya estaban en el río, algunos hombres perdían pie y debían soltar el cable. Pero los que conservaban el equilibrio lograron frenar al enrejado lo suficiente para impedir que se les fuera y se estrellara con violencia contra la represa. Se asentó firmemente contra la brecha como un tapón colosal en el desagüe de la bañera de un gigante, y al instante se cortó el torrente.

Mientras los hombres volvían penosamente a la orilla, con los cuerpos empapados y relucientes, Sapper desenganchó los cables de su remolque y enfiló por la orilla a toda la

velocidad que daba su tractor. Nicholas se tomó de él al pasar y se alzó sobre el estribo detrás del asiento.

-Hay que apuntalarlo antes de que reviente el enrejado -chilló Sapper.

Parado precariamente en el estribo trasero de la máquina, Nicholas se tomó un instante para pensar. La represa aguantaba, pero apenas. Varios chorros de agua atravesaban todas las grietas del enrejado y los gaviones. La presión del agua contra las planchas de PVC era tremenda. El enrejado se combaba ante la embestida del río como el portón de un castillo ante la de un ariete.

Sapper alzó uno de los gaviones preparados en la orilla y bajó al lecho del río. El caudal se había reducido a un mero hilo que llegaba apenas a las rodillas. Los chorros de agua atravesaban la menor grieta, y los gaviones no eran impermeables; el agua encontraba la manera de pasar entre las piedras compactadas.

A medida que el tractor se acercaba al muro, saltando sobre el lecho irregular del río, los chorros de agua empapaban a Nicholas y Sapper. Era como trabajar bajo una ducha fría. Sapper avanzó hasta la represa y apoyó el pesado gavión contra el enrejado. Dio marcha atrás y fue a buscar otro gavión. Poco a poco levantó un muro para apuntalar el enrejado, colocando los gaviones en hileras inclinadas hasta que el muro de contención quedó tan sólido como los estribos laterales.

Nicholas saltó del tractor y dejó a Sapper ocupado con su tarea. Mientras tanto, él corrió río arriba hasta el canal abierto por las cuadrillas en la entrada del valle. La mayoría de los trabajadores estaban congregados en las márgenes de esa hondonada artificial; Royan y Tessay estaban en la primera fila de la muchedumbre eufórica.

Nicholas se abrió paso hasta Royan, quien al verlo lo tomó de la mano.

-Funciona, Nicky. La represa aguanta.

Desde su puesto de observación veían cómo el nivel de las aguas embalsadas subía por el muro formado por el enrejado y los gaviones. Mientras los hombres lo alentaban con gritos y risas, el agua ya lamía la boca del canal.

Cincuenta hombres tomaron herramientas y bajaron al lecho. Alzaron nubes de polvo al apartar la tierra removida con palas a fin de atraer el primer hilillo de agua hacia el canal. En las orillas, sus compañeros los alentaban con gritos y cánticos, y una cinta delgada de agua del río se abrió camino hacia la embocadura. Los hombres provistos de picos y palas corrieron delante de ella, incitándola a avanzar por la hondonada. Cada vez que vacilaba, los hombres se arrojaban sobre la obstrucción y la destruían.

Por fin el hilillo de agua llegó a la caída de la pendiente y todo el valle se abrió ante ella. El hilo se volvió un arroyo y luego un torrente. Con fuerza renovada dragó el canal y arremetió hacia el valle impulsado por el caudal pleno del río.

Los hombres en el fondo de la hondonada chillaron de miedo ante la brusca ferocidad del torrente y se abalanzaron hacia las orillas. Algunos no pudieron ganarlas y fueron arrastrados por el agua, revolcándose y clamando por auxilio. Sus compañeros corrieron por las orillas, les arrojaron sogas y los arrastraron del torrente, empapados y cubiertos de barro.

El río ya rugía en el canal e invadía el valle al redescubrir el lecho que había abandonado milenios atrás. Lo contemplaron durante casi una hora, sumidos en ese trance que las aguas turbulentas provocan en el hombre. Retrocedían paso a paso a medida que el río les quitaba la tierra bajo los pies.

Por fin Nicholas reaccionó y fue en busca de Sapper, todavía ocupado en apuntalar el muro de la represa. Para entonces había levantado un muro de contención río abajo del muro, con cuatro hileras de gaviones sobre el lecho que se estrechaban gradualmente hacia la cima. Por el momento la represa era sólida; el enrejado, su sector más vulnerable, estaba apuntalado por los canastos de alambre tejido llenos de piedras compactadas, y la presión sobre el muro había disminuido en gran medida, gracias al desvío del derrame hacia el valle.

-¿Crees que aguantará? -preguntó Royan, contemplando la estructura con mirada escéptica.

-Esperemos que aguante hasta las lluvias. -Nicholas se alejó con ella. -No perdamos

más tiempo aquí. Es hora de ir río abajo a iniciar las obras en la laguna de Taita.

1Siguieron las orillas del río que habían creado a lo largo del gran valle. En ciertos lugares tenían que desviarse por la ladera porque el derrame de la represa había borrado y sumergido la antigua senda. Finalmente llegaron a la confluencia del arroyo que nacía en la fuente de las mariposas que habían explorado con Tamre. Se detuvieron en la orilla y se miraron en silencio. El arroyo se había secado.

Desde ahí siguieron el lecho seco del arroyo por las colinas hasta llegar a la cornisa donde se encontraba su fuente. La cueva todavía estaba rodeada por helechos exuberantes, pero ahora parecía la cuenca del ojo de una calavera, oscura y vacía.

-¡Se secó el arroyo! -susurró Royan-. La represa lo vació. Es la prueba de que el agua venía de la laguna de Taita. Al desviar el río secamos la fuente. -Sus ojos brillaban de entusiasmo. -Vamos, no perdamos más tiempo. Vamos a la laguna de Taita.

Nicholas fue el primero en bajar a la laguna de Taita. Esa vez pudo hacerlo sentado en una silleta de albañil sostenida por un aparejo de poleas sólidamente instalado en la cima del precipicio. Cuando bajaba por el saliente, la silleta osciló contra el muro y su pulgar quedó atrapado entre el asiento y la roca. Lo liberó con un grito de dolor y advirtió que se había despellejado el nudillo. La sangre que manaba ya caía sobre su pierna. La herida era dolorosa, pero nada grave, y la chupó para restañarla. Aún goteaba sangre, pero ése no era el momento para ocuparse de ella.

Había pasado el saliente y el abismo se abría a sus pies, tenebroso y repulsivo. Su mirada fue automáticamente hacia el grabado en el muro entre las hileras verticales de nichos. Ahora que sabía lo que buscaba, reconoció la silueta del halcón mutilado. Eso lo animó y alentó a seguir adelante. Desde un mes antes, cuando huyeron de la quebrada, lo acosaba la sensación de que todo había sido producto de su imaginación, de que el cartucho de Taita había sido mía alucinación y que hallaría el muro del precipicio liso e intacto. Pero ahí estaba, como una señal y una promesa.

Al bajar la vista al fondo de la quebrada bajo sus pies, advirtió que la catarata sobre la laguna se había reducido a un hilo. El agua que aún descendía por el liso canal negro de piedra lustrada era la que conseguía filtrarse entre las grietas de la represa río arriba y la que aún drenaban las playas de arena y las piletas de la quebrada.

El nivel de la gran laguna a sus pies había bajado drásticamente. Las manchas de humedad en los muros del precipicio indicaban hasta dónde había llegado el agua en su nivel anterior. Quince metros de pared antes sumergida habían emergido sobre la superficie. Ocho pares adicionales de nichos habían salido a la luz. Antes se había visto obligado a sumergirse para alcanzarlos, pero ahora ya se secaban.

Con todo, la laguna no se había vaciado totalmente. No podía hacerlo por flujo gravitacional porque el nivel de la pileta central era inferior al del canal eferente. En el centro aún quedaba un charco de agua negra rodeado por una cornisa delgada. Nicholas llegó a ese reborde de piedra y bajó de la silleta. Le parecía insólito estar parado sobre la roca firme en el mismo lugar donde había luchado por su vida y había estado a punto de perderla bajo el agua.

Alzó la vista a donde los rayos del Sol penetraban en el abismo. Como si se encontrara en el fondo de un socavón, se estremeció al roce del aire húmedo en sus brazos desnudos y una sensación de miedo se apoderó de su estómago. Tiró de la cuerda para indicar que elevaran la silleta y con pasos cautelosos caminó por la cornisa húmeda hacia el muro donde las hileras de nichos oscuros se destacaban en la roca de color más claro.

Ahora alcanzaba a divisar los bordes del boquete en el muro que casi lo había succionado hacia su gollete oscuro y legamoso. Estaba casi totalmente sumergido en un rincón más profundo donde el agua formaba un remanso contra el muro. Sólo asomaba el arco

superior de una oquedad irregular al pie de las hileras descendentes de los nichos. El resto estaba sumergido.

La cornisa se estrechaba hacia el pie del precipicio, y al final, aunque apoyaba la espalda contra el muro, los dedos de sus pies se mojaban en el agua. Llegó el momento en que no pudo avanzar más sin hundir los pies en ésta. No tenía forma de medir la profundidad del charco de aguas turbias y repulsivas.

Tratando de mantener los pies fuera del agua, se agazapó en la cornisa y se inclinó hasta donde pudo sin perder el equilibrio. Apoyó una mano contra el muro para estabilizarse y extendió la otra hacia el boquete parcialmente sumergido.

Tal como lo recordaba, el borde de la abertura era liso, y nuevamente tuvo la sensación de que era demasiado cuadrado y recto para no ser artificial. Al arremangarse advirtió que el pulgar herido aún sangraba, pero sin hacerle caso hundió el brazo en el agua de la laguna. Tanteó en busca del umbral del boquete. Palpó lo que parecían ser bloques de mampostería tosca y extendió el brazo un poco más, hasta que el agua le llegó al bíceps.

Una criatura viva, ágil y pesada, agitó el agua turbia frente a su cara, y Nicholas encogió el brazo bruscamente, por reflejo. La cosa siguió su mano hasta la superficie y, laceró su carne con dientes largos y puntiagudos como agujas. El alcanzó a ver una cabeza horrible y maligna como la de una barracuda. Supo instintivamente que lo había atacado atraída por el olor de la sangre de su pulgar herido.

Se paró de un salto, sujetando su brazo, y estuvo a punto de caer de la cornisa. La criatura lo había rozado apenas con uno de sus incisivos, pero éste, filoso como una navaja, le había abierto una herida larga y superficial en el dorso de la mano, de la cual manaba sangre que caía al charco a sus pies.

Al instante las aguas negras empezaron a hervir, agitadas i r criaturas acuáticas frenéticas. Nicholas apoyó la espalda contra el muro de piedra y las contempló con asco y horror. Divisaba vagamente las formas sinuosas como serpentinas, algunas de ellas tan gordas como su pantorrilla, negras y relucientes.

Una de las criaturas asomó la cabeza del agua y tiró un mordisco. Tenía ojos inmensos y brillantes, hocico alargado, mandíbulas con dientes que se superponían a los labios delgados. El cuerpo detrás de la cabeza medía dos metros y azotaba el agua como un látigo para lanzarse sobre la cornisa en busca de las piernas desnudas de Nicholas. El gritó con asco y dio un salto hacia atrás en busca del tramo más ancho de la cornisa. La horrible cabeza había desaparecido, pero la superficie de la laguna aún estaba agitada por las ágiles figuras serpentinas.

"¡Anguilas!", se dijo. "Anguilas tropicales gigantes."

Desde luego, la sangre las había atraído. La caída del nivel del agua las había atrapado en la laguna, en cantidades tales que seguramente ya habían devorado los peces que constituían su alimento. Estaban famélicas. Todos los charcos que quedaban en la quebrada debían de estar infestados por las horrendas criaturas. Afortunadamente, en su primera visita a la laguna no había sangrado.

Se quitó el pañuelo de algodón del cuello para vendarse la mano herida. Las anguilas eran una amenaza mortal para cualquiera que intentase explorar el boquete. Pero ya estaba pensando en la manera de eliminarlas para acceder al pasadizo subterráneo.

Gradualmente disminuyó el frenesí de la charca y la superficie se aquietó otra vez. Nicholas alzó la vista: la silleta de madera volvía a descender y de ella pendían las delgadas y hermosas piernas de Royan.

-¿Qué hallaste? -preguntó excitada-. ¿Hay un túnel...

-Se interrumpió al ver las manchas de sangre en su ropa y su mano vendada-. Dios mío, ¿qué te pasó? ¿Estás muy lastimado? -Se paró en la cornisa y tomó su mano con gran cuidado. -¿Qué te hiciste?

-No te preocupes. Sangra mucho pero no es profunda.

-¿Pero qué pasó?

-¡Mira!

Arrancó un retazo del pañuelo ensangrentado y lo arrojó al agua.

Royan gritó horrorizada cuando el agua rompió en hervor, agitada por largas sombras furtivas. Una de ellas arrojó la mitad de su cuerpo monstruoso sobre la cornisa y al deslizarse de vuelta al agua dejó un viscoso rastro plateado sobre la piedra negra.

-Los perros guardianes de Taita nos impiden la entrada

-dijo Nicholas-. Tendremos que ocuparnos de estas criaturitas de Dios antes de explorar la entrada bajo la superficie.

El andamio de bambú construido por Sapper y Nicholas en la ladera quedó encajado en los nichos abiertos en la piedra casi cuatro mil años atrás. Taita probablemente había sujetado su estructura con sogas de corteza de árbol, pero Sapper usó alambre galvanizado grueso y la estructura resultante podía soportar el peso de muchos hombres. Los Búfalos formaron una cadena humana para pasar máquinas y materiales de mano en mano.

La primera pieza que llegó al fondo de la caverna fue el generador portátil Honda EM500. Sapper lo conectó a las luces que había instalado al pie del precipicio. El pequeño motor de nafta era silencioso, pero generaba una cantidad de energía impresionante. Las luces penetraron hasta los últimos rincones de la caverna e iluminaron el gran tazón de piedra como si fuera un escenario.

La luz provocó un cambio de ánimo instantáneo. Todos se mostraron más alegres y confiados. Los hombres en el andamio rieron y cuchichearon con entusiasmo al ver a Royan que bajaba para reunirse con Sapper y Nicholas en el borde de la laguna.

-Bien, ya sabemos que funciona. Apaguen la luz -indicó Nicholas.

-Este lugar es tan oscuro y deprimente... -objetó Royan.

-Hay que ahorrar combustible. No tenemos una estación de servicio en la esquina. Tenemos apenas doscientos litros de reserva y aunque el Honda consume poco, hay que ahorrar. No sabemos cuánto tiempo estaremos en el túnel.

Royan hizo una mueca de resignación, y cuando Sapper apagó el generador, la caverna quedó sumida nuevamente en las lóbregas tinieblas. Royan miró las aguas oscuras.

-¿Qué harás con esas criaturas horribles? -preguntó, mirando la mano vendada de Nicholas.

-Sapper y yo hemos elaborado un plan. Íbamos a vaciar la charca con baldes mediante una cadena humana, pero con tanta agua que sigue bajando por el río sería poco práctico.

-No podríamos con ese caudal aunque trabajáramos las veinticuatro horas -gruñó Sapper-. Ahora, si al mayor se le hubiera ocurrido traer una bomba de desagüe...

-Nadie puede pensar en todo, Sapper. Ni siquiera yo. Vamos a construir una ataguía en torno del boquete y vaciar esa parte de la laguna.

Royan se apartó para observar los preparativos. Llevaron media docena de gaviones vacíos hasta el borde de la laguna, donde los llenaron parcialmente con piedras recogidas en el lecho del río. Con todo, se cuidaron de que no estuvieran tan llenos como para resultar inmanejables. En esas profundidades a donde no podía llegar el tractor tenían que recurrir a la fuerza de trabajo más primitiva: el músculo del hombre. Aún tenían suficientes hojas amarillas de PVC para envolver cada gavión y volverlo impermeable.

-¿Y tus anguilas? -Fascinada por las inmundas criaturas, Royan se mantenía alejada del borde de la laguna. -¡No puedes obligar a los hombres a meterse en el agua!

-Espera y verás. Tus amados pececillos ya verán lo que es bueno -contestó Nicholas con una sonrisa.

Finalizados los preparativos para la construcción de la ataguía, Nicholas hizo salir a todo el mundo de la caverna. El solo se quedó en el fondo, con una bolsa de granadas de fragmentación que había pedido a Mek Nimmur.

Tomó una granada en cada mano. "Siete segundos", se dijo. "Mosca seca Quenton-Harper, ¡más efectiva que la Royal Coachman!"

Sacó los seguros de las granadas y las arrojó al centro de la charca. Luego corrió hacia el rincón más alejado, se arrodilló de cara al muro y se tapó las orejas con las manos.

Cerró los ojos a la espera del estampido. El piso de piedra saltó bajo sus pies y la doble onda expansiva lo golpeó con una fuerza brutal que expulsó el aire de sus pulmones. En la caverna estrecha los estampidos eran atronadores, pero había protegido bien sus orejas, y el agua profunda había absorbido la mayor parte de la explosión. Se alzaron dos chorros de agua que salpicaron el muro y cayeron como baldazos sobre él, empapándolo de pies a cabeza.

Se paró apenas cesó la reverberación. Su oído no estaba afectado y no había sufrido otro daño que un baño con agua helada. La superficie del agua estaba en movimiento. Decenas de anguilas enormes saltaban y mostraban sus vientres blancos al retorcerse. Muchas estaban muertas y flotaban inertes, con sus vientres abiertos por las esquirlas, pero otras apenas estaban atontadas. Conocía su apego tenaz a la vida y sospechaba que tardarían poco tiempo en recuperarse, pero por el momento no eran peligrosas.

-Listo, Sapper -gritó hacia arriba-. Diles que bajen.

Los hombres bajaron por el andamio y contemplaron atónitos la masacre provocada por las granadas. Desde la cornisa comenzaron a sacar los cuerpos de las anguilas muertas.

-¿Ustedes las comen? -preguntó Nicholas a un monje.

-¡Deliciosas! -El clérigo se frotó el estómago al pensar en el festín.

-Basta, angurrientos -exclamó Sapper-. Al trabajo. Instalemos los gaviones antes que los bichos los coman a ustedes.

Con una caña de bambú a modo de sonda, Nicholas halló que el nivel del agua en la entrada del túnel superaba ampliamente la estatura del hombre más alto. Tuvieron que arrastrar los gaviones hasta su emplazamiento y luego completar el rellenado. La tarea fue ardua y agotadora, pero al cabo de dos días quedó emplazada una presa semicircular que aislaba el acceso submarino del resto de la laguna.

Con cubos de madera y jarras de arcilla de las de tej, los Búfalos vaciaron el pequeño embalse en la charca principal. Nicholas y Royan observaban en ansioso silencio a medida que bajaba el nivel del embalse y aparecía el boquete del precipicio.

En poco tiempo pudieron advertir que era casi rectangular, (le unos tres metros de ancho por dos de altura. El paso del agua había erosionado los costados y el techo, pero al bajar el nivel aparecieron los restos de los bloques de piedra que probablemente habían sellado la entrada. Cuatro hileras de bloques que aún ocupaban el lugar donde los habían colocado los antiguos albañiles formaban el umbral de la abertura; el resto, arrancados de sus sitios por las inundaciones de varios milenios, bloqueaban parcialmente el túnel.

Nicholas bajó rápidamente al embalse. Aunque no estaba vacío, era incapaz de dominar su impaciencia. Chapoteando en el agua que le llegaba a las rodillas se introdujo en el boquete y trató de apartar los escombros que le impedían el paso.

-No hay duda de que es un túnel -exclamó, y Royan, dominada a su vez por la impaciencia, saltó al embalse y se asomó por el boquete.

-Está obstruido -exclamó decepcionada-. ¿Crees que Taita lo hizo deliberadamente?

-Puede ser. Es difícil saberlo. Yo diría que estos escombros fueron depositados aquí por el río, pero es posible que Taita haya rellenado el túnel a medida que salía.

-Nos va a dar un trabajo enorme despejar el túnel apenas lo suficiente para saber adónde conduce. -Royan parecía descorazonada.

-Lamentablemente, así es. Habrá que retirar los escombros a mano y no tendremos tiempo para respetar las sutilezas de una excavación arqueológica en regla. -Salió del embalse y le dio una mano para ayudarla a subir a la cornisa. -Bueno, al menos tenemos luz -añadió-. Los hombres trabajarán por turnos día y noche hasta abrirnos paso.

Librodot

Embalsaron el río Dandera -dijo Nahoot Guddabi, y Gotthold von Schiller lo miró atónito. -¿Embalsaron el río? ¿Está seguro? -preguntó. -Sí, Herr von Schiller. Nuestro espía en el campamento de

Harper nos mantiene al tanto de todo. Hay trescientos hombres trabajando en la quebrada. Y eso no es todo. Hizo traer por aire una gran cantidad de equipos y provisiones. Parece una operación militar. Nuestro espía dice que tiene incluso una pieza de equipo pesado, una especie de tractor.

Von Schiller se volvió hacia Jake Helm, quien asintió para confirmar la noticia.

-Es la pura verdad, Herr von Schiller. Harper debe de haber invertido mucho dinero. El transporte aéreo solo pudo costarle más de cincuenta mil.

Por primera vez desde que recibió el mensaje satelital que lo había traído desde Francfort, von Schiller empezaba a sentir cólera. Había volado directamente a Addis Abeba, donde el Jet Ranger lo aguardaba para transportarlo hasta el campamento principal de Pegaso en la escarpa sobre la quebrada del Abbay.

Si era cierto -y no ponía en duda la palabra de Helm-, Harper había hecho un descubrimiento sumamente importante. Miró por la ventana de la cabaña prefabricada hacia donde el Dandera discurría por el valle. Era un río ancho. Embalsar semejante caudal era una obra cara y difícil en un lugar tan remo 1 to y primitivo; un proyecto que nadie encararía a la ligera o sin la perspectiva de una gratificación importante. La hazaña del inglés merecía su renuente admiración.

-¡Muéstreme dónde está emplazada la represa! -ordenó. Helm bordeó la mesa para colocarse a su lado. Von Schiller ocupaba su tarima, y los ojos de ambos estaban a la misma altura.

Helm se inclinó sobre la fotografía satelital para señalar con precisión el emplazamiento de la obra y juntos la estudiaron unos minutos.

-¿Qué le parece, Helm?

El capataz meneó la cabeza, hundida entre sus anchos hombros.

-Sólo puedo especular.

-Hágalo -dijo von Schiller, pero Helm vaciló.

-¡Adelante! -insistió von Schiller.

-Una posibilidad es que quiera trasladar el volumen de agua río abajo para deslavar un yacimiento de oro en pepitas o de objetos de metales preciosos, o bien la sobrecarga que cubre la tumba...

-¡Muy improbable! -interrumpió von Schiller-. Es un método de excavación ineficaz y costoso.

-Sí, es una conjetura traída de los pelos -dijo el obsecuente Nahoot, pero nadie lo miró.

-¿Tiene otra hipótesis? -Von Schiller miró a Helm fijamente.

-Sólo se me ocurre otra razón para construir una represa: acceder a algo que se encontraba bajo el agua, en el lecho del río.

-Eso me parece más lógico -musitó von Schiller, y volvió su atención a la fotografía-. ¿Qué hay río abajo del embalse?

-En este lugar, el río penetra en una quebrada angosta y profunda -contestó Helm a la vez que señalaba un punto en la foto-. Un poco más abajo de la represa. Esta quebrada, de unos doce kilómetros de longitud, termina a poca distancia del monasterio. La he sobrevolado, parece infranqueable, y sin embargo...

-¡Siga, siga! Sin embargo, ¿qué?

-En uno de los vuelos vimos a Harper y la mujer sentados en el terreno alto sobre la quebrada. Precisamente aquí. -Sen aló el lugar, y von Schiller se inclinó para mirarlo.

-¿Qué hacían? -preguntó sin alzar la vista.

-Nada. Estaban sentados en el borde del precipicio sobre la quebrada.

-¿Los vieron a ustedes?

-Por supuesto. Pasamos en el helicóptero. Nos oyeron cuando nos acercábamos y

Harper agitó el brazo.

Von Schiller se sumió en el mutismo durante tanto tiempo que los demás empezaron a mirarse, incómodos y agitados. Cuando volvió a hablar, Nahoot se sobresaltó.

-Evidentemente, Harper tiene razones para creer que la tumba está en la quebrada abajo de la represa. ¿Cuándo y cómo tendrá contacto con el espía en el campamento de Harper?

-Harper recibe provisiones de las aldeas de la escarpa. Las mujeres llevan ganado para carnear y jarras con tej. Nuestro hombre envía sus informes con una de las mujeres.

-¡Ya, ya! No me interesan tantos detalles. Sólo quiero saber si Harper está trabajando en la quebrada río abajo. ¿Cuándo podrá averiguarlo?

-Pasado mañana a más tardar -le aseguró Helm.

Von Schiller se volvió hacia el coronel Nogo, en el otro extremo de la mesa. Hasta entonces éste se había limitado a observar y escuchar en silencio.

-¿Cuántos hombres tiene usted en la región? -preguntó von Schiller.

-Tres compañías enteras, trescientos hombres en total. Todos bien entrenados. Muchos son veteranos de la guerra.

-¿Dónde están? Venga y muéstreme en el mapa.

El coronel fue a colocarse a su lado:

-Una compañía aquí, otra instalada en la aldea de Debra Maryam, la tercera al pie de la escarpa, lista para atacar el campamento de Harper.

-Creo que debería atacar ahora mismo -terció Nahoot-. Eliminarlos antes de que abran la tumba...

-Cállese la boca -le espetó von Schiller sin dignarse mirarlo-. Cuando quiera su opinión, se la pediré. -Estudió el mapa durante unos momentos y se dirigió nuevamente a Nogo: -¿Cuántos hombres tiene el jefe guerrillero... cómo se llama... el que se alió con Harper?

-Mek Nimmur no es un guerrillero. Es un bandido, un conocido terrorista shufta -replicó Nogo con vehemencia.

-Libertador para los amigos, terrorista para los enemigos -dijo von Schiller con sorna-. ¿Cuántos hombres tiene bajo su mando?

-Pocos. Menos de cien, tal vez apenas cincuenta. Todos vigilan el campamento de Harper y la represa.

Von Schiller asintió pensativo, mientras se tironeaba del lóbulo de la oreja.

-Me gustaría saber cómo Harper y su gente entraron en Etiopía -musitó-. Sé que volaron desde Malta, pero es imposible que el avión aterrizara en la quebrada.

Saltó de su tarima y fue a la ventana desde la cual dominaba el panorama. Contempló el fondo de la quebrada, un paisaje de acantilados, colinas irregulares, mesetas salvajes envueltas en la bruma azul de la lejanía.

-¿Cómo pudieron llegar sin que se enteraran las autoridades? ¿Saltaron en paracaídas junto con las provisiones?

-No -dijo Nogo-. Según mi informante, vino por tierra con Mek Nimmur un par de días antes de que llegaran las provisiones.

-Pero, ¿desde dónde? -preguntó von Schiller-. ¿Dónde está la pista aérea más cercana capaz de recibir a un avión grande?

-Si vino con Mek Nimmur, lo más probable es que aterrizara en Sudán. Nimmur tiene su base de operaciones allá. Hay muchas pistas abandonadas cerca de la frontera. Usted sabe, la guerra... -Nogo se encogió de hombros. -Los ejércitos se desplazan, y esa guerra empezó hace más de veinte años.

-¿Desde Sudán? -Von Schiller buscó la frontera en el mapa. -O sea que llegaron bordeando el río.

-Es lo más probable.

-Entonces, es igualmente probable que Harper piense escapar por ahí. Quiero que desplace la compañía que tiene en Debra Maryam hasta aquí y aquí. Las dos orillas, río abajo del monasterio. Deben estar preparados para impedir que Harper llegue a la frontera con

Sudán si decide escapar.

-Sí. ¡Bien! Muy buena táctica. -Nogo asintió con entusiasmo. Sus ojos brillaban codiciosos detrás de sus gafas.

-Emplace los demás hombres en el pie de la escarpa. Dígales que eviten todo contacto con los de Mek Nimmur, pero que estén preparados para desplazarse rápidamente, copar la zona de la represa y bloquear la quebrada apenas yo dé la orden.

-¿Cuándo será? -preguntó Nogo.

-Lo vigilaremos con mucho cuidado. Si descubre algo, empezará a retirar los objetos. Muchos serán tan grandes que no podrá ocultarlos. Su informante se enterará. Entonces lo atacaremos.

-Debería atacarlo ya, Herr von Schiller -dijo Nahoot-. No le dé la oportunidad de abrir la tumba.

-¡Idiota! -gruñó von Schiller-. Si nos precipitamos, tal vez nunca descubramos lo que evidentemente él ya sabe sobre el emplazamiento de la tumba.

-Podríamos forzarlo...

-Si algo aprendí en la vida, es que no se puede forzar a un hombre como Harper. Hay cierta clase de ingleses... recuerdo la ultima guerra... -Frunció el entrecejo. -No, son gente dura. No debemos precipitarnos. Cuando Harper descubra algo, será el momento de atacar. -Su mueca de preocupación se transformó gradualmente en una sonrisa fría. -Esperar. Hay que saber esperar el momento oportuno.

Los escombros que llenaban el pasadizo no estaban tan compactados como para impedir el paso del agua; si no, la corriente no habría succionado a Nicholas en su primera inmersión en la laguna. Había algunos resquicios en el tapón allí donde estaban atascadas las piedras más grandes o donde un tronco de árbol arrastrado por la corriente ocupaba todo el ancho del túnel. El agua buscaba los puntos débiles de esas secciones y los mantenía abiertos.

No obstante, los escombros se habían calzado allí a lo largo de los siglos, y para extraerlos se requería un esfuerzo titánico. La falta de espacio para trabajar era un obstáculo adicional. Sólo tres o cuatro robustos Búfalos cabían en el túnel. Los demás se limitaban a retirar las piezas a medida que se las pasaban.

Nicholas los hacía trabajar en turnos de una hora. Tenían más mano de obra de la que necesitaban, y el cambio frecuente de turno permitía contar en todo momento con hombres descansados, fuertes y ávidos por ganarse los dólares de plata extra que Nicholas les había prometido. En cada cambio de turno, Nicholas se hundía en el túnel con la cinta métrica de Sapper y medía el progreso del trabajo.

-¡Cuarenta metros! Bien por los Búfalos -dijo a Hansith Sherif, el monje capataz. Miró el hilo de agua que corría a sus pies. El piso del túnel descendía a un ángulo constante. Miró desde el interior hacia la laguna: a la luz de los reflectores se apreciaba claramente la forma rectangular de las paredes. Era evidente que un ingeniero lo había diseñado y supervisado los trabajos.

Miró nuevamente el piso del túnel, observó el flujo del agua y trató de estimar la profundidad con respecto al nivel original del río.

"Veinticinco a treinta metros -pensó-. Con razón la presión en la boca del túnel casi me aplastó..." Un fragmento de forma extraña entre sus pies interrumpió sus pensamientos. Se inclinó para recogerlo, lo acercó a un reflector y lo estudió atentamente. Le quitó el barro con los dedos y sonrió.

-¡Royan! -gritó, al chapotear de vuelta hacia la entrada del túnel. Blandió el fragmento con gesto triunfal: -¿Qué me dices de esto?

Sentada sobre la ataguía, extendió el brazo y tomó el fragmento.

-¡Virgen santísima! ¿Dónde lo encontraste, Nicky?

-En el barro. En medio del túnel, donde ha estado durante cuatro mil años. Allí donde lo dejó caer uno de los trabajadores de Taita, probablemente cuando bebía un trago de vino a espaldas del capataz.

Royan examinó ávidamente el fragmento de cacharro a la luz de una lámpara.

-Tienes razón, Nicky. Es un trozo de ánfora de vino. Mira el cuello alargado y el borde con pico. Pero si hubiera alguna duda, v no la hay, el pirograbado en el borde indica que pertenece a nuestro período. No puede ser anterior al 2000 antes de Cristo.

Sin soltar el fragmento, saltó al fondo barroso del embalse y le echó los brazos al cuello.

-Es un indicio más, Nicky. Pisamos las huellas de Taita. ¿No pueden trabajar más rápidamente? ¡El viejo rufián ya siente nuestro aliento en la nuca!

Cuando el turno siguiente llevaba media hora de trabajo, gritos de entusiasmo reverberaron en el túnel, y Nicholas corrió hacia el fondo.

-¿Qué pasa, Hansith? -preguntó en árabe al monje capataz-. ¿Qué significan esos gritos?

-Nos hemos abierto paso, effendi. -Hansith Sherif sonrió, v sus dientes brillaron en su cara negra y sucia de barro. Nicholas avanzó ansiosamente entre los trabajadores. Al quitar un enorme canto rodado, habían abierto un boquete. Introdujo su linterna a pilas en el hueco abierto en el muro, pero sólo pudo divisar un hueco negro.

Al volver, palmeó la espalda del monje.

-Buen trabajo, Hansith. Un dólar de premio para cada uno. ¡Pero que sigan trabajando! Quiten todos los escombros.

Pero la orden no era tan fácil de cumplir. Se sucedieron otros dos turnos antes de que el túnel quedara limpio de escombros y materia extraña. Sólo entonces Royan y Nicholas pudieron llegar al umbral de la caverna donde desembocaba el túnel.

-¿Qué pasó aquí? ¿Qué causó esto? -preguntó Royan, desconcertada, mientras la linterna de Nicholas barría la gran oquedad.

-Creo que hubo un derrumbe. Parece que había una falla en el estrato de la roca aquí y aquí. -El haz iluminó las grietas en el techo de la caverna.

-¿Crees que el flujo del agua por el túnel lo dragó?

-Exactamente. -Nicholas iluminó el piso. -El piso del túnel también se hundió.

A sus pies, donde se hundía la roca, se abría un pozo profundo. Tres metros abajo del borde había una gran laguna circular con paredes verticales. El techo se había hundido para formar una bóveda irregular de piedra y la orilla opuesta de la laguna, a más de treinta metros de donde se encontraban, estaba hundida en las tinieblas.

Aparentemente no había manera de salvar el obstáculo sin hundirse en el agua. Nicholas pidió a los gritos una larga caña de bambú de las que habían usado para construir el andamio. El palo medía diez metros y no era fácil transportarlo por el túnel. Nicholas lo hundió en el agua tenebrosa hasta donde alcanzaba su brazo para sondear la laguna.

-No toca fondo. -Meneó la cabeza. -¿Sabes lo que pienso? -Sacó la caña y la devolvió a Hansith.

-No, dímelo.

-Creo que esta es la falla natural que lleva el agua hasta el otro lado de la colina y la hace aflorar en la fuente de las mariposas. El río abrió su propio lecho.

-Entonces, ¿por qué no se vació? -preguntó Royan, contemplando perpleja la laguna.

-Probablemente hay un codo en U en el pasadizo. El agua quedó atrapada como en el codo de un desagüe.

Iluminó el agua con el haz de su linterna, y Royan lanzó un grito de asco y horror cuando una anguila gigantesca se elevó hasta la superficie atraída por la luz.

-¡Qué asco! -Involuntariamente dio un paso atrás. -Todo el río debe de estar infestado por estas criaturas.

La silueta sinuosa recorrió todo el borde de la laguna antes de hundirse nuevamente.

-Si es verdad que se derrumbó un tramo del piso, el túnel de Taita debería seguir más allá de este pozo. -Señaló la orilla opuesta de la laguna, y Nicholas apuntó el haz de la linterna en esa dirección. -¡Mira, Nicky! Ahí está.

Un boquete rectangular se abría frente a ellos al otro lado de la laguna.

-¿Cómo cruzaremos? -preguntó desalentada.

-La respuesta es que no será fácil. ¡Carajo! -exclamó Nicholas con vehemencia-. Nos va a llevar otros dos días, y ya estamos cortos de tiempo. Habrá que tender un puente.

-¿Qué clase de puente?

-Dile a Sapper que venga. Esa es su tarea.

Sapper llegó al borde de la laguna y contempló la orilla opuesta.

-Pontones -gruñó-. ¿Cuántas balsas inflables tienes escondidas?

-Ni lo pienses, Sapper. -Nicholas meneó la cabeza. -No vas a poner tus manos sucias en mis balsas.

-Bueno, tú mandas -replicó Sapper con un gesto de resignación-. Sería lo más fácil y rápido. Anclar una balsa en medio de la laguna y tender un andén sobre ella. Necesito algo que flote...

-Baobab. -Nicholas chasqueó los dedos. -Eso es lo que hace falta. La madera seca de baobab es liviana como la madera balsa y flota tan bien como un inflable.

-Hay cualquier cantidad de baobabs en las laderas -asintió Sapper-. Uno de cada dos árboles es un baobab.

A cien metros de la cima del precipicio crecía un magnífico ejemplar de Adansonia digitata. Su corteza lisa era semejante a la piel de los grandes reptiles de la era de los dinosaurios. Su circunferencia era inmensa: veinte hombres no alcanzaban a abarcarla. Las ramas superiores estaban retorcidas y desnudas, y daba la impresión de haber muerto cien años antes. El único indicio de vida eran las enormes vainas con sus cáscaras aterciopeladas; apiñadas en las ramas más altas, reventaban para derramar las semillas negras bañadas en viscosa crema blanca.

-Los zulués dicen que el gran espíritu Nkulu Kulu plantó el baobab patas arriba, con las raíces en el aire, para castigarlo -dijo Nicholas mientras contemplaban la enorme envergadura (le la copa.

-¿Por qué lo hizo? -preguntó Royan-. ¿Qué hizo el pobre baobab para merecer semejante castigo?

-Se jactó de ser el árbol más alto y grueso del bosque. Por eso el Nkulu Kulu decidió inculcarle un poco de humildad.

Una de las ramas gigantescas, rota bajo su propio peso, yacía sobre el suelo rocoso. La madera blanca y fibrosa era liviana como el alcornoque. Guiados por Nicholas, los leñadores la cortaron en trozos de tamaño manejable. Las transportaron por el túnel hasta el sumidero, donde Sapper unió los troncos y los tendió sobre la laguna como una senda. Sujetó ambos extremos a la roca y tendió un andén de cañas de bambú. El puente de baobab flotaba sobre el agua y aunque se hamacaba y oscilaba, podía sostener a una docena de hombres.

Nicholas fue el primero en cruzar el sumidero. Apoyó una escalera tosca contra la orilla vertical y subió a la boca del túnel en la orilla opuesta de la laguna. Royan le pisaba los talones.

Desde la entrada a la continuación del túnel, apenas Nicholas lo iluminó con su linterna, advirtieron el cambio en el tipo de construcción. El torrente del río no había dragado y erosionado ese tramo del túnel en la misma medida que el otro. Probablemente el caudal principal se drenaba por el sumidero. Las dimensiones eran idénticas, dos metros de altura por tres de ancho, pero la forma rectangular era más precisa, y aunque las paredes y el techo eran irregulares como los de un socavón de mina, aparecían claramente las marcas de las

herramientas empleadas para abrirlo. El piso del túnel era un tosco pavimento de lajas de piedra.

Ese tramo también había estado sumergido, porque se encontraba bajo el nivel natural del río antes de que lo embalsaran. El pavimento estaba húmedo y cubierto de un légamo que no había tenido tiempo para secarse desde que el receso de las aguas permitió el paso del aire. Las paredes y el techo chorreaban agua; el aire húmedo y frío estaba impregnado de olor a barro y podredumbre.

Esperaron que Sapper tendiera los cables sobre el puente e instalara las luces. Al encenderlas, vieron que el túnel ascendía en un ángulo de aproximadamente veinte grados.

-El viejo rufián Taita nunca deja de hacer de las suyas. Nos llevó muy abajo del nivel del agua para inundar un tramo del túnel lo suficientemente largo para que no se lo pudiera atravesar a nado. Ahora vuelve a subir -dijo Nicholas. El y Royan avanzaron con paso inseguro por el pasadizo ascendente. Nicholas contaba los pasos en voz alta.

-Ciento ocho, ciento nueve, ciento diez... -Bruscamente llegaron al reciente nivel inferior del río,' señalado claramente por una marca en la pared donde terminaba la humedad. El pavimento bajo sus pies también estaba seco y libre de fango. Cincuenta pasos más adelante superaron el nivel que alcanzaba el río en la época de las crecidas, igualmente marcado en las paredes y el piso rocosos. En ese tramo el túnel nunca se inundaba, y se hallaba en el mismo estado en que lo habían dejado los albañiles esclavos de los egipicios cuatro milenios antes. Las marcas de los cinceles de bronce eran tan claras como si las hubieran hecho la semana anterior.

Apenas tres metros más allá del nivel más alto alcanzado por el agua del río, llegaron a una plataforma de piedra. Allí el piso era horizontal y el túnel se replegaba sobre sí mismo.

-Tomémonos un minuto para admirar esta hazaña de la ingeniería. -Nicholas tomó el brazo de Royan y señaló el tramo del túnel que acababan de recorrer. -Taita colocó esta plataforma en la que nos hallamos precisamente sobre el nivel más alto del río. ¿Cómo pudo calcularlo con tanta precisión? No tenía un nivel de anteojo, y sus instrumentos de medición eran sumamente primitivos. Sin embargo, lo calculó con precisión absoluta. Es una obra genial.

-Bueno, en su texto repite una y otra vez que era un genio. Supongo que habrá que creerle, ¿no? -Le tironeó el brazo-. Vamos, tengo que ver qué sigue después del recodo -dijo con impaciencia.

Juntos doblaron el codo de ciento ochenta grados. Nicholas sostenía la lámpara eléctrica en alto y el cable se extendía hacia atrás por el pasadizo. Al ver lo que aparecía ante ellos, Royan lanzó una exclamación y aferró la mano libre de Nicholas. El asombro los detuvo en seco.

Taita había diseñado el codo de la rampa ascendente para provocar un efecto dramático. El tramo inferior del pasadizo era una construcción tosca de paredes irregulares y desnudas, techo basto y lleno de grietas. Con su cálculo exacto de los niveles, Taita sabía que los tramos inferiores del pasadizo estarían sumergidos y sujetos a la erosión del agua. No había perdido tiempo ni esfuerzo en embellecerlos.

Ante ellos se alzaba una amplia escalinata. El ángulo de ascenso era tal que, desde la plataforma donde se encontraban, no se alcanzaba a ver la cima. Cada escalón ocupaba todo el ancho del túnel y su altura era de un palmo. Las caras eran de gneis moteado; cada laja estaba lustrada y cortada con tal precisión que las juntas eran casi invisibles. El techo, tres veces más alto que en los tramos inferiores, era una bóveda perfectamente proporcionada. Los muros y la bóveda eran de bellos bloques de granito azul tallados y unidos con maravillosa precisión y simetría. El conjunto era una obra maestra del arte del albañil, imponente y majestuosa. Había una promesa a la vez que una amenaza en ese vestíbulo a lo desconocido. Su austeridad y falta de adornos lo volvían aún más impresionante.

Royan apretó suavemente la mano de Nicholas y juntos subieron el primer peldaño de la escalinata. Lo tapizaba una capa delgada de polvo, blanco y sutil como el talco. El polvo se alzaba en lentos remolinos hasta sus rodillas y se asentaba nuevamente a su paso. Atenuaba el

Librodot

fuerte resplandor de la lámpara que Nicholas alzaba con la diestra.

A medida que ascendían, la cima de la escalinata aparecía gradualmente. Royan hundió las uñas en la palma de Nicholas al ver lo que los aguardaba. El remate de la escalinata era un descanso horizontal en cuyo muro opuesto había una puerta rectangular. Llegaron al descanso y se pararon ante la puerta. No había palabras para expresar sus sentimientos en ese momento sublime: durante un lapso que parecía eterno, la contemplaron, tomados de la mano con fuerza fiera y posesiva.

Por fin Nicholas pudo apartar sus ojos de la puerta y mirar a Royan. Vio sus sentimientos reflejados en su cara; sus ojos brillaban como iluminados desde el interior por una pasión incandescente. Con ninguna otra persona en el mundo hubiera querido vivir ese momento. Deseaba prolongarlo para la eternidad.

Ella volvió la cabeza para mirarlo. Se miraron larga y solemnemente a los ojos. Sabían que habían alcanzado un clímax irrepetible en sus vidas. Ella le apretó la mano con más fuerza y miró otra vez la puerta. Estaba revocada con arcilla blanca del río que, con los años, había adquirido una pátina color marfil. No había grieta ni mácula en su superficie, bella como el cutis de una virgen.

Sus ojos ávidos se detuvieron en dos sellos empotrados en el centro de la arcilla blanca. El sello superior tenía la forma de un cartucho real; coronaba su nudo rectangular el escarabajo con cuernos, símbolo del gran círculo de la eternidad.

Los labios de Royan formaron las palabras al leer los jeroglíficos, pero sin emitir sonido. "El Todopoderoso. El Divino. Monarca de los Reinos Alto y Bajo de Egipto. Compañero del dios Horus. Amado de Isis y Osiris. Mamose, que viva por siempre."

Debajo del magnífico sello real aparecía otro, más pequeño y de diseño más sencillo, con forma de halcón con un ala rota caída sobre el pecho listado y la leyenda: "Yo, Taita el esclavo, he obedecido tu mandamiento, divino Faraón." Bajo el halcón mutilado, una columna de jeroglíficos expresaba una advertencia severa: ¡Forastero! Los dioses vigilan. ¡Ay de ti si perturbas el descanso eterno del Rey!"

La rotura de los sellos de la puerta era un acto trascendente, y aunque se agotaba rápidamente el tiempo que les quedaba antes del comienzo de las lluvias, no estaban dispuestos a realizarlo a la ligera. Debían llevar registros de todo lo que descubrían y causar el menor daño posible al acceder a la tumba.

A pesar de la escasez de tiempo, dedicaron un día entero a los preparativos para la apertura de la tumba. Lógicamente, la primera preocupación de Nicholas era la seguridad de la zona. A su pedido, Mek Nimmur apostó centinelas armados en el puente sobre el sumidero del túnel de acceso. El cruce del puente quedó restringido a Nicholas y cuatro monjes elegidos por él, además de Royan, Sapper, Mek y Tessay.

Hansith Sherif había demostrado su valía muchas veces durante la limpieza del túnel inferior. Hombre fuerte, voluntarioso e inteligente, se había convertido en el ayudante personal de Nicholas. Transportó el trípode y los demás accesorios mientras Nicholas fotografiaba el túnel de acceso y la puerta sellada. Usó tres rollos completos para asegurarse de poseer un registro exhaustivo de los sellos intactos y el entorno de la puerta. Sólo entonces Nicholas permitió que Hansith y otros tres monjes trajeran las herramientas necesarias para violar la entrada.

Sapper trasladó el generador Honda hasta el sumidero para reducir la caída de voltaje de la corriente al surcar el cable. Luego instaló reflectores en el descanso superior de la escalinata y los apuntó hacia la superficie blanca de la puerta revocada.

Cuando se reunieron en el umbral los embargó una sensación sobrecogedora. Aunque la tumba tenía miles de años, estaban a punto de perpetrar un acto de profanación. Royan había

traducido la advertencia grabada en jeroglíficos sobre la puerta para Sapper, Mek y Tessay; ninguno de ellos la tomaba a la ligera.

Nicholas marcó los bordes de la abertura cuadrada que iba a practicar en el revoque. De tamaño apenas suficiente para permitir el acceso, abarcaba el cartucho real y el sello del halcón mutilado de Taita. Su intención era retirar la pieza completa para conservar los sellos intactos. Ya imaginaba la exhibición en un lugar destacado del museo de Quenton Park.

Con una lezna larga y puntiaguda como una aguja caló el ángulo superior derecho. Haciendo girar la herramienta atravesó la arcilla seca para tratar de descubrir qué había bajo el revoque. Descubrió rápidamente que el revoque cubría un entretejido de juncos.

-Esto facilita el trabajo -le comentó a Royan-. La esterilla permitirá retirar el revoque sin que se agriete ni se rompa.

Introdujo la lezna lenta y cuidadosamente hasta que el instrumento dejó de encontrar resistencia y penetró hasta el mango. Midió el grosor de la puerta con la hoja:

-Dieciocho centímetros. Taita nunca ahorra material, ¿no? Nos va a dar trabajo.

Con la lezna, Nicholas atravesó las cuatro puntas de la abertura que iba a practicar. Luego indicó a Hansith que le acercara la gruesa barrena para agrandar los agujeros. Era el tipo de taladro que emplean los pescadores para abrir el hielo que cubre los lagos durante el invierno.

Apenas el barreno atravesó la puerta, Nicholas apartó a Hansith con impaciencia y espió por el agujero. La oscuridad era total, pero le llegó una bocanada tenue de aire antiguo. Era un olor seco, muerto y austero, de eras antiguas.

-¿Qué ves? -preguntó Royan pegada a su espalda.

-¡La luz! Alcáncenme la luz -ordenó, y cuando Sapper lo hizo, la alzó hasta la abertura.

-¡Dime! -Royan saltaba con impaciencia. -¿Qué se ve?

-¡Colores! -suspiró-. Colores maravillosos, indescriptibles. -Retrocedió, la tomó por la cintura y la alzó para que pudiera mirar.

-¡Hermoso! -exclamó-. Es hermosísimo.

Sapper instaló el ventilador eléctrico de alta potencia para que hiciera circular el aire en el pasadizo mientras Nicholas preparaba la sierra sinfín. Cuando todo estuvo dispuesto, ayudó a Royan a colocarse un par de antiparras y una máscara para polvo, así como un par de tapones de cera en los oídos.

Antes de poner en marcha la sierra obligó a todos a volver al sumidero. En el estrecho lugar, el humo del escape de la sierra, el polvo y el ruido del motor a gasolina serían insoportables, pero además quería que sólo Royan estuviera presente con él en el momento del ingreso.

Una vez a solas, Nicholas encendió el ventilador a potencia máxima, se colocó la máscara y las antiparras y taponó sus oídos. Tiró de la cuerda de encendido de la sierra sinfín, y el escape del motor lanzó una bocanada de humo azul al arrancar.

Nicholas se plantó con firmeza e introdujo la sierra sinfín en el agujero abierto por el barreno en la puerta revocada. Atravesó el grueso revoque blanco y los juncos como un cuchillo la cobertura de un pastel de bodas. Con sumo cuidado hizo correr la sierra a lo largo de la línea que había tirado.

Se alzó una nube de polvo blanco de revoque que a los pocos segundos redujo la visibilidad a menos de medio metro. Sin valar, Nicholas siguió cortando de arriba abajo por el borde derecho, luego por el inferior y de abajo arriba por el izquierdo. Finalmente cortó el borde superior y cuando la trampa cuadrada se inclinó hacia adelante bajo su propio peso, apagó el motor de la sinfín y dejó la herramienta en el piso.

Royan se adelantó rápidamente y juntos, en medio del remolino de polvo y humo, sostuvieron el cuadrado de revoque para impedir que se rompiera en mil pedazos sobre el

Librodot

pavimento. Con gran cuidado lo sacaron de su lugar y lo apoyaron contra un muro lateral. Los sellos estaban intactos.

El boquete abierto en el revoque era un cuadrado negro. Nicholas enfocó una lámpara hacia él, pero la nube de polvo era demasiado densa como para mirar al interior. Nicholas atravesó la (rampa hacia el espacio posterior. La bruma era tan densa, que ningún reflector lograba atravesarla.

Antes de dar un paso más, se volvió para dar una mano a Royan. Ella tenía derecho a compartir el descubrimiento paso a paso. Se pararon junto al muro a la espera de que el ventilador despejara el aire. Poco a poco la bruma de polvo empezó a disiparse y lo primero que apareció a la vista fue el piso bajo sus pies.

No lo formaban lajas de piedra sino baldosas de ágata amaril la finamente lustradas y colocadas con una destreza tal que las juntas eran invisibles. Parecía una sola plancha hermosa de vidrio opaco, cuyo brillo era atenuado por la delgada capa de talco que se había asentado sobre ella. Allí donde sus pies habían perturbado la pátina de polvo, el ágata lanzaba destellos a la luz del reflector.

Entonces la bruma de polvo se volvió más tenue y en medio de las tinieblas apareció un fantástico esplendor de colores y formas. Royan se quitó la máscara para polvo y la dejó caer al piso de ágata. Nicholas la imitó e inspiró profundamente el aire estancado. A lo largo de los milenios en que ninguna corriente de aire lo había perturbado, lo había impregnado un olor antiquísimo, el perfume mohoso de las vendas de lino de un cadáver embalsamado.

Luego la bruma terminó de disiparse y ante sus ojos apareció un pasadizo largo y recto cuyo extremo estaba sumido en tinieblas. Nicholas volvió al boquete en la puerta sellada e introdujo el reflector montado sobre su trípode. Lo instaló para que iluminara el pasadizo hasta el fondo.

Al avanzar, las imágenes de los viejos dioses se alzaron a su alrededor. Sus inmensos ojos hostiles contemplaban a los intrusos desde las paredes y el alto techo. Nicholas y Royan avanzaron lentamente. La delgada capa de polvo atenuaba el ruido de los pasos sobre el ágata, y el polvo que aún persistía en el aire reflejaba la luz, envolviéndolos como una gasa luminosa, etérea, onírica.

Las inscripciones cubrían cada centímetro de las paredes y el cielo raso. Había largos pasajes de los escritos místicos, el Libro de los alientos, el Libro de las estaciones y el Libro de la sabiduría. Otros bloques de jeroglíficos narraban la historia de la vida terrena del faraón Mamose y exaltaban las virtudes que le habían granjeado el amor de los dioses.

Más adelante llegaron al primero de ocho santuarios abiertos en los muros de la gran galería funeraria. Era el de Osiris. Se trataba de una cámara circular con muros curvos cubiertos de textos en alabanza del dios y un nicho que contenía la pequeña estatua de Osiris con el alto tocado de plumas y ojos de ónice y cristal de roca de mirada tan implacable que Royan se estremeció. Nicholas palpó el pie del dios y dijo una sola palabra:

-¡Oro!

Luego contempló el inmenso mural que cubría la pared y la mitad de la bóveda sobre el santuario y alrededor. Era una figura gigantesca del mismo Osiris, dios de la Ultratumba, de rostro verde y barba postiza, los brazos cruzados sobre el pecho, el látigo y el báculo en las manos, el alto tocado de plumas y la cobra erecta sobre la frente. Era una visión sobrecogedora. A la luz que oscilaba en la nube de polvo, el dios parecía cobrar vida y moverse ante sus ojos.

No se demoraron en el primer santuario porque la galería continuaba, recta como el vuelo de una flecha hacia el blanco. Siguieron adelante. El segundo santuario abierto en el muro estaba dedicado a la diosa. En el nicho, la figura dorada de Isis ocupaba el trono que era su símbolo. Con su seno amamantaba al niño Horus. Sus ojos eran de marfil y lapislázuli azul.

Los murales cubrían todas las paredes en torno del nicho. Ahí estaba la madre de ojos inmensos delineados con polvo negro como la noche, coronada por el disco del Sol y los cuernos de la vaca sagrada. A su alrededor, los jeroglíficos que cubrían los muros brillaban como luciérnagas; porque tenía cien nombres distintos. Era Ast y Net y Bast. También era

Ptah y Seker, Mersekert y Rennut. Todos eran nombres potentes, porque su santidad y su aureola benévola perduraban, mientras la mayoría de los viejos dioses se habían extinguido por falta de creyentes que' repitieran y mantuvieran vivos sus nombres místicos.

En la antigua Bizancio y luego en el Egipto cristiano, las virtudes y los atributos de la antigua diosa habían recaído sobre la Virgen María. Su imagen que amamantaba al pequeño Horus se perpetuaba en los íconos de la Virgen y el Niño. Así, Royan veneraba la diosa en todas sus entidades, la sangre mezclada de sus antepasados reconocía a Isis y María, la herejía y la verdad se unían en su corazón, embargado a la vez por la culpa y la exaltación religiosa.

El santuario siguiente contenía una estatua dorada de Horus con la cabeza de halcón, tercer miembro de la sagrada trinidad. En su diestra blandía el arco de guerra y en la izquierda el ankh, porque la vida y la muerte le pertenecían. Sus ojos eran cornalinas rojas.

Los retratos de sus otras entidades rodeaban la estatua: el niño Horus amamantado por Isis, Horus como el joven divino Harpócrates, arrogante, esbelto y hermoso, tocándose el mentón con un dedo en el gesto ritual, los pies calzados con sandalias, las piernas abiertas bajo el faldellín rígido. Luego Horus con la cabeza de halcón, a veces con cuerpo de león, en otras con el de un joven guerrero, con la gran corona doble del sur y el norte. Debajo aparecía la inscripción: "Gran Dios y Señor del Cielo, de poder manifiesto, Poderoso entre los dioses, cuya fuerza ha vencido a los enemigos de su divino padre Osiris."

En el cuarto santuario estaba Seth, el archimaligno dios de la violencia y la discordia. Su cuerpo era de oro, pero su cabeza era la de la hiena negra.

El quinto santuario era el del dios de los muertos y la necrópolis, Anubis con la cabeza de chacal. El oficiaba en la momificación; una de sus tareas era la de mirar el fiel de la gran balanza en la que se pesaba el corazón del muerto. Si el astil que sostenía los platillos conservaba la horizontal, el muerto era digno, pero si la balanza se inclinaba en su contra, Anubis arrojaba el corazón al monstruo de cabeza de cocodrilo para que lo devorara.

El sexto santuario estaba consagrado a Thot, dios de la escritura. Tenía la cabeza del sagrado ibis y en la mano sostenía el punzón del escriba. En el séptimo santuario, la vaca sagrada Hathor estaba plantada sobre sus cuatro pezuñas, con su cuerpo moteado de blanco y negro, su benigno rostro humano coronado por enormes orejas. El octavo santuario era el más grande y magnífico porque pertenecía a Amón-Ra, padre de toda la creación. Era el Sol, un gran disco de oro del cual emanaban los rayos dorados.

Nicholas hizo una pausa para contemplar todo el largo de la galería. Las ocho estatuas sagradas constituían un tesoro a la par de todo lo hallado por Howard Carter y Lord Carnarvon en la tumba de Tutankamón. En su fuero íntimo sabía que era indecente pensar siquiera en su valor monetario. Pero la pura verdad era que una sola de esas extraordinarias obras de arte pagaría con creces todas sus deudas. Dejó de lado esos pensamientos y se volvió una vez más hacia la espaciosa cámara que remataba la galería.

-La cámara funeraria -murmuró Royan con temor reverente-. La tumba.

A medida que avanzaban, las estatuas retrocedían como si el fantasma del milenario Faraón corriera hacia el lugar de su descanso eterno. Contemplaron el interior de la tumba. Los murales eran los más magníficos y deslumbrantes de todos. Aunque habían visto tantos, sus ojos y sentidos no estaban saturados ni hartos de semejante profusión.

Una sola figura alargada ocupaba la pared del fondo y recorría el techo. Era el cuerpo flexible y sinuoso de la diosa Nut en el momento de parir el Sol. Los rayos dorados que emanaban de su vientre iluminaban el sarcófago del Faraón e imbuían al Rey muerto de nueva vida.

En el centro de la cámara se encontraba el sarcófago real, un enorme ataúd tallado de un bloque sólido de granito. Cuántos esclavos habrán necesitado para acarrear el bloque de piedra por los pasadizos subterráneos, se preguntó Nicholas. Imaginaba el resplandor de los cuerpos sudorosos a la luz de las antorchas, el chillar de los rodillos de madera bajo el peso colosal de la piedra.

Entonces miró al interior del sarcófago y su ánimo cayó como una piedra al advertir que estaba vacío. Alguien había alzado la gran tapa de piedra y la había arrojado a un costado con

tanta violencia que se había partido. Los dos trozos estaban en el suelo junto al ataúd.

Avanzaron lentamente, y el sabor amargo de la desilusión se mezcló en sus bocas con el del polvo. El sarcófago abierto sólo contenía fragmentos de los cuatro canopes. Estos jarros de alabastro debían contener las entrañas, el hígado y otras vísceras del Rey. Las tapas rotas estaban decoradas con cabezas de dioses y animales fantásticos del mundo de ultratumba.

-¡Vacío! -susurró Royan-. Robaron el cuerpo del Rey.

Durante los días siguientes, mientras fotografiaban los murales y embalaban las estatuas de los ocho dioses y diosas de la galería funeraria, Royan y Nicholas analizaron la desaparición de la momia real de su sarcófago.

-Los sellos en la puerta de la tumba estaban intactos -dijo Royan una y otra vez.

-Se me ocurre una explicación -aventuró Nicholas-. Tal vez el mismo Taita retiró la momia y el tesoro. En el séptimo papiro lamenta el despilfarro de semejante tesoro. Dice que hubiera sido más provechoso usarlo para proteger y alimentar a la nación y su pueblo.

-No lo creo -replicó Royan-. ¿Qué sentido tiene hacer el esfuerzo de embalsar el río, excavar el túnel bajo la laguna y construir semejante tumba sólo para retirar y destruirla momia del Rey? Taita era un hombre racional. A su manera, veneraba los dioses de Egipto. Puedes leerlo en todos sus escritos. Jamás se hubiera mofado de las tradiciones en las cuales creía. Hay algo en la tumba que me huele a falso... la desaparición misteriosa y casi informal del cuerpo, incluso las pinturas e inscripciones en los muros.

-En cuanto al cadáver ausente, estoy de acuerdo, pero no comprendo qué encuentras de extraño en las decoraciones.

-Empecemos por las pinturas. -Señaló la imagen de Isis con gesto indiferente-. Son hermosas, las realizó un artista clásico competente, pero trilladas y estilizadas tanto en su forma como en los colores. Las figuras son rígidas e inmóviles... les falta movimiento y agilidad. No muestran esa chispa genial que vimos en la tumba de la reina Lostris donde aparecieron los rollos de papiro en los jarros de alabastro.

Nicholas contempló los murales con aire pensativo.

-Sí, comprendo. Hasta los murales de la tumba de Tanus en el monasterio son de otra categoría.

-¡Exactamente! -dijo con vehemencia-. Eran pinturas de Taita. Estas son de algún ayudante suyo.

-¿Qué otra cosa te llamó la atención en las inscripciones?

-¿Has oído hablar de alguna otra tumba que no tuviera pasajes del Libro de los muertos inscritos en los muros o que no mostrara el viaje del muerto por las siete estaciones para llegar al paraíso?

Nicholas la miró sobresaltado. No se le había ocurrido pensar en ello. Sin responder, dijo que iría a supervisar el embalaje de las estatuas sagradas y se alejó por la galería. En realidad, quería pasar un momento a solas para reflexionar sobre lo que ella acababa de decir.

Antes de partir de Inglaterra, Nicholas se había ocupado de embalar las piezas más vulnerables y delicadas del equipo a transportar por aire en sólidos cajones metálicos de los empleados para municiones. Todos estaban provistos de juntas de caucho impermeables y cierres fuertes. El contenido original estaba protegido por alcochado de poliestireno. Abandonarían el equipo en Etiopía, pero conservaban los cajones y el acolchado para embalar los tesoros que pudieran hallar en la tumba.

Seis de las estatuas sagradas cabían perfectamente en los cajones, pero la vaca Hathor y el satánico Seth eran demasiado grandes. Sin embargo, Nicholas descubrió que estaban divididas en varias partes. Las cabezas eran desmontables y las patas con pezuñas de Hathor estaban unidas al cuerpo por clavijas de madera que la podredumbre había reducido a polvo.

Librodot

Así desmontadas, las dos estatuas más grandes encajaron perfectamente en los cajones de metal.

Observó a Hansith mientras embalaba la feroz cabeza de Seth, de ébano y resina negra, en uno de los cajones. Después volvió a la cámara del sarcófago vacío, donde Royan estudiaba las inscripciones murales.

-Está bien, acepto lo que dices sobre la falta de inscripciones del Libro de los muertos. Parece muy extraño. Pero, ¿qué podemos hacer, sino aceptar que es un misterio imposible de desentrañar?

-Es que hay algo más, Nicky. No hemos descubierto todo. Lo siento en lo más profundo de mi ser. Hay algo que se nos escapa.

-Un pobre hombre como yo jamás se atrevería a poner en tela de juicio la intuición de una mujer.

-Hazme el favor de dejar ese tono condescendiente. ¿De cuánto tiempo dispongo para estudiar las inscripciones de la estela?

-Una semana, a lo sumo dos. Tengo que concertar el encuentro con Jannie. Tenemos que estar en la pista de Roseires cuando pase a buscarnos. Es una cita a la que no podemos fallar.

-Por Dios, pensé que eso ya estaba dispuesto. ¿Cómo te comunicarás con él desde aquí?

-De la manera más sencilla. -Nicholas sonrió. -Hay un teléfono público en el correo de Debra Maryam. Tessay puede andar libremente por el Gojam. Subirá la escarpa con una escolta de monjes y llamará a Geoffrey Tennant a la embajada británica en Addis. Ya está todo arreglado con Geoffrey. El llamará a Jannie.

-¿Y Tessay hará lo que le pides?

Asintió:

-Mañana irá a Debra Maryam. Debemos avisar a Jannie con la mayor anticipación posible para que prepare el vuelo desde Malta. Tendremos que calcular muy bien el tiempo para llegar todos al mismo tiempo a la pista. Habrá problemas si unos tienen que quedarse mucho tiempo en Roseires esperando a los otros.

Primero de abril al amanecer -dijo Nicholas a Tessay-. Dile a Jannie que la inocencia le valga. Así recordará la fecha. Cuando Tessay y su escolta de monjes se alejaban por la senda, Royan se volvió hacia Mek Nimmur.

-¿No te preocupa que se vaya sola?

-Es una persona muy competente. En todo el Gojam la conocen y la estiman. Está tan segura como puede estarlo cualquier persona en un lugar peligroso. -Mek contempló la figura esbelta y ya lejana de Tessay, enfundada en un shamma y bombachas de montar.

Bruscamente Royan exclamó, "¡Ay, casi me olvido!", y partió a la carrera detrás de la otra mujer. Su voz llegaba hasta Nicholas: "¡Tessay, espera un momento!"

Tessay se volvió para esperarla. Las dos se pusieron a conversar, pero otra cosa llamó la atención de Nicholas. Al volverse hacia la silueta remota de la escarpa, advirtió con desazón que las nubes de tormenta sobre las montañas eran más densas y amenazantes que hacía un par de días. Las lluvias se acercaban rápidamente. Se preguntó si realmente les quedaba tanto tiempo como esperaban antes de que las crecidas amenazaran la represa y los expulsaran de la quebrada.

Cuando volvió a mirar hacia la senda, Royan entregaba algo a Tessay, quien asentía y lo guardaba en un bolsillo de sus bombachas de montar. Las dos mujeres se abrazaron afectuosamente y Tessay se alejó. Royan la miró alejarse hasta que desapareció de la vista tras un recodo en el valle. Luego volvió lenta mente a donde la esperaba Nicholas.

-¿Se puede saber qué pasa? -preguntó, y obtuvo por respuesta una sonrisa enigmática.

-Cosas de chicas. Nada que un bruto deba saber. -Pero Nicholas alzó las cejas, y ella

acabó por ceder: -Tessay le pedirá a Geoffrey Tennant que llame a mamá para decirle que estoy bien. No quiero que se preocupe por mí.

Cuando bajaban por el andamio al campamento provisorio junto a la laguna de Taita, Nicholas pensó que era muy afortunado que Royan tuviera preparado el número de teléfono de su madre para entregarlo a Tessay. Se preguntó a qué obedecía ese impulso repentino de revelar su paradero a su madre. "¿Qué estará tramando? Tal vez pueda sonsacárselo a Tessay."

Royan hubiera preferido acampar dentro de la tumba para estar cerca de las inscripciones que trataba de interpretar, pero Nicholas insistía en que durmieran al aire libre. El lugar más cercano era la cornisa.

-El aire viciado de la tumba puede ser nocivo -dijo-. En estos lugares cerrados es fácil contagiarse el mal de las cavernas. Dicen que ésa fue la causa de muerte de varios colaboradores de Howard Carter en la tumba de Tutankamón.

-Las esporas que provocan el mal de las cavernas se reproducen en los excrementos del murciélago -contestó ella-. No hay murciélagos en la tumba de Mamose. Taita la selló demasiado bien.

-Hazlo por mí -suplicó-. No puedes pasar días enteros ahí adentro. Quiero que salgas de la tumba siquiera unas horas por día.

Se encogió de hombros:

-Lo haré porque me lo pides.

Sin embargo, cuando llegaron al pie del andamio echó una mirada indiferente al nuevo campamento y se dirigió rápidamente a la entrada al túnel de acceso detrás de la ataguía.

Habían instalado su taller en el descanso que remataba la escalinata frente a la puerta sellada de la tumba. Royan desplegó sus croquis, fotografías y libros de referencia sobre una tosca mesa de tablones armada por Hansith. Sobre ese escritorio Sapper instaló una de sus lámparas para que pudiera trabajar con buena iluminación. En el descanso, contra una de las paredes, estaban apilados los cajones metálicos que contenían las ocho estatuas sagradas. Nicholas quería mantener todos los objetos haliados bajo vigilancia. Los centinelas armados de Mek montaban guardia las veinticuatro horas en el puente sobre el sumidero.

Mientras Nicholas completaba el registro fotográfico de la gran galería y la cámara funeraria vacía, Royan estudiaba sus papeles, hacía cálculos y tomaba apuntes durante horas. A veces se apartaba de su mesa para atravesar la abertura en el portal revocado de la galería y estudiar algún detalle de los murales.

En esas ocasiones, Nicholas se apartaba del trípode y se enderezaba para contemplarla con afecto y tolerancia. Estaba tan absorta en su tarea que parecía no ser consciente de su presencia o la de otros. Nicholas jamás la había visto en ese estado de ánimo. Su poder de concentración era impresionante.

Después de quince horas de trabajo ininterrumpido fue a buscarla y a pesar de sus protestas la obligó a salir de la tumba. En el campamento los esperaba una cena caliente. Después de comer la acompañó a la choza y la obligó a tenderse sobre la colchoneta inflable.

-Es hora de dormir, Royan -ordenó.

Despertó justo a tiempo para verla salir furtivamente de la choza contigua a la suya y volver por la cornisa hacia la entrada de la tumba. Miró su reloj y comprobó con asombro que había dormido apenas tres horas y media. Se afeitó rápidamente y comió una tostada de pan injera acompañada por una taza de té antes de seguirla a la tumba.

La encontró en la gran galería ante el nicho vacío del santuario que antes ocupaba la estatuilla de Osiris. Estaba tan reconcentrada que no lo escuchó acercarse, y se sobresaltó violentamente cuando él posó una mano sobre su brazo.

-Me asustaste - lo regañó.

-¿Qué miras? ¿Descubriste algo más?

-Nada -dijo precipitadamente, pero luego añadió-: No estoy segura. Es sólo una idea.

-Vamos, dime qué estás tramando.

-Ven, te mostraré.

Fueron a su mesa de trabajo en el descanso de la escalinata v ella ordenó sus libretas de apuntes antes de proseguir:

-Lo que hice durante estos días fue repasar el material de la tumba de Tanus para identificar y separar los pasajes de los libros místicos clásicos, El libro de los alientos, el Libro de las estaciones y el Libro de Thot. -Le mostró quince hojas escritas con su caligrafía prolija y apretada. -Todo esto es material antiguo, anterior a Taita. Por ahora lo he descartado.

Tomó la segunda libreta:

-Este texto proviene de la cuarta cara de la estela. No sé de qué se trata, parecen largas listas de números y cifras. Tal vez sea un mensaje en clave. No estoy segura, pero tengo algunas ideas sobre las que volveré después.

'Bien, ahora veamos esto -dijo al tomar otra libreta-. Es material que no recuerdo haber leído en los clásicos más antiguos. En su mayor parte, o tal vez en su totalidad, son escritos de Taita. Si nos ha dejado algunos indicios más, creo que los encontraremos aquí.

El sonrió con malicia:

-¿Como ese maravilloso pasaje sobre las partes pudendas rosadas de la diosa? ¿Te refieres a eso?

-Qué casualidad que recuerdes justamente esa parte. -Se ruborizó y evitó levantar la vista de su libreta. -Mira este pasaje del comienzo de la tercera cara de la estela, que Taita llamó "otoño". Es lo primero que me llamó la atención.

Nicholas se inclinó y leyó los jeroglíficos en voz alta:

-"El gran dios Osiris hace la movida inicial con deferencia al protocolo de los cuatro toros. En la primera estación da pleno testimonio de la ley inmutable del tablero." -La miró-: Recuerdo ese pasaje. El viejo rufián Taita se refiere al bao, ese juego que tanto lo apasionaba.

-Exactamente -asintió Royan con un dejo de vergüenza-. Ahora, ¿recuerdas mi sueño en el que aparecía Duraid en una de las cámaras de la tumba?

-Sí, lo recuerdo. -Rió al percibir su desconcierto. -Dijo algo sobre el protocolo de los cuatro toros. ¿Ahora resulta que crees en la oniromancia?

Su falta de seriedad le pareció ofensiva.

-Yo sólo digo que mi subconsciente procesó esa cita y halló una respuesta que puso en boca de Duraid en mi sueño. ¿No puedes ser serio por una vez en la vida?

-Perdóname -dijo en tono contrito-. ¿Qué fue lo que te dijo Duraid?

-En el sueño me aconsejó: "Recuerda el protocolo de los cuatro toros... Empieza por el comienzo".

-No conozco el juego del bao. ¿Qué significa eso?

Las reglas y sutilezas del juego se perdieron en las brumas de la antigüedad. Pero como sabes, hemos hallado algunos tableros en las tumbas de la undécima a la decimoséptima dinastías. Podemos conjeturar que era una forma primitiva del ajedrez. Empezó a trazar un croquis en una hoja en blanco.

-El tablero de madera era similar al del ajedrez, de ocho por ocho hileras de hoyos. Así. -Realizó una serie de trazos diestros con su bolígrafo. -Las piezas eran piedras de colores que el jugador movía de acuerdo con las reglas. Sin entrar en detalles, el protocolo de los cuatro toros era un gambito de apertura preferido por los grandes maestros de la categoría de Taita. Consistía en realizar una serie de sacrificios con el fin de acumular las piezas de mayor valor en el primer hoyo, desde el cual dominaban las hileras centrales, las más importantes del tablero.

-No comprendo a dónde quieres llegar, pero sigue que te escucho -dijo Nicholas, tratando de disimular su desconcierto.

-El primer hoyo del tablero. -Lo señaló en su croquis como si hablara con un niño atrasado. -El comienzo. Duraid dice: "Empieza por el comienzo." Taita dice: "El gran dios Osiris hace la movida inicial."

-Me perdí. -Nicholas meneó la cabeza.

-Ven. -Tomó sus libretas y juntos atravesaron la abertura en la puerta revocada. Se detuvieron en el santuario de Osiris. -La primera movida. El comienzo. Se volvió hacia el

fondo de la galería: -Este es el primer santuario. ¿Cuántos son en total?

-Los tres de la trinidad, luego Seth, Thot, Anubis, Hathor y Ra. Ocho en total.

-¡Gloria a Dios, el joven sabe contar! ¿Cuántos hoyos en el tablero de bao?

-Ocho por ocho... -Se interrumpió y la miró fijamente-: ¿Quieres decir...?

Antes de responder, abrió su libreta:

-Estas cifras y símbolos... no hay palabras aquí. No hay relación alguna entre ellos, salvo que ningún número es mayor que ocho.

-Creí que empezaba a entender, pero me perdí otra vez. -Si dentro de cuatro mil años alguien leyera la anotación de una partida de ajedrez, ¿cómo lo interpretaría? ¿No sería un con junto de números y símbolos incoherentes? Estás un poco tarado hoy, ¿no? Hay que sacarte cada respuesta con un sacacorchos.

-¡Ay, válgame el cielo! -Su rostro se iluminó.- ¡Y tú sí que eres inteligente! Taita juega al bao con nosotros.

-Y henos aquí en la primera estación, donde comienza el juego. -Señaló el santuario. -Donde el gran dios Osiris hace la primera movida. El comienzo del tablero sagrado de bao, donde debemos empezar. Debemos responder a su apertura.

Contemplaron el santuario, los muros curvos, la alta bóveda, hasta que Nicholas rompió el silencio:

-A riesgo de parecer tarado y de que me claven un sacacorchos, ¿se puede saber cómo diablos jugaremos un juego sin conocer las reglas?

El coronel Nogo trasuntaba confianza y vanidad al entrar muy ufano en la sala de conferencias donde lo había convocado von Schiller. Nahoot Guddabi lo seguía presuroso, resuelto a no perder un detalle. También él trataba de afectar confianza, pero sabía que su posición era endeble y necesitaba justificarse con el amo.

Von Schiller dictaba una carta a Utte Kemper. Al verlos, se paró rápidamente y fue a ocupar su tarima alfombrada.

-Me prometió un informe para ayer -espetó a Nogo. No se dignó mirar a Nahoot. -¿No ha tenido noticias de su informante en la quebrada?

-Perdóneme por haberlo hecho esperar, Herr von Schiller -se disculpó Nogo. El ataque inesperado le había rebajado los humos, y se sentía inquieto y asustado en presencia del alemán. -Las mujeres se demoraron un día más en el campamento de Harper. Estos campesinos no son de fiar. No tienen noción del valor del tiempo.

-Ya, ya -dijo von Schiller con fastidio-. Conozco las deficiencias de sus compatriotas negros. Usted mismo no las ha superado del todo, Nogo. Bueno, dígame qué averiguó.

-Harper terminó de construir la represa hace siete días e inmediatamente trasladó su campamento río abajo, a un emplazamiento en la ladera sobre la quebrada. Construyó una especie de escalera de bambú para llegar al fondo de la quebrada. Mi informante dice que están abriendo un boquete en el fondo de la laguna vacía...

-¿Un boquete? ¿Qué clase de boquete? -Von Schiller se puso lívido, y una pátina de sudor cubrió su frente.

-¿Se siente mal, Herr von Schiller? -preguntó Nogo, alarmado. El alemán parecía estar al borde de un ataque.

-Estoy perfectamente bien -vociferó von Schiller-. ¿Cómo era ese boquete? Descríbalo.

-La mujer que trajo el mensaje es una campesina estúpida. -Nogo se sentía molesto por el interrogatorio. -Dice que cuando bajó el río, apareció un boquete en el fondo, que estaba lleno de piedras y basura, y que lo han despejado.

-¡Un túnel! -Nahoot no pudo contenerse. -Debe de ser el túnel de acceso a la tumba.

-¡Silencio! -gritó von Schiller con furia-. No puede fundamentar esa suposición con

hechos. Deje que hable Nogo. -Se volvió hacia el coronel: -Continúe.

-La mujer dice que en el fondo del boquete hay una cueva. Como un santuario, con pinturas en las paredes...

-¿Pinturas? ¿Qué clase de pinturas?

-La mujer dice que son pinturas de los santos. -Nogo hizo un gesto despectivo. -Es una mujer analfabeta. Estúpida...

-¿Santos cristianos? -preguntó von Schiller.

-Es imposible, Herr von Schiller -terció Nahoot-. Le digo que Harper descubrió la tumba de Mamose. Debe actuar ahora mismo.

-Escuche, infeliz, se lo digo por última vez. No vuelva a abrir la boca. -Se volvió hacia Nogo: -¿Había algo más en la caverna? Repita todo lo que dijo la mujer.

-Pinturas y estatuas de los santos. -Nogo alzó los brazos a los costados.

-Lo lamento, Herr von Schiller, pero es todo lo que dijo. Sé que es todo muy estúpido...

-Yo decidiré lo que es y no es estúpido -dijo von Schiller-. ¿Qué hicieron con las estatuas de los santos?

-Harper las embaló en cajas.

-¿Las retiró del santuario?

-No lo sé, Herr von Schiller. La mujer no lo dijo. Von Schiller bajó de la tarima y se paseó por la sala, farfullando y absorto en sus pensamientos.

-Herr von Schiller... -dijo Guddabi, pero el alemán le impuso silencio con un gesto. Finalmente se paró frente a Nogo.

-¿Encontraron una momia en la tumba? ¿Un cuerpo?

-No lo sé, Herr von Schiller. La mujer no lo dijo.

-¿Dónde está? -Von Schiller estaba tan agitado que se paró en puntas de pie, aferró la pechera del uniforme y alzó su cara hacia la de Nogo. -¿Dónde está la mujer? ¿La dejó partir? -Las gotas de saliva mojaron la cara de Nogo, quien parpadeó y trató de apartarse, pero el alemán lo aferraba con fuerza.

-No, señor. Está aquí. No quise traerla a su presencia...

-Idiota. Todo su informe es de segunda mano. Tráigala inmediatamente. Quiero interrogarla. -Dio un empujón a Nogo-. Vaya a buscarla.

Momentos después volvió Nogo, arrastrando a la mujer por un brazo. Era joven y, a pesar de los tatuajes azules en las mejillas y el mentón, bonita. Vestía la larga túnica negra y la toca de las mujeres casadas, y cargaba a un niño en la cadera.

Apenas Nogo la soltó, se dejó caer de rodillas y gimió aterrada. El niño lloriqueó a su vez. Sus fosas nasales estaban taponadas con costras blancas de mucosidad seca. Con mano temblorosa, la mujer abrió el pecho de su túnica, sacó un seno hinchado de leche e introdujo el pezón en la boca del niño. Madre e hijo miraron a von Schiller con ojos desorbitados de terror.

-Pregúntele si había un ataúd o el cuerpo de un santo en el santuario -ordenó von Schiller. Miró a la mujer con asco. Nogo la interrogó y luego meneó la cabeza..

-No sabe nada sobre un cuerpo. Es muy estúpida. Dice que no entiende bien.

-Pregúntele sobre las estatuas de los santos. ¿Qué hizo

Harper con ellas? ¿Dónde están? ¿Las retiró del santuario? Después de una larga serie de preguntas y respuestas, Nogo meneó la cabeza otra vez.

-No. Dice que las estatuas están en el santuario. El hombre blanco las embaló en cajas y unos soldados las custodian.

-¿Soldados? ¿Qué soldados?

-Soldados de Mek Nimmur, el jefe shufta de quien le hablé. Todavía está con Harper.

-¿Cuántas cajas son? -Impaciente, von Schiller se acercó a la mujer y la tocó con la punta de la bota. -¿Cuántas estatuas?

La mujer chilló y se apartó de él. Von Schiller retrocedió a su vez con expresión de asco.

-Gott im Himmel! -Sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la boca y la nariz. -Huele

como un animal. ¿Cuántas cajas? Pregúntele.

-No muchas -tradujo Nogo-. Unas cinco, a lo sumo diez. No está segura.

-¿De qué tamaño? ¿Son muy grandes?

Cuando Nogo le hizo la pregunta, la mujer extendió el brazo. Von Schiller hizo una mueca de desazón.

-Tan pocas piezas, y tan insignificantes -masculló. Se apartó de la mujer y fue a la ventana que miraba hacia el sur, desde la cual dominaba la cresta de la escarpa y la selva de la quebrada. -Si es verdad lo que dice este animalito, Harper no ha descubierto el tesoro de Mamose. Debería haber más, mucho más.

Nogo, que había hablado nuevamente con la mujer, se volvió hacia von Schiller.

-Dice que alguien del grupo de Harper abandonó el campamento en la quebrada y fue a Debra Maryam.

Von Schiller giró rápidamente y lo miró:

-¿Quién? ¿Sabe quién es?

-Una mujer etíope. La concubina de Mek Nimmur. Ella la llama Woizero Tessay. La conozco. Era la esposa del cazador ruso antes de convertirse en la ramera de Mek Nimmur.

Von Schiller se precipitó hacia la mujer, la aferró de la túnica y la alzó con tanta violencia que el bebé cayó aullando al piso.

-Pregúntele dónde está la mujer -ordenó a Nogo.

La madre se soltó y cayó al suelo, donde trató de recoger al bebé que chillaba desconsolado. Nogo la abofeteó con fuerza. Ella apretó el niño contra su pecho y farfulló una respuesta.

-No lo sabe -tradujo Nogo-. Cree que todavía está en Debra Maryam.

-¡Saque a esa perra roñosa de aquí! -Hizo un gesto de la cabeza hacia la mujer y el niño, y Nogo se los llevó a la rastra.

-¿Qué más sabe sobre la mujer de Mek Nimmur? -preguntó en tono más sosegado.

-Pertenece a una familia noble de Addis Abeba, es parienta directa de Ras Tafari Makonnen, el viejo emperador Haile Selassie. -Si es la mujer de Mek Nimmur y viene del campamento de Harper, podrá responder las preguntas que ese animalito no pudo contestar.

-Es verdad, Herr von Schiller. Pero tal vez no quiera responder.

-La quiero aquí -dijo von Schiller-. Tráigala. Helm hablará con ella y la hará entrar en razón, estoy seguro.

-Es una persona importante. Su familia tiene mucha influencia. -Nogo lo pensó un instante. -Pero, al mismo tiempo, anda con un bandido conocido. Es un buen motivo para detenerla. Enviaré un destacamento al mando de mi oficial de mayor confianza. -Vaciló-. Si la interrogan severamente, será mejor 1 que no vuelva a sus amigos en Addis. Podrían causarnos problemas a todos. Incluso a usted, Herr von Schiller.

-¿Qué sugiere?

-Una vez que haya respondido a todas sus preguntas, habrá un lamentable accidente.

-Disponga lo que sea necesario. No me inmiscuiré en los detalles, pero si es necesario eliminar a la mujer, asegúrese de que se haga como corresponde. Estoy harto de torpezas. -Al decirlo, se volvió hacia Nahoot Guddabi, quien bajó la vista y se ruborizó intensamente.

Llevaban casi dos días en el santuario de Osiris de la gran galería. Ningún devoto de la antigüedad había estudiado las inscripciones con mayor avidez que Royan y Nicholas, o examinado más minuciosamente que ellos los espectaculares murales del gran dios.

Se turnaban para leer en voz alta los pasajes de la estela de Tanus que Royan había seleccionado y copiado en sus libretas de apuntes; de tanto repetirlos, ya los conocían de memoria. Mientras uno recitaba en voz alta, el otro dirigía toda su atención a los muros en

busca de alguna vinculación.

-"Mi amor es una jarra de agua fresca en el desierto. Mi amor es una bandera desplegada al viento. Mi amor es el primer clamor del niño recién nacido -leyó Nicholas.

Royan, acuclillada frente al santuario, se volvió hacia él y sonrió:

-¿No te parece encantador? Tan romántico.

-Concéntrate, por Dios. Esto no es un curso de crítica literaria.

-¡Qué bruto! -murmuró, pero se volvió nuevamente hacia las inscripciones.

-Veamos ésta -dijo Nicholas, y leyó en voz alta-: "Yacemos en el prado de las mil uniones, del niño con la madre, del hombre con la mujer, del amigo con el amigo, del maestro con el discípulo, del sexo con el sexo".

-Es la tercera vez en una sola mañana que eliges ese pasaje. ¿Se puede saber por qué te atrae tanto? -No se volvió para mirarlo, pero la piel de su nuca había adquirido un tinte decididamente colorado.

-Perdóname, pensé que te parecería tan romántico como el otro -murmuró-. A ver, probemos con éste: "He sufrido y amado. He resistido el viento y las tormentas. La flecha penetró en mi carne, pero no me hizo daño. He descartado el camino falso que aparece recto ante mí. He tomado la escalera oculta hacia la sede de los dioses".

Royan se apoyó sobre sus talones y miró hacia el fondo de la galería.

-Tal vez allá hay algo. "El camino falso que aparece recto ante mí. La escalera oculta."

-Nos estamos afanando demasiado. Saltamos como truchas hambrientas a la mosca.

Royan se paró y apartó algunas hebras sudorosas de pelo de su frente.

-¡Ay, Nicky, es tan deprimente! No sabemos ni por dónde empezar.

-Coraje, muchacha -respondió con fingida jovialidad-. Como dijo tu amigo Taita, debemos empezar por el principio. A ver, probemos con ésta una vez más. -Puso una mano sobre el corazón en pose de actor victoriano y declamó-: "El buitre alza vuelo en potentes alas al encuentro del Sol..."

Rió de buena gana de sus payasadas, luego su vista pasó de su cara al mural detrás de él. Bruscamente se sobresaltó. -¡El buitre! -exclamó, y señaló el muro.

Él se volvió rápidamente para mirarlo.

Ahí estaba el buitre, una representación magnífica del ave, de mirada feroz y pico encorvado amarillo. Las alas estaban desplegadas y cada pluma delineada con colores deslumbrantes. El cuerpo era tan alto como el de Nicholas y las alas abarcaban media pared. Lo contemplaron juntos y luego Royan alzó la vista hacia el techo sobre sus cabezas. Le tocó el brazo para indicarle que la imitara.

-¡El Sol! -susurró. El disco solar dorado de Ra ocupaba el punto más alto de la bóveda. Con su tibieza parecía disipar las tinieblas. Sus rayos se extendían en todas las direcciones; uno de ellos seguía la curva del muro y descendía para envolver la imagen en su difusa luminosidad.

"El buitre alza vuelo al encuentro del Sol" -repitió-. ¿Habrá que tomarlo al pie de la letra?

Nicholas se acercó al mural y lo estudió minuciosamente. Sus dedos palparon las alas, el vientre, las feroces garras corvas. El yeso bajo la pintura era perfectamente liso. No mostraba relieves ni irregularidades.

-Nicky, la cabeza. ¡Mira la cabeza del ave! -Saltó para tratar de tocarla, pero no alcanzó. Se volvió hacia él con desesperación: -Prueba... eres mucho más alto que yo.

Entonces él vio la tenue sombra proyectada por un borde de la cabeza del ave donde la iluminaba el reflector. Al palparla, advirtió que era un bajorrelieve sobre el muro circundante. Recorrió todo el borde con los dedos; el pico formaba parte del relieve.

-¿Palpas alguna junta en el yeso? -preguntó Royan con impaciencia.

Meneó la cabeza:

-No, es perfectamente liso, como si formara parte de la pared. -"El buitre alza vuelo al encuentro del Sol" -insistió-. ¿No hay movimiento? Prueba empujar la cabeza hacia el Sol. Colocó la palma de la mano bajo la proyección de la cabeza y empujó hacia arriba.

-¡Nada! -gruñó.

-Hace cuatro mil años que está allí -dijo, saltando de un pie a otro en su impaciencia-. Diablos, Nicky, si hay alguna pieza móvil es lógico que esté dura. Prueba otra vez, pero con más fuerza.

Se corrió para colocarse exactamente debajo de la cabeza en relieve y apoyó las dos manos en un borde. Gradualmente aplicó toda su fuerza. Se le inflamaron las venas del cuello y la sangre fluyó a su cara, tiñéndola de rojo intenso.

-¡Más, más! -imploró ella, pero al cabo él dejó caer los brazos y retrocedió.

-Es inútil -dijo con voz enronquecida por el esfuerzo-. ' Es parte de la pared. No se mueve.

-Álzame para que pueda verlo.

-Con muchísimo gusto. Cualquier excusa es buena para poner manos lascivas sobre ti. - Se paró detrás de ella, le rodeó la cintura con los brazos y la alzó para que pudiera tocar la cabeza del ave.

La exploró rápidamente con las yemas de los dedos y se le escapó un gritito triunfal.

-¡Nicky! Acá pasó algo. La pintura se rajó alrededor de la cabeza. Puedo sentirlo. ¡Álzame un poco más!

El esfuerzo le arrancó un gruñido, pero la alzó unos centímetros más.

-¡Sí, no hay duda! -exclamó-. Algo se movió. Hay una grieta casi invisible en la pared por encima de la cabeza. ¡Mira!

Trajo un cajón metálico vacío del descanso más allá de la puerta para colocarlo bajo la imagen del buitre. Al pararse sobre él, su cara llegaba a la altura del ojo del ave.

Su expresión se alteró. Hurgó en su bolsillo en busca del cortaplumas. Abrió la hoja y con mucho cuidado caló la pintura en torno de la cabeza. Al hacerlo, hizo saltar algunas astillas diminutas de yeso y pintura.

- Sí, parece que la cabeza está separada del resto.

-Mira un poco más arriba. Allá, en el borde del rayo de sol. ¿No ves una grieta vertical en el yeso?

-Sí, tienes razón. Pero si trato de abrirla dañaré el mural. ¿Quieres que lo haga?

Titubeó apenas un instante.

- Todo esto se va a perder cuando la próxima crecida del río inunde la tumba. Aunque es un riesgo, vale la pena. Hazlo, Nicky.

Introdujo la punta de la hoja en la grieta y la hizo girar lentamente. Un trozo de yeso pintado grande como su mano abierta cayó del muro y se hizo polvo sobre las baldosas de ágata.

Estudió la cavidad que se había abierto en el muro.

- Parece una hendija o ranura en la pared. Voy a terminar de abrirla.

Con gran cuidado agrandó la cavidad, y cayó una lluvia de yeso pulverizado.

Royan estornudó en medio de la nube de polvo, pero se negó a retroceder. Los diminutos escombros cayeron sobre su pelo como papel picado.

-Sí -dijo él al cabo de unos minutos-, hay una ranura vertical.

-Quita el yeso alrededor de la cabeza -indicó Royan. Él limpió la hoja en la pierna de su pantalón y acometió otra vez la tarea.

-Ya está -dijo por fin-. Creo que la cabeza sube por la ranura. Bien, probemos. Aléjate un poco, dame lugar para trabajar.

Colocó la base de las palmas de las dos manos bajo la cabeza del buitre y empujó con fuerza. Royan crispó los puños y la cara para acompañar su esfuerzo.

Se oyó un crujido suave y la cabeza empezó a subir por la ranura abierta. Llegó al tope de la ranura, y Nicholas bajó de un salto. Expectantes, contemplaron la cabeza ahora separada del cuerpo y desfigurada por el daño infligido al yeso y la pintura.

Contuvieron el aliento durante largos segundos.

- Nada! -susurró Royan, deprimida-. No pasa nada.

-Espera, ¿qué dice el resto del pasaje? No hablaba solamente del buitre y el Sol.

-Tienes razón. -Estudió el muro ávidamente-. "El chacal aúlla y se revuelve sobre su cola."

Con dedo tembloroso señaló una figura pequeña, casi insignificante de Anubis, el dios de cabeza de chacal, señor de la necrópolis, en el muro frente al buitre que acababan de mutilar. Se encontraba al pie del imponente retrato de cuerpo entero de Osiris y era apenas más grande que el dedo gordo enjoyado y anillado del esposo de Isis y padre de Horus.

Royan se precipitó sobre la imagen de Anubis y al palparla advirtió que también estaba en relieve. Con todas sus fuerzas trató de hacerla girar en un sentido y luego en otro.

-"El chacal se revuelve sobre su cola" -dijo entre jadeos-. ¡Tiene que girar!

-Oye, déjame a mí. -Nicholas la apartó suavemente y se arrodilló frente a la imagen divina de cabeza negra. Con el cortaplumas quitó el yeso y la gruesa capa de pintura del borde de la figura.

-Tengo la impresión de que es una talla de madera dura cubierta luego con yeso -dijo al calar la figura con la punta de la navaja.

Después de quitarle el yeso trató de hacerla girar en el sentido de las agujas del reloj. El esfuerzo lo hizo jadear, pero fue en vano.

-No -dijo por fin.

-Los egipcios no conocían el reloj -le recordó, agitada-. Prueba en el otro sentido.

Cuando trató de hacerla girar en sentido contrario, se oyó un crujido sordo detrás del panel. La pequeña figura giró hasta que la cabeza negra quedó apuntando a las baldosas amarillas.

Se apartaron de la pared y la miraron expectantes, pero al cabo de unos minutos los ganó el desaliento.-No sé qué esperar, pero no pasa nada -gruñó con disgusto.

-Queda la última parte del pasaje -susurró Royan-. "El río fluye hacia la tierra. Violadores de los lugares sagrados, ¡temed la cólera de todos los dioses que se abatirá sobre vosotros!"

-¿Qué río? -preguntó Nicholas-. Como diría Sapper, no veo ningún condenado río.

El acento vulgar no hizo sonreír a Royan, absorta en el examen de las inscripciones y las figuras abigarradas que cubrían los muros. Entonces lo vio.

-¡Hapi! -chilló excitada-. ¡El dios del Nilo! ¡Ahí está el río!

Desde lo alto del muro, al mismo nivel de la cabeza del gran dios Osiris, los contemplaba la deidad del río. Hapi era hermafrodita, con mamas de mujer y genitales masculinos que se notaban bajo el vientre abultado. Su boca de hipopótamo estaba abierta de par en par para mostrar los inmensos colmillos curvos en las mandíbulas cóncavas.

Nicholas tuvo que subirse a una pila de cajones y extender los brazos para poder alcanzarla.

-Está en relieve -exclamó eufórico.

-"El río fluye hacia la tierra." Quiere decir que desciende. Prueba, Nicky.

-Espera, antes limpiaré los bordes. -Con la navaja quitó el yeso en torno de la figura del dios y luego tanteó hasta encontrar otra ranura vertical que apuntaba hacia el piso.

-Bien, intentémoslo. -Cerró la navaja y la guardó en su bolsillo. -Ruega por mí -dijo.

Colocó las manos sobre la figura del dios y tiró hacia abajo. Aumentó gradualmente la presión hasta quedar colgado de ella con todo su peso. No se movió.

-No funciona -gruñó.

-¡Espera! Te ayudaré. -Se subió a los cajones detrás de él y le echó los brazos al cuello. -¡Fuerza! -ordenó.

-Una ayudita nunca viene mal -asintió cuando ella se alzó hasta quedar colgada de sus hombros con todo su peso.

-¡Se mueve! -exclamó. Bruscamente la imagen de Hapi cedió bajo sus manos y con un fuerte crujido bajó a todo lo largo de la ranura en la pared.

Cuando la figura llegó al tope inferior de la ranura, los dedos de Nicholas se deslizaron de los bordes redondeados. Se derrumbó la pila de cajones y los dos cayeron hacia atrás. Ella seguía colgada de su cuello y le hizo perder totalmente el equilibrio. Los dos cayeron de

espaldas en el piso, piernas y brazos enredados. Nicholas se paró rápidamente y la alzó.

-¿Qué pasó? -jadeó ella, mirando con ojos desorbitados la figura de Hapi y el muro a su alrededor.

-Nada. No pasa nada.

-Tal vez hay otra... -Se interrumpió al oír un ruido sobre su cabeza. Miraron al techo, sobresaltados y bruscamente asustados. Un objeto de gran peso parecía moverse por encima del cielo raso.

-¿Qué es eso? -susurró Royan-. Hay algo allá arriba. Parece una criatura viva.

Un coloso se agitaba y se desperezaba al despertar de un sueño de milenios.

-¿Será... -No pudo terminar la pregunta. En su mente vio al gran dios en una cámara oculta en la roca que abría sus malignos ojos rasgados y se alzaba sobre un codo para ver quién perturbaba su sueño eterno.

Entonces se oyó otro ruido, un largo crujido corno si el travesaño de una balanza colosal se inclinara al alterarse el equilibrio. El movimiento, lento al principio, tomó gradualmente impulso como el comienzo de una avalancha en la montaña. Entonces se produjo un estampido como el disparo de un cañón.

En lo alto apareció una grieta que surcó todo el techo de la galería. De sus bordes irregulares cayó una nube de polvo y entonces, con lentitud de pesadilla, el techo empezó a abombarse hacia abajo sobre sus cabezas. Paralizados de horror supersticioso, eran incapaces de apartar la vista del techo que se derrumbaba lenta, inexorablemente. Un trozo de yeso cayó sobre la cara de Nicholas, le desgarró la piel y lo arrojó de espaldas contra el muro. El golpe y el dolor lo despertaron del trance.

¡La maldición! -farfulló-. La advertencia de Taita. La cólera de los dioses. -Le aferró la mano.

-¡Corre! -La arrastró consigo. -¡El techo es una trampa de Taita!

Corrieron por la galería hacia el boquete en la puerta sellada, casi enceguecidos por la lluvia de piedras y trozos de yeso y polvo que empezaba a caer. No se atrevían a mirar atrás mientras el derrumbe atronador de la mampostería amenazaba alcanzarlos y derribarlos sin darles tiempo a ganar la salida.

Una piedra filosa, grande como su propia cabeza, rebotó en el hombro de Royan y sus piernas flaquearon. Él tuvo que sostenerla con un brazo y arrastrarla por la galería. La nube de polvo los ahogaba a la vez que empezaba a ocultar el boquete cuadrado que constituía la única vía de escape.

-¡Sigue corriendo! gritó-. Ya llegamos.

En ese momento un gran trozo de mampostería cayó sobre el trípode que sostenía el reflector y la galería quedó sumida en la más profunda oscuridad.

Enceguecido, Nicholas se detuvo instintivamente para tratar de orientarse. Pero la lluvia de escombros crecía en intensidad. Sabía que en cualquier momento se derrumbaría todo el techo y los aplastaría bajo su peso. Siguió corriendo y arrastrando a Royan en medio de la oscuridad. Chocó contra la pared del extremo a toda velocidad y el golpe le arrancó el aliento. En medio del remolino de polvo, alcanzó a distinguir el boquete rectangular en el muro de yeso a contraluz de las lámparas encendidas en el descanso de la escalinata.

Al tambalearse, alzó a Royan por la cintura, la arrojó a través del boquete y oyó su grito al caer del otro lado. Una piedra lo golpeó en la nuca y lo hizo caer de rodillas A punto de perder el conocimiento, se arrastró hacia adelante, tanteando frenéticamente hasta palpar el borde irregular del boquete. Así pudo arrastrarse sobre el umbral medio segundo antes de que el techo cayera con todo su peso sobre la galería.

Agazapada en el descanso, Royan se arrastró hacia él a la luz de las lámparas.

-¿Estás bien? -jadeó. Un hilo de sangre caía sobre su mejilla de una herida en el nacimiento del pelo. Abría un surco re luciente en la costra de polvo blanco que le cubría la cara.

Sin responder, se paró con esfuerzo y la ayudó a enderezarse.

-Hay que salir. -Una espesa bocanada de polvo blanco que salió por el boquete los

envolvió y los sofocó. La luz se volvió tenue y vacilante. -Hay peligro. Podría derrumbarse todo -gruñó con la garganta irritada por el polvo.

La arrastró hacia la escalinata y juntos se tambalearon por los peldaños. Sus pies resbalaban sobre las baldosas de ágata. En medio de la bruma apareció la figura robusta de Sapper.

-¿Qué carajo pasa? -rugió aliviado al verlos.

-Dame una mano -chilló Nicholas. Sapper alzó a Royan en sus brazos y juntos corrieron por el túnel sin detenerse a tomar aliento hasta llegar al andén sobre el sumidero.

El correo en la aldea de Debra Maryam era un edificio pequeño sobre una calle polvorienta detrás de la iglesia. Sus muros de ladrillos toscos no estaban revocados ni pintados, y su techo de cinc brillaba como un espejo bajo el sol de la alta montaña. El teléfono público debía estar en la rasilla junto a la puerta principal. Sin embargo, había desaparecido tiempo atrás, robado por vándalos o, probablemente, retirado por los militares para evitar que lo usaran los disidentes políticos y los rebeldes.

Tessay lo había previsto y por eso casi ni se detuvo a echar una mirada a la casilla antes de entrar en la pequeña sala donde funcionaba el correo. Se encontró con una abigarrada multitud de campesinos y aldeanos que hacían cola para realizar sus lentos trámites con el anciano jefe de la oficina, la única persona detrás del mostrador protegido por barrotes. Algunos usuarios habían tendido sus capas sobre el piso y se habían acomodado durante la larga espera. Conversaban y fumaban mientras los niños revoloteaban y jugaban a su alrededor.

La mayoría de los que esperaban pacientemente su turno reconocieron a Tessay apenas entró en la sala. Todos, incluso los que hacían cola desde la primera hora de la mañana, la saludaron con respeto y se apartaron para dejarla pasar al mostrador. Después de dos décadas de socialismo africano, los instintos feudales aún predominaban en la población. Tessay, mujer de noble cuna, tenía derecho a ese trato preferencial.

-Gracias, amigos míos. -Sonrió y meneó la cabeza. -Agradezco su amabilidad, pero aguardaré mi turno.

Su negativa los turbó. El viejo cartero se inclinó sobre el mostrador para unir su voz a las demás, y una de las mujeres mayores le tomó el brazo para conducirla al mostrador.

-Jesús y todos los santos la bendigan, Woizero Tessay. -El cartero aplaudió suavemente en señal de respeto. -Bienvenida a Debra Maryam. ¿Qué desea su señoría?

Toda la clientela del correo se agolpó a su alrededor para no perder detalle de la transacción.

-Deseo hacer una llamada a Addis -dijo al cartero, y se alzó un murmullo de comentarios y conjeturas. En verdad, se trataba de un asunto desusado e importante.

-La llevaré al conmutador -dijo el cartero pomposamente, y se caló la gorra azul con visera en honor de la ocasión. Bordeó el mostrador y a los gritos y empujones abrió camino para la

Señora Sol. Luego la condujo al cuarto del fondo del edificio, donde el conmutador ocupaba un espacio del tamaño de un cuartito de baño.

Tessay, el cartero y todos los clientes que pudieron hacerse lugar se apiñaron en la habitación. Abrumado por el honor que le concedía la bella Tessay, el operador gritó por el micrófono del conmutador con la voz de un sargento al frente de un pelotón de abanderados y escoltas.

-¡Enseguida! -dijo con una sonrisa feliz-. Una pequeña demora y podrá hablar con la embajada británica en Addis.

Tessay, consciente de lo que significaba una pequeña demora, se retiró a la galería del

correo. Mandó comprar comida y tej en el almacén de la aldea y convidó a la escolta de monjes y la mitad de la población de Debra Maryam con una alegre merienda mientras esperaba que su llamada recorriera los enlaces de media docena de antiguos conmutadores de aldea hasta la capital. Gracias al tej, reinaba una gran animación cuando, al cabo de media hora, el cartero vino a anunciar con orgullo que el destinatario de su llamada aguardaba en línea.

Tessay, los monjes y cincuenta aldeanos vocingleros siguieron al cartero hasta el cuarto del conmutador. La multitud desbordaba hacia el salón principal.

-Aquí Geoffrey Tennant. -El aristocrático acento británico sonaba remoto y chillón en medio de los crujidos de la línea. -Señor Tennant, soy Woizero Tessay.

-Esperaba su llamada -contestó Geoffrey, feliz de hablar con una joven bonita-. ¿Cómo está, querida?

Tessay transmitió el mensaje de Nicholas.

-Dígale a Nicky que lo dé por hecho -le aseguró, y se despidió.

-Ahora -dijo Tessay al cartero-, quiero hacer otra llamada a Addis... a la embajada de Egipto.

Se alzó un nuevo murmullo de regocijo: continuaba la diversión. Todos volvieron a la galería para un poco más de tej y conversación.

La segunda comunicación se demoró aún más que la prime, y habían pasado las cinco cuando Tessay pudo hablar con el agregado cultural egipcio. Este sólo aceptó la llamada porque la había conocido en uno de tantos cócteles del mundillo diplomático de Addis y la recordaba vivamente.

-Tuvo mucha suerte de poder encontrarme -manifestó-.

Cerramos a las cuatro y media, pero hay una reunión de la Organización de Unidad Africana que me obliga a trabajar hasta más tarde. ¿En qué puedo servirle, Woizero Tessay?

Bastó pronunciar el nombre y el puesto del destinatario del mensaje de Royan en El Cairo para que la soberbia y condescendencia del funcionario se trocara por efusividad y obsecuencia. Tomó nota de todo, le pidió que repitiera y deletreara los nombres de las personas y los lugares. Luego leyó sus apuntes para confirmar.

Al cabo de la prolongada conversación, su tono se volvió más íntimo.

-Sentí gran tristeza al enterarme de su pérdida reciente, Señora Sol. Sentía la mayor estima por el coronel Brusilov. Quizá cuando vuelva a Addis me concederá el honor de cenar conmigo.

-Es muy amable -dijo Tessay con su voz más meliflua-. Y será un placer compartir otra velada con usted y su muy encantadora esposa. -Cortó la comunicación en medio de sus confusas protestas.

El Sol ya se ponía detrás de los castillos de cumulonimbos y el aire estaba impregnado de olor a lluvia. Era tarde para emprender el regreso a la escarpa, pero para alivio de Tessay, el jefe de la aldea de Debra Maryam envió a una de sus hijas adolescentes a invitarla a pasar la noche en su casa.

Era la mejor casa del pueblo; no era un tukul redondo sino un edificio cuadrado de ladrillos con techo de cinc. La esposa y las hijas habían preparado un banquete en su honor al que asistieron todos los notables del pueblo, incluso los sacerdotes de la iglesia. Por eso, fue sólo pasada la medianoche que Tessay pudo refugiarse en' el dormitorio principal, el del jefe y su esposa.

Al dormirse oyó el repiquetear de la lluvia sobre el techo de cinc. Aunque era un ruido reconfortante, no pudo dejar de pensar en la represa río abajo en la quebrada e implorar que sólo fuera el anuncio, no el comienzo de las grandes lluvias.

Mucho más tarde, cuando despertó, la lluvia había cesado. La noche más allá de la ventana sin cortinas era oscura y sin luna; no había otro ruido que los aullidos de un perro vagabundo. Se preguntó qué la habría despertado y en ese momento tuvo una premonición de desastre inminente, un instinto desarrollado durante la época de Mengistu, cuando un ruido nocturno solía indicar la proximidad de los servicios de seguridad. La sensación era tan fuerte

que la desveló. Se levantó de la cama y se vistió en silencio. Había decidido despertar a sus monjes y partir durante la noche. Sólo se sentía segura junto a Mek Nimmur.

Se había colocado las bombachas y tanteaba bajo la cama en busca de sus sandalias cuando oyó el rugido remoto del motor de un camión. Se acercó a la ventana. Había refrescado después de la lluvia, y sintió frío en los brazos y el pecho desnudos.

El ruido parecía acercarse a la aldea desde el sur, por la sentía que bordeaba el río. Se acercaba rápidamente y acentuaba su desasosiego. Los aldeanos habían conversado con los monjes, y todo el mundo sabía que era la mujer de Mek Nimmur. Mek era un hombre buscado por la policía. Bruscamente se sintió sola y vulnerable.

Se echó encima el shamma de lana y se calzó las sandalias. Al salir furtivamente del dormitorio oyó los ronquidos del jefe de la aldea. El y su esposa le habían dejado el dormitorio y dormían en la sala. Dobló por el pasillo hacia la cocina. El fuego del hogar estaba casi apagado, pero alcanzaba a distinguir a los monjes tendidos sobre el piso de barro. Habían cubierto sus cabezas con los shammas y parecían cuerpos en hilera en una morgue. Se arrodilló junto al primero y 10 sacudió, pero evidentemente había libado tej en abundancia durante la cena porque era difícil despertarlo.

El ruido del camión era mucho más fuerte y cercano, y para entonces su inquietud empezaba a transformarse en pánico. Comprendió que en una emergencia los monjes serían de escasa ayuda, se paró y fue al tanteo hacia la puerta trasera.

El camión ya se acercaba a la puerta principal. Sus faros barrieron rápidamente las ventanas y se reflejaron en el pasillo. Bruscamente el rugido del motor se redujo a un ronroneo al desacelerar mientras chillaban los frenos y los neumáticos crujían sobre la grava. Oyó las voces y los pasos pesados de muchos hombres que bajaban del acoplado.

Se detuvo en el centro de la cocina con la cabeza inclinada para escuchar. Hubo una andanada de golpes en la endeble puerta principal seguida por los gritos, tan conocidos como aterradores, de "¡Abran la puerta! ¡Inteligencia Central! ¡Abran la puerta! ¡Que nadie salga de la casa!"

Tessay corrió hacia la puerta trasera, pero en la oscuridad tropezó con una mesita cargada de platos sucios de la cena. Cayó en medio de un estrépito de escudillas y jarros de tej. Entonces los hombres arremetieron contra la puerta y la arrancaron de su marro. Irrumpieron en la casa vociferando órdenes, quebrando muebles e iluminando todo con sus poderosas linternas. Oyó las voces desconcertadas del jefe y su familia y luego los ruidos sordos de bastonazos y culatazos entre alaridos de dolor y miedo.

Tessay llegó a la puerta y trató de abrirla. El ruido de los hombres al devastarla casa volvió sus dedos lentos y torpes. Mientras bregaba con la cerradura, oía los pasos de otros hombres que atravesaban el patio para cercar la vivienda. Por fin pudo abrir la puerta. En la noche y en un terreno desconocido no supo hacia dónde huir hasta que percibió el ruido cercano del río.

"¡Si pudiera llegar a la orilla!", pensó, y se lanzó a cruzar el patio.

En ese momento la luz cegadora de una linterna le iluminó la cara y una voz grosera aulló, "¡Allá va!"

Disipada cualquier duda sobre quién era la persona que buscaban, huyó como una liebre asustada a la luz de la linterna. Aullaron como una manada de perros salvajes. Llegó a la orilla y torció a la derecha para correr río abajo. Sonó un disparo, se agazapó y el proyectil silbó cerca de su cabeza.

-¡Idiotas, no disparen! -rugió una voz imperiosa-. La queremos para interrogarla.

Su shamma blanco revoloteaba a la luz de la linterna como una mariposa nocturna en torno de una vela.

-¡Deténganla! -vociferó el oficial-. Que no se escape.

Pero era ágil como una gacela y sus pies calzados con sandalias volaban sobre el terreno, mientras los soldados con sus armas la seguían torpemente. Con una sensación de euforia advirtió que los dejaba atrás.

Los ruidos de la persecución ya disminuían y estaba fuera del alcance del haz de la

linterna cuando chocó contra una cerca oxidada de alambre de púas. Los tres hilos le azotaron el cuerpo a la altura de las rodillas, las caderas y el diafragma. El gol 1 pe le arrancó el aire de los pulmones, las púas atravesaron su ropa y laceraron su carne. Quedó atrapada, debatiéndose inútilmente en el alambrado como un pez en las mallas de una red. Manos brutales la arrancaron de la trampa, y sollozó de dolor y desesperación al sentir las púas en la piel. Un soldado le aferró la muñeca y se la retorció entre los omóplatos, riendo con sádica fruición de sus gritos de dolor.

El oficial se acercó, jadeando. Era gordo, y a pesar del aire frío de la noche sudaba profusamente. Sus mejillas regordetas brillaban a la luz de las linternas.

-Bestia, no le hagas daño -gruñó-. No es una criminal. Es una dama. Llévenla al camión, pero trátenla con respeto.

Un hombre la tomó de cada brazo y la llevaron al camión rápidamente, casi sin permitir que sus pies tocaran el suelo. La alzaron a la cabina junto al conductor uniformado. El oficial gordo subió detrás de ella, y se encontró atrapada entre dos hombres. Los soldados subieron a la caja, el conductor aceleró y soltó el embrague.

Tessay sollozaba suavemente. El oficial la miró de soslayo. Pudo ver a la luz reflejada de los faros que su expresión era gentil y compasiva, en absoluto contraste con sus acciones.

-¿Adónde me llevan? -susurró después de contener el llanto-. ¿Qué hice de malo?

-Tengo orden de llevarla ante el coronel Nogo, comandante del distrito, para interrogarla en relación con actividades de los shufta en el Gojam -respondió. El camión avanzaba a los barquinazos sobre la senda poceada.

Anduvieron un tiempo en silencio hasta que el oficial dijo en inglés:

-El conductor sólo habla el amhárico. Quiero que sepa que conocí a su padre, Alto Zemen. Un buen hombre. Lamento todo esto, pero sólo soy un teniente y debo cumplir las órdenes.

-Comprendo que no tiene alternativa ni culpa.

-Me llamo Hammed. Trataré de ayudarla. Por la memoria de Alto Zemen.

-Gracias, teniente Hammed. En verdad, necesito amigos.

Mientras esperaban que se asentara el polvo después del derrumbe del techo y que cayeran las piedras sueltas, Nicholas curó las heridas de Royan, todas muy leves. El Jo en la sien era poco más de un rasguño, que no requería sutura. Lo desinfectó y lo cubrió con una venda. El hombro golpeado por la roca mostraba un gran hematoma. Se lo masajeó con crema de árnica.

Dedicó menos cuidados a sus propios rasguños, y una hora después del derrumbe estaba preparado para volver al túnel. Ordenó a Sapper y Royan que lo esperaran en el puente sobre el sumidero v volvió solo al descanso en la cima de la escalinata. Llevaba una caña de bambú y una lámpara conectada al generador Honda.

Avanzó con la mayor cautela, tanteando el techo del túnel en busca de puntos débiles. Lo primero que vio al llegar al descanso fue que la lluvia de rocas había terminado de derribar la puerta revocada blanca que sellaba la entrada de la tumba. Los cajones de municiones, ocho de los cuales contenían las estatuas de los santuarios, estaban desparramados y algunos parcialmente enterrados bajo los escombros. Los retiró y verificó su contenido. Descubrió con gran alivio que las sólidas cajas metálicas habían soportado la conmoción y que sus valiosas estatuas estaban intactas. Las llevó una por una hasta el puente y las dejó al cuidado de Sapper.

Royan insistió en acompañarlo de vuelta al descanso. Sus más gráficas descripciones de los peligros de un nuevo derrumbe no alcanzaron a disuadirla. Al ver la destrucción de la galería se sintió abrumada por la desazón.

-Está destruida -susurró-. Esas maravillosas obras de arte. No puedo creer que Taita

deseara esto.

Nicholas asintió con tristeza:

-Claro. Sospecho que sólo quería darnos una buena despedida por el camino de las siete estancias hacia la dicha eterna. Diablos, casi lo consiguió.

-No va a ser fácil levantar todos estos escombros.

-¿De qué demonios estás hablando? -La miró alarmado. -Salvamos las estatuas. Más, no podemos hacer. Creo que es hora de evitar mayores pérdidas y huir de aquí.

-¡Huir! ¿Estás loco? -Se volvió hacia él hecha una furia-. ¿Perdiste totalmente la chaveta?

-Con las estatuas podremos cubrir los gastos, e incluso tal vez sobre algo para repartir entre nosotros tal como acordamos.

-¿Quieres abandonar cuando estamos a punto de descubrir lo que vinimos a buscar? -En su agitación, su voz se volvía chillona.

-La galería está destruida... -dijo, tratando de conservar la calma, pero ella dio una patada en el piso y alzó la voz.

-¡La tumba! Diablos, Nicky, Taita no hubiera tomado tantas medidas si la tumba no estuviera aquí. Estamos demasiado cerca, por eso disparó ese cañonazo de advertencia. ¿No entiendes? Ahora sí que está preocupado. Tenemos el gran premio al alcance de la mano.

-Royan, por favor, recapacita...

-No, no! Tú debes recapacitar. Hay que limpiar la galería ahora mismo. La entrada está abierta, lo sé. Si limpiamos todo esto, estoy segura de que encontraremos la verdadera entrada a la tumba detrás de los escombros que Taita echó sobre nuestras cabezas.

-Me parece que el golpe en la cabeza te aflojó los tornillos. -Alzó las manos en gesto de resignación. -Pero, de qué sirve discutir con una loca. Vamos a remover un poco los escombros hasta que te convenzas de que no hay nada más que descubrir aquí.

-El gran problema es el polvo -dijo Sapper al contemplar la entrada bloqueada y ya enterado de sus intenciones-. Apenas entremos se va a alzar en nubes. El ventilador no va a poder disiparlas.

-Así es -asintió Nicholas enérgicamente-. Hay que asentarlo con agua. Formemos dos hileras de hombres desde aquí hasta el sumidero. Unos pasarán cubos de agua, los otros retirarán los escombros a medida que los saquemos.

-Qué trabajo. -Sapper se chupó el labio inferior con aire lúgubre.

-Sabías que el trabajo sería duro -dijo Nicholas-. No es el momento de lloriquear.

Los monjes, todavía convencidos de que realizaban la obra del Señor, se abocaron a la tarea con alegría. Cantaban al pasar de mano en mano los trozos de yeso y las piedras en una dirección, las jarras de agua del sumidero en la otra. Nicholas trabajaba en el derrumbe con la cuadrilla de Búfalos encabezada por Hansith. Era un trabajo pesado, sucio y peligroso porque era necesario bañar cada piedra antes de sacarla de la pila de escombros y pasarla por la cadena humana. El agua fangosa caía por la escalinata y la volvía resbaladiza. La pila de escombros era traicionera y existía el peligro de un nuevo derrumbe.

La presencia de tantos hombres trabajando en el ámbito estrecho de la galería y el túnel superaba la capacidad del ventilador para reciclar el aire; hacía un calor bochornoso. Los hombres vestían taparrabos, y sus cuerpos brillaban de sudor. Transportaban los escombros por el túnel y los echaban al sumidero. A pesar del gran volumen del material, el nivel del agua no se alteró. Todo desapareció en las profundidades sin dejar rastros.

El ambiente atestado de trabajadores era tan húmedo y claustrofóbico que al finalizar el primer turno Nicholas tuvo que tomarse unos minutos al aire libre. El fondo de la laguna de Taita, aunque tenebroso y amenazante, era preferible al ambiente cerrado de la obra subterránea. Cuando saltó sobre la ataguía, encontró a Mek Nimmur que lo esperaba era la cornisa junto a la laguna.

-¡Nicholas! -El rostro moreno y varonil de Mek mostraba preocupación. -¿Volvió Tessay de Debra Maryam? Debería haber vuelto ayer.

-No la he visto, Mek. Creí que estaba contigo.

Mek meneó la cabeza.

-Quería asegurarme de que no hubiera vuelto sin ser vista por mis hombres antes de enviar una patrulla en su busca.

-Perdóname, Mek. No pensé que sería peligroso enviarla a la escarpa -dijo Nicholas, aguijoneado por la culpa.

-Si yo hubiera pensado que era peligroso, no le hubiera permitido ir -contestó Mek-. Mis hombres la buscan.

La ausencia de Tessay se sumó a las otras preocupaciones de Nicholas. Rondó sin cesar por su mente durante los días siguientes. En tanto, la limpieza de la gran galería fúnebre proseguía demasiado lentamente para su gusto.

Royan pasaba tanto tiempo en la obra como Nicholas y ambos estaban tan sucios de barro y polvo como los Búfalos que trabajaban a su lado. Lloró cada fragmento de los murales destruidos. Antes que los trasladaran al sumidero, trató de separar los trozos que conservaban partes reconocibles de las pinturas. Un trozo irregular de yeso conservaba intacta la bella cabeza de Isis. En otro apareció íntegra la figura de Thot, dios de la escritura. Sin embargo, la mayoría de las pinturas habían sufrido daños irreparables y, con tristeza, tuvieron que arrojarlas al abismo.

En la gran galería se perdía la noción del tiempo; el día y la noche eran indistintos. Al salir de la tumba se sorprendían tanto al ver las estrellas en la franja estrecha de cielo visible desde la laguna como al sentir el calor que irradiaba el Sol africano desde el azul sin nubes. Comían y dormían según lo exigieran sus cuerpos, sin prestar atención a la hora.

Al volver a la tumba después de unas horas breves de sueño en sus refugios junto a la laguna, cruzaban el puente sobre el sumidero cuando un alarido reverberó en el pasadizo. Siguió un tumulto de preguntas y respuestas, de gritos eufóricos de los hombres que trabajaban en los niveles superiores del túnel.

-Hansith descubrió algo -exclamó Royan-. Diablos, Nicky, ya lo decía yo... -y se lanzó a la carrera seguida por él.

El descanso superior de la escalinata estaba atestado de trabajadores semidesnudos que hablaban y gesticulaban animadamente. Nicholas se abrió paso entre ellos, seguido por Royan que le pisaba los talones. Advirtieron que Hansith había llegado hasta el lugar donde antes se encontraba el santuario de Osiris. El techo sobre sus cabezas estaba semidestruido, y entre los escombros que cubrían las baldosas de ágata Nicholas distinguió los restos del artefacto instalado por Taita para provocar el derrumbe al activarse el mecanismo. Consistía sobre todo en una gran piedra redonda, de muchas toneladas de peso, similar a la de un molino. Nicholas la inspeccionó brevemente.

-Cuando uno lee Río sagrado, descubre que Taita estaba obsesionado por las ruedas -dijo a Royan-. Ruedas de carro, norias, y aquí tenemos la rueda compensadora de su trampa. Al mover las palancas, desplazamos las cuñas que trababan esta monstruosidad. Una vez que echó a rodar, derribó las piedras apiladas sobre el techo de la galería. -Alzó la mirada al techo destruido.

-Deja eso, Nicky -exclamó Royan con fastidio-. Ya habrá tiempo para conferencias. Hansith no nos llamó para ver la trampa mortal de Taita. Acaba de descubrir algo. ¡Vamos!

Se abrieron paso entre los trabajadores de la cuadrilla hasta distinguir la figura alta de Hansith.

-¿Qué pasa? -Nicholas tuvo que gritar sobre las cabezas de los demás. -¿Qué encontraste, Hansith?

-Aquí, effendi -contestó Hansith, también a los gritos-. Ven, de prisa.

Llegaron hasta la cabeza de la obra en el extremo de la galería donde se encontraba el monje.

¡Ahí! -exclamó Hansith con orgullo.

Nicholas posó una rodilla sobre los fragmentos de roca del santuario. Algunos retazos de yeso permanecían adheridos al muro fracturado. Hansith extrajo una losa del muro y señaló el boquete. Nicholas espió por ese hueco y su pulso se aceleró bruscamente. Era una abertura

lateral, y le bastó el primer vistazo para distinguir que de ahí partía un túnel perpendicular a la gran galería. El yeso pintado con la imagen del gran dios la había ocultado.

Al contemplarla con temor reverente sintió la mano de Royan sobre su brazo, su cálido aliento en su mejilla.

-Ahí está, Nicky. La entrada a la verdadera tumba de Mamose. La galería era una simulación, una pista falsa que nos dejó Taita. Aquí está la verdad.

-¡Hansith! -La voz de Nicholas estaba alterada por la emoción. -Ordena a los hombres que despejen esta entrada.

A medida que los trabajadores removían las piedras, Nicholas y Royan pegados a sus espaldas la veían aparecer en toda su dimensión. Resultó ser un rectángulo tenebroso de tres metros de ancho por dos de altura, como el túnel desde el sumidero. El dintel y los parantes eran de piedra cortada y asentada con toda precisión, y al iluminarla con la linterna, Nicholas vio una escalera ascendente.

Trasladaron cables y luces al interior de la galería y los instalaron en la nueva entrada, y cuando Nicholas dio el primer paso hacia el interior, Royan estaba a su lado.

-Iré contigo -dijo en tono de no admitir réplica.

-Lo más probable es que haya una trampa -replicó. Taita nos acecha en el primer recodo.

-Ni una palabra más, amigo. Voy contigo.

Ascendieron lentamente la empinada escalera, deteniéndose en cada peldaño a examinar los muros y el pasadizo. A los veinte peldaños llegaron a un descanso con dos aberturas laterales, una a cada lado. Pero la escalera se prolongaba delante de ellos.

-¿Por dónde seguimos? -preguntó Nicholas.

-Hacia adelante. Los pasadizos laterales los exploraremos después.

Continuaron el ascenso cauteloso. Veinte escalones más arriba apareció otro descanso idéntico al primero, con aberturas laterales y la escalera al frente.

-Adelante -ordenó Royan sin esperar la pregunta.

-Es una locura -dijo Nicholas, pero ella le dio un suave empujón en la espalda.

-Hay que subir -dijo, y él no replicó. Pasaron otro descanso y otro más, todos idénticos.

-¡Por fin! -exclamó Nicholas al llegar a un descanso rematado con una pared. También éste mostraba las aberturas laterales.

-Aquí termina.

-¿Cuántos descansos hay en total? ¿Los contaste?

-Ocho.

-Exactamente. ¿Ese número no te dice nada?

La miró a la luz de la lámpara: -Quieres decir...

-Ocho santuarios en la galería, ocho descansos, los ocho hoyos del tablero de bao.

Miraron a su alrededor, callados e indecisos.-Bien, ya que eres tan astuta, dime hacia dónde vamos. Cerró los ojos y giró varias veces hasta perder la cuenta: -Allá -dijo-. Hacia la derecha.

Siguieron el pasadizo de la derecha hasta llegar a un cruce en T: un muro y dos pasadizos transversales idénticos.

-Sigamos doblando a la derecha -dijo Royan, y así lo hicieron. Pero al llegar a un nuevo cruce Nicholas se detuvo.

-Te das cuenta de lo que es esto, ¿no? Una nueva trampa de Taita. Es un laberinto. Si no fuera por el cable, ya estaríamos perdidos.

Echó una mirada perpleja al camino por donde habían venido y a los pasadizos a su derecha e izquierda.

-Cuando construyó esta tumba, Taita no pudo anticipar la era de la electricidad. Pensaba que los ladrones de tumbas contarían con sus mismos medios. Imagina qué pasaría si hubieras llegado hasta aquí sin el cable eléctrico para guiarte de vuelta a la salida -susurró Nicholas-. Y si sólo tuvieras una lámpara de aceite. Y si el aceite se agotara y quedaras sumida en la oscuridad absoluta.

Royan se estremeció y le aferró el brazo:

-¡Basta, me estás asustando!

-Taita empieza a jugar sucio -susurró Nicholas-. Comenzaba a sentir afecto por el viejo rufián, pero ahora no estoy seguro. Se estremeció otra vez.

-Volvamos -susurró-. Hicimos mal en irrumpir así. Debemos volver para trazar un plan. No estamos preparados. Tengo la sensación de que hay peligro aquí... peligro en serio, como en la galería larga.

Mientras tomaban las sucesivas curvas y recodos, recogiendo el cable eléctrico al desandar los pasadizos de piedra, la tentación de largarse a correr se volvía casi irresistible. Royan aferraba con fuerza el brazo de Nicholas. Ambos tenían la sensación de una presencia inteligente y malévola que los acechaba en las tinieblas, los seguía y vigilaba, esperando el momento de atacar.

El camión militar que transportaba a Tessay desde la aldea de Debra Maryam tomó la senda que bordeaba el Dandera río abajo hacia la escarpa de la quebrada del Abbay.

-Este no es el camino al cuartel -dijo Tessay al teniente Hammed, quien se agitó, molesto, en el asiento a su lado.

-El coronel Nogo no se encuentra en su cuartel general. Tengo orden de llevarla a otro lugar.

-El único lugar en esta dirección es el campamento de la empresa minera extranjera Pegaso.

-El coronel Nogo lo emplea como base de avanzada en la campaña contra los shufta en el valle -explicó-. Mis órdenes son llevarla a su presencia allá.

Recorrieron en silencio el resto del largo trayecto, saltando sobre los pozos del camino. Poco antes del mediodía llegaron al borde de la escarpa y en la bifurcación tomaron el camino que los llevó por fin al campamento de Pegaso. Los centinelas de uniforme de monte saludaron a Hammed con venias, el camión franqueó los portones y se detuvo frente a una de las grandes cabañas prefabricadas.

-Espere aquí, por favor.

Hammed bajó del camión, entró en la cabaña y salió pocos minutos después.

-Por favor, acompáñeme, Señora Sol. -Molesto, abochornado, evitaba mirarla a los ojos al ayudarla a bajar. La acompañó a la puerta y la dejó pasar.

Al echar una mirada alrededor de la sala escasamente amueblada comprendió que debía ser la oficina administrativa de la empresa. Una mesa de conferencias ocupaba casi todo el largo de la sala y había armarios metálicos y dos escritorios contra las paredes laterales. Un mapa de la región y algunos diagramas técnicos decoraban las paredes. Dos hombres estaban sentados junto a la mesa. Los reconoció al instante.

El coronel Nogo la miró y su mirada era muy fría detrás de los anteojos de marco metálico. Como siempre, su cuerpo alto y esbelto estaba enfundado en un uniforme impecable, pero tenía la cabeza descubierta. Su boina bordó estaba sobre la mesa frente a él. Jake Helm estaba echado en la silla y tenía los brazos cruzados sobre el pecho. A primera vista, su pelo cortado al ras le prestaba un aire juvenil. Pero más de cerca se advertía su piel curtida y las arrugas en las comisuras de los ojos. Vestía una camisa abierta al cuello y vaqueros tan desteñidos que eran casi blancos. La hebilla india de su cinturón era de plata repujada con la cabeza de un caballo salvaje. Las mangas de su camisa de algodón estaban dobladas sobre sus enormes bíceps. Mordisqueaba la colilla de un cigarro holandés ordinario; el olor a tabaco era fuerte, agrio y desagradable.

-Bien, teniente -dijo Nogo en amhárico-. Retírese y espere afuera. Lo llamaré cuando lo necesite.

Tessay esperó a que Hammed abandonara la sala.

-¿Por qué me han detenido, coronel Nogo?

Ninguno de los dos se inmutó. La miraron en silencio.

-Exijo una explicación por este trato tan descortés.

-Se ha asociado con una banda de terroristas conocidos

-dijo Nogo suavemente-. Sus acciones la convierten en una de los suyos, una shufta.

-No es cierto.

-Ingresó ilegalmente en una concesión minera en el valle del Abbay -terció Helm-. Usted y sus cómplices han iniciado operaciones mineras en terrenos de esta empresa.

-No hay operaciones mineras -contestó.

-Nuestros informes dicen lo contrario. Tenemos pruebas de que han tendido una represa sobre el río Dandera...

-No tengo nada que ver con eso.

-Pero no niega que hay una represa.

-No tengo nada que ver -insistió-. No soy miembro de ningún grupo subversivo ni participo de operaciones mineras.

Callaron nuevamente. Nogo tomó apuntes en una libreta. Helm se paró y fue lentamente hacia una ventana detrás del hombro derecho de Tessay. El silencio se prolongó hasta volverse insoportable. Aunque sabía que era una táctica de la guerra de nervios, tuvo que romperlo.

-He viajado durante casi toda la noche en un camión militar -dijo-. Estoy cansada y necesito ir al baño.

-Si es muy urgente, puede hacer sus necesidades ahí donde está. Ni el señor Helm ni yo nos ofenderemos por eso. -Nogo la sorprendió con su risita afeminada, pero no levantó la vista de su libreta.

Miró sobre su hombro hacia la puerta. Helm cruzó la sala, hizo girar la llave en la cerradura, la extrajo y la guardó en su bolsillo. Sabía que no debía dar muestras de debilidad frente a ellos. A pesar del cansancio, el miedo y el dolor de la vejiga, se dirigió con fingida despreocupación y confianza a la silla más próxima, la apartó de la mesa y se sentó.

Nogo la miró y frunció el entrecejo. No era la reacción esperada.

-Usted conoce al bandido shufta Mek Nimmur -la increpó bruscamente.

-No -dijo fríamente-. Conozco al patriota Mek Nimmur, un dirigente democrático. No es un shufta.

-Usted es su concubina. Su ramera. No esperaba otra respuesta. -Ella apartó la vista con desdén, y la voz de Nogo se volvió chillona: -¿Dónde está Mek Nimmur? ¿Cuántos hombres tiene? -La compostura de Tessay le hacía perder la suya.

Ella no se dignó responder, y Nogo la miró con furia:

-Le advierto que si no colabora, tendré que emplear otros métodos para obligarla a responder.

Giró en su silla para mirar por la ventana. Sobrevino un largo silencio durante el cual Jake Helm cruzó la sala hacia una puerta que conducía a un cuarto trasero. Salió y cerró la puerta. A través de las paredes delgadas de la cabaña Tessay distinguió el murmullo de voces. Las cadencias e inflexiones no eran del amhárico ni del inglés sino de un idioma desconocido para ella. Conjeturó que Helm recibía instrucciones de un superior que no quería que ella pudiera reconocerlo más adelante.

Minutos después, Helm reapareció y cerró la puerta, pero no con llave. Hizo una señal a Nogo, quien se paró al instante. Los dos se plantaron frente a ella.

-Creo que será mejor para todos liquidar el asunto lo antes posible -dijo Helm en voz baja-. Así usted podrá ir al baño y yo podré desayunar.

Tessay lo miró a los ojos con aire desafiante, sin responder.

-El coronel Nogo quiso mostrarse razonable. Su posición oficial lo obliga a guardar ciertas formas. Afortunadamente, no estoy atado por esas limitaciones. Voy a hacerle las mismas preguntas, pero esta vez usted responderá.

Tomó el cigarro apagado de su boca y examinó la punta. Arrojó la colilla a un rincón y sacó una cigarrera metálica plana del bolsillo de su pantalón. Sacó otro largo cigarro negro y le aplicó una cerilla encendida hasta obtener una buena brasa. En medio de una nube acre de humo de tabaco agitó la cerilla hasta apagarla y preguntó:

-¿Dónde está Mek Nimmur?

Se encogió de hombros y miró hacia la ventana.

Sin el menor indicio o advertencia, le golpeó la cara con la mano abierta. Fue una bofetada brutal, descargada con tanta fuerza que le volvió la cara. Sin darle tiempo a recuperarse, la golpeó en la mandíbula con los nudillos. Su cabeza giró violentamente en la dirección contraria y su cuerpo salió despedido de la silla.

Nogo le aferró los brazos y se los retorció a la espalda. La sentó en la silla, se paró a su espalda y la sujetó con tanta fuerza que sus dedos le lastimaron la piel de los antebrazos.

-No puedo perder más tiempo -dijo Helm suavemente. Tomó el cigarro entre los dedos e inspeccionó la brasa. -Volvamos a empezar. ¿Dónde está Mek Nimmur?

Tessay sentía que el golpe brutal le había roto el tímpano izquierdo. Sus oídos zumbaban, se había clavado los dientes en la mejilla y su boca empezaba a llenarse de sangre.

La cara de Helm estaba muy cerca de la suya.

-¿Dónde está Mek Nimmur? ¿Por qué construyeron la represa en el río Dandera?

Ella juntó saliva y sangre en la boca y le lanzó un violento escupitajo a la cara.

Helm retrocedió violentamente y se limpió los ojos con la palma de la mano.

-¡Sosténgala! -le indicó a Nogo. Le aferró la blusa y de un tirón la desgarró hasta la cintura. Nogo rió y se inclinó para mirar los senos de Tessay. Rió otra vez cuando Helm le tomó un pezón entre el pulgar y el índice. Era del color de una mora madura.

Lo' pellizcó entre las uñas hasta que se desgarró la piel y asomó una gota de sangre. Con la otra mano tomó el cigarro y sopló la brasa hasta ponerla al rojo vivo.

-¿Dónde está Mek Nimmur? -preguntó. Le acercó la brasa al pezón. -¿Qué están haciendo en el Dandera?

Miró aterrada la brasa candente y trató de apartarse, pero Nogo la sostenía con fuerza. Gritó una vez, interminablemente, cuando la brasa rozó la punta de su pezón y la piel delicada empezó a ampollarse.

Invierno -dijo Royan al desplegar la ampliación de la cuarta cara de la estela de Tanus bajo la fuerte luz del reflector-. Aquí están las anotaciones de Taita que según mi hipótesis se refieren al tablero de bao. No he descifrado todos los símbolos, pero por un proceso de eliminación pude determinar que el primero denota uno de los cuatro bordes del tablero, que él llama castillos.

Le mostró sus cálculos anotados en la libreta de apuntes.

-Mira, el mandril sentado es el castillo boreal, la abeja es el austral, el pájaro es el occidental y el escorpión el oriental.

-Señaló los mismos símbolos en la fotografía de la estela. -El segundo y el tercer símbolo son números... en mi opinión designan la hilera y el hueco. Con ellos podemos seguir los movimientos de las piedras rojas imaginarias. Las piedras rojas son las piezas de mayor valor.

-¿Cómo interpretas los versículos entre las anotaciones?

-preguntó Nicholas-. Por ejemplo, aquí dice algo sobre el viento norte y la tormenta.

-No estoy segura. Si conozco bien a Taita, diría que son cortinas de humo. Con él la vida nunca es fácil. Tal vez tengan algún significado, pero sólo podremos desentrañarlo a medida que 4 movamos nuestras piezas.

Nicholas examinó los apuntes y sonrió con malicia:

-¿Se te ha ocurrido pensar lo remota que era la probabilidad de que alguien descifrara

estos indicios? El primer requisito para llegar a la clave de la tumba es acceder a las dos crónicas, tanto el séptimo papiro como la estela de Tanus.

Ella rió con placer y satisfacción

-Sí, seguramente creyó que estaba a salvo. Pues bien, maese Taita, veremos si eres tan astuto. -Recuperó su aire serio, eficiente, y se volvió hacia la escalera de piedra que conducía al laberinto de Taita.

-Ahora veamos si mis cifras y teorías se corresponden con las piedras y los muros de la arquitectura de Taita. ¿Por dónde empezamos?

-Por el principio -sugirió Nicholas-. El dios hace la primera movida. Eso dice Taita. Si empezamos por el santuario de Osiris al pie de la escalera, tal vez podamos determinar la alineación del tablero de bao imaginario.

-Ya se me había ocurrido -asintió-. Postulemos que este es el castillo boreal del tablero de Taita. A partir de aquí seguiremos el protocolo de los cuatro toros.

Lenta, minuciosamente, trataron de penetrar en la mente del viejo escriba siguiendo el laberinto de túneles y pasadizos construidos cuatro milenios atrás. Esa vez penetraron en el laberinto con mayor cuidado. Nicholas tenía los bolsillos llenos de arcilla blanca del río reseca, que dejaba marcas como la tiza escolar. Con éstas empezó a trazar señales en los muros en cada rama y bifurcación de los túneles que duplicaban las anotaciones tomadas de la cara invernal de la estela. Las señales les permitirían orientarse en el laberinto y además buscar las correspondencias con el modelo que Royan dibujaba en su libreta.

La aparente confirmación de su hipótesis inicial, de que el santuario de Osiris era el castillo boreal del tablero, los llenó de optimismo: con esa clave sería fácil seguir las jugadas hasta el final de la partida. Pero sus esperanzas se desvanecieron rápidamente al descubrir que Taita no aplicaba las dos dimensiones del tablero condicional. En su ecuación había incluido la tercera dimensión.

La escalinata que nacía en el santuario de Osiris no era el único enlace entre los ocho descansos. Cada pasadizo lateral seguía un ángulo sutil ascendente o descendente. Al seguir los recodos y meandros de uno de los túneles, no advirtieron que pasaban de un nivel a otro. De repente salieron a la escalinata central, pero en un descanso más alto que el anterior.

Se miraron, incrédulos y horrorizados. Royan rompió el silencio.

-No me di cuenta de que estábamos subiendo -susurró-. Esto es infinitamente más complejo de lo que suponíamos.

-Debe de ser una estructura similar a la de esos modelos nucleares de un átomo de carbono complejo -asintió Nicholas en tono reverente-. Está entrelazada en los ocho planos. Francamente, me da miedo.

-Esto me da un indicio de lo que significan los símbolos incidentales -masculló Royan-. Indican los niveles. Tendremos que reelaborar toda nuestra concepción.

-Bao tridimensional con reglas enigmáticas. ¿Cómo podemos vencerlo? -Nicholas meneó la cabeza con aire lúgubre. -Hace falta una computadora. Taita tenía motivos para jactarse. El viejo truhán era un genio de la matemática. -Señaló con la lámpara el túnel que acababan de recorrer. -El desnivel es invisible, aunque acabamos de comprobar que existe. Lo diseñó y construyó sin saber qué era una regla de cálculo ni un nivel de burbuja. Este laberinto es una obra de ingeniería increíble.

-Ya tendrás tiempo para fundar un club de admiradores. Ahora, volvamos a' los números.

-Voy a trasladar las luces y las mesas hasta este descanso central de la escalinata -dijo Nicholas-. Creo que deberíamos empezar en el centro del tablero. Tal vez podamos visualizarlo mejor.

No había otro ruido que el llanto suave de la mujer enroscada en el piso, en un charco de su propia sangre y orina. Sentado a la gran mesa, Tuma Nogo encendió un cigarrillo con manos temblorosas. Sentía un poco de náuseas. Era un soldado y había conocido el terror de la época de Mengistu. Hombre rudo, habituado a la violencia y la crueldad, estaba conmovido por lo que acababa de presenciar. Ahora comprendía por qué von Schiller confiaba en Helm. El hombre era inhumano.

En el otro extremo de la sala, Jake Helm se lavaba las manos en una pequeña pileta. Las secó cuidadosamente, se limpió las manchas de la ropa con la misma toalla y se acercó al cuerpo postrado de Tessay.

-No creo que pueda decirnos más -declaró serenamente-. No creo que se haya guardado nada.

Nogo miró a la mujer, vio las quemaduras lívidas en su seno y sus mejillas, similares a las llagas purulentas de una viruela maligna. Sus ojos estaban cerrados; y sus pestañas, chamuscadas. Había soportado bien la tortura. Sólo cuando Helm le rozó los párpados con el cigarro, acabó por capitular y farfullar las respuestas que le pedía.

A pesar de las náuseas, Nogo pensó que por suerte no había sido necesario mantenerle los párpados abiertos para que Helm aplastara la brasa del cigarro en sus ojos bañados en lágrimas.

-Vigílela -ordenó Helm al bajarse las mangas-. Es aguantadora. No corra riesgos.

Pasó junto a él y fue a la puerta en el otro extremo de la cabaña. La dejó abierta y Nogo pudo oír las voces, pero sin entender, porque hablaban en alemán. Sí comprendía por qué von Schiller no había querido presenciar el interrogatorio. Evidentemente conocía los métodos de Helm.

Este volvió a la sala y lo miró:

-Bien, ya no la necesitamos. Ocúpese de ella como acordamos. Nogo se paró. Parecía nervioso al posar la mano en la funda de la pistola:

-¿Aquí? -preguntó-. ¿Ahora mismo?

-¡Pedazo de idiota! Llévesela, bien lejos. Y llame a alguien para que limpie esta porquería. -Giró sobre sus talones' y fue nuevamente al cuarto contiguo.

Nogo se estremeció y fue a la puerta. Dio un amplio rodeo en torno de Tessay para no mancharse los borceguíes de comando.

-¡Teniente Hammed! -exclamó desde la puerta.

Hammed y Nogo alzaron a Tessay. En silencio, deprimidos y casi sumisos, la ayudaron a colocarse sus harapos sangrientos. Hammed evitó mirar su desnudez, las quemaduras y laceraciones que desfiguraban su tersa piel color ámbar. Le echó el shamma sobre los hombros y la condujo a la puerta. Cuando tropezó, impidió que cayera y la tomó del codo. La ayudó a bajar los peldaños y la llevó al camión. Caminaba muy lentamente, como una vieja. Sentada en la cabina, se tomó la cara quemada e inflamada entre las manos.

Nogo hizo un gesto brusco de la cabeza para indicar a Hammed que lo siguiera. Le habló en voz baja, y lacara de Hammed se alteró al comprender las órdenes. Quiso protestar, pero Nogo le impuso silencio con un grito. Se mordió el labio.

-¡Recuerde! -repitió Nogo-. Lejos de las aldeas. Que no haya testigos. Después venga a informar.

Hammed irguió los hombros, hizo una venia; giró y volvió al camión, donde se sentó junto a Tessay. Dio una orden al conductor, el camión salió del campamento y enfiló por la senda de vuelta a Debra Maryam.

En su confusión y dolor, Tessay había perdido la noción del tiempo. Estaba casi inconsciente, su cuerpo saltaba en el asientocada vez que el camión entraba en un tramo poceado del camino y su cabeza se bamboleaba. Su cara estaba tan hinchada que le costó gran esfuerzo abrir los ojos. Cuando lo hizo, pensó que le fallaba la vista. Entonces advirtió que el Sol se había puesto y ya era de noche. Había pasado el día entero en la cabaña con Helm.

Sintió algo de alivio al comprobar que las quemaduras de los párpados no le habían

afectado las pupilas. Al menos no estaba ciega. Miró por la ventanilla y vio a la luz de los faros que seguían un camino desconocido.

-¿Adónde me llevan? -murmuró-. Este no es el camino al pueblo.

Apoltronado en el asiento, el teniente Hammed se negó a responder y ella se hundió nuevamente en la bruma del dolor y el agotamiento.

Se despertó cuando el conductor frenó bruscamente y apagó el motor. Manos rudas la arrastraron de la cabina y la pararon frente a los faros. Le ataron las manos a la espalda con una correa de cuero crudo.

-Me hacen daño -gimió-. Me cortan las muñecas. -Había agotado sus fuerzas y coraje. Se sentía derrotada, patética, incapaz de reaccionar.

Uno de los soldados aferró la conea y la arrastró brutalmente fuera del camino. Lo siguieron otros provistos de palas de trinchera.

A la luz de la Luna distinguió un bosquecillo de eucaliptos a cien metros del camino, hacia donde la llevaban. Allí la obligaron a sentarse contra un tronco y el hombre que le había atado las manos se quedó a vigilarla, apuntándole despreocupadamente con su fusil mientras con la otra mano encendía un cigarrillo. Los otros dejaron los fusiles y empezaron a cavar. No le prestaban la menor atención: discutían el campeonato africano de fútbol que se desarrollaba en Lusaka y las posibilidades de que el equipo etíope llegara a la final.

Poco a poco, la mente aturdida de Tessay comprendió que estaban cavando su tumba. Su boca herida se resecó, y miró a su alrededor con desesperación en busca del teniente Hammed. Se había quedado en el camión.

-Por favor -susurró, pero su guardián le dio una violenta patada en el vientre.

-¡Silencio! -ordenó, empleando el término despectivo usado para dirigirse a un animal o una persona de baja casta.

Tendida en posición fetal, comprendió que toda súplica era inútil. La abrumó una sensación de debilidad e impotencia, y lloró en silencio en la oscuridad.

Al abrir nuevamente los ojos, la luz de la Luna le permitió ver que la tumba era profunda, tanto que no se veían los excavadores. Las paladas de tierra volaban sobre el borde y caían en un montículo. El guardia se alejó un instante y se inclinó sobre el hoyo.

-Así está bien -gruñó-. Llamen al teniente.

Los dos soldados salieron de la tumba, reunieron sus armas y herramientas y se alejaron hacia el camión sin dejar de conversar amigablemente. Tessay quedó a solas con el guardia.

Se estremeció de frío y terror, mientras el guardia fumaba plácidamente su cigarrillo, acuclillado junto a la tumba. Pensó que tal vez podría pararse, arrojarlo al fondo de un puntapié y huir hacia el bosque. Pero sus movimientos eran rígidos y torpes, y sus manos y pies estaban entumecidos. Trató de moverse, pero en ese momento oyó los pasos del teniente Hammed y se dejó caer, desesperada.

Hammed iluminó el fondo de la tumba con su linterna.

-Bien -aprobó en voz alta-. Así está bien. -Se volvió hacia el hombre que la vigilaba: -No quiero testigos. Vuelva al camión. Cuando oigan los disparos, vengan todos a ayudarme a llenar el hoyo.

El hombre se colgó el fusil del hombro y desapareció entre los árboles. Hammed esperó a que se alejara, luego se acercó a Tessay y la ayudó a pararse. La empujó hacia el borde de la tumba y ella advirtió que trataba de desvestirla. Quiso resistirse, pero aún tenía las manos atadas a la espalda.

-Quiero su shamma -murmuró. Le quitó la capa de lana blanca y la llevó al borde de la tumba. Saltó al fondo del pozo y ella oyó que revolvía algo. Le llegó su voz en un susurro: -Tienen que ver algo. Un cuerpo...

Salió, jadeando por el esfuerzo y se paró detrás de ella. Sintió un roce metálico en sus muñecas y comprendió que estaba cortando las correas. Sus manos se soltaron, y jadeó de dolor cuando la sangre irrumpió.

-¿Qué está haciendo? -preguntó, desconcertada. Miró al fondo del pozo y vio que el shamma parecía cubrir un cuerpo humano. -¿Va a...?

-Por favor, no hable -susurró. La tomó del hombro y la condujo hacia los árboles.

-Acuéstese aquí. -La obligó a tenderse de cara al suelo y la cubrió con hojas muertas y ramas.

-¡Quédese aquí! No trate de correr. No hable ni se mueva hasta que nos alejemos.

Iluminó el montículo con la linterna para asegurarse de que estaba bien oculta y volvió hacia la tumba mientras desabrochaba la cartuchera de su pistola. Se oyeron dos estampidos, tan fuertes e inesperados que se sobresaltó. Su corazón latía enloquecido. Luego oyó el grito de Hammed:

-Soldados, aquí. Acabemos de una vez.

Oyó sus pasos pesados y luego el ruido de los terrones al caer al hoyo.

-No veo nada, mi teniente -dijo una voz quejumbrosa-. ¿No puede encender la linterna?

-No necesitas luz para llenar un agujero -gruñó Hammed-. Vamos, terminen. Y pisotéenlo bien. No quiero que quede tierra suelta. A ver si alguien lo descubre.

Tendida en silencio, trató de sosegar el temblor de su cuerpo. Por fin cesaron los ruidos de las palas, y oyó nuevamente la voz de Hammed:

-Suficiente. Asegúrense de no dejar nada. ¡Al camión!

Se alejaron los pasos y las voces. Oyó el ruido lejano del motor, vio los faros que giraban al enfilar el camión en la dirección por donde había venido.

Mucho después que el ruido del motor hubo cesado, seguía tendida bajo las ramas muertas. Se estremecía de frío, lloraba de dolor y cansancio. Lentamente apartó las ramas y se arrastró hacia el árbol más próximo. Se tomó del tronco y pudo pararse, débil y tambaleante en la oscuridad.

Entonces la embargó la sensación de culpa. "Traicioné a Mek -pensó abrumada-. Les dije todo a sus enemigos. Debo advertirle. Debo volver y advertirle."

Se apartó del tronco y se tambaleó hacia la senda en medio de la oscuridad.

La única manera de averiguar si habían descifrado los códigos de Taita consistía en desarrollar su juego. Recorrieron minuciosamente los túneles del laberinto, siguiendo sus movidas y señalándolas en las paredes con marcas de yeso blanco.

Había siete movidas inscritas en la cara "invierno" de la estela. La primera interpretación de los símbolos hecha por Royan les permitió desarrollar las primeras doce movidas. Entonces se encontraron en un pasadizo sin salida, rematado en una pared,. que les impidió realizar la siguiente movida.

-¡Carajo! -Nicholas dio un puntapié a la pared, y al comprobar que con ello no conseguía nada, le arrojó el trozo de yeso blanco. -Si ese viejo desgraciado cayera en mis manos, la castración sería el menor de sus males.

-Lo siento. -Royan se apartó el pelo de los ojos. -Creí que lo había hecho bien. Deben de ser las cifras de la segunda columna. Habrá que invertirlas.

-Habrá que empezar otra vez -gimió Nicholas.

-Sí, desde el principio.

-¿Cómo nos enteraremos de si hicimos todo bien?

-Las pistas deben conducirnos a una de las combinaciones ganadoras, equivalente del jaque mate, en la decimoctava movida. Después no habrá otra movida lógica, y podremos suponer que resolvimos el enigma.

-¿Y qué encontraremos cuando lleguemos a esa posición?

-Te lo diré cuando lleguemos. -Sonrió con dulzura. -Ánimo, Nicky. Nuestros sufrimientos apenas comienzan.

Royan invirtió los valores de la segunda y tercera cifras de Taita para considerar aquélla el valor de hueco y ésta el de fila. Esta vez sólo pudieron realizar cinco movidas.

-Tal vez nos equivocamos al suponer que el tercer símbolo representa el nivel -sugirió Nicholas-. Volvamos al principio y apliquémosle el segundo valor.

-Nicky, ¿sabes cuántas combinaciones admiten estas tres variables? -Por fin empezaba a ganarla el desánimo. -Taita supone un conocimiento profundo del juego. Nosotros sólo tenemos algunas nociones fragmentarias. Es como si un gran maestro tratara de explicarle a un principiante las complejidades de la Defensa India del Rey.

-¡Y en ruso! -Nicholas le puso el broche a la comparación. -A este paso no llegaremos ni a la esquina. Creo que debemos cambiar el enfoque. Volvamos a los versículos entre las anotaciones.

-De acuerdo. Lo leeré. Presta atención. -Buscó sus apuntes. -El problema es que basta un matiz para cambiar todo el sentido. Taita es un maestro de los juegos de palabras, de esos en los que el sentido de toda una frase depende de una sola palabra. Si la interpretas mal, se acabó.

-Bueno, intentémoslo -dijo Nicholas en tono alentador-. Recuerda que Taita tampoco había jugado antes al bao tridimensional. Si dejó algún indicio, debe de estar en lo más alto de la estela. Concéntrate en las primeras anotaciones y los versículos que las separan.

-De acuerdo. La primera anotación es la abeja seguida por los números cinco y siete y el sistro.

Nicholas sonrió:

-Sí, ya lo escuché tantas veces que jamás lo olvidaré. ¿Qué sigue?

-El primer verso. -Señaló los jeroglíficos con el dedo.

-"Aquello que se puede nombrar se puede conocer. Lo innominado sólo se puede sentir. Navego con la marea a mi espalda y el viento en la cara. Amada mía, tu sabor es dulce en mis labios."

-¿Nada más?

-Después viene la segunda anotación. El escorpión, los números dos y tres y otra vez el sistro.

-¡Despacio, despacio! Vamos por partes. ¿Cómo hemos de interpretar eso de "navegar" y el "amada mía"?

Así se debatieron y se enredaron con el texto de la estela hasta que sus ojos se volvieron rojos y perdieron toda noción del paso del tiempo. La voz de Sapper que reverberaba en la escalera los devolvió a la realidad. Nicholas se paró y se desperezó antes de mirar su reloj.

-Las ocho. Pero no me preguntes si de la mañana o de la noche.

Entonces se sobresaltó al ver a Sapper, que subía por la escalera, empapado de pies a cabeza.

-¿Qué pasó? -preguntó Nicholas-. ¿Te caíste al sumidero? Sapper se secó la cara con la palma de la mano.

-¿Nadie les dijo? Está lloviendo a cántaros.

Lo miraron horrorizados.

-¿Ya? -susurró Royan-. Se supone que faltaba un par de semanas.

Sapper se encogió de hombros:

-Pues, se olvidaron de avisarle al meteorólogo.

-¿Ya empezó la estación? -preguntó Nicholas-. ¿Empezó la crecida del río?

-Justamente vine a decirte que me voy a la represa con los Búfalos. Quiero vigilarla. Apenas haya peligro, les enviaré un mensaje, y cuando eso suceda no pierdan un instante. Salgan de aquí inmediatamente. El mensaje será que la represa va a ceder en cualquier momento.

-Déjame a Hansith -indicó Nicholas-. Lo necesito aquí. Sapper partió con la mayoría de los trabajadores. Royan y Nicholas se miraron muy serios.

-Se nos acaba el tiempo, y Taita nos tiene totalmente confundidos

-dijo Nicholas-. Debo advertirte que cuando empiece la crecida del río...

No le permitió seguir:

-¡El río! -exclamó-. ¡No el mar! Traduje mal. Dije "marea" porque pensé que Taita se

refería al mar, pero debí decir "corriente". Los egipcios no distinguían entre las dos.

Se precipitaron a la mesa para inclinarse sobre los apuntes. -"Navego con la corriente a mi espalda" -leyó Nicholas, modificando el pasaje.

-En el Nilo siempre prevalece el viento norte y la corriente va hacia el sur -dijo Royan con júbilo-. Taita miraba hacia el norte. El castillo boreal.

-Dijimos que el mandril representaba el castillo boreal.

-¡No! Me equivoqué. -Su rostro resplandecía con el fuego de la inspiración. -"Amada mía, tu sabor es dulce en mis labios." ¡La miel de la abeja! Había invertido los símbolos del norte y el sur.

-¿Y qué nos dice sobre el este y el oeste?

Se inclinó sobre el texto con entusiasmo renovado. -"Mis pecados son rojos como la cornalina. Me sujetan como cadenas de bronce. Punzan mi corazón como el hierro candente y vuelvo mis ojos al lucero de la tarde."

-No entiendo...

-No debería decir "punzan" -farfulló en su entusiasmo-. La palabra es "aguijonear". El escorpión mira al lucero. El lucero siempre está al oeste. El escorpión es el castillo occidental, no el oriental.

-"¡Habíamos invertido el tablero! -Excitada, se paró de un salto. -¡Volvamos a probar!

-Pero no hemos determinado los niveles. ¿Cuál es el nivel más alto, el sistro o las tres espadas?

-Después de lo que acabamos de descubrir, ésa es la única incógnita. 0 acertamos o nos equivocamos. Supongamos que el sistro es el nivel superior y si no resulta probaremos con el otro.

Todo era mucho más fácil. Ahora que los conocían mejor, los enredos del laberinto parecían menos amenazantes. En cada rincón, bifurcación y cruce aparecían las grandes señales trazadas por Nicholas. Recorrían rápidamente las curvas y los recodos, y su euforia crecía a medida que realizaban las movidas y el camino seguía despejado.

-La decimoctava movida -dijo Royan con voz temblorosa-. Arriba los pulgares. Si salimos a una fila abierta de las que amenazan el castillo austral del adversario, será jaque mate. -Tomó aliento y leyó en voz alta-: El ave. Los números tres y cinco. El símbolo de las tres espadas, nivel inferior.

Efectuaron la movida, pasando los cinco cruces hasta el nivel inferior del' laberinto. En cada bifurcación, las marcas de tiza en los bloques de piedra de los muros indicaban el camino.

-¡Llegamos! -anunció Nicholas. Juntos miraron alrededor.

-Este lugar es como cualquier otro -dijo Royan con amarga desazón-. Ya pasamos por aquí cincuenta veces. Es un recodo igual a todos.

-Por tratarse de Taita, es lo más lógico, ¿no? ¿O esperabas un cartel que dijera, "Cava aquí"?

-Bueno, ¿y qué hacemos? -preguntó desconcertada.

-Lee el último versículo de la estela.

Tenía su libreta de apuntes en la mano.

-"La santa tierra negra de este nuestro Egipto rinde una abundante cosecha. Azoto los flancos del asno, y el azadón de madera del arado rotura la tierra virgen. Planto la semilla y cosecho la vid y las espigas del grano. Cuando llega el momento bebo el vino y como la hogaza. Sigo el paso de las estaciones y cultivo la tierra." -Lo miró:

-¿Qué significa el paso de las estaciones? ¿Las cuatro caras de la estela? ¿La tierra? -Miró las lajas bajo sus pies. -¿La promesa del fruto de la tierra bajo nuestros pies?

Nicholas dio un fuerte pisotón: el ruido fue sordo y macizo. -Bueno, hay una sola manera de averiguarlo. -Su voz despertó ecos de ultratumba en los pasadizos: -¡Hansith! ¡Ven aquí!

Sentado bajo la lluvia en el asiento elevado de su tractor frontal amarillo, Sapper maldecía alegremente a la cuadrilla Búfalos, con la certeza de que su desconocimiento del

inglés les impedía reconocer los insultos. La lluvia venía de la alta montaña en ráfagas intermitentes. No era aún la lluvia torrencial y persistente de la temporada propiamente dicha. Pero el río crecía tenebrosamente y sus aguas adquirían un color azul grisáceo al arrastrar el barro sedimentario.

Sabía que la verdadera crecida aún no había comenzado. El redoble ominoso de los truenos en los altos picos, semejante a los rugidos de una manada de leones durante la caza, era apenas el preludio de la vasta embestida cósmica que no tardaría en llegar. Aunque el río lamía los gaviones más altos de la represa y ya rugía en la derivación lateral abierta en el valle, Sapper aún lo mantenía a raya.

Sus Búfalos armaban gaviones de piedras con los últimos canastos de alambre tejido almacenados en la cantera. Una vez llenos y cerrados, Sapper los alzaba con la pala delantera del tractor y los transportaba al borde del Dandera. Primero reforzó los puntos débiles de la represa y luego colocó una hilera adicional. Tenía plena conciencia del efecto catastrófico que se produciría cuando el río se derramara sobre el muro. Nada podría resistir su poderío. Arrastraría un gavión lleno de piedras como si fuera la rama de un baobab. Bastaría una brecha diminuta para derribar toda la estructura. La obra del río sería veloz e implacable: sobre eso no cabía hacerse ilusiones.

No podía esperar a que apareciera la primera brecha en el muro para enviar un mensaje de advertencia a Nicholas y Royan en el pozo río abajo. El torrente sería más veloz que cualquier mensajero, y una vez que el muro empezara a ceder sería demasiado tarde. Habría que calcular el momento con gran precisión, pensó, entrecerrando los ojos al recibir una nueva ráfaga de viento y lluvia en plena cara. Su instinto le decía que ya era el momento de enviar el mensaje: el espacio libre entre el nivel del río y la cima de la represa era de apenas treinta centímetros.

Pero también anticipaba la furia de Nicholas silo obligaran a abandonar la obra antes de tiempo, frustrando todos sus esfuerzos. Sabía que habían llegado a ese punto a costa de riesgos graves y de gastos enormes. En algunas conversaciones con Sapper antes de partir de Inglaterra, había dado a entender que se encontraba en dificultades financieras. Aunque Sapper no comprendía las sutilezas de ser un "Personaje" en Lloyd's ni las responsabilidades que eso entrañaba, comprendía que con el fracaso de la empresa Nicholas iría a parar al tribunal de quiebras... y Nicholas era su amigo.

Pasó la ráfaga y el Sol, deslumbrante y cálido, asomó tras los cúmulos de nubes. El torrente del río no disminuía, pero al menos el nivel dejaba de crecer.

-Una hora más -gruñó en voz alta. Accionó la palanca de cambios y el tractor bajó lentamente por la orilla para colocar un gavión más en su lugar

Trabajando hombro con hombro, Nicholas y la cuadrilla de Hansith retiraban las lajas del piso del laberinto en su nivel inferior. Era difícil alzarlas, incluso con barretas, debido a la estrechez de las juntas. Para ganar tiempo, Nicholas optó a su pesar por destruir el piso. Proveyó a los cuatro hombres más fuertes de mazas caseras -trozos de mineral de hierro atados a estacas- para que rompieran las baldosas y así pudieran retirarlas más fácilmente. Deploraba los daños causados a la excavación, pero el trabajo avanzaba con mucha mayor rapidez.

El buen ánimo y entusiasmo de los hombres empezaban a decaer. Llevaban demasiado tiempo en las profundidades claustrofóbicas del laberinto y todos eran conscientes del peligro mortal que significaba la crecida del río en el nacimiento de la quebrada. Las expresiones eran

hoscas; las bromas y risas, escasas. Lo que más preocupaba a Nicholas era el informe de Hansith al comienzo de la jornada sobre las primeras deserciones. Al llamarlos al trabajo, había comprobado la ausencia de dieciséis hombres. Durante la noche habían recogido sus mantas, tomado todos los objetos útiles o de valor que encontraron a mano y partido furtivamente.

Nicholas sabía que era inútil mandarlos buscar. Con semejante ventaja ya estarían a mitad de camino de la cima de la escarpa. En África, una vez iniciada, la podredumbre se extendía rápidamente.

Reía, los alentaba con bromas y trataba de ocultar su estado de ánimo. Trabajaba y sudaba hombro a hombro con ellos para tratar de retenerlos. Pero sabía que si no encontraban algo que mantuviera despierto su interés e ilusiones, a la mañana siguiente ya no quedarían ni siquiera los monjes y su fiel Hansith;

Habían empezado por un rincón en un recodo del laberinto

.y desde allí retiraban las baldosas a lo largo de dos ramificaciones del túnel. El desaliento crecía a medida que las rompían a mazazos y las alzaban para encontrar el estrato macizo de roca virgen sin la menor señal de una brecha o junta.

-No parece demasiado alentador -murmuró mientras se tomaba un respiro para beber de la jarra que le llevó Royan.

También ella parecía desalentada al verter agua en sus manos para que se limpiara el sudor y la suciedad de la cara.

- Tal vez me equivoqué con los símbolos de los niveles. Sería una broma típica de Taita encontrar dos combinaciones que condujeran a distintas soluciones lógicas:

Vaciló antes de apelar a su consejo:

¿Y si probara con la otra combinación...

La interrumpió el grito estentóreo de Hansith:

- ¡En nombre de la Virgen Santa, effendi, ven aquí!

Se sobresaltaron, y en su prisa Royan dejó caer la jarra, que se hizo añicos a sus pies. Sin advertir que sus piernas estaban empapadas, corrió junto con él hacia donde los aguardaba Hansith con su maza preparada para descargar el golpe.

-¿Qué pasa... -Se interrumpió al ver que debajo de las baldosas aparecía otra capa de piedra labrada.

Esos durmientes de piedra formaban un prolijo contrapiso de pared a pared, encajado bajo la roca circundante. Las juntas tan delgadas como navajas, los bordes eran lisos y rectos y no tenían marca o grabado alguno.

-¿Qué es esto, Nicky?

-Si no es una capa más de pavimento, es una trampa en el piso -contestó ávidamente-. Lo sabremos cuando empecemos a romper.

A pesar de los esfuerzos de Hansith, los durmientes eran demasiado gruesos y pesados para romperlos con mazas tan primitivas. Tuvieron que escarbar en torno de los bordes de un bloque y alzarlo con barretas. Cinco hombres debieron unir sus esfuerzos para alzarlo de sus cimientos.

-Hay un boquete. -Royan se arrodilló para espiar por el hueco-. ¡Hay un pasadizo!

Retirado el primer durmiente, era más fácil hacer palanca para levantar los demás. Una vez despejada la abertura rectangular, apareció un pasadizo tenebroso que Nicholas iluminó con la lámpara. Era tan ancho como el túnel y tan alto que Nicholas pudo erguirse en el primero de los escalones que descendían en n ángulo de cuarenta y cinco grados.

-Otra escalera -dijo con júbilo-. Tiene que ser la última. Supongo que Taita ya agotó sus pistas falsas.

Los trabajadores se agolparon a sus espaldas; su malhumor se disipó ante el descubrimiento y las perspectivas ciertas de ganar más dólares de plata.

- ¿Bajamos? -preguntó Royan-. Sé que debemos cuidarnos de las trampas, pero se agota el tiempo, Nicky.

-Como siempre, tienes razón. Ha llegado el momento de avanzar sin pensar en las

consecuencias.

-Y arrojar la cautela a los cuatro vientos. -Tomó su mano y rió. -Vamos juntos.

Descendieron de a un escalón por vez, con cautela y sosteniendo la lámpara en lo alto para disipar las tinieblas. -Hay una cámara en el fondo -exclamó Royan.

-Parece un depósito... ¿Qué son esas cosas apiladas contra las paredes? Parece haber cientos de ellas. ¿Son ataúdes o sarcófagos?

Las formas oscuras parecían casi humanas, asentadas hombro con hombro, hilera tras hilera, contra las paredes de la cámara cuadrada.

-No, me parece que son canastas llenas de cereal -contestó ella al reconocer las formas-. Las del otro lado parecen ánforas de vino. Una especie de ofrenda a los muertos.

-Si este es uno de los depósitos funerarios -dijo Nicholas con voz alterada por la emoción-, estamos en el umbral de la tumba.

-¡Sí! Mira... allá al frente hay otra puerta. Ilumina allá.

El haz de luz iluminó una abertura cuadrada en la pared frente a ellos. Parecía invitarlos de manera casi seductora. Bajaron los últimos escalones casi a la carrera para llegar a la cámara de paredes bordeadas de canastos de juncos y ánforas de arcilla. Pero al entrar en el almacén, chocaron con una barrera invisible que los detuvo en seco y los arrojó hacia atrás.

-¡Dios! -Nicholas se tomó la garganta, su voz era un grito ahogado. -Volver. Hay que volver.

Royan cayó de rodillas, resollando en busca de aire.

-¡Nicky! -Quería gritar, pero el aliento estaba atrapado en sus pulmones. Sentía que un lazo de acero le estrechaba el pecho y al hacerlo le expulsaba el aire.

-¡Nicky! ¡Ayúdame! -Se sofocaba como un pez arrojado a la orilla. Sus fuerzas la abandonaron y su vista empezó a nublarse. No podía pararse.

El se inclinó para alzarla, pero estaba casi tan débil como ella. Sus propias piernas ya cedían bajo su peso.

"Cuatro minutos", pensó con desesperación al sofocarse. "Eso nos queda. Cuatro minutos antes de perder el sentido. Necesitamos aire."

Deslizó los brazos bajo sus axilas y se tomó las manos sobre sus senos. Trató de levantarla, pero sus fuerzas estaban exhaustas. Retrocedió hacia la escalera que acababan de bajar tan alegremente, y cada paso le exigió un esfuerzo descomunal. Ella estaba inconsciente, inerte entre sus brazos. Sus piernas se arrastraban sobre el piso.

Sus talones tropezaron con el último escalón y casi cayó de espaldas. Conservó el equilibrio con esfuerzo y empezó a ascender, arrastrándola; sus pies se deslizaban y rebotaban en los peldaños. Quería llamar a Hansith, pero no tenía aliento para alzar la voz.

"Si la sueltas, se muere", se dijo y subió otros cinco peldaños. Sus pulmones buscaban afanosamente el aire, pero no había. El resto de sus fuerzas se agotaba, su vista se nublaba.

"Aire", imploró. "Dios querido, dame aire."

Milagrosamente, como en respuesta a su súplica, sintió cómo el oxígeno añorado penetraba en su garganta dolorida y le hinchaba los pulmones. El aire le devolvió fuerzas, aferró a Royan y la alzó del piso. Se tambaleó hasta la boca del pasadizo y cayó a los pies de Hansith.

-¿Qué pasó, effendi? ¿La señora está bien?

Nicholas no tenía aliento para responder. Tendió a Royan de espaldas para hacerle respiración boca a boca y la abofeteó suavemente.

-¡Vamos! -imploró-. ¡Habla, por favor, háblame!

Al no recibir respuesta, se inclinó sobre ella, le cubrió la boca con la suya y le insufló aire hasta que vio de reojo que su pecho se hinchaba.

Se enderezó para dejar pasar los tres segundos.

"Por favor, mi amor, respira."

Su rostro amarillento estaba pálido como el de un cadáver. Nuevamente se inclinó sobre ella y le insufló aire en los pulmones hasta sentir que se agitaba.

"Eso es, mi amor. Vamos, respira, hazlo por mí"

Ella tomó aliento, lo apartó y se sentó. Todavía obnubilada, miró el círculo de caras asustadas que la rodeaba hasta distinguir el rostro pálido de Nicholas entre las caras negras de los trabajadores.

-¡Nicky! ¿Qué pasó?

-No estoy seguro... pero casi nos mató a los dos. ¿Cómo te sientes?

-Era como si me estrangulara una mano invisible. No podía respirar y me desmayé.

-Creo que el nivel inferior está inundado por una especie de gas. Sólo estuviste desmayada dos minutos -añadió para tranquilizarla-. Se necesitan cuatro minutos de privación de oxígeno para dañar el cerebro.

-Tengo una jaqueca terrible. -Se palpó las sienes con las yemas de los dedos. –Oí tu voz. Me dijiste "mi amor". -Bajó los párpados.

-Bueno, fue un lapsus. -La alzó y por un instante ella se apoyó en él. Sus senos eran tibios y suaves contra su pecho.

-Gracias otra vez, Nicky. Estoy tan en deuda contigo que nunca podré pagarte.

-Ya lo veremos en su momento.

Bruscamente consciente de que era el centro de las miradas, se apartó de él.

-¿Qué clase de gas? ¿Y cómo llegó hasta ahí? ¿Será otra trampa de Taita?

-Probablemente un gas de la descomposición orgánica. Debe de ser más pesado que el aire porque quedó atrapado en el nivel inferior. Diría que es dióxido de carbono, aunque podría ser metano. El metano es más pesado que el aire, ¿no?

-¿Crees que Taita lo hizo a propósito? -El color volvía a sus mejillas y ya recuperaba sus fuerzas.

-No lo sé, pero las canastas y ánforas me parecen sospechosas. Lo sabremos cuando las examine. -Le acarició la mejilla con ternura. -¿Cómo te sientes? ¿La jaqueca?

-Ya pasa. ¿Qué hacemos?

-Hay que ventilar la cámara -dijo-. Cuanto antes, mejor.

Tomó una vela de su mochila de emergencia para comprobar hasta dónde llegaba el gas en el pasadizo. La encendió y bajó lentamente, de a un peldaño, sosteniéndola cerca del piso. La llama ardía y oscilaba con la corriente a medida que descendía. Al llegar al sexto peldaño contando desde abajo, la llama se volvió amarillenta y se apagó.

Señaló el nivel con una marca blanca en el muro y se volvió hacia la boca del pasadizo:

-Bien, ya sabemos que no es metano porque estoy vivo. Debe de ser dióxido de carbono.

-Una prueba convincente -comentó ella, riendo-. Si hace pum, es metano.

-Hansith, alcánzame el ventilador -dijo Nicholas al robusto monje.

Tomó aliento como si fuera a bucear, llevó el ventilador hasta la cámara, lo encendió a máxima potencia y salió rápidamente, deteniéndose sólo a tomar aliento después de pasar la marca en la pared.

-¿Cuánto tardaremos en ventilar la cámara? -preguntó Royan ansiosamente, mirando su reloj.

-Repetiré la prueba de la vela cada quince minutos.

Pasó una hora antes de que el gas se disipara lo suficiente para permitirle respirar dentro de la cámara. Luego Nicholas ordenó a Hansith que trajera leña y encendiera una fogata en el centro de la cámara; el aire caliente circularía con mayor rapidez.

Mientras tanto, él y Royan examinaban el contenido de las canastas contra la pared.

-¡Era astuto el desgraciado! -murmuró Nicholas con fastidio y admiración a la vez-. Parece una mezcla de abono, hierba y hojas muertas, como un estercolero.

Cruzaron la cámara, volcaron una de las ánforas y estudiaron el polvo derramado. Nicholas alzó un puñado, lo frotó entre los dedos y lo husmeó cautelosamente.

-¡Piedra caliza pulverizada! -murmuró-. Aunque está reseca y ya no tiene olor, diría que Taita la empapó con algún ácido. Podría ser vinagre, incluso orina. Al degradar la piedra caliza, generó dióxido de carbono.

-O sea que era una trampa -exclamó Royan.

-Hace tantos milenios, Taita ya conocía el proceso de descomposición y los gases que generaba. Además de todos esos conocimientos de los que alardeaba, era un químico de primera.

-Además, sabría que al no existir la menor corriente o movimiento de aire, los gases inertes permanecerían aquí para siempre jamás -señaló-. Diría que este pasadizo tiene forma (le U, y que tiene otra rama ascendente... -Señaló una puerta misteriosa en la pared opuesta: -Es más, veo los primeros escalones.

- Enseguida veremos si tienes razón, porque vamos a subir esos escalones.

Sapper había colocado hitos de piedras en la orilla del río para vigilar el nivel del agua. Los miraba tan atentamente como un corredor de Bolsa el curso de las cotizaciones.

Habían pasado seis horas desde el último chubasco. Bajo la luz fuerte y candente del Sol se habían evaporado las nubes sobre el valle, no así las que aparecían sobre el horizonte boreal. Las grandes masas de cúmulos grises se alzaban hacia los cielos, fatídicas y amenazantes, y sus imponentes cordilleras empequeñecían a las mismas montañas. En el altiplano, el aguacero empezaría en cualquier momento. Sapper se preguntaba cuánto tardaría el pico de la crecida en llegar a la quebrada del Abbay.

Saltó torpemente del tractor y bajó a la orilla a inspeccionar los hitos de piedra. Durante la última hora, el nivel del río había descendido casi treinta centímetros. Pero no podía permitirse un desborde de optimismo: después de todo, el nivel había crecido en la misma medida en apenas quince minutos. El desenlace era inexorable. Vendrían las lluvias, el río se volvería un torrente y el dique se vendría abajo. Miró el muro de la represa y meneó la cabeza con resignación.

Para demorar ese momento todo lo posible, había elevado la altura del muro en más de un metro, reforzándola con un contrafuerte suplementario. Ya no tenía nada que hacer sino esperar.

Subió la orilla, apoyó su cuerpo cansado en el acero amarillo de la máquina y observó a los integrantes de su cuadrilla de Búfalos, tendidos en el suelo como muertos en un campo de batalla. Al cabo de dos días de trabajo para embalsar las aguas, estaban totalmente exhaustos. No se les podía exigir un esfuerzo adicional; el próximo ataque del río los arrollaría.

Vio que algunos de los trabajadores se despertaban y volvían la vista río arriba. Oyó voces en el viento. Algo había despertado su interés. Se trepó al tractor y se hizo una visera con la mano. La figura inconfundible de Mek Nimmur, robusta y vigorosa en su uniforme de combate camuflado, bajaba por la senda de la escarpa con paso resuelto. Lo acompañaban dos de sus jefes de compañía.

Mek lo llamó desde lejos:

-¿Aguanta el dique? Las lluvias en la montaña ya no demoran; no se sostendrá por mucho tiempo.

Sapper no entendía una palabra de árabe, pero los gestos de Mek al señalar el cielo y el río eran inconfundibles.

Bajó de un salto para ir a su encuentro y se estrecharon la mano cordialmente. Cada uno reconocía en el otro las cualidades de fortaleza y profesionalismo que apreciaban ambos.

Mek tomó del brazo a uno de sus jefes de compañía, que hablaba inglés, y el hombre asumió al instante su consabida función de intérprete.

-El clima no es lo único que me preocupa -le confió Mek en voz baja por medio del intérprete-. Mis informantes dicen que las tropas del gobierno se aprestan a atacarnos. Un batallón completo ya se desplaza desde Debra Maryam y otro grupo viene río arriba por el Abbay desde el monasterio de San Frumencio.

-Ajá, un movimiento de tenazas -dijo Sapper.

Mek asintió gravemente al escuchar la traducción.

-Nos sobrepasan fuertemente en número y no sé por cuánto tiempo podré rechazar el ataque. Somos guerrilleros, no conocemos la guerra convencional de posiciones. Lo nuestro es atacar y huir. Vine a decirle que debe estar preparado para levantar campamento a la primera señal.

-No se preocupe por mí -gruñó Sapper-. Soy un campeón de los cien metros llanos. Pensemos mejor en Nicholas y Royan, metidos en esa maldita conejera.

-Justamente iba hacia allá, pero pongámonos de acuerdo sobre la retirada. Si quedamos aislados unos de otros, Nicholas ocultó las balsas en el monasterio. Ese es el punto de reunión.

-Escuche, Mek... -Sapper se interrumpió y los tres miraron hacia la senda. Los hombres parecían agitados. -¿Qué pasa?

-Es una de mis patrullas. -Mek entrecerró los ojos: -Parece que hay novedades. -Calló al darse cuenta de que Sapper no lo entendía, y entonces su expresión se alteró. Había reconocido a la figura menuda y esbelta que sus hombres transportaban sobre una camilla improvisada.

Al verlo correr hacia ella, Tessay se sentó con esfuerzo. Los hombres la posaron en el suelo, Mek se arrodilló a su lado y la rodeó con sus brazos. Permanecieron abrazados y en silencio durante varios minutos. Luego Mek le tomó el rostro entre las manos y estudió los golpes y ulceraciones que lo deformaban. Algunas de las quemaduras estaban infectadas, y los ojos eran dos ranuras bajo los párpados inflamados.

-¿Quién fue? -susurró.

Farfulló unas palabras incoherentes; sus labios estaban cubiertos de costras negras.

-Me obligaron...

-No! No digas nada. -Quiso hacerla callar al ver la gota de sangre roja como un rubí que empezaba a manar de su labio agrietado.

-Tengo que hablar -insistió con voz quebrada-. Me obligaron a decirles todo. Tus fuerzas. Lo que tú y Nicholas están haciendo. Todo. Perdóname, Mek. Te traicioné.

-¿Quién fue? ¿Quién te hizo esto?

-Nogo y el norteamericano Helm -dijo, y él la abrazó con la ternura de un padre al sostener a su hija recién nacida, pero su mirada era aterradora.

Por fin terminaron de ventilar la cámara inferior del túnel. La corriente de aire caliente que ascendía de la alegre fogata encendida por Hansith en el centro de la cámara arrastraba los vapores nocivos hacia los niveles superiores del laberinto, donde perdían su toxicidad al mezclarse con el aire más puro y rico en oxígeno. Royan se había recuperado de las secuelas físicas de la asfixia, pero su confianza había flaqueado y permitía que Nicholas encabezara la marcha por la escalera que ascendía desde el extremo opuesto de la cámara.

-Es una trampa de gas perfecta -dijo Nicholas durante el cauteloso ascenso-. No cabe duda de que Taita sabía muy bien lo que hacía al construir ese tramo del pasadizo.

-Seguramente habrá pensado que antes de llegar hasta donde estamos, un intruso de su época habría caído en alguna de sus trampas infernales o se habría perdido en el laberinto o abandonado la partida.

¿Quieres convencerme de que esa fue su última línea de defensa y que no nos esperan nuevas trampas? ¿Lo crees realmente? -preguntó Nicholas al ascender el peldaño siguiente.

-No, en realidad trataba de convencerme a mí misma, y con bastante poco éxito. No confío en lo más mínimo en él. He aprendido a esperar lo peor. Pienso que en cualquier momento podemos quedar sepultados en un derrumbe o que el piso se abrirá bajo nuestros pies y caeremos en un pozo infernal, o qué sé yo.

Habían contado cuarenta peldaños en la escalinata descendente y ahora ascendían por

otra que parecía una imagen especular de aquélla. El ángulo de ascenso era el mismo; las dimensiones de los peldaños eran idénticas. Cuando sus cabezas superaron la altura del cuadragésimo peldaño, Nicholas iluminó con su lámpara la espaciosa galería que apareció ante ellos y al instante quedaron deslumbrados por la profusión de colores y formas, luminosos y bellos como un campo de flores en el desierto después de la lluvia. Las paredes y la bóveda estaban cubiertas de pinturas, asombrosas en su variedad, magníficas en su ejecución.

-¡Taita! -exclamó Royan con voz alterada por la emoción-. Estos murales son suyos. No hay otro artista como él. Es inconfundible. Reconocería su obra en cualquier parte.

Llegaron a lo alto de la escalinata y miraron a su alrededor, maravillados. Comparados con ésos, los murales de la gran galería eran una falsificación, una imitación pálida, convencional y burda. Esta era la obra de un gran maestro, un genio de todos los tiempos, que embelesaba al espectador moderno como al de su misma época.

Casi inconscientemente empezaron a recorrer la galería, bordeada a ambos lados por cámaras pequeñas, semejantes a los puestos de un bazar oriental. La entrada a cada cámara estaba flanqueada por columnas altas que llegaban hasta el techo. Cada columna era un integrante del panteón divino. Entre todas sostenían la alta bóveda.

Al pasar frente al primer par de cámaras, Nicholas se detuvo y le tomó el brazo:

-Las bóvedas del tesoro del Faraón -susurró.

Cada puesto estaba atestado de objetos maravillosamente bellos.

-Los muebles -mumuró Royan con voz tan reverente como la suya al reconocer las formas de los taburetes y las sillas, las camas y los divanes. Entró en la primera cámara y acarició un trono real. Los brazos eran serpientes retorcidas de bronce y lapislázuli. Las patas eran de león, con garras de oro. El asiento y el respaldo, rematado éste por un par de alas doradas, estaban repujados con escenas de cacería.

Detrás del trono había todo un depósito de muebles. Entre ellos reconocieron un diván cubierto por una delicada filigrana de ébano y marfil. Había decenas de objetos irreconocibles porque estaban desarmados. Había tal variedad de metales preciosos y piedras deslumbrantes que era imposible abarcarlos con una sola mirada. La magnífica colección llenaba los huecos de ambos lados. Royan meneó la cabeza, maravillada, y Nicholas la obligó a seguir adelante. Los muros entre las cámaras estaban decorados con escenas del Libro de los muertos y la jornada del Faraón a través de cada estación, los peligros y las pruebas, los demonios y los monstruos que lo acechaban.

-Son las pinturas que faltaban en la tumba falsa de la gran galería -dijo Royan-. Mira la cara del Rey. Se ve que era una persona verdadera. Son auténticos retratos reales.

En ese momento contemplaban un mural en el cual el gran dios Osiris conducía al Faraón de la mano para protegerlo de los monstruos que lo acosaban a la espera de la oportunidad de devorarlo. Seguramente era un retrato fiel del Rey: un hombre amable y bondadoso, aunque algo débil de carácter.

-Mira los retratos -asintió Nicholas-. No son muñecos rígidos de madera con el pie derecho adelantado. Son anatómicamente perfectos. El artista conocía las leyes de la perspectiva y había estudiado el cuerpo humano.

Al llegar al siguiente par de recovas se detuvieron a echar una mirada al interior.

-Armas -dijo Nicholas-. ¡Mira ese carro!

Los paneles del carro, dorados a la hoja, enceguecían al espectador. El arnés y las correas parecían aguardar a los caballos que lo llevarían a la lid, y las aljabas colgadas de los paneles detrás de las grandes ruedas estaban repletas de flechas y jabalinas. Cada panel estaba blasonado con el cartucho real de Mamose.

Junto al magnífico vehículo había pilas de arcos de guerra con las varas envueltas en alambre de oro argentífero y bronce. Había lotes de dagas con empuñaduras de marfil y espadas de bronce brillante. Había hileras de picas y lanzas. Había escudos de bronce decorados con escenas bélicas y el nombre del divino Mamose. Había cascos y petos de piel de cocodrilo; las estatuas reales de madera alineadas contra las paredes eran de tamaño natural y estaban vestidas con los uniformes y las insignias de los famosos regimientos egipcios.

Librodot

Avanzaron por el pasillo central entre nuevos murales que retrataban la vida y la muerte del Rey. Lo vieron jugar con sus hijas y alzar a su hijo recién nacido. Lo vieron en la pesca, la caza y la cetrería, en consejo con sus ministros y monarcas, holgándose con sus esposas y concubinas, en el banquete con los sacerdotes del templo.

-Es una crónica increíble de la vida en la antigüedad -suspiró Royan, arrobada-. Jamás se descubrió nada parecido.

No cabía duda de que los retratos estaban tomados de la vida real. Eran hombres y mujeres vivos; cada rostro, cada expresión singular, había sido captado por el ojo penetrante, el sentido del humor y el humanismo del artista.

-Y ahí está Taita en persona. -Royan señaló el autorretrato del eunuco en uno de los paneles centrales. -Me pregunto si se tomó una licencia poética o si realmente era tan noble y hermoso.

Se detuvieron a admirar el rostro de su adversario Taita, contemplaron sus ojos penetrantes, lúcidos. Era tal la destreza del artista, que el retrato parecía contemplarlos a ellos. En sus labios había una sonrisa tenue y enigmática. El barniz había conservado los colores, que parecían tan nuevos como si los hubieran aplicado el día anterior. Los labios parecían húmedos y la vida misma asomaba en el suave resplandor de sus ojos.

-¡Tez pálida y ojos celestes! -exclamó Royan-. Aunque seguramente el pelo rojo estaba teñido con henna.

-Es extraño, ¿no?, que aunque vivió hace tanto tiempo, estuvo a punto de matarnos.

-¿En qué tierra nació? En los papiros no lo dice. ¿Acaso en Grecia o en Italia? ¿Sus antepasados eran de alguna tribu germánica o vikinga? Nunca lo sabremos porque él mismo probablemente desconocía su origen.

-Ahí está otra vez, en el siguiente mural. -Nicholas señaló un panel más adelante donde el rostro inconfundible del eunuco aparecía entre la multitud prosternada ante el trono ocupado por el Faraón y la Reina. -Como a Hitchcock, le gusta aparecer en sus propias obras.

Pasaron los puestos del tesoro que contenían la vajilla: platos, cálices y tazones de alabastro y bronce repujados con plata y oro, espejos pulidos de bronce y rollos de seda preciosa y tela de hilo y de lana reducidos a ásperas masas amorfas. En los muros entre ese par de huecos y el siguiente, estaba reproducida la batalla en la cual el Faraón fue abatido por la flecha del Rey de los hicsos; ésta estaba alojada en su pecho. En el panel siguiente, el cirujano Taita se inclinaba sobre él con sus instrumentos para extraer la punta sangrienta profundamente enterrada en su carne.

Entonces llegaron a los huecos llenos de cofres de cedro. Los arcones estaban decorados con el cartucho real de Mamose y escenas del Rey en el tocador: le delineaban los ojos con kohl, le pintaban el rostro con antimonio blanco y con carmín; sus barberos lo rasuraban y sus criados lo vestían.

-En algunos de esos arcones encontraremos los cosméticos reales y en otros el vestuario del Faraón -murmuró Royan-. Habrá vestimentas para cada ocasión en la vida de ultratumba. No veo la hora de examinarlos.

El juego siguiente de paneles mostraba las bodas del Rey con la joven virgen, la señora de Taita. El retrato de la reina Lostris estaba ejecutado en minucioso detalle. El artista se holgaba con su belleza y la exageraba, su pincel acariciaba los senos desnudos y se demoraba en sus virtudes hasta convertirla en el paradigma de la perfección femenina.

-Cuánto la amaba Taita -murmuró Royan, y había envidia en su voz-. Eso se ve en cada trazo.

Nicholas sonrió con ternura y la abrazó.

Seguían los huecos atestados de cofres. Las tapas estaban decoradas con miniaturas del Rey cubierto de joyas: anillos en los dedos de las manos y los pies, el pecho cubierto por medallones, brazaletes y pulseras en ambos brazos. En un retrato llevaba la doble corona de los dos reinos del Egipto unido, la corona roja y la blanca con las cabezas del buitre y la cobra sobre la frente. En otra llevaba la corona azul de guerra y en la tercera la corona Nemes con orejeras de oro y lapislázuli.

-Si esos cofres contienen los tesoros pintados en las tapas... -Nicholas no pudo continuar. Amilanada por la perspectiva de semejantes riquezas, su imaginación era incapaz de concebirlas.

-Recuerda lo que dice Taita en uno de los papiros: "No puedo creer que alguna vez se haya acumulado semejante tesoro en un solo tiempo y lugar" -dijo Royan-. Parece que está todo aquí, hasta la última gema y grano de oro. El tesoro de Mamose está intacto.

Después del hueco del tesoro aparecía otro con los muros revestidos de anaqueles. Allí estaban las figuras ushabti: muñecos de porcelana vidriada verde o tallados en madera de cedro. Era una hueste de figuras diminutas, hombres y mujeres de todos los oficios y profesiones. Había sacerdotes, escribas, abogados y médicos, jardineros y agricultores, panaderos y cerveceros, doncellas y bailarinas, costureras y lavanderas, soldados y barberos y trabajadores de toda clase. Cada uno sostenía las herramientas de su oficio. Acompañaban al Faraón en la otra vida y se presentaban en su nombre cuando los demás dioses le encomendaban alguna tarea.

Al llegar al final de la magnífica arcada, Nicholas y Royan se encontraron ante una serie de tabiques, biombos que alguna vez habían sido de gasa de lino, pero que el tiempo había reducido a cintas y retazos, sucios y rotos como antiguas telarañas. Con todo, las estrellas y rosetas de oro deslumbrante que decoraban esas cortinas aún estaban enredadas en la gasa como peces en la red de un pescador. A través de la red etérea de jirones de seda y estrellas doradas se divisaba la forma de otro portal.

-Debe de ser la entrada a la tumba propiamente dicha -murmuró Royan-. Lo único que nos separa del Rey es ese velo.

Se detuvieron en el umbral, embargados por una inexplicable renuencia a dar el último paso.

Mek Nimmur, el veterano guerrero, había sufrido y tratado casi todas las heridas concebibles en el campo de batalla. Su pequeña banda guerrillera no tenía médico, ni siquiera un enfermero. Mek trataba a casi todos los heridos y siempre tenía un botiquín a mano.

Hizo llevar a Tessay a una de las chozas cerca de la cantera. Entre sus paredes de paja le quitó los harapos y curó sus heridas. Desinfectó las quemaduras y los hematomas y vendó los 'luís graves. Luego la tendió boca abajo y rompió la capucha de vidrio de la jeringa descartable que servía de envase a un antibiótico de amplio espectro. Ella se crispó al penetrar la aguja.

-Perdóname, como médico no soy gran cosa.

-No aceptaría a ningún otro. ¡Ay, Mek! Creí que no volvería a verte. Temía eso más que la muerte.

Tomó de su mochila una muda de ropa y le ayudó a ponérsela: una camiseta y bombachas de fajina quede quedaban enormes. Le arremangó los puños con manos tiernas; manos de enamorado, no de combatiente.

-Estoy horrible, ¿no?

-Estás más hermosa que nunca. Para mí, siempre serás hermosa. -Le acarició la mejilla con sumo cuidado para evitar rozarle la carne viva de las quemaduras.

En ese momento oyeron los disparos. Eran ruidos lejanos, traídos por el viento boreal cargado de lluvia. Mek se paró al instante. -Bueno, empezó. Nogo nos ataca.

-Es culpa mía. Yo le dije...

-No -contestó con firmeza-. No tienes la culpa de nada. Hiciste lo que debías hacer. Si no hubieras hablado, te habrían lastimado mucho más y de todos modos nos habrían atacado.

Tomó su ancho cinturón y se lo abrochó. Desde lejos llegó la detonación sorda de un obús.

-Debo irme -dijo.

-Lo sé. No te preocupes por mí.

-Siempre me preocuparé por ti. Los hombres te llevarán al monasterio. Es el punto de reunión, espérame ahí. No podré mantener a raya a Nogo por mucho tiempo. Sus fuerzas nos superan. Iré a buscarte pronto.

-Te amo -susurró-. Esperaré todo lo que haga falta. -Eres mi compañera -dijo con su voz grave y tierna. Se agachó para pasar la puerta y salió.

Bastó un leve roce de la mano de Nicholas en el marco del biombo para que los retazos del velo cayeran sobre las baldosas. Las rosetas doradas atrapadas en la gasa tintinearon al caer. La abertura en la cortina era suficientemente grande para dejarlos pasar. Se encontraron ante el portal interior, flanqueado por dos estatuas inmensas. De un lado se alzaba la del gran dios Osiris que aferraba el báculo y el látigo cruzados sobre su pecho. Al otro lado estaba su esposa Isis con la corona lunar y los cuernos. Sus ojos impávidos contemplaban la eternidad, y sus expresiones eran serenas. Nicholas y Royan pasaron entre las dos estatuas de cuatro metros de altura y se encontraron por fin en el interior de la tumba de Mamose.

El techo era abovedado; las pinturas en los muros y el techo eran de otro estilo, más clásico y formal que los de la arcada exterior. Los colores eran más intensos y sombríos, las figuras más complejas. La cámara no era tan grande como habían anticipado: apenas lo suficiente para contener el gran sarcófago de granito del divino faraón Mamose.

El sarcófago llegaba a la altura del pecho. En los costados aparecían el Faraón y otros dioses grabados en bajorrelieve. La tapa de piedra tenía la forma de una efigie en tamaño natural del Rey en posición supina. Advirtieron a primera vista que ocupaba su posición original: los sellos de arcilla de los sacerdotes de Osiris estaban intactos. Nadie había violado la tumba ni perturbado a la momia en su sueño de milenios.

Pero lo más asombroso no era eso sino la presencia de dos objetos discordantes en una tumba construida de acuerdo con las normas clásicas. Sobre la tapa había un magnífico arco de guerra. Su longitud era similar a la estatura de Nicholas y la varilla entera estaba envuelta en alambre de oro argentífero, esa aleación de oro y plata cuya fórmula se perdió en tiempos remotos.

El otro objeto extraño en la tumba real se encontraba al pie del sarcófago. Era una pequeña figura humana, un muñeco ushabti. Bastó una mirada para confirmar la calidad superior de la talla y para reconocer sus rasgos. Momentos antes habían visto esa cara pintada en los muros de la arcada exterior.

Las palabras de Taita en los papiros parecían reverberar entre los muros de la tumba y revolotear como luciérnagas en el aire sobre el sarcófago:

Me detuve por última vez junto al sarcófago real, y ordené a los obreros que se retiraran. Sería el último en abandonar la tumba y detrás de mí la tumba quedaría sellada. Cuando estuve solo, abrí el atado del que saqué el gran arco, Lanata. Tanus le había puesto ese nombre en honor de mi señora y yo fui quien se lo fabricó. Era el último regalo que le hacíamos ambos. Lo coloqué sobre la tapa de piedra sellada del sarcófago.

En el atado había otro objeto. Era una figura ushabti tallada por mí. La coloqué a los pies del sarcófago. Mientras la tallaba, instalé tres espejos de cobre de manera tal que me permitieran estudiar mis propias facciones desde todos los ángulos, para reproducirlas con fidelidad. El muñeco era un Taita en miniatura.

En la base inscribí estas palabras:

Royan se arrodilló al pie del ataúd y tomó la ushabti con manos reverentes; la examinó cuidadosamente y estudió los jeroglíficos tallados en la base. Nicholas se arrodilló a su lado.

-Léemelo -pidió.

Leyó en voz baja:

-"Me llamo Taita. Soy médico y poeta. Soy arquitecto y filósofo. Soy tu amigo. Responderé por ti."

-Así que todo es cierto -murmuró Nicholas.

Royan devolvió la ushabti a su lugar y, siempre de rodillas, se volvió hacia él:

-Nunca viví un momento como éste -susurró-. Ojalá nunca termine.

-Nunca terminará, mi amor. Para nosotros, éste es apenas el comienzo.

Mek Nimmur los vio cuando bordeaban el pie de la ladera. Se necesitaba tener la vista de un veterano de la guerra en el monte para distinguirlos cuando avanzaban en medio de los densos matorrales y los espinos. Sintió desazón al verlos. Eran tropas de primera, templadas en largos años de guerra. En otro tiempo había combatido con ellos contra la tiranía de Mengistu y probablemente había entrenado a muchos de esos soldados. Ahora venían a buscarlo. Tal era el ciclo de la guerra y la violencia en el continente desgarrado por luchas interminables, alimentadas tanto por las antiguas enemistades tribales como por la codicia y la corrupción de los nuevos políticos con sus ideologías perimidas.

Pero no era el momento de entrar en disquisiciones dialécticas, pensó con amargura, y volvió a concentrarse en las tácticas de la batalla que empezaba a desplegarse más abajo. ¡Sí! Claro que eran buenos soldados. Lo advertía en su forma de avanzar como fantasmas en la maleza. Por cada soldado que alcanzaba a divisar, había otros doce que estaban ocultos.

"Una compañía entera", pensó, echando una mirada a sus propias reducidas fuerzas. Esos catorce hombres ocultos entre, las rocas no tenían otra opción que aprovechar la ventaja de la sorpresa para dar un golpe duro a su adversario y retirarse antes de que Nogo enfilara sus obuses hacia la cima de la ladera donde se encontraban.

Miró hacia el cielo y se preguntó si Nogo ordenaría una incursión aérea. Treinta y cinco minutos de vuelo para que una escuadrilla de esos Tupolev de fabricación soviética llegaran desde Addis y casi sentía el olor dulzón del napalm en el aire húmedo acompañando la tormenta de fuego que arrasaba todo en su avance hacia ellos. Eso era lo único capaz de infundir miedo a sus hombres. Pero no habría incursión... esta vez no, decidió. Nogo y su pagador, el alemán von Schiller, querían llevarse el botín de la tumba descubierta por Quenton-Harper en la quebrada. No querrían compartirla con esos personajes políticos de Addis. No querrían llamar la atención del gobierno sobre su presencia y su pequeña guerra privada en la quebrada del Abbay.

Otra vez miró cuesta abajo. El enemigo avanzaba prolijamente, bordeaba la ladera para intersectar la senda del río Dandera. En poco tiempo más enviarían una patrulla a asegurar su flanco antes de continuar su avance. Sí, ahí estaban. Ocho... no, diez hombres se separaban de la columna principal y ascendían cautelosamente la ladera.

"Dejaré que se acerquen", pensó. "Ojalá pudiera eliminar a todo el pelotón, pero eso es mucho desear. Cuatro o cinco estaría bien, y que quedaran un par de tipos chillando en la maleza". Sonrió con crueldad. "Nada mejor que un tipo chillando con una bala en la panza para desanimar a sus camaradas y hacerles bajar la cabeza."

Miró a otro lugar de la ladera sembrada de piedras y comprobó que su ametralladora liviana RPD estaba perfectamente situada para cortar el avance enemigo con una ráfaga de enfilada. Salim, el ametralladorista, era un artista con esa arma. Tal vez podría derribar a más de cinco.

"Ya veremos" -pensó Mek-. "Hay que espero, el momento justo."

Vio una abertura en la cresta de roca unos metros más abajo.

"No querrán saltar la cresta porque quedarían al descubierto", calculó. "Se agruparán para tratar de pasar por la brecha. Ese será el momento."

Miró su RPD. Salim esperaba su señal. Mek miró otra vez la ladera.

"Sí, ya se están amontonando. El grandote de la izquierda está fuera de posición. Los dos a su derecha ya se desplazan hacia la brecha."

El camuflaje de los soldados de Nogo se mimetizaba con la maleza, y los caños de sus armas estaban envueltos en retazos de red camuflada para no reflejar la luz. En el monte eran casi invisibles; sólo los delataban sus movimientos y el tono de su piel. Estaban tan cerca que alcanzaba a distinguir el blanco de algún ojo, pero aún no había descubierto al ametralladorista.

Tenía que derribarlo con la primera ráfaga. "Ajá", pensó aliviado. "Ahí está, en el flanco derecho. Casi lo pierdo."

Era un hombre de baja estatura, robusto, de hombros anchos, cuyos largos brazos simiescos portaban el arma con facilidad. Era una RPD de 7.62 milímetros, de fabricación soviética. Lo delataban los destellos de las municiones que llevaba en las cananas colgadas de sus inmensos hombros.

Mek se agazapó y bordeó rápidamente la base de la roca que lo cubría. Puso el selector de su AKM en fuego rápido y apoyó la mejilla en la culata de madera. Era su arma personal. Un armero de Addis había ajustado el mecanismo y pulido el caño, acolchando la caja con lana de vidrio. Con ello había mejorado la precisión de ese fusil de asalto notoriamente impreciso. Aunque de ningún modo era un arma para un francotirador, esas modificaciones le permitían acertar a un blanco de cinco centímetros de diámetro a cien metros.

El hombre de la RPD se encontraba cincuenta metros cuesta abajo de Mek. Se cercioró de que los otros tres se encontraran en la brecha donde Salim pudiera bajarlos con una sola ráfaga; apuntó el guión de la mira a la panza del ametralladorista utilizando como referencia la hebilla de su cinturón y disparó una ',traga de tres tiros.

La AKM tenía un retroceso feroz, y el ruido de la triple detonación reverberó en sus tímpanos, pero Mek vio que sus tres proyectiles cosían el cuerpo del hombre. El primero lo tomó en el vientre, el segundo a la altura del diafragma y el tercero en la base del cuello. El hombre giró, sus brazos se extendieron convulsivamente y su cuerpo cayó hacia atrás sobre la maleza.

Todos los hombres de Mek ya disparaban. Se preguntó cuántos había derribado Salim con la primera ráfaga, pero no había nada para ver. El enemigo estaba a cubierto. Se alzaba una bruma azulada de humo de la pólvora y los matorrales se estremecían bajo el fuego y las detonaciones.

En medio del tableteo de las armas y el silbido de los disparos y el chasquido de los impactos en las rocas se alzaron chillidos de dolor.

-Estoy herido. ¡Socorro, en el nombre de Alá! -Sus gritos despertaron ecos extraños en la ladera y el fuego enemigo disminuyó notablemente. Mek colocó un cargador completo en su AKM.

-Canta, pajarito, canta -murmuró con tétrica satisfacción.

Nicholas tuvo que sumar su fuerza a la de Hansith y ocho de sus hombres para alzar la tapa del sarcófago de piedra. Tambaleándose bajo su peso, la apoyaron contra el muro de la tumba. Royan y Nicholas subieron a la pedana para mirar el interior del sarcófago.

En el receptáculo de piedra hallaron prolijamente encajado un gran ataúd de madera. Su tapa también tenía la forma del Faraón yacente en posición mortuoria, las manos cruzadas sobre el pecho sosteniendo el látigo y el cayado. El artesano había dorado la madera y le había incrustado piedras semipreciosas. El rostro de la efigie mostraba una expresión serena.

Alzaron el ataúd del sarcófago, su peso era menor que el de la tapa de piedra. Nicholas rompió cuidadosamente los sellos de oro y la capa de resina dura que sujetaba la tapa del ataúd. Dentro de éste, encajado a la perfección, había otro ataúd , que a su vez contenía otro más. Parecía un juego de muñecas rusas, una dentro de otra y cada vez más pequeñas.

Hallaron un total de siete ataúdes, cada uno más ornamentado y ricamente enjoyado que el anterior. El séptimo era apenas más grande que el natural y era totalmente de oro. El me r tal bruñido reflejaba la luz como un millar de espejos, y los destellos penetraban como dardos en todos los rincones de la tumba.

Al abrirlo encontraron una capa de flores. Las resecas flores marchitas habían adquirido un color sepia. El perfume se había evaporado mucho antes; sólo un aroma almizcleño de gran antigüedad se alzó como una bocanada del interior. Los pétalos estaban tan resecos y quebradizos que se hacían polvo al menor roce. Bajo los pétalos marchitos había una tela de finísimo lino; alguna vez había sido níveo, pero los siglos y el zumo de las flores lo habían tornado marrón. Entre sus suaves pliegues vieron nuevamente destellos dorados.

Parados a cada lado del ataúd, Nicholas y Royan apartaron la trama de lino. Crujía suavemente y se rasgaba como papel en1 re sus dedos, pero al alzarla ambos quedaron boquiabiertos cuando apareció la máscara funeraria del Faraón. Apenas más grande que el natural, era perfecta en todos los detalles. La estupenda obra de arte había conservado las facciones del Faraón para toda la eternidad. Contemplaron en silencio atónito los ojos (le obsidiana y cristal de roca, y el Faraón les devolvió una mirada triste y en cierto modo acusadora.

Se requería mucho valor y atrevimiento para alzarla de la cara de la momia. Al cabo de varios minutos, cuando por fin se decidieron a hacerlo, encontraron nuevos indicios de que en la antigüedad alguien había trocado el cuerpo del Rey por el de su general Tanus. Evidentemente la momia era demasiado grande para el ataúd. Le habían quitado varias capas de tela y los miembros estaban apretados.

-Una momia real tendría cientos de talismanes y amuletos bajo las vendas -susurró Royan-. Este es el cuerpo escasamente adornado de un noble, no el del Rey.

Nicholas alzó cuidadosamente la venda que cubría la cabeza, y apareció una trenza gruesa.

-Los retratos del faraón Mamose en las paredes de la arcada lo muestran con el pelo teñido con henna -murmuró Nicholas-. Mira esto.

La trenza era del color plateado con reflejos dorados de la hierba de la sabana africana en invierno.

"Creo que no hay duda. Este es el cuerpo de Tanus, el amigo (le Taita y amante de la Reina.

-Así es -dijo Royan. Sus ojos se humedecieron. -Es el padre verdadero del hijo de Lostris, el faraón Tamose, fundador de una gran estirpe de reyes. Su sangre recorre toda la historia del antiguo Egipto.

-A su manera fue tan grande como cualquier faraón -dijo Nicholas.

Royan fue la primera en reaccionar. -¡El río! -exclamó, y en su voz había desesperación-. No podemos permitir que se pierda todo esto en la crecida.

-Tampoco podemos pensar en salvarlo todo. Es un tesoro demasiado grande. Ya se nos acaba el tiempo, así que debemos elegir las piezas más hermosas e importantes para encajonarlas. Dios quiera que nos quede tiempo siquiera para eso.

De manera que en el escaso tiempo que les quedaba se lanzaron a una actividad frenética. No cabía pensar en salvar las estatuas y los murales, los muebles y las armas, los enseres del banquete y los arcones del ajuar. El gran carro de oro permanecería en el lugar que

había ocupado durante cuatro milenios.

Retiraron la máscara mortuoria de oro de la cabeza de Tanus, pero dejaron su momia en el ataúd de oro interior. Nicholas mandó llamar a Mai Metemma. El anciano abad y veinte de sus monjes bajaron a recibirla sagrada reliquia del antiguo santo que se les había prometido. Con cánticos reverentes, lentos y graves transportaron el ataúd de Tanus a su nueva cripta en el maqdas del monasterio.

-Bueno, al menos el viejo héroe tendrá un trato respetuoso -suspiró Royan. Miró a su alrededor: -No podemos dejar el lugar como está, con los ataúdes destapados y desparramados por todas partes. Cualquiera diría que por aquí pasaron los ladrones de tumbas.

-¿Y nosotros qué somos? -preguntó Nicholas con una sonrisa. -Somos arqueólogos -replicó con vehemencia-. Así que debemos actuar como tales.

Colocaron los seis ataúdes uno dentro de otro y los pusieron nuevamente en su lugar dentro del gran sarcófago. Cubrieron éste con su gran tapa de piedra, y sólo entonces Royan permitió que comenzara el trabajo de selección y embalaje de algunos tesoros.

Sin duda, la máscara mortuoria era el objeto más importante de toda la tumba. Cupo perfectamente en un cajón juntamente con la figura ushabti, ambas envueltas en espuma de goma para estar a salvo de cualquier golpe. En la tapa del cajón, Royan escribió "Máscara & Ushabti Taita" con un lápiz de cera impermeable.

La selección final fue, inevitablemente, expeditiva y superficial. No podían detenerse a abrir cada uno de los cofres de cedro apilados en la arcada. Esos arcones pintados y dorados también eran objetos de gran valor, merecedores de todo respeto. Por consiguiente, decidieron guiarse por las ilustraciones de las tapas y descubrieron rápidamente que, en efecto, se correspondían con el contenido del arcón. En el interior del cofre que mostraba al Faraón con la corona azul de guerra encontraron esa corona sobre almohadones de cuero dorado, especialmente acondicionados para sostener y protegerla.

A pesar del escaso tiempo que les quedaba, el lujo de los objetos descubiertos a medida que elegían y abrían los cofres de cedro llegó casi a hartarlos. Además de la corona azul, encontraron la roja y blanca de los reinos unidos y la espléndida Nemes, todas en estado de conservación milagroso, como si el Faraón las hubiera usado esa misma mañana.

Desde el principio se impuso el requisito de que sólo podían llevarse los objetos que cupieran en las cajas de municiones. Los de tamaño mayor, cualquiera que fuese su valor o su importancia histórica, debían quedar en la tumba. Afortunadamente, muchos de los cofres de cedro que contenían las alhajas reales cupieron perfectamente en los cajones metálicos y pudieron ser salvados con su contenido. En cambio, fue necesario volver a embalar los objetos de mayor tamaño como las coronas y los grandes medallones pectorales de oro y piedras preciosas.

A medida que llenaban los cajones, los apilaban en el descanso de la puerta sellada para sacarlos luego al exterior. Habían embalado y catalogado cuarenta y ocho cajas, incluidas las ocho estatuillas de dioses de la gran galería, cuando oyeron la voz inconfundible de Sapper que reverberaba en la escalera.

-Mayor, ¿dónde diablos está? Déjese de joder allí. ¡Vamos, viejo, salga de ahí! Es hora de irse a la mierda. El río está creciendo y la represa va a ceder en cualquier momento.

Sapper subió la escalinata a la carrera, pero ni siquiera él pudo mostrarse insensible al esplendor de la arcada fúnebre del faraón Mamose. Maravillado y reverente, demoró varios minutos en recuperar su calma habitual.

-¡Lo digo en serio, mayor! No tenemos horas sino minutos. La represa va a ceder. Además, Mek está combatiendo en las colinas donde empieza la quebrada. El ruido de los disparos llega hasta el pie del precipicio en la laguna de Taita. Usted y Royan tienen que salir enseguida, lo digo muy en serio.

-De acuerdo, Sapper, ya vamos. Vuelve a la cámara al pie de la escalera. ¿Viste las cajas de municiones? Sapper asintió. -Que los hombres las saquen de aquí y las lleven al monasterio. Quiero que te ocupes de eso. Te seguiremos por la senda con el resto.

-Déjese de joder, mayor. Su vida vale más que toda esta chatarra vieja. Vamos, salgan

de una vez.

-Está bien, Sapper, pero no hables de chatarra vieja delante de Royan porque tendrás problemas.

Sapper se encogió de hombros:

-No vaya a decir después que no le avisé. -Se volvió y empezó a bajar la escalinata.

-Sabes dónde están las balsas -exclamó Nicholas a sus espaldas-. Si llegas allá antes que yo, ínflalas y carga las cajas. Te seguiremos.

Lo vio partir y luego volvió a la carrera a la arcada del tesoro donde se encontraba Royan.

-¡Basta! -gritó-. Se acabó el tiempo. Vámonos.

-Nicky, no podemos dejar...

-Fuera. -Le tomó el brazo: -Nos vamos. A menos que quieras compartir la tumba con Tanus para siempre jamás.

-¿Pero no puedo...

-¿Estás loca? Vamos, te digo. La represa va a ceder en cualquier momento.

Se soltó el brazo, empezó a recoger puñados de alhajas del cofre abierto a sus pies y las puso en sus bolsillos.

-No puedo dejarlas.

La tomó por la cintura y la alzó sobre un hombro.

-Te dije que hablaba en serio -gruñó, y partió a la carrera.

-¡Nicky! Suéltame ahora mismo. -Pataleó indignada, pero

él siguió corriendo hasta llegar a la cámara al pie de la escalinata. Hansith y sus hombres alzaban los últimos cajones para subir la escalinata del otro extremo. Los cargaban sobre sus cabezas y ascendían con pasos ágiles.

Allí Nicholas dejó bajar a Royan.

-¿Te portarás bien? Esto no es un juego. La situación es muy seria... mejor dicho, será fatal si quedamos atrapados.

-Tienes razón -se disculpó-. Lo que pasa es que no soportaba la idea de dejar tantas cosas.

-Ya, ya. Vámonos. -La tomó de la mano y empezó a arrastrarla. Pero después de dar unos pasos ella se soltó y empezó a correr en serio, al punto de dejarlo atrás y ganar el tope de la escalinata antes que él.

A pesar de los fardos, los cargadores caminaban a buen paso. Nicholas y Royan alcanzaron la columna y la siguieron por todos los rodeos del laberinto. Afortunadamente contaban con las marcas en los recodos para llegar a la escalera central que conducía a la gran galería derrumbada sin haber equivocado una sola vez el camino. Sapper los aguardaba en las ruinas de la puerta sellada y gruñó con alivio al verlos.

-Creí haberte dicho que te adelantaras para alistar las balsas -vociferó Nicholas.

-No podía confiar en que no cometerían alguna estupidez -se justificó Sapper en tono desdichado-. Quería asegurarme de que no se quedarían ahí adentro.

-Me conmueves, Sapper. -Nicholas le dio un puñetazo en el hombro. Luego todos corrieron por el túnel de acceso y el puente sobre el sumidero.

-¿Dónde está Mek? -preguntó Nicholas entre jadeos, mientras trotaba detrás de Sapper-. ¿Viste a Tessay?

-Tessay volvió, pero lo pasó muy mal. Estaba muy lastimada. Parece que la maltrataron.

-¿Qué le pasó? -preguntó Nicholas, espantado-. ¿Dónde está?

-Parece que cayó en manos de los matones de von Schiller, y la torturaron. Los hombres de Mek la llevan al monasterio. Nos espera donde están las balsas.

-¡Gracias a Dios! -murmuró Nicholas. En voz más alta preguntó: -¿Qué hace Mek?

-Trata de detener el ataque de Nogo. Desde temprano estoy oyendo disparos, granadas y obuses. Se va a replegar hacia las balsas.

En los últimos metros del túnel chapotearon en barro y agua que les llegaba a los

Librodot

tobillos, y por fin saltaron sobre la ataguía a la cornisa de roca en torno de la laguna de Taita. Nicholas alzó la vista: los cargadores de Hansith ya trepaban el andamio hacia la cresta del precipicio; cada uno cargaba un cajón metálico.

En ese momento oyó un ruido que reconoció al instante. Inclinó la cabeza para escuchar mejor y luego se volvió hacia Royan:

-¡Disparos! Mek les hace frente, pero están muy cerca.

-Mi bolso. Tengo que recuperar mis cosas. -Royan ya iba hacia su refugio con techo de paja al pie del precipicio, pero él le tomó el brazo.

-No necesitas cosméticos ni pijamas. Tu pasaporte lo tengo yo. -La arrastró hacia el pie del andamio. -Lo único que necesitas es poner la mayor distancia posible entre tú y el coronel Nogo. ¡Vamos, Royan!

Treparon el andamio y al llegar a la cima Royan descubrió sorprendida que aunque la tierra estaba húmeda debido a los chubascos recientes, brillaba un sol alto y cálido. Había perdido la noción del tiempo en los pasadizos húmedos y tenebrosos de la tumba. Encantada de ver nuevamente el sol, dejó que bañara su rostro mientras Nicholas verificaba que todos los cargadores hubieran salido.

Sapper encabezó la columna por la senda a través del bosque de espinos, seguido por los cargadores en fila india. Nicholas y Royan los dejaron pasar para cerrar la marcha. El ruido de los disparos era aterrador, de tan cercano. Parecía venir del borde de la quebrada, a poco menos de un kilómetro. El crepitar de las armas automáticas agilizó el paso de los cargadores, y toda la columna corrió a través del bosque para alcanzar la senda principal al monasterio antes que la vanguardia de Nogo les cerrara el paso.

Antes de llegar al cruce de caminos, alcanzaron a una partida de cargadores que llevaba una litera. También se dirigían al monasterio. Nicholas pensó que transportaban a un guerrillero de la fuerza de Mek, herido. Pero al alcanzarlos, tardó un momento en reconocer la cara hinchada y quemada de Tessay.

¡Tessay! -Se inclinó sobre ella. -¿Quién fue?

Lo miró con los ojos inmensos, oscuros, de un niño herido y le contó todo con frases entrecortadas.

-¡Helm! -exclamó Nicholas-. Si lo agarro a ese hijo de puta...

En ese momento Royan los alcanzó, y al ver la cara de Tessay se le escapó un grito de espanto. Desde ese momento siguió junto a ella.

Nicholas reconoció a uno de los cargadores de la litera: -Mezra, ¿qué está pasando allá arriba?

-Nogo entró a la quebrada desde el este con un batallón. Nos desbordaron por los flancos, así que nos replegamos. No estamos acostumbrados a esta clase de guerra.

-Claro, la guerrilla siempre tiene que estar en movimiento -dijo Nicholas-. ¿Dónde está Mek Nimmur?

-Se repliega por la ladera oriental de la quebrada. -En ese momento oyeron disparos a sus espaldas. -¡Ahí está Mek! -informó Mezra-. Nogo lo está acosando.

-¿Qué orden te dio?

-Que lleve a la Señora Sol a los botes y espere a Mek Nimmur.

-¡Bien! -dijo Nicholas-. Iremos juntos.

El Jet Ranger volaba a baja altura, siguiendo los accidentes del terreno, sin asomarse jamás sobre la cresta del altiplano. Helm sabía que los shufta de Mek Nimmur estaban armados con lanzacohetes RPG. En manos de un hombre bien entrenado, era un arma mortífera para un aparato lento y carente de blindaje como el Jet Ranger. La única defensa del piloto era el terreno mismo, seguir los contornos de los valles a fin de no aparecer en la línea de fuego de un lanzacohetes.

Las nubes de lluvia ya empezaban a descender a la escarpa, pero el helicóptero volaba muy por debajo de ellas. Alguna que otra ráfaga de viento mecía peligrosamente el aparato, y las enormes gotas de lluvia repiqueteaban sobre el parabrisas. En su asiento, el piloto se inclinaba hacia adelante, retenido apenas por el correaje de seguridad, tenso por tener que volar tan bajo en condiciones peligrosas. Helm ocupaba el asiento a su derecha. Detrás iban von Schiller y Nahoot Guddabi; ambos estiraban el cuello y miraban nerviosos las laderas boscosas que pasaban debajo, aparentemente al alcance de la mano.

A intervalos de pocos minutos crujía la radio y escuchaban las lacónicas transmisiones de los soldados de Nogo que pedían apoyo de la artillería o bien informaban la conquista de un objetivo. El piloto se volvía hacia von Schiller para traducir el parloteo de la radio.

-Hay una escaramuza en la cresta, pero los shufta huyen. Nogo despliega bien sus fuerzas. Acaban de desalojar un destacamento de la ladera al este de nosotros -añadió, señalando por la ventanilla izquierda-. Acosan a los shufta con fuego de morteros.

-¿Ya llegaron al lugar donde estaba trabajando Quenton-Harper?

-Eso no está claro. Hay un poco de confusión. -El piloto calló para escuchar unas frases en árabe por la radio. -Creo que era Nogo.

-¡Llámelo! -ordenó von Schiller, inclinado sobre el respaldo de Helm-. Pregúntele si la zona de la tumba ya está en sus manos.

Helm tomó el micrófono del gancho debajo del tablero de vuelo. -Pétalo de Rosa, aquí Bismarck. ¿Me oye?

Se oyeron los crujidos de la estática y luego la voz de Nogo que hablaba en inglés:

-Le escucho, Bismarck.

-¿Está asegurado el objetivo principal?

-Afirmativo, Bismarck. Asegurado. Oponente anulado. Mis hombres ya bajan para montar guardia en la obra.

Helm giró en su asiento hacia von Schiller.

-Los hombres de Nogo ya están en el fondo. Podemos aterrizar.

-Dígale que ninguno de sus hombres debe penetrar en la excavación antes de que lleguemos -ordenó von Schiller con tono severo y mirada triunfal-. Debo ser el primero en entrar. Asegúrese de que lo entienda. -Mientras Helm transmitía la orden, von Schiller palmeó el hombro del piloto: -¿Cuándo llegaremos al objetivo?

-Cinco minutos de vuelo, señor.

-Cuando llegue, dé un par de vueltas hasta verificar si Nogo lo tiene bajo control.

El piloto accionó la palanca de mando, y se alteró el ruido del rotor. El helicóptero quedó suspendido mientras el piloto apuntaba al suelo.

-¿Qué pasa? -preguntó von Schiller-. ¿Qué hay para ver?

-La represa -dijo Helm-. El dique de Quenton-Harper. Es una obra importante.

El amplio espejo de agua embalsada lucía gris y lóbrego bajo las nubes de lluvia, y manchado por la tierra arrastrada desde el altiplano. El agua desviada por el canal lateral caía como un torrente furioso en el valle alargado.

-¡Abandonado! -dijo Helm-. Harper sacó a su gente de aquí.

-¿Qué es esa cosa amarilla junto al río? -preguntó von Schiller, curioso.

-La máquina para remover tierra que le mencioné. Lo supe por mi informante.

-No perdamos más tiempo -ordenó von Schiller-. No hay nada para ver aquí. ¡Adelante!

Helm tocó el hombro del piloto y señaló río abajo.

Sapper los esperaba en el empalme de las sendas donde la derivación torrencial del río hacia el valle había borrado un gran tramo de la huella original. La larga fila india de los cargadores, cada uno con una caja sobre la cabeza, buscaba el terreno más alto sobre el río.

La litera de Tessay cerraba la marcha. Nicholas y Royan caminaban a cada lado de ella para ayudar a enderezarla en los tramos más desparejos.

-¿Dónde está Hansith? -preguntó a Sapper. Estudió cuidadosamente a los hombres que lo precedían, en busca de la alta figura del monje entre los demás.

-Creí que estaba con usted -contestó Sapper. Ambos tenían que alzar la voz para hacerse oír. -No lo he visto desde que subimos del fondo.

Nicholas se volvió para echar una mirada a la huella por donde habían andado a través del bosque de espinos.

-Bueno, al diablo con él. No podemos volver a buscarlo. Tendrá que volver al monasterio por su cuenta.

En ese momento oyeron el ruido lejano pero reconocible de los rotores en el aire tibio y húmedo bajo las masas amenazantes de las nubes.

-¡El helicóptero de Pegaso! Parece que von Schiller va derecho a la laguna de Taita. Seguro que siempre supo dónde estábamos -dijo Nicholas con amargura-. Y no pierde el tiempo. Cae como un buitre sobre la carroña fresca.

Royan miraba hacia el lugar de donde venía el ruido y trataba de distinguir el aparato contra las nubes oscuras. Su cara estaba acalorada por la carrera; mechones empapados por el sudor caían sobre sus mejillas.

-Si permitimos que esos cerdos entren en nuestra tumba, profanarán un lugar sagrado -dijo furiosa.

Nicholas extendió el brazo sobre la litera para tomar el de ella. Su expresión era severa y resuelta.

-Tienes razón. Continúa hasta el monasterio con Tessay. Te seguiré. -Sin darle tiempo a protestar o interrogarlo, se acercó

a Sapper: -Las dos mujeres quedan a tu cargo, Sapper. Cuídalas bien.

-¿A dónde vas, Nicky? -Al acercarse, Royan alcanzó a oír las órdenes que dio a Sapper. -¿Qué harás?

-Voy a atar un cabo suelto. No demoro.

-¿Volverás allá? -Estaba aterrada. -¿Quieres que te maten, o algo peor? Viste lo que Helm le hizo a Tessay...

-No te preocupes, mi amor. -Rió, y antes de que ella advirtiera sus intenciones, la besó en la boca. La alejó suavemente de sí mientras aún estaba turbada y confundida por esa demostración de afecto frente a tantos hombres. -Cuida a Tessay. Nos encontraremos en las balsas.

Sin darle tiempo a protestar, se alejó por la senda del valle a un paso tan rápido de sus piernas largas que ella no tenía la menor posibilidad de alcanzarlo.

-¡Nicky! -exclamó con desesperación, pero él fingió no oírla y siguió su camino por la orilla de la derivación, de vuelta a la represa.

El Jet Ranger seguía los meandros del río abajo de la represa. En ocasiones se veía el interior de la brecha entre los precipicios altos, el fondo sombrío de la quebrada, ahora casi seco y con alguno que otro destello donde aún quedaba un charco.

-¡Ahí están! -Helm apuntó hacia el frente, a un grupo de hombres reunidos en el borde del precipicio.

-¿Está seguro de que no son shufta? -preguntó von Schiller con temor.

-¡No! -Helm se apresuró a tranquilizarlo. -Ahí está Nogo. El hombre alto de shamma blanca a su lado es Hansith Sherif, nuestro informante. -Alzó la voz para hacerse escuchar por el piloto sobre el ruido del motor: -Puede aterrizar. ¡Mire donde le indica Nogo!

Apenas los patines del helicóptero .tocaron tierra, Nogo y Hansith se precipitaron hacia

él, ayudaron a von Schiller a bajar de la cabina y lo alejaron del rotor que aún giraba.

-Mis hombres ocupan todo el terreno -dijo Nogo-. Rechazamos los shufta por el valle hacia el río. Este hombre es Hansith Sherif, que ha trabajado en la tumba junto con Harper. Conoce los túneles palmo. a palmo.

-¿Habla inglés? -Von Schiller miró ávidamente al monje.

-Un poco -contestó Hansith.

-¡Bien, bien! -Von Schiller sonrió-. Muéstreme el camino. Lo sigo. Venga, Guddabi, es hora de que se gane el sueldo que le pago.

Hansith los condujo al andamio, donde von Schiller se detuvo y echó una mirada nerviosa a las tenebrosas profundidades del abismo. La estructura de bambú parecía endeble e insegura, la caída larga y aterradora. Von Schiller iba a protestar cuando oyó la voz plañidera de Guddabi a su espalda:

-¿Se supone que debemos bajar allá?

Su miedo animó a von Schiller, quien se volvió hacia él con una sonrisa de satisfacción:

-Es el único acceso a la tumba. Siga al hombre y yo lo seguiré a usted.

Nahoot vaciló, pero Helm apoyó una mano callosa en su espalda y le dio un empujón.

-Vaya de una vez. No pierda más tiempo.

Con renuencia, Nahoot empezó a bajar por el andamio, seguido por von Schiller. La estructura de bambú temblaba y oscilaba bajo el peso de los tres, y el abismo parecía arrastrarlos, pero por fin llegaron a la cornisa junto a la laguna de Taita. Allí miraron alrededor, maravillados.

-¿Dónde está el túnel? -preguntó von Schiller apenas recuperó el aliento. Hansith le indicó que lo siguiera a la pequeña ataguía.

Von Schiller se volvió un instante hacia Helm y Nogo: -Quiero que esperen aquí. Entraré en la tumba con Guddabi y este monje. Los mandaré llamar cuando los necesite.

-Preferiría ir con usted para protegerlo, Herr von Schiller...

-empezó Helm, pero el anciano frunció el entrecejo.

-¡Haga lo que le digo! -Con ayuda de Hansith, bajó de la ataguía a la entrada del túnel. Guddabi lo seguía casi pegado a su espalda.

-¿Luces? ¿De dónde proviene la energía?

-Hay una máquina -dijo Hansith, y en ese momento oyeron el suave burbujeo del generador. Ninguno habló mientras seguían a Hansith por el túnel de acceso hasta llegar al puente sobre las aguas lóbregas del sumidero.

-Es una construcción muy tosca -murmuró Nahoot. El miedo empezaba a ceder ante el interés profesional.

-Nunca he visto otra tumba egipcia similar. Tal vez nos engañaron. Probablemente es una obra etíope.

-No se precipite con sus juicios -dijo von Schiller severamente-. Veamos qué nos muestra este hombre.

Von Schiller apoyó una mano sobre el hombro de Hansith mientras cruzaban los pontones de baobab que oscilaban en el agua; su alivio al llegar a la otra orilla era evidente. Entraron en el sector ascendente del túnel, pasando la marca del nivel del agua.

Nahoot advirtió inmediatamente que los muros eran de piedra labrada:

-Ajá, al principio estaba decepcionado. Pensé que nos habían engañado, pero aquí se advierte la influencia egipcia.

Llegaron al descanso exterior a la galería destruida. Allí se encontraba el generador Honda. Tanto von Schiller como Nahoot sudaban debido al esfuerzo y temblaban de emoción.

-Esto en verdad promete. Es muy posible que nos encontremos en una tumba real -dijo Nahoot, exultante. Von Schiller señaló los sellos de arcilla apilados contra un muro lateral donde los habían dejado Nicholas y Royan. Nahoot cayó de rodillas y los examinó ávidamente.

-¡El cartucho de Mamose y el sello del escriba Taita! -Miró a von Schiller y sus ojos brillaban de emoción. -No cabe la menor duda. Lo he conducido a la tumba, tal como le había

prometido.

Atónito ante semejante muestra de arrogancia cínica, von Schiller bufó con desdén y se inclinó para echar una mirada al interior de la gran galería.

-¡Ha habido un derrumbe! -exclamó horrorizado-. ¡Destruyeron la tumba!

-No, no -contestó Hansith-. Venga por aquí. Hay otro túnel.

Mientras se abrían paso entre los escombros, Hansith les explicó en su inglés vacilante cómo se había derrumbado el techo y cómo él mismo había descubierto la entrada verdadera bajo las piedras.

Nahoot se detenía a intervalos a recoger un trozo de yeso pintado caído del techo.

-Deben de haber sido magníficos. Un trabajo clásico de primer nivel...

-Tengo más para mostrarle -dijo Hansith-. Mucho más.

-Deje por ahora esos escombros -gruñó von Schiller a Nahoot-. Tenemos poco tiempo y aún debemos llegar a la cámara mortuoria.

Hansith los condujo por la escalera oculta al laberinto del bao. Luego recorrieron los pasadizos hasta llegar al nivel inferior.

-¿Cómo hicieron Harper y la mujer para llegar hasta aquí? -se maravilló von Schiller-. Es una conejera.

-¡Otra escalera oculta! -dijo Nahoot, atónito. Farfullaba de emoción al entrar en la trampa del gas donde las hileras de ánforas habían permanecido intactas durante miles de años. Por fin ascendieron el último tramo de la escalinata hasta la entrada de la arcada funeraria.

Los dos quedaron estupefactos al contemplar el esplendor de los murales y la majestuosidad de las imágenes de los dioses que montaban guardia a lo largo de la arcada. Incapaces de dar un paso más, miraron arrobados a su alrededor.

-No esperaba esto -susurró von Schiller-. Supera las expectativas de toda mi vida.

-Los cuartos a cada lado están llenos de tesoros. -Hansith señaló las cámaras que bordeaban la arcada-. Hay cosas como usted jamás soñó. Harper pudo llevarse muy poco... unas pocas cajas. Dejó pilas de cofres llenos de objetos.

-¿Dónde está el ataúd? ¿Se llevaron el cuerpo que estaba en la tumba?

-Harper entregó el cuerpo en un ataúd de oro al abad. Lo llevaron al monasterio.

-Nogo lo recuperará enseguida. No se preocupe, Herr von Schiller -dijo Nahoot para tranquilizarlo.

Como si la promesa hubiera roto el embrujo que los detenía, entraron en la galería, al principio lentamente y luego a la carrera. Von Schiller se tambaleó hacia la cámara más cercana con sus rígidas piernas de anciano y rió como un niño al ver sus regalos de Navidad.

-¡Increíble!

Tomó un cofre de cedro de la pila más próxima y arrancó la tapa con dedos temblorosos. Al ver el contenido quedó extasiado. Se inclinó sobre el arcón y sollozó suavemente, abrumado por una indecible emoción.

Nicholas calculó que los hombres de Nogo avanzarían por la cresta de los precipicios hacia la laguna de Taita y que tendría el camino despejado a lo largo de la derivación del río hasta la represa. Por eso corría sin tomar precauciones aparte de detenerse cada tanto para escuchar y estudiar el terreno. No podía esperar que sus camaradas lo aguardaran en el escondite de los botes y corrieran peligro a causa de un capricho suyo.

En dos ocasiones oyó ruidos lejanos de disparos que llegaban desde la laguna. Sin embargo, tuvo suerte porque pudo llegar a la represa sin haberse topado con ningún destacamento de hombres de Nogo. Con todo, decidió no arriesgar demasiado su suerte. Antes de acercarse a la represa, escaló la ladera que la dominaba y estudió el terreno. Así pudo

recuperar el aliento luego del arduo trayecto desde el valle y verificar que Nogo no hubiera apostado centinelas en la represa, aunque eso le parecía improbable.

El tractor frontal amarillo aún sé encontraba en la orilla a la altura del muro donde lo había dejado Sapper. No había centinelas del ejército etíope ni otra señal de presencia humana. Gruñó aliviado y se secó el sudor de los ojos con la manga de la camisa.

Notó que el agua ya lamía la cima de la pared y se abría paso por las rendijas entre los gaviones. Sin embargo, desde su posición calculó que la represa aún resistiría el embate del río, que debería crecer por lo menos treinta centímetros más para derribarla. Sonrió con satisfacción.

"Bien hecho, Sapper", pensó. "Es un trabajo de primera."

Estudió el nivel del río y el estado del embalse. La corriente que bajaba de la montaña era mucho más fuerte que en su visita anterior al lugar. El río desbordaba sus orillas, los arbustos y árboles más próximos estaban parcialmente sumergidos y se inclinaban ante la corriente turbulenta. El lóbrego torrente gris, turbulento y hosco, se arremolinaba en el embalse antes de hallar el canal de derivación y lanzarse cubierto de espuma hacia el fondo del valle con un rugido de animal salvaje al escapar de una jaula.

Luego volvió la vista hacia la escarpa de la quebrada. Estaba cubierta por bancos amenazantes de nubes que ocultaban el horizonte boreal. En ese momento pasó una ráfaga de viento, frío y húmedo con la promesa de lluvia. No hizo falta otro acicate para lanzarlo cuesta abajo hacia la represa, patinando sobre la tierra húmeda. Antes de llegar al pie de la ladera el ventarrón se transformó en una lluvia fría que le golpeó la cara y le pegó la camisa al cuerpo.

Llegó al tractor y trepó al asiento. Tuvo un momento de pánico al pensar que tal vez Sapper había retirado la llave de su escondite bajo el cojín del asiento. Tanteó frenéticamente hasta que sus dedos la palparon y se le escapó un bufido de alivio.

-Sapper, por un momento estuviste a punto de morir -dijo en voz alta-. Te habría estrangulado con mis propias manos.

Puso la llave en el encendido y la giró a la posición de precalentamiento, a la espera de que la luz testigo en el tablero virara del rojo al verde.

-¡Vamos de una vez! -murmuró impaciente. Esos pocos segundos le parecieron años. Se encendió la luz verde e hizo girar la llave. El motor se encendió al instante.

-¡Diez puntos, Sapper! -exclamó con júbilo-. Estás perdonado.

Le dio tiempo al motor para que alcanzara la temperatura óptima de funcionamiento, y en tanto, entrecerrando los ojos bajo la lluvia, miraba las colinas circundantes con temor de que los matones de Nogo, atraídos por el ruido del motor, cayeran sobre él desde las laderas. Pero no había señales de vida en las alturas barridas por la lluvia.

Puso el cambio más bajo y enfiló el tractor hacia la orilla. El agua que había logrado pasar el muro no llegaba hasta los ejes. El tractor saltaba sobre las piedras del lecho. Nicholas detuvo la máquina en medio del río y estudió el muro en busca del punto más débil. Entonces lo enfiló derecho hacia el centro, donde Sapper había apuntalado la balsa de troncos con hileras de gaviones.

-Lo lamento por tanto trabajo que te tomaste -dijo a modo de disculpa, y maniobró para que la pala de acero alcanzara la altura y el ángulo precisos al atacar el muro. Sacudió el gavión elegido hasta moverlo en su nicho, tirando y empujándolo hasta que pudo introducir la pala bajo el pesado canasto de alambre y sacarlo de su lugar. Se apartó y lo dejó caer sobre la catarata. Luego giró y volvió al ataque.

Era un trabajo lento. La presión del agua había encajado los gaviones en el muro, y tardó más de diez minutos en sacar otro. Al arrojarlo miró por primera vez el indicador de combustible y advirtió con desazón que el tanque estaba vacío. Fuera porque se había agotado la reserva de combustible o porque no esperaba volver a usar el tractor después de la partida, Sapper no había vuelto a llenar el tanque.

En ese momento el motor vaciló al faltarle combustible. Viró rápidamente para modificar el ángulo de pendiente a fin de que el resto que había en el tanque fuera hacia adelante, y el motor recuperó potencia al instante. Puso el cambio y enfiló hacia la pared a

Librodot

toda velocidad.

-No hay tiempo para sutilezas -pensó en voz alta-. A partir de ahora vamos a puro músculo y fuerza bruta.

Detrás de los dos gaviones que había retirado aparecía una punta de la balsa de troncos. Era el punto más vulnerable del muro. Accionó los controles hidráulicos y alzó la pala hasta su altura máxima. La bajó lentamente, centímetro a centímetro, hasta que quedó enganchada en el tronco más grueso del enrejado. Trabó la pala, puso marcha atrás y poco a poco elevó el motor a la máxima potencia. La máquina rugía y echaba nubes de humo diesel azul.

El tronco no cedió. Estaba totalmente trabado, y el muro se sostenía gracias al encaje de los gaviones y la presión titánica del agua. Desesperado, Nicholas abrió la válvula de estrangulación al máximo. Los neumáticos estriados giraron y patinaron sobre las rocas, alzando un chorro de agua mezclada con barro y pedregullo.

-¡Vamos! -imploró Nicholas-. Vamos, no me falles justamente ahora.

Nuevamente el motor vaciló por falta de combustible. Tosió y carraspeó y estuvo a punto de apagarse.

-¡Por favor, un esfuerzo más!

Como si lo hubiera oído, el motor tosió unos segundos y luego rugió al recuperar su plena potencia.

-¡Así se hace, mi amor! -chilló Nicholas mientras el tractor se sacudía al tironear del muro.

Con un estampido de cañón, se quebró la punta superior del tronco y salió expulsada por un chorro triunfal de agua fangosa del río que atravesó el boquete.

-¡Allá va! -vociferó Nicholas, y saltó del asiento. Sabía que no tenía tiempo para sacar el tractor del río. Saldría más rápidamente por sus propios medios.

La corriente se arremolinó en torno de sus piernas y trató de derribarlo. Como en una pesadilla infantil, se veía perseguido por monstruos y a pesar de sus esfuerzos se movían en cámara lenta. Echó una mirada sobre su hombro: en ese momento el sector central de la represa se reventó hacia afuera ante el embate violento del torrente furioso. Dio unos torpes pasos más hacia la orilla antes de que lo alcanzara la corriente turbulenta, No podía luchar contra ella. Lo arrastró sobre la caída y hacia abajo, donde lo aguardaba el vientre ávido del abismo.

El cayado y el cetro real del Faraón -jadeó von Schiller con voz alterada por la emoción al sacarlos del cofre de cedro. -Y aquí están la barba postiza y el pectoral de ceremonias. -Nahoot se arrodilló a su lado en el piso de la tumba bajo la gran estatua de Osiris. Los resentimientos habían quedado atrás en ese momento maravilloso en que examinaban los tesoros fabulosos de Egipto.

-Es el descubrimiento arqueológico más grande de todos los tiempos -susurró von Schiller con voz trémula. Sacó un pañuelo y se secó las mejillas empapadas por el sudor de la euforia.

-Nos esperan años de trabajo -dijo Guddabi solemnemente-. Es necesario inventariar y valorar esta colección increíble. Pasará a la historia como el tesoro de von Schiller. Perpetuará su nombre por siglos. Es el sueño de inmortalidad de los egipcios. Usted no caerá en el olvido. Vivirá por siempre.

Una expresión extática bañó el rostro de von Schiller. No se le había ocurrido pensar en ello. Hasta el momento no había pensado en la posibilidad de compartir su tesoro con nadie, salvo, a su manera, con Utte Kemper. Las palabras de Nahoot despertaron en él la antigua quimera de la inmortalidad. Tal vez dispondría que lo exhibieran en público... después de su muerte, claro.

Bruscamente rechazó esa tentación. No se debía envilecer semejante tesoro exhibiéndolo ante el populacho. Lo habían reunido para el funeral de un faraón, y von Schiller se consideraba precisamente un faraón de la era moderna.

-¡No! -replicó con violencia-. Esto es mío, mío y de nadie más. Cuando muera me lo llevaré a la tumba. Ya está todo dispuesto en mi testamento. Mis hijos se ocuparán de todo. Tendré mi tumba real.

Nahoot lo miró estupefacto. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que el viejo estaba loco, que sus obsesiones lo habían llevado al límite de la cordura. Pero el egipcio sabía que no era el momento para discusiones... ya encontraría la manera de salvar el tesoro maravilloso del olvido de otra tumba. Inclinó la frente con fingida sumisión.

-Por supuesto, Herr von Schiller. Ese es el único destino apropiado para el tesoro. Usted merece semejante tumba. Pero en este momento lo más importante es llevar todo a un lugar seguro. Helm nos ha advertido sobre los peligros del río y de que ceda la represa. Ordene que vengan él y Nogo, y que los hombres del coronel vacíen la tumba. Llevaremos todo en helicóptero al campamento de Pegaso. Allí me ocuparé de embalarlo para el viaje hasta Alemania.

-Sí, sí. -Von Schiller se puso de pie, aterrado por la posibilidad de que el río lo privara de su prodigioso tesoro. -Dígale al monje, cómo se llama... Hansith. Dígale a Hansith que vaya a buscar a Helm. Que venga ahora mismo.

Nahoot se paró de un salto.

-Hansith -vociferó-. ¿Dónde está?

El monje se encontraba en la cámara funeraria, orando de rodillas ante el sarcófago de donde habían retirado el cuerpo del santo., desgarrado entre sus creencias religiosas y la codicia. Al oír su nombre, hizo una última genuflexión y corrió presuroso a reunirse con ellos.

-Debe volver a la laguna, donde nos esperan los demás... -empezó a decir Nahoot, pero en ese momento el armonioso rostro moreno de Hansith se alteró. El monje alzó la mano para imponer silencio.

-¿Qué pasa? -preguntó Nahoot, colérico-. ¿Qué es lo que oye?

Hansith meneó la cabeza:

-¡Silencio! ¡Escuche! ¿No se da cuenta?

-No hay nada... -empezó a decir Nahoot, pero bruscamente se interrumpió y en sus ojos negros apareció una mirada de terror.

Era un sonido suavísimo, apenas un susurro, similar al arrullo del céfiro estival.

-¿Qué oyen? -preguntó von Schiller. Había perdido el oído muchos años antes, y el sonido estaba fuera del alcance de sus sentidos de anciano.

-¡Agua! -susurró Nahoot-. Agua corriente.

-¡El río! -gritó Hansith-. Se inunda el túnel. -Se volvió y cruzó la arcada funeraria a pasos largos y ágiles. -¡Quedaremos atrapados! -chilló Nahoot, y lo siguió. -Espérenme -gritó von Schiller y trató de seguirlos. Pero los otros dos eran mucho más jóvenes y rápidamente lo dejaron atrás.

El monje se había adelantado a ambos, y ya subía la escalinata desde la trampa de gas de a dos peldaños por vez.

-Hansith, vuelva acá, se lo ordeno -clamó Nahoot con desesperación, pero apenas alcanzó a ver una punta de la túnica blanca del monje que ya desaparecía en el laberinto.

-Guddabi, ¿dónde está? -La voz quejumbrosa de von Schiller reverberó y se desvaneció en los pasadizos de piedra. Nahoot no respondió. Siguió corriendo en la dirección que creía que había tomado el monje y dobló el primer recodo del laberinto sin ver las marcas de yeso en la pared. Creyó oír los pasos veloces de Hansith, pero al doblar la tercera esquina supo que estaba perdido.

Se detuvo. Su corazón latía con violencia y la amarga hiel del terror le inundaba la garganta.

-¡Hansith! ¿Dónde está? -chilló enloquecido.

La voz de von Schiller reverberó misteriosamente en los pasadizos:

-¡Guddabi! ¡Guddabi! No me deje.

-¡Cállate! -chilló-. Cierra el pico, viejo idiota.

Resollando, sintiendo el latido sordo de la sangre en sus oídos, trató de escuchar los pasos de Hansith. Pero sólo oyó el ruido del río. El suave murmullo parecía venir de las mismas paredes que lo rodeaban.

-¡No! No me dejen aquí -chilló, y presa del pánico se largó a correr por los pasadizos del laberinto.

Con pies aligerados por la perspectiva de una muerte horrible, Hansith dobló cada recodo y esquina sin equivocarse una sola vez. Pero al salir a la cima de la escalinata central se le torció un tobillo y cayó pesadamente. Su cuerpo cayó a los tumbos y con velocidad creciente hasta el fondo mismo del empinado pasadizo, donde quedó tendido sobre las baldosas de ágata de la gran galería.

Dolorido, aturdido por los golpes, se paró torpemente y trató de seguir corriendo. Pero su pierna cedió otra vez y cayó enredado en su propia ropa. Su tobillo luxado no podía sostenerlo. No obstante, volvió a pararse y cojeó a lo largo de la galería, apoyando una mano en la pared destruida.

Cuando llegó al portal y salió al descanso donde habían dejado el generador, oyó el ruido del agua que llegaba desde el túnel.

Era mucho más fuerte que antes: un rugido grave cuya reverberación casi anulaba el zumbido suave y discreto del generador.

-¡Dulce amor de Cristo y la Virgen, protéjanme! -imploró al avanzar a los tumbos por el túnel, donde se volvió a caer dos veces antes de llegar al nivel inferior.

Arrodillado, echó una mirada hacia adelante y a la luz de las bombillas eléctricas instaladas en el techo del túnel pudo divisar el sumidero a sus pies. Al principio no lo reconoció, porque su aspecto había cambiado por completo. El nivel del agua ya no era más bajo que el del piso donde se encontraba. Estaba lleno hasta los bordes; era un remolino colosal que succionaba el agua hacia el desagüe oculto casi con la misma rapidez con que ésta irrumpía por la boca del túnel. El puente flotante, enredado y semisumergido, se alzaba y encabritaba briosamente al tironear de los cables de anclaje como un caballo bravío enlazado con una conea.

Un torrente de agua irrumpía desde la laguna de Taita y a través del túnel al otro lado del sumidero. El pasadizo se inundaba rápidamente, el agua ya estaba a medio camino del techo, pero él sabía que ésa era la única salida de la tumba. Cada segundo que demoraba, el torrente se volvía más fuerte.

"Debo salir por ahí." Se paró con esfuerzo.

Llegó al primer pontón, pero éste se empinaba furiosamente y no le permitía seguir de pie. En cuatro patas, empezó a cruzar la endeble estructura, arrastrándose de un pontón a otro.

-Dios y san Miguel, ayúdenme, no me dejen morir aquí -imploró en voz alta. Llegó a la otra orilla y buscó asidero en las paredes toscamente labradas del túnel.

Asido apenas con las yemas de los dedos, pudo entrar en la boca del túnel, pero entonces toda la fuerza del torrente de agua que bajaba por el pasadizo lo embistió desde el vientre para abajo. El agua turbulenta lo aplastó contra el muro y le impidió dar un paso más. Sabía que si perdía asidero, el agua lo arrastraría al sumidero para hundirlo en el aterrador abismo negro.

A la alegre luz de las bombillas eléctricas que pendían del techo del túnel casi alcanzaba a divisar la hoya abierta de la laguna de Taita donde el andamio de bambú le permitiría salir del abismo. Estaba a menos de setenta metros. Reunió todas sus fuerzas y empezó a avanzar contra la corriente furiosa, aferrando cualquier saliente de la roca. Se le rompían las uñas, las yemas de sus dedos se despellejaban en la piedra áspera, pero seguía

avanzando.

Por fin vio la luz natural que entraba desde la laguna de Taita. Faltaban menos de quince metros. Con alivio, con júbilo, comprendió que estaba a punto de escapar de la trampa mortal. Entonces oyó otro sonido, el rugido ronco y brutal del torrente hasta entonces embalsado por la represa al precipitarse desde lo alto sobre la laguna de Taita. Halló la entrada del túnel y, al irrumpir como una violenta marejada, inundó el pasadizo hasta el techo, arrancó las luces y sumió a Hansith en la oscuridad.

Lo embistió con la fuerza irresistible de una avalancha de rocas. Lo arrancó de su precario asidero, lo revolcó a todo lo largo del pasadizo que acababa de recorrer con tanto esfuerzo y lo arrojó al sumidero. En medio de la oscuridad y la confusión en que lo había sumido el torbellino de las aguas desquiciadas, no sabía si subía o bajaba. Pero daba lo mismo, porque no podía oponerse a su poder.

Entonces cayó en las garras del sumidero, que lo succionó rápidamente hacia el fondo. La presión del agua empezó a aplastarlo. Le reventó un tímpano, y cuando el dolor intenso lo obligó a abrir la boca para gritar, el agua irrumpió a través de su garganta hasta los pulmones. Su última sensación fue cuando el agua lo arrojó con todas sus fuerzas contra un muro lateral del sumidero y le destrozó el omóplato derecho. La irrupción del agua en los pulmones no le permitía gritar, pero poco después dejó de sentir dolor al perder el sentido.

El agua que arrastraba su cadáver a través del pasadizo subterráneo lo desmembraba y mutilaba contra las rocas filosas. Cuando salió expulsado por la fuente de las mariposas al otro lado de la montaña, no era reconocible como ser humano. Desde allí, las aguas desviadas del río Dandera arrastraron los fragmentos desgarrados hasta descargarlos finalmente en el cauce amplio y majestuoso del Nilo Azul.

El agua que atravesaba la brecha en la represa alzó el tractor amarillo y lo arrojó por la catarata al abismo como si fuera un juguete infantil. Nicholas alcanzó a verlo en el aire. Al caer también él, comprendió que si no hubiera saltado de la máquina, ésta lo habría aplastado. El gran tractor cayó a la superficie del estanque, alzó un gran chorro de espuma blanca y desapareció.

Nicholas lo siguió en caída libre; incluso pudo mantener la cabeza fuera del agua y los pies para adelante mientras lo arrastraba la catarata. El torrente que lo llevaba amortiguó su caída; en lugar de estrellarse contra las enormes piedras que asomaban sobre la superficie, se hundió en el agua torrencial. Salió a la superficie cincuenta metros más abajo, se apartó el pelo de los ojos y miró alrededor.

El tractor había desaparecido, tragado por la laguna al pie de la catarata, pero delante de él había un islote de roca en medio del río. Una docena de brazadas lo llevaron hasta él, y se aferró a un saliente de la roca. Desde allí contempló las paredes verticales del abismo y recordó la última vez que había quedado atrapado allá abajo.

La euforia experimentada al destruir la represa e inundar la tumba del Faraón se disipó rápidamente.

Sabía que era imposible escalar esos muros lisos, pulidos por el agua, que no ofrecían el menor asidero y para colmo se inclinaban hacia afuera para formar una proyección sobre su cabeza. Se puso a calcular la probabilidad de volver río arriba hasta el pie de la catarata. Le parecía ver una grieta, una especie de embudo en el costado oriental de la caída de agua, que le serviría como escalera a la cumbre, pero sería un ascenso arduo y peligroso.

El caudal que se precipitaba por la catarata no era tan grande como había calculado, teniendo en cuenta el volumen del agua retenido por la represa. Comprendió que la mayor parte del muro de gaviones aún resistía, y que el torrente era apenas el chorro de agua que pasaba por la brecha abierta en el centro. Los demás gaviones aún se sostenían por su propio peso. Sin embargo, no resistirían mucho tiempo más; el río los haría a un lado e irrumpiría

con todas sus fuerzas. Por consiguiente, descartó la posibilidad de volver al pie de la catarata.

"Tengo que salirme de su camino", pensó con desesperación al imaginar el torrente brutal que no tardaría en bajar. "Si pudiera llegar a un borde y encontrar una cornisa por encima del agua..." Pero no cabía esperarlo. Una vez había recorrido todo el fondo del cañón a nado sin encontrar un solo asidero en las paredes lisas.

"¿Y si nado delante de él?", pensó. "No es una gran posibilidad, pero es la única que me queda." Se quitó los borceguíes y se preparó. Estaba a punto de soltarse de su asidero temporario, cuando oyó el derrumbe de la represa río arriba.

Oyó un rugido prolongado, el crujido de troncos al romperse, el ruido chirriante de los pesados gaviones arrojados aquí y allá como cubos de basura vacíos; brusca, aterradoramente, una ola maciza de agua gris irrumpió sobre la catarata arrastrando consigo un muro de piedra y escombros.

"¡Madre mía! Esta es en serio."

Se apartó del islote y nadó río abajo con todas sus fuerzas, azotando el agua con brazadas y patadas frenéticas. Oyó el rugido de la onda inminente y echó una mirada sobre su hombro. Lo alcanzaba rápidamente, llenaba la quebrada de pared a pared, su frente tenía cinco metros de altura y se abombaba en la cima. Evocó fugazmente una escena de su juventud, cuando practicaba surfing y aguardaba la célebre ola del cabo Saint Vincent, flotando a la espera del gran muro de agua que se alzaba a su espalda, alto como una montaña.

"¡Planear sobre ella!", se dijo, mientras esperaba el momento preciso. "Como una tabla hawaiana."

Siguió braceando, tratando de tomar velocidad para alzarse a la cima del muro. Este lo alcanzó y lo alzó con tanta violencia que sus tripas quedaron atrás. Entonces se encontró sobre la cresta. Arqueó la espalda y dobló los brazos hacia atrás en la clásica pose del surfista, colgado de la ola, la cabeza levemente gacha, la mitad superior de su cuerpo fuera del agua, guiándose por medio de las piernas. Pasados unos segundos de terror, se dio cuenta de que estaba planeando sobre la cresta de la ola y que tenía cierto control de su situación; entonces lo embargó una sensación casi demencial de euforia.

"¡Veinte nudos!", calculó, mirando pasar las paredes vertiginosas. Se deslizó sobre la cresta para apartarse del muro más cercano y ocupar el centro del torrente. Lo arrastraban la ola y la embriagadora sensación del peligro y la velocidad.

La mayor profundidad del agua sumergía las rocas más peligrosas, con sus aristas filosas como navajas, y lo mantenía apartado de ellas. Nivelaba las cataratas y los rápidos, de manera que en lugar de hundirse en los pozos subyacentes se deslizaba sobre ellos, y le bastaban un par de brazadas o patadas para conservar su posición en la cresta de la ola.

"¡Diablos, esto sí que es divertido!" Rió en voz alta. "Conozco a más de uno que pagaría por hacerlo. Es mejor que el salto en caída libre."

Pasados los primeros mil quinientos metros, la onda empezó a perder su forma e impulso al extenderse sobre el cañón. En pocos metros más ya no tendría fuerza suficiente para sostener lo como hasta entonces. Miró alrededor. Entre los escombros de la represa que acompañaban su carrera apareció uno de los troncos que formaban parte del enrejado con que Sapper había cerrado la brecha del muro.

Se dirigió hacia el gran madero. Medía diez metros de longitud y asomaba sobre el torrente como el lomo de una ballena. Los hacheros le habían quitado las ramas, dejando un resto del cual podría asirse fácilmente. Nicholas se alzó sobre el tronco y se tendió de panza, mirando río abajo, las piernas en el agua. No tardó en recuperar aliento y fuerzas.

Aunque su superficie estaba en calma y había perdido la forma de la ola, el torrente aún bajaba por la quebrada a una velocidad tremenda. "Poco menos de diez nudos", calculó. "Cuando esto llegue a la laguna de Taita, pobre de von Schiller y cualquiera de sus matones que esté en la tumba. Van a pasar los próximos cuatro mil años ahí adentro." Echó la cabeza atrás y soltó una carcajada triunfal.

-¡Funcionó, carajo, funcionó tal como lo planifiqué!

Dejó de reír cuando el tronco viró bruscamente hacia uno de los muros del cañón.

"Epa, parece que vienen más problemas."

Rodó a un costado del tronco y dio una patada fuerte. La lerda embarcación respondió al virar pesadamente. Fue una maniobra torpe que no le permitió evitar del todo la colisión. Pero en lugar de embestir de punta, el tronco rebotó de costado contra la roca y volvió al centro de la corriente.

Su confianza y destreza mejoraban por momentos.

-¡Puedo conducirlo hasta el monasterio! -exclamó encantado-. A esta velocidad puedo llegar a las balsas antes que Sapper y Royan.

Al alzar la vista reconoció el tramo siguiente de la quebrada. "El recodo antes de la laguna de Taita. Falta un minuto o dos. A esta altura ya no quedarán restos del andamio."

Se alzó lo más que pudo sin perder el equilibro sobre el tronco, parpadeó para sacarse el agua de los ojos y miró hacia adelante. Vio que se deslizaba vertiginosamente hacia la catarata sobre la laguna de Taita y se aferró al tronco con fuerza.

Ante sus ojos apareció el largo tobogán de agua, y antes de lanzarse alcanzó a divisar la hoya de roca al pie de aquél. Advirtió que se había anticipado en sus expectativas. El andamiaje de bambú estaba dañado, pero no había desaparecido del todo. Lacorriente se había llevado el tramo inferior, pero la sección más alta aún pendía de la cara del precipicio y apenas rozaba la superficie del agua. Se balanceaba en la corriente, y ante sus ojos incrédulos aparecieron dos hombres atrapados en la endeble estructura, aferrados a la escalera desquiciada de cañas. Los dos trataban de ganar la cima del precipicio.

En esa fracción de segundo, Nicholas vio el destello de un par de anteojos metálicos bajo una boina bordó: el hombre más cercano a la cima era Tuma Nogo. En ese momento Nogo llegaba al tope del andamio y desaparecía sobre el borde del precipicio. Nicholas no tuvo tiempo para ver más: su tronco tomó velocidad y se lanzó cuesta abajo por el tobogán a un ángulo muy empinado. Al llegar al fondo se alzó de punta como una garrocha y estuvo a punto de dar tumbos, pero Nicholas se aferró con fuerza y poco a poco el madero se enderezó.

Por unos instantes quedó atrapado en el vórtice bajo la catarata, pero enseguida la corriente lo atrapó otra vez y cruzó la laguna de Taita, pesado y torpe como un buque de guerra de madera.

Tuvo un breve respiro durante el cual echó una mirada a la hoya de la laguna de Taita. El túnel de entrada a la tumba estaba sumergido y, a juzgar por el nivel del agua en la cara del precipicio, había quedado más de quince metros bajo la superficie. Lo embargó el júbilo: nuevamente la cripta estaba protegida de los depredadores de tumbas.

Entonces miró los restos torcidos del andamio de bambú en la cara del precipicio, arrancado de los antiguos nichos abiertos en la roca; un hombre estaba colgado de los restos, unos seis metros sobre la superficie del agua. Inmóvil, parecía un gato en las ramas altas de un árbol azotado por el viento.

En ese momento Nicholas advirtió que la corriente arrastraba su tronco hacia el andamio suspendido. Ya trataba de maniobrar para evitar el choque, cuando el hombre colgado en lo alto volvió la cara hacia él. Era un hombre blanco, su rostro era una mancha borrosa en las tinieblas del cañón, pero Nicholas lo reconoció y una punzada de odio traspasó su pecho.

-¡Helm! -exclamó en voz alta-. Es Jake Helm.

En su mente vio el cuerpo de Tamre, el niño epiléptico, aplastado bajo las rocas, y el rostro quemado de Tessay. Embargado por el odio y la furia, impulsó el tronco derecho hacia el andamio. Contuvo el aliento y por un instante pensó que pasaría de largo, pero a último momento la punta anterior del tronco viró bruscamente, embistió el extremo del andamio y quedó enganchado.

Nada podía resistir el peso y el impulso del tronco. Las cañas de bambú crujieron al volverse astillas, la estructura entera se soltó y se derrumbó sobre el madero. En lo alto, Helm tomó impulso y cayó de pie cerca del tronco. Su cuerpo se sumergió profundamente. Nicholas se sentó a horcajadas, tomó un trozo largo de caña que flotaba junto a él y esperó.

Atrapado en un remanso del río crecido, el tronco empezó a girar lentamente, fuera del

Librodot

alcance del torrente principal. Mientras tanto, aún sentado sobre él, Nicholas blandió la caña un par de veces como un bate de béisbol para comprobar su peso. Luego la alzó sobre su hombro a la espera de que Helm se asomara sobre la superficie.

Segundos después apareció la cabeza del tejano, que chorreaba agua. Tenía los ojos cerrados y jadeaba para recuperar el aliento. Nicholas lanzó el golpe con todas sus fuerzas, pero en ese preciso instante Helm abrió los ojos y lo vio venir.

Rápido como una víbora acuática, bajó la cabeza rapada y el garrote apenas lo rozó sin hacerle daño. Nicholas perdió el equilibrio y, antes de recuperarlo, Helm volvió a sumergirse.

Nicholas alzó el garrote, listo para descargar otro golpe, mirando el agua turbia y maldiciéndose por haber errado el primero cuando aún conservaba la ventaja del ataque por sorpresa. No se hacía ilusiones sobre el peligro que le aguardaba ahora que Helm estaba sobre aviso.

Pasaban los segundos y su adversario no aparecía. Nicholas miraba ansiosamente a su alrededor y trataba de anticipar sus próximos movimientos. Pasó un minuto largo. Nervioso, tomó el garrote de un extremo y se preparó para lanzar un golpe en cualquier dirección con el extremo astillado.

Una mano brutal aferró su tobillo bajo el agua y, sin darle tiempo para asirse, lo arrancó de su asiento al río. Al sumergirse, sintió los dedos de Helm que buscaban su cara. Tomó uno de los dedos y lo dobló hacia atrás hasta quebrarlo. Pero el dolor agudo de la coyuntura dislocada fue un acicate para Helm, quien rodeó el cuello de Nicholas con un brazo largo y musculoso, veloz como el tentáculo de un pulpo.

Salieron juntos a la superficie y tomaron aliento, pero la boca de Nicholas se llenó de agua cuando Helm le torció la cabeza hacia atrás. Sintió la tensión en sus vértebras cervicales, atenazadas por la llave de cabeza. Era una toma asesina. A Helm le faltaba apenas un punto de apoyo para aplicar los últimos gramos de presión necesarios para quebrarle la columna. Pero Nicholas rodaba en la misma dirección del impulso, se dejaba llevar por él y así impedía que Helm ejerciera toda su fuerza. Al inclinarse vio la cara de Helm frente a la suya, magnificada y distorsionada a través de la impura agua gris. Era monstruosa, maligna.

Apenas Helm rodó sobre él, Nicholas lo tomó con fuerza de la cintura para sostenerlo, dio un rodillazo violento y su rótula se estrelló en la entrepierna del otro. La masa genital era grande y fofa. Helm se crispó y aflojó su llave. Nicholas aprovechó para aferrar sus testículos golpeados y retorcerlos brutalmente. Vio la cara crispada de dolor a centímetros de la suya, y en ese momento Helm le soltó el cuello y se apartó para aferrarle la muñeca con las dos manos.

Nuevamente salieron a flote junto al tronco. La corriente los alejaba de la laguna de Taita hacia el torrente principal del río. Soltó los testículos de Helm y lanzó un puñetazo, pero estaban demasiado juntos y el golpe, aunque tomó al otro en la mejilla, careció de fuerza. Nicholas extendió el brazo para tomarlo del cuello. Helm lo esquivó hundiendo la cabeza entre los hombros. Y rápido como una cobra al picar, se abalanzó sobre Nicholas y le hundió los dientes en el mentón, tomándolo totalmente por sorpresa.

El dolor de la carne desgarrada por los dientes era insoportable. Nicholas gritó y sus uñas buscaron los ojos de Helm para arrancarlos de sus cuencas. Pero éste los cerró y apretó las mandíbulas, y la sangre de Nicholas empezó a chorrear por las comisuras de sus labios.

El tronco aún bogaba a su lado, a escasos centímetros de la cabeza de Helm. Nicholas lo aferró por las orejas y lo hizo girar en el agua. Alcanzaba a mirar sobre la cabeza de Helm, en tanto la visión de éste estaba impedida. Una astilla de madera sobresalía del tronco. Era el resto de una rama cortada por el leñador, grueso pero puntiagudo como un estilete. Con la vista nublada por las lágrimas de dolor, Nicholas maniobró para que la astilla apuntara a la nuca de Helm. Los dientes de éste se hundían profundamente en su carne, le atravesaban el labio inferior, y su boca ya se llenaba de sangre. Tenaz como un bulldog de lidia, Helm roía con los dientes al tiempo que sacudía la cabeza. Faltaba poco para que le arrancara un trozo de carne.

Con toda la fuerza del dolor y la desesperación, Nicholas se arrojó hacia adelante

Librodot

aprovechando el peso de su cuerpo y aferrando la cabeza de Helm para clavarla en la astilla. La punta penetró entre dos vértebras cervicales y seccionó parcialmente la médula. Helm sufrió una convulsión y abrió las mandíbulas. Nicholas se apartó; un colgajo de piel pendía de su mentón mientras la sangre manaba a chorros de la herida profunda y cortante.

Helm quedó colgado de la astilla como una media res del gancho del carnicero. Sus miembros se sacudían, los músculos de su cara se crispaban convulsivamente, parpadeaba como un epiléptico; los globos de sus ojos rodaron hasta quedar en blanco, como una máscara grotesca en la tenebrosa hondonada.

Nicholas se alzó sobre el tronco junto al cuerpo del tejano. Resollaba, y la sangre caía a borbotones sobre su pecho. La distribución excéntrica del peso hizo rodar el tronco y la nuca de Helm empezó a deslizarse de la astilla. Su piel se rasgaba como la seda, sus vértebras crujían al roce de la madera. El cadáver, al fin inerte, cayó boca abajo y empezó a hundirse.

Pero Nicholas no iba a permitir que se alejara.

-Vamos a estar completamente seguros, muchacho, gruñó a través de sus labios hinchados y ensangrentados. Escupió sangre y saliva al extender el brazo para tomar la camisa de Helm y hundirle la cabeza bajo el tronco. Este se aceleró al entrar en el último tramo del cañón, pero Nicholas aferró el cuerpo tenazmente hasta quitarle la última chispa de vida. Por fin la corriente lo arrancó de sus manos; lo miró hasta que desapareció bajo las aguas grises y turbulentas.

-Saludaré a Tessay de tu parte -gritó. Luego se concentró en la tarea de equilibrar el tronco para recorrer el último tramo de la corriente veloz y agitada. Por fin salió entre los portales de roca rosada al tramo inferior del río Dandera. Al pasar bajo el puente suspendido de sogas se arrojó al agua y nadó a la orilla occidental, recordando la tremenda caída al Nilo que lo aguardaba menos de mil metros río abajo.

Sentado en la orilla, arrancó un retazo de su camisa para vendar lo mejor posible su mentón herido, atando los extremos del jirón en su nuca. La sangre empapó rápidamente la delgada tela de algodón mojada, pero ajustó el nudo y pudo detener la hemorragia.

Exhausto, se puso de pie y echó a andar entre la maleza que bordeaba el río hasta encontrar la senda que conducía al monasterio, cojeando sobre sus pies descalzos. Se detuvo una sola vez,al oír el ruido de un helicóptero que alzaba vuelo desde la lejana cima del precipicio.

Miró hacia allá.

-Parece que Tuma Nogo pudo escapar. Qué lástima. ¿Qué habrá sido de von Schiller y el egipcio? -murmuró con amargura mientras se palpaba la herida del rostro-. Al menos, ninguno de ellos podrá entrar a la tumba salvo que vuelvan a embalsar el río.

Bruscamente lo asaltó un pensamiento:

-Dios mío, ¿y si von Schiller estaba ahí abajo cuando se vino el agua? -Rió suavemente y meneó la cabeza: -No nos hagamos ilusiones. La justicia nunca es tan prolija.

Meneó otra vez la cabeza, pero el gesto le provocó un dolor brutal. Se tomó el mentón con una mano y nuevamente echó a andar por la senda. Al llegar a la calzada que bajaba al monasterio empezó a trotar.

Al doblar una esquina del laberinto, Nahoot Guddabi chocó de frente con von Schiller, y la presencia del viejo, aunque no le servía para absolutamente nada en esa situación, lo serenó y mantuvo a raya el pánico al que estaba a punto de sucumbir. Tras la desaparición de Hansith, el laberinto era un lugar misterioso y lúgubre. La presencia de cualquier ser humano era una bendición. Por un instante se abrazaron como niños perdidos en un bosque.

Von Schiller tenía los objetos que había estado estudiando cuando escapó Hansith: el cayado de oro del Faraón en una mano y el látigo de ceremonias en el otro.

-¿Dónde está el monje? -chilló-. ¿Por qué salió detrás de él y me dejó? Idiota, tenemos que salir de aquí. ¿No se da cuenta del peligro?

-¿Cómo quiere que yo encuentre... -empezó a decir Nahoot con furia, pero se interrumpió al ver las marcas de yeso en la pared a espaldas de von Schiller y comprender por primera vez su significado.

-¡Eso es! -exclamó con alivio-. ¡Harper o Al Simma nos señalaron el camino! ¡Vamos! Recorrieron los pasadizos siguiendo las señales, pero cuando llegaron a la escalinata central, había pasado casi una hora desde la huida de Hansith. Al bajar rápidamente los peldaños hacia la gran galería, el ruido del río se convertía en un siseo prolongado como el aliento de un dragón dormido.

Nahoot echó a correr y von Schiller se tambaleó detrás; el miedo debilitaba sus viejas piernas.

-¡Espere! -clamó, pero Nahoot, sin hacer caso a su súplica, atravesó el boquete de la puerta de yeso. El generador zumbaba en el descanso, pero Nahoot ni siquiera lo miró al bajar por el pasadizo inclinado bajo la luz alegre de las bombillas instaladas en el techo.

Corría al doblar el recodo, pero se detuvo en seco al ver que el túnel estaba inundado y el agua rozaba la antigua marca en los bloques de mampostería de las paredes. No quedaban rastros del sumidero ni del puente flotante. Estaban sumergidos bajo quince metros de agua, o más.

El río Dandera, guardián milenario de la tumba, había retornado a su puesto. Tenebroso, implacable, sellaba la entrada de la cripta tal como lo había hecho durante cuatro mil años.

-¡Alá! -susurró Nahoot-. Alá se apiade de nosotros.

Von Schiller apareció en el recodo del túnel y se detuvo junto a Nahoot. Aterrados, contemplaron el pasadizo inundado. Von Schiller se dejó caer lentamente contra la pared.

-Estamos atrapados -susurró, y al oírlo Nahoot gimió y cayó de rodillas. Empezó a rezar en un sonsonete agudo y nasal que enfureció al alemán.

-¡Basta! Eso no sirve para nada. -Con la diestra descargó el látigo dorado sobre la espalda encorvada de Nahoot, quien chilló de dolor y se arrastró para alejarse.

-Tenemos que encontrar una salida -dijo con firmeza. Habituado al mando, se hizo cargo de la situación.

-Tiene que haber otra salida -insistió resueltamente-. La buscaremos. Si hay una salida al exterior, sentiremos una corriente de aire. -Su voz era más firme y confiada. -¡Sí! Eso es lo que haremos. Apague el ventilador, así detectaremos cualquier movimiento de aire.

Reanimado por el tono autoritario, Nahoot corrió a apagar el ventilador.

-Usted tiene un encendedor -continuó von Schiller-. Usaremos éstos como antorchas. -Señaló los papeles y las fotografías de Royan, aún desparramados sobre la mesa de caballetes junto a la puerta. -El humo indicará dónde hay una corriente.

Durante las dos horas siguientes recorrieron todos los niveles de la tumba con sus antorchas encendidas para observar el movimiento del humo. En ningún lugar pudieron detectar la menor corriente de aire, y acabaron por volver al pasadizo inundado, donde contemplaron desesperados el estanque de agua negra que les cerraba el paso.

-Es la única salida -susurró von Schiller.

-Me pregunto si el monje salió por ahí -dijo Nahoot, acurrucado contra la pared.

-No hay otro camino.

Permanecieron en silencio durante un largo rato; en la cripta se perdía fácilmente la noción del tiempo. Ahora que el río había alcanzado su nivel, el agua estaba totalmente inmóvil en el pasadizo; el ruido tenue y remoto de la corriente en el sumidero parecía acentuar el silencio, en el cual oían su propia respiración.

-El combustible del generador -dijo por fin Nahoot-. Se va a agotar. No he visto tanques de reserva.

Pensaron en lo que sucedería al agotarse el pequeño tanque de combustible. Pensaron en la oscuridad que los aguardaba. Bruscamente von Schiller empezó a chillar:

-Tiene que salir por el pasadizo. Vaya a buscar ayuda. Se lo ordeno.

Nahoot lo miró incrédulo:

- Son más de cien metros hasta llegar a la salida y el río está crecido.

Von Schiller se paró de un salto y lo miró con gesto amenazador:

-El monje escapó por ahí. Es la única salida. Debe nadar por el túnel hasta donde esperan Helm y Nogo. Helm sabrá qué hacer. Trazará un plan para sacarme de aquí.

- Está loco.

Nahoot trató de alejarse, pero von Schiller lo acosó. -¡Se lo ordeno!

¡Viejo loco! -Trató de pararse, pero von Schiller alzó el pesado látigo de oro y le dio un golpe furibundo que le partió los labios y le quebró dos dientes incisivos a la vez que lo arrojó de espaldas al suelo.

-Está loco -sollozó-. No puede hacer esto... -pero von Schiller lo azotó una y otra vez, lacerando su cara y sus hombros con las pesadas colas doradas del látigo que desgarraban la delgada tela de algodón de su camisa.

-Lo mataré -chilló von Schiller mientras lo azotaba-. Lo mataré si no obedece.

-¡Basta! -gimió Nahoot-. Basta, por favor. Haré lo que me diga, pero no me pegue' más.

Se arrastró sobre el piso del túnel hasta el agua. Sentado, ésta le llegaba a la cintura.

-Déme tiempo para prepararme -suplicó.

-¡Ahora mismo! -tronó von Schiller alzando el látigo-. Probablemente encontrará bolsones de aire atrapados en el túnel. Ya encontrará la manera de salir. ¡Ya!

Con las dos manos Nahoot se echó agua en la cara para lavar la sangre que manaba de un tajo profundo en su mejilla.

-Deje que me quite la ropa y los zapatos -gimió para ganar tiempo, pero von Schiller no le permitió salir del agua.

-Hágalo ahí donde está -ordenó. Con una mano blandía el látigo, con la otra el pesado cayado de oro. Nahoot advirtió que un golpe de esa arma le partiría el cráneo.

Hundido en el agua hasta las rodillas, Nahoot se paró sobre un pie y luego sobre el otro para quitarse los zapatos. Lentamente, con renuencia, se desvistió hasta los calzoncillos. Los azotes le habían lacerado profundamente los hombros. La sangre que manaba de las heridas corría por su espalda como serpientes escarlatas.

Tenía que aplacar al viejo loco. Se sumergería, avanzaría unos metros por el túnel, aguantaría la respiración el mayor tiempo posible y después volvería.

-¡Vaya de una vez! -vociferó von Schiller-. Está perdiendo el tiempo. No crea que voy a ceder.

Nahoot avanzó hasta que el agua le llegó al pecho. Respiró profundamente durante varios minutos. Luego contuvo el aliento y se sumergió. Von Schiller miraba desde el borde del estanque, pero no se veía nada bajo el agua negra y tenebrosa. La lámpara iluminaba las manchas de sangre en la superficie.

Pasó un minuto interminable, bruscamente se agitaron las aguas y un brazo humano se asomó a la superficie, con la mano y los dedos extendidos en gesto de súplica. Luego se hundió lentamente hasta desaparecer. Von Schiller se inclinó hacia adelante.

-¡Guddabi! -chilló furioso-. ¿A qué está jugando?

Se produjo otro remolino seguido de un destello como si hubiera un espejo en las profundidades.

-¡Guddabi! -La voz de von Schiller se volvía quejumbrosa. Como si respondiera al llamado, la cabeza de Nahoot apareció sobre la superficie. Su tez estaba pálida como la cera, desangrada; su boca abierta en un grito mudo y aterrador. A su alrededor el agua hervía como agitada por un cardumen de peces enormes. A la vista desconcertada de von Schiller se alzó una marea oscura en torno de la cabeza de Nahoot, que tiñó el agua de rojo brillante. Al principio no se dio cuenta de que era sangre.

Entonces vio las largas sombras sinuosas que se deslizaban y se retorcían en torno de Nahoot mientras se alimentaban de su carne. Nahoot alzó otra vez el brazo y lo extendió hacia von Schiller como un suplicante. Estaba carcomido, mutilado por profundas heridas en forma de medialuna donde le habían arrancado la carne.

Von Schiller chilló horrorizado y dio un paso atrás. Nahoot clavó en él sus enormes ojos acusadores y de su garganta tensa brotó un graznido que nada tenía de humano.

A la vista de von Schiller, una gigantesca anguila tropical salió a la superficie, sus dientes brillaron como vidrios rotos al abrir su boca de par en par y sus enormes mandíbulas se cerraron sobre la garganta de Nahoot. Este no trató de apartar a la criatura. Ya agonizaba, y miraba a von Schiller mientras la anguila se retorcía y formaba una pelota de serpentinas viscosas colgada de su cuello.

La cabeza de Nahoot se hundió lentamente. Los movimientos bajo la superficie continuaron durante varios minutos largos, acompañados por alguno que otro destello de los inmensos peces serpentinos. Poco a poco el agua se calmó hasta que la superficie volvió a quedar lisa como un vidrio negro.

Enceguecido por el pánico, von Schiller giró y corrió por el pasadizo inclinado hasta el descanso donde aún zumbaba el generador, tratando de alejarse lo más posible de ese estanque de horror. No sabía a dónde iba, sólo corría por cualquier pasadizo que aparecía ante él. Al llegar al pie de la escalinata central chocó con una arista del muro y cayó atontado sobre las baldosas de ágata, llorando, mientras un gran chichón violáceo aparecía en su frente.

Después de unos instantes se paró y empezó a subir los peldaños. Estaba confundido y desorientado, y su mente febril enloquecía de miedo y horror. Cayó otra vez y gateó por el pasadizo hasta el recodo siguiente del laberinto. Allí pudo pararse y seguir adelante a los tumbos.

No advirtió la empinada escalera que bajaba a la trampa de gas de Taita y por sobre los peldaños, lastimándose las piernas y el pecho. Nuevamente de pie, se tambaleó entre las hileras de ánforas hasta la escalera del otro extremo y ascendió a la galería que conducía a la tumba del faraón Mamose.

Había recorrido la mitad de la galería, desgreñado, con los ojos desorbitados y la mente que desvariaba, cuando la luz se atenuó hasta volverse un tenue resplandor amarillo. Aumentó otra vez cuando el generador succionó las últimas gotas de combustible. Von Schiller se detuvo en el centro de la galería y miró las luces con desesperación. Sabía lo que sucedería. La luz brillante y alegre persistió durante varios minutos más, y luego se atenuó hasta apagarse del todo.

La noche descendió sobre él como los pesados pliegues de terciopelo de un paño mortuorio. Era tan intensa y total que parecía tener el peso y la textura de un cuerpo físico. Percibió su sabor cuando se introdujo en su boca y en todo su cuerpo para sofocarlo.

Enloquecido, se largó a correr a ciegas, totalmente desorientado en la oscuridad. Chocó de cabeza contra una piedra y cayó aturdido. Un hilo tibio de sangre surcaba su cara; no podía respirar. Gimió, jadeó, y lentamente se volvió de costado hasta quedar enrollado como un feto en el seno materno.

Se preguntó cuándo llegaría la muerte; pensó con terror que podía demorarse durante días, acaso semanas. Se acurrucó contra el objeto de piedra con el que había chocado. En la oscuridad, no podía saber que lo cobijaba el gran sarcófago de Mamose. Tendido en la noche de la cripta, rodeado por los tesoros fúnebres de un emperador, aguardó la muerte, lenta e inexorable.

El monasterio de San Frumencio estaba desierto. Al oír los disparos y los ecos de la batalla que retumbaban en la quebrada, los monjes habían reunido sus tesoros y huido. Nicholas atravesó el gran claustro desierto a la carrera y se detuvo a tomar aliento en la cima de la escalera que bajaba hasta el Nilo y el Santuario de la Epifanía donde había ocultado los botes. Jadeó mientras escudriñaba las tinieblas de la profunda hoya a sus pies en la que raramente penetraba la luz del Sol, pero las nubes móviles de espuma plateada de la doble catarata eran como cortinas que impedían ver

el fondo. No podía determinar si Sapper y Royan lo esperaban allá abajo o si habían sufrido algún traspié en el camino.

Acomodó el harapo sanguinolento que le servía de venda e inició el descenso. Entonces, desde la bruma plateada vino su voz que lo llamaba, y ella se le acercó corriendo por la escalera resbaladiza de fango.

-¡Nicholas! ¡Gracias a Dios! Pensé que no vendrías.

Iba a arrojarse en sus brazos, pero entonces vio su cara vendada, sucia de sangre; se detuvo y lo miró consternada.

-¡Virgen santa! -susurró-. ¿Qué te pasó, Nicky?

-Tuve un encuentro con Jake Helm. Es sólo un rasguño, pero por ahora no estoy en condiciones de besar -farfulló, tratando de sonreír a pesar del vendaje-. Tendrás que esperar hasta más tarde.

Le rodeó los hombros con un brazo y casi la alzó al darla vuelta para bajar.

-¿Dónde están los demás? -La hizo bajar a paso rápido.

-Todo el mundo está aquí -contestó-. Sapper y Mek están inflando y cargando los botes.

-¿Y Tessay?

-Está a salvo.

Bajaron el último tramo de la escalera hasta el muelle bajo el Santuario de la Epifanía. El Nilo había crecido tres metros desde la última visita de Nicholas. Eran aguas caudalosas y coléricas, fangosas y torrenciales. Las nubes de espuma casi ocultaban los precipicios de la otra orilla.

Los cinco botes Avon estaban amarrados en la orilla. Cuatro ya estaban inflados, y el quinto se hinchaba al abrirse la válvula del tubo de aire comprimido. Mek y Sapper cargaban las cajas de municiones en los botes inflados y las sujetaban bajo las redes de nailon verde.

Sapper alzó la vista y al ver a Nicholas, una expresión graciosa de asombro se asomó a su carota ancha.

-¿Qué carajo le pasó en la cara?

-Algún día 10 sabrás -dijo Nicholas. Se volvió hacia Mek y lo abrazó: -Gracias, viejo amigo -dijo con emoción-. Tus hombres combatieron bien, y tú me esperaste. -Vio la hilera de guerrilleros heridos, tendidos al pie del precipicio.

-¿Cuántas bajas?

-Tres muertos y los seis heridos que ves. Habría sido peor si los hombres de Nogo nos hubieran acosado más.

-Así y todo, son demasiadas bajas -dijo Nicholas.

-Una sola es demasiado -asintió Mek.

-¿Y el resto de tu gente?

-Huye hacia la frontera. Sólo retuve al mínimo indispensable para gobernar los botes. -Mek le quitó la venda sucia. Royan lanzó un grito de horror al ver la herida, pero Mek sonrió maliciosamente: -Parece que te mordió un tiburón.

-Exactamente.

-Necesita doce puntos de sutura, por lo menos. -Mek se encogió de hombros y pidió a los gritos su botiquín.

-Lo siento, no tengo anestesia -manifestó. Obligó a Nicholas a sentarse en el travesaño de un bote y vertió el antiséptico directamente sobre la herida.

Nicholas no pudo contener un grito de dolor.

-Arde, ¿no? -dijo Mek con satisfacción-. No es nada. Espera a que empiece a suturar.

-Bendita sea tanta bondad -masculló Nicholas mientras Mek, con una sonrisa maligna, abría un paquete sellado de aguja e hilo de sutura.

Mientras suturaba la herida, uniendo los bordes y ajustando el hilo, Mek hablaba suavemente al oído de Nicholas:

-Nogo apostó toda una compañía para vigilar el río unos kilómetros más abajo. Mis exploradores dicen que tienen cubiertos los caminos en las dos márgenes.

-Pero no sabe que tenemos botes para bajar directamente por el río, ¿o sí? -preguntó

Librodot

Nicholas entre dientes apretados.

-Me parece improbable, pero conoce nuestros movimientos al dedillo. Tal vez tenía un informante en tus cuadrillas. -Mek hundió la aguja en la piel de Nicholas antes de continuar: -Y Nogo tiene el helicóptero. Nos verá en el río apenas se despejen un poco las nubes.

-El río es la única vía de escape. Roguemos que el clima no cambie.

Cuando Mek ató el último nudo y vendó el mentón de Nicholas con una gasa estéril, el último bote ya estaba inflado y cargado.

Cuatro hombres de Mek llevaron la camilla de Tessay a uno de los botes. Mek la acomodó y se aseguró de que tuviera una correa de seguridad al alcance de la mano. Luego fue a ocuparse de sus heridos. La mayoría de ellos estaban en condiciones de caminar, pero hubo que cargar a dos.

Finalmente, se reunió otra vez con Nicholas.

-Veo que tienes tu radio -dijo al ver el estuche de fibra de vidrio que Nicholas había colgado de su hombro.

-Sin la cual tendríamos muchos problemas. -Contestó. Palmeó el estuche con satisfacción.

-Yo me haré cargo de ese bote donde está Tessay.

-De acuerdo. Royan vendrá conmigo en el primer bote.

- Mejor, déjame encabezar la columna -dijo Mek.

- Tú no sabes navegar los rápidos -dijo Nicholas. Yo he navegado este río, tú no.

- Pero eso fue hace veinte años.

-Y ahora lo hago mejor que entonces. -Nicholas sonrió: -No discutas, Mek. Tú vendrás en el segundo y Sapper en el tercero. ¿Tus hombres conocen el río como para timonear los dos restantes?

- Todos mis hombres conocen el río. -Se volvió y empezó a vociferar órdenes. Cada hombre corrió al Avon asignado. Nicholas ayudó a Royan a saltar sobre la borda y junto con sus hombres lanzó el bote al agua desde la orilla rocosa. Apenas quedó a flote, todos saltaron a bordo y tomaron sus remos.

Bastó verlos remar para comprobar que en verdad conocían bien el río, como se había jactado Mek. Remaban con fuerza y al unísono, y el bote liviano salió rápidamente a la corriente principal del Nilo.

Los Avon tenían capacidad para dieciséis hombres, y la carga era liviana. Los cajones de municiones que contenían los objetos de la tumba eran voluminosos pero livianos, y en ningún bote viajaban más de doce hombres. Eran embarcaciones ágiles, de manejo sencillo.

- Se vienen aguas turbulentas -advirtió Nicholas a Royan-. De aquí hasta la frontera con Sudán. -Tomó el remo de espadilla en la popa, desde donde tenía una buena visual. Royan se sentó a sus pies y aferró una correa de seguridad. Trataba de no estorbar a los remeros.

Atravesaron la corriente que dragaba la gran hoya de piedra bajo la catarata y Nicholas enfiló hacia el estrecho desde el cual el río iniciaba su curso hacia el oeste. Miró al cielo y vio a través de la bruma que estaba cubierto de nubes de tormenta, bajas y violáceas. Parecían descansar sobre las crestas de los precipicios.

-Un golpe de suerte, para variar -dijo Nicholas-. Con este clima ni siquiera el helicóptero podrá descubrirnos. -Miró su Rolex. La mica estaba empapada. -Tenemos un par de horas hasta el anochecer. Podemos avanzar unos cuantos kilómetros antes que oscurezca.

Miró hacia atrás: el resto de la flotilla lo seguía en fila. Los Avon, pintados de amarillo reflectante, se destacaban claramente en medio de la bruma y las tinieblas de la quebrada. Alzó el puño en la clásica señal de partida, yen el segundo bote Mek imitó el gesto y sonrió detrás de su barba.

Atrapados por el río, atravesaron los portales y entraron la entraña estrecha, retorcida del Nilo. Los hombres dejaron los remos para dejarse llevar por la corriente. No tenían nada que hacer más que ayudar a Nicholas a timonear en los tramos más difíciles; todos permanecían agazapados y alertas junto a las bordas.

Con la crecida, muchos arrecifes habían quedado sumergidos, pero su presencia estaba

claramente indicada en la superficie donde el agua se alzaba en una marejada estacionaria o bien hervía de espuma al surcar un pasaje estrecho entre dos rocas. El agua cubría las dos orillas y lamía la base de los precipicios de la quebrada inferior. Si un Avon diera una vuelta de campana o si un tripulante cayera al agua, no había lugar en el río donde ponerse al pairo para recoger sobrevivientes.

Nicholas iba erguido para mirar hacia adelante. Tenía que determinar el rumbo con anticipación y luego seguirlo. Todo dependía de su capacidad para interpretar el río y juzgar su estado de ánimo. Estaba falto de práctica y el miedo le atenazó el estómago cuando dobló el remo para enfilar hacia el primer tramo de los rápidos. Surcaron la veloz corriente verde a gran velocidad, mientras la embarcación respondía a la espadilla experta de Nicholas, y llegaron al extremo seguidos por toda la hilera de botes.

-Es facilísimo, lo hace cualquiera -dijo Royan, riendo.

-¡No lo digas! -suplicó Nicholas-. Que no te oiga el ángel malo. -Enfiló hacia la cabeza del tramo siguiente de rápidos, al que se precipitaban a una velocidad aterradora.

Atravesó una brecha entre dos salientes de roca y se lanzó a los rápidos, donde el bote empezó a acelerar. Cuando habían recorrido la mitad del tobogán, divisó la gran marejada estacionaria en medio del río. Trató de esquivarla con la espadilla, pero estaban a merced del río.

Como un cazador al llegar a una cerca, subieron al tope de la marejada y tras un bandazo violento cayeron a plomo al seno profundo debajo de la ola. El Avon se plegó por la mitad, la proa casi rozó la popa, al buscar la salida del hueco en la superficie del río. Los hombres se enredaron entre ellos; la espadilla y la cuerda de seguridad salvaron a Nicholas de irse por la borda. Royan se tendió en el fondo y aferró la cuerda con todas sus fuerzas cuando el Avon, alzado por su propia flotabilidad, saltó en el aire al recuperar su forma original y estuvo a punto de dar una vuelta de campana antes de caer al agua.

Un tripulante había caído por la borda, pero el agua lo arrastraba a la misma velocidad que el Avon volador, y sus camaradas pudieron alzarlo sobre la borda. Los cajones se habían desparramado, pero ninguno se perdió gracias a las redes de contención.

-¿Por qué lo hiciste? -chilló Royan-. Empezaba a confiar en ti.

-Fue sólo una prueba -replicó-. Quería saber si realmente eres tan valiente como pareces.

-Bueno, reconozco que soy cobarde. No más pruebas, por favor.

Al mirar atrás, vio que el bote de Mek saltaba la marejada, pero los demás ya estaban sobre aviso y pudieron esquivarla.

Volvió nuevamente la vista al frente y todo su mundo se redujo a las aguas bravías del río. Los límites de su universo eran los acantilados de la quebrada inferior donde libraba la batalla para mantener a flote el Avon mientras surcaba el río a toda velocidad. No sabía si era la espuma o la lluvia lo que lastimaba sus mejillas y su mentón herido, se metía en sus ojos y lo enceguecía. A veces era una mezcla de ambas.

Una hora después, tras un nuevo error de Nicholas, entraron de banda en un tramo de rápidos y estuvieron a punto de volcar. Dos tripulantes cayeron por la borda. Gracias a su pericia y el esfuerzo de sus hombres, pudieron recuperar a uno de ellos. El otro se estrelló contra una roca, se hundió y no volvió a salir a flote. Nadie dijo nada ni lo lloró, porque la propia supervivencia no les permitía ocuparse de otra cosa.

Royan alzó la voz en medio del repiqueteo de la lluvia y el rugido atronador del río a su alrededor:

-¡Helicóptero! ¿Oyes?

Aunque estaba aturdido, alzó la vista al ominoso vientre gris de las nubes que acariciaban la cima de los precipicios y alcanzó a distinguir el silbido y el traqueteo de los rotores.

-¡Arriba de las nubes! -gritó. Se secó los ojos con el revés de la mano. -No pueden vernos.

Los bancos de nubes apresuraron la caída de la noche africana. En medio de las

tinieblas se apareció un nuevo peligro sin el menor aviso. Surcaban un tramo rápido pero sereno, cuando llegaron a una catarata y la corriente los arrojó al aire. La caída les pareció eterna, aunque no fueron más de diez metros hasta caer al fondo y salir a flote entre una maraña de botes y hombres en medio de la laguna al pie de la catarata. Allí había un remanso, un remolino donde el río recuperaba fuerzas antes de reanudar su carrera enloquecida por la quebrada.

Uno de los Avon había dado una vuelta de campana; a pesar de la estabilidad del casco, no había podido capear la catarata. Las demás tripulaciones se acercaron para rescatar a los sobrevivientes, recuperar los remos y el resto del equipo flotante. Se necesitaron los esfuerzos de todos para rectificarlo, y cuando lo consiguieron ya había caído la noche.

-¡Cuenten los cajones! -ordenó Nicholas-. ¿Cuántos perdimos?

Casi no dio crédito a sus oídos cuando Sapper dijo que ninguno se había perdido. Las redes de contención se mantenían firmes. Pero todos los tripulantes, hombres y mujeres, estaban exhaustos, empapados y ateridos. Arriesgarse a navegar durante la noche sería suicida. Nicholas miró a Mek en el bote próximo al suyo y meneó la cabeza.

-Hay un remanso en el recodo del precipicio. -Mek señaló el extremo de la laguna. -Tal vez podamos amarrar allá.

Un árbol enano de tronco robusto crecía en la fisura vertical de la roca. Lo enlazaron con una soga larga y luego aseguraron todos los botes a ésa para pasar la noche. Era imposible preparar comida o bebida caliente; tuvieron que arreglárselas con vianda enlatada fría que cortaron con las bayonetas y unos cuantos trozos de pan injera pastoso.

Mek saltó la borda desde su bote y se sentó junto a Nicholas para conferenciar en susurros.

-Acabo de pasar lista. Perdimos otro hombre al saltar la catarata. A esta altura no podremos rescatarlo.

-No estoy haciendo las cosas bien -reconoció Nicholas-. Mañana deberías tomar el mando.

-No es tu culpa. -Mek lo abrazó con fuerza. -Nadie lo habría hecho mejor. Pero esta catarata... -Se interrumpió y durante varios minutos escucharon el rugido atronador.

-¿Qué distancia hemos recorrido? -preguntó Nicholas-. ¿Y cuánto nos queda por recorrer?

-Es casi imposible saberlo, pero diría que estamos a mitad de camino de la frontera. Me parece que llegaremos mañana por la tarde. -Después de una nueva pausa, preguntó: -¿Qué fecha es hoy? He perdido la cuenta.

-Yo también. -Nicholas inclinó el dial luminoso del reloj para que reflejara la última luz.

-Dios mío, ya es el treinta.

-Tu avión debe llegar a la pista de Roseires pasado mañana.

-Efectivamente, el primero de abril -asintió Nicholas-.

¿Crees que llegaremos?

-Dímelo tú -contestó Mek con una sonrisa sardónica-. ¿Y tu amigo el gordo será puntual?

-Jannie es un profesional. Jamás llega tarde -aseguró Nicholas. Nuevamente hicieron silencio.

-Cuando lleguemos a Roseires, ¿qué quieres que haga con tu parte del botín? -Nicholas pateó la caja más cercana.

-¿Quieres llevártelo?

-Después de verte partir con tu amigo el gordo tendremos que correr a toda prisa para escapar de Nogo. No quiero llevar peso adicional. Lleva mi parte, véndela y envíame el dinero. Lo necesito para seguir la lucha.

-¿Confías en mí?

-Eres mi amigo.

-Nada más fácil que estafar a un amigo que nunca esperaría una cosa así -dijo Nicholas.

Mek rió y le dio un puñetazo en el hombro.

-Vete a dormir. Mañana deberemos remar mucho. -Mek se paró en el Avon, que se mecía suavemente en la corriente.

-Que duermas bien, viejo amigo -dijo, y saltó al bote donde lo esperaba Tessay.

Nicholas apoyó la espalda contra la acolchada borda neumática del Avon y abrazó a Royan. Ella se sentó entre sus rodillas, apoyó la espalda contra su pecho y se estremeció de frío. Su ropa estaba empapada.

Después de un rato dejó de temblar:

-Eres una magnífica bolsa de agua caliente -murmuró.

-Es un buen motivo para conservarme contigo para siempre jamás -dijo, y le acarició el pelo mojado. Ella no respondió; se acurrucó contra él y en pocos minutos cayó en un sueño exhausto.

Aunque estaba aterido y tieso, le dolían los hombros y tenía las manos ampolladas por el remo de espadilla, no pudo dormirse tan fácilmente como ella. Ante la perspectiva inmediata de llegar a la pista aérea de Roseires, empezaron a acosarlo problemas más complejos que los de navegar el río y abrirse paso entre los hombres de Nogo. A esos enemigos los podía reconocer y combatir; se acercaba el momento de afrontar otros.

Royan se agitó y murmuró unas palabras incoherentes. Soñaba y hablaba en sueños.

La abrazó con suavidad, ella se acomodó otra vez y él mismo estaba a punto de dormirse cuando oyó su voz, que esta vez era muy nítida: "Perdóname, Nicky. No me odies por esto. No puedo permitir que..." Siguió un nuevo murmullo ininteligible.

Desvelado por las dudas y los malos presentimientos agravados por esas pocas palabras, sólo pudo dormir de a ratos. Su descanso fue perturbado por sueños tan angustiantes como parecían ser los de ella.

En la oscuridad que precedía al alba, sacudió suavemente a Royan, quien gimió y se despertó lentamente y con renuencia. Comieron los restos de las raciones frías de la noche anterior. Apenas el amanecer les dio suficiente luz para ver la superficie del agua y los obstáculos que los esperaban, soltaron amarras y los botes amarillos enfilaron por la corriente. Se reanudó la batalla contra el río.

El techo de nubes seguía siendo bajo y sin grietas, y los chubascos se sucedían a intervalos irregulares. Siguieron navegando durante toda la mañana, y poco a poco el estado de ánimo del río empezó a apaciguarse. La corriente no era tan rápida y traicionera; las orillas no eran tan altas y escarpadas como hasta entonces.

Hacia la media tarde, bajo un cielo tan nublado como antes, ingresaron en un tramo donde se abría paso entre una serie de barrancos y promontorios que precedían a los rápidos. Tal vez Nicholas había adquirido mayor pericia, porque los atravesaron sin inconvenientes. Tenía la impresión que los tramos de agua turbulenta se volvían menos arduos.

-Me parece que pasó lo peor -le comentó a Royan, sentada a sus pies-. La pendiente es bastante menos abrupta. Creo que se va allanando a medida que nos acercamos a la planicie del Sudán.

-¿Cuánto falta para llegar a Roseires? -preguntó.

-No estoy seguro, pero la frontera debe de estar cerca.

La flotilla navegaba en fila india apretada para que Mek y Nicholas pudieran transmitir sus órdenes a viva voz.

En el recodo siguiente Nicholas buscó las aguas profundas de la curva exterior, y al pasarlo le pareció advertir que entraban en un tramo amplio y libre de rápidos o bajíos. Se distendió y sonrió a Royan.

-¿Qué te parece si almorzamos en el grill del Dorchester el domingo que viene? El mejor rosbif de Londres.

Le pareció que sus ojos se nublaban un instante antes de sonreír y murmurar, "qué bueno".

-Y después iremos a casa, nos acomodaremos frente al televisor y veremos Arme su pareja. 0 tal vez armemos la nuestra.

-Qué grosero -dijo ella riendo-, pero suena tentador.

Iba a inclinarse para besarla por el placer de ver su rubor, cuando vio una hilera de diminutos chorros blancos que se alzaban frente a su proa y se acercaban velozmente. Momentos después oyó el crepitar inconfundible de un arma automática: un RPD soviético.

Se arrojó sobre Royan para protegerla con su cuerpo. Mek vociferaba desde su bote:

-¡Fuego a discreción! ¡Bajar las cabezas!

Los hombres dejaron los remos, tomaron las armas y dispararon hacia la curva interior de la orilla, desde donde provenía el ataque.

Oculto entre las rocas y los arbustos, el enemigo no ofrecía el menor blanco a la vista. Pero en semejante emboscada era esencial mantener un fuego constante para obligarlo a permanecer con la cabeza baja y estropearle la puntería.

Un proyectil atravesó la piel de nylon del Avon cerca de la cabeza de Royan y fue a incrustarse en uno de los cajones metálicos. Las bordas de sus embarcaciones no les brindaban la menor protección del fuego de fusilería pesada que los barría. Un tripulante recibió un disparo en la cabeza. Le arrancó la tapa de los sesos como si fuera la cáscara de un huevo duro y lo arrojó por la borda. Royan chilló de furia más que de miedo. Nicholas tomó el fusil de asalto del muerto y barrió la maleza que ocultaba al enemigo con ráfagas breves de tres disparos.

Arrastrado río abajo por la corriente, el Avon giraba sin dirección. En menos de un minuto pasaron el recodo y la emboscada. Nicholas soltó el fusil descargado.

-¿Estás bien? -vociferó.

-Tengo un herido -replicó Mek-. No es grave.

Los botes informaron sus bajas: en total, un muerto y tres heridos, ninguno de ellos grave. Tres botes habían recibido impactos, pero los compartimientos estancos de sus cascos los mantenían bien a flote.

Mek maniobró hasta colocarse a la altura de Nicholas.

-Pensé que habíamos evadido a Nogo.

-Esta vez la sacamos barata -dijo Nicholas-. Creo que los sorprendimos. No nos esperaban en el río.

-Bueno, se acabó la sorpresa. Ya se habrán comunicado por radio. Nogo sabe dónde estamos y hacia dónde vamos. -Alzó la vista a las nubes. -Roguemos que el techo se mantenga bajo y espeso.

-¿Cuánto falta para la frontera de Sudán?

-No estoy seguro. Un par de horas, como mucho.

-¿El cruce está vigilado?

-No, no hay nada. Monte desierto a los dos lados.

-Esperemos que siga desierto -murmuró Nicholas.

Treinta minutos después de la escaramuza volvieron a oír el helicóptero. Volaba por encima de las nubes, río abajo y fuera del alcance de la vista. Veinte minutos después volvió a pasar en la dirección contraria y poco más tarde repitió el paso río abajo.

-¿A qué diablos está jugando? -preguntó Mek-. Diría que está patrullando el río, pero no puede volar debajo de las nubes.

-A mí me parece que está transportando tropas para emboscarnos. Desde que nos vieron en el río, sabe en qué dirección navegamos. No creo que le preocupen las fronteras internacionales, y hasta es posible que sepa que vamos a Roseires. Es la única pista aérea desierta junto al río. Tal vez nos espere allá para atacarnos cuando tratemos de desembarcar.

Mek colocó su Avon junto al de Nicholas y sujetó un bote al otro para que pudieran conferenciar en voz baja.

-No me gusta, Nicholas. Vamos derecho a otra emboscada. ¿Qué sugieres?

Nicholas meditó durante varios minutos.

-¿No reconoces este tramo del río? ¿Sabes precisamente dónde estamos?

Mek meneó la cabeza:

-Siempre cruzo la frontera lejos del río, pero reconoceré el viejo ingenio de Roseires cuando lleguemos. Está a unos cinco mil metros río arriba de la pista.

-¿Está abandonado?

-Sí. Lo abandonaron hace veinte años cuando empezó la guerra.

-El cielo está tan encapotado que será de noche en una hora -dijo Nicholas-. El río es más lento y no hay peligro. Podemos arriesgarnos a navegar en la oscuridad. Tal vez Nogo no lo espere y podamos evadirlo.

-¿No se te ocurre nada mejor? -contestó Mek con una risita burlona-. Cerrar los ojos y esperar que haya suerte no es lo que se dice un gran plan.

-Bueno, si alguien me dice dónde mierda estamos y a qué hora llegará Jannie mañana, tal vez se me ocurra algo más concreto. -Nicholas le devolvió la sonrisa. -Hasta entonces tengo que tocar de oído.

Todos estaban tensos y nerviosos al caer la noche temprana bajo la gruesa capa de nubes y la lluvia. A pesar de la oscuridad, los hombres mantenían las armas cargadas y apuntando hacia las dos orillas, listas para devolver el fuego.

-Debemos de haber cruzado la frontera hace por lo menos una hora -dijo Mek alzando la voz-. No puede faltar mucho para el viejo ingenio.

-¿Cómo lo reconocerás en la oscuridad?

-Todavía están las ruinas del viejo muelle donde atracaban los barcos que llevaban el azúcar a Jartum.

Bruscamente se hizo de noche. Nicholas sintió alivio cuando las orillas del río quedaron sumidas en las tinieblas; la oscuridad los protegía de las miradas hostiles en la orilla. En medio de la noche cerrada sujetaron los barcos unos a otros para evitar que se dispersaran y se dejaron llevar por el río, navegando tan pegados a la orilla derecha que encallaron más de una vez y varios hombres tuvieron que echarse por la borda para darles un empujón hacia aguas más profundas.

Los muelles de piedra de Roseires aparecieron sorpresivamente en la oscuridad; el Avon de Nicholas, que encabezaba la fila, chocó contra un pilote sin darle tiempo a esquivarlo. Sin embargo, los hombres estaban preparados, y saltaron por la borda para arrastrar el bote a la orilla. Sin perder el tiempo, Mek saltó a tierra con veinte hombres y los apostó en los cañaverales cubiertos de maleza para asegurar el terreno y evitar un ataque sorpresivo de los hombres de Nogo.

Encallaron la flotilla en medio de la confusión y con demasiado ruido para su seguridad. Luego llevaron los heridos a tierra y descargaron las cajas metálicas. Nicholas alzó a Royan y la llevó a la orilla; luego volvió en busca de Tessay que, durante el descanso obligado de la travesía, había recuperado sus fuerzas; se paró por sus propios medios y se acomodó sobre los hombros de Nicholas para que la llevara a tierra.

Cuando llegó a terreno seco la bajó suavemente.

-¿Cómo te sientes? -preguntó.

-Ya estoy bien, gracias, Nicholas.

La sostuvo por un instante mientras recuperaba el equilibrio.

-No tuve oportunidad de preguntarte antes, pero, ¿pudiste transmitir el mensaje de Royan desde Debra Maryam? ¿Pudiste comunicarte?

-Por supuesto -contestó Tessay sin sospechar nada-. Le dije a Royan que transmití su mensaje a Moussad en la Embajada Egipcia. ¿No te dijo nada?

Nicholas se encogió como si hubiera recibido un golpe bajo, pero al instante se repuso y sonrió:

-Se habrá olvidado -dijo con fingida indiferencia-. No tiene importancia. De todos modos gracias, Tessay.

-¿Dónde se creen que están, en el mercado? -dijo la voz ronca de Mek desde la

oscuridad-. Nogo puede oírnos. -Rápidamente se hizo cargo del operativo de desembarco.

Una vez descargadas todas las cajas, arrastraron los botes al cañaveral, abrieron las válvulas para desinflarlos y los ocultaron bajo montones de cañas secas. En medio de la oscuridad, distribuyeron la carga entre los hombres de Mek. Sapper tomó una caja bajo cada brazo. Nicholas se colgó la radio de un hombro y la mochila del otro, y alzó sobre su cabeza la caja que contenía la máscara mortuoria real de oro y el ushabti de Taita.

Mek envió exploradores a recorrer el terreno hasta la pista aérea para asegurarse de que no caerían en una emboscada. Luego tomó la delantera y la partida se puso en marcha en fila india por la senda cubierta de maleza. No habían recorrido mil quinientos metros cuando se abrieron las nubes, y a la luz de la Luna creciente distinguieron la silueta de la chimenea perfilada contra el cielo nocturno.

A pesar de la luz, avanzaban lentamente y con largas pausas para dar tiempo a los cargadores de las camillas con los, heridos a alcanzarlos. Cuando llegaron a la pista, eran las tres de la madrugada y la Luna se había puesto. Apilaron las cajas entre las mismas acacias donde habían ocultado los materiales de construcción de la represa y el tractor amarillo en el viaje de ida.

A pesar del cansancio, Mek apostó centinelas en todo el perímetro. Las dos mujeres se ocuparon de los heridos. A la luz deuna pequeña fogata oculta utilizaron las últimas provisiones médicas de Mek.

Sapper encendió la única linterna a la que le quedaban pilas mientras Nicholas instalaba la radio y desplegaba la antena. Sintió un gran alivio al abrir el estuche de fibra de vidrio y comprobar que, a pesar del chapuzón en el Nilo, la junta de caucho había impedido que entrara el agua. La luz piloto se encendió al instante. La puso en onda corta y sintonizó la transmisión comercial de madrugada de Radio Nairobi.

Cantaba Yvonne Chaka Chaka. Le gustaban su voz y su estilo, pero apagó el aparato para ahorrar la batería y se acomodó contra el tronco de una acacia para descansar un poco antes del amanecer. Sin embargo, no podía dormir: estaba demasiado furioso y se sentía traicionado.

Tuma Nogo contempló la gran cabeza ígnea del Sol que asomaba sobre el Nilo frente al helicóptero. Volaba a pocos metros de la superficie del agua para evitar el radar militar sudanés. Sabía que a pesar de la distancia la estación de radar de Jartum podía detectarlo. Las relaciones con Sudán eran tensas; sabía que la violación del espacio aéreo provocaría una respuesta inmediata y brutal.

Nogo estaba desconcertado y preocupado. A partir del desastre en la hondonada del río Dandera, la marea se había vuelto en su contra. No le quedaba un solo aliado. Sólo después de la desaparición de Helm y von Schiller comprendió hasta qué punto dependía de ellos. Librado a sus propios medios, había cometido muchos errores.

Pero a pesar de todo estaba resuelto a perseguir a los fugitivos hasta atraparlos aunque tuviera que penetrar profundamente en territorio sudanés. Durante las últimas semanas, al escuchar furtivamente las conversaciones entre von Schiller y el egipcio, poco a poco empezó a comprender que Harper y Mek Nimmur habían descubierto un tesoro de valor colosal. Apenas podía concebir semejantes sumas, pero había oído hablar de decenas de millones de dólares. Un millón de dólares ya era una suma demasiado grande para su imaginación, pero tenía una vaga idea de su significado en los términos mundanos de las propiedades, las mujeres y los lujos que se podían adquirir con ella.

Asimismo, empezaba a comprender que tras la desaparición de von Schiller y Helm esetesoro podía ser suyo; nadie le cerraba el camino aparte de los fugitivos shufta encabezados por Mek Nimmur y el inglés. Y además de superarlos abrumadoramente en fuerzas, disponía de un helicóptero.

Si sólo pudiera descubrirlos, estaba seguro de que los aniquilaría fácilmente. No debía dejar un solo sobreviviente, nadie que corriera a Addis con la noticia. Muertos Mek, el inglés y sus secuaces, sería fácil sacar el botín del país por medio del helicóptero. Conocía a un hombre en Nairobi y otro en Jartum; ambos le compraban marfil y hachís de contrabando. Sabrían obtener el mejor precio por el botín, aunque eran un par de tramposos. Ya había decidido no confiar todo a un solo hombre sino distribuir los riesgos. Así, aunque uno lo traicionara y estafara...

Sus pensamientos se desviaron hacia las enormes riquezas y lo que compraría con ellas. Tendría ropa fina y automóviles, tierras, ganado y mujeres... mujeres blancas, negras y morenas, todas las que quisiera, una distinta para cada día durante el resto de su vida. Bruscamente dejó de lado sus fantasías codiciosas. Antes que nada, debía descubrir el paradero de los fugitivos.

No había pensado en la posibilidad de que Harper y Mek Nimmur tuvieran botes inflables ocultos cerca del monasterio. Hansith no se lo había informado. Helm y él trazaban sus planes para emboscarlos antes de la frontera sudanesa sobre el supuesto de que escaparían a pie. Por orden de Helm tenían tanques de reserva de combustible para el helicóptero cerca de la frontera por donde suponían que pasaría Mek Nimmur. La falta de esa reserva lo habría obligado a abandonar la partida tiempo atrás.

Sus hombres estaban apostados en las sendas que bordeaban el río hacia el oeste; no se le había ocurrido vigilar el río en sí. Por pura casualidad, una de sus patrullas divisó la flotilla de botes amarillos que navegaba río abajo a toda velocidad, pero no con la suficiente anticipación para montar una emboscada eficaz. Les habían disparado, pero sin infligirles daños de consideración... en todo caso lo suficientemente graves para detenerlos.

Apenas el jefe del pelotón le informó por radio sobre la escaramuza con Mek Nimmur, Nogo empezó a transportar hombres río abajo hacia la frontera sudanesa. Desgraciadamente, el Jet Ranger no podía transportar más de seis hombres armados en un solo viaje, y por eso había perdido mucho tiempo. Al anochecer, tenía apenas sesenta hombres en posición.

Preocupado por la posibilidad de que la flotilla lo eludiera durante la noche, alzó vuelo al amanecer. Afortunadamente se habían despejado las nubes; aunque quedaban algunos cúmulos altos, podían volar a baja altura sobre el río en busca de alguna señal de la flotilla de Mek Nimmur.

Sobrevolaron el río del lado etíope de la frontera hasta el lugar del tiroteo con Harper y Mek Nimmur. Al no descubrir el menor indicio de los botes, Nogo obligó al piloto a cruzar la frontera para explorar el Nilo del lado sudanés. Pero después de penetrar sesenta millas náuticas en el Sudán, el piloto se rebeló, y aunque Nogo le apuntó a la cabeza con la Tokarev, viró en redondo y empezó a remontar el río.

Nogo sabía que lo habían burlado y derrotado. Sentado junto al piloto del helicóptero, sumido en pensamientos melancólicos, trataba de desentrañar qué había sucedido con su presa. La chimenea alta del ingenio azucarero abandonado de Roseires se alzaba contra el cielo del amanecer. Lo miró furioso. Habían pasado por ahí poco antes, cuando iban río abajo.

-Vire sobre la orilla norte -ordenó. El piloto titubeó y lo miró de reojo antes de obedecer.

Sobrevolaron el edificio a menor altura que la chimenea. El techo del ingenio había desaparecido, las ventanas eran rectángulos vacíos en las paredes desvencijadas. La maquinaria y las calderas habían sido retiradas veinte años antes. Todo el interior del casco abandonado aparecía a la vista. El piloto suspendió el aparato para que Nogo escudriñara el interior, pero no había dónde ocultarse. Nogo meneó la cabeza:

-¡Nada! Escaparon. Bueno, volvamos.

El piloto alzó la trompa del aparato y enfiló hacia el río, feliz de obedecer la orden. Cuando el helicóptero se inclinó durante el viraje, Nogo vio un destello amarillo entre los cañaverales invadidos por la maleza que llegaban hasta el río.

-¡Un momento! -vociferó por el micrófono-. Acabo de ver algo. ¡Vuelva!

El helicóptero quedó suspendido sobre el campo, pero Nogo señaló a tierra.

-¡Abajo! Rápido.

Apenas los patines tocaron tierra, el pelotón de seis infantes fuertemente armados saltó de la cabina y corrió a tomar posiciones defensivas. Nogo saltó por la puerta delantera y corrió hacia las cañas. Le bastó una sola mirada. Los botes amarillos estaban desinflados, plegados y torpemente disimulados. La tierra a su alrededor había sido pisoteada por pies calzados con borceguíes. El rastro se alejaba tierra adentro. Los hombres que lo dejaron debían de llevar una carga pesada porque sus huellas se hundían profundamente en la tierra blanda y arenosa.

Nogo volvió al helicóptero y se asomó por la puerta abierta. -¿Hay alguna pista aérea por aquí?

El piloto meneó la cabeza:

-No hay nada en el mapa.

-Tiene que haberla. El ingenio debía tener una pista. -Si es así, la abandonaron hace años.

-La encontraremos -decidió Nogo resueltamente-. Seguiremos las huellas de Mek Nimmur. -Pero se detuvo a pensar. -Necesito más hombres. A juzgar por el rastro, Mek Nimmur tiene por lo menos cincuenta shufta consigo.

Dejó a los hombres en el ingenio y volvió en el helicóptero a buscar refuerzos al otro lado de la frontera.

Big Dolly! Adelante, Big Dolly. Aquí Faraón. ¿Me oye? -Nicholas hizo el primer llamado una hora antes del amanecer. -Si conozco a Jannie, y la verdad es que lo conozco bien, habrá volado hacia aquí durante la noche para descender con la primera luz, apenas pueda divisar la pista.

-Si es que el gordo viene -dijo el escéptico Mek Nimmur. -Claro que vendrá -contestó Nicholas, confiado-. Jannie jamás me ha fallado. -Oprimió otra vez el botón del micrófono.

-¡Big Dolly! Adelante, Big Dolly.

Pero sólo se oía el zumbido de la estática, y Nicholas volvió a sintonizar con todo cuidado. Repitió el llamado cada quince minutos mientras todos se agolpaban ansiosos en la oscuridad bajo las acacias.

Royan se puso de pie de un salto:

-Ahí está -exclamó alborozada-. Siento el ruido del motor de Big Dolly. ¿No lo oyen?

Nicholas y Mek salieron a descubierto y volvieron las caras hacia el cielo boreal.

-Ese no es el Hércules -exclamó-. Es otro aparato. -Se volvió hacia el sur. -Además, no viene de donde debería.

-Tienes razón -asintió Mek Nimmur-. Es un monomotor, y no de ala fija. Escucha los rotores.

-¡El helicóptero de Pegaso! -exclamó Nicholas con amargura-. Nos siguen otra vez.

Sin embargo, el ruido se alejaba.

-Nos perdieron -suspiró con alivio-. No pueden haber visto los Avon.

Volvieron a ocultarse bajo las acacias. Nicholas llamó otra vez, pero no hubo respuesta de Jannie.

Veinte minutos después oyeron el ruido del Jet Ranger que regresaba y lo siguieron ansiosamente.

-Ya se va -dijo Nicholas al cabo de un rato pero veinte minutos después volvieron a oírlo.

-Nogo está tramando algo -señaló Mek, inquieto.

-¿Qué crees que sea? -preguntó Nicholas, contagiado por su estado de ánimo. Mek nunca se preocupaba sin tener un buen motivo.

-No lo sé -contestó éste-. Tal vez Nogo descubrió los Avon y trae refuerzos antes de

atacarnos. -Salió a descubierto, escuchó atentamente y volvió a donde Nicholas se agazapaba junto a la radio.

-Sigue llamando dijo-. Me voy al perímetro para cerciorarme de que mis hombres estén atentos para rechazar a Nogo si nos ataca.

Durante las tres horas siguientes el helicóptero pasó varias veces sobre el Nilo en una y otra dirección, pero acabaron por distenderse a falta de otro acontecimiento, y Nicholas apenas levantaba la cabeza cada vez que oían el ruido lejano de los rotores. Bruscamente crujió el receptor, y Nicholas se sobresaltó.

-¡Faraón!, aquí Big Dolly. ¿Me recibe?

-Aquí Faraón -contestó Nicholas con voz alterada por la emoción-. Dichosos los oídos que oyen tu dulce voz, Big Dolly.

-Tiempo estimado de arribo a tu posición treinta minutos -dijo Jannie con su acento inconfundible.

-¡Bienvenido! -exclamó Nicholas con fervor. Dejó el micrófono y sonrió a las mujeres: -Jannie ya está en camino y llegará...

Se interrumpió y su sonrisa se trocó en desazón. Desde el río llegaba el conocido crepitar de ráfagas de AK-47 y el estampido sordo de una granada al estallar.

-Ay, carajo! -gruñó-. Ya me parecía demasiada suerte.

Ése es Nogo. -Tomó el micrófono: -¡Big Dolly! Llegaron los chicos malos. Va a ser una evacuación riesgosa.

-¡Agarra fuerte tu corona, Faraón! Allá voy.

Durante la siguiente media hora los ruidos de la escaramuza junto al río se volvieron más fuertes. Las armas livianas crepitaban ininterrumpidamente y el tiroteo se acercaba a la pista aérea. Evidentemente los hombres de Mek Nimmur, desplegados en el extremo más cercano al río, se replegaban ante el ataque de las fuerzas de Nogo. Y más o menos cada veinte minutos volvía el helicóptero con otro pelotón para incrementar la presión sobre la débil defensa de Mek.

Nicholas y Sapper eran los únicos hombres en buen estado que quedaban en la arboleda. Los demás defendían el perímetro. Entre los dos trasladaron las cajas hasta el borde de la pista para cargarlas en el Hércules a toda prisa.

Nicholas distribuyó la carga según las inscripciones de Royan en las tapas. En primer lugar cargarían la caja que transportaba la máscara funeraria y el ushabti de Taita, y a continuación las tres coronas: la azul de guerra, la Nemes y la corona roja y blanca de los reinos unidos de Alto y Bajo Egipto. El valor de esas tres cajas probablemente superaba el de todo el resto del tesoro.

Una vez dispuesta la carga, Nicholas fue a hablar con los heridos uno por uno. Les agradeció su ayuda y sacrificios y ofreció llevarlos en el Hércules a donde pudieran recibir asistencia médica adecuada. Una vez que se recuperaran de sus heridas, se ocuparía de transportarlos de vuelta a Etiopía, prometió.

Siete de ellos, cuyas heridas eran leves y no les impedían caminar, se negaron a abandonar a Mek Nimmur. Su lealtad era una prueba conmovedora del respeto que sentían por su jefe. Los demás accedieron con renuencia, pero sólo después de que Tessay intercedió y sumó sus promesas a las de Nicholas. El y Sapper los transportaron hasta el borde de la arboleda donde se detendría Big Dolly para recogerlos.

-¿Y tú no quieres venir con nosotros? -preguntó a Tessay-. Todavía estás bastante lastimada.

Tessay rió:

-Mientras siga en pie, jamás dejaré a Mek Nimmur.

-No entiendo qué ves en ese viejo rufián. -Nicholas rió a su vez. -Hablé con Mek. Quiere que me lleve su parte del botín. Por el momento no podrá cargar con el peso adicional.

-Sí, lo sé. Lo hemos discutido. Necesitamos dinero para continuar la lucha.

Se interrumpió y se agazapó instintivamente cuando una tremenda explosión retumbó en sus oídos yse alzó una gran columna de polvo cerca de la arboleda. Silbaron las esquirlas, y

Librodot

una lluvia de hojas y ramitas cayó sobre sus cabezas.

-Virgen Santísima, ¿qué fue eso? -exclamó Tessay.

-Un obús de dos pulgadas -informó Nicholas, que no se había agazapado ni intentado ponerse a cubierto-. Más ruido que nueces. Nogo lo habrá traído en el último vuelo.

-¿Cuándo llegará el Hércules?

-Espera, le preguntaré a Jannie -dijo, y se alejó despreocupadamente hacia el radiotransmisor.

-¿Ustedes los ingleses siempre son tan tranquilos? -preguntó a Royan.

-A mí no me preguntes. Soy más egipcia que inglesa y estoy muerta de miedo. -Sonrió y echó un brazo sobre los hombros de Tessay: -Te echaré de menos, Señora Sol.

-Tal vez volveremos a vernos en tiempos más felices. -Volvió la cabeza hacia ella y la besó. Royan la abrazó con fuerza.

-Lo espero de todo corazón.

Nicholas tomó el micrófono:

-Big Dolly, aquí Faraón. Dame tu posición.

-Faraón, llegamos en veinte minutos, dándonos prisa. ¿Cenaron frijoles o lo que oigo en el fondo es ruido de obuses?

-Eres tan gracioso que deberías trabajar en el circo -replicó Nicholas-. Los malos controlan el extremo sur de la pista. Aproxímate desde el norte. Viento del oeste a cinco nudos. Así que por donde vengas tendrás viento cruzado.

-Entendido, Faraón. Dime cuántos pasajeros y carga.

-Pasajeros son seis evacuados más tres. La carga, cincuenta y dos cajas, unos doscientos cincuenta kilos.

-No valía la pena venir por tan poca cosa, Faraón.

_ Big Dolly. Informo que hay otro aparato en el aire. Helicóptero Jet Ranger, colores verde y rojo. Hostil, pero desarmado.

-Entendido. Me comunicaré antes de aterrizar.

Nicholas se acercó a las dos mujeres, que acompañaban a los heridos.

-Falta poco -dijo animadamente. Tuvo que elevar la voz para hacerse oír en medio de los morteros y el crepitar de las armas livianas.

-Apenas tiempo para tomar un té. -Con unas cuantas ramitas atizó las brasas encendidas desde la noche anterior y hurgó en su mochila en busca de los últimos saquitos de té mientras Sapper colocaba un cacharro ennegrecido por el humo sobre las llamas que se alzaban.

Tenían un solo jarro para todos.

-Las chicas primero -dijo, y pasó el jarro a Royan. Ella se quemó los labios al beber.

-Ay, qué bueno -suspiró. Entonces inclinó la cabeza.

-Esta vez sí es Big Dolly.

Nicholas escuchó un momento y asintió.

-Creo que tienes razón. -Se paró y fue al transmisor: -Big Dolly, se te oye.

-Cinco minutos, Faraón.

Desde su posición Nicholas miró hacia el otro extremo de la pista. Los hombres de Mek se replegaban, se filtraban como humo entre los espinos y se paraban para disparar hacia el río. Nogo avanzaba sobre ellos.

-¡Rápido, Jannie! -murmuró, y mudó su expresión antes de volverse hacia las mujeres-: Hay tiempo de sobra para terminar el té. No lo derrochemos.

El rugido de los motores de Big Dolly era más fuerte que el crepitar de los disparos. Entonces apareció, volando tan bajo que parecía rozar las copas de los árboles. Era inmenso. Sus alas abarcaban todo el largo de la pista. Jannie aterrizó en la punta y alzó una gran nube de polvo marrón al invertir el impulso de los motores.

Big Dolly pasó frente a las acacias y Jannie agitó el brazo desde la cabina. Apenas hubo reducido la velocidad, apretó los frenos y accionó la palanca del timón. Big Dolly viró en redondo y rugió por la pista hacia ellos. La rampa de carga ya bajaba antes de que el avión se detuviera. Fred bajó a la carrera para ayudar a Sapper y Nicholas a cargar a los heridos. Eso

les llevó un par de minutos y después cargaron las cajas. Hasta Royan tuvo que poner el hombro, y se tambaleó por la rampa con una de las cajas más livianas apretada contra su pecho.

Un obús de mortero estalló a ciento cincuenta metros del Hércules, y medio minuto después cayó otro a cien metros.

-Disparos de prueba -gruñó Nicholas al tomar una caja bajo cada brazo y correr a la rampa.

-Ya nos tienen en la mira -gritó Fred-. Tenemos que salir de aquí. Dejen el resto. ¡Vamos, vamos, vamos!

Quedaban cuatro cajas bajo la amplia copa de la acacia. Nicholas y Sapper hicieron oídos sordos a la orden y corrieron a recogerlas. Alzaron dos cajas cada uno para volver a la carrera. La rampa ya se alzaba y Big Dolly iniciaba su carreteo. Arrojaron las cajas a la rampa, luego dieron un salto para aferrarse del borde y trepar a bordo. Nicholas, que llegó primero, dio una mano a Sapper.

Volvió la vista atrás: Tessay era una figura pequeña y melancólica bajo las acacias.

-Saludos a Mek, y gracias por todo -gritó.

-Ya saben cómo encontrarnos -contestó Tessay.

-Adiós, Tessay. -El rugido de los motores tapó la voz de Royan, mientras la nube de polvo envolvía a Tessay, obligándola a cubrirse la cara y darles la espalda. Así la vieron por última vez antes de que se alzara la rampa.

Nicholas echó un brazo sobre los hombros de Royan y la condujo a través de la enorme bodega hasta un asiento junto a la entrada de la cabina.

-¡Sujétate bien! -ordenó, y corrió a la cabina.

-Creí que habías decidido quedarte -dijo Jannie a modo de saludo sin apartarla vista de los mandos-. ¡Agárrate! Allá vamos.

Nicholas se aferró al respaldo del asiento del piloto mientras Jannie y Fred juntos accionaban la palanca para elevar la potencia al máximo. Big Dolly aceleró a lo largo de la pista.

Al mirar sobre el hombro de Jannie, Nicholas vio siluetas vagas de hombres enfundados en uniformes de combate camuflados, ocultos entre los espinos que marcaban el extremo de la pista. Algunos disparaban al gran avión que arremetía hacia ellos.

-Esos juguetes no le harán nada -gruñó Jannie-. Big Dolly es una dama muy ruda. -Le alzó la trompa.

Pasaron sobre las cabezas de los soldados enemigos en tierra y Jannie le hizo ganar altura rápidamente.

-Damas y caballeros, bienvenidos a bordo. Gracias por volar en Africair. La próxima parada es Malta -dijo Jannie en un tono zumbón que se alteró bruscamente-: ¡Epa! ¿De dónde salió esa cagadita?

Frente a ellos el Jet Ranger ascendía desde un matorral en la orilla del Nilo. Su ángulo de ascenso era tal que el Hércules era invisible para el piloto, quien se dirigía directamente hacia ellos.

-Apenas ciento setenta metros y diez nudos en el reloj -gritó Fred a su padre desde el asiento derecho-. No tiene altura para virar.

El Jet Ranger estaba tan cerca que Nicholas vio a Tuma Nogo en el asiento delantero. Sus gafas reflejaban la luz como los ojos de un ciego, y bruscamente el terror quedó pintado en su cara al ver al monstruo que caía sobre él. A último momento el piloto del helicóptero entró en picada para esquivar la trompa del Hércules. La colisión parecía inevitable, pero logró ladear el aparato ágil y ligero hasta volverlo casi de espaldas. Se deslizó bajo el vientre del Hércules, y los hombres en la cabina del avión de Jannie apenas sintieron el beso fugaz de los dos fuselajes.

Sin embargo, el impacto arrojó el helicóptero de trompa hacia tierra desde una altura de apenas trescientos treinta metros. Mientras Big Dolly continuaba impasible su ascenso, el piloto del Jet Ranger trataba de controlar su desquiciado aparato. Cuando estaba a ciento

Librodot

sesenta metros del suelo, la turbulencia generada por los colosales motores de turbohélice T56A15 del Hércules, de 4.900 caballos de fuerza cada uno, embistió al helicóptero con la fuerza de una avalancha.

Cayó dando tumbos como una hoja muerta arrastrada por el viento otoñal, y cuando llegó al suelo sus motores chillaban a máxima potencia. El fuselaje se arrugó como una hoja de papel de aluminio, y Nogo murió antes de que la explosión de los tanques de combustible envolviera al Jet Ranger en una gran bola de fuego.

Apenas alcanzó la suficiente altura para maniobrar, Jannie viró hacia el norte para echar una mirada a la pista aérea de Roseires. Del Jet Ranger en llamas se alzaba una columna de humo negro como la pez, arrastrado lentamente por el suave viento del oeste.

-¿No dijiste que eran los malos de la película? -preguntó Jannie-. Entonces, eran ellos o nosotros, ¿no?

Una vez que Jannie enfiló hacia el norte, volando a baja altura sobre las planicies desiertas del Sudán, Nicholas volvió a la cabina principal. -Veamos que los heridos estén cómodos -sugirió. Sapper y Royan soltaron sus cinturones de seguridad y fueron a asistir a los hombres, a quienes habían instalado de cualquier manera durante la presurosa fuga desde Roseires.

Después de un rato Nicholas les dejó la tarea a ellos y fue ala bien provista alacena detrás de la cubierta de vuelo. Abrió un par de latas de sopa y cortó tajadas de pan fresco de las hogazas que encontró en el refrigerador. Puso agua a hervir para el té, buscó su mochila y de ella tomó un bolsito de plástico donde guardaba los medicamentos y las drogas. Abrió un frasco y vertió cinco píldoras blancas en la palma de su mano.

En la alacena las pulverizó y echó el polvo en dos de las jarras de té. Royan tenía sangre inglesa en sus venas: jamás rechazaría un jarro de té caliente.

Después de servir sopa y pan con manteca a los heridos, Royan aceptó el jarro de té con una sonrisa agradecida. Mientras ella y Sapper lo tomaban, él volvió a la cubierta de vuelo y se inclinó sobre el respaldo del asiento de Jannie.

-¿Cuál es el tiempo de vuelo hasta la frontera egipcia? -preguntó.

-Cuatro horas con veinte minutos -dijo Jannie.

-¿Existe alguna manera de evitar el espacio aéreo egipcio? -inquirió Nicholas.

Jannie giró en su asiento y lo miró atónito:

-Creo que podría virar hacia el oeste a través de Gaddafilandia. Claro que serían siete horas más de vuelo, se nos agotaría el combustible y tendríamos que intentar un aterrizaje forzoso en el medio del Sahara. -Alzó una ceja: -Dime una cosa, muchacho, ¿a qué se debe esa pregunta tan estúpida?

-Fue una idea peregrina, nada más.

-Pues dile al peregrino ese que se vaya y no vuelva -sugirió Jannie-. No vuelvas a preguntarlo, jamás en tu vida. Nicholas le palmeó el hombro:

-Pierde cuidado.

Cuando volvió a la bodega principal, Sapper y Royan ocupaban dos asientos plegables sujetos a la mampara. Royan había colocado el jarro de té entre sus pies. Cuando Nicholas se sentó a su lado, ella alzó la mano para rozar la venda ensangrentada sobre su mentón.

-Deja que te haga una curación.

Era agradable sentir el roce de sus dedos diestros y frescos en la piel afiebrada de la herida mientras le limpiaba la sutura con un algodón embebido en alcohol y le colocaba una venda nueva. Al someterse a sus cuidados experimentó una fuerte sensación de culpa.

Sapper fue el primero en sufrir los efectos del té con narcótico.

Se tendió, cerró los ojos y un suave ronquido hizo vibrar sus labios. Minutos después, Royan dejó caer su cabeza sobre el hombro de Nicholas. Una vez que se durmió

profundamente, la tendió y le alzó los pies sobre el asiento. La cubrió con una manta. Ella no se agitó en absoluto, y él se preguntó si no se habría excedido en la dosis.

Le besó la frente con ternura. "Nunca podré odiarte -murmuró-. No importa lo que hagas."

Fue a encerrarse en el baño. Tenía tiempo de sobra. Sapper y Royan dormirían durante varias horas. En la cubierta de vuelo, Jannie y Fred escuchaban dichosos sus cintas de Dolly Parton en el sistema de audio.

Cuando terminó, miró su reloj; le había tomado más de dos horas. Cerró la tapa del inodoro y se lavó las manos cuidadosamente. Echó una última mirada en derredor de la cabina diminuta y abrió la puerta.

Sapper y Royan estaban profundamente dormidos en los asientos plegables. Fue a la cubierta de vuelo, donde Fred se quitó los audífonos y sonrió con malicia:

-El agua del Nilo es venenosa, ¿no? Estuviste más de dos horas allá adentro. Pensé que te habías ido por el inodoro.

Nicholas pasó por alto la broma y se inclinó sobre el respaldo del asiento de Jannie:

-¿Dónde estamos?

El índice regordete de Jannie señaló un punto en el plano que sostenía sobre su poderoso vientre.

-Casi a salvo -dijo con satisfacción-. Una hora doce a la frontera egipcia.

Nicholas permaneció de pie detrás del asiento hasta que Jannie tomó su micrófono.

-Es hora de hacer un poco de teatro -gruñó-. ¡Hola, torre de Abu Simbel! -dijo con acento de los Estados del Golfo-. Aquí Zulu Whiskey Uniform cinco cero cero.

No hubo respuesta del controlador egipcio.

-Seguro que invitó a una amiguita a conocer la torre. Hay que darle tiempo para que se ponga los pantalones.

La torre de control de Abu Simbel respondió a la quinta llamada. Jannie utilizó el discurso de siempre, en el que fingía ignorancia en su fluido árable coloquial.

Al cabo de cinco minutos, Abu Simbel le autorizó a seguir su rumbo hacia el norte con la instrucción de "volver a llamar a la altura de Asuán".

El vuelo prosiguió sin novedad durante la hora siguiente, pero Nicholas estaba cada vez más tenso.

Bruscamente, sin el menor aviso, un avión interceptor que venía de abajo se cruzó frente a su trompa, veloz como un rayo de plata, arrancándole a Jannie un grito de furia y sorpresa. Otros dos aviones de guerra se alzaron frente a ellos, tan cerca que los agitó la turbulencia de sus turbinas.

Reconocieron los aparatos. Eran MiG21 Fishbed adornados con las insignias de la fuerza aérea egipcia; sus misiles aire-aire pendían amenazantes de los lanzacohetes bajo las alas en flecha.

-¡Avión no identificado! -chilló Jannie por el micrófono-. Estamos en colisión. ¡Diga su identificación!

Estiraron los cuellos para mirar a través de la cubierta transparente de la cabina. En lo alto, perfilados contra el cielo azul de África, los tres cazas MiG volaban en formación.

-ZWU 500, aquí Líder Rojo de la fuerza aérea popular egipcia. Obedezca mis órdenes.

Jannie miró a Nicholas. Su expresión era lúgubre.

- Algo anda mal. ¿Cómo carajo nos descubrieron? -Será mejor que le hagas caso, papá. Ese tipo es capaz de hacernos pedazos.

Fred parecía estar al borde del llanto.

Jannie hizo un gesto de impotencia y tomó nuevamente el micrófono:

- Líder Rojo, aquí ZWU 500. Obedezco. Diga sus instrucciones. -Su nuevo rumbo es 053. ¡Ejecute inmediatamente! Jannie hizo virar a Big Dolly hacia el este y miró su plano. -¡Asuán! -exclamó con tristeza-. Los gitanos nos llevan a Asuán. Bueno, ya que estamos será mejor que avise a control que transportamos heridos.

Nicholas volvió al asiento de Royan y la sacudió suavemente hasta despertarla.

Librodot

Aturdida, mareada a causa de la droga, se tambaleó hasta el baño. Pero diez minutos después, al salir, estaba bien peinada y parecía haber superado totalmente los efectos del sedante suave que había tomado con el té.

Una vez más apareció el Nilo, con la ciudad de Asuán en las dos márgenes, río abajo de la primera catarata y las aguas embalsadas de la Gran Represa. La isla Kitchener era un pez verde en medio del río.

A las órdenes del controlador aéreo militar de Asuán, Big Dolly descendió con majestuosa dignidad, enfilando hacia la pista de aterrizaje asfaltada. Los cazas MiG que los habían escoltado desde el desierto ya no eran visibles, pero las lacónicas transmisiones radiales al entregar a su prisionero a control en tierra delataban su presencia en lo alto.

Big Dolly bajó sobre la alambrada perimetral, tocó tierra y la voz del controlador le ordenó virar a la derecha en la primera pista lateral.

Jannie obedeció, y al salir de la pista principal apareció delante de ellos un vehículo pequeño con un cartel sobre el techo que decía SÍGAME en árabe e inglés.

El vehículo los condujo hacia una hilera de hangares de hormigón camuflados frente a la cual un tripulante de tierra enfundado en un mameluco pardo los guió con sus paletas hasta el puesto de estacionamiento. Apenas Jannie apretó los frenos y Big Dolly se detuvo totalmente, aparecieron cuatro blindados de media oruga que rodearon al gran avión y le apuntaron con los cañones de sus torretas.

A continuación, tal como le ordenaba la torre de control, Jannie apagó los motores y bajó la rampa de popa del avión. Desde el aterrizaje nadie había vuelto a abrir la boca. Todos esperaban en la cabina, muy juntos y tristes, mirando por las ventanillas.

Entonces apareció un Cadillac blanco escoltado por motociclistas armados, seguido por una ambulancia militar y un camión de tres toneladas. Ese convoy atravesó el portón de la alambrada perimetral y se detuvo frente a la rampa de descarga del Hércules. El chofer del Cadillac bajó rápidamente, abrió la portezuela y su pasajero salió a la luz del atardecer. Su porte sereno y digno era el de un alto funcionario. Vestía un traje tropical claro, zapatos blancos, sombrero panamá y anteojos oscuros. Subió la rampa seguido por dos secretarios.

Se quitó los anteojos para sol y los guardó en el bolsillo del pecho de su saco. Sonrió al reconocer a Royan y se quitó el sombrero.

-Doctora Al Simma... ¡Royan! Lo logró. ¡Felicitaciones! -Le estrechó la mano con gran cordialidad, y no la soltó al volverse hacia Nicholas.

-Usted debe ser Sir Nicholas Quenton-Harper. No sabe cuánto deseaba este encuentro. Por favor, ¿nos presenta, Royan?

Royan tuvo que apartar la vista de los ojos acusadores de Nicholas al realizar las presentaciones:

-Permítame presentarle a Su Excelencia el señor ministro de Cultura y Turismo de Egipto, Atalan Abou Sin.

-Claro que lo permito -dijo Nicholas fríamente-. Señor ministro, qué placer tan inesperado.

-Quiero expresarle el agradecimiento del Presidente y el pueblo de Egipto por devolverle al país estas invalorables reliquias de nuestra antigua y gloriosa historia -dijo con un gesto que abarcaba las pilas de cajas.

-Por favor, no fue nada -dijo Nicholas sin apartar la vista de Royan, quien a su vez evitaba mirarlo.

-Al contrario, nos parece una hazaña extraordinaria, Sir Nicholas. -La sonrisa de Atalan Abou Sin era amable y encantadora. -Somos conscientes de que esto le ha ocasionado gastos enormes, y no queremos que un gesto tan generoso signifique una pérdida económica para

usted. La doctora Al Simma me ha dicho que la expedición para recuperar estos tesoros nuestros le costó un cuarto de millón de esterlinas. -Tomó un sobre de su bolsillo interior y se lo tendió a Nicholas. -Es un cheque de gerencia del Banco Central de Egipto, no revocable y pagadero en cualquier país del mundo, por doscientos cincuenta mil libras esterlinas.

-Es muy generoso de su parte, Excelencia. -La voz de Nicholas estaba cargada de ironía al guardar el sobre en el bolsillo de su camisa. -Supongo que lo sugirió la doctora Al Simma.

-Por supuesto -asintió Abou Sin con una amplia sonrisa-. Royan siente la mayor estima por usted.

¿De veras? -murmuró Nicholas. Su mirada, aún dirigida a Royan, era inexpresiva.

-Ahora bien, esta pequeña muestra de aprecio proviene de nuestro Presidente. -El ministro chasqueó los dedos, uno de sus secretarios se adelantó con un estuche de cuero en la mano y lo abrió antes de entregarlo a Abou Sin.

Sobre un fondo de terciopelo rojo reposaba una magnífica condecoración: una estrella engastada con perlas cultivadas y pequeños diamantes. En el centro había un león de oro rampante.

Abou Sin tomó la medalla del estuche y avanzó hacia Nicholas:

-La Orden del Gran León de Egipto en primer grado -dijo pomposamente, y le echó la cinta roja al cuello. La estrella resplandeció sobre la camisa harapienta de Nicholas, sucia de polvo, sudor y barro del Nilo.

El ministro se volvió e hizo una señal al coronel que aguardaba en posición de firmes al pie de la rampa. Al instante, un pelotón de hombres uniformados subió al trote por la rampa. Evidentemente conocían sus órdenes. En primer término, alzaron las camillas de los etíopes heridos.

-Fue muy sensato el piloto al avisar que traían heridos. Tenga la seguridad de que recibirán la mejor atención posible -declaró Atalan Abou Sin mientras llevaban a los heridos a la ambulancia.

Volvieron los soldados para descargar las cajas. Las apilaron prolijamente en el camión. En menos de diez minutos, la bodega de Big Dolly quedó vacía. Cubrieron la caja del camión con una lona asegurada con sogas, una escolta de motociclistas fuertemente armados lo rodeó y el pequeño convoy se puso en marcha con las sirenas al viento.

-Bien, Sir Nicholas. -Abou Sin le tendió la mano amablemente y Nicholas la estrechó con aire de resignación. -Lamento haberlo desviado. Sé que tiene prisa por seguir su camino, de manera que no lo demoraré más. ¿Puedo hacer algo más por usted? ¿Necesita combustible?

Nicholas miró a Jannie, quien se encogió de hombros.

- Tenemos combustible de sobra. Gracias, señor.

Abou Sin se volvió nuevamente hacia Nicholas:

- Tenemos el proyecto de construir un anexo especial al museo de Luxor para alojar los objetos del faraón Mamose que usted ha recuperado para Egipto. En el momento oportuno recibirá una invitación personal del presidente Mubarak para asistir a la inauguración como invitado de honor. La doctora Al Simma, quien como usted seguramente sabe ha sido designada directora del Departamento de Antigüedades, tendrá a su cargo el museo. Estoy seguro de que la complacerá recorrer la exhibición con usted cuando quiera visitarla. -Se inclinó ante Sapper y los pilotos: -Vayan con Dios -dijo, y se alejó por la rampa.

Royan ya lo seguía, cuando Nicholas la llamó con suavidad.

- ¡Royan! -Se detuvo, se volvió y con renuencia lo miró a los ojos por primera vez desde el aterrizaje.

-No merecía este trato -dijo, y entonces sintió una punzada de emoción al ver que lloraba. Sus labios temblaban, sus mejillas estaban empapadas.

- Perdóname, Nicky -susurró-. Sabes que no soy una ladrona de tumbas. Esto pertenece a Egipto, no a nosotros.

- Entonces, ¿es mentira que hubo algo entre nosotros? -dijo despiadadamente.

-¡No! -dijo-. Yo... -No pudo continuar. Corrió por la rampa hacia la luz, al auto oficial que la aguardaba con la portezuela abierta. Se sentó junto a Abou Sin sin mirar atrás, el Ca-

dillac se puso en marcha y se alejó.

-Vámonos a la mierda antes de que los gitanos cambien de parecer -propuso Jannie.

-Gran idea -convino Nicholas con amargura.

Apenas alzaron vuelo, la torre de control de Asuán les dio autorización para volar directamente hacia el norte, a la costa del Mediterráneo. Los cuatro, Jannie y Fred, Sapper y Nicholas, reunidos en la cabina, miraban pasar la gran serpiente verde del Nilo bajo el extremo del ala derecha.

Hablaron muy poco durante ese tramo largo del vuelo. Por fin Jannie rompió el silencio:

-O sea que ni hablar de mis honorarios, ¿no?

-Para mí, la plata es lo de menos -dijo Sapper-, pero no me hubiera venido mal. Mi bebé necesita zapatos nuevos.

-¿Alguien desea una taza de té? -preguntó Nicholas como si no hubiera oído nada.

-Me encantaría -dijo Jannie-. Más me encantaría recibir los sesenta mil que me debes, pero de todas maneras te lo agradezco.

Sobrevolaron el campo de batalla de El Alamein, y a pesar de la altura distinguieron los monumentos gemelos a los muertos aliados y alemanes. Luego apareció el amplio mar azul.

Nicholas aguardó a que la costa egipcia quedara muy atrás para soltar un suspiro largo y lúgubre.

-Hombres de poca fe -dijo en tono acusador-. ¿Alguna vez los he defraudado? Tendrán la paga que les prometí.

Lo miraron fijamente, incrédulos. Fue Jannie quien expresó las dudas de todos:

-¿Cómo lo harás?

-Dame una mano, Sapper. -dijo Nicholas, y fue a la escalera. Dominado por la curiosidad, Jannie entregó el mando a su hijo y siguió a los dos ingleses al baño en la cubierta principal.

Mientras Sapper y Jannie lo miraban desde la puerta, Nicholas. tomó su herramienta multiuso y alzó la tapa del inodoro químico. Jannie sonrió al verlo atacar los tornillos que sujetaban la mampara oculta. Big Dolly era un avión de contrabandistas, lleno de pequeñas alteraciones realizadas por Jannie y Fred para que cumpliera esa función. Tenía muchos huecos astutamente disimulados en los compartimientos de los motores y en otras partes del fuselaje.

Durante el regreso de Libia, los bronces de Aníbal habían viajado en el compartimiento oculto detrás de esa mampara. Por su ubicación detrás del inodoro, un seguidor del Islam difícilmente investigaría un lugar tan impuro.

-Conque eso es lo que te llevó tanto tiempo -dijo Jannie. Rió cuando Nicholas retiró el panel. Pero su sonrisa se desvaneció cuando Nicholas introdujo el brazo y sacó un objeto extraordinario.

-Dios mío, ¿qué es eso?

-La corona azul de guerra del antiguo Egipto -informó Nicholas. La entregó a Sapper: -Llévala al asiento, pero con mucho cuidado.

Nuevamente introdujo el brazo:

-Y aquí tenemos la corona Nemes -dijo, y la entregó a Jannie.

-Esta es la corona roja y blanca de los dos reinos. Ésta es la máscara mortuoria del faraón Mamose. Por último, pero no por ello menos importante, tenemos la ushabti del escriba Taita.

Colocaron las reliquias sobre una cucheta y las contemplaron con ojos reverentes.

-Otras veces te he ayudado a transportar frisos de piedra y pequeñas estatuas de bronce -susurró Jannie-. Pero nunca he visto nada parecido.

Sapper meneó la cabeza:

-¿Se puede saber qué había en las cajas de municiones que los gitanos descargaron en Asuán?

- Cinco botellones de líquido para el inodoro -contestó Nicholas-. Y media docena de tubos de oxígeno de repuesto para darles peso.

-Hiciste el cambio -dijo Sapper con una amplia sonrisa-. Pero, ¿cómo diablos te enteraste de que Royan pensaba traicionarnos?

-Tenía razón cuando dijo que yo sabía que no era una ladrona de tumbas. Toda esta aventura fue algo insólito para ella. Es una persona -vaciló mientras buscaba la palabra adecuada- demasiado recta y honesta. Nada que ver con los presentes.

-Gracias por lo que me toca -observó Jannie secamente-. Pero debiste tener otras razones para sospechar de ella.

- Claro que sí. -Nicholas se volvió hacia él. -Empecé a sospechar cuando volvimos del primer viaje a Etiopía y ella se fue corriendo a El Cairo. Entonces adiviné que estaba tramando algo. Pero sólo tuve la plena certeza cuando Tessay me dijo que había transmitido un mensaje suyo a la Embajada Egipcia en Addis. Evidentemente les informaba sobre la inminencia de nuestro regreso.

- Una putita traicionera -comentó Jannie con una carcajada.

-¡Alto ahí! -exclamó Nicholas airadamente-. Es una joven decente y honesta que ama su patria, además es afectuosa...

- ¡Ya, ya! -Jannie le guiñó un ojo a Sapper. -Perdona, no quise insultarla.

Sólo dos de las magníficas coronas del antiguo Egipto ocupaban la gran mesa de nogal lustrado. Nicholas las había colocado sobre las cabezas de dos auténticos bustos romanos de mármol, el préstamo de un anticuario de Zurich con el que solía tratar. Había cerrado las persianas de esa sala del décimo piso y dispuesto la iluminación para que las dos coronas lucieran lo mejor posible. El salón de conferencias que había alquilado se encontraba en la casa matriz del Banco Leu, en la Bahnhofstrasse.

Mientras esperaba a su invitado, revisó por última vez los preparativos y no halló nada que corregir. Fue al espejo de cuerpo entero para ajustarse el nudo de su vieja corbata militar. Ya le habían retirado los puntos de sutura del mentón. Mek Nimmur había realizado un trabajo de primera; la cicatriz era limpia y prolija. Vestía un traje gris a rayas confeccionado de medida por un sastre de Savile Row, que con el uso había adquirido el grado justo de abombado en las rodillas y los codos. En toda su indumentaria lo único que brillaba eran sus zapatos hechos a medida por Lobb de St Jame's Street.

Zumbó el intercomunicador y Nicholas alzó el auricular: -Sir Nicholas, lo busca el señor Walsh -anunció la recepcionista desde la planta baja.

- Por favor, dígale que suba.

Nicholas abrió la puerta al primer timbre, y Walsh lo miró cejijunto desde el umbral.

-Espero que no me haga perder el tiempo, Harper. He venido directamente desde Fort Worth.

Apenas treinta horas antes, Nicholas lo había llamado a su rancho en Texas. Seguramente Walsh había tomado su avión privado sin demora para llegar tan rápidamente.

-No me llamo Harper sino Quenton-Harper -aclaró Nicholas.

-Está bien, Quenton-Harper. Pero basta de idioteces -dijo Walsh, colérico-. ¿Qué tiene para mostrarme?

-Yo también estoy encantado de verlo nuevamente, señor Walsh. -Nicholas se apartó: -Adelante, por favor.

Walsh entró en la habitación con paso enérgico. Era alto, de hombros caídos, gran

papada y nariz aguileña. Con las manos tomadas a la espalda, parecía un buitre posado sobre una cerca de madera. Según la revista Forbes, su fortuna neta sumaba mil setecientos millones de dólares.

Lo seguían dos hombres que Nicholas reconoció al instante. El mundo de los anticuarios era pequeño e incestuoso. Uno era titular de una cátedra de historia antigua en la Universidad de Dallas financiada por Walsh. El otro era uno de los anticuarios más respetados y bien informados de Estados Unidos.

Walsh se detuvo tan bruscamente que los dos chocaron contra su espalda, pero él pareció no darse cuenta.

-¡Hijo de perra! -exclamó, y sus ojos se iluminaron con las llamas del fanatismo-. ¿Son falsas?

-Tan falsas como los bronces de Aníbal y el bajorrelieve de Hammurabi que me compró.

Walsh se acercó a los objetos exhibidos como un arzobispo a la patena de la hostia.

-Tienen que ser nuevas -susurró-. Si no, ya me habría enterado.

-Recién descubiertas -asintió Nicholas-. No se las he mostrado a nadie antes que a usted.

-¡Mamose! -Walsh leyó el cartucho en el uraeus del Nemes. -Significa que los rumores son ciertos. Usted descubrió una tumba nueva.

-Si se puede llamar nuevo algo que tiene casi cuatro mil años. Walsh y sus asesores se reunieron en torno de la mesa, pálidos y estupefactos.

-Retírese, Harper -dijo Walsh-. Lo llamaré cuando esté dispuesto a hablar con usted.

-Sir Nicholas -dijo éste al norteamericano. Sabía que dominaba la situación.

-Por favor, déjenos un momento, Sir Nicholas imploró Walsh. Nicholas volvió al salón de conferencias una hora más tarde.

Los tres hombres estaban sentados en torno de la mesa como si no pudieran separarse de las magníficas coronas. Walsh hizo un gesto

a sus esbirros, que se pararon al instante y salieron de mala gana. Apenas se cerró la puerta, preguntó bruscamente: -¿Cuánto?

-Quince millones de dólares norteamericanos.

-Siete y medio cada una.

-No, quince cada una. Treinta millones en total.

Walsh estuvo a punto de caer del asiento:

-¿Qué le pasa, está loco?

-Algunos lo creen -dijo Nicholas con una sonrisa.

-Partamos la diferencia -propuso Walsh-. Veintidós y medio.

-Ya le dije mi último precio.

-¡Sea razonable, Harper!

-Nunca he caído en ese vicio. Lo lamento.

Walsh se paró.

-Yo también lo lamento. Otra vez será, Harper.

Se tomó las manos a la espalda y fue hacia la puerta. Cuando empezaba a abrirla, Nicholas lo llamó:

-¡Señor Walsh!

Se volvió ávidamente:

-¡Sí?

-La próxima vez usted podrá llamarme Nicholas y yo lo llamaré Peter, como viejos amigos.

-¿Eso es todo lo que quería decir?

-Claro. ¿Qué otra cosa podía ser? -preguntó Nicholas con aire desconcertado.

-Váyase a la mierda, Harper -gruñó Walsh, y volvió a la mesa-. Váyase a la mismísima mierda. -Suspiró, frunció los labios y preguntó: -Está bien. ¿Cómo lo quiere?

-Dos cheques no revocables. Quince millones cada uno. Walsh tomó el teléfono

interno:

-Por favor, dígale al gerente de contaduría, monsieur Montfleuri, que suba -dijo con tristeza.

Sentado en su escritorio en Quenton Park, Nicholas contemplaba el revestimiento de la pared. El panel provenía de una de las abadías católicas clausuradas por Enrique VIII en 1536. Su abuelo lo había adquirido casi cien años antes, pero él acababa de instalarlo en un nuevo marco.

Oprimió un botón oculto bajo la tapa de su escritorio. Un sector del panel se deslizó silenciosamente para revelar un gabinete empotrado en la pared, cubierto por un vidrio blindado. Al mismo tiempo se encendieron focos en el techo y sus rayos iluminaron los objetos dentro del gabinete. Los focos estaban instalados de manera tal que ningún reflejo sobre el vidrio distraía la mirada, y los haces exaltaban la doble corona y la máscara mortuoria de oro de Mamose en todo su esplendor.

Se sirvió whisky en un vaso de cristal y mientras lo sorbía, saboreaba el placer de la posesión. Pero se dio cuenta de que faltaba algo. Tomó la ushabti de Taita del escritorio y le habló como si se dirigiera a la persona misma.

-Tú sí que conociste la soledad, ¿no es cierto? -preguntó con suavidad-. Sabías lo que significaba amar a alguien que jamás sería tuya.

Dejó la estatuilla y tomó el teléfono. Discó un número del exterior y el teléfono sonó tres veces antes de que respondiera una voz masculina en árabe.

-Departamento de Antigüedades. ¿En qué puedo servirle? -La doctora Al Simma, por favor -respondió en el mismo idioma.

-Un momento, por favor. Lo comunicaré.

-Doctora Al Simma. -Al oír su voz, un escalofrío le recorrió la espalda.

-Hola, Royan -dijo, y en el silencio que sobrevino intuyó el impacto que ella había sufrido al escucharlo.

-¡Tú! -susurró-. No pensé que volvería a saber de ti.

-Sólo quería felicitarte por el nombramiento.

-Me engañaste -dijo-. Trocaste el contenido de tres cajas.

-Como dijo un sabio, nada es más fácil que engañar a un amigo porque no lo espera. Tú deberías saberlo mejor que nadie, Royan.

-Las vendiste, claro. Los rumores dicen que Peter Walsh pagó veinte millones.

-Treinta millones -aclaró Nicholas-. Pero sólo por la azul y la Nemes. Mientras hablo contigo, estoy contemplando la corona roja y blanca y la máscara mortuoria.

-Podrás pagar tus pérdidas en Lloyd's. Qué alivio, ¿no?

-Por increíble que parezca, el consorcio Lloyd's del cual soy miembro destacado tuvo réditos muy superiores a los previstos. Nunca estuve en quiebra.

-Qué genial, como diría mi mamá.

-Ya envié la mitad del dinero a Mek Nimmur y Tessay. -Al menos es una buena causa. -Su voz se volvió hostil al preguntar: -¿Es todo lo que querías decirme?

-No. Te diré algo más para alegrarte. Wilbur Smith, tu autor preferido, escribirá la historia del descubrimiento de la tumba. El libro se llamará El séptimo papiro y se supone que aparecerá a principios del año que viene. Te enviaré un ejemplar firmado.

-Espero que esta vez no tergiverse los hechos -contestó secamente.

Se hizo una pausa larga, interrumpida finalmente por Royan: -Tengo una tonelada de trabajo atrasado. Si no se te ocurre otra cosa...

-Hay algo más.

-¿Sí?

-Quiero pedirte que te cases conmigo.

La oyó tomar aliento. Después de una nueva pausa ella preguntó con suavidad:

-¿Por qué me pides algo tan insólito?

-Porque he comprendido cuánto te amo.

Calló nuevamente, y al cabo de unos instantes alcanzó a articular, "está bien".

-¿Está bien? ¿Qué quiere decir, está bien?

-Está bien, me casaré contigo.

-¿Por qué aceptas un pedido tan insólito?

-Porque he comprendido que, a pesar de todo, yo también te amo.

-Hay un vuelo de Air Egypt desde Heathrow a las cinco y media de la tarde. Si corro como un demonio, tal vez lo alcance. Pero llegaré a El Cairo bastante tarde.

-Te esperaré en el aeropuerto hasta cualquier hora.

-¡Allá voy! -Nicholas cortó y fue a la puerta, pero antes de salir volvió y tomó la ushabti del escritorio.

-Vamos, viejo réprobo -dijo con una carcajada triunfal-. Volverás a casa como regalo de bodas.

Epilogo

Paseaban lentamente por la costanera en el atardecer color de malva. A sus pies corría el Nilo, eternamente verde, majestuoso y enigmático, depositario de los secretos milenarios. Se detuvieron en un lugar de la orilla, cerca de las ruinas del templo de Ramsés en Luxor, donde alguna vez había atracado la gran barca del faraón Mamose que transportaba a Taita y su amada señora. Se apoyaron en el antepecho de piedra y contemplaron las laderas ensombrecidas que se alzaban en la margen opuesta del río.

El tiempo había borrado el templo funerario y la gran calzada de Mamose. Reyes posteriores habían erigido sus propios monumentos sobre esos cimientos. Nadie había descubierto la tumba que él jamás llegó a ocupar, pero debía de encontrarse cerca de la abertura secreta en la roca por donde Duraid Al Simma había ingresado a la tumba de Lostris y descubierto los papiros de Taita en las jarras de alabastro.

Avanzaba el ocaso, y los cuatro compartían el silencio de una firme amistad. Una lancha de paseo venía río arriba, y los turistas agolpados en la cubierta, alegres y eufóricos después de diez días de navegar sobre las aguas enigmáticas desde El Cairo, señalaban los pilones colosales y los muros tallados del templo de Ramsés. Sus voces excitadas sonaban débiles e insignificantes en la paz del atardecer en el desierto.

Royan deslizó su brazo sobre el de Tessay y las dos mujeres reanudaron el paseo. Eran un par de bellas jóvenes, esbeltas y de piel dorada; sus risas alegres se alzaban en la noche mientras el tibio aliento del Sahara agitaba sus rizos morenos. Nicholas y Mek Nimmur las siguieron, cada uno contemplando afectuosamente a su mujer mientras conversaban en tonos burlones.

-Y bien, Mek, ahora resulta que eres uno de los peces gordos de Addis. El guerrero feroz, el combatiente del monte, se ha convertido en un político. ¿Quién lo diría?

-Hay un tiempo para la guerra y un tiempo para la paz -contestó Mek seriamente, pero Nicholas continuó con sus bromas.

-Sí, no hay duda de que te has vuelto un político. No dices más que perogrulladas y lugares comunes. -Le lanzó un puñetazo al hombro-. Cuéntame cómo sucedió, Mek. ¿Cómo se convierte un sucio bandido shufta en ministro de la Defensa de un solo gran salto?

-El dinero de la venta de la corona azul me ayudó bastante. Me dio la palanca que necesitaba -confesó Mek-. Pero sabían que no podían llamar a elecciones democráticas sin tenerme a mí como candidato. Al final, me suplicaron que me uniera a ellos.

-Sólo tengo una objeción que hacer, y es que entregaste ese dinero que tanto nos costó conseguir -dijo Nicholas con tristeza-. Diablos, Mek, quince millones de dólares no crecen en los árboles.

-No lo entregué -replicó Mek-. Lo depositè en las arcas del Estado, donde puedo controlar su uso.

-Así y todo, quince millones es mucha plata -le hizo notar Nicholas con un hondo suspiro-. Por más que quiera, no puedo aprobar semejante despilfarro. Lo que sí me parece muy bien, y lo confieso abiertamente, es tu elección de compañero de fórmula para las próximas elecciones.

Ambos contemplaron la espalda elegante de Tessay y su melena de rizos negros que se agitaba al paso de sus torneadas piernas morenas bajo la falda blanca.

-No me pareces un buen ministro de Defensa, pero es evidente que ella es una encantadora ministra de Cultura y Turismo en el gobierno provisional.

-Y será una estupenda vicepresidente cuando ganemos las elecciones en agosto -dijo Mek con convicción. En ese momento, Royan los miró sobre su hombro.

-Cruzaremos aquí -dijo.

Absorto en la conversación, Nicholas no se había dado cuenta de que se encontraban frente al Museo de Antigüedades de Luxor. Las mujeres los esperaron y cada una se tomó del brazo de su esposo.

Cuando cruzaban el amplio bulevar entre los lentos gharrys tirados por caballos, Nicholas se inclinó y le rozó la mejilla con los labios:

-Es usted de lo más apetitosa, Lady Quenton-Harper.

-Por favor, Sir Nicky, que me da calor -dijo con una risita-. Todavía no me acostumbro a que me llamen así.

Terminaron de cruzar la arteria y llegaron a la entrada del anexo. El techo inclinado se apoyaba en hipóstilos, pequeñas columnas que imitaban las del templo de Karnak. Los muros eran de grandes bloques de piedra arenisca amarilla y el estilo era sencillo y prolijo. El conjunto era impresionante.

Royan los condujo a las puertas del museo, que aún no estaba abierto al público. El Presidente asistiría el lunes siguiente a la inauguración oficial, en la cual Mek y Tessay representarían al gobierno etíope. Los guardias saludaron a Royan respetuosamente y se apresuraron a franquearles las enormes puertas con herrajes de bronce.

El interior era silencioso y fresco, aclimatado para la mejor conservación de los objetos antiguos. Las vitrinas de exhibición estaban empotradas en los muros. La iluminación sutil y agradable exaltaba los maravillosos tesoros fúnebres de Mamose en todo su esplendor. Los objetos en exposición, en orden creciente de belleza e importancia arqueológica, lucían deslumbrantes sobre fondos de satén azul, el azul real del faraón Mamose.

Los visitantes escuchaban las explicaciones de Royan en un silencio reverente que apenas se atrevían a romper con alguna pregunta en voz baja. Estaban subyugados por tantas maravillas. Llegaron a la entrada de la última sala, donde se alojaban los objetos más extraordinarios y valiosos de la deslumbrante colección.

-Pensar que es sólo una parte ínfima del tesoro que aún permanece en la tumba de Mamose bajo las aguas del Dandera -susurró Tessay-. ¡Estoy tan emocionada, no veo la hora de reanudar la aventura!

-¡Ah, me olvidaba! -exclamó Mek, pero por su sonrisa triunfal era evidente que no se había olvidado en absoluto sino sólo esperado el momento oportuno para dar la gran noticia-. El Smithsonian acaba de ratificar que otorgará un subsidio para embalsar el Dandera y reabrir la tumba. Será una empresa conjunta de la institución y los gobiernos de Egipto y Etiopía.

-¡Qué maravilla! -exclamó Royan encantada-. La tumba será uno de los yacimientos arqueológicos más importantes del mundo, y el turismo será una gran fuente de divisas para Etiopía.

-Un momento -interrumpió Mek-. Imponen una condición.

-¿Cuál es? -preguntó Royan con ansiedad.

-Que tú, Royan, dirijas el proyecto.

Aplaudió, encantada, pero a continuación fingió ponerse seria.

-Claro que yo tengo mi propia condición para aceptar.

-¿A ver? -dijo Mek.

-Que me permitan nombrar a mi ayudante.

Mek soltó una carcajada estrepitosa:

-Y ya sabemos quién será. -Palmeó a Nicholas con fuerza.

-Asegúrate de que ninguno de los objetos se adhiera a los deditos pegajosos de tu ayudante.

Royan abrazó la cintura de Nicholas.

-Se ha reformado totalmente, como demostraré a continuación. -Sin soltar la cintura de su esposo, los invitó a pasar a la cámara.

Mek y Tessay se detuvieron en la entrada, enmudecidos de asombro al contemplar la vitrina de vidrio blindado que ocupaba el centro de la sala. En su interior, bajo los focos del techo, resplandecía la corona roja y blanca de los reinos del Alto y el Bajo Egipto junto a la deslumbrante máscara mortuoria de oro del faraón Mamose.

Mek Nimmur fue el primero en reaccionar. Avanzó lentamente hasta el panel frontal de la vitrina y leyó en voz alta la inscripción en la placa de bronce: "Préstamo permanente de Sir Nicholas y Lady Quenton-Harper."

Se volvió y lo miró incrédulo.

-¡Y tú me regañaste por entregar el dinero de la venta de la corona azul! -exclamó en tono acusador-. ¿Cómo pudiste entregar tu parte del botín, Nicholas?

-No fue fácil -confesó Nicholas con un hondo suspiro-. Pero recibí un sutil ultimátum de cierta persona que no se encuentra a mil kilómetros en este preciso instante.

-No compadezcas al pobre muchacho -dijo Royan entre risas-. Todavía tiene unos cuantos billetes de Peter Walsh guardados en Suiza, por la venta de la corona Nemes. Pude convencerlo de que entregara una parte, pero no todo.

-Basta de divulgar en público mis asuntos particulares -protestó Nicholas con firmeza-. Ya anocheció y es hora de tomar un whisky. Me pareció ver una botella de Laphroaig en el bar del hotel. Veamos si tengo razón.

Tomó el brazo de Royan y se alejó, seguido por la otra pareja que reía encantada de su enfado.

FIN